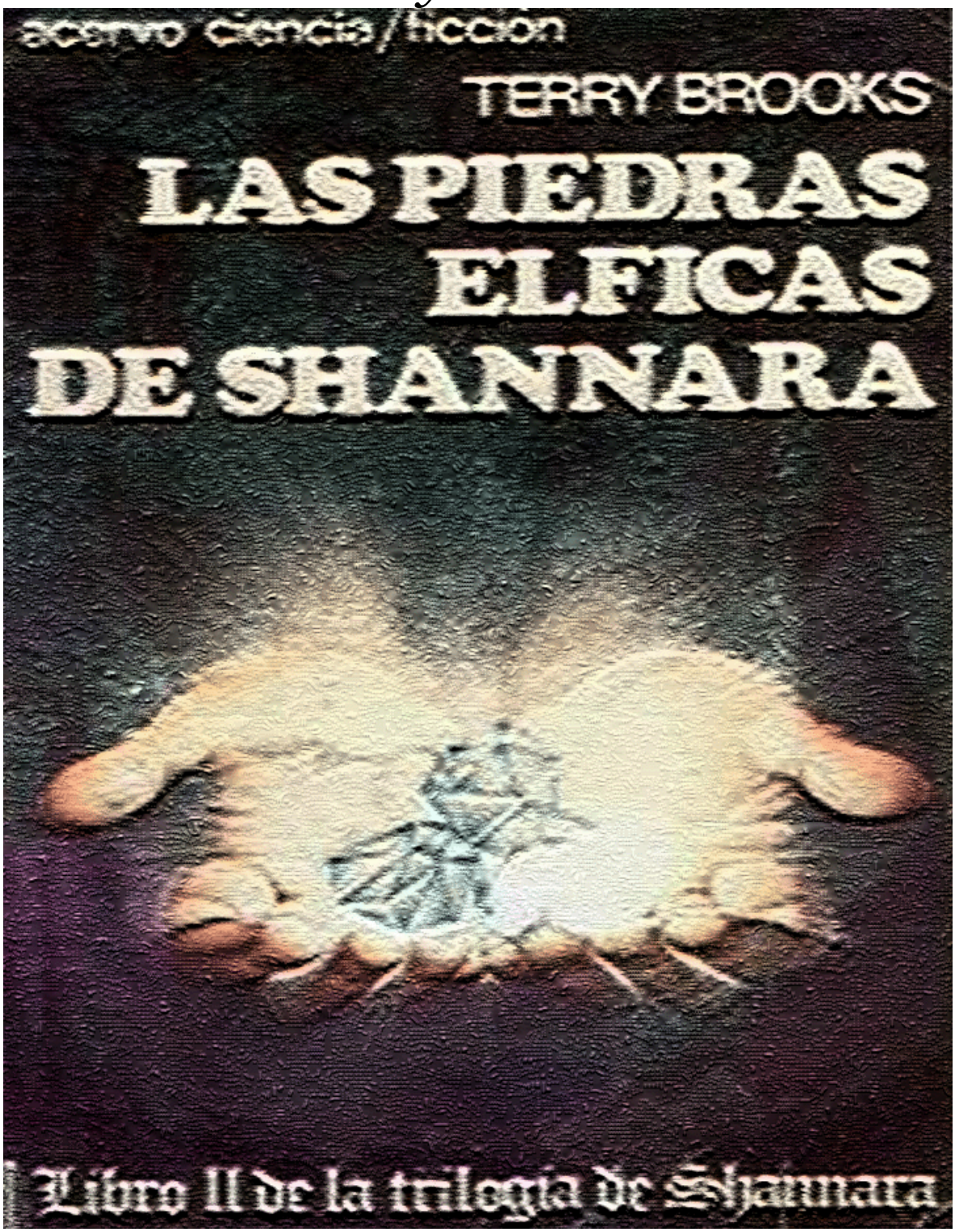
# Las piedras élficas de Shannara

*Terry Brooks*




LIBROdot.com
http://www.librodot.com

*Para Bárbara,*
*con amor*

# I

El cielo nocturno empezó a brillar débilmente por el este con la llegada del alba mientras los escogidos entraban en los Jardines de la Vida. Fuera dormía la ciudad élfica de Arbolon, con su gente aún envuelta en el calor y la soledad de sus camas. Pero para los escogidos, el día ya había comenzado. Con sus ropas blancas ondeando ligeramente con las ráfagas de una brisa veraniega, pasaron entre los centinelas de la Guardia Negra, que permanecían erguidos con rigidez y reserva, como si durante siglos se hubiesen encontrado de pie ante la puerta de hierro forjado con incrustaciones de plata y marfil. Entraron con rapidez, y sólo sus voces suaves y el crujido de sus pisadas sobre el camino de grava alteró el silencio del nuevo día a medida que se introducían en la oscuridad ensombrecida por los pinos del otro lado.

Los escogidos eran los celadores de Ellcrys, el extraño y maravilloso árbol que se encontraba en el centro de los jardines; el árbol que, según decía la leyenda, servía como protección contra el mal esencial que estuvo a punto de destruir a los elfos siglos atrás, un mal que había sido expulsado de la tierra antes del surgimiento de la raza de los hombres. Durante todos los siglos que siguieron, siempre hubo escogidos encargados de cuidar a Ellcrys. Era una tradición transmitida a través de las generaciones de elfos, una tradición de servicio que consideraban como un anhelado honor y una tarea solemne.

Sin embargo, había pocas muestras de solemnidad en la procesión que recorría los jardines esa mañana. Llevaban doscientos treinta días de servicio y sus espíritus juveniles difícilmente podían continuar reprimidos. La primera sensación de temor ante la responsabilidad había pasado hacía tiempo, y los elfos escogidos no eran ahora más que seis jóvenes que se dirigían a realizar un trabajo que habían realizado todos los días desde el momento de su elección: el saludo al árbol con los primeros signos del amanecer.

Sólo Lauren, el más joven de los escogidos de ese año, estaba en silencio. Iba un poco retrasado respecto a los otros, sin intervenir en la charla ociosa. Su rostro rojizo estaba inclinado hacia abajo con expresión de concentración ceñuda. Tan absorto estaba en sus pensamientos que no fue consciente de que el ruido que lo precedía había cesado, ni tampoco de los pasos que retrocedían hacia él, hasta que una mano tocó su brazo. Entonces su rostro preocupado se alzó bruscamente para descubrir a Jase, que lo observaba.

–¿Qué te ocurre? ¿Estás enfermo? –preguntó Jase.

Como era unos meses mayor que los demás, todos lo aceptaban como el líder.

Lauren negó con la cabeza, pero las arrugas no desaparecieron de su entrecejo.

–Estoy bien.

–Algo te preocupa. Has estado pensativo toda la mañana. Pensándolo bien, también anoche estabas bastante callado. –Jase hizo volverse al joven elfo para mirarlo cara a cara–. Vamos, dilo ya. Nadie te exige que hagas el servicio si no te sientes bien.

Lauren dudó un poco, después suspiró y asintió.

–De acuerdo. Es por Ellcrys. Ayer, al atardecer, justo cuando la dejamos, me pareció ver unas manchas en las hojas. Parecían marchitas.

–¿Marchitas? ¿Estás seguro? Eso no le puede suceder nunca a Ellcrys. Al menos es lo que nos han dicho siempre –dijo Jase con voz de duda.

–Tal vez me equivoqué –admitió Lauren–. Estaba oscureciendo. Me dije que podían ser sombras sobre las hojas. Pero cuanto más recuerdo su aspecto, más me parece que estaban marchitas.

Entre los otros se produjo un murmullo de desconcierto y uno de ellos habló:

–Es por culpa de Amberle. Ya dije que algo malo ocurriría por tener a una chica

entre los escogidos.

–Ha habido otras chicas entre los escogidos y nunca ha ocurrido nada a causa de ello –protestó Lauren.

Siempre le había gustado Amberle. Era una joven con la que resultaba fácil hablar, a pesar de ser la nieta del rey Eventine Elessedil.

–No durante quinientos años, Lauren –dijo el otro.

–Bueno, basta –interrumpió Jase–. Acordamos no hablar de Amberle. Ya lo sabéis. –Permaneció en silencio durante un momento, reflexionando sobre lo que Lauren había dicho. Después se encogió de hombros–. Sería una desgracia que le ocurriese algo al árbol, sobre todo mientras esté bajo nuestro cuidado. Pero de todas formas, nada dura eternamente.

Lauren se asombró.

–Pero Jase, si el árbol enferma, la Prohibición terminará y los demonios quedarán libres.

–¿De verdad crees en esas viejas historias, Lauren? –preguntó Jase riendo.

Lauren contempló al elfo mayor.

–¿Cómo puedes ser un escogido y no creer?

–No recuerdo que nadie me preguntase si creía cuando me escogieron. ¿Te lo preguntaron a ti?

Lauren negó con la cabeza. A los candidatos al honor de ser escogidos nunca se les preguntaba nada. Simplemente se les llevaba ante el árbol; eran los jóvenes que habían pasado a la edad adulta el año anterior. Al comienzo del año nuevo, se reunían para pasar bajo las ramas, cada uno de ellos deteniéndose un momento por si era aceptado. Aquellos que fuesen rozados por el árbol en los hombros se convertirían en los nuevos escogidos y servirían hasta que terminase el año. Lauren podía recordar aún la mezcla de éxtasis y orgullo que había experimentado cuando una delgada rama se inclinó para tocarlo y escuchó su nombre pronunciado por el árbol.

Y también podía recordar la sorpresa de todos cuando Amberle fue nombrada.

–Eso es sólo un cuento para asustar a los niños –estaba diciendo Jase–. La verdadera función de Ellcrys es recordar a los elfos que, al igual que ella, sobrevivieron a todos los cambios que han tenido lugar en la historia de las Cuatro Tierras. Es un símbolo de la fuerza de nuestro pueblo, Lauren. Nada más.

Hizo un gesto a los otros para que reanudasen la marcha por los jardines y se dio la vuelta. Lauren volvió a quedar sumido en sus pensamientos. Le inquietaba el desprecio y desenfado con que el elfo mayor consideraba la leyenda del árbol. Claro que Jase era de la ciudad y Lauren había observado que la gente de Arbolon parecía tomarse las antiguas creencias con menos seriedad que los del pequeño pueblo del norte de donde procedía él. Pero la historia de Ellcrys y la Prohibición no era sólo una historia; era la base de todo lo realmente elfo, el suceso más importante acaecido a su pueblo.

Todo había sucedido hacía mucho tiempo, antes del nacimiento del nuevo mundo. Hubo una gran guerra entre el bien y el mal; una guerra que los elfos ganaron al fin mediante la creación de Ellcrys y una Prohibición que había desterrado a los demonios malignos a una oscuridad perpetua. Y mientras Ellcrys fuese bien atendida, el mal permanecería encerrado bajo la tierra.

Mientras Ellcrys fuese bien atendida...

Sacudió la cabeza con un gesto de duda. Tal vez el marchitamiento no era más que un efecto de su imaginación. Un efecto de la luz. Y si no, probablemente existiría un remedio. Siempre existía un remedio.

Momentos más tarde, se encontró con los otros ante el árbol. Con indecisión, levantó la vista, después suspiró con alivio. Aparentemente Ellcrys se encontraba intacta. Su

perfecto tronco de color blanco plateado se arqueaba hacia el cielo en una red simétrica de ramas ahusadas recubiertas de hojas anchas de cinco puntas de color rojo sangre. En su base, crecían franjas de musgo de distintos tonos de verde que se extendían por las grietas y hendiduras de su tronco liso, como ríos de esmeralda deslizándose por la ladera de una montaña. No había fisuras que estropeasen las líneas regulares del tronco, ni ramas quebradas o rotas. ¡Qué hermosa!, pensó. La observó otra vez, detenidamente, pero no percibió ningún signo de la enfermedad temida.

Los otros fueron a recoger las herramientas que utilizarían para la alimentación y cuidado del árbol y en el arreglo general de los jardines. Pero Jase retuvo a Lauren.

–¿Te gustaría saludarla hoy, Lauren? –preguntó.

Lauren balbuceó las gracias, sorprendido. Jase le cedía su turno para la tarea más especial, obviamente en un esfuerzo por animarlo.

Dio unos pasos hacia delante bajo las desplegadas ramas para colocar sus manos sobre el tronco liso, mientras los otros se reunían alrededor a pocos pasos de él para recitar el saludo matutino. Levantó la vista con expectación, buscando el primer rayo de sol que descendería sobre su figura.

Entonces retrocedió bruscamente. Las hojas que tenía justo encima de él estaban oscurecidas por manchas de marchitez. Su corazón se encogió. Había manchas en otras partes, salpicando todo el árbol. No era un efecto de luces y sombras. Era real.

Le hizo un gesto frenético a Jase, después señaló mientras el otro se acercaba. Como era costumbre en ese momento, no hablaron, pero Jase dejó escapar un jadeo al ver el alcance del daño. Lentamente los dos caminaron alrededor, descubriendo manchas por todas partes, algunas apenas visibles, otras ya oscureciendo las hojas hasta cubrir del todo el color rojo.

Cualesquiera que fuesen sus creencias respecto al árbol, Jase estaba fuertemente impresionado, y su rostro reflejaba una gran preocupación cuando se acercó a los otros para comentarlo con susurros. Lauren fue a unirse a ellos, pero Jase negó inmediatamente con la cabeza, señalando hacia la copa del árbol, donde la luz del amanecer casi tocaba las ramas superiores.

Lauren conocía su tarea y se volvió otra vez hacia el árbol. Ocurriera lo que ocurriese, los escogidos debían saludar a Ellcrys aquel día, como habían hecho cada día desde el comienzo de su nombramiento.

Apoyó sus manos suavemente en la corteza plateada, y ya estaban formándose en sus labios las palabras del saludo, cuando una rama pequeña descendió ligeramente y rozó su hombro.

–Lauren.

El joven elfo se estremeció al oír su nombre. Pero nadie había hablado. El sonido se produjo en su mente, la voz fue poco más que una imagen de su propio rostro.

¡Era Ellcrys!

Contuvo la respiración, girando la cabeza para lanzar una rápida mirada a la rama que se apoyaba en su hombro antes de apartarse y volver con los demás. La confusión se apoderó de él. Sólo una vez le había hablado antes: el día de su elección. Entonces pronunció su nombre, el nombre de todos los escogidos. Y ésa fue la última vez. Nunca volvió a hablar desde entonces. Nunca, excepto a Amberle, claro, y Amberle ya no estaba con ellos.

Miró a los demás. Todos lo contemplaban, curiosos por saber por qué se había interrumpido. Entonces la rama se deslizó hacia abajo para rodearlo, y él se encogió involuntariamente ante el roce.

–Lauren, llama a los escogidos por mí.

Las imágenes aparecieron con rapidez y desaparecieron. Lauren, con un gesto

vacilante, indicó a sus compañeros que se acercaran. Se acercaron, con preguntas dibujadas en sus labios al tiempo que levantaban la vista hacia el árbol de ramas plateadas. Éstas descendieron para abrazar a cada uno de ellos, y la voz de Ellcrys susurró suavemente.

–Escuchadme. Recordad lo que os digo. No me falléis...

Un escalofrío los recorrió a todos, y los Jardines de la Vida quedaron envueltos en un silencio profundo y vacío, como si en todo el mundo sólo ellos estuvieran vivos. Las imágenes acudieron a sus mentes, fluyendo una tras otra en una rápida sucesión. Y había horror en ellas. Si les hubiera sido posible, los escogidos habrían huido para esconderse hasta que la pesadilla que los poseía pasara y desapareciera. Pero el árbol los retenía, y las imágenes continuaron fluyendo y el horror aumentando, hasta que sintieron que no podían soportarlo más.

Entonces acabó, por fin, y Ellcrys quedó en silencio una vez más, alzando sus ramas y extendiéndolas para captar el calor del sol matutino.

Lauren estaba helado, las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Consternados, los seis se miraron, y en la mente de cada uno la verdad susurró sin ruido.

La leyenda no era una leyenda. La leyenda estaba viva. El mal yacía bajo una Prohibición que Ellcrys mantenía. Sólo ella preservaba la seguridad del pueblo elfo.

Y ahora se estaba muriendo.

# II

Lejos, al oeste de Arbolon, más allá de la Línea Quebrada, se produjo una agitación en el aire. Apareció algo más negro que la oscuridad del temprano amanecer, retorciéndose en espirales y vibrando con la fuerza de un viento que parecía azotarlo. Durante un momento, el velo de negrura se mantuvo estable. Después se abrió, desgarrado por la fuerza de su interior. Detrás de la negrura impenetrable surgieron aullidos y chillidos, mientras docenas de miembros acabados en garras rasgaban y rompían la súbita brecha, estirándose hacia la luz. Después un fuego rojo estalló alrededor y las manos cayeron, deformadas y quemadas.

El Dagda Mor apareció produciendo un silbido de furia. Su Báculo de Poder desprendía vapor ardiente mientras apartaba con él a los impacientes y atravesaba con decisión la abertura. Un instante después, las figuras oscuras de la Parca y el Suplantador le siguieron. Otros cuerpos empujaban para salir, desesperados, pero los bordes de la raja se juntaron de inmediato, encerrando la negrura y a los que vivían en su interior. En pocos momentos la abertura desapareció del todo y el extraño trío quedó solo.

El Dagda Mor miró a su alrededor con cautela. Se encontraban en la sombra de la Línea Quebrada. El amanecer, que ya había roto la paz de los escogidos, era una débil luz en el cielo oriental por detrás de la monstruosa pared de montañas. Los altísimos picos cortaban el cielo como oscuros pilares, a lo lejos, en la desolación de las Planicies de Hoare. Las planicies se extendían hacia el oeste, desde la línea de montañas, como una tierra seca y estéril en donde la duración de la vida se medía en minutos y horas. Nada se movía sobre su superficie. Ningún sonido alteraba la quietud del aire de la mañana.

El Dagda Mor sonrió; los dientes ganchudos resplandecieron. Su llegada no había sido advertida. Después de tantos años, estaba libre. Una vez más estaba suelto entre los que le habían encerrado.

De lejos, podría haber pasado por uno de ellos. Su aspecto era básicamente el de un humano. Caminaba erguido sobre dos piernas, y los brazos sólo eran un poco más largos que los de un hombre. Avanzaba encorvado, con un peculiar movimiento por impulsos, pero las oscuras ropas que lo envolvían dificultaban la determinación de la causa. Sólo de cerca podía distinguirse la enorme joroba que deformaba su columna por encima de sus hombros. Y los grandes mechones de pelo verdoso que sobresalían de todas las partes de su cuerpo como parches de hierba. O las escamas que cubrían sus antebrazos o la parte inferior de las piernas. O las manos y pies terminados en garras. O el aspecto vagamente gatuno de su cara. O los ojos, negros y brillantes, con una engañosa placidez en su superficie, como dos estanques de agua idénticos que escondiesen algo maligno y destructivo.

Una vez visto esto, no restaba ya ninguna duda sobre la identidad del Dagda Mor. Lo que delataban estos rasgos no era un humano, sino un demonio.

Y el demonio odiaba. Odiaba con una intensidad que rayaba en la locura. Cientos de años de encierro en la cárcel oscura enterrada bajo el muro de la Prohibición dieron a su odio tiempo más que suficiente para alimentarse y crecer. Ahora le consumía. Era todo para él. Le daba poder y él usaría ese poder para aplastar a las criaturas que le habían causado tanto sufrimiento. ¡Los elfos! Todos los elfos. Y ahora ni siquiera eso lo dejaría satisfecho; ahora no, después de tantos siglos apartado de este mundo que en otra época había sido suyo; confinado en ese limbo informe e inanimado de oscuridad interminable, de lenta y dolorosa inactividad. No, la destrucción de los elfos no sería suficiente para reparar la humillación que había sufrido. También los otros deberían ser destruidos.

Hombres, enanos, trolls, gnomos, todos aquellos que formaban parte de la humanidad que tanto detestaba; las razas de la humanidad que vivían en su mundo y se habían apoderado de él.

La venganza llegaría, pensó. De la misma forma que había llegado su liberación. Podía sentirlo. Había esperado siglos, retenido por el muro de la Prohibición, probando su resistencia, tratando de encontrar una debilidad, sabiendo que algún día empezaría a fallar. Y ahora ese día había llegado. Ellcrys se estaba muriendo. ¡Ah, qué dulces palabras! ¡Deseaba decirlas en voz alta! ¡Se estaba muriendo! ¡Se estaba muriendo y ya no podría seguir manteniendo la Prohibición!

El Báculo de Poder refulgía incandescente en su mano al tiempo que el odio lo colmaba. La tierra bajo la punta del bastón quedó carbonizada. Con un esfuerzo se serenó y el báculo se enfrió de nuevo.

Durante un tiempo, desde luego, la Prohibición se había mantenido firme. El desmoronamiento no se produciría de un día para otro, ni probablemente en varias semanas. Incluso la pequeña brecha que había logrado abrir requirió un poder enorme. Pero el Dagda Mor poseía un poder enorme, más poder que cualquiera de los que estaban aún atrapados bajo la Prohibición. Él era el jefe de todos; su palabra los gobernaba. Algunos lo habían desafiado durante los largos años de destierro; sólo algunos. Los había aniquilado. Había dado con ellos un triste ejemplo. Ahora todos le obedecían. Le temían. Pero compartían su odio por lo que les habían hecho a ellos. Y también alimentaban ese odio, que los había conducido a una necesidad furiosa de venganza, y cuando al fin fuesen liberados, esa necesidad tardaría mucho, mucho tiempo en ser compensada.

Pero, por ahora, debían esperar. Por ahora, debían tener paciencia. No tardaría mucho. La Prohibición se debilitaría un poco más cada día, desmoronándose a medida que Ellcrys fuese muriendo. Sólo una cosa podría evitarlo: un renacimiento.

El Dagda Mor asintió para sí. Conocía bien la historia de Ellcrys. ¿No había estado presente la primera vez que ésta vio la vida, cuando expulsó a sus hermanos y a él mismo del mundo de luz a la prisión de oscuridad? ¿No había presenciado cómo su brujería los había vencido, una brujería tan potente que incluso podía superar a la muerte? Y sabía que la libertad aún podía serle arrebatada. Si uno de los escogidos lograba llevar una semilla del árbol a la fuente de su poder, Ellcrys podría renacer y la Prohibición sería invocada de nuevo. Sabía eso, y por ello estaba aquí ahora. No contaba con ninguna seguridad de poder romper el muro de la Prohibición. Fue una apuesta peligrosa emplear tanto poder en el intento, porque, de haber fracasado, se habría quedado tremendamente débil. Tras el muro existían otros casi tan poderosos como él; habrían aprovechado la oportunidad para destruirlo. Pero la apuesta era necesaria. Los elfos todavía no se daban cuenta del alcance del peligro. De momento, se sentían seguros. No creían que nada dentro de los confines de la Prohibición poseyera un poder suficiente para atravesarla. El error lo descubrirían tarde. Para entonces, ya se habría asegurado de que Ellcrys no volvería a renacer y de que la Prohibición no sería restaurada.

Ésa era la causa por la que había hecho que los otros dos lo acompañasen.

Ahora les dirigió una mirada. Encontró al Suplantador a su lado, soportando en su cuerpo una transición continua de colores y formas mientras experimentaba copiando a los seres vivos que había encontrado allí: en el cielo, un halcón al acecho y un pequeño cuervo; en la tierra, una marmota, una serpiente, un insecto de múltiples patas y un par de pinzas, siempre algo nuevo, y en una sucesión tan rápida que a los ojos les costaba seguirlo. Porque el Suplantador podía ser cualquier cosa. Encerrado en la oscuridad con sólo sus hermanos como modelos, sus poderes habían quedado mermados, prácticamente destruidos. Pero aquí, en este mundo, las posibilidades eran interminables. Todo, ya fuese humano o animal, pez o ave, no importaba el tamaño, la forma, el color o su capacidad,

podía ser suplantado por él. Ni siquiera el Dagda Mor estaba seguro del verdadero aspecto del Suplantador; la criatura estaba tan orgullosa de adoptar otras formas de vida que pasaba casi todo el tiempo siendo algo o alguien distinto de quien era en realidad.

Un don extraordinario, pero lo poseía una criatura cuya capacidad para el mal casi se igualaba con la del Dagda Mor. El Suplantador también era de naturaleza demoníaca. Era egoísta y malévolo. Disfrutaba con el engaño, disfrutaba hiriendo a los demás. Siempre fue enemigo del pueblo elfo y sus aliados, los despreciaba por su devota preocupación por el bienestar de las formas de vida inferiores que habitaban en el mundo. Las criaturas inferiores no significaban nada para el Suplantador. Eran débiles, vulnerables, merecían ser utilizadas por seres superiores, seres como él. Los elfos no eran mejores que las criaturas a las que protegían. Tampoco eran capaces de engañar. Estaban atrapados en lo que eran; no podían ser nada más. Él podía ser lo que deseara. Despreciaba a todos. No tenía amigos. No los quería. Ninguno excepto el Dagda Mor, ya que el Dagda Mor poseía lo único que respetaba: un poder mayor que el suyo. Por eso, y sólo por eso, el Suplantador le servía.

El Dagda Mor tardó un poco más en localizar a la Parca. Finalmente la encontró a no más de diez metros, inmóvil, poco más que una sombra en la pálida luz del alba, como un fragmento más de la noche que se desvanecía confundiéndose con el gris de las planicies. Envuelta de la cabeza a los pies en sus ropas cenicientas, la Parca era casi invisible, con el rostro oculto por la sombra de una amplia capucha. Nadie había mirado su rostro más de una vez. La Parca sólo permitía eso a sus víctimas, y sus víctimas estaban todas muertas.

Si se consideraba peligroso al Suplantador, la Parca lo era diez veces más. La Parca era una asesina. Matar era la única función de su existencia. Era una criatura enorme, con fuertes músculos y de más de dos metros cuando se erguía en toda su estatura. Sin embargo, su tamaño era engañoso, porque no era pesada en absoluto. Se movía con la agilidad y la gracia del mejor cazador elfo. Cuando iniciaba una caza, nunca la abandonaba. Nada que persiguiese escapaba jamás de ella. Incluso el Dagda Mor se mostraba precavido, aunque la Parca no poseía su poder. La razón era que la Parca le servía por voluntad propia, no porque le temiese o respetase como los otros. Era un monstruo que no daba importancia a la vida, ni siquiera a la suya. No mataba por placer, aunque en verdad lo sintiera. Mataba porque era instintivo en ella. Mataba porque le era necesario. A veces, en la oscuridad de la Prohibición, apartada de todas las formas de vida excepto de las de sus hermanos, había sido casi incontrolable. El Dagda Mor se vio obligado a ofrecerle demonios menores para que los matase, sometiéndola a su control con una promesa. Cuando estuviesen libres de la Prohibición, y un día lo estarían realmente, la Parca podría disponer de todas las criaturas del mundo que capturara. Podría perseguirlas todo el tiempo que quisiese. Al final, podría matarlas a todas.

El Suplantador y la Parca. El Dagda Mor había escogido bien. Uno sería sus ojos, otro sus manos; ojos y manos que se introducirían en el corazón del pueblo elfo y acabarían para siempre con la posibilidad de que Ellcrys pudiera renacer.

Dirigió una aguda mirada hacia el este, donde el borde del sol matutino se elevaba con rapidez por la cresta de la Línea Quebrada. Era el momento de partir. Por la noche, tendrían que estar en Arbolon. También esto lo había planeado con cuidado. El tiempo era muy valioso; no podían perderlo si pretendían coger a los elfos desprevenidos. Ellos no deberían enterarse de su presencia hasta que fuese demasiado tarde para actuar de cualquier forma.

Haciendo una seña rápida a sus compañeros, el Dagda Mor dio la vuelta y se encaminó con paso desgarbado hacia el resguardo de la Línea Quebrada. Cerró los ojos con expresión de placer al saborear en su mente el éxito que esa noche le aportaría. Después de esa noche, los elfos estarían dominados. Después de esa noche, no tendrían más remedio que contemplar cómo su amada Ellcrys sucumbía sin la menor esperanza de un

renacimiento.

En efecto. Porque después de esa noche, todos los escogidos estarían muertos.

A unos cientos de metros de las montañas, adentrado ya en su sombra protectora, el Dagda Mor se detuvo. Agarrando con ambas manos el Báculo de Poder, lo colocó verticalmente y apoyó un extremo en la tierra seca y agrietada. Su cabeza estaba ligeramente inclinada, y sus manos apretaban el báculo. Durante un rato, permaneció sin moverse. Tras él, los otros dos le observaban con curiosidad, con sus figuras oscuras encogidas y los ojos como corpúsculos de luz amarilla.

Entonces, de pronto, el Báculo de Poder empezó a brillar débilmente, con un pálido resplandor rojizo que perfiló la encorvada figura del demonio contra la oscuridad. Un momento después, el resplandor se intensificó y empezó a latir. Se extendió desde el bastón hacia los brazos del Dagda Mor, tiñendo su piel verdosa de rojo sangriento. La cabeza del demonio se alzó y el báculo lanzó una llamarada hacia el cielo, formando un arco fino y resplandeciente que atravesó el aire como si fuese algo vivo y aterrador. El resplandor que iluminaba el báculo destelló una vez y se desvaneció.

El Dagda Mor retrocedió un paso, bajando el báculo. La tierra a su alrededor estaba carbonizada y negra, y la atmósfera húmeda olía a cenizas ardientes. Todas las planicies que les rodeaban se sumieron en un silencio mortal. El demonio se sentó, cerrando los ojos con satisfacción. No volvió a moverse, ni tampoco las criaturas que le acompañaban. Juntos esperaron; media hora, una hora, dos. Siguieron esperando.

Y finalmente, de la desolada vastedad de la Tierra del Norte, llegó el horrible monstruo alado que el demonio había convocado para que les llevase hasta Arbolon.

–Ahora veremos –susurró el Dagda Mor.

# III

El sol acababa de asomar por el horizonte cuando Ander Elessedil atravesó la puerta principal de su pequeña casa y subió por el camino hacia la verja de hierro que comunicaba con los jardines del palacio. Como segundo hijo de Eventine, rey de los elfos, podría haber tenido sus habitaciones en el palacio real, pero ya hacía algunos años que se había trasladado junto con sus libros a su actual residencia, preservando de ese modo la intimidad que le habría faltado de no haberlo hecho. O al menos eso era lo que había creído. Ahora no estaba tan seguro. Como su hermano Arion recibía casi toda la atención de su padre, era probable que él hubiera podido vivir en cualquier parte sin que le molestasen demasiado.

Aspiró el aire limpio y cálido de la mañana y sonrió levemente. Era un buen día para dar un paseo. Tanto él como su caballo lo aprovecharían para hacer ejercicio.

A los cuarenta años no podía considerarse joven. Su delgado rostro élfico mostraba algunas arrugas en los extremos de los estrechos ojos y un surco sobre la frente; pero su paso era rápido y ágil y su rostro resultaba casi infantil cuando sonreía; aunque eso ocurría pocas veces últimamente.

Al acercarse a la verja vio que Went, el viejo jardinero, ya estaba trabajando en los arriates de flores con una azada, con su delgado cuerpo arqueado. Al oír que Ander se aproximaba, se enderezó lentamente, llevándose una mano a la espalda.

–Buenos días, príncipe. Buen tiempo, ¿verdad?

Ander asintió.

–Espléndido, Went. ¿Sigue molestándote la espalda?

–De vez en cuando. –El viejo se frotó con cuidado–. Los años se notan, supongo. Pero todavía puedo trabajar más que los jóvenes que me han dado como ayudantes.

Ander asintió una vez más, sabiendo que la afirmación del anciano era del todo cierta. Went debería haberse jubilado varios años antes, pero se negaba tozudamente a abandonar sus tareas.

Al llegar a la puerta principal, los centinelas de turno le saludaron con una inclinación de cabeza, a la que correspondió de la misma forma. Desde hacía tiempo, los guardianes y él habían prescindido de las formalidades. Arion, como príncipe heredero, podía exigir ser tratado con deferencia, pero la posición y las aspiraciones de Ander eran más modestas.

Siguió el camino que giraba hacia la izquierda rodeando algunos decorativos setos hasta llegar a los establos. Entonces, un estruendo de cascos y un grito quebraron la tranquilidad matutina. Ander saltó a un lado cuando el semental gris de Arion se dirigió hacia él, dispersando la grava y encabritándose al ser frenado súbitamente.

Antes de que el caballo estuviese parado del todo, Arion ya había desmontado y estaba frente a su hermano. En contraste con Ander, moreno y de escasa estatura, Arion era alto y rubio, y el parecido con su padre cuando tenía su edad era sorprendente. Eso, unido al hecho de que era un atleta extraordinario y un consumado maestro de las armas, la caza y la equitación, hacían inevitable que fuese el orgullo y la alegría de Eventine. También poseía un gran carisma; un carisma del que Ander carecía, según su propia apreciación.

–¿Adónde vas, hermanito? –preguntó Arion. Como siempre, cuando hablaba al príncipe más joven, su tono contenía una ligera insinuación de burla y desdén–. Yo no molestaría a nuestro padre, si fuese tú. Estuvimos trabajando hasta muy tarde en algunos asuntos de estado urgentes. Todavía dormía cuando entré a verlo.

–Me dirijo a los establos –replicó Ander con voz tranquila–. No tengo intención de molestar a nadie.

Arion le dirigió una sonrisa, que más parecía una mueca, y se volvió hacia su caballo. Sujetándose con una mano a la silla, saltó sobre la montura sin apoyar ni siquiera un pie en el estribo. Después, volvió a mirar a su hermano.

–Bueno, me voy durante unos días a Sarandanon. La gente de las comunidades del campo está bastante agitada, a causa de un viejo cuento de hadas sobre una maldición que nos afecta a todos. Algo absurdo, pero tengo que ir a tranquilizarlos. De todas formas no te hagas ilusiones. Volveré antes de que padre salga para Kershalt –dijo con ironía–. Mientras tanto, hermanito, cuida de todo, ¿eh?

Sacudió las riendas y salió al galope, atravesando la entrada y perdiéndose a lo lejos. Ander maldijo en voz baja para sí y se volvió. Ya no estaba de humor para pasear a caballo.

Él debería haber formado parte del acompañamiento del rey en su misión de estado a Kershalt. Era importante afianzar los lazos entre los trolls y los elfos. Y aunque los cimientos ya estaban puestos, aún se requeriría diplomacia y una negociación cuidadosa. Arion era demasiado impaciente y precipitado, y tenía poca sensibilidad hacia las necesidades e ideas de los demás. Él, Ander, tal vez careciese de la habilidad física de su hermano, aunque era bastante hábil, y también carecía de su capacidad natural de liderazgo; pero poseía talento para razonar, habilidad dialéctica y la paciencia necesaria para los encuentros diplomáticos. En las pocas ocasiones en que había sido solicitado, lo demostró.

Se encogió de hombros. De todas formas no tenía sentido pensar en eso ahora. Había pedido a su padre que le permitiese realizar el viaje y le fue negado en favor de Arion. Éste sería rey algún día; debía adquirir la práctica que necesitaría en asuntos de estado mientras Eventine estuviese aún vivo para guiarlo. Y quizás era razonable, admitió Ander.

En otra época, Arion y él estuvieron muy unidos. Cuando Aine aún vivía. Aine era el hijo menor de los Elessedil. Pero había muerto en un accidente de caza hacía once años, y desde entonces los lazos familiares se debilitaron. Amberle, la joven hija de Aine, buscó apoyo en Ander, no en Arion, y los celos del hermano mayor pronto se manifestaron en una actitud de abierto desprecio. Más tarde, cuando Amberle abandonó su puesto entre los escogidos, Arion lo atribuyó a la influencia del hermano, y su desprecio degeneró en una hostilidad levemente enmascarada. Ahora Ander sospechaba que la mente de su padre estaba siendo envenenada contra él. Pero no podía hacer nada para evitarlo.

Aún sumido en sus pensamientos, atravesó la puerta que comunicaba con el sendero que conducía a su casa. En ese momento oyó un grito.

–¡Príncipe, espere!

Ander miró con sorpresa a la figura vestida de blanco que corría hacia él, agitando un brazo frenéticamente. Era uno de los escogidos, el pelirrojo. Lauren, ¿no era ese su nombre? Era extraño ver alguno de ellos fuera de los jardines a esa hora. Esperó hasta que el joven elfo llegó hasta él, tropezando al detenerse, con el rostro y los brazos marcados con rayas de sudor.

–Príncipe, debo ver al rey –jadeó el escogido–. Y no me dejan pasar hasta más tarde. ¿Puede conducirme hasta él ahora?

Ander vaciló.

–El rey está durmiendo todavía...

–Tengo que verlo en seguida –insistió el otro–. ¡Por favor! ¡Esto no puede esperar!

Había desesperación en sus ojos y en su pálido y tenso rostro. Su voz se quebraba al intentar enfatizar la urgencia que lo impulsaba. Ander reflexionó, preguntándose qué sería tan importante.

–Si tienes algún problema, Lauren, quizá yo...

–No se trata de mí, príncipe. ¡Se trata de Ellcrys!

La indecisión de Ander se esfumó. Asintió y tomó a Lauren del brazo.

–Ven conmigo.

Juntos volvieron a pasar por la puerta hacia la gran mansión, observados con sorpresa por los centinelas.

Gael, el joven elfo que servía como asistente personal a Eventine Elessedil, negaba rotundamente con la cabeza; todavía dentro de las ropas oscuras de mañana, su figura delgada se agitaba con inquietud y sus ojos trataban de evitar los de Ander.

–No puedo despertar al rey, príncipe Ander. Me dijo, con mucha insistencia, que no lo molestase por ninguna razón.

–¿Ni por nadie, Gael? –preguntó suavemente Ander–. Ni siquiera por Arion.

–Arion ha salido... –empezó a decir Gael. Después se interrumpió y adoptó una expresión aún más desdichada.

–Precisamente. Pero yo estoy aquí. ¿Vas a decirme de verdad que no puedo ver a mi padre?

Gael no contestó. Luego, cuando Ander se dirigió hacia el dormitorio de su padre, el joven elfo lo siguió con premura.

–Yo lo despertaré. Por favor, espera aquí.

Pasados unos segundos volvió a salir, con la preocupación aún en el rostro, pero hizo una señal de asentimiento hacia Ander.

–Te verá, príncipe Ander. Pero por el momento, sólo a ti. A nadie más que a ti.

El rey estaba aún acostado cuando Ander entró, terminando un vasito de vino que Gael debía de haberle servido. Saludó a su hijo, y después bebió delicadamente bajo el calor de los cobertores de la cama, temblando por un instante con el fresco matutino de la habitación. Gael, que había entrado con Ander, sostenía una túnica, que Elessedil se colocó y anudó ceñidamente a la cintura.

A pesar de sus ochenta y dos años, Eventine Elessedil gozaba aún de excelente salud. Su cuerpo seguía siendo atractivo y fuerte. Cabalgaba, y era lo suficiente rápido y certero con la espada como para resultar peligroso. Su mente se mantenía eficaz y aguda; y cuando la situación lo exigía, como ocurría con frecuencia, actuaba con decisión. Poseía un extraño sentido del equilibrio y la proporción; la capacidad de ver todos los lados de un asunto, de juzgar a cada uno de acuerdo con sus méritos y de elegir casi siempre aquello que resultaba más beneficioso para él mismo y para sus súbditos. Era un don sin el cual no hubiera seguido siendo rey, ni siquiera seguiría vivo. Era un don que Ander creía haber heredado, aunque parecía no servirle de nada en las circunstancias presentes.

El rey caminó hasta las cortinas tejidas a mano que colgaban en la pared del fondo, las descorrió, y empujó hacia fuera uno de los grandes ventanales que daban al bosque. La luz, suave y dulce, inundó la habitación, y también el olor del rocío. Detrás de él, Gael se movía de un lado a otro en silencio, encendiendo las lámparas de aceite para disipar la penumbra que aún quedaba en los rincones de la habitación.

Eventine se detuvo ante la ventana, contemplando con fijeza su reflejo en el vidrio empañado. Sus ojos eran increíblemente azules, duros y penetrantes, los ojos de un humano que había visto demasiados años y demasiadas desventuras. Suspiró y se volvió hacia Ander.

–Muy bien, Ander, ¿de qué se trata? Gael me ha contado que traes a un escogido con un mensaje.

–Sí, señor. Afirma que tiene un mensaje urgente de Ellcrys.

–¿Un mensaje del árbol? –Eventine frunció el entrecejo–. ¿Cuánto tiempo hace que dio un mensaje para alguien? ¿Unos setecientos años? ¿Cuál es el mensaje?

–No me lo ha dicho –contestó Ander–. Insiste en comunicarlo personalmente.

Eventine asintió.

–Entonces dile que lo revele. Hazle entrar, Gael.

Gael hizo una reverencia y atravesó corriendo las puertas de la cámara, dejándolas ligeramente entreabiertas. Un momento después se coló en la habitación un perro enorme y peludo, que se acercó en silencio hasta el rey. Era Manx, su lebrel, y lo saludó cariñosamente, acariciando su cabeza grisácea, y dando suaves palmadas en el brillante pelaje de su lomo. Manx había estado con él casi diez años, más próximo y fiel que cualquier humano.

–Está encaneciendo un poco. Como yo –murmuró Eventine apesadumbrado.

Las puertas se abrieron del todo y entró Gael, seguido de Lauren. El escogido se detuvo en el umbral de la puerta durante un momento, mirando con inseguridad a Gael. El rey despidió a su asistente con un movimiento de cabeza. Ander iba también a retirarse cuando una ligera señal de su padre le indicó que se quedara. Gael se inclinó una vez más y salió; esta vez cerrando del todo las puertas tras él. Cuando se hubo ido, el escogido dio un paso hacia delante.

–Majestad, por favor perdone... ellos pensaron que yo... sería el único... –dijo casi atragantándose con las palabras.

–No hay nada que perdonar –le aseguró Eventine. Con el encanto que Ander sabía que su padre podía ejercer, el rey se adelantó y rodeó con su brazo los hombros del joven elfo–. Sé que debe ser muy importante para ti o de lo contrario no habrías abandonado tu trabajo en los jardines. Ven, siéntate y cuéntamelo.

Dirigió una mirada interrogativa a Ander. Después condujo al escogido hasta una pequeña mesa de lectura, situada en un extremo de la habitación, hizo que se sentara en una de las sillas mientras él ocupaba la otra. Ander les siguió, pero se quedó de pie.

–Tu nombre es Lauren, ¿verdad? –preguntó Eventine.

–Sí, majestad.

–Muy bien, Lauren. Ahora dime por qué has venido.

Lauren se irguió en la silla y apoyó las manos sobre la mesa, cruzando los dedos apretadamente.

–Majestad, Ellcrys nos habló esta mañana. –Sus palabras fueron casi un susurro–. Nos dijo... ¡nos dijo que se estaba muriendo!

Ander sintió que la sangre se le helaba. Durante un instante, el rey no respondió; se quedó rígido, con los ojos fijos en el joven.

–Debe de ser un error –dijo al fin.

Lauren negó enfáticamente con la cabeza.

–No es ningún error, majestad. Nos habló a todos. Todos... todos lo oímos. Se está muriendo. La Prohibición ya ha empezado a desmoronarse.

El rey se levantó con lentitud, caminó hasta la ventana abierta y, desde allí, contempló en silencio los bosques circundantes. Manx, que estaba enroscado a los pies de la cama, se estiró y lo siguió. Ander vio que la mano del rey se deslizaba hacia el perro y le rascaba entre las orejas con movimientos automáticos.

–¿Estás seguro de eso, Lauren? –preguntó Eventine–. ¿Totalmente seguro?

–Sí... sí.

El escogido lloraba suavemente, casi sin producir ruido, apoyado sobre la mesa, con la cara oculta entre las manos. Eventine no se volvió. Continuó observando los bosques que eran su hogar y el hogar de su pueblo.

Ander parecía una estatua, con los ojos fijos en su padre y la mente aturdida por el golpe. La monstruosidad de lo que acababa de oír penetró en él lentamente. ¡Ellcrys se estaba muriendo! La Prohibición se cuarteaba. El mal que había sido desterrado, volvía con entera libertad. ¡El caos, la locura, la guerra! En definitiva, la destrucción.

Había estudiado historia con sus tutores y después en los libros de su biblioteca. Era una historia con atavíos de leyenda.

En otra época, hacía mucho tiempo, antes de las Grandes Guerras, antes del amanecer de la civilización en el viejo mundo, incluso antes de la aparición de la raza de los hombres, hubo una guerra entre las criaturas con poderes mágicos del bien y del mal. Los elfos lucharon en esa guerra, al lado del bien. Fue una lucha larga, terrible y devastadora. Pero, al fin, las fuerzas del bien triunfaron sobre las del mal. Sin embargo, la naturaleza del mal era tan poderosa que éste no pudo ser destruido del todo; sólo desterrado. Entonces, el pueblo elfo y sus aliados aunaron sus poderes mágicos con la fuerza vital de la propia tierra para crear a Ellcrys, para que con su presencia ejerciera una Prohibición sobre las criaturas del mal. Mientras Ellcrys viviese y floreciera, el mal no podría volver a la tierra. Encerrado en un desierto de oscuridad, proferiría sus lamentos de angustia tras el muro de la Prohibición, pero la tierra estaría a salvo de él.

¡Hasta entonces! Pero si Ellcrys llegaba a morir, la Prohibición terminaría. Estaba escrito que eso había de ocurrir, porque ningún poder es tan fuerte para durar eternamente. A pesar de todo, se tenía la impresión de que Ellcrys lograría la supervivencia. Había estado allí durante tantas generaciones... inmutable, como un punto fijo en el laberinto cambiante de la vida. El pueblo elfo llegó a creer que estaría siempre. Erróneamente, al parecer. Absurdamente.

El rey se giró de repente, contempló durante un instante a Ander, volvió a la mesa, sentándose otra vez y tomando la mano de Lauren entre las suyas para tranquilizarlo.

–Debes contarme todo lo que os dijo, Lauren. Cada detalle. Sin olvidar nada.

El escogido asintió en silencio. Sus ojos ahora estaban secos y su rostro sereno. Eventine le soltó la mano y se recostó en el asiento. Ander llevó una silla de alto respaldo desde el otro lado de la habitación y se sentó junto a ellos.

–Majestad, ¿conocéis la forma en que se comunica con nosotros? –preguntó con cautela.

–Yo también fui un escogido, Lauren –respondió Eventine. Ander observó a su padre, sorprendido. Eso era algo que nunca le había dicho. Pero Lauren pareció adquirir un poco de confianza con la respuesta. Asintió y se volvió hacia Ander.

–Su voz en realidad no es una voz que suene, sino imágenes que aparecen en nuestra mente –le aclaró–. Pocas veces hay palabras como tales: las palabras son la traducción de los pensamientos que proyecta en nosotros. Así es como yo traduzco cuando usa mi nombre. Las imágenes son breves y no están totalmente definidas, y nosotros tenemos que interpretarlas lo mejor que podemos. –Hizo una pausa y se volvió hacia Eventine–. A mí... Ellcrys sólo me había hablado una vez antes de esta mañana, majestad. Sólo nos había hablado a los seis una vez, en el momento de nuestra elección. Hasta esta mañana lo que sabíamos de su manera de comunicarse se basaba en las escrituras de nuestra orden y en las enseñanzas de los escogidos que sirvieron antes. Incluso ahora, es muy confuso.

Eventine asintió con la cabeza para animarle. Lauren prosiguió:

–Majestad, Ellcrys nos habló durante un largo rato esta mañana, algo que nunca había hecho. Nos llamó a todos y nos explicó lo que iba a pasar y lo que nosotros, los escogidos, debíamos hacer. Las imágenes no eran del todo claras, pero no hay duda de que está muriendo. Le queda poco tiempo; pero no se puede determinar cuánto. El deterioro ya ha comenzado. Y a medida que vaya debilitándose, la Prohibición se debilitará con ella. Sólo hay una posibilidad: un renacimiento.

Eventine extendió la mano y asió la de Lauren. Ander también lo había olvidado; golpeado y confundido por el anuncio de la muerte de Ellcrys. ¡Un renacimiento! Estaba escrito en las historias antiguas que Ellcrys podría renacer y, en ese caso, la Prohibición se mantendría.

–Entonces todavía hay esperanza –susurró.

Los ojos de Eventine estaban fijos en Lauren.

–¿Qué debe hacerse para que pueda renacer?

Lauren movió la cabeza de derecha a izquierda.

–Majestad, ha confiado su destino a los escogidos. Sólo a través de nosotros permitirá que se realice su renacimiento. No pretendo comprender sus razones, pero las imágenes fueron claras. Entregará su semilla a uno de nosotros, que no nombró. No apareció ningún rostro. Pero nos hizo saber que sólo uno de los escogidos, que sería seleccionado por ella, podría recibir esa semilla. Ningún otro sería considerado. Quien quiera que sea seleccionado debe llevar la semilla al origen de la vida de la tierra: a la fuente del Fuego de Sangre. Allí el portador deberá sumergir la semilla en el fuego. Cuando sea devuelta al lugar del antiguo árbol, echará raíces y brotará uno nuevo para reemplazarlo.

Los detalles de la leyenda volvieron ahora a la mente de Ander el traslado de la semilla, el ritual del Fuego de Sangre, el renacimiento. Estaba explicado en el lenguaje extraño y formal de las más viejas historias; historias que la mayoría del pueblo había olvidado o nunca supo.

–La fuente del Fuego de Sangre. ¿Dónde se encuentra? –preguntó bruscamente.

Lauren le dirigió una mirada triste.

–Nos mostró un lugar, príncipe, pero... pero no fuimos capaces de reconocerlo. Las imágenes eran vagas, casi como si no pudiese describirlo de forma adecuada.

La voz de Eventine conservaba aún la calma:

–Cuéntame lo que os mostró. Todo.

Lauren asintió.

–Era un territorio salvaje con montañas y pantanos por todas partes. Había una niebla densa que iba y venía. Había un pico muy alto, y bajo ese pico un laberinto de túneles que se enterraban bajo la tierra. En algún punto del laberinto había una puerta de vidrio, de un vidrio irrompible. Tras la puerta estaba el Fuego de Sangre.

–¿No dio nombre a ninguna de las partes de ese rompecabezas? –preguntó el rey pacientemente.

–Sólo uno, majestad. Pero fue un nombre que no reconocimos. El laberinto en donde se encuentra escondido el Fuego de Sangre se llama Salvafuerte.

¿Salvafuerte? Ander buscó en su memoria, pero el nombre no significaba nada para él.

Eventine miró a Ander y negó con la cabeza. Se puso en pie, se alejó varios pasos de la mesa y después se detuvo con brusquedad. Se volvió hacia Lauren.

–¿No os dijo nada más? ¿Ninguna pista? ¿Ninguna información, aunque parezca carecer de significado?

–Nada. Eso fue todo.

El rey hizo un gesto de aprobación al joven elfo.

–Muy bien, Lauren. Tenías razón al insistir en contármelo en seguida. Ahora, ¿puedes esperar fuera un momento?

Cuando la puerta se cerró detrás del escogido, Eventine volvió a su silla y se dejó caer lentamente. Su cara parecía haber envejecido de forma considerable y sus movimientos eran los de un anciano. Manx se acercó a él y levantó la cara grisácea para mirarlo como si le comprendiese. Eventine suspiró, llevando su mano cansada hasta la cabeza del perro.

–¿He vivido demasiado? –murmuró–. Si Ellcrys muere, ¿cómo podré proteger a mi pueblo de lo que ocurrirá? Soy su rey. La responsabilidad de protegerlo es mía. Siempre la he aceptado. Sin embargo, por primera vez en la vida, desearía que fuese de otra forma... –

Su voz se desvaneció y él se volvió a mirar a Ander–. Bueno, tenemos que hacer lo que podamos. Con Arion en Sarandanon, necesitaré tu ayuda. –Ander se sonrojó ante la inintencionada ofensa–. Ve con Lauren e interroga a los escogidos. Trata de averiguar algo más. Cualquier cosa. Yo sacaré los libros de historia antigua de los sótanos y los examinaré.

–¿Crees que puede haber algo allí? ¿O en los mapas del antiguo mundo? –preguntó Ander, dubitativo.

–No. Tú los has leído hace menos tiempo; yo no recuerdo nada. De todas formas, ¿qué otra cosa podemos hacer? Si hay alguna posibilidad de encontrar el Fuego de Sangre, tenemos que averiguar algo más de lo que Lauren nos ha referido.

Con una señal, le indicó que se retirase. Ander salió para reunirse con Lauren, y juntos volvieron al árbol donde los otros escogidos estarían esperándolos. Intentaría descubrir algo más sobre el misterioso Salvafuerte. Parecía un esfuerzo inútil. Pero como había dicho su padre, ¿qué otra cosa podían hacer?

# IV

Aquel día de verano terminó con una explosión brillante de color rojo y azul que inundó todo el horizonte occidental. Durante largos y bellos minutos, el sol pareció suspendido sobre la cumbre de la Línea Quebrada, iluminando las copas de los árboles del bosque de la Tierra del Oeste y tejiendo sombras que envolvieron la espesura con bandas tenues e inmóviles de oscuridad. El aire se enfrió poco a poco, el calor del mediodía fue desvaneciéndose mientras la brisa nocturna susurraba y suspiraba entre los grandes y silenciosos árboles. La luz del día se convirtió en crepúsculo, y la noche absorbía el color del cielo.

La gente de la ciudad élfica de Arbolon comenzaba a regresar a sus hogares.

En los Jardines de la Vida, Ander Elessedil contemplaba a Ellcrys. Visto a la luz de las últimas horas de la tarde, el gran árbol parecía normal, engañosamente intacto. Sin embargo, antes de que el sol declinara, los rastros de la enfermedad que lo estaba destruyendo eran claramente visibles.

El mal se extendía con rapidez. En algunas ramas pequeñas, la corrupción había empezado a devorar la corteza blanca y plateada. Grandes grupos de hojas colgaban marchitas, cubiertas de manchas, con las puntas curvadas y el color rojo intenso oscurecido. Los escogidos habían frotado la corteza cuidadosamente con bálsamos hechos de hierbas y arrancado las hojas dañadas, esperando, contra toda razón, contener a la enfermedad, sabiendo al mismo tiempo que eso era imposible. Ander vio la verdad reflejada en sus ojos. No podían curar a Ellcrys. Nadie podía. Se estaba muriendo y nada lo podía evitar.

Suspiró y se alejó, sin saber bien por qué había realizado esa última visita del día a los jardines. Los escogidos habían vuelto ya a su alojamiento hacía una hora, cansados y tristes, silenciosos en su sentimiento de impotencia. Sin embargo, él había ido allí movido por la esperanza irracional de encontrar las respuestas que tan desesperadamente necesitaban. No las encontró, por supuesto; y con la llegada del anochecer tenía poco sentido permanecer allí por más tiempo.

Al salir de los jardines, advirtió que los centinelas de la Guardia Negra le observaban con curiosidad. Todavía no conocían la enfermedad del árbol, pero podían advertir que algo no iba bien. Las actividades de los escogidos eran prueba de ello. Pensó que la noticia se extendería con rapidez, que los rumores crecerían. Pronto, el pueblo debería ser informado.

Pero por el momento, al menos, todo estaba en calma. Las luces se fueron apagando, y muchas ventanas quedaron a oscuras mientras la gente se preparaba para dormir. Los envidió. Tenía pocas posibilidades de dormir esa noche; ni él ni el rey.

Suspiró de nuevo, deseando poder hacer alguna cosa por su padre. Eventine siempre había estado seguro de sí mismo, convencido de que podía encontrar solución para cualquier problema. Pero ahora, en las dos visitas que Ander hizo para informarle de la carencia de progresos, el anciano rey se había mostrado perdido en algún lugar de su interior. Había intentado disimularlo ante su hijo, pero era obvio que contemplaba con desesperación el fin de todo aquello por lo que había trabajado durante toda su vida. Al fin se le presentaba un reto que estaba más allá de sus poderes. Sólo intercambió unas escuetas palabras con su hijo, y lo despidió nuevamente para que continuase ayudando a los escogidos de cualquier forma que pudiera.

Había sido una tarea inútil. Ander interrogó a cada uno de ellos cuidadosamente, después los reunió y comprobó sus recuerdos comunes, buscando algún fragmento de

información que pudiera conducir a Salvafuerte. Pero no descubrió nada más de lo que ya sabía.

El examen de los documentos conservados de la Orden tampoco dio ningún resultado. Repasó historias que databan de siglos atrás, buscando y rebuscando. Había repetidas referencias sobre el sagrado Fuego de Sangre, el origen de la vida de su mundo y de todos sus seres animados. Pero en ninguna parte encontró la más leve mención al misterioso lugar llamado Salvafuerte.

Tampoco Ellcrys les proporcionó ninguna ayuda en la búsqueda. Por sugerencia de Ander, los escogidos volvieron a pasar ante ella. Pasaron una y otra vez, uno a uno y todos juntos, rogándole que les dijese algo más para poder comprender sus imágenes. Pero no les habló. Permaneció en silencio.

Al acercarse al alojamiento de los escogidos, vio que todas las luces estaban apagadas. En apariencia, la rutina se había impuesto y debían de haberse retirado a sus aposentos a la hora acostumbrada, poco después de finalizar la cena. Deseó que encontraran alivio en el sueño. Quizá lo lograsen. A veces, la angustia y la desesperación eran más agotadoras que el trabajo físico, y habían soportado a ambas durante todo el largo día.

Pasó con sigilo ante el recinto, y se encaminó a la gran mansión para dar un último informe a su padre. Una sombra oscura se movió bajo un pequeño árbol que estaba junto al sendero.

–¿Príncipe?

–¿Lauren? –preguntó. Luego, cuando la figura se aproximó más, vio que realmente se trataba del joven elfo–. ¿Por qué no estás durmiendo?

–Lo intenté, pero no podía. Le... le vi pasar hacia los jardines y supuse que volvería por aquí. Príncipe Ander, ¿puedo hablarle?

–Me estás hablando, Lauren –le recordó. Pero este breve intento de bromear no logró aligerar la seriedad de la expresión del otro–. ¿Has recordado algo?

–Quizá. No sobre lo que Ellcrys nos dijo, sino algo que creo que debe saber. ¿Podemos dar un paseo?

Ander asintió. Volvieron a seguir el camino que llevaba Ander y se alejaron poco a poco del recinto.

–Tengo la sensación de que debo ser yo quien resuelva el problema –empezó a decir Lauren–. Quizás es porque Ellcrys me habló primero a mí; eso hace que considere la búsqueda de Salvafuerte casi como una obligación personal. Sé que puede pensarse que me doy demasiada importancia, pero así es como lo siento. En cualquier caso, no quiero que nada se me escape. –Miró al príncipe–. ¿Entiende lo que trato de decirle?

–Creo que sí. ¿Se nos ha escapado algo?

–Bueno, algo me ha ocurrido a mí. Creí que debía comentárselo a alguien.

Ander se paró y miró al joven elfo.

–No quise decirle nada al rey. –La ansiedad de Lauren se incrementó–. Ni a los demás. No estoy seguro de lo que saben sobre esto... y nosotros no hablamos de ella... –Su voz se apagó y Ander esperó con paciencia–. Me refiero a Amberle, príncipe. Después de su elección, ella habló con Ellcrys muchas veces; largas conversaciones. –Las palabras iban saliendo con lentitud–. Con ella se comportaba de forma distinta que con el resto de nosotros. Pero nunca hablamos de ello...

Ander se había puesto rígido. Lauren, al ver su reacción, se apresuró.

–Quizá Ellcrys le volvió a hablar. O quizás ella la entendía mejor. Así que cabe la posibilidad de que le sea factible descubrir algo que nosotros no podemos.

Hubo un largo silencio mientras los dos se miraban frente a frente. Después, Ander movió la cabeza en un lento gesto negativo.

–Amberle no puede ayudarnos ahora, Lauren. Se ha marchado. Ni siquiera su madre sabe dónde está. No creo que la encontremos a tiempo para que pueda ayudar.

El elfo pelirrojo asintió, mientras se borraba de su rostro el último rastro de esperanza.

–Sólo era una idea –dijo, antes de volverse hacia el recinto–. Buenas noches, príncipe Ander.

–Buenas noches, Lauren. De todas formas, gracias por tu confianza.

El escogido asintió otra vez antes de desandar el camino y desapareció en la noche acompañado del suave murmullo de sus ropas. Ander lo contempló durante un momento, con la angustia plasmada en su oscuro rostro. Su padre le había pedido que buscase cualquier indicio, cualquier cosa que pudiera ofrecer una pista para localizar Salvafuerte. Sin embargo no había ninguna esperanza de encontrar a Amberle. Podría estar en cualquier rincón de las Cuatro Tierras. Y ahora no era el momento más adecuado para pronunciar su nombre ante Eventine. Había sido su favorita, la nieta cuya elección le había llenado de orgullo y felicidad. Pero la traición a su confianza le resultó más dura de soportar incluso que la muerte del padre, Aine.

Movió la cabeza lentamente y continuó hacia la gran mansión.

Gael todavía estaba cumpliendo sus deberes; tenía el rostro marcado por la fatiga y los ojos preocupados. Era inevitable que terminara enterándose de cuál era el problema a que se enfrentaban, pero debía confiar en que guardaría el secreto. Se disponía a levantarse y, cuando Ander le hizo un gesto, volvió a dejarse caer en su asiento.

–El rey le espera –dijo–. Está en su estudio y se niega a retirarse a descansar. Si pudiera convencerlo de que durmiese, al menos unas horas...

Dentro de su estudio privado, Eventine Elessedil levantó la vista cuando entró su hijo. Sus ojos estudiaron el rostro de Ander por un momento, leyendo el fracaso escrito en él. Después se retiró de la mesa de lectura, ante la que estaba sentado, y se frotó los ojos con aire cansado. Se incorporó, estirándose, y caminó hasta las ventanas para atisbar, por entre los pliegues de las cortinas, la oscuridad que había tras ellas. Sobre la mesa llena de libros, había una bandeja con comida, apartada, sin haber sido tocada apenas. Las velas ardían con poca intensidad, vertiendo la cera gota a gota, acumulándola sobre los candelabros de metal. El pequeño estudio estaba silencioso y en penumbra; los estantes de roble y las paredes cubiertas de tapices formaban una borrosa mezcla de colores desvaídos y de sombras. Por todas partes se amontonaban los libros que Gael había estado subiendo de los sótanos durante todo el día.

El rey volvió a mirar a su hijo.

–¿Nada? –Ander negó con la cabeza, sin hablar. Eventine hizo un gesto–. Yo tampoco... –dijo encogiéndose de hombros y señalando hacia un libro abierto sobre la mesa–. La última esperanza. Contiene una referencia a Ellcrys y al Fuego de Sangre. Léelo tú mismo.

El libro era uno entre los más de cien volúmenes de historia guardados por los reyes elfos y sus escribas desde un tiempo ya perdido en la leyenda. Estaban gastados y viejos, cuidadosamente forrados en cuero y latón, encerrados en envolturas que servían para protegerlos contra los estragos del tiempo. Habían sobrevivido a las Grandes Guerras y a la destrucción de la antigua raza de hombres. Habían sobrevivido a la Primera y Segunda Guerra de las Razas. Habían sobrevivido a las épocas de vida y muerte que relataban. Contenían toda la historia conocida del pueblo elfo. Miles y miles de páginas, cuidadosamente escritas a través de los años.

Ander se inclinó sobre el libro abierto; la tinta se había vuelto marrón con los años y la escritura era de estilo antiguo. Pero las palabras estaban aún lo bastante claras para ser leídas.

–«Entonces la Semilla será entregada al Portador que sea escogido. Y la Semilla será transportada por el Portador hasta la Cámara del Fuego de Sangre, allí será sumergida dentro del fuego y después será devuelta a la tierra. De esta forma el Árbol renacerá y la Gran Prohibición se mantendrá para siempre. Así habló el Gran Mago a sus elfos; y aunque él pereció, este conocimiento nunca se perderá para su pueblo.»

Eventine asintió cuando Ander levantó la vista.

–He leído cada uno de esos libros, estudiando cada párrafo que pudiera ajustarse al caso. Había otros pero ninguno decía más que el que has leído.

Volvió hacia la mesa de lectura y se detuvo ante ella señalando con un dedo las páginas de bordes dorados del inútil volumen.

–Éste es el ejemplar más viejo. Mucho de lo que contiene tal vez sólo sea leyenda. Los cuentos de las antiguas guerras entre los poderes mágicos del bien y del mal, nombres de héroes, todo conduce a la Prohibición. Pero no hay una sola mención a Salvafuerte o a la ubicación del Fuego de Sangre. Y nada sobre el origen de la magia que dio vida a Ellcrys y al poder de la Prohibición.

Era difícil extrañarse por esta última omisión, pensó Ander. Sus antecesores no solían confiar a los escritos los secretos de su magia. Tales cosas se pasaban oralmente de unos a otros para que no pudieran ser robadas por los enemigos. Y se comentaba que ciertas hechicerías eran tan poderosas que su uso estaba limitado a un lugar y a un momento determinado. La hechicería relacionada con Ellcrys podía ser una de ellas.

El rey se sentó en su silla, examinó el libro un rato más y lo cerró después sin decir nada.

–Tendremos que conformarnos con lo poco que dijo Ellcrys –susurró–. Tendremos que usar eso para determinar las posibles ubicaciones del Fuego de Sangre y después encontrarlas.

Ander asintió en silencio. Aquél parecía un asunto sin esperanza. Sólo había una mínima posibilidad de que lograran encontrar Salvafuerte sin más que una vaga descripción como ayuda.

–Me gustaría que Arion estuviese aquí –murmuró su padre de repente.

Ander no hizo ningún comentario. Admitió que existían razones suficientes para que el rey necesitase a Arion en aquel momento. Por el don de mando que se precisaría para dirigir e impulsar la búsqueda, Arion era la persona adecuada. Y su presencia podía aliviar a su padre. No era momento para recriminarle por eso.

–Creo que deberías dormir, padre –sugirió Ander después de un instante de silencio–. Necesitarás descansar para hacer frente a lo que nos espera.

El rey se levantó y se dispuso a apagar las velas que había sobre la mesa.

–Muy bien, Ander –dijo, haciendo un esfuerzo para sonreír a su hijo–. Envíame a Gael. Pero tu día también ha sido muy largo. Vete a la cama y trata de dormir.

Ander volvió a su casita. Para su sorpresa, se durmió. Mientras su mente giraba sin cesar en círculos inútiles, la fatiga física se apoderó de él. Sólo se despertó una vez durante la noche, cuando una pesadilla de horrores indescriptibles interrumpió su sueño y lo dejó empapado de sudor. Sin embargo, a los pocos segundos volvió a dormirse, y los horrores quedaron olvidados. Desde entonces, nada lo molestó.

Ya había amanecido cuando se despertó otra vez, deslizándose apresuradamente de entre las sábanas para vestirse. Un sentimiento renovado de determinación le dio fuerza mientras desayunaba con premura y se preparaba para salir. En algún lugar había una respuesta al enigma, un medio para encontrar Salvafuerte. Quizás estaba en la agonizante Ellcrys. Quizá tenía relación con los escogidos. Pero había una respuesta; tenía que haber una respuesta.

Al descender por el camino de grava, pudo ver cómo los rayos del sol de la mañana se filtraban a través de la pantalla constituida por los bosques circundantes con la llegada del nuevo día. Primero iría a encontrarse con los escogidos, que ya estarían en los Jardines de la Vida comenzando su jornada, con la esperanza de descubrir algo nuevo al hablar con ellos otra vez. Debían de haber estado pensando en el asunto, dándole vueltas y vueltas en su mente, y era posible que alguno hubiera recordado algo más. Incluso era posible que Ellcrys hubiera hablado.

Primero se detuvo ante la gran mansión, donde Gael estaba ya en su puesto. Pero el joven elfo se llevó un dedo a los labios para indicar en silencio que el rey aún dormía y no debía ser molestado. Ander asintió y salió, contento de que su padre pudiera descansar.

El rocío todavía brillaba en el césped del palacio cuando se dirigió hacia la verja. Miró hacia los jardines al pasar y comprobó con sorpresa que Went no estaba trabajando. Aún le sorprendió más que los utensilios del viejo estuvieran esparcidos por la tierra junto a un parterre de rosas, con el barro aún fresco sobre el metal. No era costumbre de Went dejar un trabajo a medio hacer. Si habían aumentado las molestias de su espalda, sería conveniente que lo examinasen. Pero eso tendría que esperar. Por el momento había asuntos más urgentes. Miró durante unos instantes entre las plantas de los parterres, después continuó su camino, apresurado.

Minutos más tarde caminaba a largos pasos ante los muros cubiertos de hiedra de los Jardines de la Vida, siguiendo el sendero que lo llevaría a la entrada. Desde la cima del Carolan, el altísimo muro de roca que se alzaba abruptamente a partir de la orilla oriental del río Song y elevaba a Arbolon sobre los terrenos que lo rodeaban, pudo ver la gran extensión de la Tierra del Oeste extendiéndose hacia el este y el norte, las torres y las arboledas de la ciudad de los elfos, envuelta en la densa maraña de bosques. Al sur, estaban los riscos lejanos y neblinosos de las Estribaciones Rocosas y el Pykon, adornados con fragmentos de franjas azules en los lugares donde el río Mermidon atravesaba las antiguas rocas en su largo recorrido hacia el este, hacia Callahorn. Al oeste, bajo el Carolan y más allá del rápido curso del río Song, se encontraba el valle de Sarandanon, el granero de la nación élfica. La patria de los elfos, pensó Ander con orgullo. Tenían que encontrar una forma, entre los escogidos, su padre y él, para salvarla.

Momentos más tarde se hallaba ante Ellcrys. No había ninguna señal de los escogidos. El árbol estaba solo.

Ander miró a su alrededor con incredulidad. Parecía imposible que ninguno de los escogidos se hubiera despertado a su hora, aunque su rutina hubiese sido alterada por las revelaciones de Ellcrys. En cientos de años, los escogidos nunca habían faltado al saludo del árbol con las primeras luces de la mañana.

Ander abandonó los jardines con apresuramiento y casi corría cuando el recinto amurallado de los escogidos estuvo al alcance de su vista. Una vegetación de verdor perpetuo lo rodeaba, parterres de flores limitaban sus senderos de piedra, la tierra oscura estaba salpicada de tallos y brotes verdes. Un muro bajo de piedra erosionada rodeaba el patio, dejando una abertura a cada lado para las puertas de estacas blancas, La casa estaba oscura y silenciosa.

Ander frenó su paso. En ese momento, los escogidos debían de estar despiertos. Sin embargo no había signos de vida. Una especie de frío extraño pareció invadir al príncipe elfo. Siguió adelante, atisbando las sombras más allá de la puerta de la casa, hasta que al fin se detuvo en la entrada.

–¿Lauren? –pronunció en voz baja.

No se produjo ninguna respuesta. Atravesó la puerta hacia las sombras más oscuras del interior. En el límite de su visión percibió un indicio de movimiento, un movimiento proveniente de algún lugar entre la vegetación circundante. De repente, una súbita

aprensión se apoderó de él, dejándolo helado. ¿Qué había sido aquello?

Tardíamente recordó que había dejado las armas en su casa. Permaneció inmóvil durante un tiempo, esperando algo más. Pero no hubo ningún otro movimiento, ningún sonido que traicionase la presencia de otro ser vivo. Siguió hacia delante con decisión.

–¿Lauren...?

Entonces su vista se adaptó a la oscuridad del interior, y el nombre del joven elfo se quedó atrapado en su garganta.

Los cuerpos yacían esparcidos por el salón como sacos desechados, desgarrados, rotos, sin vida. Lauren, Jase... todos los escogidos muertos, como si hubieran sido atacados por animales enloquecidos. Se llenó de desesperación. Ahora no quedaba ningún escogido para llevar la semilla de Ellcrys en la búsqueda hacia Salvafuerte y el Fuego de Sangre. Ahora el árbol no podría renacer, no había salvación para los elfos. Sintiéndose enfermo por la masacre, era incapaz de moverse. Permaneció allí quieto, mientras el horror y la náusea lo atravesaban a oleadas, y una sola palabra sonó en su mente:

¡Demonios!

Un momento después salió tambaleándose, dando arcadas de forma incontrolable mientras se apoyaba en el muro de la casa y trataba de controlar sus temblores. Cuando al fin se hubo recobrado, se dirigió a dar la alarma a la Guardia Negra, y después a la ciudad. Su padre iba a enterarse, y sería mejor que la noticia se la diese su propio hijo.

Lo ocurrido estaba bastante claro. Con la decadencia de Ellcrys, la Prohibición había empezado a debilitarse. Los demonios más fuertes se habían escapado. Nada excepto un demonio podía o habría hecho una cosa semejante a los escogidos. Con una sola acción, los demonios se habían asegurado de que nunca volverían a ser sometidos. Habían destruido a todos los que podrían ayudar al renacimiento de Ellcrys y a la restauración de la Prohibición que los había confinado.

Atravesó corriendo las verjas que comunicaban con los terrenos de la gran mansión, siguiendo el sendero de grava que pasaba ante los jardines que cuidaba el viejo Went. Ahora estaba allí, cavando y arrancando hierbajos, y levantó el rostro curtido cuando el príncipe estuvo cerca. Ander apenas lo vio; sin decirle nada, siguió corriendo.

Los ojos de Went se bajaron con satisfacción. Sus manos removían sin objeto la tierra negra. El Suplantador siguió haciendo su trabajo.

# V

El anochecer había llegado de nuevo cuando Ander Elessedil cerró la puerta de la casa que albergó a la orden de los escogidos, comprobando la firmeza del cerrojo por última vez. El silencio reinaba a su alrededor cuando se detuvo a contemplar la oscuridad creciente. Ahora la casa estaba vacía; los cuerpos de los seis jóvenes asesinados habían sido retirados hacía rato y Ander se había llevado los últimos objetos personales para devolvérselos a sus familiares. Durante unos breves instantes se encontró solo con sus pensamientos.

Pero pensar no era lo único que tenía que hacer. Había supervisado el traslado de los cuerpos mutilados y después la recogida de los libros de historia de la orden, ahora guardados en los sótanos bajo la mansión de Elessedil. Por sugerencia de su padre revisó todos los documentos, página por página, buscando cualquier pequeña revelación sobre el enigma de Salvafuerte que pudieran haber pasado por alto. No encontró nada. Sacudió la cabeza. ¿Qué podía importar ahora?, pensó desolado. ¿Qué importancia tenía averiguar algo sobre Salvafuerte? Sin ningún escogido para llevar la semilla, ¿qué necesidad había de localizar el Fuego de Sangre? Sin embargo, se alegró de ocuparse en algo, en algo que pudiera distraer su mente de lo que había visto cuando encontró a Lauren y a los otros.

Se alejó de la casa vacía, cruzó el patio del recinto y bajó por el camino que conducía a los Jardines de la Vida. A lo largo de todo el Carolan, ardientes antorchas aleteaban en la oscuridad. Había soldados por todas partes; la Guardia Negra rodeaba los Jardines de la Vida y la Guardia Especial, el cuerpo personal del rey formado por los rastreadores elfos, patrullaba las calles y las arboledas de la ciudad. Lógicamente los elfos estaban aterrorizados por lo ocurrido. Cuando se extendió la noticia de la matanza de los escogidos, Eventine actuó con rapidez para asegurar a su pueblo que sería protegido contra un destino similar; aunque en verdad creía que no existía peligro inmediato. Lo que había asesinado a los escogidos no buscaba otra cosa. Ellos fueron su único objetivo. Nada más importaba. Sin embargo, era conveniente tomar precauciones. Las medidas servirían tanto para paliar el pánico, que el rey sentía crecer en su pueblo, como para salvaguardar la ciudad.

El verdadero daño estaba hecho. El árbol se moría y no podría renacer. Cuando muriera, la Prohibición se desmoronaría totalmente y el mal encerrado en su interior quedaría libre. Y libre, perseguiría y destruiría a todos los elfos. Sin Ellcrys, ¿qué milagro de poder mágico lo evitaría?

Ander se paró junto a la muralla de los jardines. Aspiró lentamente para tranquilizarse, refrenando la sensación de impotencia que había estado creciendo en su interior durante todo el día, poco a poco, como una insidiosa enfermedad. ¿Qué podía hacer que tuviese sentido? Ni siquiera estando vivos los escogidos consiguieron averiguar dónde se encontraba el Fuego de Sangre. Con la Prohibición resquebrajándose ya, no tendrían tiempo para descubrirlo. Y ahora, con los escogidos muertos...

Amberle.

Fue como si susurraran el nombre en su mente. Amberle. Las últimas palabras que Lauren le había dicho habían versado sobre ella. El escogido de cabellos rojizos había sugerido que quizás ella podía ayudarles. Entonces la idea le pareció absurda. Ahora, cualquier cosa era mejor que lo que tenían. La mente de Ander se disparó. ¿Cómo convencer a su padre para que considerase la posibilidad de la ayuda de Amberle? ¿Cómo convencer a su padre incluso para que le permitiera hablarle de la joven? Recordaba la amargura y la decepción del rey el día en que se enteró de que había traicionado su compromiso de escogida. Ander contrapesó esto con la desesperación que había visto en el

rostro de su padre aquella misma mañana, cuando le comunicó la noticia de la masacre de los escogidos. Su decisión fue fácil. El rey deseaba desesperadamente ayuda de cualquier clase. Con Arion en Sarandanon, Ander sabía que la ayuda debía proceder de él. ¿Y qué otra ayuda podría prestarle salvo sugerirle que debía enviar a alguien en busca de Amberle?

–¿Príncipe elfo?

La voz no procedía de ninguna parte, y asustó a Ander hasta el extremo de hacerle dar un salto y emitir un grito ahogado. Una sombra se deslizó entre un grupo de pinos que crecían cerca de las murallas de los Jardines de la Vida, más oscura que la noche que la rodeaba. Durante un momento, Ander dejó de respirar, inmovilizado por la indecisión. Después, cuando alcanzó apresuradamente la espada corta que llevaba colgada del cinturón, la sombra se situó ante él y una mano se apoyó en la suya, un agarro de hierro que lo obligó a bajar el brazo.

–Paz, Ander Elessedil. –La voz era suave pero autoritaria–. No soy un enemigo.

Entonces, Ander se dio cuenta de que la forma sombría era la de un hombre, un hombre alto, de más de dos metros. Su figura enjuta estaba envuelta en ropas negras, y la capucha de su capa de viaje estaba echada sobre la cabeza, ocultando el rostro, excepto unos ojos estrechos que brillaban como los de un gato.

–¿Quién eres? –logró articular al fin el príncipe elfo.

La mano del otro se alzó y retiró los pliegues de la capucha para mostrar su rostro. Era hosco y arrugado, ensombrecido por una barba negra y corta, que enmarcaba una adusta boca grande, y por el pelo largo hasta los hombros. Los ojos felinos, penetrantes y oscuros, lo contemplaban bajo las gruesas cejas fruncidas sobre una nariz larga y recta. Aquellos ojos estaban fijos en los de Ander, que no lograba apartarse de ellos.

–Tu padre me conoce –susurró el hombre alto–. Soy Allanon.

Ander se puso rígido, con expresión de incredulidad.

–¿Allanon? –dijo moviendo la cabeza con lentitud de un lado a otro–. ¡Pero... pero Allanon está muerto!

Había sarcasmo en la voz profunda, y los ojos destellaron de nuevo.

–¿Te parezco muerto, príncipe elfo?

–No... no. Ya veo que... –balbuceó Ander–. Pero han pasado más de cincuenta años...

Su voz se desvaneció cuando los recuerdos de las historias de su padre acudieron a su mente: la búsqueda de la Espada de Shannara, el rescate de Eventine de un campo del ejército enemigo, la batalla de Tyrsis, la derrota del Señor de los Brujos por el joven valense Shea Ohmsford. Y entre todo aquello, siempre se encontraba Allanon, prestando su fuerza y su sabiduría a los pueblos asediados de las Cuatro Tierras. Cuando terminó y el Señor de los Brujos fue destruido, Allanon desapareció por completo. Se decía que Shea Ohmsford fue el último que lo vio. Hubo rumores de que Allanon había visitado las Cuatro Tierras en otras ocasiones y otros lugares. Pero no apareció por la Tierra del Oeste ni por la de los elfos. Nadie allí esperaba volverlo a ver. Sin embargo, refiriéndose al druida, su padre le había dicho con frecuencia que podía esperarse lo inesperado. Se decía que Allanon era un vagabundo, historiador, filósofo y místico, guardián de las razas, el último de los viejos druidas, el hombre sabio del nuevo mundo.

¿Pero era realmente Allanon? La pregunta sonó como un susurro en la mente de Ander.

El hombre alto se acercó un poco más.

–Mírame con atención, príncipe elfo –ordenó–. Verás que te digo la verdad.

Ander contempló el rostro oscuro, los brillantes ojos negros; y, de repente, sus dudas se disiparon. Ya no quedaron preguntas en su mente. El hombre que tenía delante era Allanon.

–Quiero que me lleves a ver a tu padre –dijo el druida con voz baja y sigilosa–. Elige un camino poco transitado. Quiero mantener en secreto mi llegada. Date prisa, antes de que vengan los centinelas.

Ander no se paró a discutir. Con el visitante siguiéndole tan de cerca como su propia sombra, se alejó de los Jardines de la Vida y se dirigió lo más rápidamente que pudo a la ciudad.

Minutos más tarde, se agazapaban entre un grupo de árboles en un extremo exterior de los jardines del palacio donde había una pequeña verja lateral que estaba cerrada con cadena y candado. Ander sacó un manojo de llaves del bolsillo y metió una en la cerradura. La giró y la puerta se abrió con un suave chirrido. Pocos segundos después, estaban dentro.

Normalmente la protección de los jardines se limitaba a los guardianes de la verja principal. Pero a primeras horas de la mañana, después del descubrimiento del asesinato de los escogidos, encontraron el cuerpo de Went bajo un arbusto en la parte sur, con el cuello roto. La forma en que había muerto difería totalmente de la de los escogidos, así que aún no había razón para relacionarlas. No obstante, este último asesinato estaba muy cerca del rey y por ello se tomaron medidas adicionales de seguridad. Dardan y Rhoe, los guardianes personales del rey, se hicieron cargo de vigilar las puertas de sus habitaciones.

Ander no hubiera creído en la posibilidad de llegar a la mansión, desde las murallas exteriores, sin ser visto por los centinelas. Pero de algún modo, precedido por el druida, logró pasar sin que se apercibieran. Allanon parecía poco más que otra sombra de la noche, avanzando sin hacer ruido, siempre con Ander tras él, hasta que por fin llegaron a las grandes puertas cristaleras del estudio del rey. Allí se detuvieron un momento mientras el druida escuchaba junto a las puertas cubiertas por cortinas. Después asió el picaporte de hierro y lo giró. Se abrieron silenciosamente y los dos pasaron al interior.

Eventine Elessedil, sentado junto a la mesa de lectura aún llena de libros, se levantó, dirigiendo una mirada incrédula primero a su hijo y después al hombre que lo acompañaba.

–¡Allanon! –musitó.

El druida volvió a cerrar las puertas, corrió las cortinas con cuidado, y se volvió hacia la luz de las velas.

–Después de todos estos años. –Eventine sacudió la cabeza con admiración y se adelantó desde la mesa. Entonces vio claramente el rostro del hombre y la incredulidad se convirtió en asombro–. ¡Allanon! ¡No has envejecido! No... no has cambiado desde... –no encontró las palabras–. ¿Cómo...?

–Soy el que siempre fui –le cortó el druida–. Basta con saber eso, rey de los elfos.

Eventine asintió sin hablar, todavía perplejo por el aspecto del druida. Lentamente volvió a la mesa de lectura, y los dos humanos tomaron asiento uno frente a otro. Ander permaneció donde estaba durante un momento, sin saber si quedarse o irse.

–Siéntate con nosotros, príncipe elfo –dijo Allanon señalándole una tercera silla.

Ander se sentó, agradecido de que lo incluyeran, ansioso por oír lo que iba a decirse.

–¿Sabes qué ha ocurrido? –dijo el rey dirigiéndose a Allanon.

Él asintió.

–Por esa razón he venido. Advertí una resquebrajadura en la Prohibición. Algo que estaba encerrado ha cruzado a este mundo, algo cuyo poder es ciertamente grande. Fue la aparición de esa criatura...

Llegó un débil sonido de pisadas procedentes del corredor situado tras la puerta del estudio y el druida se puso en pie al instante. Después se detuvo, con el rostro sereno, y volvió a mirar al rey.

–Nadie sabe que estoy aquí.

Eventine no hizo ninguna pregunta, sólo asintió y se levantó de la silla. Se dirigió

con diligencia a la puerta y la abrió. Manx estaba sentado ante ella, moviendo la cola lentamente. Levantó el morro gris hacia su amo. Eventine salió al pasillo y encontró a Gael que se aproximaba con una bandeja de té. El rey sonrió y se la cogió.

–Quiero que te vayas a casa y descanses –le ordenó. Cuando Gael trató de oponerse, hizo un gesto negativo con la cabeza–. No discutas. Tenemos mucho trabajo que hacer mañana. Vete a casa. Yo estaré bien. Di a Dardan y a Rhoe que mantengan la vigilancia hasta que me retire. No deseo ver a nadie.

Se giró con brusquedad y volvió a entrar en el estudio, cerrando la puerta tras de sí. Manx se había colado dentro y olisqueaba al extranjero que estaba sentado junto a la mesa; después, aparentemente satisfecho, se dejó caer cerca de ellos, ante la chimenea de piedra, apoyó el morro sobre las patas delanteras, y cerró los ojos. Eventine se sentó de nuevo.

–Entonces, ¿fue esa criatura quien mató a los escogidos? –preguntó, retomando la conversación.

El druida hizo un gesto de asentimiento.

–Eso creo. Intuí que los escogidos estaban en peligro y vine con tanta rapidez como pude. Pero, por desgracia, no con la suficiente para salvarlos.

Eventine sonrió con tristeza.

–Temo que la culpa sea mía. No hice que los protegieran, a pesar de que me avisaron de que la Prohibición comenzaba a debilitarse. Pero quizás eso no cambia la situación. Aunque estuviesen vivos, dudo de que fueran capaces de salvar a Ellcrys. Nada de lo que ella les mostró sobre la ubicación del Fuego de Sangre es reconocible. Ni siquiera el nombre que les dijo: Salvafuerte. ¿Lo conoces?

Allanon negó con la cabeza.

–Nuestros documentos no mencionan a Salvafuerte; ni los de mis predecesores en el gobierno, ni los de los escogidos –continuó el rey–. Me enfrento a una situación insuperable. Ellcrys se está muriendo. Para salvarla, uno de los escogidos que estaban en servicio debía llevar su semilla al Fuego de Sangre, sumergirla en las llamas y devolverla a la tierra para que el renacimiento fuese posible.

–Conozco la historia –afirmó el druida.

El rey enrojeció. La rabia y la frustración que contenía empezaban a manifestarse.

–Entonces considera esto. No sabemos dónde se encuentra el Fuego de Sangre. No tenemos ningún documento que mencione Salvafuerte. Y ahora que los escogidos están muertos, no tenemos a nadie que pueda transportar la semilla de Ellcrys. Las consecuencias de estas premisas parecen inevitables. ¡Ellcrys morirá, la Prohibición se derrumbará, el mal encerrado en su interior quedará libre otra vez sobre el mundo, y los elfos y probablemente todas las demás razas que habitan en las Cuatro Tierras se enfrentarán a una guerra que nos destruirá a todos! –Se inclinó hacia delante con brusquedad–. Yo soy un rey; soy eso y nada más. Tú eres un druida, un hechicero. Si puedes prestarnos alguna ayuda, hazlo. No hay nada más que yo sepa hacer.

El druida cabeceó varias veces hacia delante, como reflexionando sobre el problema.

–Antes de venir a verte, Eventine, fui a los Jardines de la Vida y hablé con Ellcrys.

El rey lo miró con incredulidad.

–¿Hablaste con...?

–Quizá sea más exacto decir que ella habló conmigo. Si ella no hubiera decidido hacerlo no habría sido posible la comunicación entre nosotros, desde luego.

–Pero si sólo habla con los escogidos –intervino Ander, callándose de inmediato al ver el gesto ceñudo que apareció en el rostro de su padre.

–Mi hijo tiene razón, Allanon. –Eventine se volvió hacia el druida–. Ellcrys sólo habla a los escogidos; y sólo en escasas ocasiones.

–Habla a aquellos que le sirven –contestó Allanon–. Entre los elfos, sólo lo hace a los

escogidos. Pero los druidas han servido siempre a Ellcrys, aunque de un modo diferente. En cualquier caso, me limité a ofrecerme y ella decidió hablarme. Lo que me dijo me sugiere que estás equivocado, al menos en un aspecto.

Eventine esperó que el druida continuara. Pero no lo hizo. Permaneció sentado, mirándolo expectante.

–Muy bien, lo preguntaré. –El rey se esforzó por conservar la calma–. ¿En qué aspecto estoy equivocado?

–Antes de decirlo –indicó Allanon inclinándose hacia delante–, quiero que entiendas algo. He venido para prestar toda la ayuda que me sea posible, porque el mal encerrado en la Prohibición amenaza la vida de las Cuatro Tierras. Ofrezco mi ayuda libremente. Pero con una condición: debo tener libertad para actuar como yo crea conveniente. Incluso aunque tú lo desapruebes, Eventine Elessedil. Incluso en ese caso. ¿Comprendes?

El rey vaciló, estudiando con sus ojos azules el rostro oscuro del hombre, buscando las respuestas que no iba a encontrar allí. Al fin, asintió.

–Comprendo. Puedes actuar como quieras. El druida se recostó en la silla, ocultando con cautela cualquier emoción al mirar a Ander y al rey.

–Primero, creo que puedo ayudar a descubrir la ubicación de Salvafuerte. No me es familiar lo que Ellcrys me mostró sobre ese lugar cuando me habló, como ya dije. No me es familiar porque procedía de sus recuerdos del mundo en el momento de su creación. Las Grandes Guerras alteraron tanto la geografía del antiguo mundo que la percepción del árbol es ahora bastante defectuosa. Sin embargo, tenemos el nombre de Salvafuerte. Me has dicho que los libros de historia de los reyes elfos y de la orden de los escogidos no mencionan ese nombre. Pero hay otro lugar donde buscar. En Paranor, dentro de la Fortaleza de los Druidas, existen libros de historia dedicados por entero a las ciencias y a los fenómenos de la mística del antiguo mundo. En esos libros debe hacerse alguna referencia a la creación de Ellcrys y a la situación del Fuego de Sangre. Existe una posibilidad concreta porque la mayor parte de la información contenida en esas historias fue reunida en el tiempo del Primer Consejo de los Druidas, aportada por cada uno de sus miembros tal y como había sido transmitida desde el holocausto. Recordad también que la luz conductora de ese consejo fue Galaphile, y Galaphile era un elfo. Él debió de ocuparse de que quedara constancia de la creación de Ellcrys y la localización de la fuente del Fuego de Sangre.

Se detuvo un momento.

–Esta noche, cuando terminemos aquí, partiré hacia Paranor. Los libros de historia están bien escondidos para todos excepto para los druidas, por eso es necesario que vaya yo personalmente. Pero creo que en sus páginas figurará alguna referencia al nombre Salvafuerte. A partir de lo que esté escrito allí, es posible que localicemos el Fuego de Sangre.

Cruzó las manos sobre el borde de la mesa y sus ojos se clavaron en los del rey.

–Respecto a los escogidos, Eventine, te equivocas totalmente. No todos están muertos.

Durante un momento la habitación se llenó de un silencio mortal. ¡Amberle!, pensó Ander con asombro. ¡Se refiere a Amberle!

–¡Los seis fueron asesinados...! –empezó Eventine, deteniéndose después de repente.

–Había siete escogidos –dijo el druida en voz baja–. Siete.

El rey se tensó, sus manos agarraron el borde de la mesa hasta que los nudillos se volvieron blancos. Sus ojos reflejaban ira e incredulidad.

–Amberle –susurró como si fuese una maldición.

El druida asintió.

–Ella es uno de los escogidos.

–¡No! –El rey se puso en pie, gritando–. ¡No, druida!

Se oyeron pasos apresurados en el corredor, y después unos golpes en la puerta del estudio. Ander comprendió lo que había provocado su padre. Sus gritos habían atraído a Dardan y a Rhoe. Se dirigió con rapidez hacia la puerta y la abrió. Se sorprendió al encontrar a Gael junto con los guardianes. Todos atisbaron con curiosidad el interior del estudio, pero el príncipe elfo les impidió la visión con habilidad. Un momento después, su padre estaba junto a él.

–Te dije que te fueses a casa, Gael –reprendió con severidad al joven elfo–. Hazlo ahora.

Gael se inclinó automáticamente, exhibiendo en el rostro el dolor que le habían producido esas palabras, y se alejó por el corredor sin decir nada. El rey hizo un gesto a los guardianes para asegurarles que estaba bien, y éstos volvieron a su puesto de vigilancia.

Después se quedó en silencio ante la puerta abierta durante un momento, después la cerró. Sus ojos azules y penetrantes se fijaron en Allanon.

–¿Cómo te enteraste de lo de Amberle?

–Cuando Ellcrys me habló, me dijo que había escogido a siete para que la sirvieran. Uno de ellos era una joven. De nombre, Amberle Elessedil.

El druida se interrumpió para estudiar con detenimiento el rostro del rey elfo. Estaba contraído por la amargura. Todos los colores lo habían abandonado.

–Es bastante extraño que una joven sea incluida entre los escogidos –continuó Allanon, con calma–. Ha habido sólo unas cuantas, creo, y ninguna más en los últimos quinientos años.

El rey sacudió la cabeza, irritado.

–La selección de Amberle fue un honor que no significó nada para ella. Desdeñó ese honor. Avergonzó a su pueblo y a su familia. Ya no es una escogida. Ya no es una ciudadana de esta tierra. ¡Está desterrada por su propia elección!

Allanon se levantó y la expresión de su rostro se volvió dura de repente.

–Es tu nieta, y hablas como un necio.

Eventine se tensó ante aquel reproche, pero reprimió su lengua. El druida se acercó a él.

–Escúchame. Amberle es una escogida. Es cierto que ella no sirvió a Ellcrys como hicieron los otros. Es cierto que abandonó la tarea que le correspondía por tal honor. Es cierto que por razones que sólo ella conoce abandonó Arbolon y la Tierra del Oeste, su hogar, a pesar de sus evidentes responsabilidades. Es cierto que deshonró a su familia y especialmente a ti, como rey, a los ojos de su pueblo. Es cierto que se ha desterrado a sí misma. Y también lo es que ya no se cree una escogida.

»Pero entérate de esto. No te corresponde a ti ni a tu pueblo quitarle lo que Ellcrys le dio. Ni siquiera a ella. Sólo a Ellcrys. Hasta que Ellcrys diga lo contrario, Amberle seguirá siendo una escogida a su servicio, una escogida que puede llevar la semilla hasta el Fuego de Sangre, una escogida que puede darle una vida nueva.

Allanon hizo una pausa.

–Un rey no tiene por qué entenderlo todo, Eventine, sólo por ser rey. Ciertas cosas sólo debes aceptarlas.

Eventine observó al druida sin hablar. La ira había desaparecido de sus ojos, sustituida por el dolor y la confusión.

–Estuve tan próximo a ella en una época –dijo al fin–. Después de que su padre, mi hijo Aine, muriera, me convertí en su padre. Todavía era una niña. Sólo tenía cinco años. Por las noches, solíamos jugar juntos... –Se detuvo, incapaz de continuar. Respiró profundamente intentando tranquilizarse–. Tenía cualidades que no he vuelto a encontrar en tal grado: dulzura, inocencia, encanto. Soy un anciano hablando de su nieta, pero no

hablo sin saber. La conocía.

Allanon no dijo nada. El rey volvió a acercarse a su silla y se sentó una vez más.

–Los libros de historia no hablan de ninguna otra mujer seleccionada para servir como escogida desde los tiempos de Jerle Shannara –continuó–. Amberle fue la primera, la primera en más de quinientos años. Un honor por el que otras hubieran dado cualquier cosa. –Sacudió la cabeza con perplejidad–. Sin embargo Amberle se alejó. No dio explicación alguna, ni a mí ni a su madre, ni a cualquier otro. Ni una palabra. Simplemente se fue.

Su voz se apagó. Allanon se sentó frente a él de nuevo, sus ojos oscuros miraban con intensidad.

–Debemos hacer que vuelva. Ella es la única esperanza que tiene el pueblo elfo.

–Padre. –Ander habló sin concederse tiempo para pensarlo. Impulsivamente se arrodilló junto al anciano–. Padre, la noche antes de ser asesinado, Lauren me dijo algo. Me dijo que Ellcrys había hablado con Amberle muchas veces después de su elección. Que esto nunca había ocurrido antes. Quizás Amberle sea nuestra mejor esperanza.

El rey lo miró con asombro, como si las palabras pronunciadas no significasen nada para él. Después apoyó las palmas de las manos sobre la gastada superficie de la mesa de lectura y asintió una vez.

–Esa esperanza me parece muy débil, Ander. Nuestro pueblo tal vez acepte su vuelta, aunque sólo porque la necesita. Pero no estoy del todo seguro; lo que hizo con su rechazo es imperdonable a sus ojos. Y quizás Ellcrys también pueda aceptarla, aceptarla como escogida y como portadora de la semilla. No pretendo tener respuestas a todas esas preguntas. No, estando mis sentimientos involucrados. –Se giró hacia Allanon–. Es la propia Amberle quien se opone a nosotros, druida. Cuando abandonó este país, se fue para siempre. Estaba convencida de que debía hacerlo; algo la convenció. Tú no la conoces como yo. Nunca volverá.

La expresión de Allanon no cambió.

–Eso está por verse aún. Al menos debemos preguntárselo a ella.

–No sé dónde está. –La voz del rey se volvió amarga de repente–. Dudo que alguien lo sepa.

El druida sirvió una taza de té y se la pasó al rey.

–Yo lo sé.

Eventine se quedó mirándolo fijamente durante un momento. Su cara estaba nublada por emociones contradictorias y las lágrimas inundaron sus ojos, lágrimas que desaparecieron tan rápidamente como habían llegado.

–Debí suponerlo –dijo al fin. Se levantó y se alejó varios pasos de la mesa, volviendo el rostro parcialmente hacia las sombras–. Eres libre de actuar en esto como quieras, Allanon. Ya lo sabes.

Éste se levantó también. Después, para sorpresa de Ander, dijo:

–Necesitaré lo servicios de tu hijo durante un corto tiempo antes de irme.

Eventine no se volvió.

–Lo que quieras.

–Recuerda que nadie debe saber que he estado aquí.

El rey asintió.

–Nadie se enterará.

Un momento después el druida cruzaba la puerta cristalera hacia el exterior. Ander se quedó mirando a su padre, vacilante, después lo siguió.

Sabía que los pensamientos del anciano estaban ahora ocupados por Amberle.

En la oscuridad de los bosques de la Tierra del Oeste, al norte del Carolan, el Dagda

Mor estaba sentado en silencio, con los ojos cerrados. Cuando los abrió, brillaron de satisfacción. El Suplantador le había servido bien. Se levantó despacio y el Báculo de Poder fulguró intensamente cuando sus manos apretaron la madera pulida.

–Druida –susurró suavemente–. Te conozco.

Hizo un gesto hacia la sombra informe de la Parca y el monstruo surgió de la noche. El Dagda Mor miró hacia el este. Esperaría al druida en Paranor. Pero no solo. Sentía el poder del druida, y estaba preparado para ello. La Parca podía ser lo bastante fuerte para oponerse a tal poder, pero pensaba utilizar a la Parca en algo mejor. No, necesitaría más ayuda. Sacaría a unos cuantos hermanos por el muro agrietado de la Prohibición. Los suficientes para tender una trampa al druida. Los suficientes para matarlo.

# VI

Allanon estaba esperando a Ander cuando éste salió del estudio, y juntos volvieron sobre sus pasos a través de los jardines de palacio hasta la pequeña verja lateral que conducía a la carretera. Después, Allanon le pidió que lo condujera a los establos. Sin hablar, los dos siguieron un camino trasero que los llevó, tras cruzar un pequeño tramo de bosque, hasta el picadero de las cuadras y desde allí a la entrada de las mismas. Ander despidió al viejo caballerizo con un gesto de la mano y los dos pasaron al interior.

Las lámparas de aceite iluminaban una doble fila de casillas y los suaves relinchos de los caballos resonaban en el silencio. Allanon recorrió despacio la primera fila, desplazando la mirada de un caballo a otro hasta que llegó al final y empezó con la segunda. Ander lo siguió con curiosidad.

Al fin, el druida se detuvo y se volvió hacia Ander.

–Ése –señaló–. Necesito usar ése.

Ander observó con inquietud el caballo que Allanon había elegido. Se llamaba Artaq, era un enorme semental negro azabache que medía más de un metro ochenta de altura. Artaq era lo bastante grande y fuerte como para llevar a alguien del tamaño de Allanon, y podía aguantar una dura marcha. Era un caballo de caza, más adaptado a la resistencia que a la velocidad. Sin embargo, Ander sabía que era capaz de alcanzar grandes velocidades en distancias cortas. Su cabeza era estrecha y pequeña, comparada con su robusto cuerpo. Tenía ojos grandes y de un curioso azul celeste. En ellos había inteligencia. Artaq no era un caballo que pudiera ser dominado por cualquier persona.

Ahí estaba el verdadero problema. Artaq era de voluntad firme y de reacciones totalmente imprevisibles. Se divertía jugando con sus jinetes, y esos juegos solían terminar con los jinetes en el suelo. Muchos habían sufrido daños a causa de esas caídas. Si el humano que montaba a Artaq no era lo bastante fuerte y rápido para evitarlo, Artaq encontraría un modo de sacudírselo de encima a los pocos segundos. Pocos se molestaban en probar suerte. Incluso el rey sólo lo montaba ahora raras veces, aunque en otra época había sido su caballo preferido.

–Hay otros... –sugirió Ander vacilante, pero Allanon estaba ya diciendo que no con la cabeza.

–Será este caballo. ¿Cómo se llama?

–Artaq –contestó disgustado el príncipe elfo, al verse incapaz de influir en la decisión del druida.

Allanon examinó al caballo atentamente durante un rato, después levantó el pestillo de la casilla y entró. Ander avanzó para observar. El druida se situó ante el gran caballo negro, después levantó las manos en una invitación. Para sorpresa de Ander, el caballo se acercó a él. Allanon palmeó suave y lentamente el cuello satinado y se inclinó hacia la oreja del animal para susurrarle algo. Después le colocó un ronzal y lo condujo fuera de la casilla hasta el lugar donde se guardaban los arneses. Ander sacudió la cabeza y lo siguió. El druida eligió una montura y una brida y las ató ceñidamente después de retirar el ronzal. Con una última palabra de estímulo, saltó sobre el lomo del caballo.

Ander contuvo la respiración. Allanon lo dirigió a paso lento junto a una hilera de casillas y volvió junto a la otra. Artaq se mostró obediente y atento; con aquel humano no iba a jugar. Allanon lo condujo hasta donde esperaba Ander y desmontó.

–Mientras esté fuera, príncipe elfo –dijo, fijando sus ojos negros en Ander–, te encomiendo el cuidado de tu padre. Asegúrate de que no le suceda nada malo. –Hizo una pausa–. En eso dependo de ti.

Ander asintió, contento de que Allanon mostrase confianza en él. El druida le estudió un rato más, después se volvió. Seguido por el príncipe elfo, llevó a Artaq hasta la parte trasera de las cuadras y empujó la gran puerta doble que estaba entreabierta.

–Adiós entonces, Ander Elessedil –dijo, y volvió a montar.

Tras atravesar con Artaq la puerta, se alejó cabalgando velozmente en la oscuridad.

Ander lo estuvo observando hasta que desapareció de vista.

Durante el resto de la noche y la mayor parte de los días que siguieron, Allanon condujo a Artaq en dirección este, hacia Paranor. El viaje le llevó por los bosques de la Tierra del Oeste hasta la entrada del histórico valle de Rhenn y, desde allí, hacia la gran extensión desolada de las llanuras de Streleheim. Viajó casi sin interrupciones, parando sólo para descansar y dar de comer y de beber a Artaq, manteniéndose cautelosamente en zonas cubiertas, tratando de evitar las rutas de las caravanas y los caminos muy transitados. Hasta el momento, nadie excepto el rey elfo y su hijo sabían que había vuelto a las Cuatro Tierras. Nadie excepto ellos sabía de la existencia de los libros de historia de los druidas de Paranor o de que eran siete los escogidos. Si el mal escapado de la Prohibición llegaba a descubrir algo de eso, la búsqueda se vería seriamente amenazada. El secreto era su mejor aliado, y pretendía que continuase siéndolo.

Al atardecer del segundo día de viaje, llegó a Paranor. Estaba seguro de que nadie lo había seguido.

Al ver a lo lejos la antigua fortaleza, dejó a Artaq en un bosquecillo de abetos donde había buen pasto y agua, y siguió el resto del camino a pie. No era como en la época del Señor de los Brujos. Las manadas de lobos que solían acechar por los alrededores del bosque ya no existían. La valla de espinas envenenadas que rodeaba la fortaleza ya no existía. El bosque estaba tranquilo y silencioso en la penumbra del inicio del crepúsculo, lleno sólo de los agradables sonidos del anochecer.

En pocos minutos se encontró al pie de la Fortaleza de los Druidas. El antiguo castillo se asentaba sobre una gran masa rocosa, elevándose por encima de los árboles del bosque como si hubiese sido sacado de las entrañas de la tierra por la mano de un gigante. Era una asombrosa visión surgida de un cuento de hadas, un confuso laberinto de torres y murallas, atalayas y parapetos de piedra blanca y desgastada que contrastaba con el cielo azul oscuro del anochecer.

Allanon se detuvo. La historia de Paranor era la historia de los druidas, la historia de sus antepasados. Comenzó unos mil años después de que las Grandes Guerras casi aniquilasen a la raza de los hombres y cambiaran para siempre la faz del antiguo mundo. Empezó después de los años de desolación y salvajismo, mientras los supervivientes del holocausto intentaban subsistir en un nuevo mundo letal donde el hombre ya no era la especie dominante. Empezó después de que la única raza humana renació en las nuevas razas de hombres, enanos, gnomos y trolls, antes de que reaparecieran los elfos. Empezó en Paranor, donde el Primer Consejo de los Druidas se reunió en un esfuerzo desesperado por salvar al nuevo mundo de la anarquía total. Galaphile los convocó allí. Galaphile era el druida mayor. Allí la historia del antiguo mundo, escrita y hablada, fue registrada en los documentos de los druidas, como legado para todas las generaciones humanas que estaban por venir. Allí fueron explorados los misterios de las antiguas ciencias y se reunieron los distintos fragmentos de información; los esfuerzos de unos pocos reconstruyeron el saber. Durante cientos de años, los druidas vivieron y trabajaron en Paranor. Los sabios del nuevo mundo trataron de recuperar lo que se había perdido.

Pero sus esfuerzos fracasaron. Uno de ellos, víctima de la ambición y la impaciencia, manipuló de forma indebida un poder tan grande y maligno que acabó por devorarlo por completo. Su nombre era Brona. En la Primera Guerra de las Razas, condujo un ejército de

hombres contra las otras razas, buscando dominar las Cuatro Tierras. Los druidas aplastaron esta insurrección y lo obligaron a ocultarse. Después lo dieron por muerto. Pero quinientos años más tarde, volvió; no ya como Brona, sino como el Señor de los Brujos. Atrapó a los druidas desprevenidos dentro de su fortaleza y acabó con todos, excepto con uno. Ese uno fue Bremen, el padre de Allanon. Bremen forjó una espada encantada y se la entregó al rey elfo, Jerle Shannara, un talismán al que no podría oponerse el Señor de los Brujos. Dio la victoria a los elfos y a sus aliados de la Segunda Guerra de las Razas, y de nuevo expulsó al Señor de los Brujos del mundo de los humanos.

Al morir Bremen, Allanon se convirtió en el último de los druidas. Clausuró la Fortaleza para siempre. Paranor se convirtió en un lugar histórico para las razas, un monumento de otro tiempo, de una época de grandes humanos y de hazañas aún mayores.

El druida sacudió la cabeza. Todo aquello pertenecía al pasado; ahora debía preocuparse sólo del presente.

Comenzó a bordear la base de piedra del castillo, examinando las grietas profundas y los salientes serrados. Por último se paró, extendiendo una mano hacia la roca y tocándola. Una sección de piedra se corrió hacia dentro, dejando al descubierto un pasadizo ingeniosamente disimulado. El druida penetró con rapidez por la estrecha ranura, y la piedra se cerró por sí sola un segundo después.

Reinaba una oscuridad absoluta en el interior. Allanon tanteó con la mano hasta encontrar unas antorchas de pared insertadas en sus soportes de hierro clavados en la roca. Cogió una de ellas, frotó dos piedras que llevaba en una bolsa atada a la cintura, hasta que una chispa prendió el alquitrán que recubría la cabeza de la antorcha. Sosteniendo levantada la tea ardiente, dejó que sus ojos se adaptasen a la nueva luz. Ante él se extendía un pasillo; la silueta débil de unas escaleras burdamente esculpidas en la roca se perdía hacía lo alto en la oscuridad. Empezó a subir. El olor a humedad y a aire enrarecido llenó su nariz, que se arrugó con desagrado. La caverna estaba helada, el frío era guardado allí perennemente por toneladas de roca. El druida se arrebujó en su gruesa capa. Ascendió cientos de escalones y aún el túnel seguía serpenteando en la negrura.

Terminó al fin en una enorme puerta de madera. Allanon se detuvo y se inclinó hacia ella para examinar las grandes bisagras de hierro. Después de un rato tocó unas clavijas metálicas; la puerta se abrió y él la traspasó.

Se encontraba en el horno de la Fortaleza. Era una cámara circular consistente en un estrecho pasillo que rodeaba un gran foso oscuro. Una baja barandilla de hierro lo separaba del foso. A lo largo del pasillo, en los muros de la cámara, había una serie de puertas de madera revestidas de hierro, todas cerradas y barradas.

El druida se acercó a la barandilla y, sosteniendo la antorcha ante él, miró hacia el fondo del foso. La débil iluminación del fuego aleteó sobre los muros negros revestidos de ceniza y herrumbre. El horno estaba frío; la maquinaria que en otro tiempo había bombeado calor a las torres y a las salas del castillo, inmóvil y callada. Pero más abajo, más allá del pálido centelleo de la luz de la antorcha, bajo las enormes compuertas de tiro, el fuego natural de la tierra ardía aún. Incluso ahora, podía sentirse su agitación.

Recordó otros tiempos. Hacía más de cincuenta años, llegó a Paranor acompañado del pequeño grupo de amigos que partió de la villa de enanos de Culhaven: los Ohmsford, Shea y Flick; Balinor Buckhannah, príncipe de Callahorn; Menion, príncipe de Leah; Durin y Dayel Elessedil; y el valiente enano Hendel. Iban en busca de la legendaria Espada de Shannara, porque el Señor de los Brujos había vuelto a las Cuatro Tierras y sólo el poder de la espada podía vencerlo. Llegó a la Fortaleza con su pequeño grupo, y estuvieron a punto de no salir de allí. En aquella misma cámara se enzarzó en una lucha a muerte con uno de los Portadores de la Calavera. El Señor de los Brujos se había enterado de su llegada, y le tendió una trampa.

Levantó la vista repentinamente, y escuchó el profundo silencio. Una trampa. La palabra lo inquietó; activó en él algo instintivo, un sexto sentido de advertencia. Había algo extraño. Algo...

Durante un momento permaneció inmóvil, indeciso. Después sacudió la cabeza. Se estaba imaginando cosas. Era el recuerdo, nada más.

Manteniendo la antorcha ante sí, avanzó por el pasillo hasta llegar a una empinada escalera de caracol que ascendía. Sin mirar atrás, subió las escaleras con presteza y llegó a las salas superiores de la Fortaleza de los Druidas.

Todo estaba como cincuenta años antes. La luz de las estrellas se filtraba por las altas ventanas en finas cintas de plata, matizando suavemente los gruesos paneles de madera y las vigas pulidas que revestían el altísimo corredor. Las paredes estaban cubiertas de pinturas y tapices, cuyos bellos colores habían sido transformados en grises y azules oscuros por el crepúsculo. Las estatuas de piedra y hierro se erguían silenciosas y expectantes ante las enormes puertas de madera con tiradores de bronce. El polvo lo cubría todo, como una alfombra suave, y largas telas de araña caían desde el techo hasta el suelo de mármol.

Allanon avanzó lentamente, a la luz de la antorcha, a través de la neblina de aire húmedo que se hallaba en inmóvil suspensión dentro de la fortaleza. Reinaba un silencio profundo y penetrante. Sus pisadas resonaban misteriosamente al caminar y pequeñas nubes de polvo se elevaban tras él, producidas por el movimiento de sus pies. A ambos lados se alineaban puerta tras puerta, todas cerradas, todas con ornamentos metálicos que reflejaban el fuego de la antorcha cuando ésta pasaba ante ellas. Aquel corredor se cruzaba con otro, y en el cruce giró a la derecha. Se detuvo poco antes de llegar al final, ante una pequeña puerta de roble blanco y hierro. Una enorme cerradura la aseguraba. El druida rebuscó durante un momento en la bolsita de su cintura, sacando después una llave metálica. La introdujo en la cerradura y la giró dos veces. El mecanismo crujió en señal de protesta, sus piezas estaban oxidadas por el desuso, pero el grueso pestillo cedió. Allanon entró y cerró la puerta tras él.

La sala era pequeña y carecía de ventanas. En otra época había sido un estudio. Estanterías de libros con encuadernaciones desgastadas cubrían las cuatro paredes, sus colores se habían desvanecido hacía tiempo, sus páginas casi se habían convertido en polvo. Ante la pared del fondo se encontraban dos pequeñas mesas de lectura y dos sillas de junquillo y caña, rígidas y solitarias, como dos centinelas alerta. Más cerca de la puerta había dos sofás de aspecto confortable, tapizados en cuero. Una antigua alfombra hecha a mano y fijada con clavos de hierro cubría el suelo. El tejido de la alfombra estaba adornado con dibujos heráldicos y trocitos de pan de oro.

El druida paseó la vista rápidamente alrededor de la habitación, y se dirigió a la pared situada a su izquierda. Pasó la mano por detrás de los libros del final de la tercera estantería y localizó dos grandes clavijas de hierro. Al tocarlas, una parte de la librería giró sin ruido hasta formar una ranura. Apartó un poco más las estanterías para poder pasar por el espacio abierto. Tras haber pasado, cerró de nuevo la estructura.

Se encontró en una cripta construida por completo con enormes bloques de granito cortados para encajar unos con otros y después sellados con mortero. Con excepción de una mesa de madera y media docena de sillas de altos respaldos, la cámara estaba vacía. No había ventanas ni puertas, salvo aquella por la que había entrado. El aire estaba enrarecido por el tiempo, pero aún era respirable. Casi no había polvo, lo cual no era sorprendente dada la construcción hermética de la cámara.

Usando la antorcha que llevaba, Allanon encendió otras que estaban colocadas en la pared, a ambos lados de la entrada, y dos velas que estaban sobre la mesa. Hecho esto, avanzó hacia la pared situada a la derecha de la puerta y empezó a palpar con las manos la

lisa superficie de piedra. Tras un momento, apoyó las puntas de los dedos sobre el granito, sin posar las palmas, y bajó la cabeza, concentrándose. Al principio no sucedió nada; pero, de repente, un resplandor azul salió de entre sus dedos y se extendió a través de la piedra como venas a través de la carne. Un instante después, el muro eructó un fuego azul, sin producir ruido; luego, tanto el fuego como el muro desaparecieron.

Allanon retrocedió. En el lugar donde se encontraba la pared de granito, había ahora hileras e hileras de enormes libros encuadernados en cuero y con elaborados grabados de oro. Por aquello había ido el druida a Paranor; porque allí se encontraban los libros de historia de los druidas, todo el saber del mundo antiguo y del nuevo salvado del holocausto de las Grandes Guerras, guardado desde la época del Primer Consejo de los Druidas hasta el momento presente.

Allanon extendió la mano y tomó uno de los pesados tomos. Estaba en buenas condiciones, el cuero suave y flexible, los bordes de las hojas afilados, la encuadernación firme. Habían soportado bien el paso del tiempo. Cinco siglos antes, después de la muerte de Bremen, después de comprender que él era el último druida, construyó aquella cripta para proteger aquellas historias, a fin de preservarlas para las generaciones de humanos que vivirían sobre la tierra y podrían necesitar del saber contenido en los libros. Esporádicamente, había vuelto a la Fortaleza, anotando con cuidado lo aprendido en sus viajes por las Cuatro Tierras, dejando constancia de secretos que de otro modo se hubieran perdido para siempre. Gran parte de lo que estaba anotado allí tenía relación con los secretos de la brujería, con poderes que nadie, ya fuese un druida o un humano normal, podría aspirar a comprender del todo y mucho menos a ponerlos en práctica. Los druidas pensaron en proteger esos secretos de personas que pudieran emplearlos de manera insensata. Pero los druidas ya no existían; sólo quedaba Allanon, y llegaría un día en el cual también dejaría de existir. ¿Quién heredaría entonces los secretos del saber? Era un asunto que preocupaba a Allanon; un dilema que, hasta el momento, carecía de solución.

Hojeó rápidamente el libro que tenía en las manos, lo volvió a colocar en su sitio y cogió otro. Hizo lo mismo con el segundo libro; después, lo llevó a la larga mesa y se sentó. Empezó a leerlo con atención.

Durante casi tres horas no hizo ningún movimiento, excepto para pasar las páginas del tomo, permaneciendo con el rostro inclinado sobre la letra cuidadosamente escrita.

Al final de la primera hora había descubierto la ubicación de Salvafuerte. Pero continuó leyendo. Buscaba algo más.

Al fin levantó la vista y, cansado, se apoyó sobre el respaldo. Se quedó así durante un rato, con la mirada fija en las filas de libros que contenían las historias de los druidas. Había encontrado todo lo que buscaba y deseaba no haberlo hecho.

Recordó su entrevista con Eventine Elessedil dos días antes. Lo había informado de su visita a los Jardines de la Vida y de que Ellcrys le había hablado. Pero no mencionó lo que le dijo. En parte, porque lo que el árbol le había mostrado era confuso y oscuro, recuerdos de una época y de una vida que habían sido alteradas hasta el punto de resultar irreconocibles. Mas hubo algo que entendió muy bien. Pero le resultaba tan increíble que sintió que no podía aceptarlo hasta haber consultado los libros de historia de los druidas. Ahora ya lo había hecho. Ahora sabía que era cierto y que debía mantenerlo en secreto ante Eventine, y ante todos los demás. Le invadió una sensación de desesperanza. Era algo semejante a lo ocurrido con Shea Ohmsford hacía cincuenta años. Hubo que dejar que la verdad se fuese revelando por sí misma en el transcurso inexorable de los acontecimientos. No dependía de él decidir el momento y el lugar de la revelación. No podría alterar el orden natural de las cosas.

Sin embargo, cuestionó esta decisión. Allí solo, con los fantasmas de sus antepasados, el último de los druidas puso en duda la decisión tomada. En el caso de Shea

Ohmsford decidió ocultarle la verdad, y también a todos los demás miembros del pequeño grupo de aventureros que partió de Culhaven, a todos los que arriesgaron sus vidas para buscar la Espada de Shannara, porque estaba convencido de que debía obrar así. Al final, llegó a creer que se había equivocado al actuar de esa forma. ¿Estaría equivocándose también ahora? ¿No debería ahora mostrarse claro desde el principio?

Todavía perdido en sus pensamientos, cerró el libro que yacía sobre la mesa y lo devolvió al hueco de donde lo había sacado. Hizo un movimiento circular con la mano ante las hileras de libros y la pared de granito reapareció. Durante un momento se quedó mirándola abstraído; luego, se volvió. Tomó de nuevo la antorcha que había llevado, apagó las otras luces de la cripta y accionó el resorte de la puerta oculta.

Otra vez en el estudio, se detuvo el tiempo suficiente para dejar las estanterías tal como las había encontrado. Miró a la habitación casi con tristeza. El castillo de los druidas se había convertido en una tumba. Allí dentro se percibía el olor y el sabor de la muerte. En otra época había sido un lugar de estudio, de clarividencia. Pero ya no lo era. Ya no había lugar para los vivos entre aquellas paredes.

Arrugó el entrecejo con disgusto. Su ánimo se había amargado notablemente después de leer aquellas páginas de la historia de los druidas. Estaba ansioso por salir de Paranor. Era un lugar de infortunio, y a él le correspondía transmitir el infortunio a los otros.

Caminó en silencio hasta la puerta del estudio, tiró de ella y salió al corredor principal.

A no más de seis metros se encontraba la figura encorvada de Dagda Mor.

Allanon se quedó paralizado. El demonio lo esperaba solo, con su dura mirada clavada en él, con el Báculo de Poder meciéndose en sus brazos. El bronco sonido de su respiración cortaba el profundo silencio, pero no pronunció una palabra. Sólo se mantuvo allí, observando con atención al hombre que había ido a destruir.

El druida se apartó de la puerta del estudio, avanzando con cautela hasta el centro del corredor, atravesando con la mirada la brumosa oscuridad de alrededor. Casi de inmediato, vio que había otros; figuras vagas y fantasmagóricas que se arrastraban a cuatro patas entre las sombras, con los ojos como ranuras de fuego verde. Había muchas y por todas partes. Poco a poco se iban acercando, formando una semicircunferencia de lado a lado, como los lobos acorralan a su presa. De las cabezas sin rostro surgió un maullido bajo, un horrible plañido gatuno que parecía celebrar con anticipación lo que iba a ocurrir. Algunos se deslizaron hasta el borde del cerco de luz de la antorcha. Eran criaturas grotescas; sus cuerpos una sinuosa masa de pelo gris, sus miembros arqueados y vagamente humanos, sus dedos múltiples acabados en ganchos. Las caras se alzaron hacia el druida, unas caras que le dejaron helado. Eran de mujer, con las facciones crispadas por la rabia, las bocas transformadas en mandíbulas de gatos monstruosos.

Entonces las reconoció, aunque durante miles de años no habían pisado la tierra. Habían estado encerradas tras el muro de la Prohibición desde que aparecieron los hombres, pero su leyenda estaba escrita en la historia del viejo mundo. Eran criaturas que se alimentaban de carne humana. Nacidas de la locura, llevadas más allá de la razón por su codicia de sangre, más allá de la cordura.

Eran las furias.

Allanon observó el círculo, que reptaba en el borde del cerco de luz, saboreando la perspectiva de su muerte. Parecía una muerte garantizada. Eran demasiadas para el druida; lo sabía. Su poder no era lo bastante grande para oponerse a ellas. Atacarían todas a la vez, lanzándose desde todos lados, desgarrándolo y destrozándolo hasta que no quedase nada.

Volvió a mirar a Dagda Mor. El demonio seguía en el mismo sitio, detrás del círculo de sus secuaces, con los ojos oscuros fijos en el druida. Era obvio que no pensaba utilizar su propio poder; las furias bastarían. El druida estaba atrapado sin esperanza ante tal

superioridad enemiga. Desde luego iba a luchar, pero al final moriría.

El maullido de las furias creció de repente, como un terrible alarido que resonó en toda la Fortaleza, produciendo un eco agudo y profundo en todo el castillo de piedra. Los dedos acabados en ganchos rascaban el suelo de mármol produciendo un sonido de huesos astillados, y todo Paranor pareció congelarse de espanto.

Entonces, sin previo aviso, Allanon desapareció.

Ocurrió tan de repente que durante un instante las furias interrumpieron todos sus movimientos y se quedaron perplejas contemplando con incredulidad el lugar donde el druida se encontraba un segundo antes. Sus gritos decrecieron hasta convertirse en silencio. La antorcha seguía suspendida en la oscuridad, un foco de fuego que las mantenía encantadas. Después cayó sobre el suelo del corredor, lanzando una lluvia de chispas. La llama se extinguió y todo quedó sumido en la oscuridad.

La ilusión duró sólo unos segundos pero fue suficiente para permitir a Allanon escapar del círculo de muerte que lo había aprisionado. Sin perder un momento, cruzó por encima de las furias y corrió hacia un par de enormes puertas de roble situadas en el extremo más próximo del corredor, que se encontraban cerradas y barradas. El Dagda Mor emitió un rugido de rabia y levantó el Báculo de Poder. Un fuego rojo resplandeció por todo el corredor, dispersando a las enloquecidas furias al formar un arco hacia el druida que huía. Pero Allanon fue rápido. Con un veloz movimiento, levantó la capa y desvió el ataque. El fuego del báculo pasó sobre él y chocó contra la puerta doble, produciendo un estallido, liberándola de sus barras de hierro y dejándola entreabierta. El druida atravesó de un salto la abertura y desapareció en la oscuridad de la sala del otro lado.

Las furias corrieron tras él, lanzándose como animales, con sus gritos enronquecidos por la rabia. Las más rápidas traspasaron la abertura de la puerta y alcanzaron al druida mientras intentaba quitar el seguro que mantenía cerrada una gran puerta acristalada que comunicaba con las almenas. Allanon se volvió para hacerles frente, encogiendo su alta figura. Apresó a las dos más próximas en el momento en que saltaron hacia su garganta y las arrojó contra el resto. Alzó las manos y el fuego azul surgió de sus dedos, levantando entre él y las furias un muro de llamas. Aún así, las furias lo siguieron. Las más ávidas saltaron sobre las llamas y perecieron. Cuando el fuego se extinguió un momento después, la puerta estaba abierta y el druida se había marchado.

A unos trescientos metros sobre las copas de los árboles de los bosques circundantes, con la espalda apoyada contra la altísima muralla de la Fortaleza de los Druidas, Allanon se deslizaba sobre un estrecho reborde de piedra en la oscuridad. A cada paso que daba, el viento lo amenazaba con derribarlo. Recorrió el reborde con rapidez hasta una pasarela angosta e insegura que comunicaba con la torre adyacente. La pasarela tenía menos de medio metro de anchura y debajo sólo había vacío. El druida no vaciló. Era la única posibilidad de escapar. Empezó a atravesarla.

Tras él oyó los gritos de ira y frustración de las furias que lo siguieron atravesando la puerta abierta. Salieron tras él en una embestida, caminando seguras sobre el reborde de piedra, ya que podían agarrarse con las uñas mientras corrían para alcanzarlo. Junto a las almenas, el Dagda Mor levantó el Báculo de Poder una vez más y el fuego mortífero se propagó velozmente hacia el druida. Pero Allanon ya se había dado cuenta de que no lograría pasar antes de que las furias lo alcanzaran. Arrodillándose, alzó ambos brazos describiendo un círculo amplio, y ante él se materializó un escudo de fuego azul. La llamarada del báculo del demonio se estrelló contra él sin causarle daño. No obstante, la fuerza del ataque lanzó al druida hacia atrás y lo derribó sobre el estrecho puente. Al momento siguiente, las perseguidoras más adelantadas cayeron sobre él.

Esta vez Allanon no fue lo bastante rápido. Las uñas rasgaron la tela de su capa y desgarraron su piel. Sintió un dolor abrasador en los hombros y en el pecho. Con un

esfuerzo enorme, arrojó hacia atrás a las furias que lo retenían y éstas cayeron de la estrecha pasarela gritando. Se puso en pie tambaleándose y corrió con paso vacilante hacia la torre que le aguardaba. De nuevo las furias lo alcanzaron, tropezando unas con otras en su ansia por atrapar la presa, emitiendo rugidos de frustración, contrayendo con odio sus extraños rostros medio femeninos. De nuevo el druida logró apartarlas, con el cuerpo cada vez más lastimado y sus ropas empapadas en sangre.

Al fin llegó al otro extremo del puente, apoyándose exhausto contra el muro de la torre. Se volvió y alzó las manos. El fuego azul se concentró sobre el paso de piedra, partiéndolo. Con un temblor, todo el arco se desplomó. Aullando de espanto, las furias se precipitaron hacia el vacío de la noche y desaparecieron.

El Báculo de Poder seguía lanzando llamaradas hacia él, pero logró esquivarlas evadiéndose rápidamente tras el redondeado muro de la torre hasta quedar fuera del alcance del demonio. Allí encontró una pequeña puerta de hierro cerrada con llave. Con un fuerte empujón del hombro, la abrió y desapareció.

# VII

Era media mañana. En la villa de los curanderos, la diminuta comunidad de gnomos de Storlock, la tormenta terminó por fin. Había sido espectacular: masas de nubes negras atravesadas por feroces y brillantes rayos, seguidos del ronco estruendo de los truenos; lluvias torrenciales que batieron los bosques con la fuerza de la cellisca invernal; vientos que arrancaron árboles enteros y destrozaron los tejados de las casas de piedra y yeso que formaban el pueblo. Había llegado procedente de las llanuras de Rabb al amanecer, y ahora se dirigía hacia el este, hacia la oscura cordillera de las Wolfstaag, dejando a su paso los bosques del Anar central inundados y enfangados.

Wil Ohmsford estaba solo en el porche de la casa sanatorio de los stors, el centro terapéutico más importante de la comunidad, y observaba con aire abstraído el chaparrón que amainaba hasta convertirse en una fina llovizna. Las nubes aún ocultaban la luz del sol, envolviendo al día en tonos grises. Se había formado una neblina ligera con la mezcla del aire frío de la tormenta y el calor de la tierra. Los aleros y muros del centro estaban mojados y brillaban, y las gotas de agua adheridas a las hojas de las vides que crecían alrededor destellaban con un frescor verdoso. La tierra estaba cubierta de pequeños fragmentos de madera, que formaban pequeños diques contra los riachuelos que corrían por todas partes.

El valense bostezó y se estiró. Había pasado toda la noche sin dormir, cuidando los niños aquejados de una extraña fiebre que deshidrataba el cuerpo y le provocaba altas temperaturas. Podría haber pedido que lo relevasen, por supuesto, pero no se hubiera sentido cómodo al hacerlo. Todavía era un estudiante entre los stors, y era consciente de que debía seguir demostrándose a sí mismo que un día llegaría a convertirse en curandero. Por tanto, permaneció con los niños durante todo el día anterior y toda la noche, hasta que al fin les bajó la fiebre.

Ahora estaba demasiado cansado para dormir, demasiado excitado por la noche de trabajo. Además, sabía que debía dedicarle algún tiempo a Flick. Sonrió irónicamente a pesar del agotamiento. El viejo tío Flick sería capaz de sacarlo a rastras de la cama si se le ocurría no ir a verlo al menos unos minutos.

Abandonó el porche, la tierra empapada succionaba sus botas mientras caminaba con la cabeza baja. No era muy alto, tres o cuatro centímetros más que Flick quizás, y su constitución de poca envergadura. Poseía las facciones medio élficas de su abuelo: la nariz y la mandíbula finas, las orejas levemente puntiagudas ocultas bajo el cabello rubio, las cejas estrechas que se elevaban formando un ángulo agudo desde el puente de la nariz. Aquellas facciones características habían distinguido a Shea Ohmsford y ahora distinguían también a su nieto.

El sonido de unas rápidas pisadas hizo que se volviera. Era un sirviente, uno de los ayudantes gnomos de los stors. Llegó hasta Wil, con el rostro amarillo y enjuto salpicado de lluvia y arrebujado en su capa de montaña para protegerse del frío.

–Señor, su tío ha estado preguntando por usted toda la noche –dijo jadeando–. Insistió en que le pidiese...

Wil movió la cabeza en señal de asentimiento y dio una palmada en el hombro del gnomo.

–Ahora voy hacia allí. Gracias.

El sirviente salió corriendo y se perdió entre la niebla hacia el refugio que había tenido que abandonar. Wil lo observó y después reemprendió el camino.

Una risa afloró a su rostro. Pobre tío Flick. No estaría allí si Shea no hubiera caído

enfermo. A Flick no le gustaba mucho la Tierra del Este, un país del que podría prescindir perfectamente, como solía decirle a Wil. Le desagradaban los gnomos en general, aunque los stors fueran un pueblo muy respetable. Demasiados gnomos habían intentado matarlo en el pasado, sobre todo durante la búsqueda de la Espada de Shannara. No era algo que pudiera olvidar fácilmente; tales recuerdos perduraban y no podían ser apartados por el simple deseo de tratar de ser imparcial.

En cualquier caso, a Flick no le gustaba nada estar allí, y no estaría de no haber sido obligado por la enfermedad de Shea, que impidió a éste ir a visitar a su nieto. Visto desde esa perspectiva, toda la culpa era de Shea, como dijo Flick a los pocos segundos de llegar. Después de todo, si no le hubiera hecho ninguna promesa a Wil, él podría estar en Val en lugar de holgazanear en Storlock. Pero era hermano de Shea, y por tanto el tío de Wil.

La pequeña cabaña para huéspedes donde se alojaba Flick ya estaba próxima y Wil se dirigió hacia allí de mala gana. Estaba cansado y no le apetecía discutir, pero era casi seguro que tendría que hacerlo porque había pasado muy poco tiempo con su tío desde que éste llegó a Storlock, y ninguno en las últimas treinta y seis horas. Su trabajo lo requería, pero sabía que Flick no iba a considerar eso más que como una excusa inaceptable.

Meditaba aún sobre el asunto, cuando su tío apareció de repente en el porche de la cabaña, mostrando en su rostro de barba gris un gesto de absoluta desaprobación. Resignado a lo inevitable, subió la escalera y se sacudió el agua de la capa.

Flick lo observó en silencio durante un momento, después movió la cabeza de un lado a otro.

–Estás cansado –declaró de forma contundente–. ¿Por qué no estás en la cama?

Wil lo miró con fijeza.

–No lo estoy porque me has mandado un aviso de que querías verme.

–¡Pero no en este preciso momento!

–Bueno –dijo Wil encogiéndose de hombros–, supuse que debía venir a verte ahora. Después de todo, no te he dedicado mucho tiempo.

–Eso es verdad –gruñó el otro, con una nota de satisfacción en la voz por haber provocado aquella declaración–. Sin embargo, eliges un momento extraño para enmendar tus modales. Sé que has estado despierto toda la noche. Lo verifiqué. Sólo quería saber si estabas bien.

–Estoy perfectamente.

Wil logró esbozar una leve sonrisa.

–Pues no pareces estarlo. Y la culpa es de este tiempo. –Flick se frotó los codos–. Esta maldita lluvia no ha cesado desde que llegué aquí. No perjudica sólo a la gente mayor como yo, ¿sabes? Perjudica a todo el mundo, incluso a los aspirantes a curandero. –Sacudió la cabeza–. Estarías mejor en Val.

Wil asintió, abstraído.

Había pasado mucho tiempo desde que salió de Val Sombrío. Hacía casi dos años que vivía en la villa de los stors, aprendiendo el arte de curar de los reconocidos maestros, preparándose para el momento en que volvería a la Tierra del Sur como curandero, para aplicar los conocimientos aprendidos a su propio pueblo. Desgraciadamente todo el proceso de convertirse en curandero había resultado una fuente constante de irritación para Flick, aunque Shea lo había aceptado bastante bien. Cuando la fiebre se llevó a los padres de Wil, siendo éste muy joven, hizo el propósito firme de ser curandero. Había asegurado a su abuelo y a Flick, con las palabras y la determinación de un niño, que deseaba salvar a la gente de las enfermedades y los sufrimientos. Ellos afirmaron que les parecía bien, considerándolo un capricho infantil. Pero el deseo creció con él. Cuando llegó a la edad adulta y anunció su deseo de estudiar, no con los curanderos de la Tierra del Sur, que sabían poco de aquella ciencia, sino con los mejores curanderos de las Cuatro Tierras, con

los stors, su actitud cambió. El viejo tío Flick hacía tiempo que había tomado una decisión respecto a los gnomos y la Tierra del Este. Incluso su abuelo se había opuesto. Ningún habitante de la Tierra del Sur había estudiado nunca con los stors. ¿Cómo podía Wil, que ni siquiera conocía su idioma, esperar que lo aceptasen en su comunidad?

Pero Wil venció a pesar de todas las reservas. A su llegada fue conducido ante el consejo de stors y éstos le explicaron con amabilidad, aunque también con firmeza, que a nadie que no perteneciera a su pueblo se le permitía estudiar con ellos. Podía quedarse todo el tiempo que deseara, pero no convertirse en estudiante. Wil no se rindió. Decidió que primero debía aprender su idioma, y tardó dos meses en hacerlo. Después se presentó de nuevo ante el consejo e intentó persuadirlos, esta vez hablándoles en su propia lengua. Tampoco tuvo éxito. Después, cada semana durante casi un mes, se presentaba ante el consejo para exponer su petición. Les contó todo lo referente a él mismo y su familia, todo lo que le había conducido a la decisión de convertirse en curandero. Usó cualquier argumento a su alcance para convencerlos de que le permitiesen estudiar con ellos. Alguno debió de servir, porque al fin, sin una palabra de explicación, le comunicaron que se le permitía quedarse y que le enseñarían lo que sabían. Con tiempo, si demostraba ser diligente y capaz, llegaría a ser curandero.

Sonrió con nostalgia al recordar cómo se alegraron, él, su abuelo y Flick, al enterarse de que había sido aceptado, aunque el último nunca lo admitiría, como tampoco admitiría los motivos de su oposición a toda la aventura. Lo que realmente disgustaba a Flick era estar separado de su sobrino. Echaba de menos las excursiones de caza, pesca y exploración que habían compartido. Echaba de menos su compañía. La esposa de Flick había muerto hacía tiempo, y nunca tuvieron hijos propios. Wil había sido como su hijo y siempre creyó que se quedaría en Val y trabajaría en la posada. Pero se había marchado para establecerse en Storlock, lejos del valle y de su antigua vida. Wil sabía que su tío no podía aceptar la forma en que se habían desarrollado las cosas.

–¿Me estás escuchando? –preguntó Flick de repente, con gesto malhumorado.

–Te estoy escuchando –le aseguró Wil, y apoyó con suavidad una mano sobre el hombro de su tío–. Ten paciencia, tío Flick. Volveré algún día. Pero aún tengo mucho que aprender.

–Bueno, eres tú quien me preocupa, no yo –puntualizó Flick con rapidez, estirando su cuerpo rechoncho–. Tu abuelo y yo podemos arreglárnoslas muy bien sin ti, pero no estoy seguro de que tú puedas hacerlo de la misma forma sin nosotros. Mírate. Trabajas demasiado. Tu tozudez te impide comprender que no es posible que hagas todo lo que quieres hacer. Eres un ser humano normal como el resto de nosotros. ¿Cómo voy a conseguir que entiendas eso?

Dio la impresión de que iba a decir algo más, pero se detuvo haciendo un esfuerzo.

–Ahora no es el momento adecuado –suspiró, apoyando su mano en la de Wil–. ¿Por qué no te vas a la cama? Ya hablaremos cuando...

Sus ojos grises se desviaron de repente y su voz se apagó. Wil se volvió para seguir su mirada. Algo se movía en la niebla, una sombra oscura y solitaria. Observaron con curiosidad cómo se materializaba poco a poco. Se convirtió en un caballo y un jinete, a cual más negro. El jinete iba inclinado hacia delante sobre la montura, como si estuviese exhausto de cabalgar, con las ropas empapadas por la lluvia y pegadas al cuerpo.

Un temor súbito se apoderó de Wil. Era evidente que no se trataba de un stor; no se parecía a ningún hombre que hubiera visto en su vida.

–No puede ser... –oyó que musitaba Flick.

Su tío no terminó la frase. Pasó rozando a Wil y se detuvo al borde del porche, apoyándose en la barandilla mojada por la lluvia. Wil lo siguió. El jinete se dirigía directamente hacia ellos. Tan fuerte era el presentimiento que el jinete que se aproximaba

engendró en él, que el valense consideró durante un momento la conveniencia de huir. Pero no pudo hacerlo. Sólo podía esperar, con los ojos fijos en la figura espectral.

El jinete se detuvo ante los dos valenses. Su cabeza estaba inclinada hacia delante y el rostro escondido entre los pliegues de la oscura capucha.

–Hola, Flick.

La voz del jinete fue un susurro bajo y profundo. Wil vio que su tío se sobresaltaba.

–¡Allanon!

El hombre alto descendió del caballo aunque sin dejar de abrazarse al cuello del animal, como si no pudiera sostenerse en pie sin ayuda, Wil dio un paso hacia delante, y después se detuvo. Estaba claro que algo iba mal.

La mirada de Allanon se desvió para encontrarse con la suya.

–¿Wil Ohmsford?

El joven asintió, sorprendido.

–Corre, ve a avisar a los stors que vengan... –empezó a decir, pero las piernas le fallaron y estuvo a punto de caer, aunque logró evitarlo.

Wil salió del porche al instante para ayudar al druida, pero éste lo detuvo levantando una mano en advertencia.

–Haz lo que te he dicho, valense. ¡Deprisa!

Entonces Wil vio lo que la lluvia le había ocultado antes. Las ropas de Allanon estaban totalmente manchadas de sangre. Sin decir una palabra, salió corriendo por el camino hacia el sanatorio. La debilidad y el cansancio se retiraron de él como el sueño retrocede ante el despertar.

# VIII

Los stors condujeron a Allanon al sanatorio, y aunque Wil y Flick intentaron acompañar al druida herido, les dijeron amable pero firmemente que su ayuda no era necesaria. De forma enigmática y silenciosa, los stors y el druida desaparecieron por los pasillos del centro, y los dos valenses se quedaron solos bajo la lluvia. Como parecía que por el momento no recibirían ninguna información sobre la llegada del druida, Wil Ohmsford dio las buenas noches a su tío y se fue a la cama.

Aquel mismo día, más tarde, en las primeras horas del anochecer, Allanon envió un mensaje a los valenses comunicándoles que deseaba verlos. Wil recibió la noticia con una mezcla de emociones. Por una parte, sentía curiosidad por saber qué le había ocurrido al druida. Las historias sobre Allanon le eran familiares; su abuelo y Flick se las habían contado docenas de veces. Sin embargo, en aquellos relatos, nunca se habían mencionado heridas como las que presentaba al llegar a Storlock. Ni siquiera el Portador de la Calavera, que le había atacado en la sala del horno de Paranor durante la búsqueda de la Espada de Shannara, le había inflingido lesiones de tal importancia, y Wil deseaba saber qué clase de criatura, más peligrosa que los sirvientes alados del Señor de los Brujos, paseaba ahora por las Cuatro Tierras. Además, le inquietaba la presencia del druida en Storlock. Tal vez fuera una casualidad que Allanon hubiese llegado a tiempo de encontrar a Flick y a Wil en el pueblo. Tal vez había sido una coincidencia que los hubiese encontrado antes que a los stors. Pero Wil no lo creía. Allanon había llegado hasta ellos deliberadamente. ¿Por qué? ¿Y por qué los había convocado a aquella reunión? Wil podía comprender el deseo de Allanon de conferenciar con Flick; después de todo, ya se conocían y habían vivido aventuras comunes. ¿Pero por qué él? El druida ni siquiera lo conocía. ¿Por qué se interesaba en verlo?

No obstante, salió de su habitación y atravesó a paso vivo la oscuridad creciente de la plaza del pueblo camino de la casa de huéspedes, donde sabía que Flick lo estaba esperando. Cuanto más recelaba del objetivo de aquella reunión, mayor era su propósito de acudir a ella. No era de los que esquivaban los problemas y, además, sus sospechas podían ser infundadas. Quizás el druida sólo deseaba agradecerle su ayuda.

Encontró a Flick en el porche de la casa de invitados, esperando, envuelto en su gruesa capa de viaje, protestando con irritación del tiempo. El Ohmsford más viejo bajó la escalera del porche para reunirse con el más joven y juntos se encaminaron hacia el sanatorio de los stors.

–¿Qué crees que desea de nosotros, tío Flick? –preguntó Wil pasado un momento, arrebujándose más en la capa para protegerse del frío de la noche.

–Es difícil de saber –gruñó Flick–. Pero te diré una cosa. Sus apariciones siempre anuncian problemas.

–Su venida a Storlock está relacionada con nosotros, ¿verdad? –se atrevió a preguntar Wil, observando el rostro de su tío.

Flick sacudió la cabeza, indeciso.

–Ha venido aquí con algún propósito determinado. Y nos ha llamado para decirnos algo más que hola y cómo estáis. Lo que tenga que decirnos, no nos agradará. De eso estoy seguro. Siempre ha sido así, y no veo razón para esperar un cambio. –Se interrumpió de repente, volviéndose hacia su sobrino–. Ten cuidado con él, Wil. No es de fiar.

–Tendré cuidado, tío Flick, pero no creo que tengamos que preocuparnos –contestó Wil–. Los dos sabemos algo de Allanon, ¿no? Además, tú estarás allí para controlar las cosas.

–Eso pretendo hacer. –Flick se volvió y continuaron caminando–. Pero recuerda lo que te he dicho.

Poco después subían la escalera del porche del sanatorio y entraban en él. Era un edificio alargado y bajo, construido con muros de piedra y mortero y tejado de arcilla. Un vestíbulo amplio y cómodamente amueblado comunicaba a ambos lados con dos pasillos que se dirigían hacia las alas laterales, donde había un gran número de habitaciones pequeñas destinadas al cuidado de enfermos o heridos. Al entrar, un stor vestido de blanco que estaba de servicio se acercó a recibirlos. Sin hablar, les hizo una seña y los condujo a través de un pasillo largo y vacío. Al final de éste había una puerta cerrada. El stor la golpeó una vez, se volvió y se marchó. Wil miró con inquietud a Flick, pero éste tenía concentrada su atención en la puerta cerrada. Aguardaron.

La puerta se abrió y Allanon apareció ante ellos. Su aspecto negaba que hubiera sido dañado. Las heridas no eran visibles. Las ropas negras que cubrían su alta figura estaban limpias, no mostraban el menor rastro de sangre. Su cara tenía un gesto de cansancio, pero no de dolor. Su penetrante mirada se posó sobre el valense durante un momento, después una mano señaló hacia una pequeña mesa y cuatro sillas dispuestas a su alrededor.

–¿Por qué no nos sentamos para hablar? –La pregunta fue casi una orden.

Entraron y se sentaron. La habitación no tenía ventanas y carecía de muebles, exceptuando la mesa, las sillas y una cama grande. Wil dirigió una rápida mirada a su alrededor y después volvió su atención hacia el druida. Shea y Flick se lo habían descrito docenas de veces, y su físico coincidía con la descripción. ¿Pero cómo era posible esa coincidencia si ellos se referían a un hombre a quien no habían visto desde antes del nacimiento de Wil?

–Bueno, aquí estamos –dijo finalmente Flick, cuando parecía que nadie iba a decir nada.

Allanon sonrió levemente.

–Eso parece.

–Tienes muy buen aspecto para haber estado medio muerto hace sólo unas horas.

–Los stors conocen bien su arte, como debéis saber –contestó el druida con amabilidad–. Pero me temo que no estoy ni la mitad de bien de lo que debería estar. ¿Y tú cómo te encuentras, Flick?

–Más viejo y más sabio, espero –declaró el valense significativamente.

Allanon no respondió. Su mirada se desvió de repente hacia Wil. Durante un momento no dijo nada. Su rostro oscuro permaneció inescrutable mientras estudiaba al joven Ohmsford. Wil siguió sentado en silencio y no apartó la mirada a pesar de que los ojos penetrantes del druida lo incomodaron. Luego Allanon se inclinó poco a poco hacia delante, apoyando sus grandes manos sobre la mesa.

–Necesito tu ayuda, Wil Ohmsford –declaró en voz baja, y ambos valenses lo miraron sorprendidos–. Necesito que vengas conmigo a la Tierra del Oeste.

–Lo sabía –dijo Flick, moviendo la cabeza de un lado a otro.

Allanon sonrió con pesadumbre.

–Es reconfortante saber, Flick, que ciertas cosas de la vida nunca cambian. Tú eres una prueba indudable de ello. ¿Cambiaría algo que te dijese que la ayuda de Wil no es para mí, sino para el pueblo elfo y en particular para una joven elfina?

–No, no cambiaría nada –replicó el valense sin dudarlo un instante–. No irá y es inútil lo que alegues.

–Un momento, tío Flick –le cortó Wil–. Tal vez no vaya, pero me gustaría ser yo quien tomase esa decisión. Al menos, podríamos escuchar algo más sobre lo que se necesita de mí.

Flick ignoró la protesta.

–Créeme, no quieras saber ni una palabra más. Así es exactamente cómo empiezan los problemas. Así es como empezaron para tu abuelo hace cincuenta años. –Dirigió una mirada rápida a Allanon–. ¿No es cierto? ¿No comenzaron las cosas cuando llegaste a Val Sombrío y nos contaste lo de la Espada?

Allanon asintió.

–Así es.

–¿Lo ves? –dijo Flick en tono triunfante–. Exactamente igual. Apostaría a que ese viaje que has planeado para él encierra el mismo peligro, ¿verdad?

De nuevo, el druida asintió.

–Bueno. –El valense se recostó, mostrando satisfacción en su rostro–. Creo que eso zanja el asunto. Ya has dicho suficiente. No irá.

Los ojos oscuros de Allanon destellaron.

–Debe ir.

Flick lo miró sorprendido.

–¿Debe?

El druida asintió.

–Comprenderás por qué cuando te explique lo que ha ocurrido en las Cuatro Tierras durante estos últimos días. Escuchadme con atención, valenses.

Acercó su silla a la mesa y se inclinó hacia delante.

–Hace tiempo, muchísimo tiempo, antes de las Grandes Guerras y la evolución de las nuevas razas, incluso antes del desarrollo del hombre como especie civilizada, hubo una gran guerra entre unas criaturas que en su mayoría ya no existen. Algunas de ellas eran buenas y amables; respetaban la tierra y trataban de protegerla y preservarla del daño y la devastación. Para ellas, toda vida era sagrada. Pero otras eran malignas y egoístas; su actuación era destructiva y perniciosa. Asolaban la tierra y la vida sin ningún propósito o necesidad. Todas eran criaturas cuyas características físicas y capacidades diferían en lo fundamental de las vuestras, es decir, su apariencia era diferente de la vuestra, y sus formas de comportamiento no tenían nada en común con las de los humanos de este mundo. En particular, poseían distintos grados de poderes mágicos. Bueno, podríamos llamarlo magia o hechicería o mística. Tales poderes eran normales en esa época, aunque algunas de las criaturas poseían un poder mayor que otras; por tanto, su capacidad para el bien o el mal estaba aumentada proporcionalmente. Todas ellas, las buenas y las malas, habitaban en el mundo y, como el hombre no había desarrollado aún más que una forma primitiva de existencia en un estrecho espacio geográfico, el mundo era sólo de ellas. Fue así durante siglos. Pero la existencia en común nunca fue armónica. Vivían en conflicto continuo, porque trabajaban con finalidades opuestas; las buenas para conservar, las malas para destruir. De vez en cuando, el equilibrio de fuerzas entre los dos bandos en conflicto se rompía, alternándose el dominio entre el bien y el mal.

»Las luchas entre ellos se intensificaron a través de los años hasta que al fin, después de siglos pasados sin resolver el conflicto, los jefes de cada facción reunieron a sus seguidores y la guerra comenzó. Fue una clase de guerra que no ha vuelto a producirse. No como las Grandes Guerras, porque en éstas se usó un poder de proporciones tan enormes que los hombres que lo poseyeron perdieron el control por completo y fueron engullidos por el cataclismo resultante. Fue una guerra en la que el poder y la fuerza se emplearon diestramente en cada momento; en la cual las criaturas que participaron tuvieron que luchar cuerpo a cuerpo y vivieron o murieron según la destreza que poseían. Fue parecida a la Guerra de las Razas, tan importante en la historia del nuevo mundo; en ella, el Señor de los Brujos pervirtió la mente de aquellos que le servían, volviéndolos en contra de los otros, para al final someter y gobernar a todos. Pero en esta guerra no hubo ningún engaño ni ilusión que influyera en los que luchaban. El bien y el mal estuvieron polarizados desde el

principio. Nadie se mantuvo en la neutralidad, porque no existía ningún lugar neutral. Era una guerra para determinar para siempre el carácter y la evolución de la vida en la tierra en que ellos habitaban. Era una guerra en la que se decidiría si la tierra sería preservada o profanada para siempre. Cada bando había resuelto lograr de una vez por todas la victoria total sobre el otro. Para las criaturas del mal, si eran derrotadas, significaba el destierro; para las del bien, si perdían, la aniquilación.

»Y así fue. Una guerra terrible y monstruosa que no intentaré describir, porque no tendría ningún sentido hacerlo. Para nuestro propósito presente sólo importa que sepáis que el mal fue vencido, su poder anulado y quienes lo servían expulsados y después aprisionados. Aquellos que los vencieron usaron sus poderes para crear la Prohibición, un muro de encarcelamiento, tras el cual se recluyó al mal. Su prisión no era de este mundo ni de ningún otro mundo, sino un agujero negro de vacío y aislamiento donde nada excepto el mal podía tener cabida. Allí se le desterró y se le encerró tras el muro de la Prohibición para siempre.

»La fuerza que estaba tras la Prohibición era un árbol maravilloso llamado Ellcrys. Las criaturas del bien lo crearon a partir de la fuente de vida de la tierra, a la cual llamaron Fuego de Sangre, y que estaba fuera de su propio poder. Le dieron una vida que permitiría que la Prohibición se mantuviera hasta mucho después de que ellos hubiesen desaparecido, hasta mucho después de que el mundo por cuya conservación tan duramente habían luchado fuese alterado y evolucionara hasta ser irreconocible. La duración de su vida no podía medirse por los patrones que ellos poseían. Pero mientras Ellcrys viviera, la Prohibición perduraría, y mientras la Prohibición se mantuviera intacta, el mal continuaría encerrado en su prisión.

Se recostó en la silla, separándose de la mesa para dar alivio a sus músculos entumecidos, deslizando ahora los brazos en el regazo. Sus ojos oscuros estaban fijos en los valenses.

–Creyeron que Ellcrys viviría eternamente; no quienes lo crearon, que sabían que todas las cosas tienen que morir, sino aquellos que les sucedieron, aquellos que cuidaron, amaron y honraron al maravilloso árbol que fue su protector durante incontables siglos. Para ellos, Ellcrys se convirtió en un símbolo de permanencia. Sobrevivió a la destrucción del viejo mundo en el holocausto de las Grandes Guerras y al poder del Señor de los Brujos, y sobrevivió mientras todos los demás seres vivos que coexistieron con él fueron desapareciendo; todos excepto la propia tierra, e incluso la tierra cambió mientras Ellcrys permaneció inmutable.

Hizo una pausa.

–Así creció la leyenda. Ellcrys viviría para siempre. Era eterna. Esa creencia nunca se debilitó. –Levantó el rostro ligeramente–. Hasta ahora. Ahora la creencia se ha roto. Ellcrys se está muriendo. La Prohibición empieza a cuartearse. Algunos de los seres malignos encerrados en su interior han escapado y vuelto a este mundo que fue suyo en otra época.

–¿Y esas criaturas te produjeron las heridas? –preguntó Wil.

Allanon asintió.

–Algunas vagan por las Cuatro Tierras. Aunque creía haber mantenido mi presencia en secreto, me descubrieron. Me encontraron en Paranor dentro de la Fortaleza de los Druidas, y casi acabaron conmigo.

Flick lo miró alarmado.

–¿Todavía te persiguen?

–Sí. Pero tengo razones para creer que no serán tan rápidas para encontrarme esta vez.

–Eso no me tranquiliza mucho –gruñó el valense, mirando hacia la puerta de la

pequeña estancia con cierta aprensión.

Allanon no puso objeción al comentario.

–Debes recordar, Flick, que en otro tiempo os referí a Shea y a ti la historia de las razas. Os hablé de cómo todas las razas humanas evolucionaron a partir de la raza del hombre después de la destrucción ocasionada por las Grandes Guerras; todas las razas menos una. Los elfos. Os expliqué que los elfos existían anteriormente. ¿Lo recuerdas?

Flick gruñó.

–Lo recuerdo. Ésa fue una de las cosas que nunca nos explicaste del todo.

–Os dije que era otra historia para otro momento. Ese otro momento es éste; en parte, al menos, aunque no me propongo perder demasiado tiempo con la historia de los elfos. Pero hay cosas que debéis saber. He hablado de una forma abstracta de las criaturas que lucharon en esa guerra del bien y del mal que culminó en la creación de Ellcrys. Debemos identificarlas. Todas fueron criaturas que pasaron a formar parte de las leyendas fantásticas cuando los humanos surgieron de la oscuridad y el barbarismo y empezaron a poblar y a construir el mundo. Eran criaturas de la magia, como ya he dicho, tanto grandes como pequeñas. Había diversas clases; algunas buenas, otras malas; algunas cuyos individuos se separaron y se dispersaron en distintas direcciones. Tenían nombres que conocéis: hadas, genios, duendes, fantasmas, y otros semejantes. Las nuevas razas, aunque todas provenientes del hombre, recibieron los nombres de las criaturas más numerosas y mejor recordadas de esas supuestas leyendas: enanos, gnomos, trolls y elfos. Con la excepción, desde luego, de que los elfos son diferentes. Son diferentes porque no son sólo una leyenda renacida; son la propia leyenda que sobrevivió. El pueblo de los elfos desciende de las criaturas fantásticas que existieron en el viejo mundo.

–Espera un momento –le interrumpió Flick de pronto–. ¿Quieres decir que el pueblo elfo es el mismo pueblo elfo del que hablan todas las leyendas antiguas? ¿Qué realmente son los elfos del antiguo mundo?

–Así es, son los elfos del antiguo mundo; al igual que había trolls y enanos y otras criaturas que dieron lugar a las leyendas. La única diferencia es que los otros desaparecieron del mundo hace siglos, mientras que los elfos persistieron. Han cambiado, desde luego; han evolucionado considerablemente. Se vieron obligados a adaptarse.

Flick daba la impresión de que no entendía ni una palabra de lo que estaba oyendo.

–¿Había elfos en el antiguo mundo? –preguntó con incredulidad–. Eso es imposible.

–Es posible –le contestó el druida serenamente.

–¿Y cómo sobrevivieron a las Grandes Guerras?

–¿Y cómo sobrevivió el hombre a las Grandes Guerras?

–Pero la historia antigua habla del hombre, pero no menciona a los elfos –dijo el valense–. Los elfos eran personajes de cuentos de hadas. Si existían realmente elfos en el antiguo mundo, ¿dónde estaban?

–En el mismo lugar donde habían estado siempre. El hombre no podía verlos.

–¿Estás diciendo que los elfos eran invisibles? –Flick alzó las manos–. ¡No puedo creerlo!

–Tampoco creíste lo que os relaté sobre Shea y la Espada de Shannara, si no recuerdo mal –comentó Allanon, con una insinuación de sonrisa en los labios.

–No entiendo qué tiene que ver todo eso con que los elfos necesiten mi ayuda –intervino Wil, adelantándose a una nueva explosión de Flick.

El druida asintió.

–Intentaré explicarlo si Flick tiene paciencia durante un rato. La historia de los elfos es importante para esta conversación por sólo un motivo. Los elfos fueron los que concibieron la idea de crear a Ellcrys. Ellos le dieron vida y la cuidaron a través de los años. Su protección y bienestar están confiados a una orden de jóvenes elfos llamados

escogidos. Durante un año, los escogidos prestan sus servicios al árbol. Su tarea consiste en procurar que reciba las atenciones adecuadas. Al final de ese año, son sustituidos. Sólo un año de servicio. Los escogidos son respetados y honrados por el pueblo elfo. Sólo unos cuantos son seleccionados cada vez para servirle y aquellos que lo hacen tienen garantizado un lugar de gran estima en la cultura élfica.

»Todo esto nos lleva al momento presente. Como os dije, Ellcrys se está muriendo. Hace pocos días, se lo hizo saber a los escogidos. Pudo hacerlo porque es un ser sensible y posee la capacidad de comunicarse. Les reveló que su muerte era inevitable y estaba próxima. Les reveló también lo que las leyendas élficas habían predicho, lo que los primeros elfos ya sabían: que aunque Ellcrys tenía que morir como todos los seres vivos, a diferencia de ellos, podía renacer. Pero su renacimiento depende principalmente de los esfuerzos de los escogidos. Uno de ellos debía llevar su semilla y buscar el origen de la vida, la Fuente de Sangre. Sólo uno de los escogidos que la estuvieran sirviendo en el momento presente podría hacerlo. Les explicó dónde encontrarían el Fuego de Sangre y les pidió que se prepararan para buscarlo.

Hizo una pausa.

–Pero antes de que lo hicieran, algunos seres malignos encerrados por la Prohibición se escaparon, al encontrar la muralla debilitada por el desfallecimiento de Ellcrys. Uno de ellos se introdujo en la ciudad élfica de Arbolon, donde se encuentra Ellcrys, y asesinó a los escogidos que encontró allí, creyendo que matándolos acabaría con toda posibilidad de renacimiento. Yo llegué demasiado tarde para evitar que ocurriera. Pero hablé con Ellcrys y descubrí que todavía queda vivo uno de los escogidos: una joven que no estaba en la ciudad cuando los otros fueron asesinados. Su nombre es Amberle. Salí de Arbolon en su búsqueda.

De nuevo se inclinó hacia delante.

–Pero los malignos se han enterado también de su existencia. Han intentado ya una vez evitar que la encuentre y han estado a punto de lograrlo. Lo intentarán otra vez si tienen la oportunidad, estoy seguro. Pero no saben dónde encontrarla, y al menos de momento, tampoco dónde estoy yo. Si soy lo bastante rápido, conseguiré encontrarla y ponerla a salvo en Arbolon antes de que me localicen otra vez.

–Entonces creo que estás perdiendo un tiempo muy valioso conversando con nosotros –dijo Flick con firmeza–. Deberías estar ya de camino en busca de esa joven.

El druida no le hizo caso, aunque su cara se ensombreció un poco.

–Aunque logre llevar a Amberle hasta Arbolon, aún quedarán problemas por resolver. Siendo la última de los escogidos, le corresponde llevar la semilla al Fuego de Sangre. Nadie, incluido yo, sabe exactamente dónde se encuentra el Fuego. Antiguamente Ellcrys lo sabía. Pero el mundo que recuerda ya no existe como tal. Dio a los elfos un nombre: Salvafuerte. Es un nombre que no significa nada para ellos, un nombre perteneciente al mundo antiguo. Cuando salí de Arbolon, viajé primero a Paranor para buscar en las historias de los druidas compiladas por el Consejo después de las Grandes Guerras; historias que incluyen los misterios del mundo antiguo. Leyendo esas historias, he podido descubrir en qué región se encuentra Salvafuerte. Sin embargo, la ubicación exacta del Fuego de Sangre deberá ser descubierta por aquellos que lo busquen.

Y de repente Wil Ohmsford comprendió por qué Allanon quería que fuese a la Tierra del Oeste.

Lo comprendió y sin embargo se resistió a creerlo.

–Amberle no puede emprender la búsqueda sola –continuó Allanon–. La región a donde debe ir es peligrosa, demasiado peligrosa para una joven elfina que viaje sin compañía. Será un viaje difícil en el mejor de los casos. Aquellos que han atravesado la Prohibición continuarán persiguiéndola; si la encuentran, no contará con ninguna ayuda. Es

preciso que no sufra ningún daño. Es la última esperanza para su pueblo. Si Ellcrys no logra renacer, la Prohibición desaparecerá y el mal quedará libre una vez más sobre la tierra. Entablará una guerra contra los elfos, que éstos no podrán ganar. Si son destruidos, el mal se extenderá también a las otras tierras. Se hará cada vez más fuerte, debido a la naturaleza de los seres que lo sustentan. Al final, todas las razas serán destruidas.

–Pero tú estarás allí para ayudarle... –comenzó a decir Wil, buscando una forma de salir de la trampa que se estaba cerrando a su alrededor.

–No podré estar allí para ayudarle –le cortó Allanon de inmediato.

Hubo un largo silencio. El druida extendió las manos sobre la mesa.

–Hay una razón importante, Wil Ohmsford. Te he dicho que el mal está empezando a escapar de la muralla de la Prohibición. Ellcrys se debilitará cada vez más; y a medida que lo haga, las criaturas aprisionadas se harán cada vez más fuertes. Continuarán forzando la muralla de la Prohibición. Continuarán hasta abrir una grieta grande. Y al final la derrumbarán por completo. Cuando eso ocurra, se enfrentarán a la nación de los elfos con intención de destruirla. Eso puede suceder antes de que se encuentre el Fuego de Sangre. También existe la posibilidad de que no se encuentre o que se logre demasiado tarde. En cualquier caso, el pueblo elfo debe estar preparado para resistir y luchar. Pero algunas de las criaturas encerradas por la Prohibición son muy poderosas; al menos una posee poderes de hechicería que casi igualan a los míos. Los elfos no tendrán defensa contra un poder semejante. Los poderes mágicos que les eran propios se han perdido. Los druidas que antes les ayudaron han desaparecido. Sólo estoy yo. Si los abandono para acompañar a Amberle, se quedarán indefensos. No puedo hacer eso. Debo prestarles toda la ayuda que pueda.

»Sin embargo alguien debe acompañarla; alguien que posea poder suficiente para resistir el mal que la persigue, alguien de quien se pueda esperar que haga todo lo humanamente posible para protegerla. Ese alguien eres tú.

–¿De qué estás hablando? –preguntó Flick con exasperación–. ¿Qué ayuda puede ser Wil contra criaturas como esas, criaturas que han estado a punto de acabar contigo? No pretenderás que use la Espada de Shannara.

–Allanon negó con la cabeza.

–El poder de la Espada sólo actúa contra la ilusión. El mal al que nos enfrentamos es real, tangible. La Espada no tendría ninguna fuerza contra él.

Flick casi se levantó.

–¿Entonces qué?

Los ojos del druida eran oscuros y su mirada se hizo más intensa. Wil Ohmsford sintió que el corazón se le encogía.

–Las piedras élficas.

Flick se quedó estupefacto.

–¡Las piedras élficas! ¡Pero si las tiene Shea!

Wil apoyó la mano en el hombro de su tío.

–No, tío Flick, las tengo yo. –Introdujo la mano entre los pliegues de su túnica y sacó una bolsita de cuero–. El abuelo me las dio cuando salí de Val Sombrío para venir a Storlock. Me dijo que él ya no iba a necesitarlas y que creía que debían pertenecerme. –Su voz temblaba–. Es extraño. Sólo las acepté por complacerle, pero nunca creí que las usaría. Ni siquiera lo he intentado.

–No te serviría de nada, Wil. –Flick se volvió de nuevo a Allanon–. Él lo sabe. Sólo Shea puede usar las piedras élficas. Son inútiles para cualquier otro.

La expresión de Allanon no cambió.

–Eso no es del todo cierto, Flick. Pueden ser usadas por quien las ha recibido mediante una donación libre. Yo se las di a Shea para que las usase cuando le aconsejé que huyese de Val hacia Culhaven. Con él han estado hasta que se las entregó a Wil: Ahora le

pertenecen. Puede invocar su poder, al igual que Shea lo hizo en otra época.

Flick parecía desesperado.

–Puedes devolvérselas –insistió, volviéndose otra vez hacia Wil, viendo la confusión en sus ojos–. O puedes dárselas a otro, a cualquier otro. No tienes por qué guardarlas. ¡No tienes por qué meterte en esta locura!

Allanon sacudió la cabeza.

–Flick, ya está metido.

–¿Pero qué ocurrirá con mis planes de hacerme curandero? –preguntó Wil de repente–. ¿Qué ocurrirá con el tiempo y el esfuerzo que he invertido en ello? Llegar a ser curandero es lo que siempre he deseado, y ya me falta poco para conseguirlo. ¿Tengo que renunciar a eso?

–Si te niegas a ayudar en este asunto, ¿cómo podrás llegar a ser curandero? –La voz del druida se hizo dura–. Un curandero debe ayudar siempre que le sea posible, en cualquier cosa, de cualquier modo que esté a su alcance. No es algo que pueda decidir y escoger. Si te niegas a ir y todo lo que he anunciado se cumple, como estoy seguro que ocurrirá, ¿cómo podrás seguir viviendo, con la conciencia de que no has intentado evitarlo?

Wil enrojeció.

–¿Pero cuándo podré volver?

–No lo sé. Tal vez pasado mucho tiempo.

–Y si voy contigo, ¿puedes estar seguro de que el poder de las piedras élficas será lo bastante fuerte para proteger a la joven?

El rostro de Allanon se encerró en sí mismo, oscuro y enigmático.

–No, no puedo. Las piedras élficas extraen su fuerza de su poseedor. Shea nunca probó sus límites; quizá tú tengas que hacerlo.

–¿Entonces no puedes darme ninguna garantía? –preguntó el valense en un susurro.

–Ninguna. –La mirada del druida no se apartaba de Wil–. Sin embargo, debes venir.

Wil, atónito, se dejó caer sobre el respaldo del asiento.

–Parece que no tengo elección.

–¡Desde luego que tienes elección! –protestó Flick enojado–. ¿Vas a abandonarlo todo sólo por eso? ¿Porque Allanon dice que debes hacerlo? ¿Vas a ir con él sólo por eso?

Wil alzó la mirada.

–¿No lo hicisteis el abuelo y tú para ir a buscar la Espada de Shannara?

Flick vaciló; después extendió la mano y tomó la de su sobrino, apretándola entre las suyas.

–Has ido demasiado deprisa en esto, Wil. Te previne de Allanon. Ahora escúchame. Yo comprendo mejor que tú lo que ocurre. Hay algo oculto en las palabras del druida. Lo intuyo. –Su voz se tensó, y las arrugas de su rostro se hicieron más profundas–. Temo por ti. Y por eso te hablo de esta forma. Eres como mi propio hijo; no quiero perderte.

–Lo sé –susurró Wil–. Lo sé.

Flick se irguió.

–Entonces no vayas. Deja que Allanon busque a otro.

El druida negó con la cabeza.

–No puedo, Flick. No hay otro. Sólo puede ser Wil. –Sus ojos buscaron de nuevo los del joven valense–. Tienes que venir.

–Iré yo por él –se ofreció Flick de repente, con la voz tocada por la desesperación–. Wil puede darme las piedras élficas y yo protegeré a la joven elfina. Allanon, viajamos juntos antes...

Pero el druida movía ya la cabeza, negando.

–Flick, tú no puedes venir –dijo suavemente–. Tu corazón es mayor que tu fuerza. El viaje se presenta largo y duro y tiene que ser realizado por alguien joven. –Hizo una pausa–

. Nuestros viajes en común han terminado, Flick.

Hubo un largo silencio; después el druida se volvió hacia Wil Ohmsford, esperando. El valense miró a su tío. Se observaron el uno al otro durante un momento, sin hablar. Los ojos grises de Flick mostraban vacilación, los de Wil eran ahora firmes. Flick vio que la decisión estaba tomada. Casi de modo imperceptible, asintió.

–Debes hacer lo que tú consideres correcto –murmuró, acompañando cada palabra de una inevitable reluctancia.

Wil se volvió hacia Allanon.

–Iré contigo.

# IX

A primeras horas de la mañana siguiente, Allanon fue a buscar a Wil Ohmsford y le dijo que debían salir de Storlock sin perder un momento. El druida apareció ante la puerta de su cabaña con gesto preocupado y sombrío. Wil se dispuso a protestar por tan repentina partida, pero algo que captó en el rostro y la voz del hombre alto le convenció de que no debía hacerlo. La noche anterior, al despedirse, el druida no mostró ninguna urgencia; ahora estaba claro que la había. Cualquier cosa que hubiese inducido a Allanon a tomar tal decisión era apremiante. El valense empaquetó sus escasas pertenencias en silencio, y cerró la puerta de la cabaña tras de sí antes de seguir al druida.

Estaba lloviendo otra vez y una nueva tormenta se aproximaba desde el noroeste. El cielo del amanecer estaba encapotado y de color plomizo. Allanon condujo al valense por el camino enfangado; su alta figura estaba envuelta en ropas negras y su cabeza protegida por la capucha inclinada hacia abajo contra el viento, cuya fuerza aumentaba. Varios stors, vestidos de blanco, los esperaban en las escaleras del sanatorio con un pequeño equipo para Wil y provisiones para el viaje. Artaq estaba ensillado y sacudía la cabeza con impaciencia. Allanon lo montó. La cautela de sus movimientos reveló que las heridas no estaban curadas por completo. A Wil le dieron un corcel gris llamado Spitter, y tenía ya un pie en el estribo cuando Flick llegó corriendo, con su rostro barbudo, sofocado y chorreando agua. Apresuradamente el tío lo llevó a la protección del porche de la casa sanatorio.

–Acaban de decírmelo –jadeó, secándose la lluvia de los ojos–. ¡Me sorprende que se hayan molestado en hacerlo! –Dirigió una mirada furiosa a Allanon–. ¿Es necesario que os vayáis tan de repente?

Wil asintió.

–Creo que hay algo que lo ha hecho necesario.

La frustración y la angustia aparecieron en los ojos de Flick.

–Aún no es tarde para que reconsideres tu decisión –susurró con aspereza, y aún habría dicho más de no ser porque Wil movió la cabeza negativamente–. Muy bien. Le explicaré a tu abuelo lo ocurrido, aunque estoy seguro de que le disgustará tanto como a mí. Ten cuidado, Wil. Recuerda todo lo que te dije sobre las limitaciones que todos tenemos.

Wil asintió con la cabeza. Se despidieron rápida y bruscamente, como si temieran expresar lo que de verdad sentían, con rostros inmóviles y tensos, intercambiando miradas fugaces y abrazos apresurados. Después, Allanon y él se alejaron cabalgando. Flick, los stors y el pueblo se convirtieron en sombras oscuras que se disolvieron en la niebla de los bosques de la Tierra del Este hasta desaparecer del todo.

El druida y el valense cabalgaron en dirección oeste hasta el límite de las llanuras de Rabb, después viraron hacia el sur. Allanon se detuvo el tiempo suficiente para explicar a Wil que la primera parte del viaje los llevaría, siguiendo el curso del río de Plata, hasta un pequeño pueblo en el borde occidental del Bajo Anar llamado Villa Refugio, donde encontrarían a Amberle. El druida no le reveló nada más y Wil no hizo preguntas. La lluvia caía sobre ellos como una cortina de agua a medida que la tormenta se intensificaba; manteniéndose dentro del bosque, inclinaron las cabezas sobre el cuello de los caballos y cabalgaron en silencio.

Mientras viajaban, los pensamientos de Wil volvieron a los acontecimientos del día anterior. Incluso ahora, no estaba seguro de por qué había decidido acompañar al druida. Y eso le inquietaba. Debería ser capaz de explicar por qué había accedido a realizar un viaje tan peligroso, al menos a sí mismo. Sin embargo no podía. Había tenido tiempo suficiente

para reflexionar sobre las razones que lo impulsaron a tomar aquella decisión, sin embargo no lo había hecho. La retrospección podría haber otorgado claridad a sus acciones, pero no le dedicó tiempo. Y se sentía confuso. Todo parecía mezclarse en su mente, en un disparatado e incompleto razonamiento, todas las emociones se entrelazaban y se separaban de él. No estaban dispuestas de una forma ordenada y clara. Se limitaban a vagar como ovejas extraviadas y él las perseguía desesperanzada mente.

Deseaba creer que había escogido aquel camino porque se le necesitaba. Si todo lo que Allanon le había dicho era verdad, e intuía que lo era a pesar de las dudas de Flick, él podría ser de gran ayuda para el pueblo de los elfos y en particular para la joven Amberle. ¿Pero a quién estaba engañando? No tenía ni idea de si podría utilizar las piedras élficas que su abuelo le había entregado. ¿Y si el poder de éstas no estaba a su alcance? ¿Y si el druida se había equivocado al creer que podría utilizarlas? La realidad era que había actuado de forma impulsiva y ahora debía acomodarse a ella. Por otra parte, la impulsividad de la decisión no la desmerecía necesariamente. Si podía prestar alguna ayuda a los elfos, debía prestársela. Al menos tenía que intentar ayudarles. Además, su abuelo lo habría hecho; estaba seguro de eso. Shea Ohmsford habría ido si Allanon se lo hubiera pedido, al igual que fue en busca de la Espada de Shannara. Él no podía hacer menos.

Respiró profundamente. Sí, había tomado la decisión correcta, y creía que por razones correctas, aunque ahora le parecieran confusas. De repente, comprendió que lo que le preocupaba no era la decisión que había tomado ni las razones que lo habían llevado a ello. Era algo relacionado con Allanon. A Wil le hubiera gustado creer que estaba obrando por voluntad propia. Sin embargo, cuanto más reflexionaba sobre el asunto más se convencía de que Allanon le había impuesto su voluntad. Él, Wil, pronunció las palabras como si fueran suyas, se expresó con valentía, a pesar de las advertencias de su tío. Sin embargo, sabía que el druida tenía preparada de antemano la estrategia que lo obligó a pronunciarlas, y había conducido la conversación de acuerdo con ella. De algún modo sabía cuáles iban a ser las reacciones del joven valense, y las de Flick, cómo discutirían entre sí y hasta qué punto influirían en ellas sus propios comentarios. Sabía todo eso y lo usó en beneficio de sus fines. Shea le contó una vez a Wil que Allanon poseía la capacidad de ver el interior de las mentes de otros humanos, de conocer sus pensamientos. Ahora Wil comprendía lo que le había dicho su abuelo.

Por eso se había comprometido. Era algo que no hubiera podido evitar ni aún proponiéndoselo. En adelante, se mantendría en guardia contra aquellas hábiles manipulaciones del druida. Siempre que le fuera posible, miraría más allá de las palabras y los actos de aquel hombre, hacia las razones que yacían detrás, para saber adónde quería llevarle. Wil Ohmsford no se dejaba engañar por nadie. Había cuidado de sí mismo durante varios años y no iba a dejar de hacerlo ahora. Estaría prevenido contra el druida. Confiaría en él, pero no a ciegas sino tras una reflexión adecuada. Quizá podría prestar algún servicio al pueblo de los elfos y a Amberle; no rechazaba esa posibilidad sólo por lo que sentía respecto a la manera en que lo habían involucrado. Pero tendría que ser cuidadoso al escoger su propia manera de ayudar. Tendría que ser cuidadoso al decidir por sí mismo qué intereses debía considerar prioritarios. No volvería a aceptar nada sin estar seguro.

Levantó la cabeza con cautela y observó a través de la lluvia a la figura que cabalgaba delante de él: Allanon, el último de los druidas, un ser que venía de otra época, cuyos poderes empequeñecían cualquiera conocido en el mundo normal. Y Wil debía confiar en él y al mismo tiempo desconfiar. Sufrió un momento de profunda consternación. ¿Dónde se había metido? Quizá Flick tenía razón después de todo. Quizás hubiera sido mejor que meditara más aquella decisión. Pero era demasiado tarde para eso. Demasiado tarde también para arrepentirse. Sacudió la cabeza. Tenía poco sentido seguir dándole

vueltas al asunto. Sería mucho mejor que cambiase el rumbo de sus pensamientos.

Pasó el resto del día intentando hacerlo, pero no lo consiguió.

La lluvia se tornó en llovizna mientras avanzaba el día, después al fin cesó por completo al inicio del grisáceo y frío anochecer. Las nubes tormentosas siguieron cubriendo el cielo cuando la caída de la noche convirtió el gris en negro. El aire estaba cargado de una neblina que vagaba por los límites del bosque como un niño perdido. Allanon giró hacia el abrigo de los árboles y acamparon en un pequeño claro a varios cientos de metros del Rabb. Detrás de ellos, elevándose sobre las copas de los árboles, estaba la oscura muralla de las Wolfsktaag, poco más que una sombra más intensa que la negrura de la noche. A pesar de la humedad, consiguieron reunir suficiente madera seca para hacer un pequeño fuego, y las llamas les otorgaron un poco de calor en medio de aquel frío. Tendieron sus capas de viaje sobre cuerdas y amarraron cerca los caballos.

Tomaron una comida frugal a base de carne fiambre, fruta y nueces que les habían dado en Storlock, intercambiando algunas palabras triviales mientras comían. El druida permanecía sentado en un silencio caviloso, absorto en sus pensamientos, como había estado desde que salieron del pueblo, y no parecía interesado en entablar ningún tipo de conversación. Pero Wil había decidido averiguar algo más sobre lo que les aguardaba y no tenía intención de seguir esperando. Al acabar la comida, se acercó un poco más al fuego, asegurándose de que el movimiento atraería la atención de Allanon.

–¿Podemos hablar un poco? –preguntó con cautela, recordando las historias de su abuelo acerca del temperamento imprevisible del druida.

Éste lo observó con el rostro imperturbable durante un momento, después asintió.

–¿Puedes explicarme algo más sobre la historia del pueblo de los elfos?

Wil decidió que la conversación debía empezar por ahí.

Allanon esbozó una leve sonrisa.

–Muy bien, ¿qué quieres saber, Wil Ohmsford?

El valense titubeó.

–Anoche nos dijiste que aunque las historias del antiguo mundo sólo mencionan a los elfos en los cuentos de hadas y en las leyendas, existieron en realidad, al igual que los hombres. Dijiste que estaban allí, pero que los humanos no podían verlos. No lo entiendo.

–¿No? –El hombre alto parecía divertido–. Bueno, entonces tendrás una explicación. Para expresarlo de una manera sencilla, los elfos siempre han sido criaturas de los bosques, pero mucho más que ahora en los tiempos anteriores a las Grandes Guerras. En esos días, como ya te dije, eran criaturas mágicas. Tenían la facultad de confundirse con el medio que los rodeaba de una forma bastante natural, como si fuesen arbustos o plantas, junto a los que podías pasar cientos de veces sin advertirlos. Los humanos no podían verlos porque no sabían cómo buscarlos.

–¿Pero no eran invisibles?

–No exactamente.

–Sólo difíciles de ver.

–Sí, sí –contestó el druida con tono de fastidio.

–¿Pero por qué ahora no existen problemas para verlos?

Allanon se enderezó.

–No me estás escuchando. En el mundo antiguo, los elfos eran criaturas mágicas como todas las criaturas supernaturales. Pero ya no lo son. Ahora son humanos, como tú y como yo. Han perdido la magia.

–¿Cómo ocurrió eso?

Wil apoyó los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos, en la postura de un niño curioso.

–No es fácil de explicar –le previno el druida–. Pero ya veo que no te quedarás

satisfecho hasta que lo haga, así que lo intentaré.

Se inclinó un poco hacia delante.

–Después de la creación de Ellcrys, después del destierro de las criaturas de la magia del mal, los elfos y otros seres supernaturales semejantes a ellos se volvieron a separar. Era lógico que esto sucediese, ya que se habían unido con el propósito de vencer al enemigo común; y una vez lo lograron, tenía poco sentido mantenerse juntos. Exceptuando la preocupación por conservar la tierra que habitaban, tenían poco en común. Cada especie tenía su propia forma de vida, sus propias costumbres, sus propios intereses. Los elfos, los enanos, los duendes, los gnomos, los trolls, los hechiceros y todos los demás, diferían tanto entre sí como los animales del bosque de los peces del mar.

»La humanidad todavía no había emergido de su existencia primitiva y no lo haría hasta cientos de años después. Las criaturas supernaturales prestaban poca atención a los humanos y, en realidad, no parecía que hubieran demasiados motivos para ello. Después de todo, en esa época los humanos eran simplemente una forma superior de la vida animal, con una inteligencia innata mayor que la de otros animales, pero con instintos menos aguzados. Los elfos y sus semejantes no previeron la influencia que los humanos llegarían a tener sobre el desarrollo de la tierra.

El druida hizo una pausa.

–Si lo hubieran previsto, habrían prestado más atención a las diferencias entre ellos y la humanidad. Dos diferencias eran de particular importancia. Los elfos y sus semejantes no procreaban con rapidez; los humanos sí. Los elfos, por ejemplo, eran uno de los pueblos más numerosos entre las criaturas con magia y sus vidas eran muy largas, lo que tuvo como consecuencia la escasez de nacimientos. Entre muchas de las otras clases de criaturas se producía un nacimiento cada varios cientos de años. Pero los humanos tenían nacimientos frecuentes y múltiples dentro de cada familia, y su población creció con rapidez. Al principio, las criaturas de la magia superaban en mucho a los humanos. En cuestión de mil años, la situación se invirtió drásticamente. A partir de entonces, la población humana se extendió más y más, mientras que las de los seres mágicos empezó a disminuir.

»La segunda diferencia entre los elfos y sus semejantes y la humanidad estaba relacionada con la capacidad de adaptación, o la falta de ella. Los elfos pertenecían a los bosques y pocas veces dejaban el abrigo de los árboles. Lo mismo ocurría con los otros. Cada uno habitaba en una zona geográfica concreta, con unos límites bien definidos. Siempre había sido así. Algunos vivían en los bosques, otros en los ríos y los mares, otros en las montañas, otros en las llanuras. Habían adaptado su forma de vida al lugar donde se habían establecido; no podían ni querían vivir en otro lugar. Pero los humanos eran más adaptables; vivían en todas partes. En los bosques, los ríos, las montañas, las llanuras; lo ocuparon todo. Se fueron extendiendo conforme su población crecía de forma natural. Se adaptaron a cualquier cambio del ambiente. Los elfos y sus semejantes aguantaron los cambios.

Allanon hizo una pausa, después sonrió ligeramente.

–Hubo un tiempo, Wil Ohmsford, en que la vida en el mundo antiguo era muy parecida a la de ahora; cuando los humanos vivían y trabajaban y se divertían como lo hacen las razas en este mundo. ¿Te sorprende?

Wil asintió.

–Un poco, supongo.

El druida movió la cabeza.

–Hubo un tiempo así. Entonces los elfos deberían haberse presentado a los humanos y unido con ellos para forjar juntos el mundo. Pero no lo hicieron, ni tampoco lo hicieron sus semejantes. Prefirieron permanecer escondidos en los bosques, observando, creyendo

todavía que su existencia no se vería afectada por el desarrollo de la humanidad. No veían ninguna amenaza para ellos; los humanos no eran poseedores de poderes mágicos y sus costumbres no eran destructivas, no entonces. De modo que los elfos mantuvieron su política de aislamiento, creyendo absurdamente que siempre sería así. Eso fue su ruina. La población humana continuó expandiéndose y desarrollándose. Con el tiempo, descubrieron la existencia de los elfos y sus semejantes. Pero como las criaturas mágicas habían decidido permanecer escondidos se ganaron la desconfianza de los humanos. Los consideraban seres que atraían la mala suerte, que los espiaban y conspiraban contra ellos, seres llenos de intenciones aviesas y cuyo pasatiempo preferido era descubrir nuevas formas de hacer más difícil la vida de los humanos que tanto trabajaban. Había algo de verdad en aquellas acusaciones, ya que algunas de las criaturas supernaturales se divertían atormentando a los humanos con pequeños actos de encantamiento pero, en general, la reputación era inmerecida. En cualquier caso, los elfos y sus semejantes decidieron prescindir de todo eso. La actitud de la humanidad hacia ellos no les preocupaba. Su único interés residía en la preservación y protección de la tierra y de los seres vivos que la habitaban, y eso podían lograrlo con facilidad, a pesar de los sentimientos que los humanos abrigaban hacia ellos.

»Después, este estado de cosas comenzó a cambiar. Los humanos continuaron llenando la tierra con una rapidez creciente, multiplicándose, expandiéndose, construyendo ciudades y fortalezas, navegando sobre los mares en busca de nuevos lugares, transformando en fértil el campo yermo que los rodeaba. Lograron, por primera vez, influir en el aspecto de la tierra, cambiando regiones enteras para adaptarlas a sus necesidades de subsistencia. Los elfos se vieron obligados a retroceder más y más en los bosques que habitaban, mientras la población humana cortaba árboles y arbustos. Todas las criaturas mágicas se encontraron con que los lugares que habitaban iban siendo reducidos a causa de esa expansión, hasta que al fin, algunos de ellos no tuvieron donde vivir.

–¿Pero no se resistieron a la intrusión? –interrumpió Wil de repente.

–Era demasiado tarde para eso –respondió Allanon con una amarga sonrisa–. Para entonces, muchas de las criaturas se habían extinguido, algunas por falta de descendencia, otras por su incapacidad para adaptarse al ambiente cambiante. Las que quedaron no pudieron unirse como lo habían hecho en otra época; habían pasado cientos de años desde la guerra con las criaturas de la magia del mal, y estaban dispersas por toda la tierra, sin contacto entre sí desde hacía tiempo. Lo peor de todo era que ya no tenían poderes mágicos. Cuando la magia del mal floreció sobre la tierra, fue necesaria la magia del bien para resistirse a ella. Pero una vez que el mal fue desterrado, desapareció su necesidad. Las criaturas fantásticas dejaron de usarla. Con el paso del tiempo llegaron a olvidarla casi por completo. Los seres humanos no utilizaban ninguna clase de magia, por lo que los elfos y sus semejantes no creían necesario el empleo de la poderosa magia que habían utilizado para derrotar a sus enemigos. Cuando se dieron cuenta de que la necesitaban de nuevo, la habían perdido. Por eso su resistencia a la expansión humana fue muy débil. Al principio lucharon utilizando el poder que aún les quedaba para detener lo que estaba ocurriendo. No les sirvió de nada. Había muchos humanos y ellos eran muy pocos. La magia resultó ineficaz. Les proporcionó pequeñas victorias, breves treguas, nada más. Al final fueron arrollados, empujados fuera de sus hogares hacia otros nuevos o hacia la muerte; desplazados por las ciencias y la tecnología contra lo que no tenían ninguna defensa real.

–¿Y los elfos? ¿Qué pasó con ellos? –preguntó en voz baja Wil.

–Aprendieron a sobrevivir. Su población disminuyó, pero no llegaron a extinguirse como muchos otros. Siguieron en los bosques, adentrándose cada vez más, escondiéndose de los humanos que habían llegado a ocupar casi toda la tierra. Contemplaron con horror la destrucción que estaba teniendo lugar en su mundo. Contemplaron cómo iba siendo

despojado de sus recursos y de su vida animal. Contemplaron cómo su equilibrio ecológico se iba alterando de forma profunda e irreversible. Contemplaron las incesantes guerras de humanos contra humanos cuando los distintos gobiernos luchaban para ejercer su dominio sobre otros. Contemplaron, esperaron y se prepararon; porque vieron como terminaría todo aquello.

–Las Grandes Guerras –dijo el valense anticipándose al druida.

–Las Grandes Guerras –asintió Allanon–. Los elfos previeron que se producirían tales horrores. Usaron la escasa magia que poseían para protegerse a sí mismos y proteger también algunos tesoros cuidadosamente escogidos del pasado, entre los que se encontraba Ellcrys, del holocausto que siguió. Fue un esfuerzo notable, y les permitió sobrevivir. La mayor parte de las otras criaturas mágicas fueron destruidas. Sobrevivió también un pequeño número de humanos, aunque no por su prudencia o previsión. Sobrevivieron porque había tal cantidad de ellos, y estaban tan esparcidos, que el holocausto no los alcanzó. Pero lo que los humanos construyeron quedó destruido. Toda su amplia y extensa civilización fue arrasada. El antiguo mundo se redujo a una tierra yerma y desolada.

»Durante cientos de años después, la vida no fue más que una lucha salvaje por sobrevivir. Las pocas criaturas vivas se vieron obligadas a adaptarse a las condiciones primitivas que las rodeaban, a un medio ambiente en el que la naturaleza había sido alterada hasta el punto de resultar irreconocible. La humanidad cambió para siempre. De la antigua raza de humanos surgieron razas nuevas y diversas: hombres, enanos, gnomos y trolls. Se creía, y aún lo creen muchos, que los elfos fueron una quinta raza nacida tras el holocausto. Para las nuevas razas, fue el principio de la vida. La mayor parte de la historia del antiguo mundo se olvidó rápidamente; la mayoría de las antiguas costumbres fueron abandonadas. Los elfos conservaron gran parte de su historia y de sus tradiciones. Sólo perdieron los poderes mágicos; pero esta vez los perdieron para bien. Su necesidad de adaptación les produjo cambios que de otro modo no se hubieran producido, cambios que los acercaron cultural y psicológicamente a las nuevas razas. Los humanos renacidos y los elfos supervivientes asimilaron un nuevo mundo hasta que al final, de forma inexorable, se convirtieron casi en lo mismo.

»Y cuando casi mil años después de que las Grandes Guerras hubiesen terminado, las nuevas razas empezaron a emerger de la vida primitiva que habían llevado mientras intentaban sobrevivir a los efectos secundarios del holocausto, los elfos estuvieron a su lado. Ya no se esconderían en los bosques como observadores imparciales del desarrollo del mundo. Ahora iban a contribuir a su desarrollo, trabajando con las nuevas razas para asegurarse de que no volvieran otra vez al camino que casi había llegado a la destrucción de la vida. Por eso los elfos, a través del druida Galaphile, convocaron el Primer Consejo de Paranor. Por eso los elfos trataron de apartar a las razas de la investigación imprudente de las viejas ciencias de energía y poder, aconsejando en su lugar un acercamiento más cauteloso a los misterios de la vida. Por eso trataron de recuperar los pequeños poderes mágicos que habían perdido, creyendo que les ayudarían a preservar el nuevo mundo y su vida.

–Sin embargo los elfos no tienen poderes mágicos –le recordó Wil–. Sólo los tenían los druidas.

–Los druidas y unos pocos más repartidos por toda la tierra –le corrigió Allanon. Dio la impresión de que se perdía, pero no duró más de un momento. Después habló de nuevo con voz distante–. Los druidas aprendieron pronto los peligros inherentes a la búsqueda de la magia perdida. Un druida llamado Brona se lo demostró con claridad. Su ansia por explorar los límites de la magia lo destruyó, al crear bajo su apariencia física al ser que conocemos como Señor de los Brujos. Cuando los druidas comprendieron lo que su hambre de magia había hecho con él, abandonaron posteriores exploraciones. La magia

que había encontrado ya no era buena, ni tampoco mala, sino simplemente poderosa, demasiado poderosa para ser manejada por humanos mortales. Durante un tiempo, se olvidaron de ella. Después, Brona encerró a todos los druidas en Paranor y los asesinó, iniciando el comienzo de la Segunda Guerra de las Razas. Y sólo quedó Bremen para enseñar la magia. Cuando él desapareció, sólo yo...

Su voz falló por un instante, sus ojos oscuros se estrecharon mientras miraba fijamente el pequeño fuego que ardía junto a sus pies. Luego volvió a mirar a Wil.

–¿Qué más quieres saber, valense?

El tono fue áspero, casi airado. Su brusquedad sorprendió a Wil, pero mantuvo la mirada firme, obligando a sus ojos a aguantar los del druida.

–¿Qué más puedes contarme? –preguntó a su vez en voz baja.

Allanon no dijo nada, sólo esperó. Se produjo un largo e incómodo silencio, mientras los dos hombres se observaban. Al final, el valense apartó la vista, para remover con aire ausente las ascuas del fuego con el tacón de la bota.

–¿Y esas criaturas que están encerradas en el lugar situado tras la Prohibición? –preguntó después–. ¿Cómo han sobrevivido durante tantos años? ¿Por qué no han perecido?

La expresión de Allanon continuó sombría.

–Llámalos demonios, porque en eso se han convertido. No fueron enviados a ningún lugar, sino a un negro vacío que está más allá del mundo de los vivos. En esa oscuridad no existe el paso del tiempo que haga envejecer o morir. Los elfos no se apercibieron de esto, supongo, o quizá no le dieron importancia, ya que su única preocupación era apartar el mal de su mundo. En cualquier caso, los demonios no murieron; por el contrario, más bien se multiplicaron. El mal que vivía dentro de ellos se alimentó y creció. Engendró una nueva vida. Porque el mal cuida de sí mismo, valense, progresa. El mal encerrado no está destruido. Se alimenta de sí mismo, crece en su confinamiento, se dilata y ruge hasta que logra escapar, entonces... entonces vuelve a moverse en libertad.

–¿Y su magia? –siguió preguntando Wil–. ¿También ha crecido su magia?

Parte de la adustez desapareció del rostro del druida, que asintió con la cabeza.

–Alimentada de la misma forma y desarrollada por la práctica, porque los seres malignos combatían entre sí dentro de su prisión, enloquecidos por la necesidad de dar salida al odio acumulado por lo que les habían hecho.

Ahora fue el valense quien permaneció callado. Bajó el rostro hacia las sombras, rodeándose las rodillas con los brazos y apretando las piernas contra el pecho. Se oyó el trueno débil y distante que procedía del este, perteneciente a la tormenta que se retiraba tras el muro quebrado de las Wolfsktaag.

En el oscuro rostro de Allanon se reveló un toque de inquietud al contemplar al joven. Se inclinó hacia delante una vez más.

–¿Están todas tus preguntas contestadas ahora, Wil Ohmsford?

El valense se sobresaltó.

–No –dijo levantando bruscamente la cabeza–. No, me queda una más.

Allanon frunció el entrecejo.

–Bueno, entonces hazla –dijo con contrariedad evidente.

Wil vaciló, reflexionando en su interior sobre la conveniencia de seguir adelante con aquello. Decidió afirmativamente, pero eligió las palabras con cautela.

–Todo lo que he oído sugiere que los demonios son un reto excesivo para los elfos. De las consecuencias de tu encuentro con ellos, deduzco que son rivales difíciles incluso para ti. –Ahora había ansiedad en el rostro del hombre alto, pero Wil continuó sin interrumpirse–. Si acompaño a la joven Amberle a buscar el Fuego de Sangre, como me pediste, es de esperar que vayan tras nosotros. Supongamos que nos encuentran. ¿Qué

posibilidades tengo en un enfrentamiento con ellos, Allanon? Aunque cuente con las piedras élficas, ¿qué posibilidades tengo? Antes no me lo aclaraste. Hazlo ahora.

–Bien. –El druida se inclinó un poco hacia atrás, con el rostro oscuro y enjuto, inexpresivo a la luz del fuego–. Esperaba que la conversación se dirigiera a este punto.

–Por favor, dame una respuesta.

Allanon cabeceó con expresión pensativa.

–No conozco la respuesta.

–¿No la conoces? –El valense repitió las palabras con incredulidad.

El druida parpadeó.

–Primero, espero mantenerlos lejos de vosotros. Si no pueden encontraros, no podrán haceros daño. De momento no saben nada de ti. Intentaré que esto se mantenga.

–Pero si me encuentran, ¿qué pasará?

–Entonces tú tendrás las piedras élficas –dijo vacilante–. Comprende esto, Wil. Las piedras élficas son un elemento mágico del mundo antiguo, un elemento mágico que existía cuando los elfos derrotaron por primera vez a esas criaturas. El poder de las piedras depende de la fuerza de la persona que las porta. Son tres: una para el corazón, otra para la mente y otra para el cuerpo de quien las usa. Las tres deben formar una unidad; cuando esto se hace adecuadamente, el poder liberado llega a ser muy grande. –Dirigió al valense una mirada cortante–. ¿Entiendes por qué no puedo contestar a tu pregunta? Tú determinarás la fuerza de tu defensa contra tus enemigos; ésta debe proceder de tu interior, no de las piedras mismas. Yo no puedo medir lo que hay en ti. Sólo tú puedes hacerlo. Únicamente te diré que creo que serás un hombre tan valioso como tu abuelo, y nunca he conocido a nadie mejor, Wil Ohmsford.

Durante un momento, el valense contempló al druida sin pronunciar una palabra; después, desvió la vista hacia el fuego.

–Yo tampoco –susurró.

Allanon sonrió levemente.

–Las posibilidades de tu abuelo parecían muy escasas cuando salió en busca de la Espada de Shannara. Él lo reconocería. El Señor de los Brujos conocía su presencia desde el principio; los Portadores de la Calavera fueron hasta Val para buscarlo. Lo persiguieron durante todo el camino. Sin embargo sobrevivió, y lo hizo a pesar de sus grandes dudas. –Extendió una mano y la apoyó sobre el hombro de Wil. Los ojos cavernosos destellaron a la luz del fuego–. Yo creo que tienes posibilidades. Creo en ti. Ahora debes empezar a creer tú también.

Apartó la mano y se levantó.

–Ya hemos hablado bastante por esta noche –dijo–. Ahora necesitas dormir. Mañana nos espera un largo camino. –Se arrebujó en sus ropas negras–. Yo haré la guardia.

Comenzó a apartarse del muchacho.

–Yo puedo hacer la guardia –se ofreció Wil, recordando las heridas del druida.

–Tú tienes que dormir –gruñó el druida, y las sombras de la noche se lo tragaron.

Wil meditó durante un segundo, después sacudió la cabeza. Extendiendo las mantas junto al fuego, se envolvió en ellas y se acostó. Se propuso no dormir. Aún tenía que reflexionar sobre lo que le había dicho Allanon aquella noche, hasta distinguir lo que debía creer y lo que no, hasta estar convencido de saber qué estaba haciendo allí exactamente. Aguantaría hasta conseguirlo.

Dejó que sus ojos se cerraran un momento, e inmediatamente se quedó dormido.

# X

Reanudaron el viaje al alba. Aunque la tierra del bosque aún tenía el brillo húmedo que le había dado la lluvia del día anterior, el cielo estaba despejado, azul y lleno de luz de sol mientras la pareja se dirigía hacia el sur siguiendo los límites del Anar. El parduzco vacío del Rabb hacía resaltar los ondulantes prados, y el incitante olor de los árboles cargados de fruta llegaba hasta ellos empujado por la brisa matutina.

Por la tarde llegaron al legendario río de Plata y se encontraron con un grupo de enanos zapadores ocupados en la construcción de un puente en una zona densamente arbolada. Dejando a Wil escondido con los caballos en un bosquecillo de abetos, el druida se adelantó hasta la orilla del río para hablar con los enanos. Tardó un rato y, cuando volvió, parecía preocupado por algo. Sólo después de montar los caballos y alejarse bastante de aquel lugar siguiendo el curso del río, le dijo a Wil que les había avisado del peligro que corrían los elfos y pedido que les enviaran ayuda lo más pronto posible. Uno de los enanos había reconocido al druida y prometido que la ayuda sería enviada. Sin embargo, reunir una fuerza importante requeriría tiempo...

Allanon no dijo más sobre el tema. Minutos después vadearon el río de Plata por un lugar poco profundo, donde sobresalía un banco de arena y unas rocas frenaban la corriente permitiendo a los caballos y a los jinetes pasar sin riesgos. Desde allí, cabalgaron hacia el sur a paso moderado, observando cómo las sombras que proyectaban se iban alargando durante el transcurso del día. Casi se había puesto el sol cuando Allanon tiró de las riendas de Artaq en la cima de un montículo cubierto de árboles y desmontó. Wil lo siguió conduciendo a Spitter a varios pasos de donde estaba el druida esperando. Ataron los caballos en una pequeña arboleda de nogales y juntos caminaron hasta un afloramiento de roca que dividía el muro de árboles. Con Allanon a la cabeza, treparon por las rocas y observaron los alrededores.

Bajo ellos se extendía un amplio valle en forma de herradura, con las laderas y el fondo densamente arbolados, pero abierto por el lado oeste a las praderas que habían sido labradas y sembradas. En la intersección del bosque y el prado se enclavaba un pueblo, y un estrecho riachuelo procedente del bosque lo atravesaba en dirección norte hasta los terrenos cultivados, irrigando con su agua el suelo en docenas de zanjas limpiamente excavadas. Hombres y mujeres se movían afanosamente en la pequeña comunidad, figuras diminutas para los dos que las miraban. Más hacia el sur, las praderas terminaban en unas tierras bajas salpicadas de rocas que se extendían sin interrupción hasta perderse en el horizonte.

–Villa Refugio –anunció Allanon, señalando al pueblo y a las plantaciones. Su dedo se desvió un poco y apuntó hacia las tierras bajas–. Allí al fondo está Battlemound.

Wil asintió.

–¿Qué hacemos ahora?

El druida se sentó cómodamente.

–Esperaremos a que oscurezca. Cuánta menos gente nos vea, mejor. Los stors no dirán nada, pero esta gente puede hablar más de la cuenta. El secreto es todavía nuestro mejor aliado, y no tengo intención de perderlo si no es necesario. Llegaremos rápida y sigilosamente y nos iremos de la misma forma. –Levantó la vista hacia el sol, que ya estaba empezando a declinar–. Sólo falta una hora.

Permanecieron sentados sin hablar hasta que el borde del sol fue apenas visible tras la línea de árboles, y el crepúsculo empezó a extender su sombra gris sobre el valle. Al fin, Allanon se levantó. Volvieron al lugar donde habían dejado atados los caballos y los

montaron de nuevo para reanudar la marcha. Fueron hacia el este durante cierto tiempo, rodeando los límites del valle hasta llegar a un sector de densa arboleda situado en la pendiente que ocultaba un puentecillo estrecho. Por allí comenzaron a bajar. Avanzaron lentamente esquivando los árboles, observando cómo se oscurecían, dejando que los caballos escogiesen el camino. Wil pronto perdió todo sentido de orientación, pero Allanon parecía saber con exactitud adonde iban, y no aflojó la marcha.

Después, llegaron al valle, y el camino se hizo más fácil. Un cielo claro e iluminado por la luna los espiaba a través de los huecos que dejaban las copas de los árboles, y los pájaros nocturnos emitían agudos sonidos a su paso. El aire era dulce y cargado del olor de la madera. Wil empezó a adormecerse.

Finalmente, entraron en su campo visual dispersas lucecitas amarillas, que se deslizaban a través de la barrera de árboles, y los débiles sonidos de unas voces rompieron el silencio. Allanon desmontó, hizo un gesto a Wil para que lo imitase, y siguieron a pie llevando a los caballos por las bridas. El bosque se aclaró apreciablemente, limpio de maleza y madera seca, y se encontraron ante un muro bajo de piedra con una puerta de madera. Una línea de siemprevivas bordeaba el muro, impidiendo la visión de lo que había detrás casi por completo, aunque Wil lo reconoció como el límite oriental de la villa campesina y supo que las luces amarillas eran llamas de lámparas de aceite.

Amarraron los caballos a un poste de hierro, junto al muro. Allanon apoyó un dedo sobre sus labios. Con sigilo, cruzaron la pequeña puerta de madera.

Lo que encontraron al otro lado hizo que Wil se parara de repente. Ante ellos se extendían unos extensos jardines escalonados con sus hileras de flores multicolores brillando incluso bajo la pálida luz de la luna. Un camino de piedra, que reflejaba motas plateadas, se adentraba sinuosamente en los jardines hasta un conjunto de bancos de madera y desde allí a una pequeña cabaña construida en madera y piedra. Era de una sola planta con una buhardilla y el acostumbrado porche abierto en la parte frontal. Bajo las ventanas enrejadas colgaban macetas con plantas y las toscas paredes estaban bordeadas de arbustos bajos. Ante la casa crecían tejos rojizos y abetos azules. Un segundo sendero salía del porche bajo el arco de un magnífico abedul blanco y desaparecía a través de un seto hacia un camino situado más allá. A lo lejos, las luces centelleantes de otras casas rompían la continuidad negra de la noche.

Wil lo contempló, maravillado. Por todas partes había toques de color y de vida. Parecía sacado de un cuento para niños. Y mantenía un orden perfecto.

Miró a Allanon con expresión interrogativa. El druida hizo desaparecer de su oscuro rostro la sonrisa burlona que lo animaba, y le hizo un gesto para que lo siguiera. Continuaron el camino a través de los jardines hasta los bancos, luego avanzaron hacia la cabaña. La luz se filtraba a través de las cortinas de las ventanas de la casita, y de dentro llegó el sonido de unas voces suaves y bajas; no, se corrigió Wil a sí mismo, eran voces de niños. Se quedó bastante sorprendido con el descubrimiento y a punto estuvo de no ver al gran gato romano que estaba tendido sobre el primer escalón del porche. Se detuvo justo a tiempo para no pisar al animal dormido. El gato alzó la cara bigotuda y lo contempló con insolencia. Otro gato, negro azabache, atravesó apresuradamente el porche y se escabulló entre los arbustos sin hacer ruido. El druida y el valense subieron los escalones del porche y avanzaron hasta la puerta principal. Dentro, las voces de los niños se transformaron en risas agudas.

Allanon golpeó con firmeza la puerta y las voces dejaron de oírse. Del otro lado llegó un ruido de pisadas que se acercó hasta detenerse junto a la puerta.

–¿Quién es? –preguntó una voz dulce, y la cortina estampada que cubría la mirilla de vidrio se apartó un poco.

El druida se inclinó hacia delante, permitiendo que la luz del interior incidiese sobre

su austero semblante.

–Soy Allanon –respondió.

Hubo un momento de silencio, después el sonido del cerrojo al descorrerse. La puerta se abrió y apareció una joven elfina. Era menuda, incluso como elfina; su cuerpo era esbelto y estaba bronceada por el sol. El cabello castaño le caía hasta la cintura, ensombreciendo un rostro infantil que mostraba inocencia y conocimiento a la vez. Sus ojos le dirigieron a Wil una rápida mirada, unos ojos que eran verdes, vivos y profundos, después volvieron de nuevo al druida.

–Allanon desapareció de las Cuatro Tierras hace más de cincuenta años. –Su voz era firme, pero había temor en sus ojos–. ¿Quién eres?

–Soy Allanon –repitió. Dejó transcurrir un momento de silencio–. ¿Quién más te podía haber encontrado aquí, Amberle? ¿Quién podría haber descubierto que tú eras uno de los escogidos?

La elfina lo contempló muda y con los ojos fijos. Cuando trató de hablar no encontró palabras. Sus manos se unieron con fuerza, en un visible esfuerzo por tranquilizarse.

–Los niños se asustarán si los dejo solos. Tengo que acostarlos. Esperad aquí, por favor.

Entonces, se oyó el ruido que producían varios piececitos al arrastrarse al otro lado de la puerta y el débil susurro de voces excitadas. Amberle se volvió y entró en la cabaña. Pudieron oír su voz baja y suave mientras conducía a los niños arriba por la escalera de madera hacia la buhardilla. Allanon se dirigió a un banco de ancho respaldo que había al otro lado del porche y se sentó en él. Wil se quedó donde estaba, de pie a un lado de la puerta, escuchando los ruidos que producían la joven y los niños en el interior, pensando que también ella era una niña.

Un momento después volvió, saliendo al porche y cerrando la puerta de la cabaña tras de sí. Miró a Wil, y éste sonrió con azoramiento.

–Este joven es Wil Ohmsford –le informó la voz de Allanon flotando en la oscuridad–. Estudia en Storlock para convertirse en curandero.

–Hola... –comenzó a decir Wil, pero ella ya lo había sobrepasado y se dirigía hacia el hombre alto.

–¿Por qué has venido aquí, druida? Si es que eres de verdad un druida –preguntó, con una mezcla de enojo e inseguridad en la voz–. ¿Te envía mi abuelo?

Allanon se levantó.

–Podemos sentarnos en los jardines mientras hablamos.

La joven titubeó, pero asintió después. Los condujo desde el porche hasta los bancos por el mismo camino de piedra que acababan de recorrer. Se sentó al llegar. El druida también lo hizo frente a ella y Wil un poco alejado. El valense había comprendido que su papel en aquella confrontación se limitaba al de espectador.

–¿Por qué estás aquí? –repitió Amberle, con la voz un poco más alterada que antes.

Allanon se ciñó la túnica.

–Para empezar, nadie me ha enviado. Estoy aquí por mi propia decisión. He venido a pedirte que vuelvas conmigo a Arbolon. –Hizo una pausa–. Hablaré sin ambages. Ellcrys se está muriendo, Amberle. La Prohibición empieza a resquebrajarse, el mal que encierra trata de escapar. Los demonios pronto invadirán la Tierra del Oeste. Sólo tú puedes evitarlo. Eres la única que queda de todos los escogidos.

–La última... –susurró, pero las palabras rascaron su garganta.

–Todos han muerto. Los demonios los encontraron y los mataron. Ahora te buscan a ti.

Su cara se quedó inmovilizada por el espanto.

–¡No! ¿Qué truco es éste, druida? ¿Qué truco...? –No llegó a terminar la frase porque

las lágrimas brotaron en sus ojos y resbalaron por su rostro infantil. Se las secó rápidamente–. ¿De verdad están muertos? ¿Todos?

El druida asintió.

–Tienes que venir conmigo a Arbolon.

Ella negó con la cabeza.

–No, ya no soy una de los escogidos. Tú lo sabes.

–Sé que desearías que fuese así.

Los ojos verdes destellaron con enojo.

–Lo que yo desee no tiene ninguna importancia. He dejado de servirla; todo eso quedó atrás. Ya no soy una escogida.

–Ellcrys te eligió para que lo hicieras –insistió Allanon en tono sereno–. A ella le corresponde decidir si debes transportar la semilla en busca del Fuego de Sangre, para que pueda renacer y la Prohibición sea restaurada. Ella debe decidir; no tú, ni yo.

–No volveré contigo –repitió Amberle.

–Debes hacerlo.

–No lo haré. Nunca volveré. Ahora ésta es mi casa; ésta es mi gente. He tomado esa decisión.

El druida movió lentamente la cabeza de un lado a otro.

–Tu hogar estará donde tú lo establezcas. Tu gente será quien tú desees. Pero existen responsabilidades que te dejan sin elección, que no dependen de tu consentimiento. Esto es así. Eres la última de los escogidos; eres la última esperanza para los elfos. No puedes escapar de eso; no puedes esconderte. No puedes hacerlo cambiar.

Amberle se levantó, se alejó un paso y le dio la espalda.

–Tú no lo entiendes.

Allanon la miró.

–Lo entiendo mejor de lo que crees.

–Si fuese así, no me pedirías que volviese. Cuando salí de Arbolon, supe que nunca volvería. A los ojos de mi madre, de mi abuelo y de mi pueblo estoy deshonrada. Hice algo que no merece perdón; rechacé el obsequio de ser una de los escogidos. Aunque lo deseara, y no lo deseo, eso no puede dejarse a un lado. Los elfos constituyen un pueblo con un profundo sentido de la tradición y del honor. Nunca aceptarán lo ocurrido. Aunque supieran que todos iban a morir y que sólo yo podía salvarlos, se negarían a que volviese. Soy una exiliada, y eso no cambiará.

El druida se levantó y se situó ante la joven con su alta y negra figura empequeñeciendo la de ella por contraste. Sus ojos aterradores se clavaron en los de Amberle.

–Tus palabras son insensatas. Tus argumentos carecen de contenido y los expones sin convicción. No son propios de ti. Sé que eres más fuerte de lo que muestras.

Aguijoneada por la reprimenda, Amberle se enfureció.

–¿Qué quieres de mí, druida? ¡Tú no sabes nada! –Se acercó a él, con sus ojos verdes cargados de ira–. Soy maestra de niños. A algunos los has visto esta noche. Vienen en grupos de seis u ocho y se quedan conmigo durante una estación. Sus padres los dejan a mi cuidado. Me los confían. Mientras están a mi cargo intento transmitirles mis conocimientos sobre los seres vivos. Les enseño a amar y a respetar el mundo en el que han nacido: la tierra, el mar, el cielo y toda la vida que se encuentra allí. Empezamos con algo sencillo, como este jardín. Terminamos con la complejidad que rodea a la vida humana. Hay amor en lo que yo hago. Soy una persona sencilla con un sencillo don; un don que puedo compartir con otros. Un escogido no comparte nada con los demás. Yo nunca fui una escogida, ¡nunca! Eso fue algo que se me pidió que fuese, que yo no deseaba ser. Todo lo he dejado atrás. He hecho de este pueblo y de su gente el objetivo de mi vida. Esto es lo

que soy. Éste es mi lugar. No renunciaré a eso.

–Quizá. –La voz del druida sonó calmada y firme, ajena a la ira que ella mostraba–. ¿Pero vas a volver la espalda a los elfos sólo por esa razón? Sin ti perecerán. Resistirán y lucharán como hicieron en el viejo mundo cuando el mal los amenazó por primera vez. Pero ahora no poseen la magia para apoyarse. Ahora serán destruidos por completo.

–Estos niños han sido puestos a mi cuidado... –comenzó a decir la joven con precipitación, pero Allanon alzó la mano.

–¿Qué crees que sucederá cuando los elfos sean destruidos? ¿Crees que los malignos se contentarán con quedarse dentro de las fronteras de la Tierra del Oeste? ¿Qué les ocurrirá a los niños entonces?

Amberle le observó con fijeza, sin hablar, durante un momento; después se dejó caer sobre el banco otra vez. Las lágrimas brotaron de sus ojos y ella los cerró con fuerza.

–¿Por qué fui escogida? –preguntó suavemente, casi en un susurro–. No había razones para ello. Yo no lo buscaba y había tantos otros que sí. –Juntó las manos sobre el regazo–. Fue una ironía, druida, una broma. ¿Te das cuenta? Ninguna joven había sido escogida durante quinientos años. Sólo muchachos. Y entonces fui escogida yo; un error absurdo y cruel. Un error.

El druida contempló los jardines con el rostro de nuevo inexpresivo.

–No fue un error –respondió, aunque Wil creyó que estaba hablando para sí mismo. Después se volvió a mirarla–. ¿Qué te asusta, Amberle? Tienes miedo, ¿verdad?

Ella no levantó el rostro ni abrió los ojos. Asintió con la cabeza.

Allanon volvió a sentarse. Esta vez su voz fue más dulce.

–El miedo forma parte de la vida, pero hay que hacerle frente, no esconderse de él. ¿Qué es lo que te asusta?

Se produjo un largo silencio. Wil se inclinó hacia delante en su banco, un poco alejado.

Por fin, Amberle habló, susurrando las palabras.

–Ella.

El druida frunció el entrecejo.

–¿Ellcrys?

Amberle no respondió. Se llevó las manos a la cara y enjugó las lágrimas con ellas. Abrió los ojos y se levantó de nuevo.

–Y si accedo a viajar contigo a Arbolon, si accedo a enfrentarme a mi abuelo y a mi pueblo, si voy a ver a Ellcrys por última vez, si hago todo lo que me pides y ella no me da la semilla, ¿qué sucederá?

Allanon se enderezó.

–Entonces puedes volver a Villa Refugio y no te molestaré más.

–Lo pensaré.

–No hay tiempo para pensarlo –insistió Allanon–. Debes decidirlo ahora, esta noche. Los demonios te están buscando.

–Lo pensaré –repitió ella. Sus ojos se posaron en Wil–. ¿Qué tienes que ver tú en esto, curandero? –Wil se dispuso a responder, pero la rápida sonrisa de ella lo detuvo–. No importa. De alguna forma presiento que estamos en una situación parecida. No sabes más que yo.

Menos, quiso decirle Wil, pero ella ya le daba la espalda.

–No tengo sitio para vosotros en mi casa –le dijo a Allanon–. Podéis dormir aquí, si queréis. Mañana seguiremos hablando.

Comenzó a andar hacia la cabaña, con el cabello castaño ondulando sobre su espalda.

–¡Amberle! –gritó el druida.

–Mañana –respondió sin detenerse.

Después desapareció, tras cerrar la puerta, dejando al druida y al valense mirando hacia allí en la oscuridad.

# XI

La criatura llegó hasta Wil a través de la indolente bruma de su sueño, un producto informe de sus pesadillas que surgió de las profundidades de su subconsciente. Era algo aterrorizante, algo que se escondía en los rincones más oscuros de la mente donde guardaba sus más aferrados temores. Lo perseguía con subrepción y astucia, sorteando los obstáculos con que él trataba de detenerlo, avanzando sin pausa, acercándose cada vez más. No podía verlo cuando llegaba; nunca podría. Carecía de materia o identidad; carecía de razón. Era sólo el agobiante sentimiento de terror que aquello creaba por su mera existencia. Wil trataba de escapar, de correr a través de los paisajes de su imaginación, correr y correr hasta que le parecía que lo había dejado atrás. Pero no era así. De nuevo estaba allí, aproximándose velozmente, certeramente. Escapó desesperado, pidiendo ayuda a gritos; la ayuda de cualquiera. Pero no había nadie. Estaba solo con la cosa y no podía escapar. No obstante, tenía que hacerlo, porque si la cosa le alcanzaba, si llegaba a tocarlo, estaba seguro de que moriría. Y corría aterrado, a ciegas, sintiendo en el cuello el aliento caliente de la cosa...

Se despertó sobresaltado, y se incorporó bajo las mantas para sentarse. Sintió el frío del aire nocturno en la cara y en el cuerpo. El sudor bañaba sus brazos, y dentro de la cabeza podía sentir los latidos de su corazón, acelerados y fuertes.

La figura oscura de Allanon se agachó a su lado, poniéndole sus fuertes manos sobre los hombros. La voz del druida fue un susurro áspero.

–Rápido, valense nos han encontrado.

Wil Ohmsford no necesitó preguntar quién los había encontrado. Su sueño se había hecho realidad. Se levantó de un salto, agarró la manta y corrió detrás del druida, que ya se dirigía hacia la pequeña cabaña. Como si lo hubiera intuido, Amberle apareció en el borde del porche, con su camisón blanco aleteando de forma fantasmagórica sobre su delgada figura, dándole una apariencia espectral. Allanon fue hacia ella.

–Te dije que te vistieras –le susurró airadamente.

Ella lo miró con incredulidad.

–¿Quieres engañarme, druida? ¿No será esto un truco para obligarme a que vuelva contigo a Arbolon?

El rostro de Amberle se oscureció aún más.

–Quédate aquí unos minutos más y encontrarás la respuesta. ¡Vamos, vístete!

–Muy bien –dijo sin moverse–. Pero no puedo abandonar a los niños. Tengo que llevarlos a un lugar seguro.

–No hay tiempo para eso –la apremió el druida–. Además, estarán más seguros aquí que vagando por la oscuridad.

–No comprenderán por qué los he abandonado.

–¡Quédate y ellos compartirán tu destino! –La paciencia de Allanon empezaba a acabarse–. Despierta al mayor, explícale que tienes que irte, aunque volverás, que no puedes evitarlo. Dile que en cuanto amanezca, coja a los otros y los lleve a la casa más próxima. ¡Hazlo, deprisa!

Esta vez no puso objeciones, sino que dio media vuelta y desapareció en el interior de la cabaña. Wil se arregló las ropas y enrolló la manta. Juntos, el druida y el valense, ensillaron los caballos y los condujeron hasta la casa para esperar a la joven elfina. Casi de inmediato estuvo con ellos, vestida con pantalones, una túnica ceñida por un cinturón, botas y una capa larga azul de montar a caballo.

Allanon llevó a los dos jóvenes ante Artaq, le susurró algo al animal, y le dio unas

palmadas cariñosas en el cuello. Después entregó las riendas a Wil.

–Monta.

Wil obedeció, trepando a lomos del gran caballo negro. Artaq sacudió la cabeza y relinchó. Allanon le volvió a susurrar suavemente, cogió a Amberle por la cintura y la alzó hasta sentarla detrás del valense, como si no pesara más que una pluma. Después montó en Spitter.

–Ahora silencio –les avisó–. Ni una palabra.

Siguieron el camino que partía de la casita hacia el pueblo dormido. Sólo el sonido de los cascos de los caballos, golpeando blandamente el camino de tierra, rompía la calma profunda. En pocos minutos, los edificios de la villa quedaron atrás, y se encontraron en los inicios del bosque. Ante ellos se extendían los campos labrados, el agua de los canales de riego que centelleaba bajo la luz de la luna al pasar por entre las ordenadas hileras de plantas de maíz y trigo ya crecidas. A lo lejos, a ambos lados, las boscosas laderas del valle descendían hasta las praderas.

Allanon desmontó sin decir una palabra. Permaneció sin moverse durante un rato, escuchando el silencio de la noche, con la angustia en su rostro sombrío. Finalmente, aproximándose a Artaq, indicó a los jóvenes con un gesto que se agachasen para oírlo.

–Están por aquí –susurró. Wil se quedó helado. El druida lo miró como para medir su valor–. ¿Has cabalgado alguna vez siendo perseguido? –Wil asintió–. Bien. Amberle y tú continuaréis montando a Artaq. Si te ves apurado, suelta las riendas. Él os salvará. Cabalgaremos en dirección norte a lo largo de los límites del pueblo hasta donde el valle se une a las praderas. Una vez allí atravesaremos su círculo. No te detengas por nada, ¿entiendes? Si nos separamos, no vuelvas atrás. Cabalga hacia el norte hasta llegar al río de Plata. Si no aparezco en seguida, crúzalo y cabalga en dirección oeste hacia Arbolon.

–¿Y tú qué...? –preguntó Wil apresuradamente.

–No te preocupes por mí –le cortó el druida de inmediato–. Limítate a hacer lo que te he dicho.

Wil asintió de mala gana. No le gustaba en absoluto la significación de aquello. Cuando Allanon les dio la espalda, se volvió a mirar a Amberle.

–Agárrate con fuerza –murmuró y trató de esbozar una rápida sonrisa.

Ella no se la devolvió, sus ojos evidenciaban su miedo.

Allanon volvió a montar. Lenta y cautelosamente siguieron caminando a lo largo de los linderos del bosque, rodeando la parte occidental del pueblo de Villa Refugio. El silencio era profundo y penetrante en todo el valle. Como sombras, se deslizaron a través de la oscuridad, con los ojos prestos para descubrir cualquier movimiento de la noche. Ante ellos, la ladera norte del valle empezó a asomar vagamente por los espacios libres de entre los árboles.

Entonces Allanon frenó su caballo de repente, y les hizo una señal para que se detuvieran. Sin hablar, señaló hacia los campos de su izquierda. Wil y Amberle siguieron la línea de su brazo. Al principio, no vieron nada, sólo una fila tras otra de tallos de color gris oscuro bajo la luz de la luna. Pero, un momento después, sus ojos distinguieron el rápido movimiento de algo con un vago aspecto animal que salió de un canal de regadío y desapareció entre las plantas del campo.

Esperaron durante un rato, inmóviles contra los árboles; después reemprendieron el camino. Habían recorrido sólo una corta distancia cuando, desde los bosques que quedaban detrás de ellos, llegó un profundo aullido. Amberle se agarró con más fuerza a la cintura de Wil y apoyó la cabeza contra su espalda.

–Demonios lobos –dijo Allanon en voz baja–. Nos han descubierto.

Golpeó a Spitter en los flancos, con los talones, exigiendo del caballo un lento trote. Artaq resopló ansioso y lo siguió. El aullido fue captado por otros, y se produjo un ruido

repentino de cuerpos entre los árboles.

–¡Seguid! –gritó Allanon.

Los caballos se lanzaron hacia delante, virando bruscamente a la izquierda para apartarse del bosque. Al galope, siguieron bordeando los campos, a lo largo de la línea del canal de regadío hacia una abertura que conducía a las praderas. Los aullidos crecieron a su alrededor, haciéndose más furiosos y fieros. A la izquierda, sobre las espigas de trigo y maíz, surgieron unas sombras enormes y móviles, que se abalanzaron salvajemente hacia ellos. Wil se inclinó sobre el cuello de Artaq y lo azuzó para que acelerara. Ante ellos vieron el paso que conducía al valle.

De los bosques que se encontraban adelante surgió media docena de figuras oscuras y peludas, con aspecto de lobos pero mucho más grandes, y caras que parecían grotescamente humanas al levantarse hacia la luz de la luna, con sus largos dientes mordiendo el aire. Allanon condujo a Spitter directamente hacia allí, irradiando fuego azul desde sus dedos, que levantó con gesto amenazador. Un instante después, el fuego alcanzaba a las criaturas, quemándolas, obligándolas a dispersarse. Spitter cruzó por medio, emitiendo un fuerte y ronco relincho de terror.

Artaq ya había dejado atrás al druida y a los demonios lobos; su cuerpo bruñido parecía una línea horizontal mientras corría por las llanuras abiertas. Delante de ellos aparecieron varias figuras oscuras, amenazando con sus mandíbulas las patas de los caballos. Artaq no disminuyó su velocidad. Embistió contra una de ellas con el cuarto delantero y la hizo caer, girando. Pronto, dejó a las otras atrás. Wil se inclinó sobre el lomo del animal, sujetando contra él a Amberle, y aflojó su presión sobre las riendas. A la derecha, surgieron más demonios lobos de entre los árboles, llenando el aire nocturno con sus aullidos. Unos rayos de fuego azul se interpusieron en su camino, y los aullidos se transformaron en lamentos de dolor. Artaq siguió su marcha.

Entonces, un enorme demonio lobo apareció en el lindero del bosque, delante de ellos, corriendo paralelamente al arroyo que alimentaba los canales de regadío. Aceleró para interceptarlos, avanzando a una velocidad sorprendente, saltando sobre la hierba alta, con movimientos ágiles y silenciosos, Wil sintió que algo frío y duro le oprimía el pecho. La bestia estaba acortando la distancia que los separaba con demasiada rapidez; no podrían escapar. Hizo la única cosa que se le ocurrió hacer. Le gritó a Artaq con todas sus fuerzas y soltó las riendas. El gran corcel negro respondió. En algún lugar de su interior encontró nuevas fuerzas. Su paso se hizo más largo. La bestia estaba ya muy cerca de ellos; un terror gigantesco y oscuro que pareció surgir de repente de la noche. Wil cerró los ojos y gritó por última vez. Artaq relinchó en respuesta. Cobrando fuerzas, el caballo saltó el arroyo que atravesaba su camino. Al llegar a la otra orilla, siguió corriendo, alejándose de los bosques y los campos de Villa Refugio hacia las llanuras abiertas de más allá.

Durante unos momentos, Wil mantuvo los ojos cerrados, fuertemente apretados a causa del miedo. Iba agarrado al cuello del animal, sintiendo el movimiento protector del gran caballo mientras huían en la noche. Cuando por fin volvió a levantar la cabeza y se atrevió a mirar detrás de la figura encogida de Amberle, descubrió que estaban solos. De la oscuridad del valle salía fuego y humo, y el aire estaba lleno de aullidos frenéticos. No había ninguna señal de los demonios lobos. No había ninguna señal de Allanon.

Casi sin pensarlo, Wil tiró de las riendas de Artaq y le hizo girar. Allanon había sido firme en sus instrucciones. Bajo ninguna circunstancia debía volver. Salvar a Amberle era lo más importante. Su seguridad le había sido confiada; debía protegerla a toda costa. Dirigió una mirada rápida al rostro infantil que sobresalía de la sombra de su espalda, y los ojos verdes lo interrogaron. Supo lo que debía hacer. Pero también supo que el druida aún estaba detrás, probablemente en peligro. ¿Cómo podía abandonarlo?

Su indecisión duró sólo un momento. Desde el valle se aproximaba galopando

Spitter, aterrorizado, con su delgado cuerpo gris forzando al máximo la carrera. Inclinado sobre su lomo, con las ropas negras agitándose con violencia, una silueta oscura se proyectaba en el horizonte coloreado de rojo por el fuego. Era el druida. Siguiéndole de cerca corrían los demonios lobos, con sus figuras peludas brincando enloquecidas sobre la hierba alta, profiriendo aullidos de odio hacia los humanos que escapaban.

Wil volvió a dirigir a Artaq hacia el norte y apretó sus talones contra él. El corcel negro relinchó y se lanzó hacia delante. Esta vez, el valense no soltó las riendas, sino que lo mantuvo cuidadosamente controlado. La persecución podía ser larga, y la gran fuerza del animal tenía límites. Artaq no se resistió; siguió su camino, corriendo con agilidad. Wil se inclinó hacia delante, y sintió el abrazo firme de Amberle alrededor de su cintura y su rostro contra la espalda.

Tras poco más de un kilómetro, Spitter se puso a la altura de ellos, con su esforzado cuerpo cubierto de sudor y polvo, su nariz aleteando. Estaba cada vez más cansado. Wil miró con ansiedad a Allanon, pero éste no le devolvió la mirada; concentrado solamente en la tierra que tenía delante mientras azuzaba al caballo con pequeños movimientos de sus manos.

La persecución a través de las praderas de la región del río de Plata continuó con sombría determinación. Los aullidos enloquecidos de los demonios lobos se apagaron rápidamente, transformándose en un sonido de respiraciones aceleradas y algunos gruñidos de frustración. Para los jinetes que huían, sólo existía el silbido amortiguado del viento y el golpeteo continuo de los cascos de los caballos. A través de los valles que cortaban las suaves colinas y sobre lomas amplias y desiertas, corrían las presas y sus cazadores, pasando por arboledas de frutales, pasando junto robles y sauces solitarios, pasando por riachuelos sinuosos, todo en el silencio y la oscuridad de las llanuras. El tiempo carecía de significado. Habían recorrido unos dieciocho kilómetros. Sin embargo, la distancia entre ellos y sus perseguidores permanecía inalterable.

Por fin divisaron el río de Plata; una ancha franja de agua que reflejaba la luz de la luna, destacándose de la oscuridad a través de los huecos que dejaban las bajas colinas que limitaban su orilla más próxima. Wil fue el primero en ver el río y gritó. Artaq se impulsó hacia delante al oír el sonido de su voz, sobrepasando a Spitter una vez más. En una reacción tardía, Wil trató de retenerlo, pero el gran caballo negro no cedió esta vez. Siguió corriendo sin esfuerzo, de manera uniforme, y dejó atrás al cansado Spitter en pocos momentos.

La distancia entre Artaq y los perseguidores se hizo más amplia. Wil trataba aún de refrenar al caballo cuando avistó unas figuras oscuras y agazapadas que aparecieron de pronto ante él; figuras encorvadas y deformes, cubiertas de un hirsuto pelo gris. ¡Demonios! Wil sintió que su estómago se contraía. Era una trampa. Los estaban esperando allí, por si conseguían escapar de los demonios lobos de Villa Refugio. Ahora se encontraban diseminados a lo largo de las orillas del río de Plata. Los demonios que estaban en esa zona se desplazaron con rapidez para impedirle el paso. Wil los vio ahora con claridad; eran bestias felinas con caras de mujer, deformes y grotescas. Saltaron hacia el caballo negro, maullando de forma horrible, levantando sus hocicos para enseñar sus dientes largos y afilados.

En el último segundo, Artaq dio un giro brusco y volvió hacia el montículo, dejando a los monstruos felinos gruñendo de frustración. En ese momento, Spitter alcanzó la cima, se tambaleó fatigosamente y se derrumbó. Allanon cayó a tierra entre un enredo de ropas, rodando sobre sí mismo varias veces y levantándose de un salto. Los demonios lobos llegaron hasta él de todas partes, pero el fuego azul salió de sus dedos en un abanico amplio y cortante, dispersándolos como el viento a las hojas secas. Artaq giró de nuevo a la izquierda, con Wil y Amberle fuertemente agarrados a su lomo para no ser despedidos.

Demostrando con relinchos su odio hacia los monstruos felinos que intentaban atraparlo, cargó contra ellos una vez más, situado ahora en paralelo a la orilla del río, avanzando a tal velocidad que los alcanzó antes de que comprendieran lo que estaba tramando. Algunas de las bestias estiraron sus miembros para desgarrarlo, pero una vez más los evitó con un gran salto y se alejó en su carrera hacia la noche. Detrás, un arco de fuego azul envolvió a los perseguidores más próximos, quemándolos hasta reducirlos a cenizas. Wil volvió la cabeza y vio que Allanon estaba aún de pie sobre el montículo, mientras los demonios lobos y los monstruos felinos se acercaban a él de todas direcciones. ¡Demasiados! Wil oyó las palabras en su cerebro. El fuego surgió de las manos del druida, y éste desapareció entre el humo y las oscuras formas.

Entonces un sexto sentido se despertó en el valense, avisándole de un nuevo peligro. Su mirada se apartó de la batalla que se producía en la cima. De alguna parte surgieron media docena más de demonios lobos, corriendo hacia Artaq a saltos grandes y silenciosos. Wil sintió un instante de pánico. Amberle y él estaban atrapados entre las bestias y el río. Ante ellos una franja de denso bosque bloqueaba el paso. Detrás estaban los demonios que los habían perseguido. No había ningún lugar adonde ir.

Artaq no dudó. Viró hacia el río de Plata. Los lobos lo siguieron. Wil estaba seguro de que esta vez no podrían escapar. Allanon ya no estaba allí para ayudarles; estaban solos.

El río de Plata se extendía ante ellos. No había bajíos, sólo una corriente de agua demasiado ancha, demasiado profunda y demasiado rápida para que pudieran cruzarla. Wil comprendió que, si lo intentaban, serían arrastrados por ella. Sin embargo, Artaq no disminuyó su velocidad. Cualquiera que fuese el peligro a que se enfrentaban, el corcel negro había tomado ya su decisión. Iba a meterse en el río.

Los demonios lobos también lo advirtieron. Estaban a unos diez metros detrás, y se lanzaron en un esfuerzo decidido para atrapar al valense y a la joven elfina. Amberle gritó. Wil buscó frenéticamente en su túnica la bolsa de cuero que contenía las piedras élficas, sin saber siquiera si podría usarlas, sólo por hacer algo. Era demasiado tarde. Cuando sus manos agarraron las piedras, llegaron al borde del río. Artaq tomó impulso y saltó desde allí; Wil y Amberle se agarraron a su lomo. En ese instante, una luz blanca los envolvió, congelando su movimiento como si hubiesen quedado atrapados en un cuadro. Los lobos desaparecieron. El río de Plata se desvaneció. Todo se desvaneció. Quedaron ellos solos, subiendo en una escalada lenta e ininterrumpida hacia la luz.

# XII

Antes de que el tiempo se convirtiese en tiempo histórico, él estaba allí. Antes que los humanos, antes que las naciones y los gobiernos, antes de que se iniciara la historia de la humanidad, él estaba allí. Antes de que en el mundo mágico se desencadenase la guerra entre el bien y el mal, fijando de forma inalterable el carácter de la vida que siguió, él estaba allí. Estaba ya cuando el mundo era un edén sagrado y todos los seres vivos coexistían en armonía y paz. Entonces era joven, una criatura mágica, mientras las otras criaturas mágicas de la tierra empezaban a nacer. Vivía en los jardines que habían sido puestos a su cuidado, que le habían encomendado junto con la responsabilidad de vigilar para que éstos, y todos los seres vivos que allí habitaban, fuesen amparados y conservados, protegidos y renovados. No tenía nombre, porque los nombres no eran necesarios. Era quien era, y su vida acababa de comenzar.

No había comprendido lo que llegaría a ser. Su futuro era una promesa vaga y distante susurrada en los pasajes de sus sueños, y no podía prever su realidad. No podía prever que no sería finita en la forma en que lo eran las de los otros seres vivos, sino que se prolongaría a lo largo de centenares de vidas celebradas al nacer y olvidadas al morir, hasta que la suya fuese revestida con los adornos de la inmortalidad. No podía prever que todos los que habían nacido en el mundo con él y todos los que nacieran en adelante, ya fuesen seres mágicos o humanos, se desvanecerían y se perderían mientras que sólo él había de permanecer. Ni tampoco lo hubiese deseado, porque era aún lo bastante joven como para estar convencido de que su mundo sería siempre como hasta entonces. De haber sabido que viviría para verlo cambiar hasta que llegara a ser irreconocible, no habría querido sobrevivir. Mejor morir y regresar a la tierra que lo había engendrado.

Habría sido una pérdida irreparable, porque tenía que llegar a ser el último vestigio de ese tiempo de fábula que fue el mundo en un principio, el último vestigio de la paz y la armonía, de la belleza y la luz que constituyeron el edén de la vida. Había sido decretado en el crepúsculo del comienzo, cambiando para siempre el curso de su existencia, cambiando para siempre el propósito de su vida. Tenía que llegar a ser, para un mundo que había perdido la gracia, un pequeño recuerdo de lo que se había perdido. Tenía que llegar a ser también la promesa de que todo lo que una vez había sido posible, podría volver algún día.

Al principio, no comprendió esto. Sólo hubo consternación y sorpresa al descubrir que el mundo estaba cambiando, su belleza disminuyendo, su luz muriendo; que todo lo que había sido luminoso y armónico iba a perderse. Pronto lo único que quedó fueron sus jardines. De todos los que habían llegado al mundo con él, no quedaba nadie. Estaba solo. Durante cierto tiempo se desesperó, consumido por la pena y la autocompasión. Después los cambios que habían alterado la tierra que lo rodeaba, empezaron a invadir su propio mundo íntimo, amenazando con cambiarlo también. Recordó entonces sus responsabilidades y empezó la lucha larga y difícil por preservar los jardines que constituían su hogar, decidido a conservar el último resto del primer mundo, aunque todo lo demás se perdiese. Los años transcurrieron y su lucha se mantuvo. Descubrió que el paso del tiempo dejaba muy leves huellas sobre él. Descubrió en su interior un poder que desconocía. Después, empezó a tener conciencia de la finalidad de su existencia solitaria, de una nueva tarea que se le había confiado, de una tarea que no debía descuidar. Con la conciencia llegó la aceptación, y con la aceptación llegó el entendimiento.

Durante siglos trabajó en el anonimato. Su existencia fue poco más que un mito que formaba parte del folklore que las naciones desarrollaron, una fantasía contada entre

sonrisas irónicas y relamida indulgencia. No fue hasta después del cataclismo que los hombres llamaron las Grandes Guerras, de la destrucción final del viejo mundo y el surgimiento de las nuevas razas, cuando el mito empezó a considerarse como verdad. Porque fue entonces cuando se decidió por primera vez a salir de los jardines. Sus razones fueron cuidadosamente estudiadas. Había vuelto la magia al mundo, y la suya era la mayor y la mejor... la magia de la vida. La tierra de fuera era otra vez nueva y fresca, y vio en ese renacimiento la oportunidad de recuperar todo lo que había conocido siendo joven. Gracias a él, el pasado y el futuro podrían unirse al fin. No sería algo fácil ni rápido; pero llegaría. Él no podía ya permanecer recluido y oculto en los jardines. Tenía que salir. Dentro de su pequeño santuario estaba la semilla de todo lo que el mundo necesitaba recobrar tan desesperadamente. Ésa era la tarea que se le había encomendado desde un principio. Comprendió que no bastaba con que fuese preservada. Comprendió que debía crecer, que debía hacerse visible y accesible. Debía procurar que ocurriera.

Por eso salió de los jardines que habían sido su hogar durante tantos siglos, y viajó por la región que los rodeaba; una región de fértiles praderas y suaves colinas ondulantes, de bosques sombríos y tranquilos estanques, todo enlazado por un río que era la corriente de vida de la tierra. Sin embargo, no viajaría lejos de los jardines, porque éstos constituían su primera obligación y sus necesidades de cuidados exigían que se mantuviese cerca. Además, no tuvo que distanciarse mucho. Las tierras circundantes le parecieron adecuadas. Plantó la semilla del nuevo mundo en el centro de la región, marcándola, confiriéndole una radiación especial que la hiciera fácilmente reconocible, dándole a los habitantes y a los viajeros, su bendición y su protección contra el peligro. Con el tiempo, las nuevas razas llegaron a comprender lo que había hecho; hablaron de él y de su región con admiración y respeto. Empezaron a contar su historia por las Cuatro Tierras. La historia se fue desorbitando al paso que era contada, hasta que al fin lo convirtieron en una leyenda.

Le dieron el nombre de la región que había hecho suya. Lo llamaron rey del río de Plata.

Llegó a Wil y Amberle con la apariencia de un anciano, surgiendo de la luz, encorvado por la edad, con las ropas colgando de su delgada figura como si ésta estuviera hecha de frágiles palos. El pelo le llegaba hasta los hombros en grandes mechones blancos. Su rostro estaba arrugado y bronceado por el sol; sus ojos azules y profundos tenían el color del agua del mar. Sonrió como saludo, y Wil y Amberle le sonrieron en respuesta, intuyendo que no debían temer nada de aquel hombre. Seguían agarrados al ancho lomo de Artaq, el caballo suspendido mientras saltaba, inmóviles en la luz que así los había dejado. Ni el valense ni la joven elfina entendían lo que estaba pasando. Sin embargo, no tenían miedo, sólo un sopor profundo y agradable que les impedía moverse con la fuerza de cadenas de hierro.

El anciano se detuvo ante ellos, velado por la bruma. Su mano acarició la cara brillante de Artaq y el caballo relinchó suavemente. Después miró a Amberle, y en sus ojos brotaron las lágrimas.

–Niña –susurró. Se acercó un poco más, extendiendo la mano para coger la de ella–. No sufrirás ningún daño en esta tierra. Ve tranquila. Nos une un propósito y debemos compartirlo con la tierra.

Wil trató de hablar, pero no pudo. El anciano se apartó otra vez y alzó una mano para despedirse.

–Descansad ahora, dormid. –Empezó a desvanecerse, alejándose en la luz–. Dormid, niños de la vida.

Los párpados de Wil se hicieron pesados. Fue una sensación agradable, contra la que no se resistió. Era consciente de que el cuerpo de Amberle se estaba derrumbado sobre el

suyo, agarrada a su cintura sin apretar. La luz empezó a extinguirse, disolviéndose en la oscuridad. Cerró los ojos y se quedó dormido.

Empezó a soñar. Estaba en un jardín de increíble belleza y serenidad, deslumbrado por su color y su fragancia, tan maravilloso que todo lo que había conocido antes o lo que había imaginado como posible palidecía en comparación. Había riachuelos que reflejaban el color de la plata, fluyendo desde cascadas ocultas en la tierra hasta lagunas inmóviles. Los árboles formaban un pabellón endoselado, a través del cual se filtraba el sol en forma de manchas de dorado calor. La hierba verde y suave cubría los senderos y caminos como seda color esmeralda. En aquellos jardines volaban toda clase de pájaros, nadaban los peces, se paseaban los animales; moviéndose en armonía y paz. El valense se sintió invadido por una calma profunda y estable, por una plenitud y una felicidad tan intensas que lloró.

Pero cuando se volvió para comunicarle a Amberle lo que sentía, descubrió que ella no estaba allí.

# XIII

Cuando Wil Ohmsford se despertó, había amanecido. Estaba tendido sobre la hierba en un valle, bajo las ramas de dos arces, y el sol de la mañana se filtraba entre la masa de anchas hojas verdes como largos rayos de luminosidad que lo deslumbraron. Cerca de él había un sonido de agua lamiendo una orilla. Durante un instante se creyó que aún estaba en el maravilloso jardín de su sueño. Tan real le había parecido que, casi sin pensarlo se incorporó sobre un codo y miró a su alrededor, buscándolo. Pero el jardín ya no estaba.

Amberle se hallaba durmiendo, tendida junto a él. Dudó un instante, después extendió un brazo hasta su hombro y la sacudió con suavidad. Ella se despertó, abrió los ojos y lo miró sorprendida.

–¿Cómo estás? –le preguntó él.

–Muy bien –dijo, frotándose la cara para despejarse–. ¿Dónde estamos?

Wil movió la cabeza de un lado a otro.

–No lo sé.

La joven elfina se incorporó y, una vez sentada, observó el pequeño valle.

–¿Dónde está Allanon?

–Tampoco lo sé. –Wil estiró las piernas y se sorprendió al comprobar que estaban relajadas, sin el menor entumecimiento–. Ha desaparecido. Todos han desaparecido: Allanon, esos monstruos... –Se detuvo al percibir movimiento en unos arbustos un poco alejados. Una cara conocida asomó entre las hojas, emitiendo un suave relincho. Wil sonrió–. Bueno, al menos tenemos a Artaq con nosotros.

El caballo comió un poco de hierba, se apartó de los arbustos y avanzó al trote para ir a olisquear a Wil. Éste le dio unas palmadas cariñosas en la cabeza bruñida y le rascó las orejas. Amberle los contemplaba en silencio.

–¿Viste al anciano? –le preguntó Wil.

Ella asintió con aire solemne.

–Era el rey del río de Plata.

Wil la miró.

–Yo pensé lo mismo. Mi abuelo lo vio una vez hace años. Creo que he dudado de su existencia hasta ahora. Es curioso. –Artaq se alejó varios pasos y empezó a pastar. Wil sacudió la cabeza–. Nos salvó la vida. Los demonios lobos casi nos... –Advirtió la mirada que apareció en los ojos de la joven elfina y se interrumpió–. De cualquier modo, creo que ahora estamos a salvo.

–Fue como un sueño, ¿verdad? –dijo con voz suave–. Flotábamos en la luz, cabalgando sobre Artaq, sin nada debajo excepto la luz. Entonces él vino hacia nosotros, caminando, salió de la nada y dijo algo... –Su voz se desvaneció, como si su recuerdo estuviese confuso–. ¿Lo viste?

El valense asintió.

–Y después desapareció –continuó ella, hablando más para sí que para él, como tratando de recordar lo que había ocurrido–. Él desapareció o la luz desapareció y... y entonces...

Lo miró con curiosidad.

–¿Los jardines? –sugirió él–. ¿Viste los jardines?

–No, no había jardines, sólo oscuridad y una... una sensación que no puedo describir. –Lo miró como para pedirle ayuda, pero él sólo la contemplaba, confuso–. Tú estabas allí conmigo –siguió–. Estabas allí, pero no podías verme. Te llamé, pero no me oíste. Era muy extraño.

Wil se inclinó hacia delante.

–Recuerdo al anciano y la luz, tal como los describiste. Recuerdo eso. Cuando desaparecieron, creo que me quedé dormido... o, al menos, así me lo parece. De todos modos, tú estabas conmigo sobre Artaq. Podía sentir tus brazos rodeando mi cintura. Después, me encontré en unos jardines, que no eran comparables a los que había visto con anterioridad. Estaban tan llenos de paz, era tanta su belleza, tan intensa su calma... Pero te busqué, y no te encontré. Habías desaparecido.

Durante un momento se miraron en silencio.

–Supongo que sería mejor que nos preocupásemos de dónde estamos ahora –dijo Wil finalmente.

Se puso en pie y miró a su alrededor una vez más. Se le ocurrió con retraso que debía ayudar a Amberle a levantarse, pero ella ya estaba de pie a su lado, sacudiéndose las hojas y la hierba del cabello. Ella dudó un momento, después atravesó los arbustos que los rodeaban para dirigirse hacia el sonido del agua.

Momentos más tarde se encontraban junto a un lago tan enorme que sus orillas se abrían a izquierda y derecha hasta perderse en el horizonte. Las olas se coronaban de súbitos destellos de espuma plateada, y las aguas profundas eran de color azul claro bajo el sol de la mañana. Grupos de árboles bordeaban las orillas cubiertas de hierba: sauces, olmos y fresnos, cuyas hojas se agitaban suavemente con la brisa del sur, que transportaba un olor a madreselvas y azaleas. En el cielo sin nubes, que formaba una bóveda sobre el lago, se arqueaba una brillante banda de colores, que parecía surgir de un extremo del horizonte y desaparecer en el otro.

Wil levantó la vista para determinar la posición del sol; después se volvió hacia Amberle, sacudiendo la cabeza con incredulidad.

–¿Sabes dónde estamos? Estamos en algún lugar de la costa norte del lago del Arco Iris. El anciano nos condujo a lo largo del río de Plata y a través del lago hasta dondequiera que estemos ahora. Nos encontramos a kilómetros de distancia de donde salimos.

La joven elfina asintió, casi ausente.

–Creo que tienes razón.

–Sé que tengo razón. –Wil se alejó unos pasos y se detuvo al borde del agua–. Lo que no entiendo es cómo lo consiguió.

Amberle se sentó sobre la hierba, mirando hacia el lago.

–La leyenda dice que ayuda a los que lo necesitan cuando viajan por sus tierras, que los protege de cualquier peligro. –Se calló, con la mente claramente concentrada en otra cosa–. Me dijo algo... Ojalá pudiera recordarlo...

Wil no escuchaba.

–Tenemos que ponernos en marcha. Arbolon está lejos de aquí. Pero si viajamos hacia el noroeste, nos encontraremos con el Mermidon. Después hemos de seguirlo hasta llegar a la Tierra del Oeste. Iremos por una región abierta, pero ahora no seremos tan fáciles de encontrar. Esta vez no hay ningún rastro que seguir.

No advirtió en absoluto la expresión de disgusto que cruzó por el rostro de Amberle, preocupado por el viaje que les esperaba.

–Tardaremos unos cuatro días, quizá cinco, ya que sólo tenemos un caballo. Con suerte, podríamos encontrar otro en algún lugar del camino, pero supongo que eso es pedir demasiado. También nos sería beneficioso tener armas; ni siquiera contamos con un arco de caza. Eso significa comer fruta y plantas silvestres, supongo. Claro que podríamos...

Se calló de repente al darse cuenta de que Amberle estaba sacudiendo la cabeza en desaprobación. La joven elfina cruzó las piernas ante sí y se retrepó.

–¿Qué te preocupa? –preguntó él, dejándose caer a su lado.

–Tú, en primer lugar.

–¿Yo? ¿Qué quieres decir?

–Pareces haber trazado en tu mente todo lo que ocurrirá a partir de ahora. ¿No te parece que deberías escuchar mi opinión?

Wil la miró sorprendido y desconcertado.

–Bueno, claro, yo...

–No me ha parecido que me la pidieses –continuó ella ignorando su interrupción–. ¿No crees necesario preguntar?

El valense enrojeció.

–Lo siento. Yo sólo...

–Tú estabas tomando decisiones que no tienes derecho a tomar. –Hizo una pausa y lo contempló con frialdad–. Ni siquiera sé lo que estás haciendo aquí. La única razón por la que os he acompañado es mi carencia de opción. Ha llegado la hora de aclarar algunas cosas. En primer lugar, ¿por qué hizo Allanon que lo acompañaras, Wil Ohmsford? ¿Quién eres?

Wil se lo explicó, comenzando por la historia de Shea Ohmsford y la búsqueda de la Espada de Shannara y terminando con la visita de Allanon a Storlock para pedir su ayuda en la localización del Fuego de Sangre. Le explicó todo, tras decidir que no tenía sentido ocultarle nada, intuyendo que si no era sincero con la muchacha, ella no colaboraría con él en el futuro.

Cuando hubo terminado, Amberle lo contempló fijamente, sin decir nada, después movió con lentitud la cabeza de un lado a otro.

–No sé si creerte o no. Supongo que debería hacerlo. En realidad, no tengo ningún motivo para no creerte. Pero han ocurrido tantas cosas, que en este momento ya no estoy segura de nada. –Vaciló un instante–. He oído historias de las piedras élficas. Son un antiguo elemento mágico que, según dicen, se perdió mucho antes de que se iniciaran las Grandes Guerras. Tú afirmas que Allanon le dio tres a tu abuelo y éste a su vez te las dio a ti. Si lo que me has dicho es cierto... –Su voz se apagó, y ella se quedó mirando a Wil–. ¿Podrías enseñármelas?

El valense vaciló, después metió la mano entre los pliegues de su túnica. Se daba cuenta de que lo estaba poniendo a prueba, pero pensó que tenía derecho a hacerlo. Después de todo, sólo contaba con su palabra para creer en su historia, y le estaba pidiendo que pusiera en sus manos su seguridad. Sacó la bolsa gastada de cuero, aflojó los cordones que la cerraban y dejó caer las piedras en su mano. Perfectamente formadas, de color azul oscuro y brillante, resplandecieron vivamente bajo el sol de la mañana.

Amberle se inclinó hacia delante, y las contempló con solemnidad. Después se volvió hacia Wil otra vez.

–¿Cómo sabes que son piedras élficas?

–Tengo la palabra de mi abuelo. Y la de Allanon.

Ella no pareció impresionarse.

–¿Sabes cómo usarlas?

Él negó con la cabeza.

–Nunca lo he intentado.

–Entonces no sabes si realmente son buenas para ti o no, ¿verdad? –Se rió suavemente–. No lo sabrás hasta que no las necesites. Eso no es muy tranquilizador, ¿verdad?

–No, no mucho –admitió.

–A pesar de eso estás aquí.

Él se encogió de hombros.

–Me pareció que era lo que debía hacer. –Dejó caer las piedras de nuevo en la bolsa y la guardó en la túnica–. Supongo que tendré que esperar a ver cómo funcionan para saber si

estaba equivocado o no.

Ella lo estudió con atención durante un momento, sin decir nada. Wil esperó.

–Tenemos muchas cosas en común, Wil Ohmsford –dijo Amberle al fin. Se rodeó las rodillas con los brazos, después de encogerlas–. Bueno, me has explicado quién eres. Creo que mereces la misma cortesía. Mi apellido es Elessedil. Eventine Elessedil es mi abuelo. En cierto modo, los dos estamos envueltos en esto a causa de nuestros abuelos.

Wil asintió.

–Supongo que sí.

El viento alborotó el cabello castaño de la muchacha y lo echó sobre su cara como si fuese un velo. Ella apartó los mechones y volvió a mirar hacia el lago.

–Sabes que no quiero volver a Arbolon –dijo.

–Lo sé.

–Pero piensas que debo ir, ¿verdad?

Wil se recostó, apoyándose sobre los codos, y contempló el arco iris.

–Creo que debes ir –respondió–. Es obvio que no puedes volver a Villa Refugio; los demonios te buscarían allí. Muy pronto te buscarán aquí también. Tienes que seguir avanzando. Si Allanon escapó... –Hizo una pausa, confundido por las implicaciones de sus palabras–. Si Allanon escapó, esperará que vayamos a Arbolon, y allí es donde lo encontraremos. –Volvió a mirarla–. Si tienes alguna idea mejor, estoy dispuesto a escucharla.

Durante un largo rato, ella meditó. Siguió contemplando el lago del Arco Iris, observando el gracioso movimiento de las aguas, dejando que el viento acariciase su rostro. Cuando habló, su voz fue sólo un susurro.

–Tengo miedo.

Después lo miró, dando la impresión de que iba a decir algo más. No lo hizo. Sonrió; la primera sonrisa auténtica que Wil veía en ella.

–Bueno, somos un par de tontos, ¿no? Tú con tus piedras élficas que pueden ser o no lo que tú crees, y yo a punto de hacer la única cosa que juré que nunca haría. –Se levantó, se alejó unos pasos, y después se dio la vuelta mientras él también se levantaba–. Quiero que sepas esto. Creo que no tiene ningún sentido ir a Arbolon. Creo que Allanon se equivoca respecto a mí. Ni Ellcrys ni el pueblo de los elfos aceptarán mi vuelta; a pesar de lo que el druida crea, ya no soy una escogida. –Se detuvo un momento–. De todas formas, hacer otra cosa tampoco serviría de nada, ¿verdad?

–Eso creo –admitió.

Ella asintió.

–Entonces supongo que está decidido. –El rostro infantil adquirió seriedad–. Sólo espero que no sea un error.

Wil suspiró.

–Si lo es, pronto lo sabremos. –Forzó una tenue sonrisa–. Montemos en Artaq y descubrámoslo.

Pasaron el resto del día y todo el siguiente viajando hacia el noroeste a través de las praderas de Callahorn. El tiempo era cálido, seco y agradable, y las horas transcurrieron con rapidez. Hacia mediodía aparecieron en el cielo nubes oscuras de tormenta, suspendidas amenazadoramente sobre las escarpadas extensiones de los Dientes del Dragón; pero al atardecer, el viento las empujó hacia las Rabb y desaparecieron. El valense y la elfina alternaban entre cabalgar sobre Artaq e ir a pie, montando los dos a la vez durante un rato y caminando después para permitir que el caballo descansara. Artaq parecía mantenerse fresco incluso después de varias horas de camino, pero Wil no quería arriesgarse a forzar al caballo. No vieron a ninguno de los demonios que dejaron en el río

de Plata, pero las criaturas debían de estar dirigiéndose hacia allí en su busca. Si tenían la mala suerte de que los encontraran, Wil quería que Artaq estuviese preparado para correr.

Desprovistos de todo tipo de armas, excepto de un cuchillo de caza que Wil llevaba ajustado al cinturón, se vieron obligados a comer frutos y plantas silvestres que crecían en las praderas. Wil encontró el menú variado, si bien poco satisfactorio, pero a Amberle pareció no importarle. Por el contrario, aparentaba estar complacida con las comidas. Demostró al valense un gran talento para descubrir alimentos donde él nunca hubiera imaginado que existiesen, sacando de los lugares más insospechados plantas y raíces comestibles que identificaba rápidamente y describía con todo detalle. Wil escuchaba con atención y preguntaba algo de vez en cuando, encontrando en éste el único tema de conversación que ella estaba dispuesta a tratar. Al principio intentó conducirla hacia otros temas, pero sus intentos fracasaron. De modo que hablaron de plantas y raíces, o viajaron en silencio.

La primera noche durmieron en un bosquecillo de álamos, cerca de una pequeña cascada que les proporcionó agua clara para beber. A media tarde del segundo día, llegaron al Mermidon y empezaron a seguirlo hacia el norte. Hasta ese momento no habían visto a nadie, pero a partir de entonces se cruzaron con media docena de viajeros, algunos a pie, otros a caballo, y uno sobre una carreta de madera arrastrada por bueyes. Todos intercambiaron con ellos alguna palabra amistosa o un saludo con la mano antes de seguir su camino.

Al atardecer acamparon junto al Mermidon, al suroeste de la ciudad de Tyrsis, encontrando refugio en un bosque de pinos y sauces. Usando una rama de sauce, un trozo de cordel y un corchete de su ropa, Wil hizo una burda caña de pescar. Media hora después, había capturado un par de percas rayadas. Estaba limpiando el pescado junto a la orilla del río, cuando una caravana de carretas apareció por el sur y avanzó serpenteando hacia la orilla opuesta. Bajo el sol poniente destacaban las casas sobre ruedas, pintadas en vivos colores, con techos puntiagudos de tejas de cedro, puertas de madera talladas a mano y ventanas tachonadas con bronce. Grupos de caballos bien cuidados tiraban de la carreta, con las guarniciones adornadas con plata. Varios jinetes avanzaban a la par, con sus elegantes figuras vestidas de seda, dejando una estela de cintas de colores que salían de sus cuellos y de las bridas de sus monturas. Sin darse cuenta, Wil interrumpió lo que estaba haciendo para observar la extraña comitiva que se aproximaba al río, haciendo gemir los ejes de las carretas y crujir los arneses de cuero entre gritos y silbidos de estímulo. Casi en frente de donde él se hallaba sentado, la caravana formó un amplio círculo y se detuvo bamboleándose. Hombres, mujeres y niños saltaron de las carretas y empezaron a desenganchar los caballos y a instalar el campamento.

Amberle apareció a espaldas de Wil, saliendo de entre los árboles, y se unió a él. El valense la miró un momento, y después volvió a concentrarse en la reunión del otro lado del río.

–Vagabundos –anunció pensativamente.

Ella asintió.

–Ya los he visto otras veces. Los elfos no los aprecian demasiado.

–Nadie los aprecia demasiado. –Volvió a limpiar el pescado–. Roban todo lo que está a su alcance; y si no, encuentran la forma de convencerte para que se lo des. Tienen sus propias reglas y no respetan otras.

Amberle le tocó el brazo y él levantó la mirada para ver a un hombre alto, vestido de negro, salvo una capa y una faja de color verde, acompañado de dos ancianas vestidas con faldas largas y blusas multicolores que llevaban unos cubos de agua al borde del río. Mientras las mujeres se agachaban para llenar los cubos, el hombre alto se quitó un sombrero de ala ancha y, con una floritura, hizo una reverencia hacia Wil y Amberle,

mostrando en su rostro bronceado una amplia sonrisa entre las sombras de su barba negra. Wil levantó una mano y le correspondió cordialmente.

–Me alegro de que estén al otro lado del río –le dijo a Amberle cuando se levantaron para volver a su campamento.

Disfrutaron de una apetitosa comida a base de pescado, fruta, verduras y agua de la cascada; después se instalaron junto a una fogata y atisbaron desde los claros del bosque los destellos de las fogatas de los vagabundos en la oscuridad de la orilla opuesta. Estuvieron callados durante un rato, sumidos en sus pensamientos. Después Wil miró a la joven.

–¿Cómo sabes tanto sobre la naturaleza? Los jardines de tu casita de Villa Refugio, las raíces y plantas comestibles que encontraste durante el viaje... ¿Te enseñó alguien todo eso?

Una expresión de sorpresa cruzó la cara de Amberle.

–Considerando que eres medio elfo, la verdad es que sabes muy poco de nosotros, ¿verdad?

Wil se encogió de hombros.

–Nada en realidad. La sangre élfica es sólo por parte de mi padre, y él murió cuando yo era pequeño. No creo que mi abuelo haya estado en la Tierra del Oeste; o al menos nunca habla de eso. De cualquier modo, supongo que no he prestado demasiada atención a mi parte élfica.

–Pues es algo a lo que tendrías que haber prestado más atención –dijo ella en voz baja. Sus ojos verdes se encontraron con los de él–. Primero necesitamos saber quiénes fuimos, para poder entender quiénes somos.

Las palabras fueron pronunciadas no como una crítica hacia el valense, sino más bien como autorreproche. Wil se sorprendió y deseó saber más sobre la joven, poder encontrar una forma de persuadirla para que le confiase algo de ella, en vez de mantener todo tan celosamente guardado.

–Quizá puedas ayudarme a comprender parte de mí mismo –dijo él, después de pensar un rato.

Hubo un instante de duda en los ojos de la elfina, casi como si creyera que se estaba burlando de ella. Se tomó tiempo antes de responder.

–Muy bien, tal vez pueda. –Giró sobre el suelo de manera que quedó sentada enfrente de él–. Lo primero que debes entender es que el pueblo de los elfos cree que la conservación de la tierra y de todos los seres vivos que crecen en ella, animales y plantas por igual, es una responsabilidad moral. Siempre le han dado prioridad a esta creencia y ajustado a ella su conducta como criaturas de la tierra. En el antiguo mundo dedicaron todas sus vidas al cuidado de los montes y los bosques en donde vivían, cultivando sus distintas formas de vegetación, protegiendo a los animales que albergaban. Desde luego, tenían pocas preocupaciones en aquellos días, porque eran gente aislada o solitaria. Todo eso ha cambiado ahora, pero ellos mantienen la creencia de su responsabilidad moral con el mundo. Cada elfo debe dedicar una parte de su vida a devolver a la tierra algo de lo que ha tomado de ella. Quiero decir que debe dedicar una parte de su vida a trabajar la tierra para reparar el daño que pueda haber sufrido por el uso indebido o la negligencia, para cuidar a los animales y a las otras formas de vida, para cuidar de sus árboles y otras plantas menores cuando sea necesario.

–¿Es eso parte de lo que hacías en Villa Refugio?

Ella asintió.

–En cierto modo. Los escogidos están exentos de ese servicio. Cuando dejé de ser una escogida y ya no me sentí bien en mi patria, decidí que debía prestar el servicio a la tierra. La mayor parte del trabajo de los elfos es llevado a cabo en la Tierra del Oeste

porque ésa es la patria de los elfos. Pero nosotros creemos que el cuidado de la tierra no es sólo responsabilidad de los elfos, sino también de todos los humanos. Hasta cierto punto, los enanos comparten nuestra preocupación, pero las otras razas nunca se han sentido demasiado obligadas a hacerlo. Por eso algunos elfos abandonan la Tierra del Oeste para ir a otras comunidades, intentando enseñar a la gente que vive allí la responsabilidad del cuidado y la preservación de la tierra. Eso es lo que yo intentaba hacer en Villa Refugio.

–Y trabajabas con los niños del pueblo –conjeturó Wil.

–Principalmente con los niños, porque ellos son más receptivos a lo que yo enseño y tienen más tiempo para aprender. A mí me enseñaron cuando era pequeña; ése es el método de los elfos. Yo estoy más capacitada que la mayoría para poner en práctica las enseñanzas; una de las razones, supongo, por la que fui seleccionada para ser una escogida. El talento de los escogidos para la preservación y cuidado de la tierra en sus formas de vida es de suprema importancia; Ellcrys tiene facultades para advertir eso. Tiene la capacidad de...

Amberle pareció contenerse en medio de un pensamiento que no deseaba expresar. Se detuvo de pronto, encogiéndose de hombros.

–De cualquier modo, fui una buena maestra para los niños de Villa Refugio, y la gente del pueblo se comportó amablemente conmigo. Villa Refugio fue mi hogar, y yo no deseaba marcharme.

De repente dirigió la mirada al fuego que había entre ellos. Wil no dijo nada, inclinándose hacia delante para alimentarlo con algunos trozos de madera. Después de unos momentos de silencio, Amberle volvió a levantar la vista hacia él.

–Bueno, ahora sabes algo del sentimiento de los elfos hacia la tierra. Es parte de tu herencia, así que debes intentar comprenderlo.

–Creo que lo comprendo –contestó el valense tras haber reflexionado–. Al menos un poco. No he sido educado según las costumbres de los elfos, pero he estudiado con los stors para ser curandero. La preocupación de ellos por la vida humana es más o menos la misma preocupación de los elfos por la tierra. Un curandero debe hacer todo lo que esté en su poder para preservar las vidas y la salud de los humanos que trata. Ése es el compromiso que contraje cuando decidí convertirme en curandero.

La joven elfina lo miró con curiosidad.

–Eso hace aún más extraño que Allanon te convenciera para que cuidases de mí. Eres un curandero, dedicado a preservar la vida. ¿Qué harás si te encuentras en una situación en la que, para protegerme, debas hacer daño a otros, quizás incluso causar su muerte?

Wil la contempló en silencio. Nunca antes había considerado la posibilidad de que tal cosa ocurriese. Pensando en ello ahora, experimentó un desagradable sentimiento de duda.

–No sé lo que haría –admitió con inseguridad.

Volvieron a quedarse callados, observándose mutuamente a través del fuego, incapaces de superar la incomodidad del momento. Entonces Amberle se levantó de repente, se acercó al valense, y se sentó junto a él, estrechando su mano en un impulso. Su bello rostro se enfrentó al de él a través de la sombra de su pelo.

–Ésa no fue una pregunta honrada, Wil Ohmsford. Siento haberla formulado. Viniste a este viaje porque creías que podrías ayudarme. Es un error por mi parte dudar de que puedes hacerlo.

–Fue una pregunta justa –replicó Wil con firmeza–. Lo que ocurre es que no tengo respuesta.

–Ni estás obligado –insistió ella–. Yo, como todo el mundo, debería saber que ciertas decisiones no pueden tomarse antes de que el tiempo las exija. No siempre es posible anticipar la forma en que las cosas van a suceder y, por lo tanto, no podemos predecir lo que haremos. Hemos de aceptarlo. Otra vez te digo que lo siento. También tú podrías

preguntarme qué decisión tomaría yo si Ellcrys me dijera que aún soy una escogida.

Wil sonrió.

–Ten cuidado. Estoy tentado de preguntarte exactamente eso.

Ella soltó su mano y se levantó.

–No lo hagas. No te gustaría la respuesta que tendría que darte. –Sacudió la cabeza con expresión triste–. Piensas que mi decisión es sencilla, que tú la tomarías fácilmente. Te equivocas.

Se alejó unos pasos del fuego y cogió su capa de viaje, extendiéndola sobre el suelo. Mientras se disponía a envolverse en ella para dormir, se volvió hacia él por última vez.

–Créeme, valense, si nuestras decisiones llegaran a ser necesarias, la tuya sería la más fácil de las dos.

Bajó la cabeza hasta los pliegues de la capa y se quedó dormida en pocos minutos. Wil Ohmsford contempló pensativo el fuego. Aunque no podía explicar por qué, se dio cuenta de que la creía.

# XIV

Cuando se despertaron al día siguiente, Artaq había desaparecido. Al principio pensaron que podría haberse alejado durante la noche, pero una rápida inspección de los bosques donde habían acampado y de las praderas abiertas del otro lado no les descubrió ningún rastro del animal. Fue en ese momento cuando una sospecha desagradable empezó a tomar forma en el fondo de la mente de Wil. De inmediato, examinó la zona donde había soltado a Artaq para que pastara, desplazándose a lo largo del perímetro de su campamento, arrodillándose de vez en cuando para oler la tierra o tocarla con los dedos. Amberle lo observó con curiosidad. Después de unos minutos, le pareció que el valense había encontrado algo. Con los ojos fijos en la tierra, comenzó a caminar hacia el sur, a través del bosquecillo, hacia las praderas, alejándose unos trescientos metros. Luego giró hacia el río. Sin decir nada, la elfina le siguió. Momentos después, ambos estuvieron en la orilla del Mermidon, contemplando una serie de bajíos a unos cientos de metros, río abajo, del lugar en que habían acampado.

–Los vagabundos. –Wil escupió la palabra como una píldora amarga–. Cruzaron por aquí durante la noche y lo robaron.

Amberle lo miró sorprendida.

–¿Estás seguro?

–Estoy seguro –asintió Wil–. He encontrado sus huellas. Además, nadie más ha podido hacerlo. Artaq se habría rebelado si el ladrón no hubiera sido un experto en caballos, y los vagabundos son los mejores. ¿Ves?, ya se han marchado.

Señaló al otro lado del río, a las praderas vacías que la caravana había ocupado la noche anterior. Las contemplaron en silencio durante un momento.

–¿Qué hacemos ahora? –preguntó Amberle.

Wil estaba tan furioso que apenas podía hablar.

–Primero volveremos para recoger nuestras cosas. Luego cruzaremos el río y echaremos un vistazo a la zona en que pasaron la noche.

Se dirigieron a su campamento, recogieron apresuradamente sus escasas pertenencias, y regresaron al río. Lo cruzaron por los bajíos sin dificultad. Minutos más tarde se encontraban donde habían estado los vagabundos. Wil empezó a estudiar el terreno, moviéndose con más rapidez que cuando buscó huellas en el área del otro lado. Finalmente volvió junto a Amberle, que lo esperaba de pie.

–Mi tío Flick me enseñó a leer las huellas cuando explorábamos los bosques de los alrededores de Val Sombrío –la informó, con mejor humor que antes–. Solíamos pescar y cazar con trampas en Duln, durante semanas, cuando yo era pequeño. Siempre pensé que quizás algún día podía necesitar lo que aprendí entonces.

Ella asintió con impaciencia.

–¿Qué has descubierto?

–Se han ido hacia el oeste, probablemente poco antes del alba.

–¿Eso es todo? ¿No hay ningún indicio de que Artaq fuese con ellos?

–Es seguro que se fue con ellos, en los bajíos había huellas de un caballo que iniciaba el cruce del río, y aparecen de nuevo aquí, saliendo. Un caballo y varios hombres. No hay duda, se lo han llevado. Pero vamos a recuperarlo.

Ella lo miró con escepticismo.

–¿Quieres decir que vamos a seguirlos?

–Desde luego, yo lo haré. –De nuevo se enfureció–. Los seguiremos.

–¿Tú y yo? –preguntó ella sacudiendo la cabeza–. ¿Andando?

–Podemos alcanzarlos al anochecer. Esas carretas son lentas.

–Suponiendo que los encontremos, ¿no?

–No hay ningún problema. En otra época podía seguir el rastro de un ciervo a través de un monte donde no había llovido durante semanas. Creo que puedo seguir el rastro de toda una caravana a través de praderas abiertas.

–No me gusta nada esto –declaró ella en voz baja–. Aunque logremos encontrarlos y tengan a Artaq, ¿qué se supone que vamos a hacer?

–Nos preocuparemos de eso cuando los alcancemos –contestó Wil tranquilamente.

La joven insistió.

–Creo que deberíamos preocuparnos de eso ahora mismo. Estás hablando de perseguir a todo un campamento de hombres armados. No me gusta lo que ha ocurrido más que a ti, pero no es razón suficiente para prescindir de la lógica.

Con un esfuerzo, Wil trató de controlarse.

–No estoy dispuesto a perder ese caballo. En primer lugar, de no ser por Artaq, los demonios nos habrían atrapado en Villa Refugio. Merece mejor destino que pasar el resto de sus días al servicio de esos ladrones. En segundo lugar, es el único caballo que teníamos y el único caballo que podemos conseguir. Sin él, nos veremos obligados a ir andando el resto del camino hasta Arbolon. Tardaríamos más de una semana, y la mayor parte de ella la pasaríamos en las praderas abiertas. Eso aumenta considerablemente las posibilidades de que nos encuentren los monstruos que nos persiguen. Y, como es lógico, no me gusta. Necesitamos a Artaq.

–Ya veo que has tomado una decisión –dijo ella en tono inexpresivo.

Wil asintió.

–Sí. Además, los vagabundos viajan hacia la Tierra del Oeste; al menos nos conducirán en buena dirección.

Durante un momento, ella no dijo nada. Sólo lo miró con fijeza. Luego asintió al fin.

–Muy bien, los seguiremos. Yo también quiero recuperar a Artaq. Pero debemos pensar en lo que vamos a hacer cuando les demos alcance. Será mejor que tengamos trazado algún plan para entonces.

Él sonrió de forma apaciguadora.

–Lo haremos.

Caminaron todo el día por las praderas, siguiendo el rastro de la caravana de los vagabundos. El tiempo era caluroso y seco, y el sol caía sobre ellos desde un cielo azul sin nubes. En el camino encontraron poca sombra que los aliviase del calor. Pronto se les acabó el agua que llevaban, y no encontraron ni un pequeño riachuelo donde aprovisionarse de nuevo. A media tarde, lo único que podían saborear era el polvo de las llanuras y su propia sed. Les dolían los músculos de las piernas y tenían los pies llenos de ampollas. Hablaron poco, reservando sus fuerzas, concentrados en poner un pie delante de otro, mirando cómo el sol se hundía en el horizonte ante ellos, hasta que todo lo que quedó del día fue un tenue resplandor anaranjado sobre la tierra.

Poco después, llegó la oscuridad. El día desapareció en las sombras, las sombras en la noche. Pero ellos siguieron caminando, ya sin poder distinguir las huellas de las ruedas de las carretas sobre la tierra, confiando en su sentido de orientación para seguir moviéndose en línea recta hacia el oeste. La luna y las estrellas brillaron en el cielo nocturno, proyectando su luz suave sobre las praderas para guiar al valense y a la joven elfina en su marcha sin descanso. El polvo y el sudor se enfriaban y secaban sobre sus cuerpos, y sentían las ropas desagradablemente rígidas. Ninguno de los dos sugirió que se detuvieran. Eso hubiera significado la renuncia a alcanzar a la caravana aquella noche, que tendrían que seguir caminando otro día de la misma forma que el pasado. Siguieron andando en silencio, con determinación, tanto ella como él. Wil se sorprendió al

considerarlo, y sintió una sincera admiración por la joven.

Entonces distinguieron una luz a lo lejos, un fuego que ardía en la oscuridad como un faro, y comprendieron que habían encontrado a los vagabundos. Sin cruzar palabra, avanzaron lentamente hacia la luz, observando los tejados picudos de los carromatos que poco a poco se destacaban en la noche. Después, toda la caravana se hizo visible, formando un círculo amplio, como había estado a orillas del Mermidon.

Wil cogió a Amberle por el brazo y suavemente tiró de ella para que se agachara.

–Vamos a entrar –susurró, sin apartar la mirada del campamento de los vagabundos.

Ella hizo un gesto de incredulidad.

–¿Es ése tu plan?

–Sé algo sobre esta gente. Hazme caso y todo irá bien.

Sin aguardar la respuesta, se levantó y empezó a caminar hacia la caravana. La elfina lo siguió con la vista durante un rato, sorprendida, después se levantó y fue tras él. Al acercarse al círculo de carretas, la luz de la fogata les mostró los rostros de hombres, mujeres y niños. Se hicieron audibles las risas y comprensibles algunos fragmentos de conversación. Los vagabundos acababan de cenar y se visitaban unos a otros, relajadamente, para charlar. De algún lugar del campamento llegó el suave rasgueo de un instrumento de cuerda.

A unos veinte metros del círculo, Wil gritó. Eso sorprendió a Amberle hasta el punto de hacerle dar un salto. Dentro del campamento, todos interrumpieron sus actividades, y todas las cabezas se volvieron hacia ellos. Se produjo un repentino ruido de pies que corrían y varios hombres aparecieron en el hueco entre las carretas más cercanas a la pareja que se aproximaba. Los hombres, silenciosos, atisbaban en la oscuridad, con la luz del fuego tras ellos, quedando reducidos a sombras sin rostro. Wil no se detuvo. Siguió avanzando directamente hacia ellos, con Amberle uno o dos pasos detrás. Toda la caravana se había inmovilizado de repente.

–Buenas noches –dijo Wil, con voz alegre, al llegar ante el grupo de vagabundos que bloqueaba el paso al campamento.

Los hombres permanecieron silenciosos. Al resplandor de la fogata, el valense captó destellos de hojas de metal.

–Vimos vuestro fuego y pensamos que podríais darnos algo de beber –continuó, aún sonriendo–. Hemos caminado desde el amanecer y estamos casi agotados.

Alguien se abrió paso entre el tapón de hombres silenciosos; un hombre alto con una capa verde y un sombrero de ala ancha. El hombre que habían visto en el río.

–Ah, nuestros jóvenes amigos de anoche –dijo con tranquilidad y sin saludarlos.

–Hola otra vez –le replicó Wil afablemente–. Me temo que tenemos mala suerte. Perdimos a nuestro caballo durante la noche; debió de alejarse mientras dormíamos. Hemos estado andando todo el día sin conseguir agua y nos gustaría beber algo fresco.

–Por supuesto. –El hombre alto sonrió sin amabilidad. Debía de medir un metro noventa de altura, era delgado y enjuto, y su rostro estaba ensombrecido por una barba negra que dotaba a su sonrisa de un toque de amenaza. Sus ojos parecían más oscuros que la noche, y observaban bajo la frente arrugada y curtida que descendía hasta una nariz ligeramente ganchuda en el puente. La mano que se alzó para hacer una seña a los hombres de atrás llevaba un anillo en cada dedo.

–Traed agua –ordenó, con los ojos aún sobre el valense. Su expresión no cambió–. ¿Quiénes sois, amigos, y adónde os dirigís?

–Mi nombre es Wil Ohmsford –contestó el valense–. Esta es mi hermana, Amberle. Vamos hacia Arbolon.

–Arbolon. –El hombre repitió el nombre, pensativo–. Bueno, claro, sois elfos; al menos en parte. Cualquiera se daría cuenta. Decís que habéis perdido vuestro caballo. ¿No

hubiera sido más sensato que continuarais vuestro camino a lo largo del Mermidon en vez de viajar directamente hacia el oeste, como habéis hecho?

Wil acentuó su sonrisa.

–Oh, sí, lo pensamos; pero ¿sabe?, es importante que lleguemos a Arbolon lo antes posible, y caminando tardaríamos mucho. Anoche les vimos acampar al otro lado del río y vimos también que parecían poseer varios caballos buenos. Creímos que si lográbamos alcanzarlos al anochecer, podríamos intercambiar algo de valor por uno de sus caballos.

–¿Algo de valor? –El hombre se encogió de hombros–. Es posible. Pero, desde luego, tendríamos que ver qué es lo que os proponéis darnos.

Wil asintió.

–Desde luego.

Una mujer anciana apareció llevando una jarra con agua y una sola taza de madera. Se las entregó a Wil, que las aceptó sin decir nada. Observado por los vagabundos, vertió un poco de agua en la taza. No se la ofreció a Amberle, que se quedó sorprendida cuando él bebió el agua. Después la llenó por segunda vez y la bebió también. Cuando hubo terminado, le dio a ella la taza vacía y la jarra sin hacer comentarios.

–Conoces la costumbre –dijo el hombre, demostrando interés en sus ojos oscuros– Entonces sabrás que somos vagabundos.

–He tratado a otros vagabundos –le informó Wil–. Soy un curandero.

Un rápido murmullo recorrió el grupo, que había crecido considerablemente desde el comienzo de la conversación y ahora estaba compuesto por casi la totalidad de los acampados, unos treinta hombres, mujeres y niños, todos vestidos con sedas de vivos colores, con cintas trenzadas y pañuelos.

–¿Un curandero? Eso es algo que no esperaba. –El hombre dio un paso hacia delante, se quitó el sombrero con una floritura e hizo una reverencia. Incorporándose de nuevo, extendió una mano como saludo–. Mi nombre es Cephelo. Soy el jefe de esta familia.

Wil le estrechó la mano con firmeza. Cephelo sonrió.

–Bueno, no debéis quedaros ahí mientras la noche va refrescando. Venid conmigo. Tu hermana también es bienvenida. Creo que a los dos os convendrá un baño y algo de comer.

Se abrió camino entre el grupo hacia el círculo de carretas. Una fogata enorme ardía en el centro; sobre ella había un trébede y una marmita de hierro. El resplandor del fuego se reflejaba en las carretas pintadas, mezclando el arco iris de colores con las sombras de la noche. Bajo las carretas, habían colocado bancos de madera, pulidos y con complicadas tallas, con sus amplios asientos cubiertos de cojines de plumas. Las ventanas adornadas de metal estaban abiertas hacia la luz, adornadas con cortinas y ristras de cuentas. Sobre una larga mesa, situada a un lado, se encontraba una colección de lanzas, espadas y cuchillos de aspecto peligroso, todos cuidadosamente ordenados. Dos muchachos engrasaban con esmero las hojas de metal.

Llegaron hasta el fuego donde se cocinaba y Cephelo se volvió bruscamente.

–Bueno, ¿qué preferís primero, la comida o el baño?

Wil ni siquiera miró a Amberle.

–Un baño, creo. Mi hermana también, si es que tenéis suficiente agua.

–Tenemos suficiente –asintió Cephelo, y después volvió–. ¡Eretria!

Hubo un murmullo de seda, y Wil se encontró cara a cara con la joven más atractiva que había visto nunca. Era menuda y delicada, al estilo de Amberle, pero sin la inocencia infantil que caracterizaba a la joven elfina. Sus espesos cabellos negros le caían en tirabuzones hasta los hombros, enmarcando unos ojos oscuros y misteriosos. Su rostro era hermoso, sus facciones perfectamente formadas e inolvidables, tras ser vistas por primera vez. Llevaba botas altas de cuero, y vestía pantalones y una blusa corta de seda escarlata

que no lograba esconder nada de lo que había debajo. Unas cintas plateadas le adornaban el cuello y las muñecas.

Wil la miró atónito, sin poder apartar la vista.

–Mi hija –la presentó Cephelo, en tono indiferente. Señaló hacia Amberle–. Llévate a la joven elfina y encárgate de que se bañe.

Eretria sonrió con malicia.

–Sería mucho más interesante bañarlo a él –propuso, haciendo una señal a Wil.

–Haz lo que te he dicho –le ordenó su padre.

Eretria no apartó la mirada del valense.

–Ven conmigo, muchacha –invitó. Se dio la vuelta y se fue. Amberle la siguió, aparentando no sentirse demasiado feliz.

Cephelo condujo a Wil a un lugar apartado del campamento donde una serie de mantas colgaban en una pequeña zona entre dos carretas. En medio había una bañera con agua. Amparado por las mantas, Wil se fue quitando la ropa y dejándola cuidadosamente a un lado, sobre la tierra. Era consciente de que el vagabundo observaba cada cosa que se quitaba, para ver si poseía algo de valor, y puso mucho cuidado en evitar que la bolsa que contenía las piedras élficas se saliese del bolsillo de la túnica. Empezó a echarse agua por encima con un cazo, limpiándose el polvo y el sudor del día de viaje.

–No es frecuente encontrar un curandero que trate a los vagabundos –dijo Cephelo después de un momento–. Por lo general, tenemos que cuidarnos nosotros mismos.

–Aprendí con los stors –respondió Wil–. Ellos prestan ayuda sin reservas.

–¿Los stors? –Cephelo se sorprendió otra vez–. Pero si los stors son gnomos.

El valense asintió.

–Yo fui una excepción.

–Pareces una excepción en muchas cosas –declaró el hombre alto. Se sentó en un banco próximo y observó cómo el valense se secaba y empezaba a lavar sus ropas–. Tenemos un trabajo para ti que te permitirá pagar la comida y el descanso, curandero. Hay algunos entre nosotros que necesitan de tus conocimientos.

–Estaré contento de hacer lo que pueda –replicó Wil..

–Bien –asintió el otro hombre con satisfacción–. Buscaré alguna ropa seca para que te vistas.

Se levantó y se alejó. Inmediatamente Wil pasó las piedras élficas del bolsillo de su túnica a una bota, después volvió a dedicarse a lavar su ropa. Cephelo regresó al poco rato, llevando para Wil ropas de seda pertenecientes a alguno de los vagabundos. El valense aceptó las ropas y se vistió. A pesar de que lo incomodaba el bulto guardado en la bota derecha se la ajustó con firmeza y después hizo lo mismo con la otra. Cephelo llamó a la anciana que había llevado el agua antes para que se encargara de las ropas mojadas de Wil. El valense se las entregó sin ningún comentario, sabiendo que serían revisadas con todo cuidado y que ese esfuerzo sería inútil.

Después volvieron junto al fuego del centro del campamento, donde Amberle se reunió con ellos, limpia y vestida con ropas semejantes a las de Wil. Les dieron un plato a cada uno con comida humeante y un vaso de vino. Se sentaron cerca del fuego y comieron en silencio mientras los vagabundos se instalaban a su alrededor, mirándolos con curiosidad. Cephelo se sentó frente a ellos, sobre un gran cojín adornado con borlas doradas, con el rostro inexpresivo. No había señal de Eretria.

Cuando terminaron de comer, el jefe de los vagabundos reunió a los miembros de su familia que necesitaban la atención de Wil. El valense los examinó uno por uno, tratando una serie de infecciones, desórdenes internos, irritaciones de la piel y fiebres leves. Aunque no se le pidió que lo hiciese, Amberle trabajó junto a él, proporcionándole vendas y agua caliente, ayudándole en las aplicaciones de hierbas medicinales y ungüentos. Wil tardó casi

una hora en terminar su trabajo. Después, Cephelo se acercó a él.

–Has hecho bien tu trabajo, curandero. –Le sonrió con cierta afabilidad–. Ahora tenemos que ver qué podemos hacer por ti. Sígueme, por aquí.

Pasó un brazo sobre el hombro del valense y se lo llevó con él, dejando a Amberle limpiando lo que había quedado. Se dirigieron hacia el otro lado del campamento.

–Dices que perdisteis vuestro caballo anoche cerca de donde acampamos junto al Mermidon. –La voz de Cephelo tenía un tono reflexivo–. ¿Cómo era ese animal?

El rostro de Wil no expresó nada. Sabía el papel que estaba interpretando.

–Un semental, todo negro.

–Bueno. –El tono de Cephelo pareció más reflexivo aún–. Encontramos un caballo como el que has descrito, esta mañana temprano. Se acercó a nuestro campamento desde las praderas cuando enganchábamos los nuestros para el viaje. Quizás ese sea tu caballo, curandero.

–Quizá –comentó Wil.

–Desde luego no sabíamos de quién era el animal. –Sonrió–. Lo trajimos con los nuestros. ¿Por qué no le echas un vistazo?

Atravesaron el anillo de carretas hacia una planicie del otro lado. A unos ciento cincuenta metros del campamento estaban los caballos de los vagabundos amarrados a una cuerda. Dos formas oscuras se materializaron en la noche: vagabundos armados con lanzas y arcos. Una palabra de Cephelo los devolvió a su escondite. El hombre alto condujo a Wil hasta los caballos. Allí estaba Artaq.

Wil asintió.

–Ése es el caballo.

–¿Lleva tu marca, curandero? –preguntó el otro hombre, casi como si le diese vergüenza. Wil negó con la cabeza–. ¡Oh, qué mala suerte!, porque ahora no podremos saber con seguridad si es tu caballo, ¿verdad? Después de todo hay bastantes sementales negros en las Cuatro Tierras, ¿cómo vamos a distinguirlos si sus amos no los marcan? Eso es un problema, curandero. Me gustaría darte el caballo, pero corro un gran riesgo si lo hago. Imagínate que te lo doy, como deseo hacer, y entonces viene otro y me dice que ha perdido un semental negro, y luego descubrimos que me equivoqué al darte el caballo a ti. En ese caso, yo sería responsable de la pérdida de ese hombre.

–Sí, supongo que es verdad –asintió Wil, dándole a sus palabras el tono de duda que requerían, evitando con cuidado cualquier argumento contra la ridícula suposición del hombre. Después de todo, aquello formaba parte del juego.

–Te creo, desde luego. –La cara barbuda de Cephelo se volvió solemne–. Ciertamente, un curandero es alguien en quien se puede confiar, si es que se puede confiar en alguien en este mundo. –Sonrió ante su propia broma–. Sin embargo, existe aún cierto riesgo si decido entregarte este animal. Debo aceptar ese hecho, siendo un hombre práctico en un negocio con frecuencia duro. Pero después está el asunto de la comida y el cuidado del animal. Lo cuidamos y lo atendimos como si fuese nuestro; lo alimentamos con la comida que llevábamos para nosotros. Comprenderás que te diga que merecemos algo a cambio.

–Por supuesto –asintió Wil.

–Muy bien. –Cephelo se frotó las manos con satisfacción–. Estamos de acuerdo. Sólo hace falta fijar un precio. Hablaste antes de intercambiar algo de valor por un caballo. Quizás ahora podamos llegar a un acuerdo justo; cualquier cosa que lleves podrá satisfacer tu deuda con nosotros. Y además, no diré nada sobre el caballo si alguien me pregunta por él.

Wil parpadeó intencionadamente. Se acercó a Artaq y acarició su brillante frente, dejando que el caballo frotase el morro contra su pecho.

–Me temo que a pesar de todo no tengo nada de valor –dijo al fin–. No traje nada conmigo en este viaje que pueda compensar lo que han hecho.

Cephelo dejó caer la mandíbula.

–¿Nada?

–Nada de nada.

–Pero dijiste que traías algo de valor...

–Oh, sí –asintió Wil con rapidez–. Me refería a que podía ofrecer mis servicios como curandero. Creí que tendrían algún valor.

–Pero has dados esos servicios en pago por la comida y el descanso y la ropa para ti y tu hermana.

–Sí, es verdad. –El valense pareció entristecerse ante aquello; después respiró profundamente–. Quizá pueda sugerir algo. –El rostro del otro mostró un renovado interés–. Bueno, parece que todos vamos hacia la Tierra del Oeste. Si nos permiten acompañarles, aún podríamos encontrar alguna oportunidad para recompensarles, es posible que necesiten de mis servicios en algún otro momento.

–Eso me parece improbable. –Cephelo reflexionó. Luego sacudió la cabeza–. ¿No tienes nada de valor para dar a cambio del caballo? ¿Nada en absoluto?

–No, nada.

–Eso me parece una forma pobre de viajar –murmuró el vagabundo, acariciándose la barba. El valense esperó en silencio–. Bueno, supongo que no nos perjudicará que viajéis con nosotros hasta la región de los bosques. Son pocos días de viaje, aunque si en ese tiempo no has hecho nada por nosotros, tendremos que quedarnos el caballo por las molestias. ¿Entiendes eso?

Wil asintió.

–Una cosa más. –Cephelo se acercó, ya sin mostrar afabilidad en el rostro–. Confío en que no serás tan insensato como para intentar robarnos el caballo, curandero. Nos conoces lo bastante bien para saber lo que ocurriría si intentases una cosa semejante.

El valense respiró profundamente y asintió una vez más. Lo sabía.

–Bueno. –El hombre dio un paso atrás–. Trata de recordarlo. –Se veía que estaba descontento por la forma en que se habían desarrollado los acontecimientos, pero se encogió de hombros con aire indiferente–. Basta de negocios. Ven a beber algo conmigo.

Caminando delante de Wil volvió al círculo de la caravana, dando unas palmadas al entrar para reunir a los que estaban allí y, junto con vino y música, celebrar la buena fortuna de aquel día y dar la bienvenida al joven curandero que había mostrado tanta amabilidad. Wil se sentó junto al jefe en un banco con cojines ante la carreta de aquél, mientras hombres, mujeres y niños alborotaban alrededor. El vino fue sacado de una gran cuba y a cada uno de ellos se le dio una copa. Cephelo se levantó y realizó un florido brindis por la salud de su familia. Las copas se alzaron en respuesta, y fueron vaciadas con rapidez. Wil bebió la suya como los demás. Buscó a Amberle con mirada ansiosa y la encontró sentada cerca del círculo de caras que le rodeaban. No parecía en absoluto contenta. Deseó encontrar un momento para explicarle lo que había ocurrido, pero eso tendría que esperar a que estuvieran solos. Por ahora, ella debería tener paciencia.

Las copas volvieron a llenarse. Se propuso otro brindis, y todos volvieron a beber. Cephelo pidió música en voz alta. Inmediatamente trajeron instrumentos de cuerda y címbalos y sus poseedores comenzaron a tocarlos. La música era salvaje, bulliciosa, persistente y libre al crecer en la noche. Las risas de los vagabundos crecieron con ella, despreocupadas y alegres. Se sirvió más vino, que se consumió con rapidez. Todos se animaban, gritando a los músicos. Wil sintió que se estaba mareando. El vino era fuerte, demasiado fuerte para alguien no acostumbrado a beberlo. Pensó que debía tener cuidado, pero levantó la copa una vez más cuando se propuso un nuevo brindis, aunque sólo tomó

un poco. En la punta de la bota derecha sentía el bulto tranquilizador de las piedras élficas presionando contra su pie.

Los músicos tocaron más deprisa y los vagabundos se levantaron para bailar, formando un círculo entre unos siete u ocho con los brazos entrelazados y girando alrededor del fuego. Varios más se levantaron para unirse al corro, y los que continuaron sentados comenzaron a hacer palmas. Wil se unió a ellos, dejando la copa a su lado, sobre el banco. Cuando fue a cogerla otra vez, estaba llena. Dejándose llevar por la alegría de la música, la bebió sin darse cuenta. Los bailarines se separaron ahora, formando parejas, y dieron vueltas y saltaron ante las llamas. Alguien cantaba con una voz nostálgica que se mezclaba con la música y el baile misteriosamente.

De pronto, Eretria apareció ante él, oscura y hermosa, con su esbelta figura vestida por completo de seda escarlata. Su sonrisa fue deslumbrante cuando le tendió las manos y le ayudó a levantarse. Lo llevó hasta donde estaban los bailarines, se separó y se alejó dando vueltas en un destello de lazos y revoloteante pelo negro. Luego volvió a colocarse ante él, abrazándolo con sus finos brazos mientras bailaban. La fragancia de su cabello y su cuerpo se mezcló con el calor del vino que ya corría por su sangre. La sentía contra él, ligera como una pluma y suave, diciendo palabras que no podía oír con claridad. El movimiento de la danza lo mareó; todo a su alrededor empezó a mezclarse en una confusión de colores que daban vueltas sobre el fondo de la noche. La música y las palmas sonaron más fuertes, así como los gritos y los silbidos de los vagabundos. Sintió que empezaba a elevarse del suelo, aún abrazado a Eretria.

Y después ella desapareció también, y él sintió que empezaba a caer.

# XV

Se despertó con el peor dolor de cabeza de su vida, con la sensación de que era una rama frágil sacudida por un fuerte viento, y tardó varios minutos en comprender que estaba tendido en la parte posterior de una de las carretas de los vagabundos. Bajo él había un colchón de paja colocado sobre una cama de madera que se apoyaba contra la pared posterior de la casa móvil. Miró hacia arriba y vio un conjunto de extraños tapices, sedas y encajes, además de utensilios de madera y de metal, todo balanceándose con el movimiento de la carreta que saltaba y se tambaleaba en su camino por las praderas. Un rayo de luz de sol penetraba por una ventana parcialmente abierta, y supo que había dormido toda la noche.

Amberle apareció a su lado, con una mirada de reproche en sus ojos de color verde mar.

–No necesito preguntarte cómo te sientes esta mañana ¿verdad? –dijo ella, aunque sus palabras eran difíciles de oír con el estrépito de las ruedas–. Espero que haya valido la pena, valense.

–No ha valido. –Se sentó despacio, sintiendo que la cabeza le latía con violencia a causa del movimiento–. ¿Dónde estamos?

–En la carreta de Cephelo. Desde anoche, si es que puedes recordarlo. Le dije que te estabas recuperando de una enfermedad y que debías sentirte mal no sólo por el vino. Por eso me dejaron estar aquí contigo hasta que te encontraras mejor. Bebe esto.

Le dio una taza llena de un líquido oscuro. Wil miró con desconfianza el brebaje poco apetitoso.

–Bébelo –repitió ella con firmeza–. Es un remedio a base de hierbas para los que abusan del vino. Hay cosas que deberías saber sin necesidad de ser curandero.

Lo bebió sin discutir. Fue entonces cuando advirtió que sus botas habían desaparecido.

–¡Mis botas! ¿Qué ha pasado con...?

–¡Calla! –le dijo, señalando hacia la parte delantera del vagón donde había una pequeña puerta de madera, cerrada.

Sin decir nada más, se agachó y sacó las botas de debajo de la cama. Después, de la faja que rodeaba su cintura, extrajo la bolsita de cuero que contenía las piedras élficas.

El valense se recostó con una expresión de alivio.

–Al parecer, la fiesta fue excesiva para ti –continuó ella, con cierto sarcasmo en la voz–. Perdiste el conocimiento. Cephelo te trajo aquí para que durmieras. Iba a ordenar a la anciana que te desnudase pero lo convencí de que si volvía la fiebre podría contagiarse y que además te sentirías ofendido de que te quitasen las ropas sin tu permiso. Aparentemente no concedió gran importancia al asunto, ya que ordenó a la anciana que saliera. Cuando también lo hizo él, te registré y encontré las piedras élficas.

Él asintió con expresión aprobatoria.

–Siempre piensas en todo.

–Alguien tiene que hacerlo –Arqueó las cejas, sin agradecerle el cumplido. Luego miró otra vez hacia la puerta–. Cephelo dejó a la anciana en el compartimento de al lado para que nos vigilase. Creo que no está completamente convencido de saber todo respecto a ti.

Wil se inclinó hacia delante, apoyando la barbilla sobre las manos.

–Eso no me sorprende.

–Entonces, ¿por qué estamos aún aquí, además de porque anoche bebiste demasiado?

–quiso saber la joven–. ¿Por qué estamos aquí?

Wil extendió la mano hacia las piedras élficas y ella se las dio. Después colocó la bolsita otra vez en la bota derecha, se calzó las dos e indicó a Amberle que se acercara.

–Porque he encontrado un modo de que nos devuelvan a Artaq y no podremos ponerlo en práctica si no permanecemos en su compañía –le susurró lo bastante alto para que ella pudiera oírlo a pesar de los crujidos de la carreta–. Y hay otra razón. Los demonios que nos persiguen desde Villa Refugio, estarán buscando a dos personas, no a una caravana. Quizá viajando con los vagabundos logremos despistarlos. Además, vamos hacia el oeste, en la dirección en que queríamos ir, y viajamos con más rapidez que si fuésemos andando.

–Bien. Pero esto también es peligroso, valense –puntualizó ella–. ¿Qué piensas hacer cuando lleguemos a los bosques de la Tierra del Oeste y Cephelo se niegue a devolverte a Artaq?

Wil se encogió de hombros.

–Me ocuparé de eso cuando llegue el momento.

–Ya discutimos antes sobre ese tema. –Sacudió la cabeza, disgustada–. Al menos podrías confiar en mí un poco más. No es muy tranquilizador que mi seguridad dependa de ti y yo no tenga la menor idea de lo que vas a hacer.

–Es verdad –admitió–. Siento lo de anoche. Debí haberte informado antes de entrar en el campamento, pero la verdad es que no sabía qué hacer hasta que estuvimos dentro.

–Te creo –dijo ella frunciendo el entrecejo.

–Mira, intentaré explicarte algo ahora –se ofreció–. Los vagabundos viajan en familia, eso ya lo sabes. El término «familia» puede inducir a confusión, porque sus miembros no siempre están emparentados por la sangre. Los vagabundos suelen cambiar e incluso vender mujeres y niños a otros campamentos. Es una situación de propiedad comunal. Cada familia tiene un jefe, una figura paternal que toma todas las decisiones. Las mujeres se consideran subordinadas de los hombres; eso es lo que llaman la *costumbre.* Los vagabundos creen que responde al orden natural de las cosas. Están convencidos de que las mujeres existen para servir y obedecer a los hombres que las protegen y las sustentan. Es tradición entre ellos que aquellos que entran en sus campamentos deben observar sus costumbres para ser bien recibidos. Por eso yo tomé el agua primero. Por eso dejé que recogieses las cosas después de atender a los enfermos. Quería convencerlos de que entendía y honraba sus creencias. Si lo aceptaban, existía la posibilidad de que recuperásemos a Artaq.

–Parece que no ha dado un resultado muy bueno –remarcó Amberle.

–De momento no –admitió él–. Pero nos han dejado que los acompañemos; por lo general, ni consideran la posibilidad de algo semejante. A los vagabundos no les gustan los extraños.

–Nos han dejado que los acompañemos porque Cephelo siente curiosidad respecto a ti y quiere averiguar más de lo que le has contado. –Hizo una pausa–. Eretria también está muy interesada. Lo demostró sin disimulo.

Él sonrió contra su voluntad.

–Y supongo que creerás que anoche me divertí mucho bailando y bebiendo.

–Si quieres saberlo, te diré que sí; eso es exactamente lo que creo.

Amberle dijo esto con toda seriedad, sin el menor esbozo de sonrisa. Wil se recostó, y su cabeza latió a consecuencia del movimiento.

–Muy bien, admito que me excedí. Pero tenía buenas razones para hacerlo, pienses lo que pienses. Era necesario que creyesen que soy menos listo que ellos. En caso contrario, los dos estaríamos muertos. Por eso bebí y bailé y me comporté como lo habría hecho cualquier extraño en las mismas circunstancias; sólo para no levantar sospechas. –Se

encogió de hombros–. No puedo evitar lo que Eretria piense de mí.

–No te estoy pidiendo eso –dijo ella enojada–. No me importa lo que Eretria sienta por ti. ¡Lo único que me importa es que nos pongas en peligro a los dos por tu imprudencia!

Vio la mirada de sorpresa que apareció en los ojos de Wil y enrojeció.

–Sólo te pido que tengas cuidado –añadió en seguida, quitándole la taza vacía de las manos y alejándose hacia el otro extremo del vagón. Wil la observó con curiosidad.

Un momento después volvió con la calma recuperada.

–Hay algo más que debes saber. A primeras horas de esta mañana, nos encontramos con un viejo cazador de trampas que viajaba hacia el este. Venía del Tirfing, la región de lagos situada frente a los bosques de la Tierra del Oeste bajo el Mermidon. Avisó a Cephelo que no fuese por allí. Dijo que había un diablo.

Wil frunció el ceño.

–¿Un diablo?

–Lo llamó diablo. Ése es un nombre que usan los vagabundos para algo no humano, algo maligno. –Hizo una pausa–. Puede que ese diablo sea uno de los demonios que han escapado de la Prohibición.

–¿Qué dijo Cephelo sobre el diablo?

Amberle sonrió levemente.

–No tiene miedo a los diablos. Quiere pasar por el Tirfing de todas formas. Está decidido. Creo que tiene negocios que requieren que pase por allí. El resto de la familia no se siente muy feliz con esa decisión.

Wil asintió.

–Yo me inclinaría a ir con ellos.

La joven elfina lo miró atentamente durante un rato.

–Yo no me inclinaría a ir con nadie de este campamento, si fuese tú. Recuérdalo si te ofrecen más vino.

Tras esto, le dio la espalda y se dirigió al otro extremo de la carreta, ocultando sus movimientos al valense. Wil, irritado, se dispuso a seguirla, pero su dolor de cabeza le hizo reconsiderarlo. Se recostó con cuidado, apoyando la cabeza palpitante sobre una pieza de caña trenzada que forraba la pared de la carreta. Una cosa era segura, pensó afligido, que ella no tendría que preocuparse porque bebiera más de aquel vino.

La caravana continuó su ruta hacia el oeste hasta el mediodía, después se detuvo el tiempo suficiente para que los vagabundos compartieran una comida ligera. Wil se sentía ya mucho mejor y pudo comer un poco de la carne seca y las verduras que constituyeron el refrigerio. Cephelo habló con él unos instantes, preguntándole con amabilidad por su salud; después se marchó, con la mente claramente ocupada por otros asuntos. Entre los vagabundos se murmuraba sobre la noticia del diablo, y era evidente que la familia estaba muy preocupada por lo que había dicho el viejo cazador. Eran muy supersticiosos y la decisión de Cephelo de no tener en consideración un aviso como aquél no fue bien recibida.

El resto de la tarde pasó rápidamente. Wil se turnó para conducir la carreta de Cephelo mientras la anciana descansaba en la parte posterior. Amberle iba sentada a su lado, mientras él guiaba el tronco de cuatro caballos en línea con la caravana a través de la amplia extensión de las praderas, cantando o tarareando suavemente para sí misma, pero hablándole poco. El valense la dejó tranquila, concentrado en su tarea, mirando pensativamente el vacío de las llanuras. Varias veces Cephelo pasó ante ellos montado en un gran alazán, con la capa verde ondeando al viento, y su rostro moreno brillante de sudor por el calor del día. En una ocasión Wil avistó a Artaq, cuando los caballos de relevo fueron conducidos delante de las carretas hasta una charca. Nadie lo montaba, y eso

parecía significar que Cephelo aún no había decidido en que emplearía al gran caballo negro, e incluso que no había decidido quedárselo.

Aproximadamente una hora antes de la llegada del crepúsculo, entraron en el Tirfing, una tierra de pequeños lagos y rodeada de bosques que se extendía a partir de las praderas. Más hacia el oeste, bajo la bola roja del sol poniente, se encontraba la masa oscura de los tupidos árboles de la Tierra del Oeste. Las carretas dejaron atrás las praderas para entrar en los tramos boscosos del Tirfing por un camino trazado por el paso de incontables viajeros. El calor de las praderas se disipó en cuanto estuvieron bajo la protección de los árboles, cuya sombra alargada se proyectaba sobre el camino con el comienzo de la puesta del sol. Entre los claros del bosque empezaron a divisar los lagos que salpicaban toda aquella región.

Ya había oscurecido cuando Cephelo ordenó al fin que se detuvieran en un gran claro bordeado de robles, desde el cual se veía un pequeño lago a pocos cientos de metros al norte. Las carretas formaron el típico círculo, gruñendo y crujiendo hasta detenerse. Wil estaba tan anquilosado que apenas podía moverse. Mientras los hombres desenganchaban los caballos y las mujeres empezaban los preparativos para la cena, el valense descendió con cuidado del duro asiento y trató de caminar para desentumecerse. Amberle decidió dirigirse hacia otro lado y él no se molestó en seguirla. Renqueando, atravesó el círculo de carretas hacia los árboles circundantes, deteniéndose allí para estirarse y dejar que la sangre circulara por sus miembros doloridos.

Al cabo de unos minutos oyó unos pasos y se volvió para descubrir a Eretria que se acercaba con su delgada figura como una sombra más de la noche. Vestía botas altas y ropas de montar de piel, con un pañuelo de seda rojo alrededor de la cintura y otro en el cuello. El cabello negro le caía sobre los hombros, suelto y movido por el viento. Sonrió al llegar, guiñando sus oscuros ojos maliciosamente.

–No te pierdas, Wil Ohmsford –le aconsejó–. Podría encontrarte un diablo, ¿y entonces qué harías?

–Dejar que me cogiera. –Wil esbozó una sonrisa forzada, frotándose la espalda–. De todas formas no pienso perderme hasta que haya comido.

Se sentó sobre la hierba alta, apoyando la espalda en uno de los robles. Eretria lo observó callada durante un momento, luego se sentó a su lado.

–¿Dónde has estado durante todo el día? –le preguntó él por decir algo.

–Vigilándote –respondió ella, luego sonrió maliciosamente al ver la expresión que apareció en el rostro del valense–. Tú no me veías, desde luego. Se supone que no tenías que hacerlo.

Él vaciló incomodado.

–¿Por qué estuviste observándome?

–Cephelo quería tenerte vigilado. –Arqueó las cejas–. No confía en ti, ni en la joven elfina que afirmas que es tu hermana.

Lo miró con descaro, como provocándolo para que la contradijera. Wil sintió un instante de pánico.

–Amberle es mi hermana –declaró, con tanta firmeza como pudo.

Eretria negó con la cabeza.

–Ella es tan hermana tuya como yo hija de Cephelo. No se parece a ti como una hermana se parecería; sus ojos dicen que es algo más. Pero a mí me da lo mismo. Si tú deseas que sea tu hermana, así lo será. Pero trata de que Cephelo no descubra tu pequeño engaño.

Ahora fue Wil quien la observó con atención.

–Espera un minuto –dijo tras un momento de pausa–. ¿Qué quieres decir con que ella es tan hermana mía como tú hija de Cephelo? Él dijo que eras su hija, ¿no?

–Lo que Cephelo dice y la verdad no coinciden necesariamente; de hecho, lo hacen pocas veces. –Se inclinó hacia delante–. Cephelo no tiene hijos. Me compró a mi padre cuando yo tenía cinco años. Mi padre era pobre y no me podía dar nada. Tenía otras hijas y, por tanto, podía prescindir de mí. Ahora pertenezco a Cephelo. Pero no soy su hija.

Le contó esto con tanta indiferencia que, durante un momento, Wil no supo qué decir. Ella notó su confusión y rió, divertida.

–Somos vagabundos, Wil; ya conoces nuestras costumbres. Además, podría haber sido mucho peor para mí. Podría haber sido entregada a un hombre de menos posición. Cephelo es un jefe; goza de respeto y categoría. Como hija suya, eso es una ventaja. Tengo más libertad que las demás mujeres. Y he aprendido mucho, curandero. Eso me ha dado superioridad sobre la mayoría.

–No quisiera ser yo quien lo comprobase –admitió él–. Pero, ¿por qué me cuentas todo esto?

Ella frunció los labios de forma provocativa.

–Porque me gustas.

–¿Qué tengo de extraordinario? –preguntó él.

Eretria se tensó bruscamente, con gesto malhumorado.

–¿Estás casado con esa elfina? ¿Es tu prometida?

La sorpresa de Wil fue evidente.

–No.

–Bueno. Es lo que creía. –El malhumor desapareció y de nuevo esbozó su sonrisa maliciosa–. Cephelo no piensa devolverte el caballo.

Wil consideró durante unos momentos la afirmación.

–¿Lo sabes?

–Sé cómo es. No te devolverá el caballo. Te dejará marchar si no causas ningún problema ni intentas recobrar el caballo, pero nunca te lo dará voluntariamente.

El rostro del valense estaba inexpresivo.

–Te lo preguntaré otra vez. ¿Por qué me cuentas todo esto?

–Porque quiero ayudarte.

–¿Y por qué ibas a hacerlo?

–Porque tú también puedes ayudarme a mí.

Wil frunció el ceño.

–¿Cómo?

Eretria cruzó las piernas y apoyó las manos en las rodillas, meciéndose hacia atrás. Sus ojos oscuros brillaban de diversión.

–Puedo suponer, Wil Ohmsford, que eres más de lo que nos has dicho; que seguramente no eres un simple curandero que viaja por las praderas de Callahorn con su hermana. Puedo suponer que esa chica elfina ha sido confiada a tu cuidado y tú tienes que acompañarla como escolta, como un protector quizá. Levantó una mano apresuradamente–. No te molestes en negarlo, curandero. Una mentira en tus labios no tendría utilidad conmigo, porque yo soy la hija del mentiroso más grande del mundo y conozco ese arte mucho mejor que tú. –Sonrió y apoyó una mano en el brazo de él–. Me gustas, Wil, en eso no te miento. Quiero que recuperes tu caballo. Es obvio que necesitas recuperarlo o no nos habrías seguido. Solo no conseguirás nada. Pero yo puedo ayudarte.

Wil se mostró indeciso.

–¿Por qué harías eso? –preguntó al fin.

–Si te ayudo a que recobres tu caballo, quiero que me lleves contigo adonde vayas.

–¡Qué! –La exclamación salió de su boca antes de que lo pensara.

–Llévame contigo –repitió ella con firmeza.

–¡No puedo hacer eso!

–Puedes si quieres tu caballo negro.

Él sacudió la cabeza con expresión desvalida.

–¿Por qué deseas irte? Acabas de decirme que...

Ella le cortó al momento.

–Todo eso fue en el pasado. Cephelo ha decidido que ha llegado el momento de que me case. Según la tradición de los vagabundos, él me escogerá marido y, por un precio determinado, me entregará a él. Mi vida ha sido bastante buena, pero no estoy dispuesta a que me vendan por segunda vez.

–¿No te puedes ir por tus propios medios? Pareces capaz de hacerlo.

–Soy capaz de mucho más, si llegase la ocasión, curandero. Por eso me necesitas. Si recobras tu caballo, cosa que dudo que puedas hacer sin mi ayuda, los vagabundos te perseguirán y, puesto que van a perseguirte, no agravará tu problema llevarme a mí también; menos aún, teniendo en cuenta que los conozco lo suficiente para proporcionarte la guía necesaria para eludirlos. –Se encogió de hombros–. Y en cuanto a irme sola, ya he pensado sobre ello. Si no tuviera otra opción, lo haría para no ser vendida de nuevo. ¿Pero adónde podría ir? Un vagabundo no es bien recibido en ninguna parte, y eso es lo que soy. Sola, no sería más que un paria entre las gentes, y mi vida no sería agradable. Pero contigo, quizá fuera aceptada; tú eres un curandero y se te respeta. Podría incluso viajar, acompañándote. Podría ayudarte a curar a los enfermos. Descubrirías que yo...

–Eretria –la interrumpió él con voz amable–. No tiene ningún sentido discutir eso. No puedo llevarte conmigo. No puedo llevar a nadie más que a Amberle.

El rostro de la muchacha se nubló.

–No me desprecies tan deprisa, curandero.

–Esto no tiene nada que ver con despreciarte –le respondió mientras pensaba en qué podría contarle. No mucho, comprendió en seguida–. Escucha. No sería seguro para ti viajar conmigo en este momento. Cuando me marche, Cephelo no será el único que me buscará. Hay otros, mucho más peligrosos que él. Me están buscando ya. Si te llevo conmigo, estarás en gran peligro. Eso no puedo permitirlo.

–La chica elfina viaja contigo –insistió la otra.

–Amberle viaja conmigo porque tiene que hacerlo.

–Palabras. No creo nada. Me llevarás contigo, Wil Ohmsford. Me llevarás contigo porque no te quedará otro remedio.

Él negó con la cabeza.

–No puedo.

Ella se levantó de repente, su bello rostro oscuro tenía una expresión dura de enojo.

–Cambiarás de idea, curandero. Llegará el momento en que tendrás que aceptarlo.

Le dio la espalda y se alejó airadamente. Cuando hubo recorrido varios metros, se detuvo y se volvió, fijando en él sus ojos oscuros. En las sombras de su cara destelló aquella sonrisa maravillosa y deslumbrante.

–Soy para ti, Wil Ohmsford –dijo.

Mantuvo la mirada un momento más, después le dio la espalda y continuó caminando hacia la caravana de los vagabundos. El valense, desconcertado, la contempló mientras se alejaba.

# XVI

La cena fue preparada y comida. Poco después, una tos profunda y retumbante rompió los pacíficos sonidos de la noche y los convirtió en silencio. Llegó del extremo sur del lago cercano al lugar donde los vagabundos habían acampado, una, dos veces; no más. Todas las cabezas se volvieron al mismo tiempo, con los rostros sobresaltados y expectantes. A los pocos momentos, la tos volvió a sonar, saliendo de la oscuridad como el bufido de cólera de un toro monstruoso llamando en desafío. Los vagabundos buscaron apresuradamente sus armas, se precipitaron al perímetro circundado por las carretas y atisbaron en la oscuridad. Pero el sonido murió y no se repitió. Cephelo y más de una docena de sus hombres permanecieron alerta durante un rato, en espera de que sucediera algo más. No ocurrió nada. Entonces ordenó con brusquedad que volvieran junto al fuego para continuar la sobremesa nocturna. Bromeando en voz alta sobre los diablos y las cosas que acechan en la noche, alardeó de que ninguno de aquéllos se atrevería a entrar en su campamento sin pedir permiso. Las copas de vino volvieron a llenarse y a distribuirse, y todos bebieron. Sin embargo, las miradas continuaron desviándose de vez en cuando hacia el lugar de donde procedió el ruido.

Media hora más tarde se produjo otra vez, más próximo a ellos que los anteriores, repentino y profundo en la noche. Los sobresaltados vagabundos se levantaron con rapidez, empuñando sus armas de nuevo, corriendo a toda velocidad hacia el terreno acotado de su campamento. Wil fue con ellos, y también Amberle lo siguió a muy corta distancia, quedándose a su lado mientras él vigilaba con atención desde un hueco entre dos carretas. No vieron nada. Nada se movía. Cephelo vaciló un poco y luego se dirigió con paso arrogante hasta el inicio de los bosques que rodeaban el pequeño claro, agarrando con ambas manos la empuñadura de su gran espada. Permaneció allí unos minutos, con su alta figura destacándose contra los árboles, preparado para defenderse. Pero sólo había silencio. Al fin se volvió y regresó con gesto tenso. Ya nadie bromeaba. Los caballos, que estaban amarrados a una cuerda en una ensenada del lago, fueron acercados a la caravana para posibilitar una mejor vigilancia. Se colocaron guardianes por todo el perímetro del claro y se les ordenó que mantuviesen los ojos bien abiertos. Todos los demás permanecieron en el interior del círculo de carretas, donde se situaron alrededor de la reconfortante luz del fuego. Se volvió a servir vino pero, esta vez, pocos bebieron. La conversación se reanudó en voz baja y cautelosa, pronunciándose con frecuencia la palabra «diablo». Los hombres mantuvieron a las mujeres y a los niños cerca de ellos, y todos parecían muy intranquilos.

Wil se llevó a Amberle varios pasos detrás del asustado grupo, con la cabeza baja.

–Quiero estar cerca de ti –le dijo en un susurro–. No te alejes de mí por ningún motivo.

–No lo haré –prometió. Su mirada era intensa cuando se encontró con la de él y después se apartó–. ¿Crees que...?

Cephelo interrumpió su frase, pidiendo que sonase la música, batiendo palmas y alentando a los demás para que hicieran lo mismo. El valense y la joven elfina, obedientes, se unieron al grupo. Se oyeron varias voces que débilmente animaban a Cephelo mientras bailaba alrededor del fuego.

Wil miró en su torno con inquietud.

–Si hay algo ahí fuera y ataca este campamento, tú y yo tendremos que irnos. Intentaremos llegar hasta Artaq, luego nos daremos a la fuga. ¿Estás dispuesta a afrontar ese riesgo?

Ella asintió.

–Sí.

Los címbalos emitieron sus sonidos de plata y los instrumentos de cuerda ronronearon suavemente. Las manos empezaron a palmear, firmes y confiadas.

Entonces la tos resonó casi encima de ellos, bramando en la oscuridad con una ferocidad escalofriante, profunda y terrible. Llegaron las voces de los guardias, voces de terror, voces que gritaban:

–¡El diablo, el diablo!

Los que estaban reunidos alrededor del fuego se dispersaron, los hombres hacia sus armas, las mujeres y los niños huyendo desordenadamente. Un grito se elevó sobre el clamor, fuerte y penetrante, disolviéndose casi de inmediato en el silencio. Más allá del círculo de carretas, algo enorme y más oscuro que la noche se movía.

–¡El demonio!

Wil susurró el nombre casi sin pensarlo.

Un instante después, la criatura apareció en un hueco entre dos carretas, empujándolas hacia los lados como si fuesen de papel. Sin duda era un demonio, pero mucho mayor que cualquiera de los que el valense y la elfina habían visto al huir de Villa Refugio. Sobre dos piernas, su altura excedía los cuatro metros, su enorme cuerpo inclinado y pesado estaba cubierto por una piel gris, moteada de marrón, que colgaba en gruesos pliegues. Una cresta de escamas recorría toda la espalda desde el cuello y bajaba por las piernas. Su rostro era aplastado y vacío, y una masa de dientes se curvaba desde las mandíbulas que se abrían emitiendo la tos profunda y retumbante. En sus grandes manos terminadas en garras estaba suspendido el cuerpo desmadejado de uno de los vagabundos que hacían guardia.

Soltó el cadáver a un lado y siguió avanzando. Cephelo y una docena de sus hombres lo recibieron con lanzas y espadas. Varias estocadas penetraron en la piel gruesa, pero logró esquivar la mayoría. La criatura era lenta y pesada, pero increíblemente fuerte. Arrastrando los pies atravesó la pared de defensores, apartándolos sin esfuerzo. Cephelo se interpuso en el camino del demonio, saltando para lanzar su espadón y hundirlo en la amenazante boca de la criatura. El monstruo apenas se detuvo. Destrozó la espada con sus mandíbulas y extendió las manos para agarrar al jefe de los vagabundos. Cephelo fue lo bastante rápido, pero otro cayó, tropezando con su propio pie en su angustia por escapar. El pie del demonio cayó como una roca sobre el hombre que se esforzaba en levantarse.

Wil conducía ya a Amberle hacia el otro lado del campamento, intentando llegar a los caballos amarrados, cuando vio que Cephelo había caído también. Los defensores estaban tratando de atar las piernas del demonio cuando uno de sus enormes brazos alcanzó al hombre alto de forma indirecta y lo tiró al suelo, rodando. Mientras dudaba en un hueco entre dos carretas, Wil vio que algunos vagabundos saltaban en defensa de Cephelo, agarrando su cuerpo inerte y arrastrándolo hasta un lugar seguro mientras los otros atacaban y pinchaban al monstruo intentando atraer su atención. El demonio se volvió de repente y, aunque las lanzas y las espadas atacaban su cuerpo acorazado, extendió la mano hacia la carreta más próxima. La cogió y con una simple arremetida, la arrojó lejos. Cayó produciendo un estallido, haciéndose pedazos, y desparramando sus adornos metálicos y sus telas de seda. Los defensores gritaron con furia y reanudaron su ataque desesperado.

Amberle tiraba con urgencia del brazo de Wil, pero éste seguía dudando. No podía creer que algo tan enorme y tan lento hubiera logrado seguirlos desde Villa Refugio. No, esa criatura había escapado de la muralla de la Prohibición y deambulaba por el Tirfing. Había encontrado la caravana por casualidad. Estaba solo, aislado, sin objetivo, pero era evidente que un ser con tal capacidad de destrucción era un rival invencible para los vagabundos. A pesar de sus esfuerzos por apartarlo o inmovilizarlo, el demonio destruiría la caravana con toda seguridad.

Pero los vagabundos no huirían. Las llamativas carretas, las pesadas casas rodantes, eran sus hogares. Todo lo que poseían estaba allí. No, los vagabundos no huirían. Resistirían y lucharían; y, por tanto, iban a morir. El demonio era algo de otra época; su poder era mayor que los seres de carne y hueso. Se necesitaría un poder tan grande como el suyo para detenerlo. Sólo él poseía ese poder. Pero su lucha no era aquello. Los vagabundos le habían robado. No les debía nada. Su primera y única responsabilidad estaba referida a Amberle. La cogería y se marcharían corriendo. Pero si lo hacía, ¿qué iba a ocurrirles a los vagabundos? No sólo estaban los hombres, sino también las mujeres y los niños. ¿Le habían hecho éstos algún daño? Sin su ayuda, no tendrían ninguna oportunidad contra el demonio.

Su indecisión fue completa cuando recordó que su abuelo le había contado que usó las piedras élficas en su huida del Señor de los Brujos. Y mediante aquello, le indicó al enemigo exactamente donde estaba, sin saber que ocurriría. Podría suceder lo mismo ahora. Algunos de aquellos demonios eran criaturas capaces de usar la magia; Allanon se lo había dicho. Si usaba las piedras élficas, podía atraerlas directamente hasta él.

Dirigió una mirada rápida a Amberle. Ella vio en sus ojos lo que pensaba hacer. Sin decir nada le soltó el brazo. Él se quitó la bota derecha y cogió las piedras. Al menos tenía que intentarlo. Al menos tenía que hacer eso. No podía dejar morir a aquella gente. Abrió la bolsa y dejó que las tres piedras cayeran sobre la palma de su mano. Cerrando el puño fuertemente miró hacia el campamento.

–Quédate aquí –dijo a la joven.

–No, espera –le gritó ella, pero Wil ya se alejaba corriendo.

El demonio se estaba apartando de las carretas y obligaba a los vagabundos a retroceder ante él a medida que avanzaba hacia el centro del campamento. Cephelo estaba otra vez en pie, balanceándose inseguro y apoyándose en una carreta mientras gritaba palabras de ánimo a los defensores. Wil se acercó a unos veinte metros de los que luchaban. Levantó el puño sobre su cabeza y deseó que las piedras élficas ejercieran su poder.

No ocurrió nada.

Sintió una opresión en la boca del estómago. Lo que más había temido se estaba produciendo; no podía controlar el poder de las piedras élficas. Allanon se había equivocado. Sólo era factible para su abuelo, no para él. No estaban bajo su dominio. No le obedecerían.

¡Pero debían hacerlo! Lo intentó de nuevo, concentrándose en la sensación que producían las piedras en su mano, invocando a la magia que se encontraba encerrada en su interior. No surtió efecto. Sin embargo, sintió algo diferente, una especie de barrera que bloqueaba sus esfuerzos, una barrera que existía dentro de él.

Los gritos de los vagabundos interrumpieron bruscamente sus pensamientos, y supo que el demonio se dirigía hacia él. Ahora los defensores se encontraban detrás de la criatura, clavándole sus armas en las piernas y en los costados, intentando alejarla del valense. De repente movió un brazo y golpeó a dos hombres que quedaron tendidos; los otros se dispersaron. La tos retumbante salió de su garganta. Cephelo se dirigió cojeando frenéticamente hacia la batalla, apoyándose en una lanza rota, con sus ropas oscuras desgarradas y cubiertas de polvo y sangre. Wil los vio a todos como si se hubieran congelado en aquel momento de sus vidas, luchando, como él hacía para liberar el poder encerrado dentro de las piedras élficas. No pensó en correr; se quedó quieto en el centro del campamento: una figura solitaria con el brazo alzado hacia el cielo nocturno.

Entonces Eretria apareció como si saliera de la nada, corriendo; su delgada figura era una sombra que pasó velozmente entre el demonio y el valense, arrojando con una mano la antorcha encendida que llevaba a la cara del monstruo. La criatura cogió el palo de madera

ardiente entre sus mandíbulas, partiéndolo con lentitud, como si el humo y el fuego le produjeran cierta molestia. Aprovechándose de su desconcierto momentáneo, Eretria cogió a Wil y empezó a tirar de él hacia atrás, hasta que los dos perdieron el equilibrio y cayeron. Los vagabundos reaccionaron en seguida, cogiendo leños del fuego encendidos y tirándolos al demonio en un esfuerzo por confundirlo. Pero el monstruo había empezado a avanzar de nuevo. Wil se levantó con rapidez, tirando de Eretria hacia arriba. En ese mismo momento Amberle se acercó, llevando en sus pequeñas manos una larga lanza, dispuesta a defenderlos. Sin decir una palabra, el valense la cogió por un brazo, empujó a las dos mujeres tras él, y se volvió para hacer frente al demonio.

La criatura estaba casi encima de ellos. Wil Ohmsford mantenía alzada la mano que sostenía las piedras élficas. Ahora no había duda ni confusión en él. En un acto de introspección destruyó la barrera que se alzaba contra el poder de las piedras, la destruyó con la fuerza del deseo nacida de la desesperación y la necesidad, sin entender su esencia. Al hacerlo, sintió que algo cambiaba en su interior, algo que no podía explicar y no le parecía del todo bueno. No había tiempo para reflexionar sobre eso. Llegando al corazón de las piedras élficas, les dio vida por fin. Su mano cerrada emitió una luz azul, que se concentró y se proyectó hacia delante para caer sobre el demonio. El monstruo rugió cuando el poder de las piedras élficas lo quemó. Sin embargo siguió avanzando, amenazando con sus manos terminadas en garras. Wil no cedió, Se adentró más en las piedras, sintiendo cómo su poder se intensificaba. Todo a su alrededor se borró ante el resplandor, y de nuevo las piedras élficas lanzaron su luz contra el demonio. Esta vez la criatura no pudo resistir la magia élfica. Esta vez la enorme figura quedó envuelta en llamas y se convirtió en una columna de luz cegadora. Durante un instante ardió con un fuego azul en la noche, luego explotó en cenizas y desapareció.

Wil Ohmsford bajó el brazo lentamente. En el lugar donde se encontraba el demonio, sólo quedaba ahora un rodal de tierra carbonizada y un rastro de humor negro que se elevaba en la noche. Toda la región boscosa que los rodeaba había sido invadida por una quietud de muerte, y sólo el crujido del fuego perturbaba el silencio. El valense miró a su alrededor con inseguridad. Ninguno de los vagabundos se movió; los hombres de pie aún, con las armas dispuestas para la batalla, las mujeres y los niños acurrucados entre sí, con el miedo y la incredulidad reflejados en sus rostros. Wil sintió pánico por un instante. ¿Se volverían contra él, al saber que los había engañado? Se giró rápidamente para mirar a Amberle, pero ésta también estaba inmóvil, con sus profundos ojos verdes llenos de admiración.

Entonces Cephelo se adelantó cojeando y tiró a un lado la lanza rota al llegar junto al valense, con el rostro barbudo manchado de sangre y tizne.

–¿Quién eres? –preguntó con suavidad–. Dime quién eres.

El muchacho dudó.

–Soy quien dije que era –aseguró al fin.

–No. –Cephelo movió la cabeza–. No, estoy seguro de que no eres sólo un curandero. Eres algo más que eso. –Su voz era dura e insistente–. Tengo razón, ¿verdad?

Wil no supo qué responder.

–Dime quién eres –repitió Cephelo, en un tono más bajo y amenazador.

–Ya te he dicho quién soy.

–¡No me has dicho nada! –El rostro del jefe de los vagabundos enrojeció de furia–. Yo creo que conocías al diablo. Creo que vino por ti. ¡Creo que todo esto ha sido por tu causa!

Wil sacudió la cabeza.

–La criatura llegó aquí por casualidad y por casualidad me encontró.

–¡Curandero, me estás mintiendo!

Wil sintió que perdía la paciencia.

–¿Quién ha mentido a quien, Cephelo? ¡Éste es tu juego! ¡Tú impusiste las reglas!

El hombre alto dio un paso hacia delante.

–Hay algunas reglas que todavía tienes que aprender.

–No lo creo –replicó el valense con serenidad.

Alzó un poco el puño que encerraba las piedras élficas. Cephelo lo advirtió, y retrocedió lentamente. La sonrisa que siguió fue penosamente forzada.

–Dijiste que no llevabas nada de valor, curandero. ¿Olvidabas eso?

Wil negó con la cabeza.

–Las piedras no tienen ningún valor para otro que no sea yo. Serían inútiles para ti.

–Claro. –El vagabundo no hizo ningún esfuerzo por ocultar el desprecio en su voz–. ¿Eres un hechicero, entonces? ¿Un diablo? ¿Por qué no me dices quién eres?

Wil vaciló. No iba a conseguir nada prolongando aquello. Tenía que poner fin a la conversación. Amberle se adelantó hasta él, extendiendo una mano hacia su brazo, rozándolo ligeramente. Era tranquilizador tenerla cerca.

–Cephelo, tienes que devolverme el caballo –dijo con tranquilidad. El rostro del vagabundo se ensombreció–. Amberle y yo tenemos que irnos en seguida. Hay más diablos además del que he destruido. Eso es todo lo que te diré. Nos vienen siguiendo a ella y a mí. Como usé las piedras, ahora sabrán exactamente dónde encontrarnos. Tenemos que irnos, y vosotros también tenéis que iros de aquí.

Cephelo lo observó con fijeza, sin decir nada durante varios segundos, obviamente intentando determinar si lo que le decía era verdad. Al final, la cautela superó a la desconfianza. Asintió lacónicamente.

–Coge el caballo y vete. No quiero saber nada más de ti.

Se dio la vuelta y se alejó, convocando en voz alta a la gente para que levantasen el campamento. Era evidente que deseaba abandonar el Tirfing cuanto antes. Wil lo observó durante un momento, dejó caer las piedras élficas en la bolsa de cuero y la guardó en la túnica. Tomando a Amberle por el brazo se encaminó hacia los caballos. Entonces recordó a Eretria. La buscó con la mirada y la encontró entre las sombras de las carretas, observándole con sus ojos oscuros.

–Adiós, Wil Ohmsford –dijo en voz baja.

Él le sonrió. Ella sabía que había perdido su oportunidad de ir con él. Wil dudó. Ella le había salvado la vida; le debía algo por eso. Quizá debía ayudarle ahora. Pero era consciente de que no podía hacerlo. Ahora, su única preocupación debía ser Amberle. No podía desviarse de eso, ni siquiera por aquella joven vagabunda que le parecía tan encantadora. Su deuda con ella tendría que pagarla en otra ocasión.

–Adiós, Eretria –respondió.

La sonrisa deslumbrante apareció un momento en las sombras de su cara.

–Nos volveremos a encontrar –gritó ella, antes de darle la espalda y alejarse.

Cinco minutos después, Wil y Amberle abandonaban el campamento rumbo al norte montados sobre Artaq y desaparecían en la noche.

# XVII

Cuando faltaba poco más de una hora para que amaneciera, llegaron a la orilla sur del Mermidon, varios kilómetros corriente abajo de donde el río emergía de los bosques de la Tierra del Oeste para entrar en Callahorn.

Habían cabalgado con Artaq durante la mayor parte de la noche, manteniendo un paso uniforme por las praderas abiertas que ofrecían un fácil tránsito, tratando de alejarse todo lo posible del Tirfing. Sólo descansaron una vez, una breve parada para beber agua y relajar los músculos entumecidos; luego volvieron a montar y continuaron el viaje. Cuando llegaron a la orilla del río, tanto el caballo como sus jinetes estaban próximos al agotamiento. El valense no pudo distinguir ningún punto accesible para cruzar. El Mermidon era ancho y profundo en ambas direcciones hasta donde la vista podía alcanzar y se hizo evidente que tendrían que atravesarlo a nado o seguir por la orilla hasta encontrar algún bajío que permitiese el paso. No deseando hacer ninguna de las dos cosas mientras se mantuviera la oscuridad, Wil decidió que lo mejor sería descansar hasta la llegada del día. Condujo a Artaq hasta un bosquecillo de álamos, lo desmontó y lo amarró; extendió unas mantas para Amberle y para él y, al abrigo de los árboles, los tres se quedaron dormidos de inmediato.

Era casi mediodía cuando Wil se despertó, sintiendo el calor del sol de verano que se filtraba entre los álamos desde un cielo claro y despejado. Tocó a Amberle suavemente, y ella despertó también. Se levantaron, lavaron, comieron un poco y reanudaron el viaje hacia Arbolon.

Montados sobre Artaq recorrieron varios kilómetros río arriba, casi hasta el inicio de los bosques de la Tierra del Oeste, pero no encontraron ningún bajío que les permitiese cruzarlo sin peligro. En lugar de perder tiempo volviendo atrás, decidieron arriesgarse a cruzarlo a nado. Ataron sus escasas posesiones alrededor del cuello de Artaq, se amarraron también ellos a la silla con una cuerda larga, llevaron al gran caballo negro hasta el agua y avanzaron dentro de ella. Estaba helada, y la inmersión repentina les produjo aturdimiento. Durante unos minutos movieron alocadamente los brazos y las piernas, luchando contra el frío y la corriente, después adquirieron un movimiento de piernas estable, con las manos agarradas a la seguridad de la cuerda. Artaq nadó con fuerza. Aunque fueron arrastrados corriente abajo más de medio kilómetro, llegaron a la otra orilla sanos y salvos.

Desde allí cabalgaron hacia el norte a paso tranquilo, desmontando con frecuencia para que Artaq descansara. Wil creyó que se habían alejado del Tirfing lo suficiente como para despistar cualquier persecución inmediata, y no vio ninguna razón para cansar más al corcel negro. La carrera de la noche anterior había consumido parte de las fuerzas del precioso caballo, y necesitaba tiempo para reponerlas. Si ahora no le daban esa oportunidad, podían inutilizarlo para después. Wil no descartaba la posibilidad de tener que forzarlo antes de llegar a Arbolon. Además, incluso al paso que llevaban, llegarían al valle de Rhenn a la mañana siguiente. Así estaba bien, pensó. Podían sentirse seguros hasta entonces. Quizás Amberle tenía una opinión diferente, pero se la guardó para sí. Libre de los vagabundos, su humor había mejorado notablemente. Volvió a cantar y a tararear mientras marchaban, deteniéndose con frecuencia para observar las pequeñas flores y plantas, las pequeñas muestras de vida que al valense le habrían pasado inadvertidas en la enorme alfombra de la pradera. Tenía poco que decirle a Wil, aunque le respondió con amabilidad siempre que se dirigía a ella, y sonreía pacientemente ante sus preguntas sobre los seres vivos que atraían su atención. Pero la mayor parte del tiempo Amberle se

mantuvo distante y reservada, rehusando enzarzarse en conversaciones triviales, aislada en ese mundo privado que había escogido para sí desde que empezaron el viaje hacia el norte desde las orillas del lago del Arco Iris.

En el transcurso del día, Wil se encontró pensando en Eretria, preguntándose si dejaría a Cephelo y a la caravana como había afirmado, y si volvería a verla alguna vez. Había algo en aquella muchacha que la hacía fascinante. Le recordaba una breve visión creada por las sirenas de Battlemound, que provocaba en la mente pensamientos realmente estúpidos. Ella era de carne y hueso, no una visión. Sin embargo, si la tocaba, ¿descubriría que como las sirenas era un engaño? Algo en ella le sugería eso, y le producía inquietud. No podía olvidar que había arriesgado su vida para salvarlo; no le gustaría descubrir que aquello había sido una falsedad, una ilusión.

Al caer la noche torcieron hacia el oeste, para seguir la línea de las tierras boscosas en dirección norte hacia la vasta extensión de las Streleheim. Cuando la oscuridad los envolvió, Wil guió a Artaq hacia el interior del bosque, siguiendo el curso de un riachuelo entre los árboles durante unos cientos de metros hasta que desembocó en unos rápidos que les proporcionaron agua para beber. Allí acamparon, acomodando a Artaq en un sector con hierba abundante, alimentándolo y dándole de beber antes de ocuparse de sus propias necesidades. Una fogata para cocinar habría denunciado su presencia; por tanto, se contentaron con los frutos y plantas que había recogido Amberle. En esta ocasión también eran alimentos desconocidos por el valense, pero le gustaron. Creía que, con tiempo suficiente, podría llegar a acostumbrarse a aquellas extrañas comidas. Había casi terminado con el último de los frutos alargados de color naranja, cuando la joven elfina se volvió hacia él de repente, con una expresión inquisitiva en el rostro.

–¿Te molestaría que te hiciera una pregunta? –le dijo con voz grave.

Él sonrió.

–¿Cómo voy a saberlo si no sé lo que vas a preguntarme?

–Bueno, no tienes por qué contestar si no quieres, pero es algo que me intriga desde que salimos del campamento de los vagabundos.

–En ese caso, pregunta.

Al pequeño claro en el que estaban sentados llegaba poca luz, la maraña de ramas que se entrecruzaban sobre sus cabezas, impedía el paso de la pálida luz de la luna y las estrellas y ella se acercó para poder verle la cara.

–¿Serás sincero conmigo? –le preguntó mirándolo con fijeza.

–Lo seré.

–¿Cuándo usaste las piedras élficas, te... ? –Titubeó, dudando qué palabra usar–. ¿Te... dolió?

Él la miró y una repentina premonición surgió en el fondo de su mente, aún indefinida, pero real.

–Ésa es una pregunta curiosa.

–Lo sé –asintió ella, mostrando una breve sonrisa antes de que la seriedad invadiera su rostro otra vez–. En realidad no puedo explicarlo, fue un sentimiento que tuve al observarte. Al principio parecías no poder controlar las piedras élficas. Las sostenías alzadas y nada ocurría, aunque estaba claro que intentabas usar su poder para detener al demonio. Después, cuando al fin cobraron vida, se produjo un cambio en ti; un cambio que provocó en tu cara una expresión..., casi como de dolor.

El valense asintió lentamente. Ahora le llegaba el recuerdo, y no era agradable. Después de que ocurrió, había levantado un muro en su interior, casi de forma inconsciente, como en un acto reflejo. Incluso en aquel momento, no sabía por qué. Hasta que ella se lo había recordado, no pensó en lo que había sentido.

Los ojos de la joven mostraban preocupación al fijarse en los de él.

–Si prefieres... –empezó a decir rápidamente.

–No. –Su voz era firme y serena. Movió la cabeza–. No. No sé si yo mismo lo entiendo, pero me ayudará hablar de ello. –Respiró profundamente, eligiendo las palabras con cuidado–. Había una barrera dentro de mí. No sé qué era ni qué la produjo, pero estaba allí y no me dejaba usar las piedras. Me parecía que no podía esquivarla ni pasar sobre ella. –De nuevo movió la cabeza–. Entonces el demonio casi se me venía encima, y Eretria y tú estabais allí, y todos íbamos a morir. De algún modo derribé la barrera, la derribé, la aparté y llegué hasta las piedras.

Hizo una pausa.

–No era dolor, sino una sensación de que algo desagradable estaba ocurriendo dentro de mí, algo que no sé cómo describir. Una sensación de algo malo, y sin embargo no había nada malo en lo que estaba haciendo.

–Quizá te estabas haciendo mal a ti mismo –murmuró ella después de reflexionar un momento–. Quizá la magia élfica sea perjudicial para ti de alguna forma.

–Quizás –admitió–. Sin embargo, mi abuelo nunca habló de ello. ¿Podría ser que la magia no le afectase a él y a mí sí? ¿Por qué iba a ser diferente conmigo?

Ella sacudió la cabeza con expresión de duda.

–La magia élfica produce reacciones diferentes en personas diferentes. Siempre ha sido así. Es una magia que nace del espíritu, y el espíritu nunca es igual.

–Pero mi abuelo y yo nos parecemos mucho, incluso más que mi padre y yo –reflexionó Wil–. Espíritus afines, se podría decir; no tan distintos como para provocar esa diferencia en el uso de las piedras. Estoy seguro de que si hubiera sentido lo que yo, me lo habría dicho.

Amberle extendió la mano y lo cogió del brazo.

–Creo que no deberías usar más las piedras élficas.

Él sonrió.

–¿Ni siquiera para protegerte? –preguntó en un tono desenfadado, pero ella no le devolvió la sonrisa. Aquello no le parecía divertido.

–No seré la causa de ningún daño para ti, curandero –declaró en voz baja–. No fui yo quien te involucró en este asunto, y siento que estés aquí. Pero ya que estás, te hablaré con franqueza. La magia élfica no es algo con lo que se pueda jugar; puede resultar más peligrosa que el mal contra el cual nos protege. Nuestras historias nos han dejado esa advertencia. La magia puede actuar no sólo contra el cuerpo sino también contra el espíritu. Las heridas del cuerpo pueden tratarse. Pero, ¿qué pasa con las heridas del espíritu? ¿Cómo las tratarías, curandero? –Se inclinó hacia él–. Nadie es digno de tal sacrificio, nadie. En especial, yo.

Wil la miró en silencio durante uno momento, sorprendido al ver las lágrimas que brillaban en sus ojos. Estiró la mano para apoyarla sobre las suyas.

–Nos cuidaremos el uno al otro –le prometió. Trató de esbozar una sonrisa–. Quizá no necesitemos volver a usar las piedras.

La mirada que ella le dirigió en respuesta sugirió que no creía ni una palabra de aquello.

Era medianoche cuando el aullido de los demonios lobos se elevó en la tranquilidad de las praderas, penetrante, feroz y cargado de odio. Wil y Amberle se despertaron a la vez, con el placer de su sueño retorcido por el miedo. Durante un momento ninguno de los dos se movió; permanecieron incorporados bajo las mantas, mirándose con los ojos muy abiertos en la oscuridad. El aullido cesó, dejando un eco en el silencio que se produjo; luego se elevó de nuevo, más agudo y más fuerte. Esta vez no dudaron. Sin intercambiar ni una palabra, se levantaron, se calzaron las botas y se pusieron la capa de montar sobre los

hombros. En pocos segundos ensillaron a Artaq, lo montaron y cabalgaron de nuevo hacia el norte.

Avanzaron a un trote continuo, evitando las praderas abiertas, despejadas e iluminadas por la luna y las estrellas, siguiendo la línea de la zona boscosa. El aire frío de la noche arremetía contra ellos mientras cabalgaban, cargado de la humedad que se concentraba en el rocío matutino, lleno con los olores de la noche. Detrás de ellos, los aullidos continuaban, todavía lejos, en algún lugar más allá del Mermidon. Sin duda demonios lobos estaban buscándolos. Seguían el rastro del día anterior, pero aún no se habían dado cuenta de lo cerca que estaban de su presa.

Artaq corría sin parar, esforzando su gran cuerpo en la carrera, poco más que otra sombra deslizándose en la noche de verano. Había descansado casi todo lo que necesitaba para esta marcha forzada y tardaría en agotarse. Wil lo guiaba con cautela, manteniéndolo a un paso uniforme, sin permitir que se excediera. Todavía era temprano, la cacería acababa de comenzar. Sus perseguidores descubrirían pronto la verdad. El valense estaba furioso consigo mismo; no había creído que les pudieran encontrar con tanta facilidad. Las piedras élficas debían de haber revelado su presencia en el Tirfing, y los demonios lobos se dirigieron hacia allí de inmediato, siguiéndoles hacia el norte, y ahora expulsándolos de los bosques de la Tierra del Oeste. En cuanto encontraran el campamento que habían abandonado, los lobos irían tras ellos para cumplir su venganza. Correrían tras ellos hasta darles alcance.

Cabalgaron durante más de una hora sin divisar el valle, con el aullido tras ellos mientras huían. Éste era contestado ahora por gritos procedentes de las praderas situadas bajo los Dientes del Dragón y las llanuras del norte. Wil sintió que el corazón se le encogía. Los lobos los tenían rodeados. Sólo la Tierra del Oeste estaba abierta para ellos. Se preguntó de repente si también esa dirección podría ser peligrosa. Recordó lo que había ocurrido en el río de Plata. El valle de Rhenn podría ser también una trampa. Quizás estaban siendo conducidos deliberadamente hacia el valle y allí era donde los demonios pensaban terminar con ellos. Pero, ¿qué otra alternativa les habían dejado, salvo correr ese riesgo?

Momentos más tarde, los aullidos que les llegaban desde atrás se elevaron hasta convertirse en un frenesí. Los demonios lobos habían encontrado el campamento.

Wil puso a Artaq a galope tendido. Los demonios podían llegar ahora en poco tiempo, seguros de que su presa estaba próxima, sabiendo que podrían atraparlos. Los gritos del norte y del este sonaron en respuesta a los aullidos, agudos y estridentes, mientras los cazadores empezaron a correr. Artaq sudaba, con la cabeza extendida hacia delante y las orejas echadas hacia atrás. Las praderas se transformaron en un terreno de escasos arbustos; habían entrado en las llanuras de Streleheim. El valle de Rhenn no podía estar lejos. Wil se agachó sobre el cuello de Artaq y animó al caballo para que corriera.

Fue durante la tercera hora de persecución, cuando las praderas de Callahorn habían quedado ya bastante atrás y la tierra que pisoteaban los cascos de Artaq se volvió dura y agrietada, cuando los aullidos de los demonios lobos se oyeron tan cerca que parecía que las enormes formas grises saltarían ante ellos en cualquier momento, cuando el viento y el polvo los habían cegado y el sudor del miedo corría por sus cuerpos bajo sus desordenadas ropas, que el valense y la joven elfina por fin divisaron los cerros irregulares que formaban la entrada del valle de Rhenn. Surgieron de las planicies que precedían a los bosques élficos como sombras oscuras y achaparradas destacando contra el cielo nocturno. Los jinetes giraron hacia el paso sin aflojar la marcha. Los flancos de Artaq se henchían con el esfuerzo, las ventanas de su nariz se ensanchaban. Un sudor espumoso cubría su bruñido cuerpo negro. Se forzó aún más, corriendo a través de la oscuridad, con las dos figuras acurrucadas agarrándose a él con desesperación.

Pocos segundos después, el paso estaba ante ellos, con sus aristas rocosas elevándose a cada lado. Abajo, en el interior de la estrecha abertura del valle, amenazaba la oscuridad. Wil atisbó frenéticamente a través de los ojos llenos de lágrimas mientras el viento cortaba su cara, tratando de distinguir a los demonios que temía estuviesen esperando para tenderles una trampa. Con sorpresa descubrió que no había ninguno. Estaban solos en el valle. Sintió una repentina sensación de euforia. ¡Se estaban escapando! Los perseguidores se hallaban demasiado atrás para atraparlos antes de que estuvieran a salvo en los bosques de la Tierra del Oeste, en el país de los elfos. Entonces conseguirían ayuda...

El pensamiento incompleto quedó suspendido en su mente, repitiéndose una y otra vez en cadencia con el sonido de los cascos de Artaq en su carrera sobre la tierra del valle. Wil sintió frío. ¿Qué estaba pensando? No habría ninguna ayuda para ellos. Nadie sabía de su llegada, nadie excepto Allanon, y el druida había desaparecido. ¿Ayuda? ¿Qué ayuda podía esperar? Los demonios ya habían penetrado en el corazón de la villa de Arbolon para destruir a los escogidos. ¿Qué le hacía pensar que dejarían de perseguir a un valense increíblemente ingenuo y a una joven elfina inofensiva dentro de aquellos bosques? Todo lo que habían conseguido llegando hasta el valle de Rhenn era sacar a Artaq de las praderas abiertas, donde podía correr, y meterlo en el confinamiento de los bosques, donde no podía. No había nada que lograra evitar que los lobos continuaran tras ellos. Las criaturas los superaban en rapidez y agilidad, eran más aptas para desplazarse en el laberinto de árboles y arbustos, más capacitadas para perseguirlos que ellos para escapar. Se había preocupado tanto de lo que huían que olvidó considerar hacia dónde huían. No podría escapar. Serían atrapados; serían asesinados. Era culpa suya. Él lo había provocado.

Tenía que hacer algo.

Su mente corría, buscando una solución desesperadamente. Sólo le quedaba un arma.

Las piedras élficas

Entonces Amberle gritó. El valense miró hacia atrás, siguiendo el brazo rígido de la elfina que señalaba al cielo.

Sobre la entrada del valle volaba una monstruosa criatura negra de alas membranosas que se extendían sobre la cadena de montañas con una cabeza ganchuda e inclinada como un miembro retorcido. Dando alaridos, salió de las llanuras de Streleheim y enfiló la entrada del valle, dirigiéndose hacia ellos. Wil no había visto nunca nada tan enorme. Animó frenéticamente a Artaq, pero al caballo ya no le quedaba nada que dar, se movía sólo por el impulso de su voluntad. A unos cientos de metros estaba la señal que marcaba el paso del otro lado. Más allá se encontraban los bosques que los ocultarían de esa pesadilla, bosques en los que una cosa de semejante tamaño no podría penetrar. Todo lo que necesitaban era unos cuantos segundos más.

La criatura se lanzó en picado hacia ellos. Parecía caer como una enorme roca, precipitándose en la noche. Wil Ohmsford vio durante un momento al jinete que la montaba, algo vagamente humano, pero encorvado y deforme, con unos ojos rojos que se destacaban del rostro negro. El muchacho sintió que los ojos lo traspasaban y le pareció que fundían su valor.

Creyó que aquello era el fin. Pero entonces, con un último esfuerzo, Artaq atravesó el paso, y penetró en la oscuridad de los árboles.

El gran caballo tomó un estrecho sendero de tierra, sin disminuir apenas su velocidad, mientras su cuerpo bruñido regateaba y esquivaba los troncos y la maleza. Wil y Amberle se aferraban a él, mientras las ramas y enredaderas que los azotaban amenazaban con derribarlos a cada instante. Él trató de refrenar al caballo, pero éste había tomado la iniciativa, quitándole todo control sobre él. Ahora corría en su propia carrera.

En segundos perdieron todo sentido de la orientación, confundidos por la oscuridad del bosque que los encerraba y por el camino serpenteante que recorrían. Aunque ya no les

llegaban los aullidos de los demonios lobos ni los alaridos del monstruo volador, Wil sintió miedo ante la posibilidad de que hubieran girado sin advertirlo y se estuvieran dirigiendo hacia las criaturas de las que trataban de escapar. Tiró de las riendas en un esfuerzo para dominar al caballo, pero Artaq se mantuvo firme.

El valense casi había perdido toda esperanza de lograr que el corcel negro se detuviera, cuando éste disminuyó bruscamente su velocidad y se detuvo. Se quedó en medio del camino, con los costados palpitantes y la nariz dilatada. Bajó su hermosa cabeza y resopló suavemente. Después se produjo un largo momento de silencio. Wil y Amberle se miraron interrogándose mutuamente.

Entonces una figura negra y alta apareció delante de ellos, surgiendo de la noche sin ruido. Ocurrió tan inesperadamente que Wil ni siquiera tuvo tiempo de pensar en las piedras élficas. La figura oscura se aproximó, apoyó una mano con cariño sobre el cuello sudoroso de Artaq, dándole unas palmadas. Desde las sombras de la capucha de su capa, levantó el rostro hacia la luz.

Era Allanon.

–¿Estáis bien? –preguntó suavemente, extendiendo los brazos hacia Amberle para bajarla.

La joven asintió con un gesto, reflejando el asombro en sus ojos de color verde mar, asombro y un poco de enojo. El druida frunció el entrecejo y se volvió para ayudar a Wil, pero éste ya estaba descendiendo del lomo de Artaq.

–¡Te creíamos muerto! –exclamó con extrañeza.

–Parece que siempre alguien tiene que declararme muerto antes de tiempo –comentó el místico con cierta petulancia–. Como veis, estoy bastante...

–Allanon tenemos que salir de aquí. –Wil miró a su alrededor con ansiedad. Sus palabras se enredaron en su precipitación por salir–. Los demonios lobos nos vienen persiguiendo todo el camino desde el Mermidon, y hay una cosa negra voladora que...

–Wil, calma.

–... casi nos atrapa en el valle. Es más grande que cualquier cosa que nunca haya...

–¡Wil!

Wil Ohmsford se calló. Allanon sacudió la cabeza con gesto reprobatorio.

–¿Vas a permitirme hablar, por favor?

El valense enrojeció y asintió.

–Gracias –continuó el druida–. En primer lugar, ahora estáis a salvo. Los demonios ya no os persiguen. El que los guía puede sentir mi presencia. Me teme y ha dado la vuelta.

El valense le miró con escepticismo.

–¿Estás seguro?

–Completamente. Nadie os sigue ahora. Venid conmigo los dos y sentaos.

Los condujo hasta un tronco caído que estaba junto al camino, y el valense y la elfina se sentaron. Allanon permaneció de pie.

–Debemos seguir hacia Arbolon esta noche –les dijo–. Pero podemos perder unos cuantos minutos para descansar.

–¿Cómo has llegado hasta aquí? –le preguntó Wil.

–Podría haceros la misma pregunta. –El hombre alto apoyó una rodilla en el suelo y se arrebujó en sus ropas oscuras–. ¿Comprendéis lo que ocurrió en el río?

El valense asintió.

–Creo que sí.

–Fue el rey del río de Plata –intervino Amberle–. Lo vimos; habló con nosotros.

–Habló con Amberle – corrigió Wil–. ¿Pero qué te ocurrió a ti? ¿Te ayudó también?

Allanon negó con la cabeza.

–Me temo que ni siquiera lo vi; sólo la luz que os envolvió y os llevó. Es un

personaje solitario y misterioso, y se deja ver muy pocas veces. En esa ocasión decidió presentarse ante vosotros. Las razones debe reservárselas, supongo. En cualquier caso, su aparición causó una confusión considerable entre los demonios, y aproveché la confusión para escaparme.

Hizo una pausa.

–Amberle, dijiste que habló contigo. ¿Recuerdas lo que dijo? –preguntó después.

La elfina pareció inquietarse.

–No, no exactamente. Fue como un sueño. Dijo algo sobre... reunirnos.

Durante un instante hubo un destello de entendimiento en los ojos oscuros del druida. Pero ni Wil ni Amberle lo vieron, y desapareció en seguida.

–No importa. –El místico se apartó del tema, quitándole importancia–. Os ayudó cuando necesitasteis su ayuda y por eso estamos en deuda con él.

–Con él seguro que sí, pero desde luego no contigo. –Amberle no se molestó en disimular su enojo–. ¿Dónde has estado druida?

Allanon pareció sorprendido.

–Buscándoos. Desgraciadamente, cuando el rey del río de Plata os ayudó, hizo que nos separáramos. Yo sabía que estabais a salvo, desde luego, pero no sabía dónde habíais sido llevados ni cómo encontraros. Podría haber empleado la magia, pero me pareció un riesgo innecesario. El que guía a esos demonios que han escapado de la Prohibición tiene poderes tan grandes como los míos, quizá mayores. Al usar la magia también lo habría conducido a él hacia vosotros. Por eso decidí continuar hacia Arbolon, buscándoos por el camino, creyendo que recordaríais y seguiríais las instrucciones que os había dado. Tu caballo gris, Wil, se perdió en la batalla; por eso me vi obligado a ir andando, y estaba seguro de que me precedíais en el camino. Hasta que no usasteis las piedras élficas no supe que estaba equivocado. –Se encogió de hombros–. Entonces casi había llegado a Arbolon. Di la vuelta y viajé hacia el sur a través de los bosques, creyendo que buscaríais su protección en las cercanías del Mermidon. De nuevo me equivoqué. Cuando oí los aullidos de los demonios lobos, me di cuenta de que intentabais llegar al valle de Rhenn. Eso me trajo hasta aquí.

–Parece que has pasado mucho tiempo equivocándote –le espetó Amberle.

Allanon no dijo nada; sus ojos se encontraron con los de ella.

–Creo que tu primer error fue ir a buscarme –continuó la elfina, con voz acusadora.

–Era necesario.

–Eso está por ver. Lo que me preocupa en este momento es que los demonios han estado desde el principio a un paso por delante de ti. ¿Cuántas veces han estado a punto de atraparme?

Allanon se levantó.

–Demasiadas veces. No ocurrirá más.

Amberle se levantó a su vez. Tenía el rostro enrojecido.

–Tus promesas no me resultan muy tranquilizadoras. Quiero poner fin a este viaje. Quiero volver a mi casa, a Villa Refugio, no a Arbolon.

El rostro del druida permaneció impasible.

–Lo comprendo. Haré lo que pueda por ti.

–Quizá. Quizá sólo hagas lo que te convenga.

El druida se tensó más.

–Eso no es justo, Amberle. Sabes menos del asunto de lo que supones.

–Sé una cosa. Sé que ni tú ni el que elegiste para que me proteja habéis resultado demasiado eficaces. Sería mucho más feliz si nunca os hubiera visto.

Estaba tan furiosa que casi se le saltaron las lágrimas. Los observó con fijeza, provocándolos para que la contradijesen. Al no hacerlo ninguno, se dio la vuelta y

comenzó a caminar por el camino oscuro.

–Dijiste que teníamos que seguir hacia Arbolon esta noche, druida –gritó–. ¡Quiero que esto termine!

Wil Ohmsford miró cómo se alejaba, revelando en el rostro resentimiento y confusión. Durante un momento pensó en quedarse allí sentado y dejar que la joven elfina siguiese por su cuenta. Obviamente, no había sido de gran ayuda para ella. Entonces sintió la mano de Allanon en su hombro.

–No la juzgues con precipitación –le dijo en voz baja.

La mano se retiró y el druida se adelantó para coger las riendas de Artaq. Se volvió a mirar a Wil interrogativamente. El valense sacudió la cabeza y se levantó. Después de todo, había llegado demasiado lejos. No conseguiría nada negándose a seguir.

El druida había comenzado ya a caminar tras la menuda figura de la muchacha, mientras ésta desaparecía por el sendero, entre los árboles. Wil, de mala gana, siguió también.

# XVIII

Era el anochecer del día siguiente. Las sombras se alargaban en la ciudad boscosa de Arbolon y la penumbra gris se hacía más intensa a medida que entraba la noche. Eventine Elessedil estaba sentado solo en la tranquilidad de su estudio examinando la lista de Gael sobre los asuntos que requerirían su atención por la mañana. El cansancio se marcaba en su rostro y sus ojos se esforzaban por ver con la luz de la lámpara de aceite que descansaba sobre el escritorio de madera que él ocupaba. La habitación estaba silenciosa, encerrando al anciano rey de los elfos en la soledad de sus pensamientos.

Dirigió la mirada hacia Manx, que yacía tendido al otro lado de la sala junto a la biblioteca, durmiendo. Los flancos grisáceos del lebrel se elevaban y descendían rítmicamente, mientras exhalaba el aliento por la nariz con un curioso gemido nasal. Eventine sonrió. Tú concilias el sueño con facilidad, pensó, un sueño profundo, libre de pesadillas y de problemas. Sacudió la cabeza. ¡Cuánto daría por gozar de una sola noche de sueño apacible! Poco descanso había conseguido. Las pesadillas poblaban sus noches, pesadillas que eran distorsiones de las desagradables realidades de las horas de vigilia, que se llevaba con él al sueño. Le importunaban y atormentaban; se infiltraban perversamente, desgarradoras y malignas. Cada noche se hacían presentes, aguijoneando su subconsciente, fragmentando su sueño para que una y otra vez se despertara agitado, hasta que al fin llegaba el amanecer y cesaba la lucha.

Se frotó los ojos, y después la cara, apartando la luz con las manos. Tendría que irse a descansar, porque en cierto modo era necesario dormir. Pero sabía que no iba a hallar mucho reposo.

Cuando volvió a bajar las manos, se encontró cara a cara con Allanon. Durante un momento no creyó que estaba viendo al druida en realidad; lo atribuyó a una trampa de su mente, producida por el cansancio. Pero cuando miró con fijeza sus ojos penetrantes y la imagen no desapareció, se puso en pie sobresaltado.

–¡Allanon! ¡Creí que mis ojos me engañaban!

El druida se acercó y ambos se estrecharon las manos. Ya no había el menor rastro de incertidumbre en los ojos del rey de los elfos.

–¿La encontraste?

Allanon asintió.

–Está aquí.

Eventine no supo qué responder. Los dos humanos quedaron mirándose fijamente sin decir nada. Delante de la estantería repleta de libros, Manx se levantó y bostezó.

–Creí que ella no volvería nunca –dijo el rey al fin. Luego titubeó–. ¿Dónde la has llevado?

–Donde puede estar protegida –respondió Allanon. Soltó la mano del rey–. No tenemos mucho tiempo. Quiero que reúnas a tu hijo y a tus consejeros más íntimos; aquellos a quienes hayas hablado del verdadero peligro que amenaza a los elfos. Asegúrate de tu selección. Reúnelos dentro de una hora en las cámaras del Consejo Supremo. Diles que hablaré con ellos, pero que no se entere nadie más. Encárgate de que la guardia mantenga vigilancia fuera. Dentro de una hora, nos veremos.

Se dio la vuelta y se dirigió a la puerta cristalera por la que había entrado.

–¿Amberle...? –dijo Eventine al verlo marchar.

–Dentro de una hora –repitió el druida.

Pasó entre las cortinas y desapareció.

El tiempo fijado pasó, y los que habían sido convocados por el rey se encontraban reunidos en el Consejo Supremo. La sala del Consejo era una cámara hexagonal construida de roble y piedra, con su techo de catedral, en forma de estrella, elevándose hacia la conjunción de unas enormes vigas. Varias enormes puertas de madera daban a la sala, iluminada por lámparas de aceite que colgaban bajas en los extremos de cadenas de hierro negro. Ante la pared del fondo, estaba situado el estrado del rey, una serie de escalones que conducían a un gran trono de roble labrado, flanqueado por una fila de estandartes que sostenían las insignias de las casas de los reyes elfos. Las demás paredes estaban bordeadas por gradas, de doce filas cada una, todas con vistas a un amplio espacio pavimentado con piedra pulida, cercado como un coso por una barandilla baja de hierro. En el centro exacto de la estancia se encontraba una gran mesa ovalada con veintiuna sillas donde estaban sentados los miembros del Consejo Supremo de los elfos.

Sólo seis de aquellas sillas se hallaban ocupadas esa noche. En una de ellas se sentaba Ander Elessedil. Hablaba poco con los otros cinco que lo acompañaban, desviando su mirada inquieta hacia las puertas dobles del otro extremo de la cámara. Los pensamientos sobre Amberle se amontonaban en su mente. Aunque su padre no la había mencionado al darle la noticia del regreso de Allanon, estaba seguro de que el druida había tenido éxito en su misión. En caso contrario, el Consejo no habría sido convocado con tanta premura. También estaba seguro de que Allanon pretendía presentarla ante el Consejo para pedir a sus miembros que le confiaran la búsqueda del Fuego de Sangre. Pero no lo estaba del sentido de la respuesta que darían. Si el rey accedía hablar primero, por requerimiento del druida, y prestar su apoyo, era probable que los otros aceptaran sus deseos. Pero, ni aún eso podía determinarse, dados los sentimientos que los elfos albergaban contra Amberle. Además, no creía que su padre actuara de tal forma. Primero escucharía la opinión de los que había reunido a su alrededor. Después, tomaría una decisión.

Ander dirigió una rápida mirada hacia su padre, luego desvió la vista. ¿Cuál sería su propia opinión?, se preguntó de repente. Se le pediría que hablara, pero, ¿cómo podía ser objetivo en una cuestión que se refería a Amberle? Un conflicto de emociones incidió intensamente en su razonamiento. El amor y la decepción se mezclaron. Sus manos se cerraron ante él, sobre la mesa, a consecuencia de lo que estaba sintiendo. Tal vez sería mejor que no opinara. Tal vez sería mejor que se sometiera al juicio de los otros.

Su mirada recorrió sus rostros en un momento. Aparte de Dardan y Rhoe, que vigilaban fuera de la cámara, nadie sabía que se estaba celebrando aquella reunión. Había otros a los que su padre podría haber llamado, personas buenas. Pero había elegido a éstos. Ander pensó que fue una elección adecuada, al considerar el carácter de cada uno. Pero, ¿qué clase de dictamen emitirían cuando oyeran lo que se iba a decir?

Se dio cuenta de que no estaba seguro.

Arion Elessedil se hallaba sentado a la derecha de su padre, el lugar reservado en la mesa para el príncipe heredero del reino. Sería a Arion a quien el rey miraría primero, como siempre hacía cuando se necesitaba tomar una decisión importante. Arion era la fuerza de su padre, y el anciano lo amaba profundamente. Su presencia proporcionaba a Eventine una sensación de seguridad que Ander sabía que él era incapaz de producir, aunque lo intentara. Pero Arion carecía de compasión, y a veces mostraba una intolerancia que oscurecía su buen sentido. Era difícil prever qué posición tomaría respecto a Amberle. En otra época había sentido cariño por la joven, la única hija de su amado hermano Aine. Pero de eso hacía mucho tiempo. Sus sentimientos habían cambiado tras la muerte de su hermano; y, aún más, con la traición de Amberle a su compromiso como escogida. El príncipe heredero albergaba una gran amargura en su interior; la mayor parte de ella causada por el daño que Amberle le había hecho a su padre. Era imposible saber hasta

dónde llegaba esa amargura, Ander la creía profunda y le preocupaban sus consecuencias.

El primer ministro del rey, Emer Chios, ocupaba la silla contigua a Arion. Como primer ministro, era Chios quien presidía el Consejo en ausencia del rey. Un hombre claro y persuasivo que expresaría sus sentimientos con franqueza, de eso estaba seguro. Aunque Eventine y su primer ministro no siempre compartían las mismas opiniones sobre los asuntos que se exponían ante el Consejo, ambos respetaban el parecer del otro. Eventine escucharía con atención lo que su primer ministro tuviera que decir.

Kael Pindanon, jefe del ejército de los elfos, era el amigo más antiguo e íntimo del rey y, aunque diez años más joven, parecía como mínimo de su misma edad. Su rostro tenía el aspecto de la madera seca, su nudoso cuerpo el del cuero sin curtir, lleno de cicatrices y huellas producidas por toda una vida de batallas. El cabello blanco le llegaba hasta los hombros, y un gran bigote caído formaba un arco alrededor de la fina línea de su boca. Duro como el hierro y fijo en sus convicciones, Pindanon era el más previsible de los consejeros de Eventine. El viejo soldado era del todo fiel al rey; siempre hablaba de acuerdo con lo que creía más conveniente para el soberano y así actuaría con Amberle.

El último elfo en la mesa no era miembro del Consejo Supremo. Era más joven que Ander, delgado y de cabello oscuro, con aire alertado y ansiosos ojos castaños. Se sentó junto a Pindanon, retirando ligeramente la silla de la mesa, sin hablar con los demás pero observándolos en silencio. Llevaba dos dagas en el cinturón y una gran espada que, dentro de la vaina, colgaba del respaldo de su silla. No llevaba ninguna insignia del cargo, salvo un pequeño medallón con el blasón de los Elessedil que pendía de una cadena de plata alrededor de su cuello. Se llamaba Crispin. Era capitán de la Guardia Especial, el cuerpo de élite de rastreadores elfos cuya única misión era la protección del rey. Su presencia en el Consejo, en cierto modo, era un misterio. Ander nunca hubiera esperado que su padre le pidiera consejo. Pero estaba claro que su padre no siempre hacía lo que Ander esperaba.

Se tomó un descanso en su evaluación. Con diferentes experiencias y personalidades, los elfos allí reunidos sólo tenían en común su absoluta lealtad hacia el viejo rey. Quizá por esa lealtad, Eventine sentía que podía confiarles sin riesgos la difícil decisión respecto a Amberle. Quizá también estaban allí porque era a ellos a quienes pediría su apoyo cuando llegase el momento de defender la patria de los elfos.

Y ese momento estaba cerca. La inevitabilidad de una terrible lucha entre elfos y demonios se hacía cada vez más evidente. Ellcrys se debilitaba por días, el decaimiento y la marchitez se extendían de forma inexorable por las ramas, despojándola de su belleza y de su vida, debilitando el poder que mantenía la Prohibición. Cada día llegaban nuevos informes de criaturas extrañas y aterradoras, seres nacidos de pesadillas y oscuras fantasías, que merodeaban por las fronteras de la Tierra del Oeste. Los soldados elfos patrullaban desde el valle de Rhenn hasta el Sarandanon, desde los Zarzales hasta Kershalt, y aún seguía aumentando el número de criaturas. Era seguro que crecería más, hasta que lograran escapar las suficientes para unirse y atacar con eficacia a los elfos.

Ander apoyó los codos en la mesa, y cruzó las manos ante su frente, protegiendo sus ojos de la luz. Ellcrys se estaba muriendo con tanta rapidez que se preguntó si habría tiempo suficiente para llegar al Fuego de Sangre, aunque Allanon hubiese tenido éxito en su búsqueda. ¡Tiempo! Todo dependía del tiempo.

Las enormes puertas del otro extremo de la sala se abrieron y las seis cabezas se volvieron cuando Allanon entró andando a grandes pasos, alto e imponente en sus ropas negras. Con él entraron dos figuras más bajas, envueltas en capas y con los rostros ocultos por las capuchas.

¡Amberle!, pensó Ander en seguida. ¡Una de ellas debe de ser Amberle!

¿Pero quién era la segunda figura?

Los tres avanzaron en silencio hasta el extremo opuesto de la gran mesa ovalada. Allí

el druida indicó a sus compañeros que se sentaran y después elevó su oscuro rostro hacia el rey.

–Majestad –dijo y se inclinó levemente.

–Allanon –contestó el rey–. Sé bienvenido.

–¿Están todos los convocados?

–Todos –le aseguró Eventine, y los nombró uno por uno; después dijo–: Por favor, expón lo que has venido a decir.

Allanon se adelantó unos pasos hasta quedar a medio camino entre los elfos y las figuras encapuchadas.

–Muy bien. Lo explicaré sólo una vez, así que pido que escuchen con atención. El pueblo elfo se encuentra en grave peligro. Ellcrys se está muriendo. Se debilita con rapidez, y ésta aumenta cada día que pasa. A medida que ella se va debilitando también lo hace la Prohibición. Los demonios que vuestros antepasados encerraron empiezan a volver de nuevo a vuestro mundo. Pronto estarán todos libres y, cuando eso ocurra, intentaran aniquilaros.

El druida dio un paso hacia delante.

–Creed lo que os digo, caballeros elfos. No podéis apreciar como yo el alcance del odio que los empuja. Sólo he visto a unas cuantas de esas criaturas, unas cuantas que han cruzado ya la Prohibición, pero incluso esas pocas me han mostrado el odio que las consume a todas. Ese odio es pavoroso. Les da poder, más poder del que poseían cuando fueron aisladas por primera vez. No creo que seáis capaces de hacerles frente.

–¡No conoces el ejército de los elfos! –exclamó Pindanon con el rostro encendido.

–Comandante. –Eventine habló con voz suave. El viejo soldado se volvió en seguida–. Déjanos escucharle antes.

Pindanon volvió a sentarse, con la frustración marcada en el rostro.

–Ellcrys es la llave de vuestra subsistencia –continuó Allanon, ignorando a Pindanon–. Cuando Ellcrys muera, la Prohibición desaparecerá. La magia que la creó también desaparecerá. Una cosa puede evitarlo, y sólo una. Según la leyenda de los elfos y las leyes de la magia que le dio vida, Ellcrys puede renacer. Pero sólo de una forma será factible. Lo sabéis bien. Un escogido que esté en su año de servicio debe llevar la semilla a la fuente de la vida, al Fuego de Sangre. La semilla debe ser sumergida por completo en el fuego, y luego devuelta a la tierra donde se arraiga el árbol madre. Así se producirá la nueva vida de Ellcrys. Así la muralla de la Prohibición será restaurada y los demonios quedarán desterrados de la tierra una vez más.

»Hace dos semanas, tras descubrir la situación de Ellcrys, vine a ofrecer mi ayuda a Eventine Elessedil. Llegué demasiado tarde. La Prohibición ya se había resquebrajado permitiendo escapar a varios de los demonios que encerraba. Antes de que me fuera posible actuar para evitarlo, mataron a los escogidos. Los asesinaron brutalmente mientras dormían, asesinaron a todos los que encontraron.

»No obstante, le dije al rey que trataría de ayudar a los elfos de dos formas. Primero, viajaría a Paranor hasta el castillo de los druidas y allí revisaría los libros de historia de mis antepasados para intentar descubrir el secreto de la palabra "Salvafuerte". Ya lo he hecho. He descubierto donde puede encontrarse el Fuego de Sangre.

Hizo una pausa, estudiando los rostros de los humanos que le escuchaban.

–Le dije también al rey que buscaría a alguien que pudiera llevar la semilla de Ellcrys al Fuego de Sangre, porque creía que esa persona existía. También he hecho eso. He traído a esa persona conmigo hasta Arbolon.

La tensión expectante de Ander creció mientras se elevaba un murmullo de incredulidad entre los hombres reunidos. Allanon se giró e hizo una seña a la menor de las figuras encapuchadas.

–Ven aquí.

La figura oscura se levantó vacilante, luego caminó hasta detenerse junto al druida.

–Quítate la capucha.

De nuevo vaciló. Los elfos se inclinaron hacia delante, impacientes; todos excepto Eventine, que se mantenía erguido en su asiento con las manos sobre los tallados brazos de madera.

–Bájate la capucha –repitió Allanon afablemente.

Esta vez la figura obedeció. Unos brazos delgados y morenos salieron de entre los pliegues de la capa y echaron hacia atrás la capucha que ocultaba su cara. Los ojos de color verde de Amberle estaban fijos, sin mirar, para evitar encontrarse con los de su abuelo. Hubo un instante de pesado silencio.

Entonces, Arion se levantó de repente, lívido de rabia.

–¡No! ¡No, druida! ¡Llévatela de aquí! ¡Llévala al lugar donde la encontraste!

Ander fue a levantarse de su silla, reflejando en su rostro el golpe que le habían causado las palabras de su hermano, pero su padre lo cogió de un brazo y lo obligó a sentarse de nuevo. Al momento se inició un intercambio de airados comentarios, pero las palabras se perdieron en una confusión de voces que se ahogaban unas a otras.

La mano de Eventine se elevó bruscamente y el silencio regresó a la sala.

–Primero escucharemos a Allanon –dijo con firmeza, y Arion se deslizó hacia su asiento.

El druida asintió.

–Os pido a todos que recordéis esto. Sólo un escogido en servicio puede llevar la semilla de Ellcrys. Cuando el año comenzó, había siete. Seis han muerto. Amberle Elessedil es vuestra última esperanza.

Arion lo interrumpió.

–¡Ella no es una esperanza! ¡Ya no es una escogida!

La voz del príncipe elfo fue amarga y dura. Kael Pindanon asintió, revelando la repulsa en su rostro marcado por cicatrices.

Allanon se adelantó un paso más.

–¿Niegas que ella es una escogida? –La sutil sonrisa burlona apareció en sus labios–. Entérate entonces de que también ella lo niega. Pero le he dicho, y también le dije a su abuelo y ahora te lo digo a ti, que ningún sentimiento, ni tuyo ni de ella, cambiará lo que realmente es. Tus sentimientos no tienen influencia. Nieta del rey o desechada por su pueblo, ¿qué importa, príncipe elfo? Tu preocupación debería ser la supervivencia de tu gente, de tu gente y de la de todas las tierras, porque el peligro las amenaza también. Si Amberle puede prestar alguna ayuda a vosotros o a ellos, todo lo ocurrido debe ser olvidado.

Arion no cedió.

–No lo olvidaré. Nunca lo olvidaré.

–¿Qué quieres de nosotros? –interrumpió Emer Chios bruscamente, y Arion se sentó de nuevo.

Allanon se volvió a mirar al primer ministro.

–Sólo esto. Ni vosotros ni yo ni Amberle tenemos derecho a decidir si ella es aún una escogida. Sólo Ellcrys tiene derecho, porque fue ella quien tomó esa decisión en un principio. Por tanto debemos conocer los sentimientos del árbol. Que Amberle vaya ante Ellcrys, y que ella decida si la acepta o la rechaza. Si es aceptada como una escogida se le entregará la semilla y la llevará hasta el Fuego de Sangre.

–¿Y si es rechazada?

–Entonces será mejor que esperemos que la fe del comandante en el ejército de los elfos esté bien fundamentada.

Arion se levantó una vez más, ignorando la mirada de advertencia que su padre le dirigió.

–Nos pides demasiado, druida. Nos pides que pongamos nuestra confianza en alguien que ha demostrado ser indigno de ella.

La voz de Allanon fue firme.

–Os pido que pongáis vuestra confianza en Ellcrys, como habéis hecho durante siglos incontables. Dejadle la decisión a ella.

Arion sacudió la cabeza.

–No, presiento que pretendes enredarnos en un juego, druida. El árbol no le habla a nadie; no le hablará a esta joven. –Su mirada iracunda se desvió hacia Amberle–. Si la joven tiene que conseguir nuestra confianza, dejemos que ella nos diga primero por qué se marchó de Arbolon. Que nos diga por qué se deshonró a sí misma y a toda su familia.

Allanon pareció considerar la petición durante un momento, después bajó la mirada hacia la elfina. El rostro de Amberle estaba pálido.

–Yo no pretendí deshonrar a nadie –dijo con voz serena–. Hice lo que sentí que debía hacer.

–¡Tú nos deshonraste! –gritó Arion–. Eres la hija de mi hermano, a quien yo amaba. Me gustaría entender lo que hiciste, pero no lo entiendo. Lo que hiciste llenó de vergüenza a tu familia, a todos nosotros. Infamó el recuerdo de tu padre. Ningún escogido ha rechazado nunca el honor de servir. ¡Ninguno! Pero tú, tú despreciaste el honor como si careciera de significado.

Amberle estaba tensa.

–Yo no deseaba ser una escogida, Arion. Fue un error. Traté de servir como los otros, pero no pude. Sabía lo que se esperaba de mí, pero... no podía hacerlo.

–¿No pudiste? –Arion se inclinó hacia delante amenazadoramente–. ¿Por qué? Quiero saber por qué. Ésta es tu oportunidad para explicarlo. ¡Hazlo!

–¡No puedo! –murmuró ella, presa de la tensión–. No puedo. No lograría que lo comprendierais, ni aunque lo deseara, ni aunque... –Dirigió una mirada suplicante a Allanon–. ¿Por qué me hiciste volver, druida? Esto no tiene sentido. Ellos no quieren que esté aquí. Yo no quiero estar aquí. Me siento asustada, ¿no lo entiendes? Déjame volver a casa.

–Estás en casa –dijo el druida con afabilidad, con una tristeza en la voz que no había mostrado antes. Se volvió a mirar a Arion–. Tus preguntas son inútiles, príncipe. Piensa de dónde proceden. El dolor conduce a la amargura, la amargura a la ira. Si sigues por ese camino te perderás.

Hizo una pausa, fijando sus ojos oscuros en los miembros del Consejo.

–Yo no pretendo comprender lo que causó que esta joven abandonase a su pueblo. No pretendo comprender qué provocó que eligiese una vida diferente de la que se le ofrecía en Arbolon. No me corresponde a mí juzgarla, ni a vosotros. Lo que haya hecho antes, hecho está. Ha demostrado valor y determinación al realizar este viaje de vuelta a Arbolon. Los demonios la han descubierto. La han seguido. Aún la siguen. Ha soportado penurias y afrontado peligros al volver. ¿Habrá sido para nada?

Ante la mención del peligro en que estaba Amberle, la alarma se asomó por un instante a los ojos de Eventine. Ander la vio; apareció y desapareció rápidamente.

–Podrías haber llevado a esta joven ante Ellcrys sin necesidad de consultarnos –señaló Emer Chios de repente–. ¿Por qué no lo hiciste?

–Amberle no deseaba volver a Arbolon –dijo Allanon–. Vino porque yo la persuadí de que era necesario, de que debía ayudar a su pueblo en lo que estuviera a su alcance. Sin embargo, no podía forzarla a venir en secreto y a escondidas, sino abiertamente. Si ella tiene que ir ante Ellcrys, deberá ser con vuestra aprobación.

El druida deslizó su brazo sobre los delicados hombros de la joven. Ésta levantó la vista, reflejando sorpresa en su rostro infantil.

–Tenéis que hacer vuestra elección. –El rostro del druida permaneció impasible–. ¿Quién de vosotros la respaldará, caballeros elfos?

El silencio se densificó en la cámara. Los elfos y el druida se miraron. Casi olvidada ahora, la segunda figura se agitaba con nerviosismo en el otro extremo de la mesa. Los segundos transcurrían. Nadie se levantó.

Entonces, de pronto, Ander Elessedil descubrió que Allanon lo estaba mirando a él. Algo no expresado en palabras pasó entre ellos, casi una comprensión. En ese instante Ander supo lo que debía hacer.

Se puso en pie lentamente.

–¡Ander! –oyó protestar a su hermano.

Se volvió para mirar el rostro oscuro de Arion y vio reflejada una advertencia en sus ojos implacables; entonces apartó la vista. Sin pronunciar palabra, rodeó la mesa hasta situarse delante de Amberle. Ella lo miró, aterrorizada, como un animal salvaje a punto de huir. Rodeó suavemente los hombros de la muchacha y se inclinó para besarla en la frente. Había lágrimas en los ojos de ella cuando le devolvió el abrazo.

Emer Chios se levantó.

–No veo ninguna dificultad en aceptar lo que se nos ha propuesto, señores –dijo dirigiéndose a los demás–. Debemos aprovechar cualquier oportunidad.

Dio un paso para unirse a Ander.

Crispin dirigió una rápida mirada a Eventine. El rey estaba sentado con rigidez y su rostro se mostró inexpresivo al afrontar la mirada del capitán. Crispin se levantó y caminó hasta colocarse junto a Ander.

El Consejo había quedado dividido en partes iguales. Tres de pie con Amberle; tres sentados a la mesa. Eventine miró a Arion. El príncipe heredero de los elfos aguantó la mirada de su padre, luego desvió sus ojos hacia Ander.

–Yo no soy tan insensato como mi hermano. Mi respuesta es no.

El rey miró a Pindanon. La cara del viejo soldado tenía un gesto duro.

–Yo confío en el ejército de los elfos, no en esta joven. –Luego pareció dudar–. Ella lleva vuestra misma sangre. Mi voto será como el vuestro, majestad. Decidid lo que más convenga.

Todos los ojos se fijaron ahora en Eventine. Durante un instante éste pareció ajeno a la situación. Permaneció sentado mirando fijamente la mesa, con tristeza y resignación en el rostro. Sus manos se deslizaron lentamente sobre la superficie de madera pulida, luego se entrecruzaron con fuerza.

Se puso en pie.

–Está decidido entonces. Amberle se presentará ante Ellcrys. Se levanta el Consejo.

Arion Elessedil se incorporó, dirigiendo una mirada furiosa hacia Ander, y salió con arrogancia de la sala del Consejo Supremo sin decir una palabra.

Dentro de la protectora sombra de su capucha, Wil Ohmsford vio el dolor y la incredulidad reflejados en los ojos de Ander Elessedil que contemplaba fijamente a su hermano. Entre los dos se había producido una ruptura que no se repararía con facilidad. Después, el príncipe elfo desvió la mirada hacia él, que la evitó tímidamente.

Allanon seguía hablando, advirtiendo a los que aún estaban de que Amberle descansaría un día o dos antes de presentarse ante Ellcrys y que, tras eso, se reunirían otra vez. Wil se levantó, aún arrebujado en sus ropas, porque Allanon le había advertido que no se descubriese. La cámara empezó a vaciarse y él avanzó hacia Amberle. Vio que Ander Elessedil los miraba, titubeaba, y seguía a los otros. Allanon había conducido a Eventine a

un lado y estaba hablando con él con palabras sosegadas y secretas. De pronto pareció que había surgido un desacuerdo entre ellos. Después, con un desganado gesto de asentimiento, el rey elfo salió también.

–Seguidme –les dijo Allanon.

Los condujo rápidamente fuera de la sala del Consejo, llevándolos de vuelta por la galería exterior hasta la fría oscuridad al otro lado de la entrada. El druida se detuvo, escuchó y luego se volvió hacia ellos.

–Amberle. –Esperó hasta que los ojos de la joven estuvieron fijos en él–. Quiero que vayas a ver a Ellcrys esta noche.

El rostro de la joven elfina reflejó su sorpresa y confusión.

–¿Por qué? –preguntó con incredulidad, luego sacudió la cabeza–. ¡No, es demasiado pronto! Quiero tiempo para prepararme antes de hacerlo. Además, acabas de decirle a mi abuelo y a los otros que había que esperar un día o dos.

Allanon asintió con paciencia.

–Una pequeña y necesaria mentira. ¿Para qué necesitas prepararte? ¿Cómo lo harías? Ésta no es una prueba de habilidad o resistencia; ningún tipo de preparación serviría de nada. O sigues siendo una escogida al servicio del árbol o ya no lo eres.

–Estoy cansada, druida –dijo furiosa–. ¡Estoy cansada y necesitó dormir! No puedo hacerlo ahora.

–Debes. –Hizo una pausa–. Sé que estás cansada. Sé que necesitas dormir. Pero eso puede esperar. Antes debes visitar al árbol... y debes hacerlo ahora.

Ella se tensó ante estas palabras, sintiéndose atrapada. Luego empezó a llorar, incontroladamente. Era como si todo lo que había ocurrido, desde la inesperada aparición del druida en su cabaña y la noticia de que Ellcrys se estaba muriendo y los escogidos habían sido asesinados, hasta la huida precipitada hacia el norte desde Villa Refugio y la presentación ante el Consejo y su abuelo, hubiera caído sobre ella al mismo tiempo aplastándola por completo. Todas sus defensas parecían haberla abandonado. Se encontraba de pie, pequeña y vulnerable, sollozando, diciendo que no iría. Cuando Allanon extendió un brazo hacia ella, se apartó con brusquedad, manteniéndose alejada durante varios minutos. Wil Ohmsford la contemplaba con impotencia.

Al fin dejó de llorar, con la cabeza aún vuelta hacia otro lado, evitándolos. Cuando habló, su voz fue apenas un susurro.

–¿Es realmente necesario, Allanon, realmente necesario que vaya esta noche?

El druida asintió.

–Sí, joven elfina.

Hubo un largo silencio.

–Entonces iré.

Tranquila y serena una vez más, se unió a ellos. Sin una palabra, Allanon los guió por las calles de la ciudad.

# XIX

La luz pálida y plateada de la luna se derramaba desde el cielo inundando la noche de verano. Dulces olores y confortadores murmullos explotaban en ondas lentas y embriagadoras que flotaban y danzaban con la cálida brisa y acariciaban los setos y parterres de flores, los árboles y arbustos de los Jardines de la Vida. Sombras moteadas convertían los colores del jardín en curiosos diseños negros y blancos. Las formas diminutas de vida que se despertaban huían velozmente, como ráfagas invisibles que no dejan ningún rastro a su paso.

En medio de todo eso, solitario e ignorado sobre un pequeño cerro que dominaba el país de los elfos, el maravilloso árbol que llamaban Ellcrys continuaba su lenta e inevitable marcha hacia la muerte. El largo proceso empezaba a cobrar su tributo. La belleza perfecta que había caracterizado a Ellcrys en su vida sana había desaparecido, la perfecta simetría de su estructura se había desfigurado. La corteza plateada se desprendía del tronco y de las ramas, negras y podridas, colgando en tiras semejantes a harapos. Las hojas rojas se rizaban con la marchitez, y la tierra circundante estaba salpicada de las que ya habían caído, secas y muertas, crujiendo con el viento. Como un viejo espantapájaros colgado a un poste sobre los campos, el árbol se erguía rígido y esquelético contra el horizonte de la noche.

Allanon, Wil Ohmsford y Amberle miraron hacia arriba desde la base del montículo sin decir una palabra, con las cabezas encapuchadas levantadas hacia la luz de la luna. Durante largo tiempo estuvieron callados, inmóviles, salvo porque sus ropas eran agitadas por la brisa. Cuando Amberle habló al fin, su susurro llenó la quietud de una emoción profunda y repentina.

–Oh, Allanon, parece tan triste...

El druida no respondió; su figura, alta y enjuta, estaba rígida bajo las ropas, su rostro oculto en la sombra de la capucha. El olor de las lilas pasó junto a ellos, se detuvo un instante y se marchó. Después, Amberle dirigió su mirada hacia el hombre alto, con los brazos cruzados bajo la capa.

–¿Está sufriendo?

El movimiento de la cabeza del druida fue casi imperceptible.

–Un poco.

–¿Se está muriendo?

–Su vida está llegando al fin. Su tiempo casi se ha acabado.

Se produjo otro largo silencio.

–¿No puedes hacer nada por ella?

–Lo que puede hacerse por ella debes hacerlo tú –dijo la voz profunda de Allanon en un suave murmullo.

El suspiro de Amberle fue audible, y un estremecimiento recorrió su cuerpo menudo. Los segundos transcurrían con rapidez. Wil movía los pies con impaciencia, esperando a que la joven elfina tomara una decisión. Pero no era fácil para ella. No esperaba tener que ir allí aquella noche; ninguno de los dos lo esperaba. Creyeron que, al acabar la reunión del Consejo, se les permitiría dormir. No lo habían hecho desde que entraron en el valle de Rhenn y se encontraron con Allanon. Se hallaban exhaustos por completo.

–Está durmiendo –susurró Amberle de repente.

–Se despertará para ti –respondió el druida.

Ella no desea esto, pensó Wil. Nunca lo ha deseado. Y además está aterrada. Lo dijo la primera noche en el pequeño jardín, delante de su casa. Sin embargo, no dijo por qué.

Miró hacia la cima del montículo. ¿Qué era lo que tanto la aterrorizaba de Ellcrys.

–Estoy dispuesta –dijo con sencillez y voz tranquila.

Allanon permaneció en silencio durante un momento, luego asintió, con un movimiento de cabeza, echando la capucha un poco hacia delante con su respuesta.

–Entonces ve. Te esperaremos aquí.

Ella no se movió, se quedó mirando al druida durante un momento, como en espera de algo. Pero no le ofreció nada más. Ciñéndose la capa, comenzó a andar, subiendo por la suave pendiente, con el rostro levantado hacia el árbol silencioso y ajado que esperaba arriba.

No volvió a mirar atrás.

Subió la pendiente en corto tiempo y se detuvo ante Ellcrys. No al alcance del árbol, sino más allá, con su pequeña figura encogida bajo los pliegues de su oscura ropa, sus brazos apretados contra los costados de su cuerpo. Desde la cima del montículo, la Tierra del Oeste se extendía hasta el horizonte, y ella se sintió pequeña y desprotegida. La brisa nocturna soplaba contra su cara, transportando las esencias del jardín, y respiró profundamente para tranquilizarse.

Necesito sólo un momento, se dijo. Sólo un momento.

¡Pero tenía tanto miedo!

Todavía no comprendía por qué, ni siquiera ahora, después de tanto tiempo. Debería ser capaz de entenderlo, de controlarlo. Pero no podía. Eso era lo peor. El temor era irracional, absurdo, ciego. Estaba allí, acechando en el fondo de su mente como un animal de presa, surgiendo de su escondite cada vez que pensaba en Ellcrys. Luchó contra aquello, esforzándose al máximo, pero aún así serpenteaba en su interior, oscuro e incontrolable. En Villa Refugio había sido capaz de superarlo, porque allí la causa estaba distante y lejana en el tiempo. Pero ahora, al volver a Arbolon, al encontrarse a sólo una docena de pasos, al recordar el toque de Ellcrys...

Tembló al recordarlo. Lo que realmente temía era que la tocara. ¿Pero por qué? No le había producido ningún daño, ningún perjuicio. Servía sólo para que Ellcrys comunicase sus pensamientos a través de imágenes. Pero siempre tenía la sensación de que algo más acompañaba a aquel contacto, incluso desde la primera vez que Ellcrys le habló. Algo más.

Sus pensamientos se dispersaron ante el sonido del suave ululato de un búho. Era consciente de que estaba allí desde hacía varios minutos y de que los dos hombres que la esperaban abajo debían de estar mirándola. No deseaba tal cosa.

Empezó a andar para situarse al otro lado del árbol.

El druida y el valense observaron en silencio cómo la figura oscura de la joven rodeaba el árbol hasta desaparecer de su vista. Permanecieron de pie un rato más pero, viendo que no volvía a aparecer, Allanon se sentó sobre la hierba. Poco después, Wil se sentó a su lado.

–¿Qué harás si Ellcrys decide que ya no es una escogida?

El druida no volvió la cabeza.

–Eso no sucederá.

El valense dudó un momento antes de hablar.

–Sabes algo que no nos has dicho, ¿verdad?

La voz de Allanon fue fría.

–No. No en el sentido al que te refieres.

–Pero sí en algún sentido.

–De lo que debes ocuparte, valense, es de que nada le ocurra cuando salgáis de Arbolon.

La forma en que dijo eso dejó en Wil la clara impresión de que daba por zanjado el tema, y se sintió incómodo.

–¿Puedes decirme algo más? –preguntó un momento después–. ¿Puedes decirme por qué le tiene tanto miedo a Ellcrys?

–No.

Wil enrojeció bajo su capucha.

–¿Por qué no?

–Porque no estoy seguro de comprenderlo. Ni tampoco de que ella lo comprenda. En cualquier caso, cuando Amberle considere que debes saberlo, te lo dirá.

–Lo dudo. –Wil se inclinó hacia delante, apoyando las manos sobre las rodillas–. No parece apreciarme mucho.

Allanon no respondió. Se quedó sentado en silencio durante un rato, mirando de vez en cuando hacia la cumbre del montículo y el árbol solitario. No había ninguna señal de Amberle. Wil miró al druida.

–¿Está segura allá arriba sola?

El místico asintió. Wil esperó que le explicase por qué estaba segura, pero no le ofreció ninguna explicación. El valense se encogió de hombros. Supuso que estando cerca de ella tendría algún medio para protegerla. Al menos eso esperaba.

Durante un largo rato Amberle no se movió. No podía. El miedo la había paralizado. Permaneció rígida como una estatua a menos de metro y medio de la rama más próxima, mirando como hipnotizada a Ellcrys. Dentro de ella, el miedo corría como hielo fundido, incluso nublando sus pensamientos. Perdió la conciencia del tiempo, del espacio, de todo, excepto de su incapacidad para dar los últimos pasos.

Cuando al fin lo hizo, le pareció como si otra persona hubiera actuado por ella. Sólo percibió que la distancia que la separaba de Ellcrys se acortaba hasta desaparecer. Quedó debajo de la bóveda formada por las ramas del árbol, oculta en sus sombras. La brisa nocturna se disolvió en la quietud y el frío que sentía en su interior se tornó en calor.

Sin decir una palabra, se arrodilló sobre las hojas muertas y las ramas rotas que cubrían el suelo, cruzando las manos en su regazo. Y esperó.

Poco después descendió hacia ella una rama enferma y envolvió suavemente sus hombros.

–Amberle.

La joven elfina empezó a llorar.

Llevaban mucho tiempo en silencio, cuando, de pronto, recordó algo extraño que había dicho Allanon antes. Había decidido no volver a preguntar nada más al druida después del último diálogo, pero su curiosidad fue más fuerte que él.

–¿Allanon?

El druida lo miró.

–Algo me preocupa. –Se tomó un momento para ordenar las palabras–. Cuando dijiste a Amberle que debíamos venir aquí esta noche, ella te recordó que habías informado a los elfos del Consejo Supremo de que se le daría un día o dos para descansar. Le contestaste que eso fue una mentira necesaria. ¿Qué quisiste decir?

La luz de la luna reveló la familiar sonrisa burlona esbozándose en el rostro enjuto del místico.

–Me estaba preguntando cuándo harías esa pregunta, Wil Ohmsford. –Rió sonoramente–. Tu manía de preguntar no tiene límites.

Wil hizo un gesto de tristeza.

–¿Tendré una respuesta para mi pregunta?

Allanon asintió.

–Una respuesta que no te agradará. La mentira fue necesaria porque hay un espía entre los elfos.

El valense se quedó asombrado.

–¿Cómo sabes eso?

–Por lógica. Cuando llegué a Paranor, los demonios estaban ya esperándome. Esperándome, valense; no me había seguido nadie. Eso sugiere que sabían de antemano que yo iba para allí. ¿Cómo lo supieron? Y, sobre todo, ¿cómo supieron de mí? Sólo Eventine tenía noticia de que yo había vuelto a las Cuatro Tierras. Sólo Eventine conocía mi propósito de viajar a Paranor; le dije en secreto que iría allí para estudiar los libros de historia de los druidas, para intentar descubrir la ubicación de Salvafuerte. Le indiqué que no dijera nada y debió hacerlo exactamente así. –Se detuvo un momento–. Eso deja sólo una posibilidad. Alguien escuchó nuestra conversación; alguien que tenía razones para delatarnos a los demonios.

Wil pareció confundido.

–¿Pero cómo pudo ocurrir eso? Tú mismo dijiste que nadie conocía tu vuelta a las Cuatro Tierras antes de que hablases con Eventine.

–Eso también me extraña –admitió el druida–. El espía debe de ser alguien con fácil acceso al rey, alguien que conozca todo lo que hace. Alguien perteneciente al servicio de la casa, quizá. –Se encogió de hombros–. En cualquier caso, fue una suerte que no mencionase al rey dónde podía encontrarse Amberle, o los demonios la habrían encontrado antes que yo, supongo.

Wil sintió un hormigueo en la piel. La sugerencia le resultó totalmente desconcertante. Por primera vez desde que se había encontrado con Allanon, agradeció que el druida fuese tan reservado sobre lo que sabía.

–Si es así, ¿por qué diste tanta información a los elfos del Consejo Supremo? –preguntó–. Si hay un espía, le proporcionaste la posibilidad de informar sobre todo lo que se dijo en la reunión.

El druida se inclinó hacia delante.

–Una posibilidad muy buena. De hecho, pretendo asegurarme de que lo haga. Ésa es la razón de la mentira. Los demonios saben que estamos aquí, y saben por qué estamos aquí. Saben quién soy, y saben quién es Amberle. Pero todavía no te conocen a ti. Todo eso lo han descubierto por mi conversación con Eventine y por lo que han visto mientras nos perseguían desde Villa Refugio. A los elfos del Consejo Supremo no les he dicho nada nuevo, excepto una pequeña cosa; que Amberle descansaría unos días antes de ver a Ellcrys. Por tanto, durante ese tiempo al menos, los demonios no esperarán que hagamos nada. Creo que esa mentira nos proporcionará una ventaja pequeña pero muy útil.

–¿Qué clase de ventaja? –preguntó Wil frunciendo el entrecejo–. ¿Qué tienes en mente, Allanon?

El druida arrugó los labios.

–En cuanto a eso, Wil, me temo que tendré que pedirte que tengas un poco más de paciencia. Pero te prometo que recibirás la respuesta antes de que acabe esta noche. ¿Te parece justo?

Wil pensó que no había nada que pudiera calificarse de justo en todo aquello. Sin embargo, sabía que era inútil insistir. Cuando Allanon tomaba una decisión, no había nada que hacer.

–Una cosa más. –El druida apoyó una mano en el hombro del valense como advertencia–. No le hables de esto a Amberle. Ya está suficientemente asustada, y no hay razón para asustarla más. Que quede como un secreto entre tú y yo.

El valense asintió. En eso, al menos, podían estar de acuerdo.

Sólo minutos más tarde, Amberle apareció de pronto debajo de la sombra del árbol. Su silueta se proyectó durante un momento contra el cielo nocturno; luego pareció que vacilaba antes de iniciar la vuelta hacia ellos. Caminaba con lentitud, con cuidado, como si no estuviera segura de sus movimientos, con las manos enlazadas sobre su pecho. Tenía bajada la capucha y su largo cabello castaño se agitaba tras ella en la brisa. Al acercarse, pudieron ver claramente su rostro angustiado. Estaba pálido y demacrado, surcado por las lágrimas, y el miedo se reflejaba en sus ojos.

Llegó hasta donde ellos estaban y se detuvo. Su cuerpo delgado temblaba.

–¿Allanon...? –balbuceó con voz queda, atragantándose con el nombre.

El druida vio que estaba a punto de derrumbarse. Se adelantó hasta ella, la tomó en sus brazos y la apretó contra sí. Ella se dejó abrazar, llorando sin hacer ruido. Permanecieron así durante largo tiempo, en silencio. Wil los observó con cierta incomodidad, sintiéndose totalmente inútil.

Después, el llanto cesó. Allanon soltó a la joven y retrocedió. Ella mantuvo el rostro inclinado hacia el suelo un momento más; luego, lo elevó hacia él.

–Tenías razón –dijo.

Las manos enlazadas se apartaron de los pliegues de la túnica y se abrieron lentamente. Anidada en sus palmas, como una piedra de un blanco plateado y forma perfecta, estaba la semilla de Ellcrys.

# XX

Pasados unos momentos, Allanon los condujo fuera de los jardines. Con las capuchas echadas y arrebujados en sus capas, atravesaron la verja y pasaron ante los centinelas de la Guardia Negra, encaminándose de vuelta a la ciudad. El druida no les dio ninguna explicación sobre su lugar de destino, y ellos tampoco preguntaron. Iban en silencio; Allanon un paso o dos delante, Wil y Amberle tras él. Ambos estaban exhaustos. El valense dirigía miradas frecuentes a la joven, más preocupado por ella que por sí mismo, pero ésta daba pocas muestras de su estado emocional, y sólo en una ocasión pudo divisar su rostro bajo la capucha. Le preguntó si se encontraba bien, y ella respondió asintiendo pero sin hablar.

Poco tiempo después se encontraron en las cercanías de la mansión de los Elessedil. Con un gesto, Allanon indicó que lo siguieran por los jardines que rodeaban la oscura edificación, dirigiéndolos a través de los pinos que bordeaban el césped de la parte sur, y después a lo largo de una serie de setos hasta una pequeña glorieta y un par de puertas cristaleras cubiertas por densas sombras. Deteniéndose ante ellas, Allanon golpeó suavemente el vidrio. Hubo un momento de espera, después las cortinas que cubrían su lado interior ondearon ligeramente. Se descorrió un cerrojo y las puertas se abrieron. Allanon les indicó que entraran con rapidez, miró furtivamente a todos lados, y entró tras ellos, cerrando la puerta después.

Permanecieron durante unos segundos en la oscuridad, escuchando el débil sonido de las pisadas de alguien que andaba con lentitud por la habitación. Una luz se prendió en la mecha de una vela y Wil descubrió que se hallaban es un pequeño estudio donde el roble pulido de las paredes y las estanterías brillaba a la tenue luz de la llama, y con suaves trazos de color de cuero de las encuadernaciones de los libros y de los tapices visibles entre las sombras. En el otro extremo de la habitación, un viejo lebrel levantó su cabeza grisácea de la pequeña manta marrón donde dormía y sacudió la cola a guisa de saludo.

Eventine Elessedil apoyó la vela en una pequeña mesa de trabajo y se volvió para recibirlos.

–¿Está todo arreglado? –preguntó Allanon, y su profunda voz rompió el silencio.

El rey asintió.

–¿Y tu ayuda de cámara? –concretó el druida, mientras atravesaba la estancia hacia la puerta que la comunicaba con el resto de la casa. La abrió, miró un instante al exterior, y volvió a cerrarla.

–Todo el mundo duerme excepto Dardan y Rhoe, que se encuentran vigilando la puerta de mi dormitorio, creyéndome dormido. No hay nadie más aquí, excepto el viejo Manx.

El lebrel se incorporó al oír su nombre, luego bajó la cabeza, colocándola entre las patas delanteras, y cerró de nuevo los ojos.

Allanon se acercó al grupo.

–Entonces podemos empezar.

Hizo una señal a Wil y Amberle para que ocupasen sus asientos junto a la mesa, acercando una tercera silla para él. El valense se sentó cansadamente. Amberle dio un paso adelante y se detuvo, fijando sus ojos en su abuelo. Eventine la miró también, dudó un momento y avanzó con decisión para abrazarla. La joven elfina se quedó rígida, pero luego sus brazos lo rodearon también.

–Te quiero, abuelo –susurró–. Te he echado mucho de menos.

El anciano rey no habló; se limitó a asentir con un gesto sobre el hombro de ella, y a

acariciar su cabello con la mano. Después sujetó con cariño la cabeza de la joven y la inclinó hacia atrás, para hacer que lo mirara.

–Lo ocurrido entre nosotros pertenece al pasado, Amberle. Está olvidado ya. No habrá más palabras ásperas entre nosotros. Éste es tu hogar. Quiero que estés aquí conmigo, con tu familia.

La elfina sacudió la cabeza tristemente.

–He hablado con Ellcrys, abuelo. Me ha dicho que soy su escogida. Me ha dado la semilla.

El rostro del anciano palideció y sus ojos miraron al suelo.

–Lo siento, Amberle. Sé que deseabas que fuese de otra forma. Créeme, yo también lo deseaba.

–Lo sé –contestó ella, pero había desesperación en su mirada.

Se separó de él y se sentó en la mesa con Wil y Allanon. El rey se quedó de pie durante un momento, con la vista puesta en su nieta. Parecía asustado y confundido como un niño extraviado. Se rehizo poco a poco. Después, fue a sentarse con los demás.

Allanon se inclinó hacia delante, apoyando las manos en la mesa.

–Eventine y yo llegamos al acuerdo, tras la reunión del Consejo Supremo, de volvernos a reunir aquí, en secreto. Lo que se diga quedará entre nosotros cuatro. No tenemos mucho tiempo, y debemos actuar con rapidez para salvar al pueblo de los elfos. Ellcrys está fallando. Pronto los demonios encerrados en la Prohibición se extenderán por las Cuatro Tierras. Eventine y yo estaremos para hacerles frente cuando ocurra. Pero tú, Amberle, y tú también, Wil, tenéis que ir en busca del Fuego de Sangre. –Se volvió hacia la muchacha–. Iría contigo si pudiera. Iría contigo si hubiera algún medio de hacerlo, pero no lo hay. Uno de los demonios que ya ha escapado de la Prohibición, y otros, que aún están recluidos allí, poseen poderes que ni tu abuelo ni el pueblo de los elfos conseguirán resistir sin mi ayuda. Mi tarea será proteger a los elfos de esos poderes. La hechicería se enfrentará a la hechicería. Debe ser así.

»Pero en mi lugar estará Wil Ohmsford, y no lo he escogido a la ligera para confiarle tu cuidado y seguridad. Su abuelo fue quien me acompañó en el rescate de la Espada de Shannara, quien lo consiguió y se enfrentó con ella al Señor de los Brujos hasta destruirlo. Su tío abuelo Flick salvó una vez la vida de tu abuelo. Wil tiene la fuerza de carácter de los dos hombres; tiene el mismo sentido del honor que ellos. Has visto que está en posesión de las piedras élficas que una vez le di a su abuelo. Él te protegerá como yo lo haría. Él estará a tu lado, Amberle; no te fallará.

Hubo un largo silencio. El valense se sintió turbado por las palabras del druida; turbado e incómodo. No estaba seguro de sí mismo. Le dirigió una rápida mirada a Amberle y descubrió que lo estaba observando.

–Eres una escogida al servicio de Ellcrys –continuó Allanon atrayendo de nuevo los ojos de la joven hacia él–. Aunque quizá todos desearíamos que fuera de otra forma, debemos aceptar que es así. Eres la última de los escogidos, y por tanto la última esperanza para tu pueblo. Sólo tú puedes restablecer la Prohibición. Una responsabilidad terrible, Amberle, pero es la tuya. Si fracasas, los demonios y los elfos lucharán hasta que uno de los dos bandos sea destruido por completo, Ellcrys te ha dado su semilla, y debes llevarla al Fuego de Sangre. Eso no será fácil. El Fuego de Sangre se encuentra en un lugar llamado Salvafuerte, y Salvafuerte pertenece al mundo antiguo. Ese mundo ha desaparecido en un cambio total. A través de los años, el lugar llamado Salvafuerte ha sido olvidado. Ni siquiera Ellcrys puede reconocer el camino que conduce allí. De no ser por los libros de historia de los druidas, Salvafuerte estaría irremediablemente perdido para nosotros. Sin embargo, los libros de historia enlazan el pasado con el presente. Los he leído detenidamente y ahora sé dónde se encuentra.

Hizo una pausa.

–Se encuentra en el Indomitun.

Nadie dijo una palabra. No era necesario. Incluso Wil Ohmsford, un hombre de la Tierra del Sur que hasta entonces no había puesto un pie en la Tierra del Oeste, había oído hablar del Indomitun. Oculta en el interior de los bosques que se hallaban al sur del país de los elfos, había una región salvaje, traicionera y amenazante, prácticamente rodeada de montañas y ciénagas. Allí sólo podía encontrarse menos de media docena de aldeas, y todas estaban habitadas por ladrones, asesinos y criminales de cualquier clase. Incluso éstos pocas veces se alejaban de sus pueblos o de los pocos caminos transitados que cruzaban la región, porque los rumores decían que en los bosques de más allá había criaturas con las que ningún humano quería encontrarse.

Wil respiró profundamente.

–¿Cabe la posibilidad de que sepas en qué lugar del Indomitun se encuentra el Fuego de Sangre?

Allanon negó con la cabeza.

–No puedo estar seguro. Incluso los libros de historia de los druidas se refieren en parte a la geografía del antiguo mundo, y las señales que entonces existían han desaparecido. Tendréis que confiar en las piedras élficas.

–Lo temía. –El valense se hundió en su silla–. Usando las piedras élficas informaremos a los demonios de donde nos encontramos.

–Por desgracia, eso es cierto. Tendréis que actuar con mucha prudencia, Wil. Os relataré lo que Ellcrys dijo a los escogidos sobre Salvafuerte antes de que fuesen asesinados, y lo que después me dijo a mí. Eso puede ayudaros. El Fuego de Sangre se encuentra en una tierra indómita rodeada de montañas y ciénagas; obviamente el Indomitun, tal como figura en los libros de los druidas. Ahora oiréis el resto de lo que dijo. Allí hay una profunda neblina que aparece y desaparece. En el centro de esa región se encuentra un promontorio solitario y, bajo él, un laberinto de túneles que penetran en la tierra. En algún lugar del interior del laberinto hay una puerta de cristal imposible de romper. Tras la puerta encontraréis el Fuego de Sangre. –Movió la cabeza con expresión reflexiva–. Como veis, en líneas generales la descripción del Indomitun sigue siendo sorprendentemente exacta, a pesar del paso de tantos años y de los cambios que el cataclismo produjo en la geografía de la tierra con las Grandes Guerras. Quizá los detalles también lo sean. Quizás el Fuego de Sangre se encuentra aún bajo un promontorio aislado, en un laberinto de túneles. –Se encogió de hombros–. Os daría más información si la tuviese, pero no la tengo. Debéis usar ésta lo mejor que podáis.

Wil logró esbozar una sonrisa débil, un poco forzada. No se atrevió a mirar a Amberle.

–¿Cómo llegaremos hasta el Indomitun? –preguntó.

El druida dirigió una mirada interrogativa a Eventine, pero el rey elfo parecía estar absorto. Al final, disturbado por el silencio, miró a Allanon y asintió con aire ausente.

–Todo está arreglado.

El druida pareció vacilar, luego se volvió a Amberle.

–Tu abuelo ha escogido al capitán Crispin, que está al mando de la Guardia Especial, para que sea vuestro guía y protector en este viaje. Crispin es un soldado ingenioso y valiente; os será útil. Se le han dado instrucciones de que escoja media docena de rastreadores elfos para que formen vuestra escolta. Seis es un número pequeño, pero en este caso un número pequeño puede ser indicado. Atraerá menos la atención que un gran destacamento y permitirá que el viaje se haga con mayor rapidez.

»El plan que el rey y yo hemos pensado es el siguiente: Seréis sacados de la ciudad en secreto; eso ha quedado en manos del capitán Crispin. Sólo él conocerá vuestra misión.

Él y los rastreadores elfos os acompañarán hasta donde los necesitéis. A todos se les ha dado instrucciones de que os eviten cualquier daño, de que hagan todo lo posible para protegeros.

–Allanon.

Fue Eventine quien habló, fijando de repente su mirada llena de preocupación en el rostro del druida. Sus ojos azules y penetrantes se encontraron con los del otro.

–Hay algo más que no te he dicho. No lo hice porque sólo tuvimos unos momentos al final del Consejo. Pero creo que debo decírtelo ahora. Hay un motivo de inquietud en esta aventura además del manifiesto peligro de ser seguidos por los demonios.

Se inclinó hacia delante, cruzando los brazos sobre la mesa para apoyarse. Su cara, iluminada por la tenue luz de la vela, parecía muy vieja.

–Tú sabes como murieron los escogidos, pero tal vez Wil y Amberle no lo sepan. –Su mirada se desvió–. Fueron descuartizados, desfigurados hasta casi imposibilitar su identificación.

El espanto se reflejó en las caras de la joven y el valense. El rey apoyó una mano en el hombro de su nieta.

–No digo esto para asustarte más, Amberle, ni a ti tampoco, Wil. –Volvió a desviar los ojos hacia el druida–. Desde que te fuiste a Arbolon se han producido más muertes como las de los escogidos. Muchas muertes. Lo que los asesinó ha estado vagando por los alrededores, destruyendo lo que encontraba a su paso, humano o animal, joven o viejo. Han muerto unos cincuenta elfos; todos de la misma manera, todos despedazados. Hace tres noches, una patrulla entera fuera asaltada y destruida. Seis elfos armados. Una semana antes, un acuartelamiento del ejército situado en el extremo norte de la ciudad fue atacado y veinte de sus ocupantes asesinados mientras dormían. Se ha visto un número creciente de demonios en la Tierra del Oeste desde que Ellcrys empezó a debilitarse y también más de una lucha campal, pero nada semejante, nada tan deliberado y premeditado. Esa criatura sabe lo que hace; mata con un propósito. Hemos tratado sin éxito de perseguirla. Pero no podemos. Ni siquiera la hemos visto. Nadie la ha visto. Pero está ahí, acechándonos. –Hizo una pausa–. Cuando se la envió con el propósito de que destruyera a los escogidos, así lo hizo... con todos excepto con uno. Puede que sea enviada de nuevo.

Amberle estaba blanca. Allanon se mesó la barba pensativamente.

–Sí, hubo un demonio así en los tiempos antiguos –musitó–. Un demonio que mataba por una necesidad instintiva. Lo llamaban Parca.

–No importa como lo llamaran –dijo de repente Wil–. Lo que quiero saber es cómo evitarlo.

–Con el secreto –respondió el druida–. A pesar de lo perverso y astuto que sea ese demonio, no tiene más razones que sus semejantes para sospechar que vais a salir de Arbolon. Si cree que estáis aún aquí, si todos creen que estáis aún aquí, no os buscarán en ningún otro lugar. Quizá consigamos hacerles creer eso. –Se volvió hacia Eventine–. Pronto Ellcrys ya no podrá mantener el muro de la Prohibición con la fuerza suficiente para retener al resto de los demonios apresados dentro. Cuando llegue ese momento, los demonios unirán sus fuerzas en el punto más débil del muro y escaparán. No podemos esperar a que eso ocurra. Debemos encontrar el lugar por donde intentarán cruzar y hacer lo que podamos para evitarlo. Si fracasamos, deberemos intentar una acción que retrase su marcha sobre Arbolon. Intentarán entrar aquí, porque querrán destruir a Ellcrys. Tienen que hacerlo. No pueden permitir su existencia. Recordad que mientras era fuerte, significaba una condena para ellos. Pero al debilitarse, lo es menos. Una vez hayan atravesado el muro, avanzarán rápidamente para destruirla. Tenemos que hacer todo lo posible por evitarlo. Tenemos que dar tiempo a Amberle para que llegue al Fuego de Sangre y vuelva. Debemos mantener alejados a los demonios de Arbolon hasta entonces.

»Por tanto. –Dejó la frase suspendida durante un momento en el silencio de la pequeña habitación–. Engañaremos a los demonios que ya han abandonado la Prohibición actuando como si los preparativos para ir en busca del Fuego de Sangre todavía no estuvieran dispuestos. Fingiremos que aún no os habéis ido. Los demonios saben que yo he traído a Amberle hasta aquí, y esperarán que la acompañe cuando se vaya. Podemos aprovecharnos de eso. Podemos centrar su atención sobre mí. Cuando descubran que los hemos engañado, estaréis ya lejos de su alcance.

A menos que su espía sea más ingenioso de lo que tú supones, quiso decir Wil; pero decidió no hacerlo.

–Parece alentador –dijo en cambio–. Parece que todo está decidido, excepto el momento de nuestra salida.

El druida se retrepó en su silla.

–Saldréis al amanecer.

Wil lo miró con incredulidad.

–¿Al amanecer? ¿Mañana?

Amberle se levantó como impulsada por un resorte.

–¡Eso es imposible, druida! ¡Estamos agotados! No hemos dormido desde hace dos días. Necesitamos más que unas pocas horas de descanso para estar en forma de nuevo.

Allanon alzó las manos.

–Tranquilízate, elfina. Comprendo eso tan bien como vosotros. Pero reflexiona. Los demonios saben que has venido aquí con el propósito de llevar la semilla de Ellcrys al Fuego de Sangre. Saben que intentarás salir de la ciudad, y estarán vigilando atentamente. Pero no vigilarán ahora tanto como dentro de uno o dos días. ¿Sabes por qué? Porque esperarán que descanses primero. Por eso precisamente debéis salir en seguida. La sorpresa nos dará la mejor ocasión de burlarlos.

La comprensión asomó a los ojos de Wil. Ésa era la ventaja que el druida había esperado que les proporcionara su mentira en el Consejo Supremo.

–Podréis descansar lo suficiente cuando hayáis salido de la ciudad –prometió Allanon–. Dos días de viaje os permitirán llegar hasta el bosque de Drey; allí podréis recuperar el sueño perdido. Pero permanecer en Arbolon sería muy peligroso. Cuanto antes salgáis de aquí, más posibilidades tendréis.

A Wil le disgustaba admitirlo, pero había lógica en las palabras del druida. Miró a Amberle. Ella le devolvió la mirada, en silencio, frustrada y ofendida, luego se volvió hacia Allanon.

–Quiero ver a mi madre antes de irme.

El druida negó con la cabeza.

–Eso no es conveniente, Amberle.

Las mandíbulas de la joven se tensaron.

–Pareces creer que tienes la última palabra respecto a mis deseos, druida. No es así. Quiero ver a mi madre.

–Los demonios saben quién eres. Si también saben quién es tu madre, estarán esperando que vayas a verla. Es peligroso.

–Estar aquí ya es peligroso. Estoy segura de que lograrás encontrar la forma de que pueda pasar cinco minutos con mi madre. –Bajó los ojos–. No seas tan estúpido como para sugerir que podré verla cuando vuelva.

Hubo un incómodo momento de silencio. El rostro oscuro de Allanon perdió su expresión de repente, como si temiese que revelara algo que deseaba mantener oculto. Wil advirtió el cambio, y éste lo intrigó.

–Como quieras –accedió el druida. Se puso en pie–. Ahora debes dormir mientras te sea posible. Tenemos que irnos.

Eventine se levantó, volviéndose hacia su nieta.

–Siento que Arion hablara con tanta dureza en el Consejo –se disculpó. Dio la impresión de que iba a decir algo más, pero no lo hizo. Sacudió la cabeza–. Creo que con el tiempo lo entenderá, como yo...

Dejó la frase inconclusa, luego rodeó con sus brazos a Amberle y la besó.

–Si no fuese tan viejo... –empezó a decir emocionado, pero ella apoyó sus dedos en la boca de él para callarlo y negó con la cabeza.

–No eres tan viejo como para no ver que es más necesario que te quedes aquí a que vengas conmigo –dijo con una sonrisa, y en sus ojos aparecieron lágrimas al devolverle el beso.

Sintiéndose fuera de lugar, Wil se alejó de la mesa y avanzó lentamente hasta el perro que dormía. Manx lo oyó aproximarse y abrió un ojo inquisitivo. En un impulso, Wil extendió una mano para acariciarlo, pero Manx emitió un furioso gruñido, apenas audible. Wil retrocedió.

¡Qué animal tan antipático!, pensó el valense.

Volvió a reunirse con los demás. Eventine le estrechó la mano y le deseó suerte. Después, con Amberle al lado, siguió a Allanon que salía por las grandes puertas cristaleras hacia la noche.

# XXI

El druida los llevó hasta una casita situada sobre una ladera boscosa en el extremo norte de la ciudad, en medio de un grupo de casas de estructura similar. No había nada que la distinguiese de las otras, y eso sugirió a Wil el motivo principal de su elección. Aunque estaba desierta cuando entraron, se hallaba totalmente amueblada y parecía haber sido habitada hasta poco antes. Allanon no les dijo qué había sido de sus propietarios. Entró como si fuera suya, atravesó la oscuridad de la sala para encender varias lámparas de aceite, y después corrió las cortinas que decoraban las ventanas. Tras revisar cada una de las habitaciones mientras Wil y Amberle esperaban en una pequeña mesa adornada con flores recién cortadas y manteles bordados, volvió con pan, queso, fruta y una jarra de agua. Comieron en silencio. Wil consumió gran cantidad de alimentos a pesar de lo avanzado de la hora; Amberle apenas probó nada. Cuando dieron por terminada la cena, Allanon condujo a la joven a un dormitorio situado en la parte posterior. Detrás de las cortinas había una ventana con los postigos asegurados con cerrojos y barras. El druida los revisó y se sintió satisfecho. Amberle no hizo ningún comentario. Se dirigió directamente al lecho de plumas. Estaba tan cansada que ni siquiera se molestó en desnudarse. Se quitó las botas, pateando, y se dejó caer sobre la cama. Se quedó dormida inmediatamente. Allanon la cubrió con una manta ligera, después salió de la habitación cerrando la puerta sin hacer ruido.

Solo en la sala principal, Wil Ohmsford observaba a través de las cortinas la oscuridad del exterior, donde las luces de la ciudad parpadeaban como luciérnagas en las sombras del bosque. Miró hacia el druida cuando éste apareció, con inquietud.

–Tenemos que hablar, Allanon.

El hombre alto no pareció sorprenderse.

–¿Todavía más preguntas, Wil Ohmsford?

–No exactamente.

El valense daba la impresión de estar incómodo.

–Ya entiendo. Bueno, ¿por qué no nos sentamos?

Wil asintió, y los dos se adelantaron para colocar una silla frente a la otra en la pequeña mesa donde habían comido. Ya sentados, el joven pareció no saber cómo empezar. Allanon lo miraba de forma inexpresiva, esperando.

–Me ocurrió algo cuando intenté usar las piedras élficas contra los demonios en el Tirfing, algo que no entiendo –empezó al fin, evitando los ojos oscuros del druida–. Casi había decidido no decirte nada de esto porque no quería que pensaras que estaba buscando una excusa para no emprender el viaje al Indomitun.

–Eso habría sido una tontería –dijo Allanon serenamente–. Cuéntame lo que te ocurrió.

El valense pareció no oírlo.

–La única razón que me ha decidido a contártelo es la seguridad de Amberle, que quizás habría puesto en peligro si seguía callado. Admitiendo que soy su protector, no me puedo permitir la consideración de mi orgullo.

–Dime qué te ocurrió –insistió el druida.

Wil levantó la vista, inquieto.

–Lo explicaré de la mejor manera que pueda. Como dije, cuando el demonio iba hacia mí e intenté usar las piedras élficas, algo en mi interior se resistió. Fue como una especie de bloqueo, como un muro que se interpusiera entre las piedras élficas y yo, impidiéndome pedirles su ayuda. Las mantuve ante mí e intenté llegar hasta ellas, convocar

su poder, pero nada ocurrió. En ese instante, pensé que estabas equivocado al creer que yo podría usar las piedras como lo hizo mi abuelo. Pensé que iba a morir. Pero entonces, justo antes de que el demonio me alcanzara, el muro de mi interior se desplomó y el poder de las piedras surgió de repente y destruyó a la criatura.

Hizo una pausa.

–Desde entonces he reflexionado mucho sobre eso. Al principio creí que no había entendido de qué forma tenía que usar las piedras élficas, que fue mi inexperiencia o mi aturdimiento lo que provocó la resistencia; pero ya no lo creo. Fue algo diferente. Fue algo que me envolvió.

El druida lo observó con atención y en silencio durante varios minutos. Una de sus manos jugaba con su barbita negra, tirando de ella, retorciéndola. Después, la dejó caer.

–Recordarás que te dije que las piedras élficas eran una magia antigua, una magia de los tiempos anteriores al hombre, una magia que pertenecía a una época en que los personajes fantásticos dominaban la tierra y la magia era algo normal. Entonces había muchos tipos distintos de piedras élficas, y servían para diferentes propósitos. Sus colores identificaban su utilidad. Las piedras élficas azules, como las que tú tienes, son piedras de búsqueda. La posesión de las piedras élficas azules permite a su propietario encontrar aquello que está escondido sin más que desearlo; por ejemplo, el Fuego de Sangre que vosotros buscaréis. Otras presentan características diferentes. Todas poseen el poder de ofrecer protección contra otras magias o contra seres creados por la magia y la hechicería. Pero el alcance de esa protección, es decir, el alcance del poder de las piedras, depende totalmente de la fuerza de carácter de su propietario. Las piedras se agrupan en conjuntos de tres; hay una razón para ello. Cada una representa una parte del dueño: una para el corazón, otra para el cuerpo, otra para la mente. Para que cobren vida, las tres deben actuar en concierto; tres fuerzas independientes uniéndose en una sola. El éxito del dueño al emplear las piedras élficas será una medida de su habilidad para unir esas fuerzas.

Extendió las manos sobre la mesa.

–Las piedras élficas tienen otra característica, Wil; una característica básica para su uso. Pertenecen a la magia élfica; fueron creadas por magos elfos sólo para los elfos. Han pasado de generación en generación, de familia en familia, de mano en mano; pero siempre de elfos a elfos, porque nadie más podría usarlas.

Una expresión de incredulidad cruzó el rostro del valense.

–¿Tratas de decirme que no puedo usar las piedras élficas porque no soy elfo? –preguntó.

Allanon negó con la cabeza.

–No es tan sencillo. –Se inclinó hacia delante, y escogió las palabras con cuidado–. Tú eres elfo en parte, Wil. Como tu abuelo. Pero él es medio elfo, era hijo de una elfina y de un hombre. Contigo es un poco diferente. Ni tu madre ni tu abuela fueron elfinas; las dos pertenecían a la raza del hombre. Todo lo que es élfico en ti lo has heredado de tu abuelo por vía de tu padre.

–No entiendo qué diferencia hay –insistió Wil–. ¿Por qué iba a tener dificultades en usar las piedras élficas cuando mi abuelo no las tuvo? Al menos hay en mí parte de su sangre élfica.

–No es tu parte élfica lo que te causa dificultades –aclaró el druida de inmediato–. Es tu sangre de hombre. Tienes las características físicas de tu abuelo, y esa parte de ti delata tu inconfundible herencia. Pero es sólo una parte pequeña del total; tú eres más hombre que elfo. –Hizo una pausa–. Compréndelo, cuando intentas usar las piedras, sólo una pequeña parte de ti puede comunicarte con su poder. El equilibrio de tu corazón, tu mente y tu cuerpo se resiste a la intrusión de la magia. Forma una barrera contra ella. Las tres fuerzas se debilitan, porque han de reducirse hasta que sólo queda la parte élfica de cada una de

ellas. Eso debe de ser lo que experimentaste: el rechazo de tu parte dominante de hombre hacia la magia.

Wil sacudió la cabeza, confundido.

–Pero, ¿y mi abuelo? ¿Experimentó algún rechazo?

–No, él no –admitió Allanon–. Pero tu abuelo era medio elfo. La mitad élfica dominaba y le dio poder sobre las piedras. La resistencia que experimentó fue casi imperceptible. Pero tu caso es distinto. Tus vínculos con el poder de las piedras son más tenues.

Wil lo miró fijamente.

–Allanon, sabías esto cuando fuiste a buscarme a Storlock. Tenías que saberlo. Sin embargo no dijiste nada. Ni una palabra. Ni una.

La expresión del druida no cambió.

–¿Qué iba a decir, valense? No podía determinar qué grado de dificultad encontrarías al usar las piedras. Eso depende en gran parte del carácter del propietario. Yo te creí lo bastante fuerte para superar la resistencia que encontraras en tu interior. Aún lo creo. Exponiéndote el problema habría provocado una inseguridad considerable en ti; inseguridad que te podía haber conducido a la muerte en el Tirfing.

El valense se levantó sin decir nada, con una expresión de aturdimiento en el rostro. Se alejó unos pasos de la mesa, y después se volvió.

–Eso puede volver a ocurrir, ¿verdad? –preguntó en voz baja–. Cada vez que intente usar las piedras élficas.

El druida asintió. Wil estudió el rostro oscuro en silencio durante un momento. Las implicaciones de esa afirmación revolotearon en su mente como hojas secas agitadas por el viento.

–Cada vez –repitió. Las hojas se detuvieron de repente–. Entonces puede llegar un momento en que mi resistencia interior resulte demasiado fuerte. Puede llegar un momento en que invoque el poder de las piedras y éstas no me respondan.

Allanon se tomó cierto tiempo para responder.

–Sí, es posible.

Wil se volvió a sentar. La incredulidad de su rostro se transformó en miedo.

–¿Cómo puedes confiarme la protección de Amberle sabiendo eso?

La mano del druida golpeó la mesa como un martillo.

–¡Porque no hay nadie más! –Su rostro enrojeció de ira, pero su voz permaneció serena–. Ya te sugerí en otra ocasión que debías empezar a creer en ti mismo. Te lo diré una vez más. No siempre estamos bien preparados para afrontar las dificultades que la vida pone a nuestro paso. Así ocurre ahora. Desearía que mi poder fuera tan grande como para hacer innecesaria tu ayuda, desearía poder darte algo más que sirviera de protección para la joven elfina y para ti mismo. Lo deseo, pero no puedo. Te traje a Arbolon porque estaba seguro de que yo solo no podría salvar a los elfos del peligro que los amenaza. Ambos somos inadecuados para esto, Wil Ohmsford. Pero debemos actuar de la mejor manera tal y como somos. Los druidas han desaparecido, la magia élfica del antiguo mundo se ha perdido. Sólo estamos tú y yo. Sólo están las piedras élficas que tú posees y la magia que yo ejerzo. Eso es todo, pero debe intentarse.

Wil le mantuvo la mirada.

–No temo por mí, sino por Amberle. Si le fallo...

–No debes fallarle. –La voz del druida era dura, insistente–. ¡No debes! Eres todo con lo que ella cuenta.

Wil se tensó.

–Puede que yo no sea suficiente.

–¿Que no seas suficiente? –Las palabras fueron pronunciadas con sarcasmo. Allanon

sacudió la cabeza–. Tu abuelo creyó una vez lo mismo que tú, no hace tantos años. No podía entender cómo yo consideraba posible que él poseyese los medios para destruir a un ser tan imponente como el Señor de los Brujos. Después de todo, sólo era un pequeño e insignificante valense.

Se produjo una larga pausa. Wil y el druida se miraron en silencio, el resplandor de las lámparas de aceite aleteaba en sus rostros. Después la forma oscura de Allanon se levantó de manera deliberadamente lenta.

–Cree en ti. Ya has usado las piedras élficas una vez, has experimentado y superado la resistencia de tu interior y convocado su magia. Puedes hacerlo otra. Lo harás. Eres un hijo de la casa de Shannara, tienes un legado de fuerza y valor mayor que cualquier duda o miedo que te haga dudar de tu sangre de elfo. –Se inclinó hacia delante–. Dame tu mano.

El joven obedeció. Allanon la estrechó en la suya.

–He aquí mi mano y ésta es mi alianza. He aquí mi promesa para ti. Tendrás éxito en tu búsqueda, Wil Ohmsford. Encontrarás el Fuego de Sangre y traerás de nuevo a su patria a la última de los escogidos, que restaurará a Ellcrys. –Su voz fue baja e imperativa–. Yo lo creo así, y tú también debes creerlo.

Los ojos duros y negros penetraron hasta el fondo del valense, y éste sintió como si todo él quedara al descubierto. Sin embargo no apartó la mirada. Cuando habló, sus palabras fueron poco más que un susurro:

–Lo intentaré.

El druida asintió. Era lo bastante inteligente para dejar así las cosas.

Eventine Elessedil se quedó en su estudio durante largo tiempo después de que ellos se marcharon. Permaneció inmóvil en el límite del círculo de luz proyectado por la llama solitaria, como una figura ajada formada por sombras y ropas amontonadas. Hundido en el abrazo familiar de su sillón favorito, una pieza tapizada en cuero, gastada por los años y deformada por el uso, el rey de los elfos miraba absorto hacia las estanterías, pinturas y tapices que cubrían la pared de enfrente, pensando en lo que había sucedido y en lo que aún tenía que suceder.

La medianoche llegó y se fue.

Por último, el rey se levantó. Reuniendo sus pensamientos dispersos y sus planes a medio trazar, apagó la lámpara de aceite y atravesó cansadamente la puerta del estudio hacia el corredor del otro lado. No había nada más que hacer aquella noche, nada más que pudiera concluir. Al amanecer, Amberle partiría hacia el Indomitun. Su preocupación ya no debía dirigirse hacia ella, sino hacia su pueblo.

El anciano rey atravesó el corredor oscuro, ansioso ahora del descanso que el sueño le proporcionaría.

Durante todo ese tiempo, los ojos del Suplantador no habían dejado de observarlo.

En la profunda negrura del bosque, al sur de la ciudad de Arbolon, el Dagda Mor se levantó de la piedra donde había estado sentado. Los crueles ojos rojos del demonio reflejaron su regocijo. Esta vez se aseguraría de que todos fueran destruidos.

Su figura jorobada avanzó con pasos torpes. Primero se ocuparía de la joven elfina.

Su mano acabada en garra hizo una seña, y de entre las sombras surgió la Parca.

# XXII

El día amaneció nublado y plomizo en Arbolon, y el cielo estaba lleno de nubes negras. La lluvia comenzó antes de que Wil y Amberle, ya vestidos, terminaran su desayuno. Unas cuantas gotas dispersas, que se transformaron rápidamente en un aguacero continuo, golpeaban con monotonía las paredes y el techo de la casita. Los truenos sonaban a lo lejos, como estruendos retumbantes que sacudían los bosques.

–Así será más difícil que os encuentren –comentó Allanon, satisfecho, y los hizo salir hacia la tormenta.

Envueltos en largas capas de viaje, que cubrían sus túnicas y pantalones de lana y altas botas de cuero, siguieron al druida que los condujo a través de las cortinas de agua por unos caminos arbolados que bordeaban la parte occidental de la ciudad a lo largo del amplio promontorio del Carolan. Teniendo dificultades para ver el camino a tan escasa luz, el valense y la joven elfina se mantenían muy cerca de él. Imágenes fragmentadas de casas, verjas y jardines aparecían y desaparecían ante sus ojos, como espejismos entre las brumas de la tormenta. Un viento helado y cortante lanzaba la lluvia contra sus rostros por entre los pliegues de sus capuchas, y tenían que inclinar las cabezas para protegerse de su fuerza. Las botas chapoteaban en los charcos y riachuelos de agua que se formaban ante ellos mientras recorrían la vereda del bosque.

Al llegar al otro extremo de la ciudad, Allanon se apartó bruscamente del sendero y los condujo hacia un establo solitario, situado en una ladera a su izquierda. Las puertas dobles de madera estaban entornadas, las atravesaron con presteza y penetraron en el interior. Unas grietas en los postigos de las ventanas y en los ruinosos muros dejaban pasar la luz grisácea y brumosa. Las filas de caballerizas y un granero alto se encontraban vacíos, cubiertos por las sombras y el polvo. El aire tenía un olor punzante y rancio. Se detuvieron un momento para sacudirse el agua de las capas, luego avanzaron hacia la única puerta situada en la parte posterior. Casi de inmediato fueron flanqueados por dos rastreadores elfos armados hasta los dientes, que surgieron silenciosamente de la penumbra, uno por cada lado. Allanon no les prestó atención. Continuó su camino hacia la puerta, sin volverse. Tras golpearla con suavidad, apoyó una mano en el picaporte de hierro herrumbroso y se giró para mirar a Amberle.

–Cinco minutos. Eso es todo lo que podemos perder.

Empujó la puerta para abrirla. El valense y la joven miraron al interior de una pequeña habitación. Crispin esperaba allí, y con él había una elfina envuelta en una capa y encapuchada. Se bajó la capucha hasta los hombros, y Wil se sorprendió al descubrir que su rostro, aunque con más años, era idéntico al de Amberle. Allanon había cumplido su promesa; era la madre de la joven elfina. Amberle avanzó hacia ella, la abrazó y la besó. Crispin salió de la habitación y cerró la puerta tras él.

–Supongo que no os habrán seguido –dijo el druida dándolo por seguro.

El capitán de la Guardia Especial negó con la cabeza. Iba vestido como los otros rastreadores elfos, con ropas grises y marrones holgadas y cómodas, que no se destacaban en el paisaje. Bajo la capa que lo cubría, llevaba varios cuchillos largos sujetos al cinturón. Cruzados a su espalda estaban sujetos un arco de fresno y una espada corta. La lluvia había aplastado su pelo castaño, haciéndole parecer casi un muchacho, y sólo sus duros ojos oscuros sugerían que había dejado de serlo hacía mucho tiempo. Saludó a Wil con un breve movimiento de la cabeza, y avanzó para hablar con los elfos. Uno de ellos dio media vuelta y desapareció entre la lluvia, sin decir nada; el otro hacia el granero. Se desplazaban con movimientos felinos, sigilosos y rápidos.

Los minutos transcurrían. Wil permaneció de pie en silencio, junto a Allanon, escuchando el martilleo de la lluvia sobre el techo del establo, sintiendo que la humedad del aire atravesaba su cuerpo. Al fin, el druida se acercó a la puerta de la pequeña habitación y la golpeó con suavidad, como antes había hecho. Un momento después se abrió, y Amberle y su madre aparecieron. Ambas habían estado llorando. Allanon le tendió la mano a la joven.

–Es hora de que os marchéis. Crispin os conducirá a salvo fuera de Arbolon. Tu madre se quedará conmigo hasta que te hayas ido. –Hizo una pausa–. Cree en ti misma, Amberle. Sé valiente.

La joven asintió en silencio. Después se volvió hacia su madre y la abrazó. Allanon se apartó, acercándose a Wil.

–Te deseo buena suerte, Wil Ohmsford. –Su voz apenas fue audible–. Recuerda que dependo de ti más que de nadie.

Estrechó la mano de Wil y después retrocedió. El valense lo observó un momento, luego se volvió al sentir la mano de Crispin en su hombro.

–Mantente cerca –le aconsejó el elfo, y se dirigió hacia las puertas dobles.

El valense y la joven elfina avanzaron. Al llegar a las puertas, el capitán se detuvo y emitió un silbido agudo para avisar a los otros rastreadores. La llamada recibió respuesta casi de inmediato. Crispin cruzó las puertas hacia la lluvia. Ciñéndose las capas, Wil y Amberle le siguieron.

Bajaron a buen paso la cuesta hacia el camino, por donde retrocedieron en la misma dirección en que habían llegado durante unos quince metros, luego viraron por un nuevo sendero que se dirigía al este, hacia el Carolan. En cuestión de segundos, tres rastreadores elfos aparecieron detrás de ellos como sombras que se deslizaban en el bosque. Wil volvió la vista hacia la cuadra solitaria, pero ya se había desvanecido entre la niebla y la lluvia.

El camino se estrechó notablemente, y los bosques se cerraron a su alrededor. Deslizándose a través de los troncos oscuros y brillantes y las ramas caídas y barnizadas por la lluvia, las seis figuras envueltas en capas siguieron el camino que empezaba a descender. Terminó en un tramo de irregulares escalones de madera que descendían serpenteando del Carolan a través de la maraña de árboles. Muy abajo y apenas visible entre las nubes de tenue niebla, yacía la cinta grisácea del río Song. Hacia el este, las praderas y los bosques se mezclaban a trozos en toda la extensión que se divisaba.

Crispin hizo una señal para que continuaran. Fue un descenso largo y en cierto modo difícil, porque los escalones eran estrechos y estaban resbaladizos a causa de la lluvia. Una cuerda de guía, deshilachada y áspera, colgaba holgadamente de unos postes adosados a la escalera. Wil y Amberle se agarraban a ella al bajar con cuidado. Después de cientos de peldaños, la escalera terminó. Continuaron por un nuevo camino que desaparecía en una pequeña plantación de pinos. Desde algún lugar situado delante de ellos, les llegó el sonido de la precipitada corriente del río, crecido por la lluvia, cuyo bramido se mezclaba con el ulular profundo del viento que bajaba de las alturas.

Cuando llegaron al final del bosque tras caminar varios cientos de metros, se encontraron en una pequeña caleta densamente arbolada que se abría a través de un muro de grandes sauces y cedros hasta el cauce principal del río Song. Al abrigo de ésta, anclada junto a un muelle chirriante y deteriorado, flotaba una barcaza solitaria, con su cubierta llena de canastas y pertrechos protegidos por una lona.

Crispin hizo una señal para que se detuviesen. Los rastreadores que los seguían desaparecieron entre los árboles como fantasmas. Crispin miró a su alrededor, luego emitió un silbido agudo. Una respuesta llegó al momento desde la barcaza, luego otra desde el extremo superior de la caleta. Haciendo un ademán con la cabeza a Wil y a Amberle para que lo siguiesen, el capitán de la Guardia Especial abandonó la protección del bosque.

Inclinados contra la fuerza del viento, los tres avanzaron rápidamente sobre el muelle, produciendo un ruido sordo con las botas; después, subieron a la barcaza que aguardaba. Un rastreador elfo apareció de repente bajo la lona, y retiró parte de ella, dejando ver un hueco entre las canastas apiladas. Crispin hizo una seña al valense y a la joven indicando que se metiesen allí. Cuando lo hicieron, la lona cayó con lentitud sobre ellos.

El interior estaba resguardado y seco. La oscuridad los desconcertó al principio, y permanecieron durante un rato inseguros, sintiendo que la barca se mecía bajo ellos. Pero una débil franja de luz se filtraba a través de la lona que tapaba la cubierta, y poco a poco sus ojos se acomodaron. Descubrieron que habían dejado un espacio libre para formar una pequeña cabina en el centro de las canastas. En la pared del fondo se encontraban apiladas provisiones de comida y mantas, y en una esquina había armas protegidas por fundas de cuero. Se quitaron las capas y las extendieron para que se secaran. Tras eso, se sentaron a esperar.

Unos momentos después notaron que la barcaza se separaba del muelle y empezaba a avanzar en la corriente. El viaje hacia el Indomitun había comenzado.

Pasaron todo ese día y el siguiente escondidos en la pequeña cabina, puesto que Crispin les había prohibido que se dejaran ver en la cubierta. El agua continuó cayendo en llovizna uniforme, y el cielo y la tierra continuaron grises y en penumbra. Las miradas ocasionales por los extremos de la lona les descubrieron la tierra que atravesaban, una mezcla de bosques y colinas ondulantes aunque, a veces, el río Song fuera flanqueado por altos promontorios y riscos serrados durante horas mientras se agitaba en su camino hacia el sur. Siempre con la niebla y la lluvia enmascarándolo todo con su media luz grisácea, convirtiéndolo todo en un sueño vagamente recordado. El río, crecido por la lluvia y enturbiado con ramas y desechos, agitaba y sacudía la barcaza.

Dormir era imposible. Descansaban cuando lo conseguían, dando una cabezada ocasional que los dejaba desorientados y aún cansados. Les dolían los músculos y las articulaciones y se sentían entumecidos. El bamboleo constante de la barcaza eliminando el apetito que hubieran podido tener.

El tiempo parecía infinito. Siempre estaban solos, exceptuando las escasas ocasiones en que Crispin u otro de los rastreadores entraba para protegerse de las inclemencias del exterior. Era difícil determinar cuando comían o dormían los elfos, porque parecía que dedicaban todo el día y la noche a conducir el barco y cuidar a sus pasajeros. Siempre había al menos uno de ellos de guardia justo al otro lado de la entrada de la pequeña cabina. Llegaron a saber sus nombres; algunos cuando sus propietarios hacían visitas rápidas a la cabina, otros por las conversaciones que tenían lugar fuera. A varios los conocían personalmente, como a Dilph, el pequeño y moreno, de mirada cordial y puño fuerte, y Katsin, el rastreador grande y enjuto que nunca hablaba. Los otros eran poco más que voces, aunque no tardaron en reconocer los gruñidos profundos y repentinos de Kian o el animado silbido de Ped. A quien más veían era a Crispin, porque el capitán les hacía visitas frecuentes para preguntarles si necesitaban algo e informarles de cómo se desarrollaba el viaje. Pero nunca se quedaba más que unos minutos, siempre excusándose amable pero firmemente para volver con los elfos que estaban bajo su mando.

Al final fue la conversación entre ambos lo que hizo soportable el encierro, la monotonía y la soledad. Empezaron a hablar por necesidad mutua, pero con cautela y timidez, porque aún se miraban uno a otro con una fuerte sensación de inseguridad. El valense nunca llegó a saber del todo por qué la joven elfina decidió desprenderse de la coraza tras la que se había recluido durante la mayor parte del viaje hacia el norte desde Villa Refugio, pero su actitud pareció cambiar de forma sorprendente. Hasta entonces se había mostrado reacia a comentar cualquier asunto con Wil. Ahora estaba ansiosa por conversar con él, preguntándole cosas de los años de su niñez en Val Sombrío, de los años

en que sus padres vivían, y de los posteriores pasados con su abuelo y con Flick. Deseaba conocer su vida con los stors y el trabajo que pensaba realizar cuando los dejase para volver a la Tierra del Sur como curandero. Su interés por él era verdadero y profundo; pero no sólo hablaban de él. Hablaron también de ella, de su infancia como nieta del rey de los elfos, de su educación como hija única del difunto heredero del trono de Eventine. Le explicó el estilo de vida de los elfos, de su acendrada creencia en la obligación de devolver a la tierra que los alimentaba y los protegía algo de sí mismos, algo de sus vidas. Intercambió con Wil opiniones sobre la forma en que las razas podían servir mejor a las necesidades de las demás y de la tierra. Los dos se mostraron partidarios de la comprensión y el amor, descubriendo con cierta sorpresa, que sus creencias eran casi idénticas y que compartían la misma escala de valores.

Con cautela y lentitud, fueron compenetrándose. Evitaron deliberadamente hablar sobre el viaje que estaban realizando, el peligro que amenazaba al pueblo de los elfos y sus responsabilidades de poner fin a ese peligro, o el antiguo y misterioso árbol que llamaban Ellcrys. Habría ocasiones de sobra para eso; ahora podían emplear mejor el tiempo. Fue un acuerdo tácito, sin palabras, por mutuo entendimiento. Hablarían sin trabas del pasado y del futuro, pero no mencionarían el presente.

La charla los confortó. Fuera, la lluvia caía sin descanso, la neblina gris de la tormenta llenaba la tierra y el río Song rugía su descontento camino hacia el sur. Encerrados en su oscuro escondite, vapuleados por el viento y el agua, faltos de sueño y de apetito, podrían haber desembocado con facilidad en el miedo y las dudas. Pero la charla los alentó, les proporcionó una fuerza nacida de los sentimientos compartidos, del compañerismo y la comprensión. Les dio a cada uno de ellos seguridad por la presencia del otro, paliando la desagradable sensación de que su mundo se estaba quedando atrás, de que sus vidas cambiarían para siempre. Les dio esperanza. Cualquier cosa que ocurriera en los días venideros la afrontarían juntos. Ninguno tendría que resistir solo.

Durante aquellas horas de lluvia y penumbra, algo extraño le ocurrió a Wil Ohmsford. Por primera vez desde la noche en que accedió a viajar con Allanon en Storlock, descubrió que estaba preocupado profunda y agudamente por la suerte de Amberle Elessedil.

A media tarde del segundo día de viaje llegaron al bosque de Drey. La fuerte lluvia se había convertido en una llovizna lenta, y el aire se había enfriado notablemente con la proximidad del anochecer. Una penumbra gris envolvía las tierras boscosas. Al oeste, en la lejanía, un nuevo bloque de amenazadoras nubes avanzaba hacia ellos.

El bosque de Drey era una zona densamente arbolada que abarcaba una serie de montículos bajos que se extendían hacia el este desde la orilla izquierda del río Song hasta una línea de montañas altas y escabrosas. Olmos, robles negros y nogales sobresalían sobre una maraña de matorrales y madera seca, y el bosque olía a putrefacción.

A una docena de metros de la orilla del río no había más que una negrura profunda e impenetrable. La lluvia caía sobre los árboles a un ritmo constante, que era el único sonido que quebraba el silencio.

Los rastreadores elfos guiaron la pesada barcaza hasta una ensenada poco profunda donde había un muelle que se iniciaba en la ribera del río. Las olas chocaban contra sus pilotes y bañaban sus tablones de madera. Sobre la orilla, justo donde comenzaba el bosque, había una cabaña ruinosa y vacía, con la puerta y las ventanas cerradas. Acercando la barcaza a los pilotes, los elfos ataron los cabos de amarre y desembarcaron.

Crispin hizo salir a Amberle y a Wil de la cabina, advirtiéndoles que mantuviesen echadas sus capuchas. Satisfechos porque al fin podían erguirse, se reunieron con él en el muelle. El río Song los salpicó con una ola y corrieron hacia la orilla.

Dilph se dirigió a la cabaña, abrió la puerta, lanzó una rápida mirada a su interior y retrocedió. Le hizo una señal de negación con la cabeza a Crispin. El capitán, con gesto preocupado, miró a su alrededor cautelosamente.

–¿Ocurre algo malo? –preguntó Wil.

Crispin desvió la vista.

–Sólo se trata de una precaución. El puesto principal está a un kilómetro de distancia, construido entre los árboles sobre un cerro para permitir una visibilidad dominante sobre la zona de alrededor. Creí que los rastreadores de allí nos habrían visto llegar, pero el tiempo que hace debe habérselo impedido.

–¿Qué le pasa a esa cabaña? –quiso saber el valense.

–Es uno de los diversos puntos de vigilancia dependientes del puesto. Acostumbra a haber alguien de servicio ahí. –Se encogió de hombros–. Pero con este tiempo tan malo el comandante del puesto debe de haber retenido a todos los centinelas. No se le avisó de que vendríamos y no hay ninguna razón para que nos esperase. –Volvió la vista hacia el bosque–. Perdóname un momento, por favor.

Hizo una señal a los otros elfos para que se acercaran, y ellos lo hicieron con rapidez. Cuando hablaron, sus voces fueron bajas y sigilosas.

Amberle se aproximó a Wil.

–¿Crees lo que ha dicho? –susurró.

–No estoy seguro.

–Yo sí lo estoy. Creo que ocurre algo.

El valense no respondió. La pequeña reunión ya había concluido. Katsin volvió al muelle para mantenerse cerca de la barcaza amarrada. Cormac y Ped tomaron posiciones en los inicios del bosque. Crispin hablaba ahora con Dilph, y Wil se adelantó un poco para oír lo que decían.

–Llévate a Rin y a Kian a explorar el puesto de avanzada. –El capitán miró por encima del hombro al valense–. Si todo está bien, vuelve a buscarnos.

Wil tomó una decisión rápida y dio un paso hacia delante.

–Yo también voy.

Crispin frunció el entrecejo.

–No veo ninguna razón para ello.

Wil no se movió.

–Creo que puedo darle una. Proteger a Amberle es responsabilidad mía tanto como suya; por eso Allanon me envió con ella. La manera de ejercer esa responsabilidad es una cuestión de criterios, capitán, y en este caso creo que debo ir a explorar con Dilph.

Crispin reflexionó un momento, después asintió.

–Siempre que hagas exactamente lo que diga Dilph.

Wil se volvió hacia Amberle.

–¿No te importa que vaya?

–No –le respondió. Después observó cómo se alejaba siguiendo a los rastreadores elfos hacia la oscuridad de los árboles, hasta que desapareció.

Como fantasmas, los cuatro se deslizaron a través de la mojada cortina de árboles con pasos silenciosos. La neblina flotaba a su alrededor, en franjas cargadas de humedad, y la lluvia caía suavemente. Pasaron ante filas de árboles oscuros y masas de arbustos y maleza, a medida que el bosque ascendía por cerros y montículos. Los minutos pasaban con rapidez y Wil Ohmsford sintió que su inquietud iba en aumento.

Entonces Kian y Rin se separaron y desaparecieron, cada uno por un lado, y Wil se encontró solo con Dilph. De repente, frente a ellos, la penumbra le permitió ver una zona despejada y Dilph se agazapó, indicándole que se agachase tras él. El elfo señaló hacia

arriba, a las copas de los árboles.

–Allí –susurró.

Sobresaliendo sobre las ramas entrecruzadas de dos grandes robles se encontraba el puesto de los elfos. La lluvia y la niebla velaban los edificios y sus pasillos de conexión. En el interior no ardía ninguna lámpara de aceite ni ninguna antorcha. Nada se movía. Nada se escuchaba. Parecía como si el puesto de avanzada estuviera abandonado.

Pero eso era imposible.

Dilph se adelantó un poco, atisbando hacia la izquierda en la penumbra hasta que divisó a Rin, después a la derecha hasta que descubrió a Kian. Ambos estaban arrodillados al abrigo de los árboles a unos treinta metros observando el puesto silencioso. Dilph silbó suavemente al objeto de llamar su atención. Cuando lo consiguió, hizo una señal a Kian para que se adelantara a inspeccionar más de cerca. A Rin lo envió a explorar los alrededores del claro.

Wil observó como Kian salía corriendo hacia los robles que daban acceso al puesto, encontraba los escondidos puntos de apoyo para los pies en el enorme tronco y empezaba a trepar. Luego, precedido por Dilph, Wil se dirigió hacia la derecha, manteniéndose justo en los límites del claro, con los ojos puestos en el bosque en busca de alguna señal de los elfos desaparecidos. Todo estaba mojado y tenebroso, y era difícil distinguir algo en la maraña de arbustos.

El valense volvió la mirada hacia el lugar de vigilancia. Kian había llegado casi al edificio situado a menor altura, una pequeña cabaña de mando construida bajo las viviendas principales. Rin no se veía ahora en ninguna parte. Estaba aún buscándolo cuando al dar un paso hacia delante, tropezó, cayendo de cara contra el cuerpo destrozado y sin vida de un rastreador elfo. Se levantó de un salto, horrorizado, barriendo con la mirada los alrededores. A su izquierda yacían dos cuerpos más, con los miembros retorcidos y los huesos rotos.

–¡Dilph! –susurró con voz ronca.

En seguida el elfo acudió a su lado. Deteniéndose sólo un instante para examinar la patética escena, Dilph se adelantó y silbó agudamente. Rin apareció en el bosque con expresión de sorpresa. En la barandilla de la plataforma que rodeaba la cabaña de mando, Kian miró hacia abajo. Dilph les indicó con gestos frenéticos que volvieran.

Pero en aquel momento, Kian desapareció. Algo debió de alcanzarle y tirar de él de modo tan repentino, que a Wil le pareció que se había evaporado. Entonces se oyó el grito de Kian, corto y estrangulado. Su cuerpo voló desde el lugar donde lo habían visto y descendió como una rama rota, cayendo ya muerto al suelo.

–¡Corre! –gritó Dilph a Wil y se lanzó entre los árboles.

El valense se quedó inmovilizado durante un momento terrible. Kian estaba muerto. Seguramente todos los elfos del puesto del bosque de Drey estaban muertos también. Sus pensamientos se fundieron en uno: si no llegaba a tiempo junto a Amberle, ella también podría morir. Corrió, corrió como un ciervo herido a través del laberinto del bosque, saltando y sorteando la madera muerta, desesperado por llegar a la barcaza y a la joven desprevenida cuya vida debía proteger. En algún lugar a su derecha pudo oír a Dilph, huyendo como él, y más atrás a Rin. Por instinto supo que algo los perseguía. No podía verlo, no podía oírlo, pero sí sentirlo, terrible, oscuro y despiadado. La lluvia le golpeaba la cara y penetraba en sus ojos, enturbiándole la visión mientras trataba de esquivar los troncos caídos y los arbustos espinosos. Cayó una vez, pero de inmediato se levantó, sin aflojar la marcha, con su delgado cuerpo esforzándose al máximo para alejarse de su perseguidor invisible. Su pecho se dilataba con el esfuerzo, y las piernas le dolían. Pocas veces en su vida había sentido miedo, pero ahora estaba realmente asustado. Estaba aterrorizado.

El gritó de Rin sonó de repente en el silencio. La cosa lo había alcanzado. Wil rechinó los dientes con furia. Quizás ahora los elfos que esperaban en la barcaza oirían el aviso, y se alejarían en ella de inmediato. En ese caso, aunque él fuese atrapado, Amberle podría escapar.

Las ramas y las hojas parecían manos que trataban de agarrarlo. Buscó a Dilph, pero el elfo ya no estaba a la vista. Solo, siguió corriendo.

La oscuridad empezó a deslizarse rápidamente sobre el bosque de Drey, tornando la tarde gris en noche. La llovizna que había estado cayendo monótonamente durante casi todo el día se transformó de pronto en fuerte chaparrón. El viento se agudizaba a la vez que las nuevas masas de nubes negras avanzaban por el cielo. Los truenos rugían a lo lejos, profundos y amenazadores. En las orillas del río Song los rastreadores elfos y la joven que guardaban envolvían sus cuerpos helados en las capas mojadas.

Entonces, el grito sonó, procedente de cualquier lugar del bosque, agudo y breve, casi ahogado por la fuerte embestida del viento. Durante un instante nadie se movió, contemplando en silencio el negro muro de árboles. Después Crispin empezó a gritar órdenes, enviando a Amberle de regresó a la barcaza y a su escondite, llamando a Ped y Cormac para que se reunieran con él. Con las armas preparadas, los tres rastreadores elfos retrocedieron hasta el final del muelle, tratando de penetrar con la mirada la maraña brumosa del bosque. En la barcaza, Katsin aflojó las cuerdas de amarre, preparándose para navegar.

Amberle se acurrucó durante unos momentos dentro de la oscuridad de la cabina, escuchando el sonido del viento y de la lluvia. Luego se levantó de pronto, apartó la lona y se asomó. Cualesquiera que fuesen las consecuencias, no podía permanecer escondida en la cabina sin saber lo que estaba sucediendo fuera. Poco a poco se abrió paso entre las canastas apiladas hasta que pudo llegar al muelle. Katsin había enrollado, dándoles varias vueltas, los cabos de amarre a los pilotes, con los extremos sueltos asidos con fuerza, para poder soltarlos momentáneamente cuando se le ordenara. Miró con reproche a Amberle cuando la vio salir, pero la joven lo ignoró. En la orilla, a unos metros del muelle, los otros elfos esperaban con los ojos puestos en el bosque, con las hojas de sus espadas brillando bajo la lluvia.

De pronto, una figura surgió de entre los árboles a menos de treinta metros río abajo, tropezando y cayendo hacia delante. Cuando se incorporó, vieron que era Dilph.

–¡Marchaos! –gritó con voz enloquecida–. ¡Marchaos! ¡Rápido!

Empezó a correr hacia ellos, perdiendo el equilibrio una vez más.

Crispin ya se estaba moviendo. Con una orden cortante envió a Ped y a Cormac a la barcaza, mientras él se precipitaba para recoger a Dilph. Casi sin detenerse, lo agarró por los brazos, lo aguantó con fuerza y corrió de nuevo hacia la barca.

Amberle atisbaba el bosque a través de la niebla y la lluvia. ¿Dónde estaba Wil Ohmsford?

–¡Soltad las cuerdas! –gritó Crispin.

Katsin hizo lo que le ordenó; después, apresuradamente, empujó a Amberle al interior de la barcaza, donde Ped y Cormac esperaban. Un segundo más tarde, Crispin y Dilph entraban también, y la pesada embarcación empezó a adentrarse en la corriente.

Entonces, de repente, apareció Wil, saliendo del bosque y apresurándose hacia el muelle. Amberle lo vio, inició un grito, pero éste se congeló en su garganta. Entre las sombras de los árboles, detrás del valense, había algo enorme que lo perseguía.

–¡Cuidado! –consiguió emitir.

Espoleado por su voz, el valense alcanzó el muelle de un salto, lo recorrió a toda velocidad y se lanzó hacia la barca que se alejaba. Habría caído al río de no ser por los

elfos, que consiguieron cogerlo y arrastrarlo hacia dentro.

La barcaza se deslizó por el cauce principal del río Song y empezó a adquirir velocidad. Katsin tomó el timón, haciendo virar la pesada embarcación.

Cuando Wil tropezó con las canastas y se dejó caer exhausto, Amberle se quitó la capa y lo envolvió con ella.

Crispin se inclinó hacia Dilph.

–Todos muertos; asesinados, rotos como las ramas de un árbol... como la patrulla de Arbolon, como... los escogidos. –Abrió la boca para tomar el aire que le faltaba–. Kian, también... y Rin, los dos muertos... el demonio los atrapó... estaban esperándonos.

Amberle no escuchó el resto. Sus ojos estaban fijos en los de Wil. Con horrible certeza, ambos comprendieron la verdad.

Estaba esperándolos. El demonio.

Allanon le había dado un nombre. Lo había llamado Parca.

# XXIII

Era medianoche cuando Crispin condujo la barcaza de nuevo hacia la orilla. En el lugar donde el río Song viraba hacia el oeste en su camino sinuoso al Innisbore. Cuando los elfos consiguieron llevar la barcaza a una pequeña cala, poblada de árboles, que se abría al sur del cauce principal, se encontraron en el extremo norte de los Zarzales, a kilómetros de distancia de donde pretendían abandonar el río. La lluvia se había convertido una vez más en llovizna suave, quedando suspendida en el aire en forma de neblina. Las espesas nubes ocultaban la luna y las estrellas, y la noche era tan negra que incluso los ojos de los elfos no podían ver a más de una docena de pasos. El viento había amainado y una bruma densa y casi palpable cubría la tierra.

Los rastreadores elfos vararon la barcaza en un banco de arena de la ensenada, dejándola alejada del río y sujeta. Moviéndose con cuidado y sigilo, revisaron la zona, varios metros en todas direcciones, comprobaron que no había peligro, y fueron a informar a Crispin. El capitán decidió que carecía de sentido continuar el viaje hasta la mañana siguiente. A Wil y a Amberle se les pidió que permanecieran en la cabina. Envueltos en mantas calientes que los protegían del frío, libres por primera vez en los dos últimos días de los desagradables balanceos y sacudidas de la navegación, se durmieron en seguida. Los elfos se situaron alrededor de la barcaza y de sus pasajeros, estableciendo turnos de vigilancia. Crispin se apostó junto a la entrada de la cabina y permaneció allí toda la noche.

Al amanecer, el pequeño grupo se despertó. Recogieron las provisiones y armas que podían acarrear, desamarraron la barcaza y dejaron que la arrastrase el río. Desapareció muy pronto, serpenteando en la corriente. En el momento en que la perdieron de vista, emprendieron la marcha a través de los Zarzales.

Los Zarzales eran unas tierras bajas invadidas por arbustos y matorrales, salpicadas de lagos movedizos, zarzas y pozos. Dividían los grandes bosques de la Tierra del Oeste desde las orillas del río hasta las Estribaciones Rocosas. Era una tierra salvaje que pocos viajeros se atrevían a recorrer. Los que optaban por hacerlo, se arriesgaban a perderse en un laberinto de maleza y pantanos velados por la niebla y la oscuridad. Y aún peor, se arriesgaban a encontrarse con los desagradables habitantes de los Zarzales, criaturas perversas, astutas, que elegían indiscriminadamente a sus presas.

En aquellas tierras no moraban muchos seres, pero los pocos que había comprendían bien que todas las criaturas se dividían en dos grupos, los cazadores y los cazados, y que sólo los primeros podían sobrevivir.

–Si hubiese otra alternativa, no iríamos por aquí –le comentó Crispin a Wil, retrasándose por un momento para hacer partícipe de sus pensamientos al valense–. Si todo hubiera sucedido como estaba planeado, habríamos conseguido caballos en el puesto de vigilancia del bosque y seguido hacia el sur a lo largo del límite occidental de los Zarzales hasta el Mermidon, después habríamos torcido hacia el oeste por las Estribaciones Rocosas. Pero el bosque de Drey lo ha cambiado todo. Ahora tenemos que preocuparnos tanto de lo que nos pueda perseguir como de lo que nos puede esperar delante. La única ventaja de las tierras bajas es que no delatarán ningún rastro de nuestro paso.

Wil movió la cabeza expresando sus dudas.

–Algo como la Parca no se rendirá.

–No, seguirá persiguiéndonos –admitió el elfo–. Pero no nos alcanzará con tanta facilidad la segunda vez. En el bosque de Drey estaba esperándonos porque sabía que nos dirigíamos allí. No sé cómo, pero lo sabía. –Miró al valense, pero éste no dijo nada–. En cualquier caso, no sabrá dónde estamos ahora. Si pretende encontrarnos, tendrá que seguir

nuestro rastro. Eso sería sencillo si nos hubiéramos quedado en el bosque, pero aquí será difícil. Tendrá que determinar primero dónde abandonamos el río; pero le llevará unos días. Después tendrá que seguirnos por los Zarzales. Pero esta tierra puede devorarte sin dejar rastro. Las ciénagas ocultan las huellas diez segundos después de que se hayan producido. Y además tenemos a Katsin, que nació en esta región y la ha recorrido antes. El demonio, por muy poderoso que sea, es un extraño en esta región. Tendrá que perseguirnos guiado por su instinto. Eso nos da una ventaja importante.

Wil Ohmsford no compartía esa opinión. Allanon creyó que, al abandonar Paranor, los demonios no podían seguirlo, pero lo hicieron. Él mismo creyó que no volverían a encontrarlos después de que el rey del río de Plata los llevara hasta la otra orilla. Pero lo hicieron. ¿Por qué iba a ser diferente esta vez? Los demonios eran criaturas de otra época. Sus poderes eran de otra época. Allanon se lo había dicho. También le había dicho que quien los guiaba era un hechicero. ¿Tan difícil iba a ser para ellos encontrar a unos cuantos rastreadores elfos, a una joven y a un valense?

Sin embargo sabía que no podía hacerse más de lo que se estaba haciendo. Si la Parca podía encontrar su rastro en los Zarzales, los encontraría en cualquier otra parte. Crispin había tomado una decisión correcta. Los rastreadores poseían un talento considerable; quizás el suficiente para conducirlos sin que perecieran.

El valense estaba más preocupado por otra posibilidad desagradable, y desde el encuentro con la Parca en el bosque de Drey casi no había podido pensar en otra cosa. La Parca sabía de antemano que se dirigían hacia allí. Lo sabía puesto que estaba allí escondida, esperándolos. Crispin tenía razón respecto a eso. Pero sólo podía haberse enterado de un modo: por medio de un espía oculto en el campamento de los elfos. El espía que Allanon había puesto tanto cuidado en despistar. Y si los demonios conocían sus planes sobre el viaje hacia el bosque de Drey, ¿qué más sabrían sobre el viaje que estaban realizando? Era posible que lo supiesen todo.

Una posibilidad escalofriante, una posibilidad que deseaba no volver a considerar en el futuro, pero que cada vez le parecía más verosímil al analizar los hechos. Allanon estaba seguro de que existía un espía entre los elfos. De algún modo, el espía había logrado escuchar la conversación que mantuvieron en el estudio de Eventine. No podía ni imaginarse cómo, pero estaba seguro de que había ocurrido así. El bosque de Drey fue mencionado y eso explicaba la presencia de la Parca. Pero también fue mencionado el Indomitun, y eso significaba que los demonios sabían con exactitud adónde se dirigían desde el bosque de Drey. En tal caso, cualquier ruta que eligieran, cualquier medio que emplearan para eludir a los posibles perseguidores carecía de importancia. Cuando llegaran al Indomitun, los demonios los estarían esperando.

El pensamiento acompañó a Wil durante todo el día mientras se abrían paso por el laberinto cenagoso de los Zarzales. La punzante maleza y la hierba traidora se presentaban ante ellos a cada paso, la niebla empapó y heló sus ropas, y el agua fangosa y maloliente se filtró a través de sus botas y torturó sus olfatos con el hedor. Caminaban separados unos de otros, hablando poco, oteando cautelosamente a través de la lluvia y los remolinos de niebla mientras recorrían una tierra cubierta por un invariable manto gris. Al anochecer estaban exhaustos. Acamparon en un espacio libre de maleza sobre un pequeña montículo. Era muy arriesgado encender fuego, así que se envolvieron en las mantas y tomaron una comida fría.

Los rastreadores elfos terminaron pronto y comenzaron a organizar los turnos de vigilancia. Wil acababa de comer su pequeña ración de carne seca y fruta y de lavarse con un poco de agua, cuando Amberle se acercó y se agachó a su lado, con su rostro de niña fijo en él desde los pliegues de la manta que le tapaba la cabeza. Mechones de su cabello castaño caían sobre sus ojos.

–¿Cómo soportas esto? –le preguntó él.

–Estoy bien. –Tenía la mirada de un niño perdido–. Necesito hablar.

–Te escucho.

–He estado pensando en algo durante todo el día.

Él asintió, animándola a continuar.

–La Parca estaba esperándonos en el bosque de Drey –dijo con voz serena. Luego titubeó–. ¿Te das cuenta de lo que significa eso?

Permaneció callado. Sabía lo que ella iba a decir. Era como si hubiese leído en su mente.

–Significa que sabía que nos dirigíamos a allí –dijo, plasmando en palabras los pensamientos del valense–. ¿Cómo pudo ocurrir eso?

Él movió la cabeza.

–Ocurrió.

Aquella respuesta fue un error, y en seguida se dio cuenta. El rostro de la muchacha enrojeció.

–¿De la misma forma que me encontraron en Villa Refugio? ¿De la misma forma que encontraron a Allanon en Paranor? ¿De la misma forma que parecen encontrarnos en cualquier parte adonde vamos? –Su voz se mantuvo baja, pero llena de ira–. ¿Qué clase de idiota crees que soy, Wil?

Era la primera vez que usaba su nombre de pila, y él se sorprendió tanto que, durante un momento, sólo pudo mirarla en silencio. Había dolor y sospecha en los ojos verdes, y comprendió que debía optar entre revelarle lo que Allanon le había ordenado mantener oculto o inventar una mentira. No dudó mucho: le habló del espía. Cuando hubo terminado, ella movió la cabeza con expresión de reproche.

–Deberías haberme informado antes.

–Allanon me pidió que no lo hiciera. –Trató de disculparse–. Creyó que ya tenías demasiados problemas.

–El druida no me conoce tan bien como él cree. De todas formas, deberías habérmelo dicho.

Wil no deseaba continuar discutiendo sobre aquello. Asintió con la cabeza en señal de acuerdo.

–Lo sé.

Se quedaron un rato en silencio. Uno de los elfos de la guardia apareció como un fantasma de entre la niebla, luego desapareció otra vez. Amberle lo miró con fijeza, después desvió la vista hacia Wil. Su voz salió flotando de la capucha, su rostro estaba oculto entre las sombras.

–No estoy enfadada. En realidad no lo estoy.

Él sonrió ligeramente.

–Bueno. Este asunto ya es en sí bastante horrible.

–Me hubiera enfadado si ahora no hubieses dicho la verdad.

–Por eso te la dije.

Lo siguiente lo dejó caer como de forma casual.

–Si el espía escuchó lo que se dijo en el estudio de mi abuelo la noche que abandonamos Arbolon, los demonios también saben adónde vamos, ¿verdad?

–Supongo que sí –contestó él.

–Eso significa que conocen la existencia de Salvafuerte; saben todo lo que Ellcrys comunicó a los escogidos, porque Allanon nos lo repitió a nosotros. Tienen tantas posibilidades como nosotros de encontrar el Fuego de Sangre.

–Quizá no.

–¿Quizá no?

–Nosotros tenemos las piedras élficas –puntualizó, preguntándose si eso marcaba alguna diferencia. Después de todo no sabía si podría usarlas otra vez. El pensamiento lo deprimió.

–¿Quién pudo haber estado tan cerca como para escuchar lo que decíamos? –preguntó ella, con el entrecejo fruncido.

Él movió la cabeza en señal de ignorancia. También había estado preguntándoselo.

–Espero que mi abuelo esté bien –murmuró la joven después de un minuto.

–Creo que estará mejor que nosotros –suspiró Wil–. Al menos él tiene un lugar caliente para dormir.

Encogió las rodillas hacia el pecho tratando de conservar un poco de calor. Amberle se movió también, temblando de frío. Él la dejó que se acomodara cerca, envuelta en sus mantas.

–¡Cuánto deseo que esto termine! –susurró ella, distante, casi como si hablara para sí.

El valense esbozó una sonrisa fingida.

–A mí me gustaría que no hubiera empezado nunca.

Ella volvió la cabeza para mirarlo.

–Quisiera que fueses sincero conmigo a partir de ahora. Ningún secreto más.

–Ningún secreto más –le prometió.

Después de aquello guardaron silencio. Poco más tarde, la cabeza de Amberle se deslizaba sobre el hombro de Wil. Estaba dormida. Él no la movió. La dejó de esa forma y siguió con la vista fija en la oscuridad, pensando en tiempos mejores.

Durante los dos días que siguieron, el pequeño grupo continuó su dificultoso camino a través de la penumbra de los Zarzales. La mayor parte del tiempo llovía, alternándose la llovizna monótona con fuertes aguaceros que empaparon aún más la tierra y dejaron a los viajeros fríos y malparados. La niebla colgaba sobre sus cabezas y se arremolinaba levemente en las cimas de los riscos y en los lagos cenagosos. El sol seguía oculto por la pantalla de nubes tormentosas, y sólo una débil iluminación del cielo durante unas horas cercanas al mediodía daba indicación de su trayecto. Al llegar la noche, la oscuridad era impenetrable.

La marcha fue lenta y pesada. En fila de a uno, se abrieron paso a través de la vegetación de los Zarzales a través de las marañas de zarzas que las espadas apenas podían cortar, pasando junto a marismas que borboteaban y se tragaban todo lo que caía en ellas, rodeando lagos de cieno verde con olores putrefactos. La madera seca estaba esparcida por todas partes, mezclada con charcos y raíces retorcidas. La vegetación tenía un tinte grisáceo que cubría su color verde y daba a toda la región un aspecto enfermizo e invernal. Lo que estaba vivo en los Zarzales se mantenía oculto, aunque en el silencio se oía a veces el débil sonido de algo que corría o de algo que acechaba. Las sombras se deslizaban como fantasmas a través de la lluvia y la penumbra.

Poco después del mediodía de la tercera jornada de viaje, llegaron a una enorme extensión de agua, llena de raíces que sobresalían como los huecos rotos de la tierra entre un manto de hojas de lirios acuáticos que se agitaban suavemente con la lluvia. Las orillas del lago estaban invadidas por zarzas y maleza hasta donde conseguían ver. La niebla avanzaba sobre la superficie del agua, cubriendo la orilla opuesta.

Ante aquello se hizo evidente que cualquier intento de rodear el lago implicaría muchas horas de avances y retrocesos para sortear los densos matorrales. Sólo les quedaba una alternativa, y la tomaron. Katsin los condujo, como había hecho la mayor parte del viaje a través de los Zarzales, con los otros cuatro rastreadores elfos agrupados de dos en dos, un par delante de Wil y Amberle y otro detrás. Abriéndose paso en la maleza, accedieron a un estrecho puente de tierra y raíces que partía de la orilla y desaparecía en la niebla. Con suerte, el puente los conduciría a la otra.

Prosiguieron con cautela, estudiando cada paso que daban, manteniéndose apartados del lodazal que se extendía a ambos lados. La niebla se cerró a su alrededor, y perdieron de vista la tierra que habían dejado detrás. Los minutos transcurrían con rapidez. La lluvia arreciaba con fuerza contra sus caras, impulsada por una repentina racha de viento. Luego la niebla se aclaró de forma inesperada, y vieron que el puente caía en el lago a una docena de pasos ante ellos. Más allá se elevaba un gran montón de tierra lleno de rocas y vegetación. La otra orilla del lago no se divisaba por ninguna parte. Habían llegado a un punto muerto.

Crispin se adelantó para ver más de cerca lo que había detrás del montículo de tierra, pero la mano de Katsin se alzó bruscamente para detenerlo. De inmediato se volvió hacia los otros miembros del grupo, apoyando un dedo en sus labios. Después señaló hacia el montículo, y movió la mano siguiendo la curva que descendía hasta el lago. En ese punto, se elevaban pequeños chorros de vapor procedentes de dos orificios irregulares que se destacaban en la superficie del agua.

¡Orificios de respiración!

Sin decir una palabra, Crispin les indicó que retrocedieran. Era preferible que no despertaran al ser que dormía allí.

Pero fue demasiado tarde. La criatura los había descubierto. Su mole se elevó de repente, salpicándolos de agua estancada. Resopló con fuerza al tiempo que abría unos ojos amarillos bajo el manto de hojas de lirio y enredaderas. En su cuerpo cubierto de fango asomaron unos tentáculos contorsionados, y una especie de trompa plana y ancha se balanceó hacia ellos, abriendo las mandíbulas ferozmente. Durante un momento quedó suspendida sobre el lago, luego se hundió bajo el agua y desapareció.

Wil Ohmsford sólo vio fugazmente a aquel ser monstruoso. Luego emprendió la huida a través de la niebla detrás de Ped y Cormac, arrastrando a Amberle, esforzándose por no perder el equilibrio sobre el suelo gastado. Oyó que Katsin, Dilph y Crispin los seguían de cerca y se arriesgó a mirar hacia atrás para ver si la criatura avanzaba en su persecución. En ese momento tropezó y cayó, arrastrando a Amberle en su caída.

Aquello salvó sus vidas. De entre la niebla surgió la criatura, barriendo con sus enormes fauces el estrecho puente. Se oyeron los gritos de terror de Ped y Cormac cuando la cosa los alcanzó y los tiró al lago. La enorme mole descendió y se perdió de vista.

Wil se quedó inmovilizado por el terror, contemplando fijamente el lugar donde el ser monstruoso había desaparecido, ahora cubierto de niebla. Entonces Crispin saltó hacia delante, levantó a Amberle apoyándola en su hombro y salió corriendo hacia la seguridad de la orilla. Katsin agarró a Wil antes de que tuviese tiempo de reaccionar y lo siguió. Dilph corrió tras ellos, empuñando su espada corta. En pocos segundos llegaron de nuevo a la barrera de zarzales y maleza. Alejados ya lo suficiente de la orilla del agua, se derrumbaron sobre la tierra fangosa, respirando agitadamente en la quietud, alertas a cualquier ruido que revelase que les perseguían. No se oyó nada. La criatura había desaparecido.

Pero ahora sólo eran cinco.

# XXIV

El crepúsculo se extendió sobre la Tierra del Oeste como una tela de araña de penumbra gris, y el frío se instaló en toda la región. Las nubes que habían ocultado el sol durante casi siete días empezaron a disolverse, y unas tenues franjas azules se mostraron a la luz del sol poniente. En el oeste, el horizonte enrojeció hasta el púrpura y su resplandor suavizó los bosques empapados por la lluvia.

Debajo de los jirones de niebla que cubrían los Zarzales se encontraban los cinco miembros restantes del grupo que había partido de Arbolon, como almas perdidas que surgían de un mundo de ultratumba. Demacrados y exhaustos, con las manos y las caras llenas de magulladuras y arañazos, con las ropas sucias, rasgadas y pegadas a sus cuerpos por la humedad, tenían aspecto de mendigos. Sólo sus armas sugerían que eran algo más. Caminando cansadamente a través de la última hilera de matorrales, dejaron atrás el último grupo de zarzas, treparon por un pequeño montículo de rocas sueltas y arbustos, y llegaron hasta un alto que se encontraba ante los dos torreones gemelos del Pykon.

Era una vista espectacular e impresionante. Aposentado sobre el ancho cauce del Mermidon, en donde el río serpenteaba hacia el este en dirección a las praderas de Callahorn, el Pykon formaba una entrada natural a la amplia y accidentada cordillera que los elfos llamaban Estribaciones Rocosas. El Pykon se elevaba solitario y apartado, con dos pináculos de roca gemelos que se alzaban hacia el cielo como enormes centinelas protegiendo la tierra de abajo. Rebordes y grietas marcaban su superficie con un laberinto de pliegues y fisuras que sombreaban los riscos de piedra como las arrugas en el rostro de un anciano. En la base norte de los picos, crecía un bosque de pinos, disminuyendo su espesura a medida que la pendiente se hacía más empinada, hasta quedar tan sólo arbustos y flores silvestres que salpicaban la roca oscura con toques brillantes de color. Más arriba, parches de nieve y hielo resplandecían con su blanco deslumbrante.

Crispin convocó una reunión apresurada. Sus serpenteos a través de la maraña de los Zarzales, los habían desviado más al este de lo que pretendían, conduciéndolos allí en vez de a las Estribaciones Rocosas. Parecía lógico bordear el Pykon, viajar río arriba a lo largo del Mermidon hasta llegar a las Estribaciones. Pero tendrían que hacerlo a pie, y eso les haría perder al menos dos días más. Lo peor era que se arriesgaban a dejar un rastro que podía ser seguido. El capitán elfo pensó que tenían una alternativa mejor. Dentro del Pykon, enclavada en una enorme grieta del pico más cercano, había una fortaleza de los elfos abandonada desde la Segunda Guerra de las Razas. Crispin había estado allí años antes y, si lograba encontrarla, podrían utilizar sus pasajes que bajaban desde la antigua fortaleza a través de la roca hasta el Mermidon, en el lugar en donde éste separaba los picos gemelos. Quizás en el río hubiera algún embarcadero y hasta un bote. En caso contrario, hallarían madera suficiente para construir uno. Desde allí, el Mermidon fluía hacia el este durante varios kilómetros, pero después giraba sobre sí mismo hacia donde las Estribaciones Rocosas bordeaban el lodazal impenetrable del Sudario. Si utilizaban el río como medio de viaje, la duración de éste podría reducirse a la mitad de lo que hubieran tardado yendo a pie: a un día o quizás a menos de un día. Había otra razón para elegir ese camino, según el capitán. El río ocultaría todo rastro de su paso.

Este último argumento los convenció. Ninguno de ellos había olvidado el encuentro con la Parca en el bosque de Drey. El demonio aún estaría buscándolos y cualquier cosa que pudieran hacer para impedir que los encontrara debía intentarse. Por eso aceptaron con facilidad los planes de Crispin.

Sin perder más tiempo empezaron a trepar por el Pykon. Atravesaron la zona de

pinos que crecían en la base del pico cercano, llegando a las laderas inferiores cuando el sol de la tarde se hundía detrás del horizonte del bosque y llegaba la noche. En el este empezó a brillar una media luna, y sobre el azul oscuro del cielo parpadearon grupos de estrellas que iluminaban el camino ascendente de los cinco. Era una noche silenciosa y tranquila, llena de suaves olores transportados desde el bosque por un viento suave del sur. Encontraron un camino ancho que serpenteaba entre grupos de arbustos y escarpadas pendientes, siempre ascendiendo hacia las sombras de la montaña. Detrás de ellos, el bosque se hacía menos denso, revelando la oscura visión de los Zarzales que se extendían hacia el norte hasta la delgada línea del río Song.

Se acercaba la medianoche cuando la fortaleza de los elfos apareció por fin. Estaba situada en el interior de una profunda grieta. Era un laberinto de parapetos, torres y almenas que se elevaban sobre el fondo de piedra de los riscos iluminados por la luna. Una larga escalera en espiral ascendía hasta una entrada abierta en la muralla exterior del castillo. Unas puertas de madera revestidas de hierro, desgastadas y agrietadas por el paso del tiempo, con sus bisagras llenas de herrumbre, se encontraban abiertas. Las torres vigía parecían animales de presa agazapados sobre las enormes murallas hechas de bloques de piedra, con sus estrechas ventanas negras y vacías. Sobre los parapetos sobresalían lo que parecía ser puntas de lanzas. Elevándose sobre el conjunto de torrecillas, las cadenas que en otra época habían sostenido los estandartes de los elfos golpeaban contra los postes de hierro. De algún lugar por encima de la fortaleza, entre los despeñaderos de las montañas, sonó el grito penetrante de un ave nocturna, un chillido que se elevó hasta competir con el agudo sonido del viento, se quedó suspendido en el aire durante un momento y se desvaneció en un eco.

Los cinco que ahora formaban el pequeño grupo subieron los escalones que conducían a la entrada de la fortaleza abandonada. Al llegar, la atravesaron con cautela. Un pasadizo encerrado entre altas paredes llegaba hasta una segunda muralla. Entre los bloques de piedra que formaban la muralla crecían matorrales y yerbajos. Los cinco siguieron hacia delante, con las pisadas de sus botas produciendo ecos profundos en el silencio del pasaje. Los murciélagos salían volando de las grietas, con sus alas membranosas aleteando con fuerza. Pequeños roedores cruzaban la piedra a toda velocidad en destellos de movimientos repentinos. Las telas de araña colgaban como ligeras sábanas de lino que se adherían a sus ropas al pasar.

Al final del pasaje, se abría una entrada a un gran patio lleno de escombros e invadido por los suspiros del viento. A ambos lados de una circunvalación almenada, amplias escaleras ascendían hacia un espacio abalconado que quedaba frente a la torre principal de la antigua fortaleza, una monstruosa ciudadela amurallada que se elevaba casi cien metros contra el cielo nocturno, con su piedra irregular inclinada para atrás a la sombra de la montaña. Las ventanas marcaban las plantas de la torre, y dominaban la maraña de oscuridad de los Zarzales. En el centro del balcón, un nicho profundo protegía una puerta de madera. Debajo, directamente desde el patio hacia la torre, había una segunda puerta. Las dos estaban cerradas.

Wil contempló con inquietud las murallas y las almenas que se alzaban sobre él, oscuras, siniestras y desmoronadas por los años. El viento aullaba en sus oídos y llenaba de polvo sus ojos. Se ajustó la capucha de la capa alrededor de la cara para protegerse. No le gustaba aquel lugar. Le producía miedo. Era un refugio para los fantasmas de los muertos, un refugio en el cual los vivos eran intrusos. Miró a Amberle y vio la misma inquietud reflejada en su rostro.

Crispin había enviado a Dilph a explorar el balcón. Él, seguido de Katsin, se dirigió hacia la entrada de la torre. Trató de forzar la cerradura sin éxito; luego arremetió contra la puerta, que se mantuvo firme. Katsin lo intentó con no mejor suerte. La puerta estaba

bloqueada por completo. Wil observó los forcejeos destinados a abrirla con creciente aprensión. La fortaleza estaba cerrada como una prisión, y él deseaba alejarse.

Dilph reapareció en el balcón, gritando palabras que casi se perdieron en el rugido del viento. La puerta de arriba estaba abierta. Crispin asintió, indicándole que lo había comprendido. Recogieron varios trozos de madera, esparcidos por allí, para usarlos como antorchas cuando entraran en la torre. Después subieron la escalera hacia el balcón. La puerta estaba entornada. El capitán elfo dio un paso hacia el interior y allí utilizó yesca para prender una de las antorchas que llevaba y, con ésta, otra que le dio a Dilph. Después les indicó a todos que entraran, y cerró la puerta contra la fuerza del viento.

Se encontraron en una pequeña antesala en la que se iniciaba una serie de oscuros corredores. Una escalera tallada en el muro opuesto partía de los bloques de piedra que constituían el suelo y se elevaba hacia la penumbra. En el aire agitado por el viento había polvo en suspensión, y la roca de la torre estaba impregnada de los olores de la humedad y el moho. Manteniendo alzada la antorcha, Crispin recorrió la sala de un lado a otro, comprobó que funcionaba el cerrojo de hierro que aseguraba la puerta de la antesala, y después volvió con los otros. Descansarían allí hasta el amanecer. Katsin y Dilph harían turnos de guardia en el patio mientras Wil y Amberle dormían. Crispin iría en busca del pasadizo que los conduciría al otro lado de la montaña, a orillas del Mermidon.

Dilph entregó su antorcha al valense. Seguido de Katsin, se deslizó en la noche. Crispin cerró la puerta y corrió el cerrojo. Tras hacerlo, advirtió a los jóvenes que la mantuvieran así. Después desapareció en la oscuridad de uno de los corredores. El valense y la elfina lo siguieron con la vista hasta que la luz de su antorcha se disolvió en la penumbra. Entonces, Wil se acercó a la entrada, colocó su antorcha en un soporte de hierro fijado a la pared de piedra y se sentó con la espalda contra la puerta. Amberle se envolvió en su manta y se tendió a su lado. A través de los resquicios de los goznes y la cerradura penetraba el aullido del viento y su misteriosa llamada resonaba por los corredores de la torre.

Pasó mucho tiempo hasta que ambos se sumieron en el sueño.

Wil no estaba seguro de haber dormido. Le pareció dormitar más que dormir, en un descanso ligero que lo mantuvo a la deriva entre el desvelo y el sopor. Pero soñó, moviéndose a través de una maraña de duermevela suspendida como niebla en su subconsciente. La oscuridad y la bruma lo rodearon de un bosque de imágenes, donde vagó perdido. Sin embargo, tenía la impresión de haber estado antes allí. Le eran familiares la oscuridad y la bruma que flotaban, los paisajes que se sucedían a su paso. Era un sueño, o una experiencia, que había tenido antes...

Entonces sintió la horrible presencia de la criatura, como si estuviera agazapada en algún lugar de la oscuridad, y recordó. Villa Refugio. Había tenido ese sueño en Villa Refugio. La criatura había ido a buscarlo y él había huido, pero en vano, porque no había adónde ir. Finalmente se había despertado. ¿Pero qué podía hacer ahora? El pánico lo invadió. Eso estaba allí fuera, el ser, el monstruo. Había ido a buscarlo otra vez. No podía correr, no podía escapar a menos que lograra despertarse. Pero le faltaba capacidad para encontrar el modo de salir de la oscuridad y la niebla.

Se oyó a sí mismo gritar en el momento en que lo alcanzaba.

En ese instante, se despertó. En el bolsillo de la túnica las piedras élficas ardían como fuego sobre su cuerpo. Liberándose de la manta, atisbó el humo de la antorcha que llameaba junto al muro de piedra. Amberle se acurrucó a su lado, con la visión borrosa por el sueño y el rostro pálido y asustado. Wil palpó el pequeño bulto de las piedras élficas con inseguridad. ¿Había despertado a causa del grito? Pero la joven no lo miraba a él. Su vista estaba fija en la puerta.

–Ahí fuera –susurró.

El valense se levantó en el acto, aupando a la chica a la vez. Intentó escuchar pero no oyó nada.

–Puede que haya sido el viento –dijo al fin con voz ahogada y llena de dudas. Apoyó la mano en el hombro de ella–. Será mejor que vaya a echar un vistazo. Cierra la puerta después de que salga; y no la abras a menos que oigas mi voz.

Descorrió el pesado cerrojo y salió a la noche. El viento silbó agudamente a través de la puerta al cerrarse ésta tras él. Amberle volvió a correr el cerrojo y esperó.

Wil se escondió durante un momento en la sombra del nicho, tratando de ver en la oscuridad. La luz de la luna caía a lo largo del balcón desierto y sobre las murallas y almenas que se elevaban alrededor. Cruzó con cautela hasta el pretil y miró hacia abajo. El patio estaba vacío. No había señales de Katsin ni de Dilph. Dudó un momento, sin saber qué hacer a continuación. Poco después comenzó a andar hacia la escalera. Allí se detuvo, examinando de nuevo el patio. Comenzó a bajar.

Bolas de maleza seca y polvo volaban alocadamente por el patio cubierto de escombros, empujadas por las ráfagas de viento. Wil bajó la escalera sin hacer ruido. Casi había llegado al final cuando vio a Katsin, con el cuerpo grotescamente retorcido, apoyado contra el muro de la torre bajo el balcón. Un poco más lejos estaba Dilph, apenas visible bajo las maderas rotas de la pesada puerta de la torre que antes no consiguieron abrir.

El valense sintió que la sangre se helaba en sus venas. ¡La Parca! Los había encontrado. Y ahora estaba dentro de la torre.

Un momento después subía la escalera a toda velocidad, rezando para que no fuese demasiado tarde.

Sola en la antesala de la torre, Amberle creyó oír un ruido en la penumbra junto a la escalera excavada en la piedra, un ruido que provenía de algún lugar del interior del edificio. Miró a su alrededor con intranquilidad, luego escuchó. Estaba aún escuchando cuando oyó los golpes sobre la puerta y se sobresaltó.

–¡Amberle! ¡Abre la puerta!

Era la voz de Wil, tan amortiguada por el viento que apenas era reconocible. La joven descorrió el pesado cerrojo precipitadamente. El valense entró y cerró la puerta tras él de un empujón. Estaba blanco de miedo.

–¡Están muertos! ¡Los dos! –Mantuvo la voz baja con esfuerzo–. La Parca los ha encontrado. ¡Está aquí, en la torre!

Amberle empezó a decir algo, pero él le impidió continuar tapándole la boca. Un ruido, había oído un ruido, allí, en la escalera excavada en la piedra. Era la Parca. Lo supo con una certeza que no admitía discusión. Iba a buscarlos. En cuanto encontrara el camino para llegar a la cámara donde se hallaban, los atraparía. El muchacho sintió un momento de pánico intenso. ¿Cómo podía haber ocurrido? ¿Cómo había logrado el demonio encontrarlos con tanta rapidez? ¿Qué podía suponerse que hiciera ahora?

Sosteniendo la antorcha como si fuera un escudo, se alejó de la puerta y de la escalera. Amberle parecía pegada a él, tropezando mecánicamente cuando él lo hacía. No podían quedarse allí, se dijo Wil en su aturdimiento. Miró hacia los corredores que los rodeaban. ¿Por cual se había ido Crispin? No estaba seguro. Eligió el que le pareció que había tomado el capitán, y empezó a correr en la oscuridad, abrazando con fuerza a Amberle.

Unos cientos de metros más adelante, tuvieron que detenerse. El corredor terminaba, dividiéndose en tres nuevos corredores. El valense volvió a sentir pánico. ¿Cuál debía tomar? Acercó la antorcha al suelo. El paso de las botas de un elfo había removido el polvo acumulado durante años, dejando unas huellas claras y reconocibles que los posibilitaban

para seguir a Crispin, y le darían facilidades a la Parca para seguirlos a ellos. Apartó el miedo y siguió corriendo.

Juntos huyeron por los corredores oscuros de la fortaleza, entre muros cubiertos de moho y telarañas, a través de cámaras llenas de tapices apolillados y muebles carcomidos, a lo largo de balcones y pretiles que se abrían sobre fosos de negrura. El silencio colmaba la antigua ciudadela, profundo y amenazador, ahogando incluso el ruido del viento. Sólo se percibían las pisadas de sus botas al correr.

En dos ocasiones estuvieron a punto de perderse tras seguir por un corredor equivocado hasta darse cuenta de que las huellas habían desaparecido y de que, en su precipitación, habían pasado ante un desvío sin advertirlo. Otras veces encontraron más de unas huellas, que indicaban que Crispin había retrocedido tras elegir un camino, en el esfuerzo por encontrar el correcto. Los segundos pasaban con rapidez mientras intentaban descubrir por dónde había ido realmente. Siempre tenían la sensación de que en cualquier momento la Parca aparecería ante ellos en la penumbra, y la última oportunidad de escapar se esfumaría.

Entonces el destello de una antorcha atravesó la oscuridad del corredor delante de ellos. Se precipitaron hacia allí, observando con alivio que la figura enjuta de Crispin se materializaba fuera de las sombras. El capitán elfo volvía de su inspección del corredor que atravesaba la montaña. Fue hacia ellos en una loca carrera, con la hoja de su espada resplandeciendo bajo la luz roja del fuego.

–¿Qué ha ocurrido? –preguntó, viendo el miedo en sus ojos.

El valense se lo explicó en pocas palabras. El rostro de Crispin se puso gris.

–¡Dilph y Katsin también! ¿Qué hará falta para detener a ese ser? –Bajó la vista hacia su espada y dudó, después volvió a levantarla y les hizo una señal para que siguiesen–. Por aquí. Puede que aún nos quede una posibilidad.

Juntos se apresuraron por el corredor que había llevado a Crispin hasta ellos, girando a la izquierda por otro, pasando por una enorme sala que en otra época había sido una armería, descendiendo precipitadamente un tramo de escaleras hasta una rotonda vacía, luego por otro corredor. Al final de este último había una puerta de hierro fijada a la roca de la montaña mediante pernos y travesaños. Crispin descorrió los cerrojos y tiró de la pesada puerta. El viento rugió ante sus caras, irrumpiendo a través de la abertura y empujándolos hacia atrás con violencia. Haciendo una seña a Wil y a Amberle para que lo siguieran, él capitán elfo soltó la antorcha, bajó la cabeza resueltamente, y se aventuró a salir a la oscuridad del otro lado.

Se encontraron en una profunda garganta donde la montaña se dividía desde la cima hasta la base. Comunicando las dos mitades había una pasarela estrecha y de aspecto frágil que se extendía desde el pequeño nicho de roca en donde ellos se encontraban hasta una torre aislada en el otro risco. El viento aullaba desde el fondo del abismo, rugiendo con furia mientras batía contra el estrecho puente de hierro. Sólo un fino rayo plateado de luz de luna penetraba en la profunda hendidura, incidiendo sobre una pequeña parte de la pasarela cerca del extremo opuesto.

Crispin atrajo hacia sí al valense y a la joven.

–¡Tenemos que cruzar –gritó por encima del rugido del viento–. ¡Agarraos bien a la barandilla! ¡No miréis abajo!

–¡Me parece que no podré hacerlo! –gritó Amberle en respuesta, mirando con ansiedad hacia la pasarela; y Wil sintió que las pequeñas manos de la joven agarraban con fuerza su brazo.

–¡Tienes que hacerlo! –afirmó Crispin sin dejar lugar a discusiones–. ¡Ésta es la única salida!

El viento seguía aullando en sus oídos.

Amberle miró hacia atrás, a la puerta cerrada, y después a Crispin. Sin hablar, asintió.

–¡Ahora manteneos junto a mí! –les aconsejó el elfo.

Empezaron a atravesar la pasarela, en fila, con el capitán a la cabeza, Amberle tras él, y Wil cerrándola. Avanzaron lentamente, cuidadosamente, agarrándose a las barandillas de cada lado, con las cabezas inclinadas. El viento arremetía contra sus cuerpos en fieras ráfagas, desgarrando sus ropas y sacudiendo la estrecha pasarela de hierro hasta que pareció que iba a desprenderse y caer al fondo del abismo. Al salir de la protección de la cara del risco, el aire helado de las pendientes superiores de la montaña sopló sobre ellos. Sus manos y sus pies se quedaron entumecidas en momentos, y el hierro del puente parecía hielo. Lo recorrieron paso a paso, dejando al fin la sombra de los riscos para entrar en la pequeña franja de luz lunar que marcaba el tramo final de la travesía. Poco después alcanzaron la plataforma frontal de la torre solitaria. La estructura se elevaba sobre la pared del risco, con sus estrechas ventanas vacías y oscuras y sus muros de piedra rayados de humedad convertida en hielo. Una sola puerta cerrada marcaba la entrada a la fortaleza.

Crispin guió a Amberle desde la pasarela y la llevó hasta la entrada de la torre. Cuando Wil se acercó a ellos, el elfo metió la mano en una caja de madera empotrada en el muro y sacó un par de pesadas porras. Entregó una al valense y señaló hacia el puente. Su voz fue amortiguada por los alaridos del viento.

–Hay seis pivotes que mantienen los soportes de la pasarela, tres a cada lado. Húndelos y el puente se desprenderá. Fue construido de esa forma para prevenir la persecución de los enemigos en caso de que la fortaleza fuese invadida. ¡Encárgate de los tres de la derecha!

Wil se precipitó hacia la plataforma. Tres pivotes horizontales fijaban los puntales de cada lado de la pasarela a la plataforma sobre la que descansaba. Cogiendo con fuerza la porra, empezó a golpear el primero. La herrumbre y la suciedad se habían adherido a él, y se movía lentamente dentro de su base. Cuando al fin se soltó, cayó sin hacer ruido en la garganta. Wil pasó al siguiente. Las ráfagas de viento lo ensordecían, el frío había entumecido sus manos desnudas. El segundo pivote se deslizó fuera de su base con facilidad, y cayó.

Algo pesado sacudió el puente. Wil y Crispin levantaron la cabeza a la vez, con las porras preparadas. En las sombras del otro extremo, algo se movió.

–¡Deprisa! –gritó el capitán elfo.

Wil martilleó frenéticamente el último pivote, asestando una serie de golpes seguidos a su cabeza redondeada, tratando desesperadamente de hundirlo. El óxido lo mantenía fijo. Siguió golpeándolo, y se movió unos milímetros.

Sobre el puente, justo al otro lado de la franja de luz de luna, una sombra más oscura que la noche que la envolvía se adelantó. Crispin se puso en pie de un salto. Dos de los pivotes de un lado ya habían caído, el tercero estaba a punto de hacerlo.

Pero el tiempo se acababa. La Parca apareció, avanzando bajo la luz, enorme, embozada en su capa, sin rostro. Crispin cogió el arco de fresno y envió sus flechas volando hacia el ser, con tanta rapidez que Wil apenas pudo seguir sus movimientos. Todas fueron apartadas sin esfuerzo. Wil sintió que el estómago se le encogía. Golpeó con desesperación el pivote que le quedaba, hundiéndolo unos milímetros más de su orificio. Pero allí se quedó inmóvil.

Entonces se acordó de pronto de las piedras élficas. ¡Las piedras élficas! ¡Tenía que usarlas ya! La decisión brotó en él. Se incorporó, introdujo la mano en su túnica y sacó la bolsa de cuero que contenía las piedras. Pocos segundos después, las tenía en la palma de la mano, apretándolas con tanta fuerza que le produjeron un corte. La Parca avanzaba hacia ellos, aún encorvada sobre la pasarela, enorme y tenebrosa. Estaba a menos de seis metros

de distancia. El valense elevó el puño que encerraba las piedras y, con toda la fuerza de voluntad que fue capaz de reunir, invocó al fuego que destruiría al monstruo.

Las piedras élficas fulguraron de repente y el fuego azul se extendió. Pero entonces algo pareció bloquearse en el interior de Wil, y el poder se desvaneció.

El terror se apoderó del valense. Volvió a intentarlo desesperadamente. Nada ocurrió. Amberle corrió hacia él, gritándole; pero sus palabras se perdieron bajo el bramido del viento. Wil retrocedió, tembloroso y aturdido. ¡Había fracasado! ¡El poder de las piedras élficas ya no estaba a su alcance!

Un momento más tarde, Crispin se hallaba sobre el puente. No titubeó. Tras soltar el arco, sacó la espada y comenzó a andar hacia el demonio. La criatura pareció sorprenderse un poco. No esperaba una confrontación directa. El viento batía la pasarela, provocando que los soportes metálicos crujieran mientras la estructura se balanceaba.

–¡Los pivotes! –gritó Crispin hacia atrás.

En su atolondramiento, Wil guardó las piedras en su túnica y volvió a coger la porra y a martillear el pivote inmóvil sin resultado. Atrás, en las sombras, Amberle se lanzó hacia delante. Agarró la porra que Crispin había soltado y comenzó a golpear como una demente el otro pivote.

En la pasarela, Crispin se acercaba a la Parca. Con fintas y estocadas, el capitán de la Guardia Especial trataba de hacer perder el equilibrio al demonio, esperando que resbalase y cayese. Pero la Parca se mantuvo quieta sobre el frágil puente, parando los ataques del elfo con un enorme brazo, esperando con paciencia su oportunidad. Crispin era un diestro espadachín y, sin embargo, no lograba vencer las defensas de la criatura. La Parca se adelantó, y el elfo se vio obligado a retroceder.

La rabia y la frustración invadió a Wil Ohmsford. Asiendo la porra con ambas manos, golpeó el pivote oxidado con todas las fuerzas que le quedaban, y al fin salió disparado hacia el precipicio. Pero, al mismo tiempo, el puente se inclinó ligeramente y Crispin se tambaleó. Cayó hacia atrás en el mismo momento en que la Parca acometía contra él. Las garras rasgaron su túnica. Mientras Wil y Amberle miraban horrorizados, la Parca levantó a Crispin. El capitán atacó con la espada la garganta del demonio, pero la hoja se partió contra ella. La Parca se la sacudió sin darle importancia. Sosteniendo a Crispin por encima de su cabeza, lo arrojó desde la pasarela hacia el vacío. Cayó sin ruido y desapareció.

La Parca reanudó su avance.

Entonces una súbita ráfaga de viento arremetió contra la ya debilitada pasarela y, con su fuerza, desprendió el último pivote que quedaba. Separándose de la plataforma, el estrecho puente se desprendió, llevándose consigo a la figura asida de la Parca. Osciló lentamente, cayendo con un gruñido metálico hacia el risco opuesto, pasando por la estrecha franja de luz hasta las sombras, chocando contra la ladera de la montaña. Sin embargo no se desprendió del todo; quedó suspendido de sus maltratados soportes, balanceándose precariamente bajo el impulso del viento. Apenas se destacaba en la oscuridad de los riscos. La Parca no se veía por ninguna parte.

La voz de Amberle se oyó como un lamento aterrorizado que llamaba a Wil. El vendaval soplaba en frenéticas embestidas, helando al valense hasta los huesos, llenando sus oídos con su ulular. No podía entender lo que la muchacha le decía. No le importaba. Aún sostenía la porra en la mano. Su mente era un torbellino. Crispin y los rastreadores elfos habían desaparecido. Había perdido el poder de las piedras élficas. Sólo le quedaba Amberle.

Ella estaba llorando sobre su hombro, rogándole que se alejaran de allí. Reaccionó y la abrazó. Durante un momento le pareció oír la voz de Allanon diciéndole que dependía de él más que de nadie. Permaneció en el borde del precipicio un momento más, abrazando

a la joven elfina, contemplando con impotencia la negrura de abajo. Luego le dio la espalda. Con Amberle aún agarrada a él, desapareció dentro de la torre.

# XXV

Pasaron el resto de la noche buscando el camino de salida. Con la única antorcha que Crispin había dejado en el soporte de la entrada a la torre, siguieron una interminable sucesión de pasadizos y escaleras que descendían en espiral a través de la roca de la montaña. Exhaustos por completo debido a las penosas experiencias de los últimos días, avanzaban mecánicamente por los corredores de la antigua fortaleza, con los ojos fijos en la oscuridad y cogidos de la mano. No hablaban. No tenían nada que decir. El impacto de los hechos los había dejado aturdidos. Sólo deseaban una cosa: escapar de aquella horrible montaña.

La sensación del transcurso del tiempo se fue desvaneciendo hasta que la perdieron por completo. Podían haber pasado minutos, horas, o incluso días, desde que se encontraban entre las rocas; ya no lo sabían. No tenían idea de adónde les conducían aquellos corredores. Confiaban ciegamente en la suerte y en el instinto al seguir los túneles y los pasadizos con una perseverancia desesperada y muda, confiando en que al final encontrarían la salida. Les dolían los músculos y sentían calambres, y su visión estaba nublada por la fatiga. La antorcha que llevaban siguió ardiendo hasta convertirse en un cabo. El corredor aún continuaba.

Pero al fin terminó. Una enorme puerta de hierro asegurada con dobles cerrojos y una barra cruzada apareció ante ellos. Mientras Wil forcejeaba con los cerrojos, Amberle lo cogió del brazo, y le habló con voz cansada.

–Wil, ¿y si afuera también nos aguarda algún demonio? ¿Y si la Parca no estaba sola?

El valense la contempló en silencio. No había considerado esa posibilidad hasta entonces. No se había permitido tomarla en consideración. A su mente volvió todo lo sucedido desde el bosque de Drey. Los demonios siempre terminaban por encontrarlos. Había una especie de fatalidad en todo aquello. Aunque la Parca hubiera desaparecido había otros demonios. Y el espía de Arbolon sabía lo que iban a hacer.

–¿Wil?

El rostro de Amberle estaba ansioso y esperaba una respuesta.

Tomó la decisión.

–Tenemos que arriesgarnos. No hay alternativa.

Con suavidad separó la mano de ella de su brazo, y situó a la joven detrás de él. Luego, con cuidado, descorrió los cerrojos, quitó la aldaba y abrió la puerta. La luz del día se filtró a través de la abertura. Al otro lado, las lóbregas aguas del Mermidon lamían suavemente las paredes de una gruta que albergaba los muelles ocultos de los elfos. Nada se movía. El valense y la joven intercambiaron rápidas miradas. Sin hablar, Wil tiró la antorcha al suelo del túnel donde se apagó.

Los muelles y los botes amarrados a ellos estaban destrozados e inutilizables.

Avanzaron sobre un reborde estrecho dentro de la gruta hasta salir a la boscosa orilla del río que yacía en la base del Pykon. No había nadie allí. Estaban solos.

Acababa de amanecer, una mañana fría que había convertido en escarcha el rocío de la noche sobre los árboles y la maleza, dejando la tierra blanca con una capa de nieve falsa. Contemplaron el panorama con asombro, observando como su propio aliento se convertía en nubecillas que flotaban en el aire ante sus rostros, sintiendo el frío que penetraba en sus cuerpos húmedos a través de la ropa. El río se hallaba ruidosamente agitado bajo los picos de la montaña, fluyendo hacia el este a través del bosque, con su amplia superficie velada por la niebla. El Pykon emergía de esa niebla, con sus enormes y oscuras cúspides que

proyectaban su sombra sobre la tierra.

Wil miró a su alrededor con inseguridad. En la penumbra de la cueva, los botes de los elfos yacían inservibles. Entonces divisó una pequeña lancha sobre la orilla, parcialmente oculta entre unos matorrales, a una docena de metros de distancia. Tomando de la mano a Amberle se dirigió hacia la lancha. Era un bote de pesca en buen estado, asegurado con cuerdas, obviamente dejado por alguien que de vez en cuando se divertía pescando cerca de las aguas de la gruta. El valense soltó las cuerdas, acomodó a Amberle dentro del bote y lo empujó hasta el río. La necesidad que ellos tenían de la embarcación era mucho mayor que la del pescador ausente.

Fueron arrastrados hacia el este por la corriente mientras el amanecer se convertía en mañana y el día empezaba a calentar. Envuelta en su capa, Amberle se durmió pronto. Wil también lo habría hecho, pero el sueño no llegó a él; su cansancio era tan grande que le impedía dormir. Tenía la mente llena de pensamientos sobre lo que les había sucedido. Encajando un pequeño remo que encontró en el fondo del bote en una horquilla de popa, se instaló en la parte posterior y lo condujo por el cauce de río, contemplando aturdido cómo el sol se elevaba sobre las montañas y la bruma matutina comenzaba a desvanecerse. Poco a poco, la escarcha se fundió en los bosques circundantes. Las cumbres del Pykon desaparecieron a medida que el río los arrastraba hacia delante, y fueron sustituidos por el verde húmedo del bosque. El cielo volvía a estar libre de nubes y oscuridad; su color era azul brillante, interrumpido por alguna franja blanca que flotaba perezosamente bajo la luz del sol.

Hacia mediodía, el Mermidon empezó a girar, describiendo una lenta curva hacia el sur y después hacia el oeste, en dirección a la oscura línea de las Estribaciones Rocosas. El día era templado, la humedad y el frío del amanecer se habían desprendido de sus ropas y sus cuerpos. Sobre el curso del Mermidon volaban pájaros que producían brillantes ráfagas de sonido y color. El olor de las flores silvestres llenaba el aire.

Amberle se estiró al despertarse, y sus ojos adormilados se posaron de inmediato en el valense.

–¿Has dormido? –le preguntó con voz soñolienta.

–No pude –le respondió.

La elfina se incorporó hasta sentarse.

–Entonces duerme ahora. Yo dirigiré el barco mientras. Tienes que descansar.

–No, estoy bien. No estoy cansado.

–Wil, estás agotado. –Había preocupación en su voz–. Tienes que dormir.

Durante un largo momento la contempló con mirada inquieta.

–¿Sabes lo que me ocurrió allí? –preguntó por fin.

Ella negó lentamente con la cabeza.

–No, y tampoco creo que tú lo sepas.

–Lo sé. Sé lo que ocurrió. Intenté usar las piedras élficas y no pude. Ya no puedo controlar su poder. Lo he perdido.

–Eso no puedes saberlo. Ya tuviste dificultades al usarlas en el Tirfing. Quizás esta vez no lo intentaste como debías. Quizá no te concediste tiempo suficiente.

–Me concedí tiempo de sobra –declaró en voz baja–. Usé todo lo que hay en mí para invocar el poder de las piedras élficas. Pero nada ocurrió. Nada. Allanon me dijo que existía esa posibilidad. Se debe a la mezcla de mi sangre de elfo con mi sangre de hombre. Sólo la sangre de elfo controla las piedras, y la mía por lo visto es escasa. Hay una barrera dentro de mí. Amberle. Una vez la superé, pero no puedo volver a hacerlo.

Ella se movió para sentarse a su lado y apoyó una mano en su brazo.

–Entonces lo lograremos sin las piedras.

Wil esbozó una débil sonrisa tras esa sugerencia.

–Las piedras élficas son las únicas armas que tenemos. Si los demonios nos encuentran, estamos perdidos. Sin protección alguna.

–Entonces los demonios no deben encontrarnos.

–Nos han encontrado siempre, Amberle, a pesar de todas las precauciones que hemos tomado. Nos han encontrado en todos los lugares donde hemos ido. Nos volverán a encontrar. Tú lo sabes.

–Yo sé que tú fuiste quien insistió para que no nos volviéramos atrás después de la huida de Villa Refugio –respondió ella–. Yo sé que tú fuiste quien no se rindió en ningún momento. Yo sé que tú fuiste el elegido por Allanon para que me protegiera. ¿Vas a desertar ahora?

Wil enrojeció.

–No, nunca.

–Ni yo tampoco. Empezamos este viaje juntos y lo terminaremos juntos. Dependemos uno del otro. Nos ayudaremos mutuamente. Creo que quizás eso sea suficiente. –Hizo una pausa y una rápida sonrisa cruzó su cara–. Te darás cuenta de que eres tú quien debería estar dirigiéndome este discurso, no yo a ti. Era yo quien no tenía fe en mi herencia, quien no creía en las palabras del druida. Tú siempre creíste.

–Si las piedras élficas no me hubiesen fallado... –empezó a decir Wil en tono sombrío.

Amberle llevó rápidamente la mano hacia sus labios, haciéndole callar.

–No estés tan seguro de que te han fallado. Piensa un momento en lo que intentaste hacer con ellas. Trataste de usarlas como arma de destrucción. ¿Es posible eso para ti, Wil? Recuerda que eres un curandero. Tu norma de vida es preservar, no destruir. La magia élfica potencia lo que uno posee. Quizá no debiste usar las piedras del modo en que lo hiciste al enfrentarte a la Parca.

El valense reflexionó. Allanon le había dicho que las tres piedras élficas actuaban conjugando el corazón, la mente y el cuerpo dentro del poder que formaba la magia. Si alguna de las tres cosas faltaba...

–No –dijo moviendo enfáticamente la cabeza–. Es algo difícil de determinar. Mi abuelo creía en la preservación de la vida tanto como yo, y sin embargo él usó las piedras élficas para destruir. Y lo hizo sin la dificultad con que yo me he encontrado.

–Bueno, puede haber otra posibilidad –continuó ella–. Allanon te avisó de la resistencia provocada por la mezcla de sangre de hombre y de elfo. Ya habías tenido una experiencia al respecto. Quizás esa sea la razón por la que creaste tu propia barrera; una barrera dentro de tu mente que te convenció de forma inconsciente de que el poder de las piedras élficas se había perdido, cuando en realidad no era así. Quizá la barrera que percibiste en el puente la habías construido tú.

Wil la contempló con la mirada fija.

–¿Es posible eso? –Sacudió la cabeza–. No lo sé. No puedo estar seguro. Ocurrió tan deprisa.

–Entonces escúchame. –Se acercó a él, de modo que sus caras quedaron muy cerca–. No te precipites a aceptar como verdad lo que sólo son conjeturas. Has usado una vez las piedras élficas. Invocaste su poder y lo dominaste. No creo que un don como ése se pierda con tanta facilidad. Quizá sólo fue mal dirigido. Tómate tiempo para investigarlo antes de decidir que ya no te pertenece.

Wil la miró con sorpresa.

–Tienes más confianza en mí que yo mismo. Eso me parece muy extraño. Me considerabas un inútil durante el viaje que hicimos desde Villa Refugio. ¿Lo recuerdas?

Ella se retiró un poco.

–Me equivoqué al creer eso. Dije cosas que no debería haber dicho. Tenía miedo...

Durante un momento dio la impresión de que iba a decir algo más; pero como en otras ocasiones en que pareció que iba a hablar de sus temores, dejó el tema en el aire. Wil fue lo bastante sensato para hacer lo mismo.

–Bueno, tienes razón en una cosa –admitió, tratando de mantener un tono ligero en su voz–. Debería ser yo quien estuviera discurseándote, no tú a mí.

Había algo de melancolía en los ojos de la joven.

–Entonces acuérdate de hacerlo cuando creas que lo necesito. ¿Vas a dormir ahora?

Él asintió.

–Creo que debo dormir, al menos por un rato.

Se inclinó hacia delante, para permitir que la joven elfina deslizase un brazo hacia el pequeño timón. Tendiéndose en el fondo del bote, dobló su capa y apoyó en ella la cabeza. Los pensamientos sobre las piedras élficas cruzaban su mente, provocándolo. Cerró los ojos, cubriendo sus pensamientos con la negrura. Cree en ti, le había dicho Allanon. ¿Había creído? ¿Había creído lo suficiente?

Los pensamientos se dispersaron, vagando a la deriva. Se quedó dormido.

Se despertó hacía media tarde. Cansado y dolorido, se levantó del fondo duro del bote y se deslizó hacia atrás para relevar a Amberle en el timón. Tenía hambre y sed, pero no había nada que comer o beber. Lo habían perdido todo en la huida del Pykon.

Poco tiempo después, el cauce empezó a estrecharse, y las ramas de los árboles de ambas orillas se unieron sobre ellos formando una bóveda. Las sombras se alargaron y, en el oeste, el sol empezó a ocultarse tras el muro de las Estribaciones Rocosas, cambiando su luz dorada a rojiza con la llegada del crepúsculo. Un tramo de rápidos hizo saltar la lancha con violencia, pero Wil logró esquivar las rocas y mantener su rumbo hasta pasarlos. Cuando el río empezó a torcer hacia el sur en su largo viaje de vuelta a las praderas de Callahorn, el valense llevó la lancha hasta la orilla y desembarcaron.

Pasaron toda la noche al abrigo de un enorme y viejo sauce, a varios cientos de metros de la orilla del río. Escondieron la embarcación entre unos arbustos, recogieron frutos y hierbas para cenar y trataron de buscar agua para beber. No la encontraron, y tuvieron que contentarse sólo con los alimentos. Comieron, conversaron un poco y se quedaron dormidos.

La mañana amaneció soleada y agradable, y el valense y la elfina emprendieron la marcha hacia las Estribaciones Rocosas, en dirección oeste. Caminaron con viveza, disfrutando del calor de la mañana, comiendo lo que les quedaba de la fruta que habían recogido la noche anterior. Las horas transcurrieron rápidamente, y la rigidez que notaban en sus miembros al despertar fue desapareciendo a medida que avanzaban. A media mañana, descubrieron un pequeño arroyo donde unos rápidos desembocaban en una laguna. El agua era buena para beber. Bebieron hasta saciarse; pero al no contar con recipientes, no pudieron llevarse nada de reserva.

En el transcurso del día, las montañas de las Estribaciones Rocosas se vieron cada vez más sobre la mampara del bosque, una masiva línea montañosa que ocupaba todo el horizonte del oeste. Sólo el lejano sur, donde se encontraba el impenetrable pantano del Sudario, carecía de montañas, y sus contornos estaban invadidos por una densa niebla gris que se elevaba desde la ciénaga como si fuera humo. Por primera vez desde que escaparon del Pykon, Wil empezó a preocuparse de la ruta que seguían. La decisión de adoptar la del curso del Mermidon hacia los bosques, bordeando las montañas, le había parecido obvia. Pero ahora que estaban allí, se preguntaba cómo iban a lograr cruzar esos picos monstruosos. Ninguno de los dos conocía aquella cordillera; ninguno de los dos sabía si existían pasos que pudieran cruzar sin peligro. Sin los rastreadores elfos para guiarlos, ¿cómo iban a evitar extraviarse?

A la caída de la tarde, se encontraron ante las Estribaciones Rocosas, mirando hacia un laberinto de picos que se superponían unos a otros, a cientos de metros de altura, sin mostrar ningún indicio de pasaje o acceso. El valense y la elfina comenzaron a trepar hasta llegar a las laderas inferiores de la montaña más próxima. Los amplios y verdes prados estaban salpicados por brillantes campanillas y centáureas rojas. El sol casi había desaparecido, y empezaron a buscar un lugar para pasar la noche. Pronto encontraron un arroyo que desembocaba en un pequeño estanque dentro de un bosquecillo de pinos. Instalaron allí su campamento. Comieron frutas y hierbas, pero lo que Wil deseaba realmente era carne y pan y consumió aquello un poco a desgana. La luna y una dispersión espectacular de estrellas llenaron el cielo. Deseándose mutuamente buenas noches, se envolvieron en sus capas de viaje y cerraron los ojos.

Wil seguía preguntándose cómo atravesarían las montañas cuando el sueño llegó.

Al despertar, vio que un muchacho estaba sentado allí, mirándolo. Amanecía y el sol se elevaba sobre el bosque distante en una explosión dorada y brumosa de luz que fragmentaba la noche en efímeros trozos de gris. Sobre las amplias laderas abiertas de la montaña que se elevaba sobre ellos, las flores silvestres empezaban a abrirse y el rocío brillaba sobre la hierba.

Wil parpadeó, sorprendido. Al principio pensó que sus ojos le engañaban, y esperó que el muchacho desapareciese de su vista. Pero se quedó donde estaba, sentado sobre la hierba con las piernas cruzadas, mirándolo en silencio. El valense comprendió que no era una ilusión y se incorporó, apoyándose sobre el codo.

–Buenos días –dijo.

–Buenos días –respondió el muchacho solemnemente.

Wil expulsó el sueño de sus ojos y dedicó un momento a examinar al intruso. Era un elfo de corta estatura, su pelo desgreñado, de color arena, le caía sobre un rostro bastante corriente, moteado de pecas. Llevaba unos pantalones de cuero con una túnica ceñida a su pequeña figura y una serie de bolsas y bolsitas colgadas del cuello y de la cintura. Era muy joven; con toda seguridad, mucho más que Wil o Amberle.

–No quería despertarte –declaró el muchacho.

Wil asintió.

–Eres muy silencioso.

–Lo sé. Puedo caminar por un lecho de hojas de pino sin hacer el menor ruido.

–¿De verdad?

–Sí. Y puedo llegar hasta una guarida de zorros sin que me descubran. Una vez lo hice.

–Eso está muy bien.

El chico lo miró con curiosidad.

–¿Qué estáis haciendo aquí?

Wil sonrió a pesar de sí mismo.

–Justamente me estaba preguntando lo mismo sobre ti. ¿Vives aquí?

El muchacho negó con la cabeza.

–No. Vivo en el sur, más abajo de los Irribis. En el Ala Alzada.

Wil no tenía ni idea de lo que debía ser el Ala Alzada. Detrás de él oyó que Amberle empezaba a despertarse.

–Es muy guapa –comentó el chico en voz baja–. ¿Estáis casados?

–Oh, no, sólo viajamos juntos –logró decir Wil, un poco desconcertado–. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

–Vine volando –le respondió–. Soy un jinete alado.

El valense lo contempló con perplejidad. El muchacho desplazó su mirada hacia

Amberle, que acababa de incorporarse, aún envuelta en la capa.

–Buenos días, señora –la saludó.

–Buenos días –contestó Amberle, con una mezcla de diversión y asombro en sus ojos verdes–. ¿Cómo te llamas?

–Perk.

–Mi nombre es Amberle. –La joven sonrió–. Este joven es Wil.

El chico se levantó y se acercó a estrechar la mano de Wil. El valense se sorprendió al descubrir que la mano del joven estaba muy encallecida. Éste pareció darse cuenta y la retiró rápidamente. A Amberle no se la ofreció; se limitó a dirigirle una inclinación de cabeza.

–¿Queréis desayunar? –preguntó.

Wil se encogió de hombros.

–¿Qué quieres decir con eso, Perk?

–Tengo leche, nueces, queso y pan. Eso es todo.

–Está muy bien –dijo el valense sonriendo y volviéndose para mirar a Amberle. No tenía ni idea de qué estaba haciendo allí Perk, pero los alimentos que había indicado, no podían rechazarse–. Estaríamos encantados de poder compartir el desayuno contigo.

Se sentaron en círculo. De una de las bolsas que llevaba, el joven elfo sacó las nueces, el queso y el pan, junto con tres tazas. Después llenó éstas con leche que llevaba en otra bolsa. El valense y la elfina comieron con franca voracidad.

–¿Dónde has conseguido la leche? –le preguntó Amberle.

–De unas cabras –balbuceó Perk con la boca llena–. Un cabrero guarda un rebaño en un prado que está a varios kilómetros al norte. Ordeñé una esta mañana temprano.

Amberle miró a Wil con expresión interrogativa, y éste se encogió de hombros.

–Me ha dicho que es un jinete alado. Que puede volar.

–En realidad no lo soy, aún no –intervino el muchacho–. Soy demasiado joven. Pero un día lo seré.

Se produjo un momento de silencio mientras los tres se observaban entre sí.

–No me contaste que estabais haciendo aquí –dijo finalmente Perk–. ¿Huís de algo?

–¿Por qué lo preguntas, Perk? –quiso saber Amberle.

–Porque parece como si estuvieseis huyendo de algo. Vuestras ropas están rotas y sucias. No lleváis armas, ni comida, ni mantas. No habéis encendido fuego. Y tú parecías asustada.

–Perk, eres muy listo –respondió Wil, tras haber decidido cómo iba a conducir la conversación–. ¿Me prometes que guardarás el secreto si te digo algo?

El joven asintió, revelando ansiedad en el rostro.

–Lo prometo.

–Bueno. –Wil se inclinó hacia delante como para hacer una confidencia–. Esta dama, Amberle, es muy especial. Es una princesa, nieta de Eventine Elessedil, el rey de los elfos.

–El rey de los elfos terrestres –puntualizó Perk. Cuando Wil vaciló, confundido por la distinción, el muchacho se inclinó hacia delante con ansiedad–. ¿Vais en busca de un tesoro? ¿O está encantada la dama? ¿Hechizada?

–Sí. No. –El valense se interrumpió. ¿En dónde se había metido?–. Vamos en busca de un... un talismán. Sólo esta dama puede llevarlo. Hay un grave peligro que amenaza al pueblo elfo. Sólo el talismán puede protegerlos del mal, y debemos encontrarlo rápidamente. ¿Te gustaría ayudarnos?

Los ojos de Perk se desorbitaron de excitación.

–¿Una aventura? ¿Una aventura de verdad?

–Wil, no sé si... –interrumpió Amberle, con gesto de preocupación.

–Confía en mí. –Wil levantó la mano de forma conciliadora. Luego se volvió otra vez

hacia Perk–. Es un asunto muy peligroso, Perk. El ser que nos persigue ya ha matado a varios elfos. No será un juego. Debes hacer exactamente lo que te pida, y cuando te diga que ha terminado, deberás marcharte en seguida. ¿De acuerdo?

Perk asintió sin pensarlo.

–¿Qué quieres que haga?

El valense señaló hacia las Estribaciones Rocosas.

–Quiero que nos muestres un camino para atravesar estas montañas. ¿Conoces alguno?

–Por supuesto. –Perk pareció indignado por la pregunta–. ¿Adónde vais?

Wil dudó. No creía que fuera conveniente darle esa información.

–Eso no importa –dijo al fin.

–Claro que importa –replicó Perk en seguida–. ¿Cómo voy a mostraros cómo llegar adonde queréis ir si no sé adonde queréis ir?

–Eso parece sensato –comentó Amberle, dirigiendo a Wil una mirada que sugería que él debía haber previsto aquello. Creo que será mejor que se lo digas, Wil.

El valense asintió.

–Muy bien, vamos al Indomitun.

–¿Al Indomitun? –Perk sacudió la cabeza con expresión solemne y todo el entusiasmo desapareció de sus ojos–. El Indomitun es un lugar prohibido para mí. Es muy peligroso.

–Lo sabemos –admitió Amberle–. Pero no tenemos elección. Tenemos que ir allí. ¿Podrás ayudarnos?

–Puedo ayudaros –declaró el muchacho con firmeza–. Pero no debéis ir por las montañas. Eso os haría perder muchos días.

–Bueno, si no vamos por las montañas, ¿cómo llegaremos? –preguntó Wil–. ¿Hay otro camino?

Perk sonrió.

–Claro. Podemos ir volando.

Wil miró a Amberle solicitando ayuda.

–Perk, nosotros... no podemos volar –dijo con voz suave.

–Podemos volar –insistió él–. Os dije que soy un jinete alado. Bueno casi.

¡Qué imaginación!, se dijo Wil.

–Mira, Perk, se necesitan alas para volar y nosotros no tenemos alas.

–¿Alas? –El muchacho pareció confuso. Luego sonrió, divertido–. Ah, creéis que... Ya entiendo. No, nosotros no. Tenemos a Genewen. Ha venido conmigo.

Se levantó con rapidez y salió del bosquecillo de pinos. Desconcertados, Wil y Amberle le siguieron, intercambiando miradas interrogativas entre sí. Dejaron atrás los árboles y se detuvieron en una ladera abierta, Perk metió la mano en una bolsa de cuero, que llevaba atada al cuello, y sacó un pequeño silbato de plata. Se puso el silbato en la boca y sopló. No produjo ningún sonido. Wil volvió a mirar a Amberle, moviendo la cabeza lentamente. Las cosas no estaban saliendo como él hubiera querido. Perk introdujo el silbato de nuevo en la bolsa y miró al cielo. De forma automática, el valense y la joven hicieron lo mismo.

De repente, una figura dorada se elevó sobre las Estribaciones Rocosas, resplandeciendo bajo el sol de la cálida mañana mientras descendía entre las montañas, acercándose a ellos. Wil y Amberle se sobresaltaron. Era el pájaro más grande que habían visto nunca, una criatura enorme con una envergadura de alas de unos nueve metros. Una bella cresta de color rojizo y veteada de negro adornaba su cabeza. Estaba dotado de un gran pico ganchudo y unas poderosas garras que extendió al aproximarse. Durante un momento, los dos recordaron a la criatura de alas negras que casi había logrado atraparlos

en el valle de Rhenn, pero en seguida se dieron cuenta de que no era la misma, se posó sobre el prado a unos tres o cuatro metros de ellos, plegando las alas contra su cuerpo cubierto de plumas doradas y arqueando la cabeza hacia arriba como si fuera a dormir. Su graznido agudo rompió la tranquilidad de la montaña. Después bajó la cabeza hacia Perk. El muchacho le respondió con un corto y extraño grito, antes de volverse hacia sus atónitos compañeros.

–Ésta es Genewen –anunció orgullosamente. Luego sonrió–. ¿Veis ¿No os dije que podíamos volar?

La presencia de Genewen hizo que Amberle y Wil se mostrasen más propensos a creer la historia que Perk les relató a continuación.

Antes de la época de Jerle Shannara y del advenimiento de la Segunda Guerra de las Razas, una pequeña comunidad de elfos emigró de su patria tradicional hacia el sur, por razones olvidadas desde hacía mucho tiempo, y se instalaron bajo los Irrybis, a lo largo de una región inexplorada de bosques montañosos que bordeaba una gran extensión de agua conocida como la Divisoria Azul. Estos elfos eran los antepasados de Perk. A través de los años, se convirtieron en cazadores y pescadores, construyeron sus pueblos en una franja de riscos que colindaban con la Divisoria Azul al oeste del lago Myriam. Los elfos descubrieron pronto que estaban compartiendo los riscos con una banda de enormes aves de presa que anidaban en cuevas abiertas sobre las aguas de la Divisoria. Las llamaron rucs, como un ave legendaria del antiguo mundo. Los rucs y los elfos se mantuvieron a una distancia respetuosa al principio; pero con el tiempo, los elfos comprendieron que si domesticaban a las aves gigantes podrían serles útiles. Eran ingeniosos y decididos, y se propusieron llevar a cabo este propósito. Después de varios intentos fallidos, descubrieron un medio para comunicarse con los pájaros que les permitió amaestrar a algunos de los más jóvenes y, después, a todos ellos. Los pájaros se convirtieron en los portadores de los elfos, que así pudieron ampliar su campo de caza y de pesca. También se convirtieron en sus protectores, una vez entrenados para luchar contra los enemigos de la comunidad. Los elfos, a su vez, protegieron a los rucs de las criaturas que intentaban invadir su territorio o arrebatarles su comida. Aprendieron a cuidar de las grandes aves, a curar sus enfermedades y heridas, a tratarlas adecuadamente. Con el paso del tiempo, los lazos entre ambos grupos se hicieron más sólidos. Llamaron Ala Alzada a la región que compartían, que era pequeña y agreste, escasamente poblada de humanos y poco transitada. Todos los contactos entre el Ala Alzada y las comunidades de elfos situadas al norte del Indomitun habían cesado hacía tiempo. Los habitantes del Ala Alzada formaron su propio gobierno y, aunque reconocían la soberanía de los reyes elfos de Arbolon sobre los elfos de la Tierra del Oeste, ellos se consideraban un pueblo independiente. Por eso se llamaron a sí mismos elfos aéreos y a los otros elfos terrestres.

Perk era hijo y nieto de jinetes alados. Éstos se encargaban de amaestrar y montar a los gigantescos rucs, de la búsqueda de alimentos y de la defensa del Ala Alzada. Había otros cargos para los elfos y elfinas del lugar, pero el de jinete alado era el más importante. Sólo ellos dominaban a los rucs. Sólo ellos tenían poder para volar, para cabalgar por el cielo de una punta a otra de la región. Los jinetes alados eran elfos que poseían el honor y la confianza de su pueblo, que dedicarían su vida a su servicio, y que siempre serían reconocidos como símbolo de su estilo de vida.

Perk estaba en su segundo año de entrenamiento para llegar a ser jinete alado. La elección de los que desempeñarían esa función se realizaba a una temprana edad, y a partir de entonces el entrenamiento era constante hasta que llegaban a la edad adulta. Con frecuencia, la elección estaba casi predeterminada, como en el caso de Perk, ya que su padre y su abuelo lo habían sido, y se esperaba que él siguiera los mismos pasos. Genewen

era la montura de su abuelo, pero éste era demasiado viejo para volar en el servicio normal del Ala Alzada; cuando Perk fuese mayor, Genewen sería suyo. Los rucs vivían muchos años. Sus vidas podían prolongarse durante cuatro o cinco generaciones de elfos. Por eso un ruc solía servir a varios amos en su vida. El primer jinete de Genewen había sido el abuelo de Perk; pero si su salud se mantenía en buen estado, lo montarían el hijo o el nieto de Perk.

De momento, era utilizado para el entrenamiento de Perk, que supervisaba su abuelo. Estaba realizando sus ejercicios cuando llegó hasta las Estribaciones Rocosas y vio a Wil y Amberle. Su desarrollo como jinete alado exigía que realizara vuelos cada vez más alejados del Ala Alzada. En ellos se le encomendaban ciertas tareas y se le daban algunas instrucciones que debía cumplir. En aquella salida en particular, se le requería que pasase un período de siete días fuera del Ala Alzada, llevando sólo una pequeña cantidad de pan y queso y un recipiente de agua. El resto de la comida y bebida que necesitara tendría que conseguirla por sus propios medios. Tenía que explorar y describir en detalle a su vuelta ciertos sectores de la región montañosa que rodeaba al Indomitun. Ésta era una región prohibida para él, como para todos los que estaban en período de entrenamiento. Podía tomar tierra en sus proximidades, pero sin entrar. Tenía que evitar todo contacto con sus habitantes.

Las instrucciones parecían bastante explícitas, y Perk no las cuestionaba. Pero en la mañana de su segundo día de vuelo, mientras se dirigía hacia el sur a lo largo del lado oriental de las Estribaciones Rocosas, divisó a Wil y a Amberle, dos figuras envueltas que dormían en un bosquecillo de pinos debajo de él. Después de descender un poco para observar más de cerca, se encontró ante un dilema urgente. ¿Quiénes eran aquellos viajeros, elfos, como él, un muchacho y una muchacha más joven, evidentemente de otra parte de la tierra? ¿Qué estaban haciendo en esa salvaje región tan pobremente equipados? Sólo precisó pensar un momento en todo aquello, y en seguida tomó una decisión. Se le había ordenado evitar el contacto con los habitantes del Indomitun, pero no se le había dado ninguna instrucción respecto al contacto con otras gentes; quizá por descuido de su abuelo, pero de hecho era así. A pesar de la madurez y prudencia infundidas en Perk por las exigencias del entrenamiento, era todavía un chico con el espíritu aventurero de los jóvenes. Su abuelo había dejado una puerta entreabierta ante él y era natural que deseara abrirla del todo. Aunque era obediente, también era curioso. A veces debía permitirse que el primero cediese paso al último.

Afortunadamente para Wil y Amberle, ésta resultó ser una de esas veces.

Perk terminó su historia y luego, pacientemente, contestó a las preguntas de los dos. Pero su ansiedad por comenzar la nueva aventura acabó por imponerse. Con una inconfundible expresión de urgencia, preguntó a sus nuevos compañeros si estaban dispuestos para partir. Genewen, aunque no solía cargar más de un jinete, podía llevarlos sin problemas. Cruzaría las montañas de las Estribaciones Rocosas antes de que se diesen cuenta.

Wil y Amberle miraron con aprensión al ave gigantesca. Si hubiera existido otra posibilidad la habrían escogido con gusto. La idea de volar hacía que se les encogiera el estómago. Pero no había alternativa, y allí estaba el muchacho, con las manos en la cintura, esperando a que se pusiesen en marcha. Haciendo un gesto de resignación hacia Amberle, Wil anunció que estaban preparados. Después de todo, si un muchacho tan joven podía hacerlo, también ellos podrían.

Con Perk precediéndolos, avanzaron hacia Genewen. El pájaro gigante estaba equipado con arneses de cuero ajustados a su cuerpo. Perk les mostró unos estribos que les permitirían trepar por los arneses hasta el centro del dorso del ruc. Aguantó a Genewen

mientras los otros subían, luego ató sus pies con unas correas, dirigió sus manos a unos asideros y, como precaución adicional, los sujetó a los arneses con unas correas de seguridad. De esa forma, no se caerían si el viento arremetía contra ellos. Tales precauciones no tranquilizaron mucho al valense y a la elfina, que estaban bastante asustados. Entonces, Perk les dio sendos trozos de una especie de raíz amarronada, diciéndoles que la masticasen y tragaran. Les explicó que suavizaría las incomodidades del vuelo. Ellos la comieron sin demorarse.

Cuando todos estuvieron acomodados, el muchacho elfo sacó un largo látigo forrado de cuero de debajo de las correas de los arneses y hostigó a Genewen con brío. Emitiendo un grito penetrante, el ruc extendió sus alas y se elevó en el aire. Wil y Amberle, petrificados, observaron como la tierra se alejaba debajo de ellos. Los árboles del bosquecillo se empequeñecieron cuando Genewen giró hacia arriba sobre los prados, impulsada por las corrientes de aire y desviándose al oeste hacia los picos de la cadena montañosa. Para el valense y la elfina la sensación fue indescriptible. Al principio sintieron una mezcla de mareo y euforia, y sólo los efectos del jugo de la extraña raíz evitaron que vomitaran. El mareo fue disminuyendo, y la sensación de euforia aumentando al contemplar los horizontes de la tierra que se ampliaban y se extendían, el panorama espectacular de bosques, pantanos, montañas y ríos. Era una visión increíble. Ante ellos, los picos de las Estribaciones Rocosas se erguían como dientes afilados sobre la tierra, y la franja delgada y azul del Mermidon serpenteaba entre las rocas. Al norte se hallaba la mancha oscura de los Zarzales, hundida en el verde de los bosques de la Tierra del Oeste; al este, ahora lejanas, se divisaban las torres gemelas del Pykon; al sur, la bruma del Sudario se asentaba en el umbral de los Irrybis. Todo estaba allí, la región entera, mostrándose debajo de ellos como un valle escondido ante una montaña que lo domina; todo revelado con nitidez por un sol matutino que se alzaba difundiendo su calor desde un cielo azul brillante y sin nubes.

Genewen se elevó unos cientos de metros, volando sobre las Estribaciones Rocosas, abriéndose paso en su laberinto de picos, deslizándose hábilmente entre las aberturas y hendiduras, descendiendo en los valles para remontarse después a cada nueva hilera de montañas. Wil y Amberle se agarraban con fuerza a los arneses, a pesar de que el vuelo era suave; el gran pájaro respondía a las indicaciones del muchacho que lo guiaba, presionándolo y azuzándolo con piernas y manos mediante unos movimientos conocidos por el ruc. El viento les embestía con pequeñas ráfagas, suaves y cálidas en aquel día de verano, soplando desde el sur. Perk echó una ojeada por encima del hombro a sus nuevos compañeros, y una sonrisa amplia iluminó su rostro pecoso.

Volaron durante casi una hora, adentrándose en las montañas hasta que los bosques se perdieron de vista. De vez en cuando, en el sur, divisaban entre los huecos de los picos la región gris e inhóspita del Sudario; después también desapareció. Las montañas se cerraron a su alrededor, como enormes torres de roca que se interponían a la luz del sol, dejándolos en la sombra. Wil se preguntó qué les habría ocurrido si hubieran intentado cruzar aquella cordillera a pie. Era inverosímil que lo hubiesen logrado, especialmente sin la ayuda de los rastreadores elfos asesinados. Se preguntó si los demonios aún los perseguirían contestándose afirmativamente. Pero sintió una pequeña satisfacción al pensar que incluso a la Parca, si es que había logrado sobrevivir de algún modo al derrumbamiento del puente del Pykon, le resultaría imposible seguir su rastro otra vez.

Poco después, Perk guió a Genewen hacia un risco, alto y sin árboles, cubierto por una hierba alta salpicada de flores silvestres, situado frente a un lago de montaña. El ruc se posó en él con suavidad y los jinetes descabalgaron: Perk saltando ágilmente del dorso del pájaro gigante, Wil y Amberle con movimientos torpes y tensos, reflejando el alivio en sus caras.

Descansaron en el risco durante media hora, luego volvieron a montar y despegaron, volando hacia el oeste a través de enormes picos. Durante la mañana aterrizaron dos veces más, para descansar. En cada ocasión, Perk ofreció a sus compañeros compartir la comida y la bebida, y en cada ocasión rehusaron. Sólo aceptaron otro trozo de la extraña raíz. Perk se la ofreció sin ningún comentario. A él le había sucedido lo mismo en su primer vuelo.

A última hora de la mañana llegaron al límite oriental del Indomitun. Montados en Genewen pudieron ver con claridad todo el valle, una masa enmarañada de bosques rodeados por las montañas de las Estribaciones Rocosas, los Irrybis y la gran ciénaga brumosa del Sudario. Era una región amenazante, densamente poblada de árboles, un conjunto de depresiones y riscos, salpicado de marismas y picos solitarios que sobresalían entre los árboles como brazos que se estirasen. No había signos de que estuviese habitada, ni pueblos, ni viviendas aisladas, ni campos cultivados, ni ganado pastando. Todo el valle era una tierra salvaje, oscura e inhóspita. Wil y Amberle miraron hacia ella con aprensión.

Momentos después, Perk guió a Genewen de nuevo hasta la sombra de las montañas y el Indomitun desapareció detrás de los picos. Volaron sin detenerse hasta poco después del mediodía, cuando Perk volvió a dirigir a Genewen hacia el sur. Describiendo lentamente un arco, el ruc se deslizó entre el estrecho hueco entre unos picos. Ante ellos volvió a aparecer el Indomitun. Volaron hacia allí, descendiendo a lo largo de una pendiente escarpada que finalizaba en el cuenco del valle. Al llegar abajo, Genewen se inclinó a la derecha, volando hacia una extensa colina situada en la base del pico, dominando el Indomitun. Grupos dispersos de árboles salpicaban la colina, y Perk condujo a Genewen a la protección de un bosquecillo de abetos.

Wil y Amberle descendieron con cautela del ruc, frotándose los músculos entumecidos tras el largo viaje. Después de dar una rápida orden a Genewen, Perk se unió a sus compañeros, con el rostro enrojecido y excitado.

–¿Veis? ¡Lo conseguimos! –dijo sonriendo de oreja a oreja.

–Lo conseguimos. –Wil sonrió con pesadumbre, masajeándose la espalda.

–¿Qué hacemos ahora? –quiso saber el muchacho de inmediato.

Wil se estiró.

–Tú no tienes que hacer nada, Perk. No puedes pasar de aquí.

–Pero quiero ayudar –insistió Perk.

Amberle dio un paso hacia delante y rodeó al muchacho con un brazo.

–Ya nos has ayudado. No habríamos llegado hasta aquí sin ti.

–Pero yo quiero ir...

–No, Perk –le interrumpió Amberle, sin permitirle continuar–. Lo que tenemos que hacer ahora es demasiado peligroso para que te compliques en ello. Wil y yo debemos entrar en el Indomitun. Tú mismo dijiste que el Indomitun está prohibido para ti. Así que debes irte ahora. Recuerda que le prometiste a Wil que lo harías cuando te lo pidiéramos.

Perk asintió con pesar.

–Yo no tengo miedo –murmuró.

–Lo sé. –La elfina sonrió–. No creo que haya muchas cosas que te asusten.

Perk se animó un poco con este cumplido, esbozando una sonrisa.

–Hay una cosa más que puedes hacer. –Wil apoyó una mano en su hombro–. Nosotros no sabemos nada del Indomitun. ¿Puedes describirnos algo de lo que vamos a encontrar allí?

–Monstruos –respondió el chico sin dudarlo.

–¿Monstruos?

–De todas clases. Según mi abuelo hasta brujas.

El valense no supo si creerle o no. Después de todo, el abuelo trataba de evitar que su nieto entrase en el Indomitun y era lógico que lo asustara con esas cosas.

–¿Has oído hablar de un lugar llamado Salvafuerte? –preguntó, dejándose llevar por un impulso.

Perk negó con la cabeza.

–Me lo temía –suspiró Wil–. Monstruos y brujas, ¿eh? ¿Hay algún camino?

–Os lo mostraré.

Los condujo fuera de los abetos hasta un pequeño montículo que dominaba el valle.

–¿Veis eso? –preguntó, señalando hacia un montón de árboles caídos en la base de la ladera. Wil y Amberle atisbaron hacia abajo hasta ver el lugar donde señalaba–. Hay un camino tras los árboles que conduce al pueblo de Grimpen. No lo podéis ver desde aquí, pero está allá abajo, varios kilómetros bosque adentro. Mi abuelo me contó que es un lugar peligroso, habitado por ladrones y asesinos. Pero quizá podáis encontrar a alguien que os guíe.

–Quizás.

Wil sonrió agradecido. Eran preferibles los ladrones y los asesinos a los monstruos y las brujas, pensó. De todas formas, sería bueno tener cuidado. Aunque todos los ladrones, asesinos, brujas y monstruos fuesen imaginarios, había demonios reales que los buscaban, que quizá ya los estaban esperando.

Perk se quedó un rato pensativo. Luego levantó la vista.

–¿Qué haréis cuando encontréis ese Salvafuerte? –preguntó.

Wil dudó un momento.

–Bueno, Perk, cuando encontremos Salvafuerte, encontraremos también el talismán de que te hablé, y podremos volver a Arbolon.

El rostro del chico se iluminó.

–Entonces hay algo más que puedo hacer –anunció excitado.

Introdujo la mano en una bolsita que llevaba colgada al cuello y sacó un silbato de plata, que entregó al valense.

–Perk, ¿qué...? –comenzó a decir Wil cuando el silbato fue depositado sobre la palma de su mano.

–Faltan cinco días para que regrese al Ala Alzada –le interrumpió el muchacho rápidamente–. Cada uno de ellos volaré sobre el valle a mediodía. Si me necesitáis, hacédmelo saber con el silbato y vendré. Su sonido no puede ser oído por los humanos, sólo por los rucs. Si habéis logrado encontrar el talismán en cinco días, Genewen y yo os llevaremos de vuelta a vuestra patria.

–Perk, no creo que... –comenzó a decir Amberle, sacudiendo la cabeza.

–Espera un momento –interrumpió Wil–. Si Genewen puede llevarnos volando hacia el norte, ganaremos tiempo. Evitaríamos volver a pasar por la región que atravesamos para llegar hasta aquí. Amberle, tenemos que volver lo más rápidamente que podamos. Ya lo sabes. –Se giró de repente hacia Perk–. ¿Podría Genewen hacer ese viaje? ¿Y tú?

El muchacho asintió con seguridad.

–Pero ya ha dicho que el Indomitun está prohibido para él –remarcó Amberle–. ¿Cómo va a descender allí?

Perk pensó un momento.

–Bueno, si hiciera bajar a Genewen sólo para recogeros, no sería más que un momento.

–No me gusta nada esa idea –declaró Amberle, frunciendo el entrecejo hacia Wil–. Es muy peligrosa para Perk, y es una violación de la confianza que se le ha dado.

–Quiero ayudar –insistió el joven–. Además, me habéis dicho que eso es muy importante.

Parecía tan decidido que Amberle no encontró un argumento válido que esgrimir. Wil aprovechó la ocasión para introducirse otra vez en la conversación.

–Mira, ¿por qué no hacemos un trato? Prometeré una cosa. Si existe algún peligro para Perk, no lo llamaré bajo ninguna circunstancia. ¿De acuerdo?

–Pero Wil... –empezó a decir el chico.

–Y Perk se comprometerá a que, finalizados estos cinco días, volverá al Ala Alzada como ha prometido a su abuelo, tanto si lo hemos llamado como si no –concluyó el valense, cortando todas las objeciones que Perk estaba a punto de exponer.

Amberle reflexionó un momento, luego asintió contra su voluntad.

–Muy bien. Pero me encargaré de que cumplas tu promesa, Wil.

Sus ojos y los del valense se encontraron.

–Entonces estamos de acuerdo –dijo Wil, y se volvió hacia el muchacho. Ahora tenemos que seguir, Perk. Te estamos muy agradecidos.

Cogió la mano del elfo y la estrechó con fuerza.

–Adiós –dijo Amberle, inclinándose para besarlo en la mejilla.

Perk enrojeció, y bajó la vista.

–Adiós, Amberle. Buena suerte.

Despidiéndose por última vez con la mano, el valense y la elfina le dieron la espalda y empezaron a descender por la ladera hacia el bosque salvaje. Perk los contempló hasta que los perdió de vista.

# XXVI

A últimas horas de la tarde del segundo día que siguió a la marcha de Wil y Amberle con los rastreadores elfos que los escoltaron desde Arbolon, Eventine Elessedil se encontraba sentado sin compañía en el estudio de su casa, con los mapas y planos extendidos ante él sobre el escritorio y la cabeza inclinada en un gesto de concentración. Fuera, el agua seguía cayendo en cortinas continuas y grises, al igual que había caído durante los dos días pasados, empapando los bosques de los elfos. El crepúsculo empezaba a insinuarse, proyectando su larga sombra oscura a través de los altos ventanales del otro lado de la sala.

Manx estaba durmiendo a los pies de su amo, con su cabeza grisácea apoyada sobre las patas, respirando de forma profunda y regular.

El anciano rey levantó la cabeza de su trabajo, frotándose los ojos enrojecidos por el cansancio. Miró distraídamente a través de la ventana, luego retiró su silla de la mesa. Pensó, angustiado, que Allanon debería haber llegado ya. Todavía quedaba mucho que hacer, mucho que no podría hacerse sin la ayuda del druida. Eventine no tenía ni idea de dónde se encontraba; había salido por la mañana temprano y no lo había visto desde entonces.

El rey fijó su mirada en la lluvia. Durante tres días había estado trabajando con el druida y los miembros del Consejo en la preparación de la defensa del país de los elfos; una defensa que creía que iba a ser necesaria. El tiempo pasaba con rapidez. Ellcrys continuaba deteriorándose, y la Prohibición se debilitaba cada vez más. El rey esperaba que, en cualquier momento, le diesen la noticia de que ambas se habían desmoronado, que los demonios prisioneros habían salido de su encierro, que la invasión de la Tierra del Oeste había comenzado.

El ejército élfico estaba movilizado y dispuesto: lanceros, piqueros, espadachines y arqueros; soldados de infantería y de caballería; la Guardia Especial y la Guardia negra; el ejército regular y el de reserva. Guerreros elfos procedentes de todos los lugares del país. La llamada se había propagado y quienes estaban capacitados habían acudido para servir, dejando sus hogares y sus familias, dirigiéndose a la ciudad para ser provistos de armas y equipamiento. Sin embargo, el rey sabía que ni la voluntad de hierro del ejército de los elfos sería suficiente para resistir el asalto de las hordas de los demonios cuando quedaran libres y cohesionaran sus fuerzas. Lo sabía porque Allanon lo había dicho, y no era posible cuestionar una afirmación del druida tan terrible como ésa. Los demonios eran físicamente más fuertes que los elfos, y su número mayor. Eran criaturas salvajes y enloquecidas, movidas por un odio que empezó a aumentar y acumularse desde el día de su expulsión de la tierra, y que habían concentrado en el pueblo responsable de ella. Durante siglos, no tuvieron nada más. Ahora darían rienda suelta a su odio. Eventine no albergaba ninguna esperanza. Si los elfos no recibían ayuda, los demonios los destruirían.

No era bueno depender sólo de Amberle y de la semilla de Ellcrys. A pesar del dolor que le provocaba admitirlo, Eventine sabía que debía aceptar la posibilidad de no volver a ver a su nieta. Incluso antes de su regreso a Arbolon, el rey había enviado mensajeros a las demás razas, pidiéndoles que apoyasen a los elfos contra el mal que amenazaba la tierra; un mal que los devoraría totalmente. Los mensajeros habían partido hacía más de una semana, y aún no habían vuelto. Era pronto para esperar respuesta de cualquiera de las otras razas, ya que incluso Callahorn estaba a varios días de camino a caballo. De todas formas, su reacción todavía era una incógnita.

Seguramente los enanos acudirían, como habían hecho siempre. Los enanos y los

elfos afrontaron siempre juntos a todos los enemigos que amenazaron los pueblos libres de las Cuatro Tierras desde la época del Primer Consejo de los Druidas. No obstante, los enanos debían realizar un largo viaje desde el interior de los bosques del Anar. Y tendrían que hacerlo a pie, puesto que no cabalgaban. Eventine sacudió la cabeza. Acudirían tan pronto como pudiesen, aunque tal vez demasiado tarde para salvar a los elfos.

Estaba Callahorn, por supuesto, pero ya no era el Callahorn de antaño, no el Callahorn de Balinor. Si Balinor aún viviese o si los Buckhannah aún gobernasen, la Legión Fronteriza se pondría en marcha sin perder momento. Pero Balinor, el último de los Buckhannah, estaba muerto y el actual gobernante de Callahorn, un primo lejano que había accedido al trono más por accidente que por aclamación, era un hombre indeciso y extremadamente cauto que tal vez encontrara conveniente olvidar que los elfos habían acudido en ayuda de Callahorn la última vez que los llamaron. En cualquier caso, la unión de los consejos de Tyrsis, Varfleet y Kern, reconstruidos tras su destrucción acaecida cincuenta años atrás, ostentaba ahora más poder que el rey. Serían lentos en actuar, aunque el mensajero de Eventine lograra comunicarles la urgencia de la situación, porque carecían de un líder fuerte que coordinara sus ideas. Tendrían que debatir, y mientras lo hacían la Legión Fronteriza permanecería inactiva.

Irónicamente, la desconfianza en sus compañeros de la Tierra del Sur, y en especial su desconfianza en la Federación, sería la causa del retraso con que actuarían los hombres de Callahorn. Después de que el Señor de los Brujos fuera destruido y sus ejércitos derrotados, las principales ciudades de la Tierra del Sur comprendieron tardíamente la importancia de aquella amenaza. Actuando con una precipitación nacida del miedo, constituyeron una alianza entre sí, una alianza que empezó siendo una organización de reinos independientes con fronteras comunes y temores comunes, y acabó siendo una federación altamente estructurada. La Federación era la primera forma cohesiva de gobierno que la raza de los hombres había conocido durante más de mil años. Su propósito declarado era la unificación final de la Tierra del Sur y de la raza de los hombres bajo un único gobierno. El gobierno, desde luego, tenía que ser la Federación. Hasta ese momento, habían realizado un esfuerzo concertado para unir las ciudades y provincias restantes. En las cuatro décadas pasadas desde su fundación, la Federación había llegado a dominar casi toda la Tierra del Sur. De las principales ciudades de la Tierra del Sur, sólo las de Callahorn se habían resistido a la unificación sugerida. Esa decisión había provocado una serie de fricciones entre los dos gobiernos; especialmente porque la Federación continuaba avanzando hacia el norte acercándose a las fronteras de Callahorn.

Eventine cruzó los brazos ante el pecho y frunció el entrecejo. Había enviado un mensajero a la Federación, pero tenía pocas esperanzas de recibir ayuda de ella. La Federación siempre había mostrado poco interés por los asuntos de las otras razas, y era dudoso que considerasen una invasión de demonios a la Tierra del Oeste como una causa auténtica de preocupación. De hecho, era también dudoso que llegasen a creer en la posibilidad de una invasión semejante. Los hombres de las regiones profundas de la Tierra del Sur sabían poco de la hechicería que había perturbado a las otras razas desde la época del Primer Consejo de los Druidas; sus existencias habían sido cerradas e introvertidas, y en su nueva expansión no habían encontrado aún muchas de las desagradables realidades que yacían más allá de su limitada experiencia.

De nuevo, el rey sacudió la cabeza. No, las ciudades de la Federación no ayudarían. Se comportarían como cuando se les avisó de la llegada del Señor de los Brujos; con total incredulidad.

A los gnomos no les había enviado ningún mensajero. No hubiera tenido sentido hacerlo. Constituían una raza tribal. No respondían a ningún soberano o consejo de gobierno. Sus líderes eran sus caciques y adivinos, y cada tribu tenía varios caciques y

adivinos, todos peleando constantemente entre sí. Frustrados y amargados desde la derrota en Tyrsis, los gnomos se habían mantenido al margen de los asuntos de las otras razas en los cincuenta años que habían pasado desde entonces. Era poco razonable esperar que ahora decidiesen hacerlo.

Quedaban los trolls. Éstos también formaban una raza tribal; sin embargo, desde el final de la abortada Tercera Guerra de las Razas, los trolls habían empezado a unirse dentro de las vastas extensiones de la Tierra del Norte, agrupándose las tribus en ciertos territorios bajo un liderazgo común. La más próxima y mayor de las comunidades se encontraba dentro del Territorio de Kershalt, en la frontera norte del país de los elfos. El Kershalt estaba ocupado casi en su totalidad por rock trolls, aunque también algunas tribus menores habitaban en la región. Tradicionalmente, los elfos y los trolls habían sido enemigos. En las dos últimas guerras de las razas, habían luchado entre sí. Pero con la caída del Señor de los Brujos, esa enemistad había disminuido de modo notable, y durante los últimos cincuenta años habían vivido en una coexistencia que podía considerarse pacífica. Las relaciones entre Arbolon y el Kershalt habían sido bastante buenas. Se habían establecido relaciones comerciales y realizado planes para intercambiar delegaciones. Existía la posibilidad de que los trolls del Kershalt accedieran a ayudarles.

El anciano rey analizó sus pensamientos y sonrió ligeramente. Una posibilidad pequeña, admitió. Pero sabía que no podía permitirse despreciar ninguna posibilidad. Los elfos necesitarían de todos los que pudieran encontrar para que les apoyasen si deseaban sobrevivir.

Se levantó con lentitud, se estiró y bajó la vista hacia los mapas extendidos sobre la mesa. Cada uno de ellos describía un sector diferente de la Tierra del Oeste, plasmando con detalle todas las regiones conocidas del país de los elfos y los territorios circundantes. Eventine los había estudiado hasta que se creyó capaz de trazarlos incluso durmiendo. Por alguna de esas regiones llegarían los demonios; y allí deberían instalarse las defensas de los elfos. ¿Pero en cuál? ¿Por dónde empezaría a desmoronarse la Prohibición? ¿Por dónde comenzarían a invadirlos?

El rey dejó que sus ojos vagasen de un mapa a otro. Allanon había prometido que descubriría dónde iba a producirse esa brecha, y esa información esencial era la que aguardaba el ejército de los elfos. Hasta entonces...

Suspiró y se acercó a los ventanales que se abrían a los jardines del edificio principal. Al mirar a lo lejos en la oscuridad creciente divisó a Ander acercándose por el camino, con la cabeza baja para protegerse de la lluvia, los brazos cargados con los registros de las tropas y las listas de abastecimientos que se habían solicitado. El gesto ceñudo del rostro del anciano rey se suavizó. En los últimos días, la ayuda de Ander había sido inestimable. En su hijo menor había recaído la tediosa aunque necesaria tarea de reunir información; un trabajo poco brillante que Arion seguramente habría desdeñado. Sin embargo, Ander lo había llevado a cabo sin una sola queja. El rey movió la cabeza. Era extraño, porque aunque Arion era el príncipe heredero y el más querido de sus hijos, hubo momentos durante los días pasados en que se reconoció más a sí mismo en Ander.

Desvió la mirada hacia el cielo plomizo de las últimas horas de la tarde y se preguntó de repente si también Ander sentiría lo mismo.

El cansancio se reflejaba en el rostro de Ander Elessedil cuando empujó la puerta principal de la gran mansión, se quitó la capa empapada de lluvia y se encaminó por el oscuro corredor que conducía al estudio de su padre, sosteniendo entre los brazos los libros de registro y las listas de abastecimiento. El día había sido duro y no se lo había facilitado la actitud de su hermano que se negó reiteradamente a colaborar con él. Así estaban las cosas desde que apoyó a Amberle ante el Consejo Supremo. Lo que antes había sido una

zanja entre ellos se había convertido en un abismo que quizá no pudiera cruzar. El encuentro que tuvo con su hermano ese día, le había mostrado la amplitud de aquel abismo. Enviado por su padre a recoger la información que ahora le llevaba, acudió a Arion para pedirle ayuda, ya que sobre él recaía la responsabilidad de movilizar y aprovisionar al ejército. Aunque Arion podría haberle ahorrado horas de trabajo, se negó incluso a recibirlo, enviando a un oficial subalterno en su lugar y manteniéndose alejado durante todo el día. Eso enojó tanto a Ander que estuvo a punto de forzar un enfrentamiento. Pero habría implicado a su padre, y el anciano rey no necesitaba más problemas en que ocupar su tiempo. Y Ander guardó silencio. Mientras las hordas de demonios amenazaran su país, los problemas personales deberían ser postergados.

Movió la cabeza. Sin embargo, tal razonamiento no le hacía sentirse mejor respecto a la manera en que se estaban desarrollando las cosas entre Arion y él.

Llegó a la puerta del estudio. La empujó con la bota para abrirla y la cerró de la misma forma. Logró esbozar una sonrisa alentadora hacia su padre, que avanzó para ayudarle con los registros y listas. Luego se dejó caer cansadamente en una silla vacía.

–Esto es todo –dijo–. Inventariado, anotado y ordenado.

Eventine depositó el material que su hijo le había entregado sobre la mesa en que estaban los mapas y se volvió hacia él.

–Pareces cansado.

Ander se estiró.

–Lo estoy.

Con una ráfaga de viento y agua, los ventanales se abrieron con violencia. El padre y el hijo se giraron mientras los mapas y planos se dispersaban por el suelo y las lámparas de aceite fluctuaban. Allanon apareció en la entrada, con sus mojadas ropas negras brillando en la oscuridad, chorreando agua sobre el suelo del estudio; sus facciones angulosas estaban tensas, la fina línea de su boca apretada. Sostenía en las manos una estaca delgada de madera, con la superficie de color plateado.

Durante un momento, los ojos de Ander se cruzaron con los del druida, y el príncipe de los elfos sintió que su sangre dejaba de circular. Había algo terrible en aquel rostro, reflejos de una determinación feroz, de poder y de muerte.

El druida se volvió y cerró la puerta encristalada y corrió el pestillo que de algún modo había descorrido desde fuera. Cuando se volvió otra vez, Ander vio con claridad la estaca plateada y su rostro palideció.

–Allanon, ¿qué has hecho?

Las palabras se escaparon de su boca antes de que pudiera pensarlas.

Su padre lo vio también y exclamó en un susurro horrorizado:

–¡Ellcrys! ¡Druida, has cortado una rama de un árbol vivo!

–No, Eventine –contestó el hombre alto suavemente–. No le he hecho ningún daño a ella, que es la vida de esta tierra. Eso nunca.

–Pero la estaca... –empezó a decir el rey, extendiendo las manos como si fuese a tocar algo que quemase.

–No la corté –repitió el otro–. Mírala con más atención.

Extendió la estaca hacia delante y la giró lentamente para que pudiera examinarla. Ander y su padre se acercaron. Los dos extremos de la estaca eran lisos y redondeados. No estaba astillada ni cortada por un cuchillo. Toda su superficie carecía de marcas.

Eventine pareció sorprendido.

–Entonces, ¿cómo...?

–Ella me la dio, rey de los elfos. Me la dio para que fuese esgrimida contra los enemigos que amenazan a su pueblo y a su tierra. –La voz del druida era tan fría que pareció helar hasta el aire de la pequeña sala–. Ésta es la magia que dará fuerza al ejército

de los elfos, poder para resistir el mal que vive en las hordas de demonios. Esta estaca será nuestro talismán; la mano derecha de Ellcrys, esgrimida cuando los ejércitos se encuentren en la batalla.

Dio un paso hacia delante, sosteniendo aún la estaca ante él, con sus ojos oscuros y penetrantes bajo la sombra de las cejas.

–Esta mañana temprano fui a verla, solo, en busca de un arma con la cual pudiéramos resistir al enemigo. Me concedió una audiencia, habló con las imágenes que son sus palabras, me preguntó por qué había ido allí. Le expliqué que los elfos no poseían ninguna magia salvo la mía para hacer frente al poder de los demonios; le expliqué que temía que no fuera suficiente, que yo podía fracasar; le expliqué que buscaba algo suyo para usarlo en la batalla contra los demonios, ya que es un anatema para ellos.

»Entonces se recogió sobre sí misma y soltó esta estaca, este miembro de su cuerpo. Débil y con la seguridad de que se está muriendo, sin embargo logró darme una parte de sí misma para ayudar al pueblo élfico. Yo no la toqué, no hice otra cosa que admirar su fuerza de voluntad. Observa esta madera, rey de los elfos. ¡Tócala!

Depositó la estaca en las manos de Eventine, que las cerró a su alrededor. Los ojos del rey se abrieron con sorpresa. El druida tomó de nuevo la estaca y se la pasó a Ander, en silencio. El príncipe se sobresaltó. La madera estaba caliente, como si la sangre de la vida fluyese en su interior.

–¡Está viva! –susurró el druida en tono reverencial–. Separada y lejos de ella, aún tiene vida. Es el arma que buscaba. Es el talismán que protegerá a los elfos contra la hechicería de las hordas de demonios. Mientras los elfos posean la estaca, el poder que vive dentro de Ellcrys velará por ellos y los protegerá.

Tomó la estaca de las manos de Ander y de nuevo los ojos de ambos se encontraron. El príncipe elfo sintió que algo inexpresado pasaba de uno al otro, algo que no podía comprender; cómo había ocurrido la noche en que se había reunido el Consejo Supremo, cuando se puso del lado de Amberle.

Los ojos del druida se desviaron rápidamente hacia el rey.

–Ahora escúchame –dijo con voz baja y precipitada–. La lluvia cesará esta noche. ¿Está preparado el ejército?

Eventine asintió.

–Entonces saldremos al amanecer. Debemos actuar con rapidez.

–¿Pero hacia dónde vamos? –preguntó el rey–. ¿Has averiguado por donde se producirá la brecha?

Los ojos del druida se avivaron.

–Sí. Ellcrys me lo ha dicho. Siente que los demonios están agrupándose en un punto concreto de la Prohibición, siente que se debilita por donde ellos se agrupan. Sabe que allí es donde la Prohibición cederá primero. La grieta ya fue abierta por los que escaparon para asesinar a los escogidos. Después volvió a cerrarse, pero la herida no ha cicatrizado. Allí se quebró la Prohibición. Ya está debilitada, tensada por la fuerza que empuja contra ella. Los demonios son convocados a ese lugar por aquel que los dirige y que posee un poder de hechicería parecido al mío. Se le llama Dagda Mor. Con su ayuda, la brecha será abierta de nuevo y esta vez ya no volverá a cerrarse.

»Pero los estaremos esperando. –Su mano apretó la estaca–. Estaremos esperando. Los cogeremos justo en el momento en que la crucen y aún no estén organizados. Impediremos que entren en Arbolon mientras podamos. Daremos a Amberle el tiempo que necesita para encontrar el Fuego de Sangre y volver.

Sin decir más, hizo una seña a Ander y a su padre para que se acercaran. Entonces se agachó y recogió del suelo uno de los mapas caídos y lo extendió sobre la mesa.

–La brecha se producirá por aquí –dijo en voz baja.

Su dedo señaló la amplia extensión de las Planicies de Hoare.

# XXVII

Esa misma tarde, cuando la luz del día casi había desaparecido y la lluvia se había transformado en una fina neblina, los Cuerpos Libres de la Legión se aproximaban a la ciudad. Quienes los vieron pasar interrumpieron sus ocupaciones y se miraron unos a otros murmurando con cautela. Desde los altos senderos arbolados hasta los caminos del bosque de abajo, las voces susurraban al unísono. No había duda de que se trataba de los Cuerpos Libres.

Ander Elessedil permanecía aún encerrado en el estudio de la gran mansión con su padre y Allanon. Se encontraba allí por insistencia del druida para que se familiarizase con los mapas de Sarandanon en la Tierra del Oeste y propusiese planes defensivos, cuando Gael trajo la noticia de la llegada de aquéllos.

–Majestad, un destacamento de caballería de la Legión Fronteriza ha llegado de Callahorn –anunció el joven ayudante, apareciendo bruscamente en la puerta del estudio–. Nuestras patrullas los encontraron a una hora de camino al este de la ciudad y los escoltaron hasta aquí. Llegarán en pocos minutos.

–¡La Legión! –Una sonrisa amplia se esbozó en el rostro cansado del rey–. No me atrevía a esperarlo. ¿Qué destacamento, Gael? ¿Cuántos son?

–No lo sé, majestad. Un mensajero de la patrulla trajo la noticia, pero ningún detalle.

–No importa. –Eventine se levantó y caminó hasta la puerta–. Cualquier ayuda es bienvenida, quienquiera que...

–¡Rey de los elfos! –La voz profunda de Allanon hizo que el padre de Ander se volviese de repente–. Tenemos un trabajo importante que hacer aquí, un trabajo que no debe ser interrumpido. Quizá tu hijo pueda ir en tu lugar, aunque sólo sea para dar a bienvenida a los fronterizos.

Ander miró sorprendido a Allanon y después, con inquietud, a su padre. El rey dudó un momento; pero al ver la mirada de su hijo, asintió.

–Muy bien, Ander. Haz llegar mis saludos al comandante de la Legión e indícale que me reuniré con él personalmente más tarde, esta noche. Encárgate de que se les proporcione alojamiento.

Agradecido por haber recibido un encargo de cierta importancia, Ander salió de la gran mansión seguido por una escolta de rastreadores elfos. La sorpresa que experimentó ante la sugerencia inesperada de Allanon pronto se transformó en curiosidad. Se dio cuenta de que no era la primera vez que el druida lo involucraba en algo sin necesidad de hacerlo. Ocurrió en el primer encuentro, cuando le habló a Eventine de Amberle y del Fuego de Sangre. Después le desaconsejó que fuese a Paranor para que asumiese la responsabilidad de la protección de su padre. Esa sensación de alianza fue lo que le indujo a ponerse en pie en el Consejo Supremo para respaldar a Amberle, cuando ningún otro lo hubiera hecho. También estaba la reunión de esa misma tarde, en la que Allanon había dado a su padre la estaca de Ellcrys. Era la presencia de Arion la que se requería en esas reuniones, no la suya. ¿Por qué nunca estaba Arion?

Acababa de atravesar la verja principal de los jardines del palacio, todavía analizando el asunto, cuando las primeras filas de la caballería de la Legión asomaron por el camino y poco a poco la unidad completa entró en su campo visual. Ander aflojó el paso, frunciendo el entrecejo. Reconoció a los jinetes. Colgadas de sus hombros aleteaban las capas grises ribeteadas de carmesí, y sus cabezas estaban cubiertas por los sombreros de ala ancha con una sola pluma encarnada. De los arneses de las monturas sobresalían los largos arcos y los espadones, y llevaban cruzadas a la espalda las espadas cortas. Cada jinete sujetaba una

lanza donde ondeaba una pequeña bandera gris y carmesí, y los caballos iban provistos de una ligera protección de cuero con broches de metal. Escoltados por los rastreadores elfos que los encontraron mientras patrullaban al este de la ciudad, cabalgaban por las mojadas calles de Arbolon en filas ordenadas y precisas, y dirigían miradas a derecha e izquierda hacia la multitud que se iba reuniendo para verlos pasar.

–Los Cuerpos Libres –murmuró Ander para sí–. Nos han enviado los Cuerpos Libres.

Casi todo el mundo había oído hablar de ellos; el destacamento más famoso y más controvertido de la Legión Fronteriza de Callahorn. Debía su nombre a la promesa que se hacía a aquellos que se incorporaban a sus filas de no investigar ni pedir explicaciones sobre su vida anterior. Para la mayoría, había mucho que dejar atrás. Llegaban de diferentes regiones, diferentes historias y diferentes vidas, pero llegaban por razones similares. Entre ellos había ladrones, asesinos, estafadores, soldados expulsados de otros ejércitos, hombres de clase baja y clase alta, hombres con honor y sin él; algunos acudían en busca de algo, otros huyendo de algo, algunos por casualidad, pero todos trataban de escapar de lo que habían sido, de olvidarlo y empezar de nuevo. Los Cuerpos Libres les daban esa oportunidad. A ningún soldado de los Cuerpos Libres se le preguntaba nunca por su pasado; su vida empezaba el día en que se alistaba. Lo que habían sido antes había terminado; sólo el presente importaba y lo que un hombre podía hacer de sí mismo durante el tiempo que servía.

Para la mayoría, ese tiempo era breve. Los Cuerpos Libres eran la unidad de choque de la Legión, y como tal se consideraba que podían ser sacrificados. Sus soldados eran los primeros en la batalla y los primeros en morir. En todos los combates que se libraron desde la formación de los Cuerpos unos treinta años atrás, su número de muertos había sido el más alto. Mientras que los soldados de los Cuerpos Libres dejaban atrás su pasado, el futuro se les presentaba como una perspectiva aún más incierta. Sin embargo era un intercambio justo, o así lo consideraban muchos. En cualquier caso, todo tenía un precio, y ese precio no era muy desorbitado. En los soldados que lo pagaban había una especie de orgullo; les daba una sensación de importancia, una identidad que los distinguía de los otros guerreros de las Cuatro Tierras. Era una tradición en los Cuerpos Libres que sus soldados muriesen en la batalla. Para los hombres de los Cuerpos no tenía importancia la posibilidad de morir, la muerte era la realidad de sus existencias, y la veían como a un viejo conocido al que habían esquivado en más de una ocasión. No, no tenía importancia la posibilidad de morir; lo importante era morir bien.

Lo habían demostrado con frecuencia, y Ander lo sabía. Ahora los habían enviado a Arbolon para que lo demostrasen una vez más.

La unidad de la Legión se detuvo ante las verjas de hierro, y un jinete alto, con capa gris, que iba al frente, desmontó. Al ver a Ander, pasó las riendas de su caballo a otro y se dirigió hacia él a grandes zancadas. Al llegar ante el príncipe y su guardia, se quitó el sombrero de ala ancha e inclinó ligeramente la cabeza.

–Soy Stee Jans, comandante de los Cuerpos Libres de la Legión.

Durante un momento, Ander no respondió, sobresaltado por la apariencia del otro. Stee Jans era un hombre corpulento que parecía dominar a Ander. Su rostro curtido, aunque aún joven, estaba cruzado por docenas de cicatrices, algunas de las cuales atravesaban la barba roja que ensombrecía sus mandíbulas, trazando líneas blancas. Una maraña de cabello rojizo le caía hasta los hombros, trenzada y atada. Le faltaba parte de una oreja y en la otra llevaba colgada una anilla de oro. Sus ojos de color avellana se fijaron en los del príncipe, tan duros que parecían cincelados en piedra.

Ander se quedó absorto un momento, pero reaccionó en seguida.

–Soy Ander Elessedil; Eventine es mi padre. –Extendió la mano, iniciando un saludo.

El apretón de Stee Jans fue fuerte como el hierro; sus manos morenas, encallecidas y nudosas. Ander abrevió el saludo y desvió la vista hacia las largas filas de jinetes grises, buscando en vano otras unidades de la Legión–. El rey me ha encargado que os envíe sus saludos y que me ocupe de que recibáis alojamiento. ¿Cuándo esperáis que lleguen las otras unidades?

Una débil sonrisa cruzó el rostro lleno de cicatrices.

–No hay más, alteza. Sólo los soldados de los Cuerpos Libres.

–¿Sólo los...? –Ander titubeó, confundido–. ¿Cuántos son, comandante?

–Seiscientos.

–¡Seiscientos! –Ander no logró ocultar su decepción–. Pero, ¿y la Legión Fronteriza? ¿Cuándo van a enviarla?

Stee Jans esperó un poco antes de contestar.

–Alteza, creo que será mejor que sea sincero. La Legión no vendrá. El Consejo de las Ciudades todavía no ha tomado una decisión. Como a la mayoría de los consejos, le resulta más fácil hablar de tomar una decisión que tomarla. Vuestro embajador se expresó con elocuencia, según mis noticias, pero en el Consejo hay muchas voces de cautela y algunas de oposición. El rey delega en el Consejo y éste dirige su mirada hacia el sur. La Federación es una amenaza que el Consejo puede apreciar; vuestros demonios son poco más que un mito de la Tierra del Oeste.

–¡Un mito! –Ander estaba asombrado.

–Tenéis suerte de poder contar al menos con los Cuerpos Libres –continuó el hombre corpulento con voz serena. No contaríais con ellos de no ser por la necesidad del Consejo de tranquilizar su conciencia. Dijeron que debía enviarse al menos una muestra de fuerza para ayudar a los aliados elfos. Los Cuerpos Libres era la elección lógica; como siempre que se precisa un sacrificio.

Fue una exposición simple de los hechos realizada sin rencor ni amargura. Los ojos del hombre permanecieron fijos e inexpresivos. Ander enrojeció.

–¡No creía que los hombres de Callahorn fuesen tan estúpidos! –exclamó, dejándose llevar por la ira.

Stee Jans lo escudriñó durante un momento, como calibrándolo.

–Yo sé que cuando Callahorn estuvo sometido al ataque de los ejércitos del Señor de los Brujos, los fronterizos enviaron a los elfos una petición de ayuda. Pero Eventine fue apresado por el Señor de la Oscuridad y, en su ausencia, el Consejo Supremo de los elfos se consideró incapaz de actuar. –Se detuvo un momento–. Lo mismo ocurre en Callahorn ahora. Los fronterizos no tienen un líder; no lo han tenido desde Balinor.

Ander lo contempló con un gesto de comprensión, mientras su ira se iba aplacando.

–Eres un hombre sincero, comandante.

–Soy un hombre honesto, alteza. Eso me ayuda a ver las cosas con más imparcialidad.

–Lo que me has dicho tal vez no agradaría demasiado a algunos de Callahorn.

El fronterizo se encogió de hombros.

–Quizá por eso estoy aquí.

Ander esbozó lentamente una sonrisa. Le gustaba Stee Jans; incluso sin saber más de él de lo que sabía en ese momento.

–Comandante, no pretendía mostrarme enojado. No tiene nada que ver contigo. Por favor, compréndelo. Y los Cuerpos Libres son bienvenidos. Ahora permíteme que me ocupe de tu alojamiento.

Stee Jans negó con la cabeza.

–No es necesario; dormiré con mis soldados. Alteza, el ejército de los elfos saldrá por la mañana. Eso me han dicho. –Ander asintió–. Entonces los Cuerpos Libres saldrán

también. Sólo necesitamos descansar esta noche. Por favor, comuníqueselo al rey.

–Se lo diré –prometió Ander.

El comandante de la Legión saludó, se dio la vuelta y se encaminó hacia su caballo. Cuando lo montó, hizo un gesto breve con la cabeza a los jinetes de la patrulla de elfos que escoltaban a su unidad y las largas columnas grises miraron a la izquierda una vez más sobre la carretera enfangada.

Ander las contempló con una mezcla de admiración e incredulidad. ¡Seiscientos hombres! Pensando en los miles de demonios que llegarían para atacarlos, se preguntó si los seiscientos hombres del sur supondrían alguna ventaja.

# XXVIII

Al amanecer, los elfos salieron de Arbolon, acompañados del gemido de las flautas y los redobles de los tambores, con una canción en los labios, y las banderas de vivos colores ondeando bajo el cielo aún plomizo y nublado. Eventine Elessedil cabalgaba delante, con el cabello gris sobre la cota de malla hecha de hierro azul, sosteniendo con firmeza la estaca plateada de Ellcrys. Allanon estaba a su lado, como una sombra espectral, alta y negra sobre el aún más alto y más negro Artaq, y era como si la muerte hubiera surgido de las profundidades de la tierra para velar por los elfos. Tras él cabalgaban los hijos del rey: Arion, con una capa blanca, portando el estandarte de guerra de los elfos, un águila sobre un fondo carmesí, y Ander, con capa verde y la bandera de la casa de los Elessedil, una corona tejida de ramas colocada sobre un frondoso roble. Dardan, Rhoe y tres docenas de experimentados rastreadores iban a continuación, como guardia de los Elessedil; después, los grises y carmesíes de los Cuerpos Libres de la Legión. Pindanon cabalgaba solo al frente de su unidad, una enjuta figura inclinada sobre su caballo de guerra, con su armadura, rayada en mil combates, ceñida al cuerpo esquelético como para mantener los huesos en su lugar. El ejército lo seguía, numeroso y amenazante: seis columnas y miles de elfos. Estaba compuesto por tres unidades de caballería, con sus lanzas de batalla levantadas, formando un bosque de varas con puntas de hierro; cuatro compañías de soldados de infantería, con picas y escudos; y dos compañías de arqueros, portando arcos élficos. Todos equipados con túnicas de cota de malla y protecciones de cuero que aseguraban la movilidad.

Era un desfile impresionante. Los jaeces y las armas crujían y tintineaban en el silencio de las primeras horas de la mañana, lanzando débiles destellos en la nueva luz, y convertían a los elfos en figuras extrañas que presagiaban muerte. Las botas de los hombres y los cascos herrados de los caballos golpeaban y chapoteaban en la tierra enfangada mientras las columnas de humanos y caballos salían de los patios de armas por el norte de la ciudad hacia el risco del Carolan y se disponían a bajar el Elfitch, la rampa curvada que descendía desde Arbolon hasta los bosques de más abajo. La gente de la ciudad había acudido a verlos. Desde lo alto del Carolan, sobre los muros y sobre las verjas, en los campos y en los jardines, bordeando todo el camino, los despedían agitando las manos para darles ánimos y esperanzas en un silencio nacido de emociones que carecían de voz. Ante las verjas de los Jardines de la Vida, estaba reunida la Guardia Negra, que alzó las lanzas, como saludo, al pasar los hombres. Al borde del risco estaban congregados los rastreadores elfos de la Guardia Especial y el elfo que los dirigiría en ausencia del rey: Emer Chios, primer ministro del Consejo Supremo, ahora designado defensor de la ciudad de Arbolon.

Al descender el Carolan, los ejércitos de los elfos giraron y, siguiendo la espiral de la rampa de piedra que bajaba a lo largo de unos peñascos arbolados, atravesaron las siete puertas de las murallas que marcaban los niveles de descenso. En el último nivel, el ejército viró al sur hacia el paso estrecho. Un puente solitario atravesaba el río Song, el único acceso a la ciudad por el oeste, con sus puntales de hierro casi cubiertos por las crecidas aguas del río. Como una serpiente de lomo metálico, el ejército marchó por el puente, lo cruzó y se adentró en los silenciosos bosques. Las armas y las armaduras destellaban en la penumbra, las banderas se perdieron de vista, y las melodías de las canciones, el gemido de las flautas y el retumbo de los tambores se desvanecieron en ecos que pronto se perdieron bajo la bóveda frondosa de los árboles. Cuando el sol de la mañana se abrió paso entre las nubes de la tormenta que se alejaba, los últimos vestigios del gran

desfile desaparecieron.

Durante cinco días, el ejército viajó hacia el oeste, atravesando en su recorrido los grandes bosques de la región hasta el Sarandanon. La lluvia se había trasladado al este, hacia Callahorn, y el sol brillaba en un cielo sin nubes calentando los bosques sombríos. La marcha era moderada, y forzaba a la caballería a adaptar su paso al de los soldados de a pie. Los signos del peligro que amenazaba a los elfos se hicieron más evidentes conforme el ejército avanzaba hacia el oeste a través de las provincias fronterizas. Les llegaron noticias de familias de elfos que se trasladaban hacia el este llevando sus pertenencias en carretas o a lomos de bueyes o caballos. Abandonaban sus casas y sus pueblos. Criaturas terribles deambulaban por la región del oeste, amenazándolos con escalofriantes voces; monstruos brutales y misteriosos que mataban sin motivo y desaparecían tan rápidamente como llegaban. Las cabañas habían sido destruidas, los hogares violados, y los elfos encontrados en el interior descuartizados. Tales incidentes no se habían producido con mucha frecuencia pero fueron suficientes para convencer a los habitantes que huían de que ya no quedaba ningún lugar seguro al oeste de Arbolon. Al cruzarse con el ejército lo aclamaron con vítores y gritos de aliento, pero sus rostros siguieron ensombrecidos por la duda.

La marcha continuó hasta que, en la tarde del quinto día, el ejército salió del bosque y entró en el valle de Sarandanon. Éste quedaba encerrado entre bosques al sur y al este, las montañas de Kensrowe al norte y la amplia extensión del Innisbore al oeste. El Sarandanon era una región llana y fértil salpicada por pequeños grupos de árboles y manantiales de agua. Era considerada el granero de la nación élfica. Las familias que vivían en el valle sembraban y cosechaban trigo, maíz y otros cereales, que luego vendían o cambiaban en el resto del país. Las temperaturas templadas y un sistema de lluvia equilibrado proporcionaban condiciones ideales para la agricultura, y durante generaciones el Sarandanon había sido la principal fuente de alimentos para el pueblo de los elfos.

El ejército acampó esa noche en el extremo oriental del valle, y al amanecer del día siguiente comenzó a cruzarlo. Un camino ancho de tierra serpenteaba por el interior del Sarandanon pasando ante vallados y grupos de casitas y cobertizos, y el ejército lo siguió hacia el oeste. En los campos, las familias trabajaban afanosamente con silenciosa aplicación. Pocos elfos de allí se habían marchado al este. Pocos habían desertado. Todo lo que tenía sentido en sus vidas se encontraba enraizado en la tierra que cultivaban, y no serían expulsados por el miedo con tanta facilidad.

A media tarde, el ejército llegó al extremo occidental del valle. A lo lejos, detrás del Innisbore, la gibosa cordillera de la Línea Quebrada se alzaba en el horizonte, describiendo una curva hacia el norte por encima de los montes de Kensrowe para introducirse en la región salvaje del Territorio del Kershalt. El sol ya se encontraba sobre la cima de las montañas; su luz dorada y brillante se derramaba tras las rocas. En la creciente oscuridad de la parte este del cielo, la blancura de la luna brillaba débilmente.

El ejército giró hacia el norte. Entre el Innisbore y los montes de Kensrowe, el Paso de Baen se abría a través de la escarpada región montañosa que quedaba por debajo de la Línea Quebrada hasta el valle de Sarandanon. Allí fue donde el ejército de los elfos acampó.

Al anochecer, Allanon descendió de los Kensrowe tan silenciosa e inesperadamente como lo había hecho horas antes. Su alta figura se deslizó por el campamento de los elfos como una sombra en la noche, oscura y solitaria, al pasar entre el laberinto de fogatas que salpicaban las praderas. Fue directamente a la tienda del rey de los elfos, ignorando a los soldados que lo miraban al pasar, con la cabeza oculta en la oscura protección de su

capucha. Los rastreadores elfos que se encontraban de guardia ante la tienda de Eventine, se apartaron sin objeciones cuando se aproximó y le permitieron la entrada sin la menor oposición.

Dentro encontró al rey ante una pequeña mesa improvisada con tablones apoyados sobre troncos. Sobre ésta estaban los alimentos que constituían su cena. Dardan y Rhoe se hallaban al fondo de la tienda, en silencio. En respuesta a una mirada del druida, Eventine los despidió. Cuando desaparecieron, Allanon avanzó hasta la mesa y se sentó junto a ella.

–¿Está todo preparado? –preguntó en voz baja.

Eventine asintió.

–¿Y el plan de defensa?

Bajo la luz de las lámparas de aceite, el rey pudo ver que el rostro oscuro del druida estaba sudoroso. Contempló con incertidumbre al místico, luego apartó la cena y extendió sobre la mesa un mapa de la zona.

–Al amanecer marcharemos hacia la Línea Quebrada. –Trazó el recorrido con el dedo–. Protegeremos los pasos de la Cuenca de Halys y el Acceso de Worl y los defenderemos frente a los demonios mientras podamos. Si los pasos son forzados, retrocederemos hasta el Sarandanon. El Paso de Baen será nuestra segunda línea de defensa. Una vez atraviesen la Línea Quebrada, los demonios tendrán tres caminos por donde ir. Si se dirigen hacia el sur sin usar los pasos, deberán girar bajo el Innisbore a través de los bosques, para luego dirigirse hacia el norte otra vez. Si escogen ir al norte desde el principio, tendrán que atravesar la región montañosa sobre los Kensrowe y luego ir hacia el sur. Cualquiera de estas dos rutas retrasaría su avance sobre Arbolon varios días. La única opción que les queda es atravesar el Paso de Baen, y los ejércitos elfos.

La mirada oscura de Allanon se fijó en el rey.

–Elegirán el Paso.

–Podremos resistir allí unos días –continuó el rey–. Más quizá, si no se les ocurre rodearnos.

–Dos días, nada más –dijo el druida con voz apagada, carente de emoción.

Eventine se tensó.

–Muy bien, dos días. Pero si toman el Paso, el Sarandanon estará perdido. Arbolon será nuestra última defensa.

–Así es. –Allanon inclinó la cabeza y cruzó las manos ante sí–. Tenemos que hablar ahora de algo más, de algo que te he estado ocultando. –Su voz era suave, casi un susurro–. Los demonios ya no están con nosotros; me refiero a aquellos que ya han cruzado la Prohibición: el Dagda Mor y sus seguidores. Ya no nos vigilan ni nos persiguen. Si lo hiciesen, yo lo sentiría, y no he sentido nada desde que salimos de Arbolon.

El rey elfo lo observó fijamente sin decir palabra.

–Me extrañaba que se tomasen tan poco interés por nosotros. –El druida sonrió ligeramente–. Esta tarde subí a las montañas para poder estar solo e intentar descubrir adónde habían ido. Tengo poderes para encontrar a los que se esconden a mis ojos. Tengo esos poderes, pero debo usarlos con cautela, porque al hacerlo revelo a otros con poderes similares a los míos, como el Dagda Mor, tanto mi presencia como la presencia de aquellos a quienes busco. No pude arriesgarme a usarlos para seguir a Wil Ohmsford y a tu nieta en su viaje hacia el sur; si lo hubiese hecho, hubiera revelado a los demonios el lugar en que se hallaban. Pero buscar al Dagda Mor es un riesgo que puede asumirse.

»Por tanto lo busqué, examinando toda la zona de los alrededores para descubrir dónde estaba escondido. Pero no estaba escondido. Lo encontré más allá del muro de la Línea Quebrada, en las Planicies de Hoare, a él y los que le siguen. Pero no puedo anticipar qué van a hacer; sus pensamientos están ocultos para mí, aunque pude sentir su presencia. El mal que los invade es tan fuerte, que sólo rozarlo un momento me provocó un gran

dolor y tuve que retirarme en seguida. –El druida se enderezó. Es cierto que los demonios están reunidos en las Planicies esperando el derrumbamiento de la Prohibición. Es cierto que trabajan para acelerar ese derrumbamiento. Lo hacen abiertamente y sin preocuparse por los planes que los elfos puedan tener. Eso me sugiere que ya conocen esos planes.

Eventine palideció.

–El espía que está en mi casa. El espía que informó a los demonios de que irías a Paranor.

–Eso podría explicar por qué los demonios muestran un desinterés tan obvio por nuestros movimientos –comentó Allanon–. Si ya saben que pretendemos detenerlos en la Línea Quebrada, no necesitan seguirnos para ver lo que estamos haciendo. Sólo tienen que esperar a que lleguemos.

Las implicaciones de esa declaración no pasaron inadvertidas para Eventine.

–Entonces la Línea Quebrada puede ser una trampa.

El druida asintió.

–La cuestión es: ¿qué tipo de trampa preparan los demonios? No son suficientes para resistir un ejército de esta envergadura. Necesitan a los que continúan encerrados en la Prohibición. Si somos lo bastante rápidos...

Dejó la frase sin acabar y se levantó.

–Una cosa más Eventine. Ten cuidado. El espía está con nosotros. Puede que en este campamento, entre aquellos en quienes confías. Si la oportunidad se presenta, puede que intente matarte.

Se volvió y avanzó hacia la entrada. Su sombra creció sobre las paredes de lona de la tienda a la luz temblorosa de las lámparas de aceite, como la de un gigante. El rey lo contempló en silencio durante un momento, luego se levantó con viveza de su asiento.

–¡Allanon!

El druida miró hacia atrás.

–Si los demonios saben por qué nos dirigimos a la Línea Quebrada, si saben eso, también saben que Amberle lleva la semilla de Ellcrys hacia el Indomitun.

Se produjo un silencio incómodo. Los dos humanos se miraron cara a cara. Luego, sin responder, el druida se giró y desapareció por la entrada de la tienda hacia la oscuridad de la noche.

En ese mismo momento, Ander se abría paso entre el atestado campamento de los elfos buscando a los Cuerpos Libres de la Legión y a Stee Jans. En apariencia, su misión era preocuparse por las necesidades de los soldados de la Legión, pero en el fondo estaba su interés personal por el comandante. No había vuelto a hablar con Jans desde la llegada de los Cuerpos Libres a Arbolon y tenía curiosidad por saber algo más sobre el enigmático hombre del sur. Como no tenía que hacer nada urgente, decidió aprovechar esa circunstancia para buscarlo y hablar más extensamente con él.

Encontró el campamento de los Cuerpos Libres en el lado sur de los Kensrowe, con su guardia ya apostada y los caballos amarrados y alimentados. Nadie le preguntó nada cuando se adentró. Al no poder localizar de inmediato el alojamiento del comandante, detuvo a unos soldados para preguntarles por su paradero y éstos lo enviaron a un capitán de la Legión.

–¿El comandante? –El capitán era un tipo corpulento con una barba espesa y una risa profunda y sonora–. ¿Quién sabe? No está en su tienda, de eso estoy seguro. Salió en cuanto montamos el campamento. Fue hacia las montañas.

–¿A explorar? –preguntó Ander sin poder creerlo.

El capitán se encogió de hombros.

–A él le gusta. Quiere saberlo todo sobre el lugar donde puede morir. –Rió–. Nunca

deja esa clase de inspección a otros, le gusta hacerla personalmente.

Ander asintió.

–Supongo que por eso aún está vivo.

–¿Aún vivo? Ése nunca morirá. ¿Sabe cómo lo llaman? El Hombre de Hierro. Así es, así es el comandante.

–Parece bastante duro –convino Ander, con la curiosidad despierta.

El capitán se acercó más, y durante un momento ambos olvidaron a quién se estaban dirigiendo.

–¿Conoce lo de Rybeck? –preguntó el fronterizo.

Ander negó con la cabeza, y en los ojos del otro apareció una chispa de satisfacción.

–Escuche entonces. Hace diez años, un grupo de bandidos gnomos estaba quemando y matando gente en la parte oriental de las regiones fronterizas. Un montón de pequeñas ratas perversas. La Legión lo intentó todo para atraparlos, pero nada funcionó. Como último recurso, el rey envió a los Cuerpos Libres, con órdenes de encontrarlos y acabar con ellos, aunque invirtieran en la tarea el resto del año. Recuerdo esa persecución, yo ya estaba en los Cuerpos.

Se acuclilló junto al fuego y Ander se agachó a su lado. Otros empezaron a acercarse para escuchar.

–Llevábamos cinco semanas persiguiéndolos, y los Cuerpos encontraron rastros de los gnomos por todo el camino del este que conduce al Alto Anar. Entonces, un día, cuando nos acercábamos, una patrulla nuestra formada por sólo veintitrés hombres encontró una retaguardia de varios cientos de bandidos. La patrulla pudo haber retrocedido, pero no lo hizo. Eran soldados de los Cuerpos Libres y decidieron luchar. Enviaron un hombre a buscar refuerzos y los demás resistieron dentro de un pueblecito llamado Rybeck, que no era más que un puñado de casas. Durante tres horas, esos veintidós soldados resistieron a los bandidos; contrarrestaron todos sus asaltos. Un teniente, tres suboficiales y dieciocho soldados. Uno de los suboficiales era muy joven. No llevaba más que siete meses en los Cuerpos, pero ya era cabo. Nadie sabía mucho de él. Como la mayoría de nosotros, no solía hablar de su pasado.

El capitán se inclinó hacia delante.

–Después de las dos primeras horas, ese muchacho era el único oficial que quedaba vivo. Reagrupó a la media docena de soldados que quedaban en una pequeña cabaña de piedra. Se negó a rendirse, y se negó a huir. Cuando las fuerzas de apoyo al fin llegaron, encontraron gnomos muertos por todas partes. –La mano del hombre se cerró en un puño ante el rostro de Ander–. Más de cien. Todos nuestros hombres habían muerto, excepto dos, y uno de ellos murió ese día. Eso dejó solo a uno: al joven cabo.

Hizo una pausa y soltó una carcajada sonora.

–Ese chico era Stee Jans. Por eso le llaman el Hombre de Hierro. ¿Y Rybeck? –Movió la cabeza de un lado a otro con solemnidad–. Rybeck es un ejemplo de cómo un soldado de los Cuerpos Libres debe luchar y morir.

Los soldados reunidos alrededor murmuraron asintiendo. Ander esperó un poco antes de levantarse. El capitán se levantó con él, irguiéndose como si hubiese recordado de repente con quien estaba conversando.

–De cualquier forma, alteza, el comandante no está aquí en este momento. –Hizo una pausa–. ¿Puedo hacer algo por ti?

Ander negó con la cabeza.

–Vine para preguntarle si necesitaban alguna cosa.

–Un poco de bebida –gritó alguien, pero el capitán le hizo callar con un gesto de su mano, a la vez que soltaba un juramento.

–Estamos bien, alteza –respondió–. Tenemos lo que necesitamos.

Ander asintió lentamente. Los soldados de los Cuerpos Libres eran hombres duros. Habían realizado un largo viaje hasta Arbolon y después, tras una sola noche de descanso, una marcha forzada hasta el Sarandanon. Dudó de que, en realidad, hubiera muchas cosas que ellos necesitaran.

–Entonces buenas noches, capitán –dijo.

Le dio la espalda y se alejó hacia el campamento de los elfos, con el pensamiento todavía ocupado por la historia del comandante de la Legión a quién llamaban el Hombre de Hierro.

# XXIX

A la mañana siguiente, el ejército de los elfos y sus aliados de la Legión partieron del Sarandanon en dirección norte. Con el alba aún como un débil resplandor plateado en el este, los soldados atravesaron el Paso de Baen y siguieron por las montañas que se extendían al otro lado. Las armaduras y los arneses crujían y tintineaban, las botas y los cascos retumbaban con una tosca cadencia, y humanos y caballos exhalaban nubes de vapor blanco en el aire frío de la mañana. Nadie hablaba ni silbaba ni cantaba. En las filas predominaba una sensación de expectación y cautela. Al salir, los elfos y los fronterizos supieron que marchaban hacia la batalla.

Rodearon las montañas, que eran áridas y escabrosas, surcadas y erosionadas por el viento, con las laderas cubiertas de hierba corta y arbustos. Delante, aún lejos, la oscura masa de la Línea Quebrada se recortaba contra la noche que moría. Poco a poco, cuando el sol iluminó el horizonte, las montañas se destacaron de la oscuridad, como un conjunto de picos y despeñaderos, de precipicios y pendientes. El día empezó a templarse. Las horas de la mañana transcurrieron y el ejército viró hacia el oeste: columnas de humanos a caballo y a pie que cruzaban barrancos y cerros, extendiéndose sobre la tierra. Hacia el sur, las aguas del Innisbore destellaban azul y sobre su movida superficie volaba una bandada de gaviotas de torsos blancos y alas de puntas negras, cuyos gritos eran agudos y persistentes.

A mediodía, el ejército llegó a la Línea Quebrada, y Eventine ordenó que se detuviesen. Las montañas rompían el horizonte con su enorme y oscura silueta. Las cumbres se elevaban cientos de metros hacia el cielo, amontonadas, como si un gigante las hubiese cogido entre sus manos apretándolas hasta agrietar y romper la piedra a consecuencia de su presión. Tranquilas y silenciosas, áridas y frías, estaban invadidas por el vacío, la oscuridad y la muerte.

Dos pasos partían la Línea Quebrada, finas hebras que unían la tierra de los elfos con las Planicies de Hoare. Al sur se encontraba la Cuenca de Halys y al norte el Acceso de Worl. Si los demonios escapaban de la Prohibición en las Planicies, como había previsto el druida, estarían obligados a ir al este a través de uno de estos dos pasos para llegar a Arbolon. Allí era donde el ejército de los elfos trataría de detenerlos.

–Nos separaremos aquí –anunció Eventine cuando reunió a sus oficiales. Ander acercó su montura al pequeño círculo para oír mejor lo que se estaba diciendo–. El ejército se dividirá. La mitad marchará al norte con el príncipe Arion y el comandante Pindanon para defender el Acceso de Worl. La otra mitad marchará al sur conmigo hacia la Cuenca de Halys. ¿Comandante Jans? –El rostro bronceado del comandante de los Cuerpos Libres se destacó–. Me gustaría que los Cuerpos Libres marchasen hacia el sur. Pindanon, da las órdenes.

El círculo de jinetes se rompió cuando recibieron la información. Ander dirigió una breve mirada a Arion, que la afrontó con frialdad antes de darle la espalda.

–Ander, quiero que vengas conmigo –le gritó su padre desde lejos.

Kael Pindanon se acercó al rey galopando. Los dos antiguos camaradas se despidieron estrechándose las manos. Ander volvió a mirar a su hermano, pero Arion ya se dirigía a la cabeza de la columna.

Allanon apareció, con su oscuro rostro impasible.

–Su enojo está dirigido contra lo que no debiera –dijo en voz baja, e hizo que Artaq continuara su camino.

Se oyó la voz de Pindanon. Las banderas y las lanzas se elevaron a guisa de saludo cuando el ejército de los elfos se dividió. Los gritos y los vítores alteraron la tranquilidad

de la mañana, resonando a través de los riscos y los despeñaderos. Durante unos momentos, el aire se llenó de ruidos, impetuosos y fieros. Después el destacamento de Pindanon viró hacia el norte, adentrándose en las colinas con una gran nube de polvo hasta perderse de vista.

Los soldados del rey giraron hacia el sur. Durante varias horas avanzaron trabajosamente por las estribaciones de la Línea Quebrada, siguiendo las continuas subidas y bajadas de las colinas. Sobre sus cabezas, el sol se desplazaba hacia el oeste a través de las crestas de las montañas y las sombras empezaron a alargarse. El aire estático y caluroso del mediodía se enfrió con una brisa del sur proveniente de los bosques lejanos. Poco a poco, las colinas se hicieron praderas. En uno de los extremos, flanqueado por una serie de picos estrechos y escarpados, la oscura boca de la Cuenca de Halys se abría entre las rocas.

Eventine alzó un brazo para que se detuvieran y mantuvo una breve reunión con sus oficiales. Bajo la entrada oriental del paso, yacían kilómetros de llanura abiertas que llegaban por el sur hasta el inicio del bosque. Si los demonios buscaban una forma de cruzar la Línea Quebrada bajo la Cuenca de Halys, podían deslizarse hacia el norte por el bosque y atrapar al ejército de los elfos dentro del paso. Sería necesaria una retaguardia como protección contra esa posibilidad. Una unidad de caballería bastaría para cumplir esa misión; además, sería poco útil si el ataque se producía dentro de los confines del paso.

Ander observó que la mirada de su padre se paraba brevemente sobre Stee Jans y se apartaba después. Tras eso, el rey anunció que la caballería de los elfos desempeñaría esa misión.

La orden fue transmitida. La caballería de los elfos se separó del cuerpo principal del ejército para desplegarse por las praderas. A una señal de Eventine, el resto del ejército se adentró en la Cuenca de Halys. Los elfos marcharon por el ancho y sombrío hueco, entre los escarpados riscos que se alzaban sobre ellos. El suelo empezó a ascender casi de inmediato, y los soldados avanzaron dificultosamente. El aire se enfrió al poco tiempo, y los sonidos de los cascos y las botas produjeron ecos espectrales. A medida que el camino subía, la marcha se hacía menos segura. En el suelo se acumulaban las piedras desprendidas y en su superficie aumentaban las grietas. Humanos y caballos tropezaban y resbalaban a cada paso. El avance se hizo más lento.

De pronto se detuvieron. Ante ellos se abría un gran precipicio, una fisura enorme que bajaba hacia un negro vacío, cortándoles el paso. A la izquierda, el camino descendía a lo largo de la ladera de la montaña, ancho y sin obstáculos hasta un desfiladero del lado opuesto del precipicio. A la derecha, un estrecho saliente bordeaba la hendidura; un sendero en estado ruinoso que apenas permitiría el paso a un jinete. Por todas partes, los escarpados muros rocosos parecían inclinarse hacia dentro hasta sólo permitirles ver una estrecha y dentada franja de cielo.

El ejército giró a la izquierda por el camino más ancho, alejándose de la boca negra del precipicio. Cuando llegaron al desfiladero, vieron que daba acceso a un cañón iluminado por el sol de la tarde, donde crecían hierba y algunos arbustos. El suelo estaba salpicado por grupos de pedruscos, y una corriente estrecha se deslizaba por las escarpadas rocas hasta una pequeña laguna, rodeada de matorrales. Las liebres corrieron entre ellos, cuando el ejército se aproximó y varios pájaros que bebían en la orilla del agua echaron a volar.

Los elfos atravesaron el cañón. Allí, el paso se abría en una garganta amplia y sinuosa que conducía al vasto vacío de las Planicies de Hoare. La mano de Eventine se levantó de pronto, indicando un alto. Sus ojos recorrieron toda la garganta, más allá de un laberinto de rocas amontonadas y empinadas pendientes que descendían entre las gigantescas rocas. Sin decir nada, asintió con la cabeza. Aquél era el lugar donde el ejército se apostaría.

La oscuridad empezó a insinuarse en la Línea Quebrada, matizando la luz gris del incipiente ocaso con neblinas rojizas y doradas bajo el cielo de las Planicies de Hoare. Tras la muralla de montañas, el disco plateado de la luna se elevó sobre el bosque y, una por una, las estrellas empezaron a titilar. En la Cuenca de Halys el silencio se hizo más profundo.

Ander Elessedil se encontraba solo sobre un montículo en medio de la garganta que conducía a las Planicies, sosteniendo con cuidado entre los brazos la estaca plateada de Ellcrys. Revistó en silencio las filas de rastreadores elfos y de los Cuerpos Libres, reproduciendo mentalmente, por vigésima vez durante la última media hora, la estrategia que su padre había concebido para la defensa del paso. Una amplia elevación se arqueaba sobre el paso a varios cientos de metros de su boca, una plataforma plana de roca que dominaba una pendiente escarpada obstruida por piedras sueltas y matorrales. Allí iba a ser donde el ejército situaría su primera defensa. Los arqueros se alinearían frente al cerro para disparar contra los demonios cuando se acercaran desde las Planicies a través de la Cuenca de Halys e iniciaran el ascenso de la pendiente. En el momento en que los demonios estuviesen demasiado cerca para que los grandes arcos actuaran con eficacia, los arqueros serían reemplazados por una falange de lanceros y piqueros que soportarían lo más arduo del asalto. Se mantendría una segunda falange de reserva para reforzar la primera. Los defensores resistirían en el cerro durante todo el tiempo posible, después retrocederían varios cientos de metros hasta una posición similar. Si la garganta era invadida, retrocederían hasta la boca del cañón. Si también ésta era tomada, tendrían que defenderse dentro del cañón; y así sucesivamente, hasta que el ejército fuera expulsado de la Cuenca de Halys. Era un buen plan. Ander se sintió satisfecho al pensar que el paso no sería ocupado por los demonios fácilmente. Las posiciones defensivas estaban bien situadas; cuando se produjera el ataque, los elfos estarían preparados.

Levantó la mirada y contempló las Planicies. Nada se movía. La tierra estaba vacía y en silencio. Aún no había signos de los demonios.

Sin embargo llegarían. Su mano se deslizó lentamente por la pulida madera de la estaca de Ellcrys, siguiendo las irregularidades de la superficie. Su padre había dejado la estaca a su cuidado durante unos momentos, mientras descendía por la pendiente para realizar una inspección personal de las defensas de los elfos. Ander respiró profundamente el aire de la noche. ¿Los protegería la estaca en realidad? ¿Prestaría su magia a los que ahora eran humanos mortales y no criaturas fantásticas como habían sido sus antepasados? Bajó la vista hacia ella, apretándola con fuerza entre sus manos, tratando de encontrar su propia fuerza en la firmeza de ésta. Allanon había dicho que el poder de Ellcrys sobre los demonios estaba contenido en aquella estaca y que debilitaría el mal y lo haría vulnerable a las armas de los elfos. Sin embargo, la duda nublaba la mente de Ander. Los demonios eran un mal incomprensible, nacidos de un mundo que no existía desde hacía tiempo, un mundo que nadie excepto ellos había visto nunca ni podía imaginar.

Entonces recordó. Nadie salvo Allanon. Allanon tal vez formaba parte de ese mundo olvidado y oscuro.

Su padre se destacó de pronto contra la oscuridad, saliendo de entre las sombras para detenerse junto a él. Sin mediar palabra, Ander le entregó la estaca de Ellcrys. El cansancio y la preocupación se marcaban en el rostro del anciano, se reflejaban en sus ojos, y Ander se obligó a mirar a otro lado.

–¿Está todo en orden? –preguntó al cabo de un rato.

El rey asintió con actitud distante.

–Todas las posiciones defensivas están fijadas.

De nuevo se quedaron en silencio. Ander trató de encontrar algo que decir. Había una

inquietud en él que no cedía, que le provocaba la necesidad de estar cerca de su padre. Quería que Eventine lo comprendiera, pero le era difícil hablarle de tales cosas. Ninguno de los dos había tenido nunca mucha facilidad para expresar sus sentimientos al otro.

Su tristeza aumentó. Lo mismo ocurría con Arion, sobre todo con Arion. Existía un distanciamiento entre ambos que nunca había llegado a comprender, un distanciamiento que podría haberse reducido si alguno de los dos hubiera sido capaz de afrontarlo en una conversación. Pero ninguno lo había intentado. Ahora, la situación había empeorado. Arion estaba ofendido por su actitud ante el Consejo Supremo, por su apoyo a Amberle como portadora de la semilla de Ellcrys, y por su negativa a exigirle una explicación sobre sus actos. Ya no hablaría más con su hermano. ¡Había tanta amargura en Arion! Sin embargo, Ander comprendía esa amargura. Cuando Amberle se marchó de Arbolon, abandonando sus responsabilidades como escogida y sin dar explicaciones, ambos la compartieron en la misma proporción, porque también quería a su sobrina. Durante largo tiempo dejó que esa amargura se interpusiera, actuando de barrera contra todo lo que ella había significado en otra época. Pero al volver a verla redescubrió parte de sus antiguos sentimientos hacia ella. Le hubiera gustado explicarle eso a Arion; necesitaba hacerlo. Pero no había podido encontrar una forma de aproximarse a él.

Se sobresaltó al percibir que Allanon estaba a su espalda. El druida se había materializado de la nada, sin el menor susurro de sus oscuras ropas. El rostro encapuchado lo observó durante un momento, luego se desvió hacia su padre.

–¿No vas a dormir?

Eventine parecía aturdido.

–No, todavía no.

–Debes descansar, rey elfo.

–Pronto iré. Allanon, ¿crees que Amberle estará aún viva?

Ander contuvo la respiración y volvió a mirar al druida. Allanon permaneció en silencio un momento antes de responder.

–Está viva.

Ante frase tan escueta, Eventine lo miró con curiosidad y asombro.

–¿Cómo lo sabes?

–No lo sé, me lo imagino.

–¿Y por qué te lo imaginas?

El druida levantó un poco la cabeza, estudiando el cielo con sus ojos hundidos.

–Porque Wil Ohmsford no ha usado todavía las piedras élficas. Si la vida de Amberle hubiera sido amenazada, lo hubiese hecho.

Ander frunció el entrecejo. ¿Piedras élficas? ¿Wil Ohmsford? ¿Qué era todo aquello? Entonces recordó a la segunda figura embozada en el Consejo Supremo, que Allanon había llevado junto con Amberle a la cámara, y que en ningún momento se descubrió. Ése debía de ser Wil Ohmsford.

Se volvió hacia Allanon, con las preguntas ya en los labios, pero se contuvo y disimuló. Quizás era algo sobre lo que no debía preguntarse. Después de todo, se había mantenido en secreto. Si Allanon hubiera querido que supiese algo más, se lo habría dicho. Pero, ¿por qué había hecho aquel comentario delante de él?

Lleno de confusión, dirigió la mirada a las Planicies, donde el sol se deslizaba tras el horizonte y los colores del atardecer se iban desvaneciendo en la noche.

–Hay hogueras de campaña preparadas frente a la entrada del paso –murmuró su padre al cabo de un rato–. Tengo que ordenar que las enciendan.

Se alejó hacia la garganta y Ander se quedó solo con Allanon. Los dos permanecieron sin decir nada, como estatuas inmóviles en la oscuridad creciente, observando la figura del anciano rey descendiendo lentamente entre las rocas. Los minutos

pasaban. Ander estaba abstraído cuando la voz del druida rompió de pronto el silencio.

–¿Quieres saber algo más sobre Wil Ohmsford, príncipe elfo?

Ander miró al hombre alto con asombro, luego asintió con un movimiento mecánico de cabeza.

–Entonces lo sabrás. –Allanon ni siquiera le miró–. Escucha.

Le habló de Wil Ohmsford con voz apacible, de su herencia y de su misión respecto a los elfos. El príncipe recordó las historias de su padre sobre los valenses, Shea y Flick Ohmsford, y la búsqueda de la legendaria Espada de Shannara. Y ahora el nieto de Shea, heredero del poder de una magia que ningún elfo había poseído desde la destrucción del antiguo mundo, se había convertido en el protector de Amberle.

Cuando el druida terminó, Ander guardó silencio durante un momento, con los ojos puestos en las sombras por donde su padre había desaparecido, reflexionando. Después volvió a mirar al druida.

–¿Por qué me has contado eso, Allanon?

–Porque es algo que debías saber.

Ander movió la cabeza con lentitud.

–No, quiero decir que ¿por qué precisamente a mí?

Entonces el druida lo miró, con su rostro de halcón medio escondido entre las sombras de la capucha.

–Por muchas razones, Ander –dijo–. Quizá porque cuando nadie apoyó a Amberle esa noche del Consejo Supremo, tú lo hiciste. Quizá por eso.

Sus ojos negros se mantuvieron fijos en Ander durante un momento y después se apartaron otra vez.

–Ahora debes descansar. Debes dormir.

Ander asintió, pensando en otra cosa. ¿Había respondido el druida en realidad, a su pregunta? Dirigió una rápida mirada a Allanon; luego la desvió hacia otro sitio, intrigado. Momentos después, cuando lo miró otra vez, el druida ya no estaba allí.

# XXX

Rompió el alba, y una niebla gris y profunda cubría las Planicies de Hoare por completo. Densa, inmóvil e impenetrable, se extendía sobre la tierra como un sudario. La noche escapaba de las brumas mientras la pálida y plateada luz de la salida del sol se derramaba por la Línea Quebrada. Cuando se hubo marchado, la niebla despertó. Desplazándose con lentitud, empezó a agitarse junto al muro de montañas como una sopa hedionda borboteando en su marmita. Cada vez se arremolinaba a más velocidad, encrespándose contra los riscos hasta que pareció que se había tragado las rocas, haciendo que desaparecieran para siempre.

Arriba, en la clausura sombría de la Cuenca de Halys, flanqueado por su padre y por Allanon y rodeado por la Guardia Especial, Ander Elessedil miraba hacia abajo. Allí, el ejército de los elfos se preparaba para defenderse de las hordas de demonios. Una fila tras otra de arqueros, lanceros y piqueros atravesaba la garganta que se abría hacia las Planicies, con las armas preparadas y los ojos fijos en la niebla que bullía en la entrada del paso. Los demonios podían surgir de la niebla, pero aún no había señales de ellos. A medida que los minutos transcurrían y el ataque no llegaba, los soldados empezaron a impacientarse. Ander podía sentir que su inquietud, al igual que la propia, se iba transformando en miedo.

–¡Sed fuertes! ¡No os asustéis! –tronó la voz de Allanon de repente, y todos los ojos se volvieron hacia su figura oscura–. No es más que niebla, aunque la hayan provocado los demonios. ¡Valor, ahora! La Prohibición está cediendo. ¡Los demonios están a punto de cruzarla!

La niebla aún se agitaba a la entrada de la Cuenca, como detenida por una barrera invisible que no la dejaba avanzar. El silencio dominaba la tierra, profundo y penetrante. Las manos de Ander temblaban cuando asió el asta de la bandera de la Casa de los Elessedil, y luchó con todas sus fuerzas para aquietarlas.

Después, de repente, empezaron los gritos, lejanos y obsesionantes, como si procedieran de las entrañas de la tierra. Rayos de fuego rojo salieron disparados de la niebla hacia el cielo aún oscuro, y la bruma arremolinada parecía empujarlos. Los gritos se hicieron más fuertes hasta convertirse en aullidos agudos y salvajes, cargados de furia. Crecieron y crecieron hasta fundirse en un único alarido interminable que surgió de las Planicies para penetrar en el estrecho desfiladero de la Cuenca de Halys.

–Ya llegan –murmuró Allanon con voz áspera.

Los soldados del ejército élfico pusieron una rodilla en tierra. El ruido irrumpió como una ola. Las flechas se ajustaron en las cuerdas de los arcos. Las lanzas y las picas fueron preparadas. Al otro lado de la entrada del paso, la niebla eruptó fuego rojo que tiñó cielo y tierra con su reflejo. Los alaridos y gritos crecieron hasta alcanzar una agudeza ensordecedora, e incluso el aire pareció explotar en un trueno retumbante que chocó con la muralla de la Línea Quebrada y sacudió la roca hasta su centro. Ander gritó con desesperación, y la fuerza del trueno los tiró a todos al suelo. Se incorporaron con rapidez, con los ojos alerta. El aire se había quedado silencioso. La niebla gris volvía a estar tranquila.

–¿Allanon? –inquirió en voz baja.

–Esto ha terminado. La Prohibición se ha roto –susurró el druida.

Al instante siguiente, los gritos volvieron a brotar de las Planicies, rugidos de exaltación enloquecida; y las hordas de los demonios, libres al fin de su prisión de siglos, irrumpieron en la boca de la Cuenca de Halys. Llegaron desde el fondo de la garganta,

como una oleada de cuerpos oscuros que avanzaban con esfuerzo. Todos los demonios eran de aspecto y tamaños diferentes, encorvados y deformados por la negrura que los había mantenido encerrados. Tenían dientes y garras y espinas afiladas, pelo y escamas o piel de cerdas; andaban torpemente o se arrastraban, se enterraban, volaban, saltaban y resbalaban; todos eran seres de leyendas y pesadillas. Todas las criaturas de los viejos cuentos de horror estaban allí; medio humanas y medio irracionales, sombras grises y fugaces que el ojo apenas podía seguir. Enormes ogros que andaban arrastrando los pies, con facciones terriblemente distorsionadas; duendecillos que revoloteaban como impulsados por el viento; trasgos y duendes, ennegrecidos por el humus y el cieno; formas de serpientes que lanzaban su veneno contorsionándose frenéticamente; furias y demonios lobos; necrófagos que comían carne humana y bebían sangre humana; arpías y vampiros que ennegrecían el cielo cuando elevaban sus cuerpos voluminosos de la masa formada por sus semejantes. Surgiendo de la niebla, se desgarraban unos a otros en su afán por liberarse.

Los grandes arcos de los elfos silbaron, y una oleada de flechas negras derribó a los primeros demonios. El resto apenas aflojó el paso, trepando con rapidez sobre los cuerpos de los que habían caído. Los arqueros elfos dispararon una y otra vez, y los demonios siguieron llegando, chillando de rabia y frustración. Las dos fuerzas estaban separadas por menos de cincuenta metros, y entonces los arqueros retrocedieron mientras la falange de lanceros y piqueros avanzaba hacia la cima del cerro, cogiendo sus armas y dispuestos a lanzarlas. Los demonios siguieron avanzando, una masa de cuerpos contorsionados que se aproximaban saltando sobre las rocas de la garganta hacia donde los esperaban los elfos.

Con un crujido sordo, la marea de demonios arremetió contra el muro de la falange, atacando con garras y dientes. Las primeras filas de elfos se resintieron levemente, pero aguantaron. Los demonios fueron atravesados por las lanzas e inundaron con sus gritos la estrecha garganta. Con gran esfuerzo, los rastreadores elfos los hicieron retroceder, contemplando con horror como las figuras caídas eran rebasadas por la masa que venía detrás. Los demonios embistieron de nuevo contra los elfos, y esta vez abrieron varias brechas que fueron cerradas de inmediato por la falange posterior que avanzó para taponar los huecos de las primeras líneas delanteras. Pero ahora los elfos también morían, enterrados bajo la masa negra de los atacantes, arrancados de sus filas y descuartizados. Y aún continuaron surgiendo demonios de la niebla, miles de demonios, extendiéndose por el suelo de la garganta y por sus paredes. Las flechas los iban derribando con ritmo constante, pero por cada uno que caía, aparecían tres demonios más. Los flancos de los elfos comenzaron a combarse ante la embestida de los atacantes, y la línea corría el peligro de ser destruida.

Eventine dio orden de retroceder. Los elfos se retiraron apresuradamente, situándose en una segunda línea de defensa, una plataforma de roca colocada justo debajo del paso que conducía de vuelta al cañón. Otra vez sonaron los arcos, y una descarga de flechas voló hacia la masa atacante. Los lanceros y los piqueros formaron sus filas, preparándose para el asalto. Casi de repente se produjo una oleada de oscuras formas forcejeantes abriéndose paso con sus garras sobre los arbustos y las piedras, acometiendo contra la barrera de lanzas de los elfos. Cientos murieron en el ataque, atravesados por flechas y lanzas, atrapados bajo los pies de sus hermanos. Sin embargo siguieron llegando, surgieron de la niebla dentro del profundo embudo de la garganta, contra las líneas de los defensores elfos. Los elfos los hicieron retroceder, una, dos, tres veces. La Cuenca de Halys se llenó de cuerpos oscuros, aplastados y sangrantes, gritando de dolor y de odio.

A la entrada del cañón, Ander observó en silencio el flujo y reflujo de la batalla. Los elfos perdían terreno. Como había prometido Allanon, la estaca de Ellcrys debilitaba a los demonios que se abalanzaban sobre los elfos, que morían bajo las estocadas y sablazos del

ejército de los elfos. Pero eso no iba a ser suficiente para detener a las hordas que arremetían continuamente; ni siquiera con el coraje de los soldados, las posiciones defensivas seleccionadas y todo el plan cuidadosamente trazado. Había demasiados demonios y no suficientes elfos.

Volvió la vista hacia su padre, pero el rey no lo vio. Las manos de Eventine apretaban la estaca nudosa de Ellcrys y toda su atención estaba concentrada en la lucha que tenía lugar abajo. La línea defensiva de los elfos empezaba a combarse peligrosamente. Usando las armas arrancadas a los elfos muertos, rocas e improvisadas porras de madera, dientes y garras y la fuerza bruta, los demonios trataron de romper las menguadas filas de lanceros y piqueros que aún les impedían continuar hacia delante. Los Cuerpos Libres de la Legión, en reserva hasta entonces, se lanzaron al centro de la línea de elfos, profiriendo sus gritos de batalla. Los demonios aún seguían llegando.

–No podemos resistir –murmuró Eventine y se preparó para dar la orden de retirada.

–Quédate aquí –le susurró Allanon a Ander.

En ese mismo momento, los demonios atravesaron el flanco izquierdo y se precipitaron por la garganta hacia el grupo de humanos que se encontraban ante la boca del cañón. La Guardia Especial se puso delante del rey y de Ander, para protegerlos, con Dardan y Rhoe a un paso o dos a cada lado. Sacaron las espadas cortas de sus fundas de cuero, y su metal resplandeció. Ander fijó en la roca el estandarte de los Elessedil y sacó su arma. El sudor resbalaba por su cuerpo bajo la protección de la cota de malla, y su boca se había secado por el miedo.

Entonces Allanon avanzó, y sus ropas negras ondearon cuando alzó los brazos. El fuego azul cortó la media luz, surgiendo de repente de los dedos del druida, y toda la tierra que rodeaba a los atacantes explotó. El humo despegó de la roca, y se dispersó sobre los cuerpos sin vida por allí diseminados. Pero no todos habían caído. Durante un momento los supervivientes dudaron. Tras ellos, la brecha se había cerrado otra vez; no podían volver atrás. Aullando con furia, avanzaron, abalanzándose sobre la Guardia Especial. La lucha fue terrible. Los demonios cayeron muertos, atravesados por las espadas de los rastreadores elfos. Sin embargo, unos cuantos lograron abrirse paso y se lanzaron hacia el rey. Un duende enjuto y negro saltó hacia Ander, extendiendo las garras hacia su garganta. Frenéticamente, el príncipe elfo dirigió su espada hacia él, pero un miembro de la Guardia Especial se interpuso, derribando al demonio de una sola estocada. Ander tropezó al retroceder horrorizado, viendo como la batalla se aproximaba cada vez más. El flanco izquierdo había sido roto de nuevo, y Allanon se dirigió hacia allí para frenar la invasión. El fuego azul se proyectó hacia los atacantes y sus gritos llenaron el aire. Varios demonios habían producido una brecha en el flanco derecho y llegaron cargando por la pendiente en un esfuerzo desesperado para ayudar a sus hermanos atrapados detrás de las líneas defensivas de los elfos. Ander se quedó paralizado. Los componentes de la Guardia Especial no eran suficientes para detenerlos.

Entonces, de repente, Eventine cayó derribado por una porra lanzada por los atacantes. El rey había recibido el golpe en la sien y se desplomó instantáneamente, dejando caer la estaca de Ellcrys. Un rugido procedente de las gargantas de los demonios se elevó y estos presionaron con furia renovada. Seis de los que habían llegado por la pendiente se acercaron al rey para acabar con él.

Pero Ander se precipitó hacia el lugar donde estaba su padre, con el miedo olvidado y el rostro transformado por la furia. Gritando de rabia, arremetió contra los primeros atacantes, duendes negros parecidos al que casi había acabado con su vida un momento antes, y dos cayeron muertos antes de que el resto se diese cuenta de lo que ocurría. Como si se hubiera vuelto loco, Ander arremetió contra los otros para apartarlos del rey caído.

En un instante todo se convirtió en caos. La línea defensiva de los elfos había sido

forzada a retroceder casi hasta la entrada del cañón. Los demonios arremetían en manadas, aplastando a los elfos que se interponían en su camino, chillando de júbilo al ver a Eventine caído. Ander luchaba con desesperación para mantener apartados a los demonios de su padre. En su furia, tropezó con uno de los que había derribado y cayó. Al instante se lanzaron sobre él. Atacándolo con las garras, trataban de arrancarle la armadura. Durante un momento terrible creyó que iba a morir, pero Dardan y Rhoe se abrieron paso hasta llegar a él, dispersaron a los atacantes y le ayudaron a levantarse. Aturdido, se acercó dando tumbos hasta donde estaba su padre y se arrodilló a su lado, reflejando incredulidad y consternación en el rostro. Le tomó el pulso. Era débil y lento. Su padre estaba aún vivo, pero imposibilitado para ayudar a los elfos, para ayudarle a él. El rey, el único que podía salvarlos de lo que estaba ocurriendo...

Entonces Allanon apareció a su lado. Recogiendo del suelo la estaca de Ellcrys, levantó a Ander de un tirón y le puso en las manos el talismán.

–Ya te lamentarás después, príncipe elfo. –Acercó su rostro oscuro al de Ander–. A partir de este momento, tú mandarás. Deprisa, haz que los elfos se retiren hacia el cañón.

Ander inició una objeción, pero se interrumpió. Lo que vio en los ojos del druida le convenció de que aquel no era el momento ni el lugar para discutir. Sin decir una palabra, obedeció. Ordenó que alejasen a su padre de la batalla. Después, reuniendo a la Guardia Especial a la entrada del cañón, envió mensajeros al centro y a ambos flancos de la línea defensiva con órdenes para que retrocedieran. Se situó a la entrada de la garganta, con Allanon a su lado, donde los elfos y los hombres fronterizos pudieran verlo, y observó la batalla que se aproximaba a él.

Los lanceros y los piqueros de la falange de elfos y los soldados grises de los Cuerpos Libres obstruyendo la boca del cañón. Apareció Stee Jans, con el cabello rojo ondeando, y un enorme espadón en las manos. Entonces los brazos de Allanon se elevaron por encima de su cabeza, desplegando sus ropas negras, y el fuego azul brotó de sus dedos.

–¡Ahora es el momento! –ordenó a Ander–. ¡Retroceded por el cañón!

Ander levantó la estaca de Ellcrys. Todos los elfos y los Cuerpos Libres abandonaron la lucha y retrocedieron por el paso que conectaba la garganta con el cañón. Los demonios prorrumpieron en gritos de rabia mientras se esforzaban en seguirlos.

Allanon se quedó solo a la entrada del paso. Una avalancha de demonios se precipitaba hacia él, un montón de cuerpos oscuros trepando por la garganta. El druida pareció concentrarse, mientras su delgada figura se erguía en la sombra de los muros rocosos. De nuevo sus manos se levantaron y el fuego azul salió de ellas. Toda la entrada del cañón se encendió, elevándose las llamas como un muro ante los demonios enfurecidos, impidiéndoles el paso. Aullando y gritando, retrocedieron.

Dentro del cañón, Allanon se volvió hacia Ander.

–El fuego durará sólo unos minutos. –El rostro del druida estaba contraído y cubierto de sudor y polvo–. Después, nos seguirán de nuevo.

–Allanon, ¿cómo podremos resistir contra tan extraños...? –empezó a decir Ander desesperanzadamente.

–No podremos. No aquí, no ahora. –El druida lo cogió del brazo–. Los pasos de la Línea Quebrada están perdidos. Debemos escapar sin pérdida de tiempo.

Ander estaba ya impartiendo órdenes. Siguiendo su mandato el ejército de los elfos se retiró por el cañón a toda velocidad. Las reservas de caballería cabalgaban a la cabeza con los heridos que podían ir sentados sobre los caballos; los lanceros, piqueros y arqueros iban tras ellos, llevando a los que no podían. La Guardia Especial portaba al rey inconsciente. Allanon y Ander cerraban filas. Casi habían pasado el estanque rodeado de arbustos que se encontraba en el centro del cañón, cuando las llamas que impedían el paso a los demonios fulguraron y se extinguieron.

Los elfos miraron hacia atrás. Durante un momento, la entrada quedó libre y los demonios se lanzaron a atravesarla, obturando el estrecho pasadizo en su precipitación por llegar al otro lado. Perseguían aullando a los elfos que huían, pero era demasiado tarde. El cuerpo principal del ejército había alcanzado ya el desfiladero. Una retaguardia de los Cuerpos Libres bajo las órdenes de Stee Jans desplegó sus filas. Allanon, Ander y los miembros retrasados de la Guardia Especial atravesaban los últimos metros del cañón. En la boca del desfiladero, se volvieron un momento para ver a las hordas de demonios que se aproximaban.

Era un espectáculo impresionante y aterrador. Como una ola oscura, los demonios llenaban el cañón, extendiéndose sobre su suelo cubierto de hierba de pared a pared, esforzándose y revolviéndose como ratas que corrieran ante las aguas de una gran crecida. El druida y los elfos los contemplaron con incredulidad. Parecía como si el número de ellos fuera infinito.

Entonces, bruscamente, la ola pareció partirse, y una figura monstruosa y cubierta de escamas apareció en medio. De color verde oscuro y aspecto bestial, empequeñeció a sus hermanos al erguirse dentro del paso del cañón, y abrirse camino entre ellos, apartándolos como si fueran hojas secas. Los elfos gritaron horrorizados. Era un dragón. Su cuerpo serpenteante estaba cubierto de espinas y de una capa oleosa producida por sus propias secreciones. Seis patas enormes y nudosas, acabadas en garras y revestidas de pelo oscuro, sostenían su voluminoso cuerpo arqueado. La cabeza se movía en el aire como buscando, con cuernos y costras, una protuberancia deforme en la cual brillaba un ojo verde y sin párpado. Cuando el olor de la sangre de los elfos llegó hasta sus orificios nasales, abrió las fauces y mostró filas de dientes mellados y su cola se sacudió frenéticamente tras él, llenando el aire con los cuerpos que había dispersado. Los demonios se apartaron de inmediato, y el monstruo se arrastró hacia delante, haciendo temblar la roca al hacerlo.

En el otro lado del cañón, Allanon observó durante un momento más cómo se aproximaba, luego se volvió hacia Ander.

–Salid de aquí ahora mismo. ¡Rápido!

Ander estaba pálido.

–Pero el dragón...

–... es demasiado para ti. –La voz del druida era fría–. Haz lo que te digo. Deja el dragón para mí.

Ander retrocedió para dar la orden, y el ejército de los elfos se retiró hacia el otro lado de la abertura. Con Stee Jans a su lado, Ander se volvió para mirar otra vez. Allanon estaba solo, de cara al cañón. El dragón ya había pasado del centro y se desplazaba pendiente arriba hacia el desfiladero. En aquel momento vio al druida, la figura negra y solitaria que no corría como las otras, y anheló alcanzarlo para acabar con su vida. Las enormes patas se agitaban, apartando las piedras y la tierra de debajo. Detrás y a los lados, le seguían otros demonios, gritando de excitación, tropezando unos con otros para mantenerse apartados de su monstruoso hermano. Allanon se mantuvo en su sitio, con la capa oscura ceñida a su cuerpo, hasta que el dragón estuvo a menos de cien metros del desfiladero. Entonces la capa se abrió y sus delgados brazos se elevaron, extendiendo las manos hacia el monstruo. Sus dedos proyectaron el fuego azul hacia la cabeza y la garganta del dragón, y el olor a carne chamuscada llenó el aire. Sin embargo, la criatura no se detuvo. Esquivó el ataque como si se tratara de poco más que una molestia y siguió su camino. De nuevo el fuego incidió sobre ella, quemándole las patas delanteras y el pecho, dejando rastros de humo que se elevaban desde el cuerpo del dragón. Su silbido de furia fue frío y penetrante, pero a pesar de todo continuó avanzando.

Allanon retrocedió corriendo por el desfiladero, desplazándose con rapidez hacia el otro extremo. De nuevo, se volvió. El dragón se irguió ante su vista, impulsándose hacia

delante por el estrecho pasadizo. Allanon le atacó con varias ráfagas repentinas e intensas del fuego azul. El silbido del dragón sonó cargado de odio en el aire, reflejando su frustración por no poder alcanzar a la insolente criatura que le atacaba. Los muros de desfiladero obstaculizaban sus torpes movimientos de avance. Tras él, los gritos de los otros demonios lo incitaban para que continuase.

Poco a poco, Allanon se apartó de la boca del desfiladero hacia la abertura. El pasadizo estaba lleno de humo y polvo, que velaban la figura bestial del dragón. Entonces, se hizo visible de repente, con las fauces abiertas. Uniendo ambas manos ante sí, Allanon envió una llamarada de fuego hacia el ojo del monstruo. Cuando el fuego lo alcanzó, envolvió por completo la cabeza. Esta vez el dragón gritó, emitiendo un terrible aullido de dolor y furia. Su cuerpo se elevó dentro del desfiladero, chocando contra los muros de piedra, hasta que los riscos temblaron con la fuerza de los golpes. Bloques de piedra cayeron sobre el monstruo, mientras éste se sacudía y se retorcía de dolor.

Poco después se abrió una enorme grieta en el muro sur y toda la cara de la montaña empezó a desmoronarse lentamente sobre el desfiladero. Advirtiendo el peligro, el dragón se lanzó hacia delante en un esfuerzo desesperado por salir de allí. Medio cegado por el dolor y el polvo, salió del desfiladero. Los bosques de piedra siguieron cayendo tras él, enterrando a los demonios que trataban de seguirlo. El fuego azul volvió a proyectarse sin producir ningún efecto. Ahora, el dragón estaba prevenido, y sacudió su cabeza deforme para esquivarlo. Ante él, estaba la figura oscura del druida. Silbando con furia, el monstruo, se dirigió torpemente hacia su enemigo, abriendo sus horribles mandíbulas. Allanon se giró y empezó a huir, corriendo, no hacia el camino más ancho que se encontraba a la derecha, sino hacia el estrecho reborde que se curvaba hacia la izquierda sobre la hendidura. Confundido, sin saber lo que le aguardaba, el dragón lo siguió. Entró en el reborde pausadamente, extendiendo sus fauces hacia el humano que escapaba, impulsado por sus enormes patas.

Pero de repente el reborde se agrietó. La roca cedió bajo el peso de la criatura monstruosa. En un esfuerzo desesperado, el dragón se lanzó contra el druida. Allanon saltó hacia atrás en el momento en que las enormes fauces se cerraban a pocos centímetros de su cabeza. Después, con un último y terrible silbido, el dragón resbaló sobre el reborde que se desmoronaba y cayó hacia el negro fondo del precipicio, desapareciendo en una avalancha de piedras y tierra, gritando su odio.

Ander Elessedil, de pie en el lado opuesto de la fisura, observaba cómo Allanon volvía por los restos del reborde. Después de un momento, desvió la vista. Una mirada rápida al desfiladero le descubrió que había quedado obstruido por bloques de piedra. Una sonrisa amarga se esbozó lentamente en su cara ensangrentada. Los demonios no podrían seguirlos por la Cuenca de Halys. Los elfos contaban con un breve respiro, una oportunidad para reagruparse y poder resistir en otra parte.

Se volvió. Tras él, dentro de la boca del paso, los soldados del ejército de los elfos miraban desde las sombras en silencio, con las caras nubladas por el cansancio y la incertidumbre. El príncipe pudo leer lo que estaba reflejado allí. ¿Cuántos demonios habían atravesado la Prohibición? Muchos más de los que cualquiera de ellos creía posible. No habían sido capaces de detenerlos allí. ¿Cómo iban a detenerlos en el Sarandanon?

Apartó la vista. Él no tenía la respuesta para eso. Se preguntó si alguien la tendría.

# XXXI

El ejército que salió de la Cuenca de Halys estaba desanimado y avergonzado por la derrota sufrida, consternado por el número de muertos y heridos. Para los muertos, perdidos en la lucha a través del paso, no había retorno a la tierra que les había dado la vida. Para los heridos, no había alivio con que suavizar el agudísimo dolor de las heridas inflamadas por el veneno de las garras y los dientes de los demonios; sus gemidos y gritos quedaban insoportablemente suspendidos en la quietud del mediodía. Para el resto, aquellos que marchaban hacia el sur a lo largo de la Línea Quebrada, no había consuelo tras lo sucedido aquel día, ni lo habría en el futuro que les aguardaba. Cuando el sol del mediodía cayó sobre ellos, sus bocas se secaron por la sed y sus pensamientos se ennegrecieron por la amargura.

Ander Elessedil los condujo, sin creer en su liderazgo, sintiéndose poco más que una víctima de las caprichosas circunstancias, sabiendo que no tenía claras las ideas. Deseaba que todo terminase, que su padre recuperara la conciencia, que su hermano regresara. Sostuvo entre sus manos la estaca nudosa de Ellcrys y pensó que era un ingenuo. Nada de aquello tenía sentido. Sin embargo sabía que tenía que interpretar el papel que le había sido asignado durante más tiempo, al menos hasta que el ejército llegara al Paso de Baen. Afortunadamente, terminaría allí.

Su mirada se dirigió a Allanon. El druida cabalgaba en silencio a su lado, oscuro y enigmático, inmerso en las ropas que lo ocultaban, con el pensamiento lejos de Ander. Sólo una vez durante la marcha se volvió para hablarle.

–Comprendo ahora por qué nos han permitido llegar hasta aquí –dijo con voz tranquila, considerando su urgencia–. Querían conducirnos a estas montañas.

–¿Lo querían?

–Lo querían, príncipe elfo –respondió Allanon con frialdad–. Siendo tantos sabían que nada podríamos hacer para detenerlos. Dejaron que nos metiésemos en la trampa.

En el horizonte apareció un jinete, una figura solitaria; con su montura llevada casi hasta el agotamiento en un galope salvaje a través de las praderas para encontrarse con los elfos. Levantando la estaca de Ellcrys, Ander indicó que se detuviesen. Con Allanon al lado, cabalgó hacia el jinete. Desgreñado y cubierto de polvo se detuvo ante ellos. Ander conocía a aquel elfo, era un mensajero al servicio de su hermano.

–Flyn –dijo como saludo.

El mensajero dudó, luego recorrió rápidamente con la mirada la columna de soldados.

–Tengo un informe para el rey... –empezó a decir.

–Da tu mensaje al príncipe –intervino con brusquedad Allanon.

–Alteza –saludó Flyn con el rostro blanco como la nieve. De repente brotaron lágrimas de sus ojos–. Príncipe... –empezó otra vez, pero su voz se quebró y no pudo continuar.

Ander desmontó e indicó a Flyn que hiciera lo mismo. En silencio, pasó un brazo alrededor del aturdido mensajero y se alejó varios pasos para que no pudieran oírlos. Allí miró al elfo cara a cara.

–Ahora cálmate y dame tu mensaje.

Flyn asintió con gesto tenso.

–Alteza, tengo instrucciones de comunicar al rey que el príncipe Arion ha caído. Alteza... ha muerto.

Ander movió la cabeza lentamente de un lado a otro.

–¿Muerto? –Parecía como si otro hablara por él–. ¿Cómo puede estar muerto? ¡No puede estar muerto!

–Fuimos atacados al amanecer, alteza. –Ahora Flyn lloraba sin disimulo–. Los demonios... eran tantos. Fuimos aplastados. El estandarte de batalla cayó... y cuando el príncipe Arion trató de recuperarlo, los demonios lo atraparon...

Ander alzó la mano para acallar las palabras del elfo. No deseaba oír el resto. Era una pesadilla que no podía haber ocurrido. Sus ojos destellaron al mirar a Allanon y el rostro oscuro del druida se volvió hacia él. Allanon lo sabía.

–¿Tenemos el cuerpo de mi hermano? –logró preguntar Ander.

–Sí, alteza.

–Quiero que me lo traigan.

Flyn asintió en silencio.

–Alteza, hay algo más. –Ander esperó–. El Acceso de Worl se ha perdido, pero el comandante Pindanon cree que podemos volver a tomarlo. Solicita refuerzos de caballería para realizar un barrido por las praderas que bordean el paso de forma que...

–¡No! –lo interrumpió Ander, y su voz adquirió un tono nervioso. Con un esfuerzo se recompuso–. No, Flyn. Di al comandante Pindanon que debe retirarse en seguida. Debe volver al Sarandanon.

El elfo tragó saliva, dirigiendo una rápida mirada a Allanon.

–Perdóneme, alteza, pero tengo instrucciones de hablar de esto con el rey. El comandante dice...

Ander comprendió.

–Di al comandante que mi padre está malherido. –Flyn palideció aún más, y Ander tomó una bocanada de aire–. Di a Kael Pindanon que yo dirijo el ejército de los elfos y que debe retirarse en seguida. Coge un caballo fresco, Flyn, y vuelve rápidamente. ¡Suerte, mensajero!

Flyn saludó y se apresuró. Ander se quedó solo, mirando hacia las praderas vacías. Un extraño aturdimiento lo envolvió cuando se dio cuenta de que ya no quedaba ninguna posibilidad de extender un puente sobre el precipicio que lo había separado siempre de Arion. Arion ya no existía.

Se volvió de espaldas y lloró.

La oscuridad se deslizó en silencio sobre el valle de Sarandanon, extendiendo sus sombras hasta el Paso de Baen y el ejército de los elfos. Dentro de su tienda, Eventine Elessedil yacía aún inconsciente, con una respiración superficial y entrecortada. Ander estaba junto a él contemplándolo, deseando que despertara. Hasta que no ocurriese, sería imposible juzgar la gravedad de sus heridas. Era un anciano, y Ander temía por él.

En un impulso, tomó la mano de su padre y la estrechó entre las suyas. Estaba laxa. El anciano no se movió. Ander la retuvo un momento, luego la soltó y se reclinó cansadamente.

–Padre –susurró casi para sí mismo.

Se puso en pie y se alejó con aire ausente. ¿Cómo había ocurrido todo aquello? Su padre derribado y maltrecho, su hermano muerto, y él convertido en el líder de los elfos. ¿Cómo había ocurrido? Era una locura que no conseguía aceptar. En realidad siempre había existido la posibilidad de que su padre y su hermano desaparecieran, dejándolo como único representante de los Elessedil para gobernar. Pero era una posibilidad muy remota, que nadie había creído que se hiciera realidad, sobre todo él. Pensó con angustia que no estaba preparado para eso. ¿Qué había sido para su padre y su hermano excepto un par de manos dispuestas a prestarles ayuda? El gobierno del pueblo de los elfos, sus deseos, sus esperanzas, siempre había sido responsabilidad de ellos. Sin embargo ahora...

Sacudió la cabeza, preocupado. Ahora debía gobernar, al menos por un tiempo. Y debía conducir al ejército que su padre había conducido antes. Tenía que defender el Sarandanon y encontrar la forma de detener el avance de los demonios. La Cuenca de Halys había demostrado la dificultad de este propósito. Los elfos sabían que, de no haberse producido el desprendimiento de rocas que bloqueó la Cuenca, los demonios los habrían aniquilado. Su primera tarea sería dar a los elfos razones para creer que eso no sucedería en el Paso de Baen, a pesar de la pérdida del rey y de su primogénito. En poco tiempo, tenía que conseguir infundirles esperanzas.

Se sentó de nuevo junto a su padre. Kael Pindanon podría ayudarle; era veterano de muchas guerras, un soldado experimentado. Pero ¿querría? Sabía que estaba furioso con él por haber ordenado que se retiraran de los pasos de la Línea Quebrada. Pindanon no había regresado aún, puesto que se había quedado detrás con la caballería de los elfos para detener el avance de los demonios sobre el Sarandanon. Pero su desaprobación había llegado a oídos de Ander a través de los comentarios de varios oficiales. Cuando llegase, se enfrentaría con Ander directamente. Las cosas podían ponerse difíciles. Ander sabía de antemano que iban a pedirle que renunciara al mando del ejército en favor de Pindanon. Movió la cabeza de nuevo. Sería fácil entregar el mando del ejército a Pindanon y dejar que el viejo guerrero asumiese las responsabilidades de la defensa del país de los elfos. Quizás era eso lo que debía hacer. Sin embargo, algo en su interior se resistía a una solución tan simple del dilema; era preciso actuar con cautela antes de delegar las responsabilidades que tan claramente le correspondían.

–¿Qué harías tú? –preguntó en voz baja a su padre, sabiendo que no obtendría la respuesta que necesitaba.

Los minutos transcurrían y la oscuridad iba intensificándose.

Dardan apareció en la entrada de la tienda.

–El comandante Pindanon ha vuelto –anunció–. Ha pedido que lo reciba.

Ander asintió con un gesto y se preguntó durante un momento dónde estaría Allanon. No había visto al druida desde que llegaron. Pero el encuentro con Pindanon era un problema que tenía que resolver él solo. Fue al levantarse cuando recordó la estaca de Ellcrys que yacía en el suelo junto a la cama de su padre. Cogiéndola con ambas manos, dudó un momento, contemplando al anciano.

–Descansa –susurró. Luego se dio la vuelta y salió de la estancia.

En la cámara contigua encontró a Pindanon esperando. El polvo y la sangre cubrían la armadura del comandante, y su rostro barbudo estaba enrojecido por la ira cuando avanzó hacia el príncipe Ander.

–¿Por qué ordenaste la retirada? –preguntó sin preámbulos.

Ander no se inmutó.

–Baja la voz, comandante. El rey está ahí dentro.

Hubo un momento de silencio mientras Pindanon lo fulminaba con la vista. Después, un poco más calmado, el comandante elfo preguntó:

–¿Cómo está?

–Duerme –contestó Ander con frialdad–. Ahora, ¿quieres repetirme tu pregunta?

Pindanon adoptó una actitud arrogante.

–¿Por qué me ordenaste la retirada? Podría haber vuelto a tomar el Acceso de Worl. Podríamos haber mantenido la Línea Quebrada como pretendía tu padre.

–Mi padre pretendía que se mantuviese la Línea Quebrada mientras fuera posible –respondió Ander, con sus ojos fijos en los de Pindanon–. Con mi padre herido, mi hermano muerto y la Cuenca de Halys perdida, ya no era posible. Fuimos expulsados de la Cuenca de Halys, como vosotros del Acceso de Worl. –Pindanon se tensó, pero Ander ignoró su

actitud–. Para retomar el Acceso de Worl, yo tendría que haber hecho una marcha forzada hacia el norte con un ejército que acababa de ser derrotado, sabiendo que tendría que volver a luchar de inmediato. Si nuestras fuerzas conjuntas eran vencidas, habrían de enfrentarse a otra marcha agotadora hacia el Sarandanon con pocas posibilidades de descansar antes de iniciar la defensa del valle. Y lo peor de todo, cualquier batalla que se produjera dentro de los pasos de la Línea Quebrada tendría que llevarse a cabo sin la ayuda de la caballería. Si tenemos que detener el avance de los demonios, necesitaremos todas nuestras fuerzas. Por eso, comandante, ordené la retirada.

Pindanon sacudió la cabeza lentamente.

–Tú no eres un soldado entrenado, alteza. No tenías derecho a tomar una decisión tan importante sin consultar con el comandante en jefe del ejército. De no haber sido por mi lealtad hacia tu padre...

Ander levantó la cabeza bruscamente.

–No termines esa frase, comandante.

Su mirada se desvió un momento hacia la entrada de la tienda por donde se introdujeron Allanon y Stee Jans. La aparición de Allanon no era inesperada, pero a Ander le sorprendió en cierto modo encontrar al comandante de los Cuerpos Libres allí. El fronterizo saludó cortésmente, pero no dijo nada.

Ander se volvió hacia Pindanon.

–En cualquier caso, ya está hecho. Será mejor que nos preocupemos por lo que está por venir. ¿Con cuánto tiempo contamos antes de que lleguen los demonios?

–Un día, posiblemente dos –respondió Pindanon–. Deben descansar, reagruparse.

Los ojos negros de Allanon se alzaron.

–Mañana al amanecer.

Hubo un instante de silencio.

–¿Estás seguro? –preguntó Ander.

–Los empuja una fuerza que supera incluso la necesidad de dormir. Mañana al amanecer.

Pindanon escupió sobre el suelo de tierra.

–En ese caso, sólo nos queda decidir cómo los detendremos cuando lleguen –declaró Ander, deslizando las manos sobre la estaca de Ellcrys.

–Eso es bastante fácil –dijo Pindanon con impaciencia–. Defendiendo el Paso de Baen. Acordonándolo. Deteniéndolos en la parte más estrecha antes de que lleguen al valle.

Ander respiró profundamente.

–Eso es lo que se intentó en la Cuenca de Halys, y fracasó. Los demonios forzaron la falange de elfos por su absoluta superioridad numérica. No hay razón para creer que sería diferente esta vez.

–Hay muchas razones –insistió Pindanon–. Nuestras fuerzas no están divididas aquí como lo estaban en la Línea Quebrada. Ni estarán frescos y descansados los demonios que vengan de las Planicies. La caballería puede usarse como apoyo. Ahora la situación ha cambiado, te lo aseguro. El resultado será distinto esta vez.

Ander miró un momento a Allanon, pero el druida no se dio por enterado. Pindanon se acercó un poco más.

–Dame el mando que ostentaba tu padre. Deja que yo organice la defensa como sé que él lo habría hecho. Los elfos pueden defender el Paso de esas criaturas, no importa cuál sea su fuerza. Tu padre y yo sabemos…

–Comandante. –El príncipe de los elfos habló con voz suave y firme–. Vi lo que los demonios son capaces de hacer en la Cuenca de Halys. Vi lo que hicieron en una línea de defensa que mi padre creyó que resistiría. Es un enemigo diferente a todos contra quienes

hemos luchado. Odian a los elfos más de lo que podemos comprender. Están empujados por ese odio y no les importa morir para saciarlo. ¿Podemos nosotros decir lo mismo, nosotros que tanto estimamos la vida? Creo que no. Necesitamos algo más que las tácticas usuales para sobrevivir a ese encuentro.

Con el extremo del ojo, vio que Allanon asentía con la cabeza.

Pindanon se irritó.

–Te falta fe, alteza. Tu padre no habría adoptado tan rápidamente...

Ander le interrumpió.

–Mi padre no está aquí. Pero si estuviese, te hablaría como yo lo hago. Pido sugerencias, comandante, no objeciones.

Pindanon enrojeció, luego se volvió de repente hacia Allanon.

–¿Qué opina él? ¿No tiene ninguna idea para detener a los demonios?

El rostro oscuro de Allanon permaneció inexpresivo.

–No se pueden detener, comandante. Lo único que podemos lograr es retrasarlos.

–¿Retrasarlos?

–Retrasarlos, de modo que la portadora de la semilla de Ellcrys tenga tiempo suficiente para llegar al Fuego de Sangre y volver.

–¡Otra vez eso! –resopló Pindanon–. ¡Nuestro destino en manos de esa muchacha! Druida, no creo en las leyendas del antiguo mundo. Si hay que salvar la Tierra del Oeste, debe hacerse mediante el valor de los elfos, mediante el talento y la experiencia de los soldados. Los demonios pueden morir como otros seres de carne y hueso.

–Como los elfos –dijo el druida en tono sombrío.

Se produjo un largo silencio. Pindanon se alejó, cruzando las manos a la espalda. Después, se volvió hacia ellos.

–¿Nos quedaremos en el Paso de Baen o no, príncipe Ander? No he oído más sugerencias que las mías.

Ander dudó, deseando que Allanon dijese algo. Pero fue Stee Jans quien lo hizo, rompiendo el silencio con voz áspera.

–Alteza, ¿puedo hablar?

Ander casi había olvidado que el comandante de la Legión estaba allí. Miró al hombre corpulento y asintió.

–Alteza, los Cuerpos de la Legión se han enfrentado a circunstancias similares en más de una ocasión al servicio de las Tierras Fronterizas. Para nosotros es una cuestión de orgullo sobrevivir a enemigos que nos superan en fuerza. Hemos aprendido lecciones muy duras, alteza. Puedo ofrecerle una ahora mismo: Nunca instales una línea defensiva inmóvil cuando el enemigo pueda superarte en número. Nosotros hemos aprendido a dividir nuestros frentes defensivos en una serie de líneas móviles que se desplazan con el flujo de la batalla. Estas líneas atacan y se retiran en secuencia, empujando al enemigo primero por un lado, luego por otro. Atacando siempre por los flancos mientras el enemigo se vuelve para repeler cada nuevo asalto, retirándose más allá del alcance del enemigo cuando el ataque ya se ha efectuado.

Pindanon resopló.

–De esa forma ni ganas ni mantienes tu posición, comandante.

Stee Jans se volvió hacia él.

–Cuando el enemigo ha avanzado el máximo para alcanzarnos, cuando sus líneas están debilitadas y divididas, entonces cerramos nuestras filas por los lados y caemos sobre él. Así.

Colocó ambas manos formando una V y las juntó dando una palmada. Se produjo un silencio tras la sorpresa.

–No sé –murmuró Pindanon vacilante.

–¿Cómo defenderías el Paso de Baen? –quiso saber Ander.

–Utilizaría una variante de lo que acabo de describir –respondió Stee Jans–. Arcos largos en las laderas de las Kensrowe en la entrada del Paso para dificultar el avance. Los soldados de infantería a la cabeza, como si se pretendiese resistir de la misma forma que en la Cuenca de Halys. Cuando los demonios ataquen, deben resistir un tiempo y luego ceder. Dejarlos entrar. Soltar una liebre, un destacamento de caballería, para atraerlos. Cuando sus líneas se hayan extendido y sus flancos queden expuestos, encerrarlos por ambos lados, rápidamente, antes de que puedan volver atrás o recibir refuerzos. Las lanzas servirán para mantenerlos alejados. Los demonios no poseen armas. Si nos mantenemos más allá de su alcance, no podrán hacernos daño. Cuando estén destruidas sus primeras filas, se suelta una segunda liebre. Se les dirige hacia otro lado. Se les desequilibra. Entonces nos ocupamos de sus flancos.

Concluyó. Los elfos lo contemplaban fijamente. Pindanon frunció el ceño.

–¿Quién actuará de cebo en este caso?

Stee Jans sonrió.

–¿Quién si no nosotros, comandante?

Pindanon se encogió de hombros. Ander lo miró interrogativamente.

–Puede funcionar –admitió el viejo guerrero de mala gana–. Si la liebre es lo bastante buena.

–La liebre sabe unos cuantos trucos –replicó Stee Jans–. Por eso ha sobrevivido a tantas cacerías.

Ander le dirigió una rápida mirada a Allanon. El druida asintió.

–Ése será nuestro plan de defensa para el Sarandanon –anunció el príncipe elfo. Su mano estrechó la de Pindanon y luego la del Hombre de Hierro–. Asegurémonos ahora de que tendrá éxito.

Más tarde esa misma noche, cuando todo estuvo dispuesto para la batalla del día siguiente, Ander Elessedil se dio cuenta de la suerte que había tenido por la presencia de Stee Jans en la reunión con Pindanon. Después, pensó que quizá no se debiera a la buena fortuna sino a los planes del enigmático vagabundo conocido como Allanon.

# XXXII

Enterraron a Arion Elessedil con las primeras luces del alba. Su hermano, Pindanon y cuatro docenas de miembros de la Guardia Especial lo sepultaron a la manera tradicional de los elfos, al nacer el nuevo día. Lo llevaron en silencio hasta un cerro cubierto de robles, bajo el Paso de Baen, que dominaba por el oeste la extensión azul de Innisbore y por el este el valle verde de Sarandanon. Allí fue depositado para que descansara el hijo primogénito de Eventine Elessedil, su cuerpo devuelto a la tierra que le había dado la vida, su espíritu liberado de ataduras terrenales.

No dejaron ninguna señal sobre la tumba del príncipe heredero. Allanon los había prevenido que algunos demonios buscarían tales marcas para alimentarse con los cadáveres. No hubo canciones ni elogios ni flores, nada que testimoniara que Arion Elessedil había existido. Del primogénito de Eventine sólo quedaron los recuerdos.

Ander vio lágrimas en los ojos de quienes lo habían tratado, y sintió que los recuerdos serían suficientes.

Una hora más tarde, los demonios atacaron a los elfos en el Paso de Baen. Descendieron por las colinas del norte, rompiendo la tranquilidad del amanecer con sus gritos y aullidos. Llegaron de la misma forma que habían llegado a la Cuenca de Halys, en masa y a oleadas como las aguas desbordadas de un río.

En la parte baja del Paso, la falange de elfos esperaba; filas de lanceros y piqueros aguardando hombro con hombro, con las armas preparadas. Cuando los primeros demonios se abrieron paso hacia ellos, los grandes arcos de los elfos zumbaron sobre las laderas de las Kensrowe y el aire se llenó de flechas. Los demonios se agitaban convulsivamente y caían, enterrados debajo de los que llegaban detrás. Una ráfaga de lanzas tras otra iba derribando sus filas, y cientos de demonios murieron en el asalto.

Pero al fin alcanzaron a la falange y se lanzaron contra ella, profiriendo aullidos de dolor al ser atravesados por las lanzas de puntas de hierro. Los atacantes vacilaron y retrocedieron. Luego iniciaron una nueva embestida de cuerpos deformes que usaban las garras y los dientes, y otra vez fue repelida. El terreno situado ante la línea defensiva de los elfos se llenó de cuerpos muertos y moribundos. Las hordas de demonios siguieron presionando sin cesar y al final la línea de elfos se resquebrajó y cedió por el centro. Los demonios atravesaron la brecha, avanzando a saltos y trepando por el paso.

Al instante fueron interferidos por un cuerpo de jinetes vestidos de gris con adornos carmesíes, dirigidos por un hombre alto de rostro curtido que montaba un gigantesco caballo ruano. Los jinetes arremetieron contra los demonios, blandiendo sus lanzas. Luego se retiraron hacia el valle, con las capas grises ondeando al viento y sus figuras inclinadas sobre las monturas. Los demonios los persiguieron, frenéticos. Momentos después, los jinetes viraban, cargando de nuevo contra sus perseguidores, con las lanzas bajadas, dispersando los cuerpos, atacando y apartándose con rapidez. Los demonios aullaban de frustración y gateaban tras ellos.

Entonces, de repente, los jinetes se volvieron en una línea compacta que impidió el avance de los demonios, y el brazo del hombre de rostro curtido se levantó. Los demonios ya no estaban agrupados en masa para protegerse, sino dispersos a lo largo de las praderas en cientos de metros más allá de la entrada del Paso de Baen, mirando a su alrededor, desesperados al comprender lo que les habían hecho. A cada lado aparecieron las filas de la caballería de los elfos, rodeándolos como si fuesen ganado. Detrás de ellos, la brecha había quedado cerrada por una figura alta vestida de negro, que se encontraba sobre la ladera

inferior de las Kensrowe, arrojando fuego de sus manos extendidas para dispersar a los demonios que se arremolinaban indecisos dentro del Paso. Los que se encontraban atrapados trataban de romper con desesperación las líneas que los aprisionaban. Pero los elfos convergieron con rapidez, apartando con espadas y lanzas las formas negras que llegaban hasta ellos. En pocos momentos, toda la avanzada de demonios fue destruida. Por el Paso de Baen se extendió un eco del grito de victoria de los elfos.

No terminó así. Durante todo el resto de la mañana y primeras horas de la tarde continuó la batalla. Una y otra vez los demonios se agruparon para embestir contra la falange de elfos que obturaba el Paso de Baen. Una y otra vez consiguieron atravesarla, resistiendo el ataque de los arqueros elfos y el fuego del druida, de los lanceros y los piqueros, sólo para encontrarse cara a cara con los jinetes grises de los Cuerpos Libres de la Legión. Acosados y hostigados, no cesaron en su persecución. Sin importarles lo que les esperaba, se dejaban atraer, a veces hasta la orilla del Innisbore, a veces hasta las laderas de las Kensrowe, o hacia el valle de Sarandanon. Luego, cuando parecía que habían dado alcance a los esquivos jinetes, se encontraban rodeados por la caballería de los elfos, con sus filas debilitadas y desprotegidas, alejados de sus hermanos que batallaban dentro del paso. Enfurecidos, se lanzaban contra el enemigo, pero no había escapatoria. Los elfos retrocedían y de nuevo sus líneas se cerraban frente al Paso de Baen.

Durante un tiempo, los demonios trataron de ganar las laderas de las Kensrowe, pensando en poner fin a los odiados grandes arcos. Pero los arqueros elfos, cuidadosamente situados, ocultos y protegidos entre las rocas, destrozaban a todo aquel que trataba de alcanzarlos. Con ellos se encontraba el gigante de ropas oscuras, lanzando su fuego mágico desde las manos, y protegiendo con su impresionante poder a los que luchaban debajo. Todas las formas de demonios trataron de llegar hasta él: demonios que se enterraban bajo la tierra, demonios que volaban, demonios que escalaban los muros de los riscos como moscas. Todos cayeron. Todos perecieron.

En un ataque, los demonios se abrieron paso a través de la falange de elfos por donde ésta bordeaba la orilla del Innisbore, haciéndola retroceder por el Paso mientras cientos de atacantes se concentraban sobre las colinas para dirigirse hacia el valle abierto. Durante un momento, pareció que la línea defensiva de los elfos estaba definitivamente rota. Pero en un esfuerzo valeroso, la caballería convergió por el este del nuevo avance y arremetió en una carga que empujó a los demonios otra vez hacia las aguas del Innisbore. De nuevo, les fue imposible a los demonios reagruparse y se extendieron a lo largo de la cabeza de playa, de espaldas al lago. El ataque fracasó, dispersado por las lanzas de los elfos. La brecha volvió a cerrarse.

Miles de demonios murieron esa tarde en embestidas salvajes y sin sentido a través del Paso de Baen. Atacaron de forma incesante, surgiendo de los riscos con la ciega determinación de las ratas, ajenos a la destrucción que les aguardaba. Elfos y fronterizos murieron con ellos, arrebatados por el frenesí de atravesar el Sarandanon. Sin embargo, la derrota de la Cuenca de Halys no se repitió ese día. Una y otra vez los demonios fueron rechazados, y las primeras filas del asalto destruidas antes de que tuviesen la oportunidad de recibir refuerzos de las masas que llegaban detrás.

Finalmente, a media tarde, los demonios lanzaron su último ataque. Agrupándose dentro del Paso de Baen, embistieron contra la falange de los elfos, empujándola hacia atrás por la simple fuerza de su número. Huyeron por las hendiduras y, de repente, ya no quedó tiempo para tácticas cuidadosamente planeadas, ni para la habilidad y el ingenio. Los elfos y la Legión contraatacaron, cargando los jinetes en un asalto furioso. Las espadas y las lanzas se clavaban en la maraña de cuerpos deformes. Los caballos y los jinetes gritaban y caían. Las filas de soldados retrocedían y volvían al ataque desesperadamente. Pero al fin los demonios fueron abatidos, huyeron por el Paso gruñendo y arañando,

profiriendo alaridos de rabia. Esta vez no volvieron. Salieron pisoteando a sus propios muertos y moribundos, renqueando y gateando y arrastrándose hacia las montañas del otro lado, hasta que el Paso de Baen quedó vacío.

Los elfos contemplaron exhaustos e incrédulos las figuras que se retiraban, viendo como el último de ellos desaparecía entre los riscos, oyendo como el sonido de sus pasos se disolvía lentamente en el silencio. Entonces miraron a su alrededor y pudieron apreciar la magnitud de la batalla que había terminado. Sobre las praderas se encontraban diseminados montones de cuerpos oscuros y retorcidos desde el este del Paso de Baen y las Kensrowe hasta el Innisbore, inmóviles y destrozados. El propio Paso estaba lleno de ellos. Los elfos se sentían consternados. Era como si la vida no significase nada en absoluto para los demonios, como si en cierto modo prefirieran la muerte. Los ojos empezaron a buscar los rostros de los amigos y camaradas. Unas manos se extendieron hacia otras, estrechándose con fuerza, y los elfos se llenaron de alivio, agradecidos por haber logrado sobrevivir en medio de tan magna destrucción.

A la entrada del paso, Ander Elessedil encontró a Kael Pindanon e impulsivamente abrazó al veterano soldado. Los gritos de exaltación empezaron a elevarse de las gargantas de sus compatriotas, cuando comprendieron que habían ganado la batalla de ese día. Stee Jans se adelantó a la cabeza de los Cuerpos Libres y los fronterizos se reunieron con los elfos, alzando las lanzas como saludo. Abajo, en toda la extensión del Sarandanon, el rugido de la victoria se expandía y retumbaba.

Únicamente Allanon se mantuvo apartado. Solo ahora en las laderas de las Kensrowe, con su rostro oscuro vuelto al norte, hacia las montañas por donde los demonios habían huido tan repentinamente, preguntándose por qué estaban dispuestos a entregar sus vidas a un precio tan bajo y, quizás algo más importante, por qué en toda la masacre no había aparecido el que llamaban el Dagda Mor.

La tarde se desvaneció en la oscuridad y la noche transcurrió en silencio. A la entrada del Paso de Baen, el ejército de la Tierra del Oeste esperaba a que los demonios atacasen. No llegaron al amanecer, aunque los elfos y los fronterizos se encontraban preparados. La mañana pasó lentamente y la inquietud comenzó a crecer en las filas de los defensores.

A mediodía, Ander fue en busca de Allanon, esperando que el druida pudiera explicarle lo que estaba ocurriendo. Solo, escaló por las laderas de las Kensrowe hasta donde Allanon mantenía una vigilancia solitaria, protegido por un saliente de roca, medio escondido en su sombra mientras observaba fijamente el Sarandanon. El príncipe elfo no había hablado con Allanon desde el día anterior, antes de que el druida subiera a las montañas; nadie lo había hecho. Arrebatado por el júbilo de la victoria de los elfos sobre los demonios, apenas había reparado en el paradero del druida. Después de todo, Allanon aparecía y desaparecía en cualquier momento, sin dar explicaciones. Pero ahora, al acercarse a él, se preguntó por qué habría escogido la soledad en esta ocasión.

Obtuvo la respuesta en cuanto el druida volvió la cara hacia él. Su rostro, tan oscuro habitualmente, estaba pálido. Su piel mostraba surcos profundos, que le daban una apariencia desolada, y en sus ojos negros y penetrantes había una mirada introspectiva. Ander se detuvo a corta distancia, observándolo.

Allanon esbozó una débil sonrisa.

–¿Algo te preocupa, príncipe elfo?

Ander se sorprendió.

–No, yo... sólo que... Allanon, pareces...

El druida se encogió de hombros.

–Hay que pagar un precio por la forma en que nos usamos nosotros mismos. Es una ley de la naturaleza, aunque con frecuencia preferimos olvidarla. Incluso un druida está

sometido a sus dictados. –Hizo una pausa–. ¿Entiendes lo que estoy diciendo?

Ander se mostró inseguro.

–¿La magia te produce eso?

Allanon asintió.

–La magia toma vida de quien la usa; le absorbe fuerza e identidad. Parte de lo que se pierde puede recuperarse, pero la recuperación es lenta. Y dolorosa...

La frase se desvaneció inacabada. Ander sintió un escalofrío repentino.

–Allanon, ¿has perdido la magia?

La cabeza encapuchada se levantó.

–La magia no se pierde mientras vive su poseedor. Pero existen límites que no pueden superarse, y esos límites se estrechan con la edad. Todos envejecemos, príncipe.

–¿Tú también? –preguntó Ander en voz baja.

Los ojos negros estaban velados. Allanon cambió bruscamente de tema.

–¿Por qué has venido?

Ander tardó un momento en recomponer sus pensamientos.

–Vine a preguntarte la razón de que no ataquen los demonios.

El druida desvió la mirada.

–No lo hacen porque no están preparados todavía. –Se quedó en silencio durante un momento, luego volvió a mirarlo otra vez–. No te engañes; vendrán. Se retrasan, pero hay un objetivo en ese retraso. El que los conduce, aquel a quien llaman Dagda Mor, no hace nada sin motivo. –Se inclinó hacia delante–. Ten presente eso. El Dagda Mor no estaba entre los que nos atacaron ayer.

Ander frunció el entrecejo con preocupación.

–¿Dónde estaba entonces?

Allanon sacudió la cabeza.

–La pregunta que debemos hacernos es dónde está ahora. –Contempló a Ander por un momento, luego se arrebujó en su túnica negra–. He estado pensando que sería sensato enviar rastreadores al norte, más allá de las Kensrowe, y al sur, pasado el Innisbore, para asegurarnos de que los demonios no planean rodearnos.

Hubo un largo silencio.

–¿Son suficientes para hacer eso? –preguntó al fin Ander, pensando en los miles que los habían atacado en el Paso de Baen.

Allanon soltó una débil carcajada.

–Hay demonios de sobra. –El druida se dio la vuelta–. Déjame solo ahora, príncipe elfo.

Ander descendió de las Kensrowe lleno de dudas. Al llegar envió rastreadores, y la espera continuó. La mañana se transformó en tarde y la tarde en crepúsculo. Una densa masa de nubes avanzó por el cielo ya oscuro y las sombras se alargaron rápidamente al aproximarse la noche.

Los demonios siguieron sin aparecer.

Era casi media noche cuando llegaron. Fue de repente, tan de repente que los centinelas que estaban de guardia no tuvieron apenas tiempo de dar la alarma antes de que los primeros demonios cayeran sobre ellos. Llegaron por el Paso de Baen, en oleadas de cuerpos negros que surgían de la oscuridad de las montañas del norte hacia la luz de los fuegos del campamento. Una a una las hogueras se apagaron, sofocadas por los demonios que inundaban el paso y descendían por las laderas de las Kensrowe. Con las hogueras apagadas y el cielo nocturno ocluido por las nubes que habían llegado desde la Línea Quebrada, todo el Paso de Baen estaba sumido en la oscuridad. Era una oscuridad que los demonios conocían bien, a la que se habían acostumbrado durante el tiempo de su encierro

tras la Prohibición, una oscuridad que les sería de gran ayuda. Porque mientras que los elfos y los hombres del sur podían ver muy poco, los demonios tenían la visión clara del pleno día. Chillando con frenética ansiedad, atacaron.

A la entrada del paso, agrupada alrededor de Ander Elessedil y de la brillante estaca plateada de Ellcrys, una falange de elfos recibió la embestida. El choque hizo retroceder a los soldados, pero sin embargo mantuvieron las líneas. Cientos de cuerpos oscuros se lanzaron contra ellos, clavándoles sus uñas y sus dientes. Los elfos se defendieron con decisión, hostigando a ciegas con lanzas y picas a la masa de demonios que presionaba, y los gritos de dolor desgarraron la noche. Pero los demonios siguieron llegando, apareciendo entre los elfos, luchando para abrirse paso en sus defensas. Durante unos minutos, resistieron el asalto salvaje, conteniendo a las masas que se abalanzaban sobre ellos. Pero la oscuridad los confundía y entorpecía. Al final fueron desbordados. La falange empezó a ceder, retirándose de forma desordenada, quebrándose. En pocos segundos, los demonios consiguieron atravesarla.

Eso habría sido el final de no haber intervenido Allanon. Llegó a las laderas inferiores de las Kensrowe, donde los arqueros elfos luchaban en la oscuridad para contener a sus agresores, en una batalla perdida de antemano, tomó un poco de polvo brillante que guardaba en una bolsita atada a su cintura y lo arrojó al aire. Al instante, el polvo se extendió por el cielo nocturno sobre los elfos, llenando la oscuridad con un resplandor blanco que iluminó la tierra con luz de luna.

La oscuridad en que se refugiaban los demonios se disipó. Desde detrás de la falange rota se elevó un grito de ánimo. Por la brecha que ya había atravesado la gran masa de demonios entró Stee Jans y los hombres de los Cuerpos Libres de la Legión. Como una cuña de hierro, destruyeron las líneas frontales de los asaltantes. Menos de cuatrocientos jinetes aplastaron la horda y la hicieron retroceder hasta la entrada del Paso de Baen. La caballería de los elfos llegó en su ayuda al galope, guiados por Kael Pindanon, con la cabeza descubierta y su pelo blanco aleteando al viento. A lo largo de toda la quebrantada línea defensiva, las lanzas de los jinetes acometieron contra los demonios y los obligaron a retroceder.

Por las laderas de las Kensrowe, los demonios habían atravesado las filas de arqueros y se deslizaban hacia el Sarandanon. Allanon se enfrentó a ellos prácticamente solo, lanzando desde sus dedos el fuego azul. Llegaban hacia él de todas partes, aullando frenéticos mientras el fuego los abrasaba. El druida no cedió. Cuando fueron demasiados para él, envolvió las praderas que le rodeaban en un infierno de muerte, con una muralla de fuego azul que enloqueció a los demonios y destruyó a todo aquel que trató de cruzarla.

A unos cien metros de la entrada del Pasó de Baen, los elfos y los Cuerpos Libres luchaban desesperadamente para evitar que el cuerpo principal de los demonios llegara al Sarandanon. Fue una batalla terrible y terrorífica y el olor de la muerte llenó la noche estival. En el punto culminante, Kael Pindanon cayó al tropezar su caballo. El viejo guerrero se levantó tambaleándose, buscando torpemente su espadón. Al instante, los demonios cayeron sobre él aullando. Los rastreadores elfos trataron de abrirse paso hasta su acosado comandante, repartiendo sablazos y estocadas entre los demonios que se alzaban ante ellos. Pero éstos fueron muy rápidos. Sus manos acabadas en garras alcanzaron a Pindanon, esquivando los golpes de los elfos, y el viejo soldado fue despedazado hasta morir.

En ese momento, varios demonios escaparon del acoso de los guerreros que los rodeaban y se lanzaron hacia Ander Elessedil. Atravesaron el anillo de la Guardia Especial que luchaba a su alrededor, saltando como gatos, para arrojarse sobre el príncipe. En la desesperación alzó la estaca de Ellcrys como si fuese un escudo y los atacantes fueron repelidos gritando de rabia, pero Ander estaba solo ahora, rodeado por un montón de

figuras negras y retorcidas, que lo amenazaban con uñas y dientes, esperando la oportunidad de atravesar la protección del talismán. Los rastreadores elfos trataron de llegar hasta el príncipe, pero los demonios bloqueaban su paso, desgarrando a quienes se ponían a su alcance, sorteando salvajemente los golpes y sablazos de las lanzas y espadas. Los otros demonios se precipitaron en su ayuda, al ver que casi estaban a punto de atrapar al portador del abominable talismán. Las garras se extendían hacia él, amenazadoras.

Entonces entre la maraña de guerreros surgió un gigante, el fronterizo de rostro curtido con la capa gris manchada de sangre y polvo. Se lanzó hacia los demonios, abriéndose paso entre la masa de cuerpos con amplios bandazos de su espadón hasta situarse cerca de Ander. Los demonios profirieron gritos de rabia y se lanzaron contra él. Pero Stee Jans resistió como una roca inamovible, manteniendo alejados a los atacantes de Ander mientras llamaba a sus hombres. Éstos llegaron cabalgando para ayudarle, formando alrededor de él un círculo de hierro. Allí estaba de nuevo montado en su ruano y con la espada en alto. Los jinetes grises cargaron hacia delante, lanzando su grito de batalla en la noche.

Durante un momento, Ander no fue consciente de lo que había ocurrido. Después, a través del resplandor brumoso de la falsa luz de luna, distinguió a los hombres de los Cuerpos Libres con Stee Jans a la cabeza. Su cabello rojo aleteaba, una de su manos blandía el gran espadón y en la otra el estandarte de batalla de los Cuerpos Libres. Solos, un puñado contra cientos, los Cuerpos Libres atacaron. Entonces, el príncipe elfo agarró las riendas de un caballo sin jinete, lo montó, azuzó al animal y lo espoleó mientras llamaba a los suyos.

Los demonios resistieron durante un poco de tiempo, chillando con rabia y odio, agrediendo con sus garras a los humanos que se lanzaban contra ellos temerariamente. Pero el gran hombre del espadón y el estandarte de batalla de los Cuerpos Libres había infundido un nuevo coraje a los elfos, un coraje que los empujaba a afrontar la muerte sin miedo, a olvidarse de todo excepto de la determinación de destruir por completo a aquellos seres oscuros y deformes que se encontraban ante ellos. Los demonios vacilaron y retrocedieron, lentamente al principio, luego con precipitación, porque la furia generada en el ejército de elfos era mayor que la suya. Volvieron a escapar a las colinas del norte, trepando por las laderas de las Kensrowe, por las rocas y los despeñaderos del paso, huyendo hacia las sombras encubridoras de la noche.

En pocos momentos, el Paso de Baen quedó limpio y el Sarandanon de nuevo en manos de los elfos.

Ander Elessedil estaba sentado dentro de su tienda, desnudo hasta la cintura mientras unos elfos le curaban las heridas que le infligieran los demonios durante la batalla. Estaba sentado en silencio, con el cuerpo encorvado por la fatiga y el dolor. Los mensajeros llegaban y se iban, informando del avance del ejército que se preparaba para atrincherarse de nuevo frente a la entrada del Paso de Baen. La Guardia Especial rodeaba la tienda, y el metal de sus armas resplandecía bajo la luz de las hogueras del campamento.

El príncipe elfo estaba ya vendado y poniéndose la armadura, cuando las cortinas de entrada a la tienda se abrieron de pronto para dejar paso a la gigantesca figura de Stee Jans, manchado de polvo, cenizas y sangre. Los que estaban en el interior se quedaron en silencio. Ander los despidió a todos con una sola palabra. La tienda se vació y Ander avanzó hasta colocarse ante el fronterizo. Sin decir nada, estrechó la mano del enorme legionario.

–Nos has salvado esta noche, comandante –dijo en voz baja–. Es una deuda difícil de pagar.

Stee Jans lo observó durante un momento, luego movió la cabeza con lentitud.

–Alteza, nadie me debe nada. Soy un soldado. He hecho lo que debía hacer.

Ander sonrió cansadamente.

–Nunca me convencerás de eso. Sin embargo, te respeto y admiro demasiado para discutirlo. Me limito a agradecértelo. –Soltó la mano del hombre y dio un paso hacia atrás–. Kael Pindanon está muerto y debo encontrar un nuevo comandante de campo. Quiero que seas tú.

El fronterizo se quedó callado un momento.

–Alteza, yo no soy elfo ni pertenezco a este país.

–No hay ningún elfo que esté mejor preparado que tú para dirigir el ejército –replicó Ander de inmediato–. Y el plan para defender el Paso de Baen te pertenece.

Stee Jans no bajó los ojos.

–Algunos cuestionarán su decisión.

–Algunos cuestionarán cualquier decisión mía –Ander hizo un gesto de pesar–. Yo no soy mi padre ni mi hermano, ni el líder que ellos creían tener. Pero, de cualquier forma, la decisión me incumbe a mí y ya la he tomado. Quiero que tú seas el comandante de campo. ¿Aceptas?

El fronterizo reflexionó un largo rato antes de volver a hablar.

–Sí.

Ander sintió que parte de su cansancio desaparecía.

–Entonces empecemos.

Un súbito movimiento en las sombras cercanas a la entrada hizo que se volvieran sobresaltados. Allanon estaba allí, de pie, y en su rostro de acero se dibujaba una profunda preocupación.

–Los rastreadores enviados al norte y al sur del valle han vuelto. –El druida habló en voz baja, con palabras que parecían silbidos escapados de su boca–. Los que fueron al sur por el Innisbore no encontraron nada. Pero los que fueron al norte han visto un ejército de demonios tan enorme como para que se considere pequeño el que nos ha atacado en el Paso de Baen. Vienen hacia el sur por la vertiente oriental de las Kensrowe. Ya deben haber entrado en el Sarandanon.

Ander Elessedil miró al hombre alto, mientras la esperanza se desvanecía en sus ojos.

–Éste era su plan desde el comienzo, príncipe elfo –continuó Allanon–. Retenernos aquí con una fuerza menor, mientras otra mayor bordeaba las Kensrowe por el norte, para atrapar después al ejército de los elfos entre las dos. Si no hubieses enviado a esos rastreadores...

Dejó la frase inconclusa significativamente. Ander empezó a hablar pero se interrumpió, atragantándose con las palabras. De repente brotaron lágrimas de sus ojos, lágrimas de rabia y frustración.

–Todos los humanos que han muerto aquí, aquí y en la Cuenca de Halys... mi hermano, Pindanon... todos los muertos que el Sarandanon debe haberse cobrado... ¿No hay nada que podamos hacer?

–El ejército que viene desde el norte está formado por demonios cuyo poder excede a cualquier otro que se haya conocido. –La cabeza de Allanon se movía lentamente de un lado a otro–. Demasiado, me temo, para que logremos resistirlo. Demasiado. Si pretendes permanecer en el Sarandanon, si intentas aguantar más tiempo en el Paso de Baen o incluso retroceder a otra línea de defensa dentro del valle, seréis destruidos.

El rostro de Ander estaba desolado.

–Entonces el Sarandanon está perdido.

Allanon asintió. El príncipe elfo dudó, dirigiendo la mirada hacia el compartimento posterior de la tienda, donde el rey aún yacía inconsciente, ignorante, atrapado en un sueño profundo, ajeno al dolor y a la realidad a que se estaba enfrentando su angustiado hijo.

¡Perdido! ¡La Línea Quebrada, el Sarandanon, su familia, el ejército, todo! En su interior sintió que algo entrañable se desgarraba. La mano de Allanon le apretó el hombro. Sin volverse, asintió.

–Partiremos de inmediato.

Con la cabeza baja, salió de la tienda para dar las órdenes pertinentes.

# XXXIII

Wil Ohmsford encontró el Indomitun tan desolado y amenazante como lo describían las historias. Aunque el cielo de la tarde estaba iluminado por el sol cuando Amberle y él salieron de las Estribaciones Rocosas, el Indomitun era una maraña de sombras y lobreguez, separada del mundo por los árboles y matorrales que se enredaban y entrelazaban hasta formar un laberinto que parecía no tener principio ni fin. Los troncos, engrosados por el musgo, crecían nudosos y torcidos; las ramas se enrollaban como patas de arañas, estranguladas por las enredaderas y la maleza, cargadas de hojas espinosas que brillaban como si fueran de plata. La madera seca y las hojas caídas se acumulaban sobre la tierra del valle, descomponiéndose poco a poco en el suelo oscuro, produciendo una desagradable sensación de blandura esponjosa. El Indomitun, lleno de humedad putrefacta, daba la impresión de algo atrofiado y grotesco. Era como si la naturaleza hubiese frenado el desarrollo de la tierra, y de la vida que crecía en ella, encerrándola en sí misma, obligándola a respirar, comer y beber el hedor que despedía su propia muerte lenta.

El valense marchaba por un camino sinuoso del bosque, seguido de la joven elfina, atisbando cautelosamente la oscuridad que los rodeaba con ojos preocupados, escuchando los sonidos distantes de la vida que acechaba en su interior. El camino parecía un túnel, flanqueado por murallas de árboles, iluminado sólo por los débiles rayos de la luz del sol que se filtraban entre la maraña, para acariciar suavemente la tierra húmeda. No había pájaros; Wil lo advirtió en seguida. Los pájaros no vivirían en una oscuridad semejante mientras pudiesen volar bajo la luz del sol. No había ninguno de los animalillos que habitan en los bosques, ni siquiera las acostumbradas mariposas de colores brillantes. Allí sólo vivían seres adictos a la oscuridad, la noche y las sombras: murciélagos membranosos que olían a enfermedad; serpientes y depredadores escamosos que anidaban en estanques y lagunas malolientes y se alimentaban de sus sabandijas; felinos resbaladizos y veloces que se deslizaban furtivamente entre los árboles sobre las suaves almohadillas de sus patas. Una o dos veces sus sombras atravesaron el camino, y el valense y la elfina se detuvieron con prevención. Sin embargo, tan rápidamente como aparecían, volvían a desaparecer en la negrura, dejando a los humanos en el tétrico sendero desierto mirando al bosque con ansiedad y apresurando la marcha.

Cuando se habían adentrado en la penumbra, oyeron que algo enorme se movía abriéndose paso entre los árboles como si sólo fueran ramas frágiles, respirando ruidosamente en el silencio que reinaba en el bosque. Avanzaba en la semioscuridad, y no vio o no se preocupó por inquietar a las dos pequeñas criaturas que se habían quedado inmóviles en el sendero. Se alejó con lentitud deliberada. En el silencio que se produjo a continuación, el valense y la elfina huyeron corriendo.

En su camino a través del bosque encontraron pocos viajeros, todos a pie excepto uno que se mantenía con dificultad sobre un caballo tan delgado y consumido, que parecía más una aparición que un ser de carne y hueso. Los viajeros que pasaban solos o en parejas iban envueltos en sus capas y con la capucha echada y no les dedicaron ninguna clase de saludo. Sin embargo, bajo ellas, sus cabezas se volvían y los ojos se fijaban con el frío interés de los gatos, observando a los intrusos como para determinar su propósito. Helados por aquellas miradas, el hombre de la Tierra del Sur y la joven miraban hacia atrás por encima del hombro hasta que las figuras encapuchadas desaparecían.

Se aproximaba el anochecer, cuando al fin abandonaron la penumbra del bosque para entrar en el pueblo de Grimpen. Era difícil imaginar un lugar menos hospitalario. Situado en una hondonada, Grimpen era un conjunto destartalado de casas hechas de tablones de

madera, tan amontonadas que era imposible distinguir una de otra. Formaban un grupo ruinoso de tiendas y establos, posadas y tabernas. La llamativa pintura que las cubría estaba descascarillada y descolorida. Muchas se hallaban cerradas, con barras y cerrojos. En postes tambaleantes, o sobre las puertas, colgaban deslucidos letreros que anunciaban productos y precios bajo los nombres de los propietarios. Tras las ventanas y las entradas, ardían lámparas de aceite y alquitrán proyectando su luz amarillenta hacia las sombras de fuera, mientras la oscuridad se cernía sobre la hondonada.

En las posadas y tabernas de Grimpen se reunían sus habitantes, alrededor de las rústicas mesas y ante las barras hechas con tablones apoyados sobre barriles, enfrentados a los vasos de vino y las jarras de cerveza, hablando con voces fuertes y rudas, riendo de forma estridente. Caminaron sin rumbo de una casa a la siguiente, cruzándose con humanos de ojos duros, pertenecientes a todas las razas; algunos con trajes vistosos y otros con harapos, dejándose ver bajo el resplandor de las lámparas, o escabulléndose furtivamente por las callejuelas; muchos se tambaleaban y tropezaban a causa de la bebida. El dinero que cambiaba de manos con rapidez era frecuentemente producto de un robo o de un atraco. Frente a ellos, una figura estaba tendida junto al vano de una puerta, amodorrada por la borrachera, con las ropas desgarradas y su bolsa volcada y vacía. Más allá, otra figura andrajosa se encontraba tirada en un pasadizo oscuro, desangrándose por una herida en la garganta. Por todas partes merodeaban los perros, flacos y hambrientos, deslizándose entre las sombras como fantasmas.

Ladrones y asesinos, rameras y timadores, comerciando con la vida y la muerte y los placeres falsos. Wil Ohmsford sintió que se le erizaba el pelo de la nuca. El abuelo de Perk tenía razón.

Agarró con fuerza la mano de Amberle y siguieron el camino que zigzagueaba entre un laberinto de casas. ¿Qué podían hacer? Estaba claro que no era conveniente volver al bosque, siendo de noche. A Wil tampoco le gustaba la idea de quedarse en Grimpen, ¿pero qué otra opción tenían? Estaban cansados y hambrientos. Hacía días que no dormían en una cama ni tomaban comida caliente. Sin embargo, no era muy probable que lograsen obtener esas cosas allí. No tenían nada que ofrecer a cambio de un poco de comida y un alojamiento. Lo habían perdido todo en la huida desde el Pykon. El valense había planeado encontrar a alguien que les permitiese trabajar para obtener comida y una cama, pero lo que vio a su alrededor le sugirió que en Grimpen no vivía nadie con semejante disposición ni necesidad.

Un gnomo borracho se lanzó contra él y le cacheó la capa. Wil lo apartó de un empujón. El gnomo tropezó en la calle y se quedó tumbado, riendo tontamente. El valense lo observó con asombro, luego tomó a Amberle del brazo y ambos echaron a correr.

Había también otros problemas que afrontar cuando salieran de Grimpen, ¿qué camino deberían tomar? ¿Cómo iban a orientarse en la tierra salvaje que había más allá? Necesitaban desesperadamente alguien que los guiara, ¿pero en qué persona de Grimpen se podía confiar? Si se veían obligados a continuar sin ayuda, sería preciso que Wil usara las piedras élficas, o al menos lo intentase, para encontrar los túneles de Salvafuerte y el Fuego de Sangre. Pero, cuanto lo hiciera, atraería a los demonios hacia ellos. No obstante, sin la ayuda de las piedras élficas o de un guía, les sería imposible encontrar Salvafuerte, aunque contaran con un año para hacerlo en vez de con sólo varios días.

Wil se detuvo y contempló con impotencia las puertas y ventanas iluminadas de las casas del pueblo, las siluetas de quienes se movían en su interior, y la lontananza selvática y el cielo nocturno. Era un dilema imposible, y no tenía ni idea de cómo resolverlo.

–Wil –dijo Amberle tirándole del brazo–. Salgamos de esta calle.

El valense se volvió hacia ella y asintió. Lo primero era lo primero. Tenían que encontrar un sitio para pasar la noche; tenían que encontrar algo para comer. El resto

debería esperar.

Comenzó a andar de nuevo por la calle, llevando a Amberle de la mano, escrutando las posadas y tabernas de ambos lados. Habían recorrido unos cincuenta metros, cuando el valense divisó un pequeño albergue de dos pisos, apartado de los otros edificios, rodeado por un bosquecillo de pinos achaparrados. Las luces ardían al otro lado de las ventanas del primer piso, mientras que el segundo se encontraba a oscuras. Allí no se oían voces chillonas ni risotadas, y no estaba tan lleno de gente.

Wil se acercó hasta el patio frontal de la posada y atisbó a través de los rayados vidrios de las ventanas que daban a la sala principal. Todo parecía tranquilo. Levantó la vista. El letrero de la entrada indicaba que era la Posada de la Luz de la Vela. Dudó durante un largo rato, luego se decidió. Haciendo un gesto para tranquilizar a Amberle, que parecía estar más que indecisa, la condujo hasta la entrada. Las puertas de la posada estaban abiertas a la noche de verano.

–Cúbrete la cara con la capucha –le susurró de repente y, en respuesta a la mirada perpleja que ella le dirigió, le subió la capucha él mismo. Le dirigió una sonrisa disimulando su propia inseguridad, luego le cogió la mano con firmeza y atravesó la puerta.

La sala estaba velada por el humo de las lámparas de aceite y de las pipas. Frente a la entrada había una barra no muy larga, y un grupo de hombres y mujeres de miradas torvas estaba junto a ella, charlando entre sí y bebiendo cerveza. Varias mesas rodeadas de sillas y taburetes llenaban el fondo, algunas ocupadas por figuras cubiertas con capas que se inclinaban sobre sus bebidas y hablaban en voz baja. Varias puertas comunicaban aquella habitación con distintas partes de la casa y, a la izquierda, se iniciaba una escalera que ascendía hacia la oscuridad. El suelo estaba desgastado y astillado, y en los rincones del techo colgaban telarañas. Junto a la puerta, un viejo sabueso mordisqueaba con satisfacción un hueso con carne.

Wil guió a Amberle hasta el fondo de la sala, donde había una mesa sólo ocupada por una vela pequeña y gruesa que ardía sobre ella, y se sentaron. Algunas cabezas se alzaron o giraron a su paso, para volver luego a su posición inicial.

–¿Qué estamos haciendo aquí? –preguntó Amberle con ansiedad, esforzándose por mantener un tono de voz bajo para no ser oída por los otros.

Wil sacudió la cabeza.

–Ten paciencia.

Pocos momentos después, una mujer desmañada, de aspecto hostil y edad incierta se dirigió hacia ellos andando pesadamente, con una servilleta colgando sobre el brazo. Cuando estuvo cerca, Wil advirtió que cojeaba mucho. Le pareció que podía determinar la causa de aquella cojera, y una idea empezó a esbozarse en su mente.

–¿Algo de beber? –preguntó.

Wil le sonrió con amabilidad.

–Dos vasos de cerveza.

La mujer se alejó sin decir nada más, mientras Wil la observaba.

–No me gusta la cerveza –protestó Amberle–. ¿Qué estás haciendo?

–Mostrarme sociable. ¿Te has fijado cómo cojea la mujer?

La joven lo miró con sorpresa.

–¿Qué importancia puede tener eso?

Wil sonrió.

–Mucha. Observa y lo comprenderás.

Permanecieron en silencio hasta que la mujer volvió, llevando los vasos de cerveza. Los puso sobre la mesa y esperó, pasando su mano rolliza sobre su cabello grasiento y enmarañado.

–¿Algo más?

–¿Tienen algo para cenar? –quiso saber Wil, tomando un sorbo de cerveza. Amberle ni siquiera tocó la suya.

–Estofado, pan, queso, quizás algún pastel... hecho hoy mismo.

–Mmmm. Un día caluroso para hornear.

–Muy caluroso, y también desperdiciado. Nadie come.

Wil movió la cabeza, expresando comprensión.

–No debería permitirse que un esfuerzo semejante se pierda.

–La mayoría prefiere beber –comentó la pesada mujer con un resoplido–. Yo también, me imagino, si tuviera tiempo.

Wil sonrió.

–Comprendo. ¿Lleva sola la posada?

–Con mis hijos –dijo en un tono algo más afable y cruzando los brazos ante el pecho–. Mi marido se largó. Mis hijos me ayudan si no están borrachos o jugando a las cartas, lo que es raro. Me las arreglaría bien sola si no fuese por esta pierna. Se me agarrota. Me duele sin parar.

–¿Ha probado con el calor?

–Sí. Alivia un poco.

–¿Preparados de hierbas?

La mujer escupió.

–Inútil.

–Es un problema. ¿Cuánto tiempo lleva así?

–¡Buf! Años, creo. He perdido la cuenta; no me serviría de nada saberlo.

–Bueno. –Wil parecía pensativo–. La comida parece apetecible. Creo que la probaremos. Un plato para cada uno.

La propietaria de la Posada de la Luz de la Vela asintió y volvió a marcharse. Amberle se inclinó hacia delante de inmediato.

–¿Cómo piensas pagar esto? No tenemos dinero.

–Lo sé –contestó el valense, mirando a su alrededor.

Amberle daba la impresión de que iba a empezar a pegarle de un momento a otro.

–Prometiste que no volverías a actuar así. Prometiste que me explicarías lo que pensabas hacer antes de hacerlo, ¿recuerdas? La última vez que lo hiciste fue con los ladrones vagabundos, y casi nos costó la vida. Y esta gente parece mucho más peligrosa que ellos.

–Lo sé, lo sé, pero ya lo he decidido. Necesitamos comer y dormir, y aquí tenemos posibilidad de conseguir ambas cosas.

El rostro de la joven elfina se tensó entre las sombras de su capucha.

–No me gusta este sitio, Wil Ohmsford; no me gusta esta posada, ni esta ciudad, ni esta gente; nada. Podemos prescindir de la comida y de la cama.

Wil negó con la cabeza.

–Podemos, pero no lo haremos. Cállate, que viene.

La mujer llegó con la cena. Depositó ante ellos unos platos humeantes y, cuando estaba a punto de irse, Wil le habló.

–Espere un momento –dijo. La propietaria se volvió hacia ellos–. He estado pensando en su pierna. Quizá pueda ayudarle.

Ella lo miró con desconfianza.

–¿A qué te refieres?

Wil se encogió de hombros.

–Bueno, creo que puedo quitarle el dolor.

La mirada de desconfianza se intensificó.

–¿Por qué quieres hacer eso por mí? –dijo frunciendo el entrecejo.

Wil sonrió.

–Negocios. Dinero.

–No tengo mucho dinero.

–¿Y si hacemos un trato? Por el precio de la cerveza, la comida y el alojamiento de una noche, le quitaré el dolor. ¿Le parece bien?

–Bastante bien. –Su pesado cuerpo se dejó caer en la silla que estaba junto a él–. ¿Pero podrás hacerlo?

–Traiga una taza de té caliente y un trapo limpio, y ya veremos.

La mujer se levantó en seguida y se alejó con paso torpe hacia la cocina. Wil la siguió con la vista y una leve sonrisa en los labios. Amberle sacudió la cabeza.

–Espero que sepas lo que estás haciendo.

–Yo también. Empieza a comer ya, por si acaso.

Casi habían terminado la cena cuando la mujer volvió con el té y el trapo. Wil observó cómo pasaba ante los clientes reunidos alrededor de la barra. Unas cuantas cabezas se volvieron. Ocurriera lo que ocurriese, no deseaba atraer la atención de aquella gente. Levantó la mirada hacia la mujer y sonrió.

–Esto debe hacerse en privado. ¿Hay algún lugar donde podamos ir?

La mujer se encogió de hombros y los condujo, a través de una de las puertas, hasta entonces cerrada, a una salita amueblada con una sola mesa, una vela y seis taburetes. Encendió la vela y volvió a cerrar la puerta. Se sentaron los tres.

–¿Y ahora qué? –preguntó la mujer.

El valense tomó una hoja seca de una bolsa que llevaba en la cintura y la desmenuzó hasta convertirla en polvo, que echó en el té. Agitó la mezcla y se la entregó a la mujer.

–Bébalo. Le producirá un poco de sueño. Nada más.

La mujer examinó el brebaje durante un momento y luego se lo bebió. Cuando la taza quedó vacía, Wil la cogió e introdujo en ella otra hoja diferente y una pequeña porción de la cerveza de su vaso, que había llevado con él. Lo agitó lentamente hasta que la hoja se disolvió del todo. Al otro lado de la mesa, Amberle lo miraba con inquietud.

–Ponga la pierna sobre este taburete –ordenó Wil, colocando un taburete vacío ante la mujer, que obedientemente apoyó la pierna en él. Ahora súbase la falda.

La propietaria le dirigió una mirada interrogativa, como preguntándose cuáles eran sus intenciones. Luego se subió la falda hasta el muslo. En la pierna se destacaban los capilares y las venas, y estaba cubierta de manchas oscuras. Wil empapó la tela en la mezcla y comenzó a frotarla.

–Me hace cosquillas –dijo ella riendo tontamente. Wil sonrió de forma alentadora. Cuando el líquido se acabó, buscó en su bolsa y esta vez sacó un alfiler largo y plateado con la cabeza redonda. La mujer se inclinó hacia delante con un sobresalto.

–No vas a clavarme eso, ¿verdad? Wil asintió serenamente.

–No lo notará. Será sólo un toque. –La pasó lentamente por la llama de la vela que ardía en el centro de la mesa–. Ahora no se mueva –ordenó.

Despacio y con cuidado insertó el alfiler en la pierna de la mujer, justo por encima de la articulación de la rodilla, hasta que sólo asomó la cabeza redondeada. Lo dejó así durante un momento y luego lo retiró. La mujer hizo una mueca, cerró los ojos y luego volvió a abrirlos. Wil se acomodó en el taburete.

–Ya está –declaró, esperando que así fuese–. Levántese y camine.

La mujer lo miró con perplejidad durante un momento. Luego se bajó la falda indignada y se levantó. Con cautela, se alejó de la mesa, comprobando la reacción de su pierna enferma. Entonces se volvió bruscamente, esbozando una sonrisa amplia en su rostro rudo.

–¡Se ha ido! ¡El dolor se ha ido! ¡Por primera vez desde hace meses! –Reía con excitación–. No puedo creerlo. ¿Cómo lo hiciste?

–Magia –dijo Wil, sonriendo con satisfacción. Luego deseó no haber pronunciado esa palabra. Amberle le lanzó una mirada furiosa.

–Magia, ¿eh? –La mujer dio unos cuantos pasos más sacudiendo la cabeza–. Bueno si tú lo dices. Desde luego me siento mágica. No me duele nada.

–En realidad no fue magia... –comenzó de nuevo Wil, pero la mujer ya se dirigía hacia la puerta.

–Me siento tan bien que voy a invitar a todos a una ronda. –Abrió la puerta y la traspasó–. ¡Quiero ver sus caras cuando se lo diga!

–No, espere... –la llamó Wil, pero la puerta se cerró tras la mujer–. ¡Maldita sea! –murmuró, deseando a destiempo haberle hecho prometer que guardaría silencio respecto a lo ocurrido.

Amberle cruzó las manos con serenidad y lo miró.

–¿Cómo lo hiciste?

Él se encogió de hombros.

–Soy un curandero, ¿recuerdas? Los stors me enseñaron unas cuantas cosas sobre los dolores. –Se inclinó hacia delante de modo confidencial–. El problema sigue aún, el tratamiento no ha terminado.

–¡No ha terminado! –exclamó Amberle horrorizada.

Wil apoyó un dedo sobre los labios.

–El efecto es solo temporal. Mañana el dolor volverá, de modo que será mejor que ya nos hayamos ido.

–Wil, le has mentido a esa mujer –le reprochó la joven elfina–. Le dijiste que podías curarla.

–No, eso no fue lo que dije. Dije que podía quitarle el dolor. Una noche de alivio para ella, una noche de descanso y comida para nosotros. Un trato justo.

Amberle lo observó con expresión acusadora y no respondió.

Wil lanzó un suspiro.

–Por si te sirve de consuelo, te diré que el dolor no será tan fuerte como antes. Pero su estado es algo que ningún curandero puede sanar. Está relacionado con su forma de vida, su edad y su peso; un montón de cosas sobre las que no tengo ningún control. He hecho todo lo que me es factible por ella. ¿Puedes ser comprensiva, por favor?

–¿Puedes darle algo para cuando el dolor regrese?

El valense extendió las manos y cogió las de ella.

–Eres una buena persona, ¿lo sabías? Sí, podría darle algo para el dolor. Pero lo dejaremos para que lo encuentre después de que nos hayamos ido, si no te importa.

Un repentino clamor procedente del salón, le hizo levantarse, dirigirse a la puerta y abrirla un poco. Antes, la posada se encontraba casi vacía. Ahora estaba totalmente llena, y la gente seguía entrando de la calle, atraídos por la promesa de una invitación y por las payasadas de la propietaria, que se mostraba llena de júbilo por su inesperada curación.

–Es el momento de irnos –murmuró Wil y condujo a Amberle fuera de la habitación.

Apenas habían dado una docena de pasos, cuando la mujer los llamó a voces y se aproximó corriendo para detenerlos. Las cabezas se volvieron y los dedos señalaron a Wil. Demasiados para la tranquilidad del valense.

–¿Un vaso de cerveza también para vosotros? –ofreció la gruesa mujer. Dio una fuerte palmada a Wil en el hombro, que casi le hizo perder el equilibrio. El joven logró esbozar una débil sonrisa.

–Creo que deberíamos irnos a dormir. Hemos realizado un largo viaje y estamos muy cansados.

La mujer resopló.

–Quedaos y celebradlo. No tenéis que pagar. Beber lo que queráis.

Wil negó con la cabeza.

–Creo que será mejor que nos vayamos a dormir.

–¿Dormir? ¿Con todo este ruido? –La mujer se encogió de hombros–. Usad la habitación diez, arriba, siguiendo el pasillo. Está al fondo. Tal vez sea un poco más tranquila que las demás. –Se interrumpió–. ¿Estamos en paz? ¿No te debo nada más?

–Nada –le aseguró Wil, ansioso de marcharse.

La propietaria esbozó una amplia sonrisa.

–Bueno, te vendes barato, ¿sabes? Te hubiera pagado diez veces lo que me pediste por lo que has hecho. ¡Un par de horas sin dolor bien vale la cerveza, la comida y la cama! Tienes que ser listo, si pretendes llegar a alguna parte en este país. Harías bien en recordar este consejo. Es gratis.

Rió a carcajadas y volvió a la barra, dando por terminadas las invitaciones. Con tanta gente, podía ganar dinero. La mujer se apresuró a servir a los clientes, cogiendo sus monedas ansiosamente.

Wil tomó a Amberle por el brazo y la guió entre las mesas hasta la escalera, y después hacia arriba. Las miradas de los clientes los siguieron.

–Y tú que te preocupabas por ella –murmuró el valense cuando llegaron al pasillo del primer piso.

Amberle sonrió y no dijo nada.

# XXXIV

Habían dormido varias horas cuando oyeron los ruidos en la puerta de su habitación. Wil se despertó primero, incorporándose en la cama sobresaltado, atisbando en la oscuridad de la noche. Escuchó los ruidos que llegaban de fuera: pies que se arrastraban, susurros de voces, respiraciones pesadas. Pensó que no podían ser los demonios, pero el frío que sentía en su interior permaneció allí. La cerradura de la puerta crujió como si unas manos intentasen abrirla con sigilo.

Amberle también se despertó, y se sentó junto a él, con el rostro blanco entre las sombras de su largo cabello castaño. Wil se llevó un dedo a los labios.

–Espera aquí.

Se deslizó de la cama sin hacer ruido y se acercó a la puerta. Los crujidos de la cerradura continuaron, pero el valense había corrido el cerrojo y la habitación permanecía cerrada. Se inclinó hacia la puerta y escuchó. Las voces le llegaban bajas y apagadas.

–... cuidado, idiota... levántalo...

–¡Lo estoy levantando! ¡Apártate de la luz!

–... no pierdas tiempo; échala abajo... podemos de sobra.

–... no si usa la magia.

–El oro vale el riesgo...

¡Échala abajo! Las voces siguieron discutiendo, en susurros torpes de borrachos, mezclados con gruñidos y respiraciones fatigosas. El valense dedujo que había al menos media docena de hombres; ladrones y asesinos, seguramente, llevados hasta ellos por la lengua de algún ocioso que habría escuchado el relato de la curación milagrosa de la propietaria de la posada y no pudo resistir la tentación de adornarlo al volver a referirlo. Se apartó de la puerta y buscó a tientas la cama. La mano de Amberle le cogió el brazo.

–Tenemos que salir de aquí –musitó él.

La joven se bajó de la cama, sin hablar. Habían dormido vestidos y sólo tardaron un momento en ponerse la capa y las botas. Wil se acercó a una ventana situada en la parte posterior de la habitación y la abrió. Justo bajo ella el tejado de un porche descendía desde el muro. Su parte más baja debía de estar a unos tres metros del suelo. Volvió a buscar a Amberle y la llevó junto a la ventana.

–Sal –susurró, sujetándola del brazo.

En ese mismo instante, del otro lado de la puerta llegó una maldición, y un cuerpo pesado chocó contra ella, astillando las tablas. Los supuestos ladrones habían perdido la paciencia. Wil casi empujó a la joven por la ventana, volviendo la vista hacia atrás para comprobar si los intrusos habían conseguido entrar. Todavía no. La puerta aún resistía. En aquel momento recibió otro golpe. Esta vez el pestillo cedió. Varias figuras cubiertas con capas irrumpieron en la habitación, tropezando unas con otras, maldiciendo y protestando.

Wil no esperó a ver lo que ocurría después. Se subió a la ventana y salió al tejado del porche.

–¡Salta! –gritó a Amberle, que se encontraba agachada frente a él.

La joven se deslizó sobre el borde y se dejó caer hacia la tierra de abajo. Un momento después, Wil estaba a su lado. Sobre ellos, asomadas a la ventana, las figuras envueltas en capas chillaban furiosas. Wil arrastró a Amberle hasta las sombras del edificio, luego miró a su alrededor apresuradamente.

–¿Por dónde? –murmuró, confuso de repente.

Sin contestar a la pregunta, Amberle lo tomó de la mano y empezó a correr hasta el final de la pared, luego se precipitaron hacia el edificio más cercano. Los gritos de sus

perseguidores se intensificaron de repente, acompañados del ruido de las botas sobre el tejado del porche. El valense y la elfina corrieron silenciosamente al amparo de los edificios, deslizándose entre los transeúntes, atravesando callejones, y a lo largo de los muros hasta volver al extremo de la calle principal.

Los gritos continuaban tras ellos. Grimpen parecía haber despertado de repente. Las luces se encendían en los edificios oscuros que los rodeaban. Las voces se elevaban. Amberle iba a seguir por esa calle, pero Wil la retuvo apresuradamente. A menos de treinta metros, delante de la Posada de la Luz de la Vela, varias formas oscuras se desplegaron en abanico, examinando con cuidado las sombras que las rodeaban.

–Tenemos que volver atrás –susurró el valense.

Deshicieron el camino, siguiendo el muro hasta que llegaron al final. Sobre el fondo oscuro de los árboles, había una serie de cobertizos y establos. Wil vaciló. Si intentaban escapar por el bosque, se perderían sin remedio. Tenían que volver sobre sus pasos, rodeando los edificios hasta donde la calle principal giraba hacia el sur saliendo de Grimpen. Una vez fuera de la ciudad, probablemente ya no les perseguirían.

Avanzaron con cautela por la parte trasera de las casas. Los muros y las cercas los iban encerrando por todos lados y los barriles de basura obstruían su paso. Pero los gritos se habían calmado, y las casas de delante estaban a oscuras. En pocos minutos se verían libres de sus perseguidores.

Viraron por un estrecho callejón que pasaba por una fila de establos situados detrás de un almacén de alimentos. Los caballos relincharon suavemente al olerlos, coceando con impaciencia en sus casillas. Una pequeña pradera de pastos se extendía ante ellos, más allá de una fila de cobertizos.

Wil empezó a caminar junto a la cerca del prado con Amberle. No habían dado más que una docena de pasos cuando un chillido agudo sonó tras ellos. De las sombras del almacén de alimentos surgió una forma oscura agitando los brazos y lanzando gritos de alerta. Los gritos de respuesta llegaron de los edificios más próximos. Sorprendidos por haber sido tan repentinamente descubiertos, el valense y la joven tropezaron el uno con la otra en su precipitación por huir, y perdieron el equilibrio.

De inmediato, el perseguidor cayó sobre ellos, sacudiendo los brazos y golpeándolos con los puños salvajemente. Wil trató de contener al hombre, un tipo de escasa corpulencia que desprendía un fuerte olor a cerveza, al tiempo que Amberle se apartaba rodando. El valense agarró al atacante por la capa y, con un repentino impulso, lo lanzó de lado hacia la pradera. Se oyó un ruido fuerte cuando la cabeza del hombre golpeó la cerca.

Wil se levantó, gateando. Las luces del segundo piso del almacén de alimentos y de los edificios circundantes se encendieron. En la oscuridad que había tras él, las luces de las antorchas parpadeaban. Los gritos de los perseguidores surgieron de todas partes. El valense tomó a Amberle de la mano y juntos corrieron rodeando el prado hacia la línea de cobertizos. Allí volvieron a desviarse hacia la calle principal, siguiendo un estrecho callejón que pasaba entre dos edificios cerrados. El callejón estaba a oscuras y los dos corrían a ciegas. Wil delante. Ante ellos apareció la línea de tierra de la calle principal.

–¡Wil! –gritó Amberle, previniéndolo.

Demasiado tarde. Los ojos del valense no eran tan agudos como los de la elfina, y tropezó contra un montón de tablones que estaban en el callejón. Al caer chocó contra la pared de un edificio. El dolor estalló en su cabeza. Durante un momento perdió la conciencia del todo. Luego, de algún modo, logró ponerse en pie y avanzar desequilibrado y aturdido, oyendo la voz de Amberle como un débil zumbido. Se llevó la mano a la frente y la separó llena de sangre.

De repente notó que la joven elfina estaba a su lado, sujetándolo con fuerza por la cintura. Se apoyó en ella, obligándose a seguir hacia la luz distante de la calle. Sintió que

iba a perder el conocimiento de nuevo y trató de oponerse. Tenía que seguir adelante, tenía que mantenerse despierto. Amberle le hablaba con premura en su voz, pero él apenas podía entender las palabras. Se sentía como un imbécil. ¿Cómo había podido ocurrirle algo tan estúpido?

Salieron del callejón y entraron en las sombras de un porche. Lo atravesaron a tropezones, mientras la joven luchaba por mantenerlo en pie. La sangre resbaló hasta sus ojos, cegándolo aún más.

De repente oyó una exclamación de sorpresa que salió de la boca de Amberle. A través de la bruma que le impedía ver, distinguió una maraña de sombras en la oscuridad. Escuchó unas voces bajas y ásperas y un siseo de advertencia. Entonces Amberle desapareció y él sintió que lo levantaban. Unas manos fuertes los transportaron rápidamente a través de la oscuridad. Ante sus ojos nublados pasó un remolino de colores mezclado con una corriente de luces de antorcha. Luego lo metieron por la estrecha abertura en una tienda de lona. Una lámpara de aceite parpadeó a su lado. Sonaron voces, susurros cautelosos, y sintió que un trapo limpiaba la sangre de su rostro, y que unas manos se movían con eficacia para envolverlo en mantas y colocar una almohada bajo su cabeza.

Abrió los ojos lentamente. Se encontraba en el interior de una carreta de vivos colores, recubierta de tapices, abalorios y sedas brillantes. Se sorprendió. Conocía aquella carreta.

Entonces un rostro se inclinó sobre él, moreno y sensual, enmarcado por unos rizos de cabello negro. La sonrisa que le saludó fue deslumbrante.

–Te dije que volveríamos a encontrarnos, Wil Ohmsford.

Era Eretria.

# XXXV

Durante cinco días, el ejército de los elfos y los Cuerpos Libres de la Legión defendieron su ruta de regreso desde la Tierra del Oeste hasta Arbolon. A través del valle de Sarandanon, de los bosques densos y enmarañados, de los senderos forestales y los caminos transitados, retrocedieron de manera lenta y constante hacia el este, siempre perseguidos por las hordas de demonios. Marcharon de día y de noche sin descanso, y con frecuencia sin comer, porque las criaturas que los acosaban no dormían ni comían. No estando sometidos a las necesidades humanas, libres de las limitaciones humanas, los demonios iban tras ellos con un propósito inexorable, impulsados por su peculiar forma de locura. Como perros de presa, hostigaban al ejército que se retiraba, flagelando sus flancos, acometiendo contra él de vez en cuando en asaltos totales, esforzándose por apartarlo de su camino, por paralizarlo, por destruirlo. El ataque fue constante, y los elfos y sus aliados, ya cansados por la batalla en el Paso de Baen, pronto quedaron exhaustos por completo. Con el agotamiento llegó la desesperación y, tras ella, el miedo.

Ander Elessedil fue víctima de ese miedo. Para el príncipe de los elfos se inició con una sensación de fracaso. Los muertos, las derrotas de los últimos días y las perdidas esperanzas de los elfos le atormentaban. Sin embargo, eso no era lo más grave. Porque mientras el ejército acosado se retiraba hacia el este y sus componentes continuaban muriendo a su alrededor, Ander empezó a comprender que ninguno de ellos podría sobrevivir a la larga marcha, que todos morirían. De esa comprensión nació el miedo que se convirtió en su propio demonio; sin rostro, insidioso, acechando en la sombra de sus decisiones. Jefe de los elfos, le decía con perversidad, ¿qué vas a hacer para salvarlos? ¿Tan impotente eres? Muchos se han perdido, pero, ¿y si se pierden también todos los que quedan? Lo provocaba y lo atormentaba, amenazándolo en convertir su debilitada voluntad en desesperación absoluta. Ni siquiera la presencia de Allanon le ayudaba, porque el druida se mantenía distante y apartado mientras cabalgaba junto a él, encerrado en su mundo de oscuros secretos. De modo que Ander tenía que luchar contra su miedo solo, en el silencioso interior de su mente, concentrando todas sus fuerzas en esa lucha mientras, lentamente, conducía a sus soldados hacia Arbolon.

Al final, fue Stee Jans quien los salvó a todos. En el momento en que el fracaso y la desesperación parecían insuperables, el gigante fronterizo mostró la tenacidad, la resistencia y el valor que había creado la leyenda del Hombre de Hierro. Reuniendo una retaguardia de elfos y de Cuerpos Libres, emprendió la defensa de la columna principal del ejército que transportaba los muertos y heridos al abrigo de la noche. En una serie de embates y fintas, el comandante de la Legión hostigó a sus perseguidores, atrayéndolos hacia él, primero por un camino, luego por otro, utilizando la misma táctica que le había dado éxito en el Paso de Baen. Una y otra vez los demonios se acercaron a él, recorriendo primero el valle del Sarandanon, luego los bosques de más allá. Una y otra vez intentaron atrapar a los jinetes de la Legión y a la rápida caballería de los elfos, siempre para llegar con un momento de retraso, encontrando una pradera vacía, un paso sin salida, una hondonada en sombras o un camino que giraba sobre sí mismo. Con una destreza que desconcertaba y enloquecía a los demonios, Stee Jans y los jinetes que lo seguían jugaban a un perverso juego del ratón y el gato que parecía situarlos en todas partes al mismo tiempo, y sin embargo siempre lejos del cuerpo principal del ejército que se retiraba hacia la seguridad de Arbolon.

La furia y la frustración de los demonios fue en aumento. Mientras las noches sucedían a los días y los días a las noches, la persecución se hacía más frenética. Estos

demonios eran distintos de las criaturas oscuras y enjutas que habían surgido de las montañas del norte del Paso de Baen para invadir el Sarandanon. Éstos eran demonios que habían llegado al este desde las Kensrowe, más peligrosos que sus hermanos menores, con poderes que ningún humano corriente podía resistir. Algunos tenían un tamaño monstruoso, con tremendos músculos y corazas protectoras. Eran criaturas que destruían por instinto. Otros, pequeños y ligeros, mataban con un simple toque. Unos eran lentos y pesados y otros escurridizos, y surgían de los bosques como fantasmas. Algunos tenían múltiples patas y otros carecían de miembros. Algunos poseían el aliento de fuego de los dragones de la antigüedad y otros comían carne humana. Por donde pasaban, la tierra de los elfos quedaba negra y chamuscada, tan asolada que nada podía vivir allí. Sin embargo los elfos continuaron manteniéndose fuera de su alcance.

La caza siguió. Los rastreadores elfos y los soldados de los Cuerpos Libres luchaban juntos en un intento desesperado de retrasar el avance de los demonios, viendo cómo sus propias fuerzas se reducían continuamente por el acoso de los perseguidores. Sin Stee Jans, habrían sido aniquilados. Incluso con él, cientos cayeron heridos y muertos en el camino, vencidos en una terrible lucha por evitar que la larga retirada se convirtiese en un desastre absoluto. El comandante de la Legión mantuvo siempre la misma táctica. La fuerza de los demonios impedía que el ejército de los elfos hiciera un alto antes de llegar a Arbolon. Por eso la retaguardia continuó atacando y escapando, siempre para volver a atacar. Y en cada ataque morían algunos jinetes.

Al fin, la tarde del quinto día, el ejército maltrecho y exhausto llegó a las orillas del río Song. Con un grito desgarrado lo cruzaron para entrar en Arbolon. Entonces descubrieron el precio que habían pagado. Una tercera parte de los elfos que salieron hacia el Sarandanon habían muerto. Cientos estaban heridos. De los seiscientos soldados de los Cuerpos Libres de la Legión que los acompañaron, solo uno de cada tres seguía vivo.

Y los demonios continuaban avanzando.

La oscuridad cayó sobre la ciudad de Arbolon. El día había ido enfriándose en sus últimas horas, y un grupo de densas nubes de tormenta se desplazaba hacia el este desde las planicies, ocultando la luna y las estrellas y llenando el aire nocturno de olor a lluvia. Las lámparas empezaron a encenderse en los hogares de la ciudad mientras familias y amigos se reunían para la cena. En las calles y en los caminos forestales, las unidades de la Guardia Especial comenzaron su vigilancia nocturna, deslizándose entre las sombras en un silencio inquieto. En la cumbre del Carolan, sobre el Elfitch y a lo largo de la orilla oriental del río Song, se hallaban preparados los soldados del ejército de los elfos, mirando más allá de los candeleros de hierro llenos de alquitrán ardiente hacia la oscuridad del bosque. Entre los árboles nada se movía.

En las cámaras de Consejo Supremo de los Elfos, Ander Elessedil se presentó por primera vez desde su vuelta del Sarandanon ante los ministros del rey, los comandantes del ejército y unos cuantos extranjeros que habían llegado para ayudar a los elfos en su lucha contra los demonios. Atravesó las pesadas puertas de madera, llevando la estaca plateada de Ellcrys en la mano derecha. El polvo, el sudor y la sangre cubrían al príncipe que, aunque se había permitido dormir unas horas, le había faltado tiempo para asearse, puesto que debía comparecer lo antes posible ante el Consejo. Junto a él avanzaba Allanon, alto, negro y amenazante, con su sombra alargándose sobre los muros de la cámara, y Stee Jans, con las armas aún sobre sí, con sus ojos color avellana fríos como la muerte.

En las sillas de altos respaldos situadas alrededor de la mesa del Consejo, en los asientos de la galería y en los contraescalones del extremo del estrado de los reyes, todos los reunidos se levantaron en el acto. Una avalancha de susurros y murmullos llenó la sala, y las preguntas empezaron a expresarse en voz alta. Todos trataban de hacerse oír. En la

cabecera de la mesa, Emer Chios dio un puñetazo sobre la superficie de madera y el silencio se hizo de nuevo.

–Sentaos –ordenó el primer ministro.

Murmurando, los miembros de la asamblea le obedecieron. Ander esperó un momento, luego se adelantó un paso. Conocía las reglas del Consejo Supremo. Cuando el rey se encontraba incapacitado, presidía el primer ministro. Emer Chios era un humano poderoso y respetado, y aún más en una situación como aquella. Ander se presentaba ante el Consejo con un propósito muy concreto, y para lograr ese propósito necesitaría el apoyo de Chios. Estaba cansado y lleno de ansiedad, pero era necesario que se tomase tiempo para tratar los asuntos del modo adecuado.

–Primer ministro –dijo–. Desearía dirigirme al Consejo.

Emer Chios asintió.

–Hazlo entonces, alteza.

Lentamente, con algún titubeo, puesto que no tenía la capacidad oratoria de su padre o su hermano, Ander relató todo lo sucedido desde que el ejército de los elfos salió hacia el Sarandanon. Habló de la forma en que fue herido el rey y de la muerte de Arion. Describió las batallas y las derrotas en la Línea Quebrada, la retirada y la gallarda resistencia mantenida en el Paso de Baen y la marcha final de la retirada a través del Sarandanon y de los bosques de la Tierra del Oeste hacia Arbolon. Les habló del valor de los Cuerpos Libres de la Legión, de como Stee Jans asumió el mando cuando Pindanon cayó. Describió detalladamente cómo era el enemigo al que se enfrentaban: su tamaño, forma, furia y poder. Los demonios, advirtió, se dirigían ahora hacia Arbolon, para exterminar a todo el pueblo de los elfos, para devastar la ciudad y recuperar la tierra que perdieron siglos antes. Les esperaba una batalla en la cual unos u otros, elfos o demonios, serían destruidos.

Al hablar, estudió los rostros de los que le escuchaban, buscando en sus ojos y en sus expresiones algo que le indicara la opinión que le merecían sus acciones desde la pérdida del rey y de su heredero. Aceptaba ahora que su padre podía morir y que, en ese caso, se convertiría en rey. Sabía que el Consejo Supremo y el pueblo de los elfos tendrían que aceptarlo también. Admitir aquello había sido difícil para Ander, ya que antes de la batalla en la Cuenca de Halys la posibilidad de que ocurriese era muy remota y porque no quería creer que había perdido a su padre y a su hermano. Pero su padre estaba postrado en el lecho de su mansión, sin experimentar ninguna clase de mejoría.

Mientras duró la batalla en el Paso de Baen y durante la larga marcha de retirada, Ander Elessedil había estado esperando que su padre recobrara el conocimiento, negándose a considerar otra posibilidad. Pero el rey no lo había recuperado, y pocas esperanzas quedaban de que lo hiciera. El príncipe elfo llegó a comprenderlo, a aceptarlo, y por esa razón miraba más allá, hacia lo que ocurriría después.

–Caballeros elfos –concluyó con voz cansada–. Soy hijo de mi padre y sé lo que se espera de un príncipe de los elfos. El ejército ha llegado del Sarandanon y ahora debe resistir aquí. Yo tengo intención de resistir con él. Tengo intención de ponerme al frente de él. No lo haría si de algún modo pudiera evitarse ese momento, si todo lo ocurrido en las últimas semanas pudiera ser borrado de la historia de nuestras vidas. Pero eso no es posible. Si mi padre estuviese aquí le apoyaríais por unanimidad, lo sé. Yo debo ocupar ahora el lugar de mi padre y os pido que me prestéis vuestro apoyo, porque yo soy el último que lleva su sangre. Esos humanos que lucharon conmigo me han dado su apoyo. También busco el vuestro. Prestádmelo, caballeros.

Esperó. Sabía que no necesitaba haber pedido su apoyo. Tenía el poder de gobierno de los Elessedil, y pocos se atreverían a desafiarlo. Podía haberle dicho a Allanon que hablase por él; la voz del druida habría silenciado cualquier oposición. Sin embargo, no deseaba que nadie interviniera, ni tampoco dar nada por hecho. Debía ganar el apoyo del

Consejo Supremo y de los extranjeros que habían llegado a prestar su ayuda por los méritos que vieran en él; no por el miedo ni por una proclamación de derechos que no se basaran en la fuerza de carácter que había demostrado dirigiendo al ejército de los elfos desde la caída de su padre.

Emer Chios se puso de pie. Sus ojos oscuros recorrieron con rapidez los rostros de los reunidos allí. Luego se volvió hacia Ander.

–Alteza –dijo con voz profunda–. Todos los que están presentes en este Consejo saben que yo no sigo a ningún humano ciegamente, aunque tenga sangre real y sea hijo de reyes. He dicho repetidas veces y en público que confío en el juicio de mi pueblo más que en el de cualquier persona, aunque sea el rey de todo el mundo conocido. –Dirigió una mirada a su alrededor–. Sin embargo soy un ministro fiel de Eventine Elessedil y un gran admirador suyo. Él es un rey, caballeros, tal como se entiende que debe ser un rey. Desearía que se encontrase aquí para guiarnos en este momento tan difícil. Pero no está. Su hijo se ofrece en su lugar. Conozco a Ander Elessedil. Creo que lo conozco bien. Lo he escuchado, lo he juzgado por sus palabras y por sus actos y por lo que ha demostrado que es. Puedo decir que, en ausencia del rey, no hay ningún humano en quien confiaría de mejor gana la seguridad de mi patria y de mi vida.

Hizo una pausa, luego apoyó cuidadosamente la mano derecha sobre su corazón: la señal de lealtad de los elfos. Hubo un momento de silencio. Tras éste, los demás se pusieron de pie, unos cuantos primero, luego todos, con las manos apoyadas sobre sus corazones y mirando al príncipe. Los comandantes del ejército de los elfos también dieron un paso al frente: Ehlron Tay, de rostro duro y fanfarrón, que tras la muerte de Pindanon, ocupaba el puesto más alto en la jerarquía; Kobold, el alto capitán impecablemente vestido de la Guardia Negra; y Kerrin, jefe de la Guardia Especial. En pocos momentos, todos los elfos que estaban reunidos en el Consejo Supremo se encontraban de pie mirando hacia el príncipe, con las manos alzadas como saludo.

Al lado de Ander Elessedil, una figura oscura se inclinó para hablarle.

–Ahora te seguirán, príncipe elfo –dijo Allanon suavemente.

Ander asintió. Casi lamentaba que fuera así.

Después hablaron de la defensa de Arbolon.

Los preparativos comenzaron en el momento en que el ejército de los elfos partió hacia el Sarandanon dos semanas antes. Emer Chios, como gobernante de la ciudad en ausencia del rey, había convocado al Consejo Supremo y a los comandantes del ejército que no acompañaron al rey, para decidir qué pasos debían darse para proteger Arbolon en caso de que los demonios atravesaran el Sarandanon. Se establecieron una serie de medidas defensivas cuidadosamente planeadas. El primer ministro las revisó ahora con Ander.

Había dos accesos posibles a la ciudad: desde el este, por los caminos que atravesaban el valle de Rhenn y los bosques que se extendían tras él, y desde el oeste, por el Sarandanon. Al sur y al norte de Arbolon habían montañas que impedían el paso; picos altos que encerraban los bosques de las tierras bajas y circundaban el Carolan con un muro de roca. Allanon había advertido que la Prohibición se quebraría por las Planicies de Hoare. Eso significaba que los demonios se dirigirían hacia el este a través del Sarandanon, y a no ser que se desviasen al norte o al sur para rodear las montañas que protegían Arbolon, una marcha que les haría perder varios días, el ataque a la capital de los elfos provendría del oeste.

Sin embargo era allí donde los elfos tenían las mejores defensas. Dos barreras naturales se opondrían a los demonios. La primera, el río Song, no muy ancho en el lugar en que se desviaba hacia el este bajo el Carolan, pero profundo y de difícil navegación incluso en las mejores condiciones climatológicas. La segunda era el propio risco, una

escarpada roca que se elevaba más de ciento veinte metros hasta su cima, con su cara de piedra llena de grietas profundas y cubierta de arbustos y densos matorrales. Sólo un puente cruzaba el río Song bajo el Carolan en un punto donde el cauce se estrechaba. No había ningún bajío en muchos kilómetros en ambas direcciones. El Elfitch proporcionaba la principal ruta de acceso hacia el Carolan, aunque una serie de escaleras menores ascendían sinuosamente a través de las partes arboladas del risco más al sur.

La defensa de Arbolon dependía pues del río y del risco. Se había decidido que el puente que cruzaba el Song sería destruido de inmediato tras el regreso del ejército elfo. Se hizo como estaba planeado, y se cortó el último enlace entre Arbolon y el Sarandanon. En la orilla este instalaron cientos de antorchas para que proporcionaran la iluminación necesaria en caso de un intento de invasión nocturna, y construyeron un reducto de piedra casi al borde del río Song, que se extendía varios cientos de metros a lo largo de la ribera en la base del risco y se arqueaba hacia atrás, adentrándose en la superficie rocosa en cada lado del Elfitch. La ribera este, desde el río hasta el risco alcanzaba los doscientos metros, la mayor parte de ellos cubiertos de árboles, arbustos y matorrales. Allí instalaron los elfos decenas de trampas y fosos ocultos para atrapar a los demonios que intentaran flanquear el reducto.

Pero el Elfitch proporcionaba la principal defensa a Arbolon. Todas las pequeñas escaleras que conducían hacia la gran meseta del Carolan habían sido destruidas. Todo lo que quedaba era el Elfitch: siete rampas de bloques de piedra y puertas revestidas de hierro que ascendían desde la base del promontorio. Cada puerta estaba protegida por almenas para impedir el paso hacia las puertas y rampas superiores. Cada puerta y cada rampa estaban a una cierta distancia de la de abajo y, a medida que el Elfitch se elevaba hacia las alturas, iba girando en espiral en una serie de vueltas continuas que permitían la defensa de las rampas y puertas inferiores mediante arcos y flechas. En tiempos de paz, las puertas de las siete rampas permanecían abiertas, las almenas quedaban con una guardia simbólica, y la piedra antigua se llenaba de floridas enredaderas. Pero ahora, tras la retirada del ejército desde el Sarandanon, sobre las defensas asomaban lanzas y picas y las puertas se hallaban cerradas y aseguradas.

En la cumbre del Carolan no se construyeron defensas. La meseta se extendía hacia el bosque en una llanura amplia y ondulante salpicada de árboles, cabañas aisladas y el recinto solitario de los Jardines de la Vida. En el este, en los límites del bosque, se encontraba Arbolon. Si los demonios lograban llegar hasta el Carolan, las posibilidades de defensa de los elfos serían pocas. Si quedaba el suficiente número de ellos podrían resistir sobre la planicie e intentar lanzar a los invasores por el borde del risco. Si fracasaban en eso, se verían obligados a retroceder por el valle de Rhenn, y allí luchar una última batalla o aceptar que los expulsaran definitivamente de la tierra del Oeste.

Chios hizo una pausa en su informe.

–Desde luego si rodean las montañas y entran por el este... –empezó.

Allanon le interrumpió.

–No lo harán. El tiempo es muy importante ahora. Vendrán por el oeste.

Ander dirigió a Stee Jans una mirada interrogativa, pero el comandante de los Cuerpos Libres se limitó a encogerse de hombros. Luego se volvió hacia Emer Chios.

–¿Qué otras noticias hay, primer ministro?

–Noticias dispares, me temo, respecto a nuestras peticiones de ayuda a las otras tierras. Callahorn ha enviado doscientos cincuenta caballos más de la Guardia Tradicional, el ejército regular de la Legión. Existe una vaga promesa de que incrementaran su ayuda, aunque ninguna indicación de cuando podemos esperarla. Nuestros mensajeros informan que los miembros del Consejo de las Ciudades todavía no han sido capaces de resolver sus diferencias en cuanto a la implicación de Callahorn en esta «guerra de los elfos», y el rey

ha preferido no intervenir. Parece que el envío del destacamento de la Guardia Tradicional fue otra solución de compromiso. El tema está aún en debate, pero no sabemos nada más.

Tal como Stee Jans había anunciado, pensó sombríamente Ander.

–La Federación ha enviado también un mensaje, alteza. –La sonrisa de Chios era amarga–. Un mensaje breve y conciso, he de añadir. La política de la Federación es no implicarse en los asuntos de otras tierras y otras razas. Si el problema llega a afectar a la soberanía de sus propios estados, la Federación actuará. Tal como están las cosas en este momento, no parece ser el caso. Por tanto, hasta que la situación no cambie, no llegará ninguna ayuda de ellos. –Se encogió de hombros–. No era del todo inesperado.

–¿Y el Kershalt? –preguntó Ander de inmediato–. ¿Qué hay de los trolls?

Chios hizo un gesto ambiguo.

–Nada. Me tomé la libertad de enviar otro mensaje.

Ander movió la cabeza en señal de aprobación.

–¿Y los enanos?

–Estamos aquí –contestó una voz ronca–. Algunos, al menos.

Un enano barbudo y corpulento se abrió paso hacia los humanos reunidos alrededor de la mesa del Consejo. Unos ojos azules parpadearon en un rostro curtido y bronceado por el sol, y un par de manos nudosas se agarraron al borde de la mesa.

–Druida. –El enano saludó con la cabeza a Allanon, luego se volvió hacia Ander–. Mi nombre es Browork, anciano y ciudadano de Culhaven. He traído unos cien zapadores para el servicio de los Elessedil. Puede agradecérselo al druida. Nos encontró hace semanas trabajando en el puente que cruza el río de Plata y nos avisó del peligro. Allanon es conocido por los enanos, por tanto no se le hizo ninguna pregunta. Enviamos aviso a Culhaven y salimos hacia aquí. Una dura marcha de diez días. Pero aquí estamos.

Extendió una mano y Ander la estrechó con calor.

–¿Qué hay de los otros, Browork? –preguntó Allanon.

El enano hizo un gesto paciente.

–Vienen hacia aquí, supongo. Al final de la semana contaréis con un ejército de varios miles. –Miró a Allanon frunciendo el entrecejo–. Mientras tanto nos tienes a nosotros, druida, y eres afortunado por tenernos. Nadie excepto los zapadores podía haber levantado esa rampa.

–El Elfitch –aclaró rápidamente Chios al perplejo Ander–. Browork y los zapadores han trabajado con nosotros en las defensas. Mientras estudiábamos el Elfitch, él vio que era posible cortar la quinta rampa para derribarla.

–Un juego de niños. –Browork rechazó el cumplido con un movimiento de la mano–. Socavamos los bloques de piedra, quitamos los soportes secundarios, luego dividimos los primarios con cuñas de hierro unidas a cadenas. Escondimos las cadenas entre unos matorrales bajo la rampa, las llevamos hasta arriba y las unimos a un sistema de poleas. Si los demonios llegan a la quinta rampa, se tira de las cadenas, salen las cuñas, y toda la rampa se derrumba. Muy sencillo.

–Muy sencillo si se tienen los conocimientos de ingeniería de un enano zapador. –Ander sonrió–. Muy bien, Browork. Nos seréis de gran ayuda.

–Hay otros aquí que también serán de gran ayuda –dijo Allanon apoyando la mano en el hombro de Ander y señalando hacia el extremo más alejado de la mesa del Consejo.

El príncipe se volvió. Un elfo vestido totalmente de cuero dio un paso al frente y apoyó la mano sobre el corazón indicando su lealtad.

–Dayn, alteza –dijo en voz baja–. Soy un jinete alado.

–¿Un jinete alado? –Ander contempló al elfo con sorpresa. Había oído contar a su padre historias de personas que se llamaban elfos aéreos; historias casi olvidadas por la mayoría, puesto que ningún jinete alado había aparecido por Arbolon en los últimos cien

años–. ¿Cuántos sois? –preguntó al fin.

–Cinco –replicó Dayn–. Habrían venido más a no ser por el miedo de que los demonios ataquen el Ala Alzada, nuestra ciudad. Mi padre nos envió. Todos pertenecemos a la misma familia. Mi padre se llama Herrol. –Hizo una pausa y miró a Allanon–. Hace tiempo, el druida y él eran amigos.

–Aún lo somos, jinete alado –dijo Allanon. Dayn recibió la afirmación del druida con un asentimiento de cabeza, luego se volvió otra vez hacia Ander.

–El sentimiento de amistad de mi padre hacia los elfos terrestres es más fuerte que el de la mayoría de sus compatriotas, alteza, porque la mayoría ya ha roto todos los lazos con las costumbres y reglas antiguas. Y mi padre sabe que Allanon apoya a los Elessedil, y lo considera importante. Por eso nos envió. Le gustaría poder haber venido personalmente, pero se lo impidió la ausencia de su ruc Genewen, con el que se entrena ahora el hijo de mi hermano para convertirse un día también en jinete alado. No obstante, los que estamos aquí tal vez podamos ayudar. Podemos volar por todo el cielo de la Tierra del Oeste, si es necesario. Podemos buscar a los demonios que amenazan e informar de todos sus movimientos. Podemos espiar sus fuerzas y sus puntos débiles. Todo eso es lo mínimo que podemos ofrecer.

–Lo aceptamos agradecidos, Dayn. –Ander devolvió el saludo al jinete alado–. Sed bienvenidos.

Dayn hizo una reverencia y retrocedió. El príncipe volvió a mirar a Chios.

–¿Alguien más ha venido para apoyarnos, primer ministro?

Chios negó con la cabeza lentamente.

–No, alteza. Eso es todo.

Ander asintió.

–Entonces eso será suficiente.

Hizo un gesto a todos para que se sentaran con él en la mesa del Consejo y a continuación tuvo lugar una discusión general sobre temas como la situación de los soldados, la distribución de las armas, las tácticas de batalla y las medidas defensivas adicionales. Se escucharon los informes de Ehlron Tay sobre los rastreadores elfos del ejército regular, de Kerrin sobre la Guardia Especial y de Kobold sobre la Guardia Negra. Browork prestó su asesoramiento a la eficacia estructural de las defensas élficas, y Stee Jans fue consultado sobre la estrategia de las hordas de demonios. Incluso Dayn habló brevemente de las capacidades de vuelo de los rucs y su empleo en un combate aéreo.

El tiempo transcurrió rápidamente y la noche fue pasando. Ander estaba cada vez más aturdido por el cansancio y su mente empezó a divagar. Estaba sumido en una de sus divagaciones cuando un tremendo estrépito le hizo saltar en su asiento al tiempo que las puertas de la sala se abrían violentamente y aparecía un desgreñado Gael flanqueado por dos guardias de cámara. Sin aliento, el pequeño elfo entró y se dejó caer de rodillas ante Ander.

–¡Alteza! –dijo jadeando, con el rostro sofocado por la excitación–. ¡Alteza, el rey ha despertado!

Ander lo miró atónito.

–¿Despertado?

Se puso en pie y salió precipitadamente de la cámara.

Mientras dormía, Eventine Elessedil se había sentido como si estuviese flotando en la oscuridad cubierto por hilos de telaraña que envolvían su cuerpo como una leve manta. Uno a uno, sintió los hilos que lo envolvían, que lo rodeaban, que se adherían a él. El tiempo y el espacio no eran nada; sólo existía la oscuridad y la trama de hilos. Al principio fue una sensación cálida y agradable, parecida a la de un niño al ser abrazado por su madre,

llena de bienestar y amor. Pero luego el abrazo pareció estrecharse y empezó a sentir ahogo. Trató con desesperación de liberarse y descubrió que no podía. Empezó a sumergirse en la negrura. Girando lentamente, la manta era como un sudario y él ya no era una criatura de la vida sino de la muerte. Aterrorizado, se revolvió en su prisión de seda, arañando y rompiendo la tela hasta que, con un repentino impulso, se liberó.

Sus ojos se abrieron. La luz le cegó por un momento, Parpadeó, desorientado y confuso, luchando por descubrir dónde estaba y qué estaba haciendo. Luego los contornos de una habitación empezaron a tomar forma, y reconoció el olor de las lámparas de aceite y el tacto de las sábanas de algodón y las mantas de lana que lo tapaban. Todo lo ocurrido momentos antes de que se durmiera le llegó como un torrente. Las imágenes se entrecruzaban de forma enloquecida e inconexa: la Línea Quebrada, la Cuenca de Halys, los demonios atacando desde la neblina, las filas de arqueros, lanceros y piqueros elfos que se extendían bajo él, los gritos de dolor y muerte, las formas oscuras que se lanzaban hacia él a través de un muro de fuego azul... Allanon, Ander, las armas relucientes, y luego un golpe repentino...

Se estremeció violentamente bajo las sábanas, y el sudor bañó su cuerpo. La habitación se definió de pronto ante sus ojos: era su dormitorio de la mansión de Arbolon, y había una figura que avanzaba hacia él.

–¿Majestad? –La voz aterrorizada de Gael sonó en sus oídos y el rostro joven se inclinó hacia el suyo–. Majestad, ¿estáis despierto?

–¿Qué ha ocurrido? –murmuró con voz apagada y apenas reconocible.

–Os hirieron, majestad, en la Cuenca de Halys. Os golpearon aquí. –El elfo señaló la sien derecha del rey–. Habéis permanecido inconsciente desde entonces. Majestad, estábamos tan preocupados...

–¿Cuánto tiempo... he dormido? –le interrumpió. Se llevó la mano a la cabeza y el dolor se propagó hasta el cuello.

–Siete días, majestad.

–¡Siete días! Gael comenzó a retirarse.

–Iré a buscar a vuestro hijo, majestad.

La mente del rey estaba confusa.

–¿Mi hijo?

–El príncipe Ander, majestad. –El ayudante se precipitó hacia la puerta del dormitorio–. Se encuentra reunido con el Consejo Supremo. Descansad, lo traeré en seguida.

Eventine observó cómo abría la puerta, intercambiaba unas palabras con alguien de fuera y luego volvía a cerrarla, dejándole en el silencio de la habitación. Trató de incorporarse, pero el esfuerzo era excesivo y tuvo que volver a recostarse. ¿Ander? ¿Había dicho Gael que Ander se encontraba reunido con el Consejo Supremo? ¿Dónde estaba Arion? Las dudas ofuscaron su mente y las preguntas afluyeron a él en oleada. ¿Qué estaba haciendo en Arbolon? ¿Qué le había sucedido al ejército de los elfos? ¿Qué había pasado en la defensa del Sarandanon?

De nuevo trató de levantarse y cayó hacia atrás. Sintió náuseas. De repente comprendió que era viejo, como si los numerosos años fueran una enfermedad que lo había consumido. Tensó la mandíbula. ¡Si pudiera volver a la juventud durante cinco minutos para tener la fuerza que le permitiera levantarse de la cama! La rabia y la determinación le quemaban, y se incorporó unos centímetros sobre las almohadas hasta quedar apuntalado contra ellas, respirando fatigosamente.

Al otro lado de la habitación, Manx levantó su cabeza grisácea. El rey abrió la boca para llamar al viejo lebrel pero, de repente, su mirada se encontró con la del perro y las palabras se ahogaron en su garganta. Había odio en aquellos ojos; un odio tan frío como

una helada invernal. Parpadeó con incredulidad, luchando contra la sensación de repulsión que crecía en su interior. ¿Manx? ¿Qué estaba pensando?

Se obligó a apartar la vista, a mirar a otro lado, a los muros y los tapices, a los muebles, a las cortinas corridas sobre las ventanas. Trató de calmarse con desesperación, pero no pudo. Fue consciente de que estaba solo y el miedo le invadió. ¡Solo! Volvió a mirar a Manx. Los ojos del lebrel se fijaron en él, ahora velados, escondiendo lo que antes fue tan evidente. ¿O lo había imaginado? Observó cómo el viejo perro se levantaba, se daba la vuelta y volvía a tumbarse. ¿Por qué no se ha acercado a mí?, se preguntó el rey. ¿Por qué?

Volvió a deslizarse sobre las almohadas. ¿Qué estoy diciendo? Las palabras fueron susurradas en su mente, y vio la locura que amenazaba con deslizarse en su interior. ¿Mostrándole odio en los ojos de un animal que le había sido fiel durante tantos años? ¿Mostrándole a Manx como un enemigo que podía atacarlo? ¿Por qué?

Sonaron unas voces en el corredor. Luego la puerta del dormitorio se abrió y volvió a cerrarse, y Ander cruzó la habitación hasta llegar a él y abrazarlo. El rey estrechó a su hijo, luego, lo soltó, examinando el rostro sombrío de Ander mientras éste se sentaba en el borde de la cama.

–Cuéntame lo que ha ocurrido –le pidió Eventine con suavidad. Entonces vio vacilación en los ojos de su hijo y un escalofrío le recorrió el cuerpo. Obligó a la pregunta a salir de sus labios–. ¿Dónde está Arion?

Ander abrió la boca para hablar, luego se quedó mirando al anciano sin decir nada. El rostro de Eventine se heló.

–¿Está muerto?

La voz de Ander fue un susurro.

–En el Acceso de Worl.

Trató de encontrar algo más que decir, luego renunció, sacudiendo la cabeza lentamente. Los ojos de Eventine se llenaron de lágrimas y sus manos temblaron al agarrar los brazos de su hijo.

–¿Arion está muerto?

Pronunció esas palabras como si expresaran una mentira.

Ander asintió, luego desvió la vista.

–Kael Pindanon, también.

Hubo un momento de silencio, de aturdimiento. Las manos del rey descendieron.

–¿Y el Sarandanon?

–Perdido.

Se contemplaron en silencio, padre e hijo, como si compartieran un terrible secreto que nunca debía haber sido dicho. Entonces Ander se inclinó y abrazó a su padre. Durante un largo momento se mantuvieron unidos. Cuando al fin el rey habló, su voz sonó sorda y distante.

–Cuéntame lo de Arion. Todo. No me ocultes nada.

Ander lo hizo, suavemente le explicó cómo había muerto su hermano, cómo lo habían trasladado a través de la Línea Quebrada hasta el Sarandanon y cómo lo habían enterrado en el Paso de Baen. Luego le refirió todo lo sucedido al ejército de los elfos desde el primer día de la batalla en la Cuenca de Halys y durante la larga marcha de vuelta hacia Arbolon. Eventine escuchó sin interrumpirlo. Cuando Ander terminó, mantuvo los ojos fijos en el aleteo de las lámparas de aceite durante un momento. Luego las desvió hacia su hijo.

–Quiero que vuelvas al Consejo Supremo, Ander. Haz lo que deba hacerse. –Su voz estaba quebrada–. Vete. Yo estoy bien.

Ander lo miró, dudando.

–Le digo a Gael que entre.

El rey negó con la cabeza.

–No. Ahora no. Sólo quiero... –Se interrumpió, tragándose las palabras que estaba a punto de decir, apretando con fuerza con una mano el brazo de su hijo–. Estoy... muy orgulloso de ti, Ander. Sé lo difícil...

Ander asintió, con un nudo en la garganta. Cogió las manos de su padre entre las suyas.

–Gael estará fuera, en el corredor, por si lo necesitas.

Se levantó y se encaminó hacia la puerta. Había apoyado ya la mano sobre el picaporte cuando Eventine lo llamó, con una voz extrañamente ansiosa.

–Llévate a Manx contigo.

Ander se detuvo, miró al viejo lebrel, le silbó para que se acercase y lo sacó de allí. La puerta se cerró suavemente detrás.

Otra vez solo, ahora verdaderamente solo, el rey de los elfos se recostó sobre las almohadas y dejó que la enormidad de todo lo ocurrido lo inundase. En poco más de siete días, el mejor ejército de las Cuatro Tierras se había retirado de parte de su propio país como un rebaño cede terreno ante los lobos, expulsado de la Línea Quebrada y del Sarandanon, empujado a lo largo del camino hasta la ciudad, para allí resistir o morir. En algún lugar de su interior sentía una terrible sensación de fracaso. Había permitido que esto sucediese. Era el responsable.

–Arion –susurró de repente al recordarlo.

Entonces las lágrimas afloraron a sus ojos y empezó a llorar.

# XXXVI

–¡Eretria! –exclamó Wil suavemente, con sorpresa y cautela al mismo tiempo. Olvidando el dolor de su herida,; se incorporó sobre un codo para verla mejor–. ¿Qué estás haciendo aquí?

–Salvarte, según parece –dijo ella riendo, con una expresión pícara en sus ojos oscuros.

De repente, un movimiento atrajo la mirada de Wil hacia el fondo. Dos mujeres vagabundas estaban en la parte posterior de la carreta lavando unos trapos manchados de sangre en una palangana con agua. Instintivamente se llevó la mano a la cabeza y descubrió que le habían puesto una venda sobre la herida. Se tocó con cuidado y se estremeció de dolor.

–Yo no haría eso. –Eretria le apartó la mano–. Es la única parte de ti que está limpia.

El valense miró a su alrededor.

–¿Qué has hecho con Amberle?

–¿Tu hermana? –preguntó en tono burlón–. Está bien.

–Me perdonarás si tengo mis dudas sobre eso.

Hizo ademán de levantarse de la cama.

–Quieto, curandero. –Le obligó a tumbarse de nuevo. Habló en voz baja para que las mujeres de atrás no pudieran oírla–. ¿Temes que me vengue por tu equivocada decisión de abandonarme en el Tirfing? ¿Tan mal piensas de mí? –Se rió a carcajadas sacudiendo la cabeza–. Quizás ahora, si tuvieras la oportunidad, reconsiderarías esa decisión. ¿Es posible?

–En absoluto. ¿Dónde está Amberle?

–Si pretendiese hacerte daño, Wil Ohmsford, o a ella, os habría dejado en manos de los asesinos que os perseguían en Grimpen. La joven elfina está bien. La traeré después de que hayamos hablado. –Se volvió hacia las mujeres del fondo–. Marchaos. Queremos estar solos.

Las mujeres dejaron lo que estaban haciendo y salieron por la parte de atrás de la carreta. Después, Eretria se volvió hacia el valense, inclinando la cabeza a un lado.

–Bueno, ¿qué haré contigo ahora, Wil Ohmsford?

Él tomó una bocanada de aire.

–¿Cómo me encontraste, Eretria?

Ella hizo un gesto.

–Muy fácil. La noticia de tus grandes poderes para curar se extendió por todo Grimpen diez minutos después de que atendieras a la posadera gorda. ¿Pensabas que una actuación tan espectacular pasaría inadvertida? ¿Cómo crees que te encontraron esos asesinos?

–¿Entonces también te enteraste de eso?

–Curandero, eres un imbécil –dijo esto amablemente, acariciándole la mejilla–. Los vagabundos son los primeros en enterarse de cualquier cosa que ocurre en los lugares por donde viajan. Si no fuese así, no podrían sobrevivir; una lección que, según parece, no has aprendido aún. Cuando se corrió la noticia de tu maravillosa curación, fue obvio para cualquiera con una pizca de cerebro que la gente deduciría que alguien con tu talento debía ser persona rica. La codicia y el alcohol combinan bien, curandero. Tienes suerte de estar vivo.

–Lo supongo –reconoció pesaroso–. Debí tener un poco más de cuidado.

–Un poco. Por fortuna para ti, deduje de quien se trataba y convencí a Cephelo para

que me dejase buscarte. De no haber conseguido encontrarte, en este momento serías carne para los perros.

–Una posibilidad agradable. –Wil esbozó una sonrisa forzada. Luego la miró–. ¿Sabe Cephelo que estoy aquí?

–Lo sabe. –Sonrió y la expresión pícara volvió a sus ojos–. ¿Te asusta?

–Digamos que me preocupa –admitió Wil–. ¿Por qué iba a hacer algo por mí después de todo lo sucedido en el Tirfing?

Eretria se inclinó hacia delante y le rodeó el cuello con sus brazos delgados y morenos.

–Porque su hija es muy persuasiva, curandero. Tan persuasiva que a veces puede influir incluso en un hombre tan difícil como Cephelo. –Se encogió de hombros–. Además, ha tenido tiempo de reflexionar sobre lo que ocurrió en el Tirfing. Lo he convencido, creo, de que no fue culpa tuya, de que en realidad fuiste tú quien salvó la vida de la familia.

Wil movió la cabeza expresando duda.

–No me fío de él.

–Ni debes hacerlo –admitió la muchacha–. Pero por esta noche, al menos, no te causará ningún problema. Esperará hasta mañana para interrogarte. Para entonces, sin duda, vuestros perseguidores se habrán cansado de cazar sombras y habrán regresado a las tabernas para beber más cerveza y buscar una fuente de ganancias más sólida.

Se levantó, se alejó con un revuelo de sedas azules y volvió un momento después con un trapo limpio y una nueva palangana con agua que colocó en el suelo junto a la cama.

–Tenemos que limpiarte, curandero. Apestas a sudor y a suciedad, y tus ropas están destrozadas. –Hizo una pausa–. Quítatelas y te lavaré.

Wil negó con la cabeza.

–Me lavaré yo mismo. ¿Puedes prestarme alguna ropa?

Ella asintió, pero no hizo ningún movimiento para marcharse. El valense se ruborizó.

–Me gustaría hacer esto solo, si no te importa.

La sonrisa deslumbrante apareció en el bello rostro de Eretria.

–Pues sí me importa.

Él sacudió la cabeza.

–Eres realmente incorregible.

–Tú eres para mí, Wil Ohmsford. Ya te lo dije en otra ocasión.

La sonrisa se desvaneció, reemplazada por una mirada tan sensual y seductora que Wil olvidó por un momento lo que pretendía hacer. Cuando se inclinó hacia él, se incorporó de repente sobre la cama. Al hacerlo sintió un vahído, pero se mantuvo firme.

–¿Puedes traerme la ropa?

Por un instante, sus ojos se oscurecieron de ira. Luego se levantó, fue hasta un armario, sacó unas ropas y se las dio.

–Puedes usar esto –dijo, arrojándoselas sobre el regazo.

Antes de alejarse, se inclinó de repente y lo besó en la boca.

–Lávate y vístete tú mismo –dijo, y se apartó.

Fue hasta la puerta del fondo de la carreta, la abrió y desapareció en la noche, cerrándola con cerrojo desde fuera. Wil sonrió a pesar suyo. Cualquiera que fuesen sus intenciones, no estaba dispuesta a dejarlo escapar. Se quitó las ropas viejas, se lavó y se puso las que Eretria le había proporcionado. Le quedaban bien de talla, aunque eran vestiduras de vagabundo y se sentía extraño en ellas.

Acababa de vestirse, cuando la puerta se abrió de nuevo y apareció Eretria con Amberle. La elfina llevaba puestos pantalones y blusa de seda, una faja en la cintura y una cinta en la cabeza recogiéndole el largo cabello. Su rostro estaba recién lavado y un poco sorprendido. Vio la cabeza de Wil y la preocupación se reflejó en sus ojos verdes de

inmediato.

–¿Estás bien? –le preguntó.

–Ya me he ocupado de sus necesidades –intervino Eretria, dejando de lado la pregunta. Señaló hacia la cama que estaba enfrente de Wil–. Puedes dormir ahí. No se te ocurra salir de la carreta por la noche.

Dirigió a Wil una sonrisa de complicidad, se dio la vuelta y se encaminó hacia la puerta. Había recorrido la mitad del trayecto cuando se volvió de repente.

–Buenas noches, hermano Wil. Buenas noches, hermana Amberle. Dormid bien.

Con una sonrisa irónica desapareció tras la puerta, corriendo el pestillo con un clic.

El valense y la elfina durmieron toda la noche dentro de la carreta. Había amanecido cuando despertaron; la nueva luz se filtraba a través de las rendijas de los postigos de las ventanas cerradas, iluminando el oscuro interior. Wil permaneció en silencio durante un rato, poniendo orden en sus pensamientos, esperando que el sueño se alejara de sus ojos. Después cogió su túnica para buscar en ella la bolsita de cuero que contenía las piedras élficas, comprobó que aún estaban allí, y las guardó. Pensó que le convenía ser precavido. Empezaba a salir de la cama cuando Amberle le obligó a acostarse, levantándose para retenerlo. Le examinó la herida de la cabeza con cuidado y le reajustó el vendaje. Cuando terminó, Wil se incorporó y la sorprendió dándole un beso en la mejilla. Ella enrojeció un poco, pero sonrió; y la sonrisa iluminó su rostro de niña.

Poco tiempo después, el cerrojo de la puerta se abrió para dar paso a Eretria, que llevaba una bandeja con pan, miel, leche y fruta. Sus miembros bronceados se destacaban del diáfano vestido blanco que envolvía su cuerpo como niebla. La sonrisa deslumbrante destelló hacia el valense.

–¿Has descansado bien, Wil Ohmsford? –Depositó la bandeja sobre su regazo y guiñó un ojo–. Cephelo hablará contigo ahora.

Salió sin dirigirle la palabra a Amberle. Wil miró a la joven elfina y se encogió de hombros con expresión de impotencia. Amberle forzó una sonrisa.

Pocos minutos después apareció Cephelo. Entró sin llamar, agachándose ligeramente para que su figura alta y delgada pasara por la puerta. Vestido de negro y con una capa de color verde hoja, tenía el mismo aspecto que cuando lo vieron por primera vez a orillas del Mermidon. Llevaba el sombrero de ala ancha elegantemente colocado sobre la cabeza, y se lo quitó con una floritura al entrar, al tiempo que mostraba una amplia sonrisa en su rostro moreno.

–Ah, los pequeños elfos, el curandero y su hermana. Nos encontramos otra vez. –Hizo una reverencia–. ¿Todavía buscáis vuestro caballo?

Wil sonrió.

–Ya no.

El vagabundo los miró de arriba a abajo.

–¿No? ¿Os habéis perdido entonces? Me parece que Arbolon, queda al norte.

–Estuvimos en Arbolon y nos marchamos otra vez –contestó el valense, apartando a un lado la bandeja.

–Para ir a Grimpen.

–Todos lo hemos hecho, según parece.

–Pues sí. –El hombre alto se sentó frente a los dos–. En mi caso, los negocios me llevan a sitios que no visitaría por gusto. Pero a ti, curandero, ¿qué te trajo a Grimpen? Seguramente no será la perspectiva de ejercer tu arte con los habitantes de un pueblo tan miserable como éste.

Wil dudó un momento antes de responder. Debería tener mucho cuidado con lo que le dijera a Cephelo. Conocía lo bastante a aquel hombre para saber que si descubría algo

que pudiera utilizar en beneficio propio, lo utilizaría sin que nada lo detuviese.

–Nosotros también tenemos negocios –replicó con desenfado.

El bohemio frunció los labios.

–No parece que te vaya muy bien en ellos, curandero. En este momento tendrías un tajo en la garganta de no ser por mí.

Wil sintió ganas de reír a carcajadas. ¡El viejo zorro! No estaba dispuesto a admitir que Eretria era quien les había salvado la vida.

–Parece que estamos en deuda otra vez contigo –comentó Wil.

Cephelo se encogió de hombros.

–Te juzgué con ligereza en el Tirfing. Dejé que la preocupación por mi gente pasase por encima de mi sentido común. Te acusé por lo que ocurrió cuando en realidad debí haberte dado las gracias por tu ayuda. Eso me ha estado inquietando. Salvarte ahora alivia mi sentimiento de culpabilidad.

–Me alegro de saber que piensas de esta forma. –Wil no creyó ni una palabra de aquello–. Éstos han sido tiempos difíciles para mi hermana y para mí.

–¿Difíciles? –El rostro oscuro de Cephelo reflejó de repente preocupación–. Quizás hay algo más que pueda hacer por ayudaros, algo que os sea de utilidad. Si me contaseis exactamente qué es lo que os trae a la parte más peligrosa del país...

Ésta es la oportunidad, pensó Wil. Con el rabillo del ojo vio como Amberle fruncía el entrecejo para prevenirlo.

–Me gustaría que pudieras ayudarme. –Wil se esforzó al máximo por parecer sincero–. Pero temo que no es así. Lo que más necesito es alguien que conozca bien este valle, sus características, sus leyendas.

Cephelo dio una palmada.

–Bueno, entonces tal vez pueda servirte de ayuda después de todo. He viajado por el Indomitun muchas veces. –Se llevó un dedo a un lado de la cabeza–. Conozco algunos de sus secretos.

Quizá sea cierto, pensó Wil. Quizá no. Quiere saber qué estamos haciendo aquí.

El valense se encogió de hombros.

–No creo que debamos abusar más de tu hospitalidad, involucrándote en nuestros asuntos. Mi hermana y yo podremos arreglarnos solos.

El rostro del vagabundo estaba inexpresivo.

–¿Por qué no me cuentas que asunto os ha traído aquí y dejas que yo juzgue si existiría tal abuso?

La mano de Amberle apretó el brazo de Wil, pero él la ignoró, manteniendo sus ojos fijos en los de Cephelo. Sabía que tendría que explicarle algo al bohemio.

–Hay una enfermedad en la casa de los Elessedil, los gobernantes de los elfos. –Bajó la voz–. La nieta del rey está muy enferma. La medicina que necesita es el extracto de una raíz que únicamente puede encontrarse aquí, en el Indomitun. Sólo yo la conozco, yo y mi hermana. Hemos venido para buscar esa raíz, porque si la encontramos y la llevamos al soberano elfo, la recompensa será grande.

Sintió que Amberle le soltaba el brazo de repente. No se atrevió a mirarla. Cephelo se quedó silencioso durante un momento antes de responder.

–¿Sabes en qué lugar del Indomitun se encuentra esa raíz?

El valense asintió.

–Hay libros, libros antiguos de medicina que hablan de la raíz y de dónde se encuentra. Pero es nombre olvidado desde hace tiempo, borrado de los mapas que se utilizan ahora. No creo que el nombre te diga nada.

El vagabundo se inclinó hacia delante.

–Dímelo de todas formas.

–Salvafuerte –declaró Wil, observando el moreno rostro del otro–. El nombre es Salvafuerte.

Cephelo pensó un momento, luego sacudió la cabeza.

–Tenías razón, el nombre no me dice nada. Sin embargo... –Hizo una pausa deliberada, meciéndose un poco hacia atrás como si reflexionara–. Hay alguien que tal vez conozca el nombre, alguien que conoce los nombres antiguos de este valle. Creo que puedo conducirte a él. Pero ten en cuenta curandero, que el Indomitun es una región muy peligrosa. Ya debes saberlo, porque seguramente atravesasteis alguno de sus bosques para llegar a Grimpen. El riesgo para mí y mi gente si te ayudamos en una búsqueda tan peligrosa será grande. –Se encogió de hombros, como excusándose–. Además, tenemos otros compromisos, hay otros lugares a los que debemos ir, otros asuntos que debemos atender. El tiempo es algo precioso para gente como nosotros. Supongo que comprenderás esto.

–¿A qué te refieres? –preguntó el valense con tranquilidad.

–Que sin mí, seguramente no lograrás tu propósito. Que me necesitas; que me ofrezco para ayudarte. Pero tal ayuda no puede prestarse sin... una recompensa adecuada.

Wil asintió lentamente.

–¿Qué recompensa, Cephelo?

Los ojos del vagabundo chispearon.

–Las piedras que llevas. Esas que poseen tanto poder.

Wil negó con la cabeza.

–A ti no te servirían de nada.

–¿Ah, no? ¿Es tan misterioso su secreto? –Los ojos de Cephelo se estrecharon–. ¿Te crees que soy tonto? Tú no eres un simple curandero. Eso me pareció obvio desde el primer momento en que te vi. Pero no importa lo que seas, sino lo que tienes. Tienes el poder de las piedras y yo lo deseo.

–La magia de las piedras es élfica. –Wil se esforzó por mantenerse tranquilo, esperando desesperadamente no perder el control de la situación–. Sólo alguien con sangre élfica puede utilizar su poder.

–Mientes muy mal, curandero. La voz del hombre sonó amenazadora.

–Ha dicho la verdad –intervino Amberle de repente, con el rostro aterrorizado–. De no ser por las piedras, no habría intentado siquiera esta búsqueda. No tienes ningún derecho a pedirle que te las dé.

–Puedes creer lo que quieras –dijo Wil con voz firme–. No te daré las piedras.

Los dos hombres se observaron mutuamente durante un momento; el ladrón con dureza en el rostro. Sin embargo también expresaba temor, un temor generado por el vívido recuerdo del poder encerrado en las piedras élficas, un poder que Wil Ohmsford había dominado. Con gran esfuerzo, logró sonreír.

–¿Qué me darás entonces, curandero? ¿Supones que voy a prestarte mis servicios por nada? ¿Supones que voy a arriesgar vidas y propiedades sin ninguna recompensa? Debe haber algo de valor que puedas darme, algo cuyo valor equivalga al de las piedras que tan tozudamente te niegas a entregar. ¿Qué? ¿Qué vas a darme?

Wil, desesperado, trató de pensar en algo, pero no tenía nada que valiese más que unos céntimos. Cuando ya pensaba que la situación no tenía salida, Cephelo hizo chasquear los dedos.

–Haré un trato contigo, curandero. Dices que el rey elfo te recompensará si le llevas la medicina que curará a su nieta. Muy bien. Haré lo que pueda para descubrir algo sobre ese lugar que llamas Salvafuerte. Te conduciré a alguien que puede conocer ese nombre. Haré eso y nada más. A cambio, tendrás que darme la mitad de la recompensa que recibas del rey de los elfos. La mitad. ¿De acuerdo?

Wil reflexionó durante un momento. Era una propuesta extraña. Los vagabundos pocas veces, o nunca, daban algo sin obtener primero la recompensa. ¿Qué le pasaba a Cephelo?

–¿Quieres decir que me ayudarás a encontrar el paradero de Salvafuerte?

–Si puedo.

–¿Pero no vendrás conmigo hasta allí?

Cephelo se encogió de hombros.

–No tengo ningún deseo de arriesgar mi vida innecesariamente. Encontrar la medicina y llevarla hasta la nieta del rey de los elfos es tu problema. Mi parte del trato es meramente ayudarte por el camino. –Hizo una pausa–. Pero no te imagines que una vez que te vayas estarás libre de mí. Cualquier intento de timarme lo pagarás muy caro.

El valense frunció el entrecejo.

–¿Cómo sabrás que he tenido éxito si no vienes conmigo?

Cephelo soltó una carcajada.

–Curandero, soy un vagabundo. ¡Lo sabré! Sabré todo lo que te suceda, créeme.

Su mirada fue tan feroz que por un instante Wil estuvo seguro de que había un significado oculto en sus palabras. Algo iba mal; podía sentirlo. Sin embargo necesitaban ayuda para encontrar el camino a través del Indomitun, una ayuda que les evitara el uso de las piedras élficas. La ayuda de Cephelo, si era de esa clase, podía significar la diferencia entre el éxito y el fracaso en su misión de búsqueda del Fuego de Sangre antes que los demonios los alcanzaran.

–¿Estás de acuerdo? –preguntó otra vez Cephelo.

Wil negó con la cabeza. Tenía que poner a prueba al ladrón.

–La mitad es demasiado. Te daré un tercio.

–¡Un tercio! –El rostro de Cephelo se tensó por un momento, luego se relajó–. Muy bien. Soy un hombre razonable. Un tercio.

Todo resultaba demasiado fácil. Miró a Amberle, y vio en sus ojos la misma desconfianza que él sentía. Pero la joven se mantuvo en silencio. Le dejó la decisión a él.

–Vamos, vamos, elfos –presionó Cephelo–. No vamos a pasar todo el día con esto.

El valense asintió.

–Muy bien. De acuerdo.

–Bueno. –El vagabundo se levantó al momento–. Saldremos en seguida porque nuestros negocios aquí ya han terminado. Pero debéis quedaros durante un tiempo en la carreta. Será mejor que no os vean en Grimpen. Cuando lleguemos al bosque, podréis salir.

Sonrió, se puso el sombrero de ala ancha y salió. La puerta se cerró suavemente y se oyó el cerrojo al correrse, Wil y Amberle se quedaron sentados, mirándose.

–No me fío de él –murmuró Amberle.

Wil asintió.

–Yo tampoco; en absoluto.

Poco después, la carreta arrancó y volvieron a viajar por el Indomitun.

# XXXVII

El anciano tarareaba en tono bajo, acunándose en su mecedora de caña, y contemplaba el bosque que iba oscureciéndose. Hacia el oeste, detrás de la muralla formada por los árboles que rodeaban el claro en que se encontraba, más allá del valle del Indomitun y de las montañas circundantes, el sol se deslizaba por el horizonte y la luz iba convirtiéndose en oscuridad. Era el momento del día preferido por el anciano, cuando el calor perdía fuerza en las sombras del atardecer y el sol poniente teñía el cielo de rojo y púrpura, intensificándolo hasta lograr un azul noche. El aire que llegaba de las cumbres de la cordillera, donde los árboles del bosque se separaban lo suficiente para permitir la vista del cielo, la luna y las estrellas entre sus ramas y sus troncos, olía a limpio durante cierto tiempo, libre de la humedad y el moho que llevaba consigo el bochorno del día, y las hojas de los árboles susurraban bajo el viento nocturno suave y apacible. Era como si, durante pocos momentos, el Indomitun se convirtiera en otra tierra que el hombre podía considerar como a una vieja amiga íntima.

El anciano contemplaba el valle de esa forma con frecuencia, más en la hora del crepúsculo que en cualquier otra del día o de la noche, pero siempre con el mismo sentimiento de lealtad profunda. Muy pocos podían sentir como él, pero muy pocos conocían el valle como él. Sí, era un lugar traicionero, duro y lleno de peligros, que podía atrapar y destruir a un humano. En el Indomitun había criaturas que no existían en ninguna otra parte excepto en las leyendas que se contaban junto al fuego a medianoche, entre susurros y miradas temerosas. Allí estaba la muerte, la muerte que se aproximaba con el paso de las horas, dura, cruel y certera. Era una tierra de cazadores, y presas, cada ser vivo con un poco de ambos, y el anciano había visto lo mejor y lo peor de cada uno en los sesenta años que llevaba en el valle.

Tamborileó con los dedos en los brazos de la mecedora y rememoró el tiempo pasado. Habían transcurrido sesenta años desde su llegada al Indomitun; un tiempo largo, pero aún presente. Aquél había sido su hogar durante todos esos años. Era un hogar que un humano podía estimar y no sólo un montón de casas y de gente, cerrado, seguro y aburrido hasta el absurdo. Era un lugar de soledad y profundidad, de desafío y de valentía; un lugar adonde muy pocos podrían llegar y aún menos permanecer. Sólo algunos como él lo habían hecho, pero ya sólo quedaba él de los que en otra época llegaron al valle. Todos los demás habían desaparecido, reclamados por la tierra indómita, enterrados en algún lugar debajo de ella. Era cierto que estaban aquellos imbéciles que se amontonaban como perros asustados en las ruinosas cabañas de Grimpen, timándose y robándose entre sí y a cualquiera que se aventurara a entrar. Pero el valle no era suyo y nunca lo sería, porque no comprendían la energía del valle ni deseaban comprenderla. Sería como si, estando encerrados en el cuartucho de algún castillo, afirmaran ser sus señores.

Loco, le llamaban los tontos de Grimpen. Loco por vivir solo en una tierra salvaje. Sonrió con tristeza al pensarlo. Quizás estuviera loco, pero prefería su locura a la estupidez de ellos.

–Drifter –llamó con voz ronca, y el enorme perro negro tendido a sus pies, un animal gigantesco que tenía características de lobo y de oso, se despertó e incorporó con el pelo erizado, bostezando.

–Eh, tú –gruñó el viejo, y el perro se acercó y apoyó la cabeza sobre el regazo de su amo, esperando que la acariciara.

El anciano lo complació. En algún lugar de la oscuridad creciente sonó un grito, corto y penetrante, que se quedó suspendido en la quietud como un eco que fue perdiendo

intensidad hasta desaparecer. Drifter levantó la vista súbitamente. El anciano asintió. Un gato del pantano. Grande. Alguno se había salido de su senda y pagado el precio. La mirada del hombre vagó sobre las figuras y formas familiares en la media luz. Detrás de él se encontraba la cabaña en que vivía, una edificación pequeña pero sólida hecha con troncos y guijarros encajados con mortero. Detrás de la cabaña había un cobertizo, un pozo y un recinto vallado donde guardaba su mula, un banco de carpintero y madera. Le gustaba trabajarla y tallarla, le gustaba hasta el punto de pasar la mayor parte del día dando forma y puliendo la madera que obtenía de los grandes árboles que rodeaban el claro. Suponía que era una tarea inútil, para cualquiera que no fuese él, pero no le importaban demasiado los demás. Veía personas pocas veces, y esas pocas eran suficientes. Por tanto, no les proporcionaba motivos para que lo visitaran. Drifter era la única compañía de su agrado. Y esos gatos inútiles que vagaban por los alrededores en busca de nuevos lugares para dormir o las sobras de comida, como si no fueran más que vulgares carroñeros. Y la mula, un animal tonto pero digno de confianza.

Se estiró, incorporándose. El sol casi había desaparecido y el cielo nocturno estaba adornado por las estrellas y la luz de la luna. Ya era hora de preparar algo de comer para él y para el perro. Observó por un momento el trébedes y la marmita que se encontraban sobre el pequeño fuego de la cocina a varios metros de él. Quedaba un poco de sopa del día anterior, quizá la suficiente para la cena.

Avanzó hacia el fuego, sacudiendo la cabeza. Era un hombre delgado y de corta estatura, viejo y encorvado, vestido con una camisa y unos pantalones raídos. El cabello blanco rodeaba su calva, formando una fina franja nívea que descendía hasta su mandíbula y la rodeaba para formar la barba salpicada de hollín y polvo de madera. Una piel morena y arrugada como el cuero cubría su cuerpo, y sus ojos apenas eran visibles entre los párpados inflamados y caídos. Caminaba por impulsos, como si se acabara de despertar e intentara superar la rigidez de los músculos entumecidos por el sueño.

Se detuvo ante la marmita y la contempló tratando de decidir qué hacer para mejorar su contenido. En ese momento oyó a los caballos y la carreta que se aproximaban, lejos aún, ocultos en la oscuridad del camino que conducía a su cabaña. Se volvió y observó la noche, esperando. A su lado, Drifter lanzó un gruñido poco amistoso, y el anciano le dio una palmada de advertencia. Los segundos transcurrieron fugazmente y los ruidos se acercaron. Al fin, una línea de sombras se destacó en la oscuridad, descendiendo desde un montículo que se encontraba frente al claro: una carreta tirada por caballos y media docena de jinetes tras ella. El humor del anciano se agrió en el momento en que vio la carreta. La conocía muy bien, sabía que su propietario era un vagabundo, sabía que pertenecía al bribón de Cephelo. Escupió hacia un lado con fastidio y consideró la posibilidad de soltar a Drifter.

Los jinetes y la carreta se detuvieron al llegar a los límites del claro. La oscura figura de Cephelo desmontó y se adelantó. Al llegar frente al anciano, se quitó el sombrero de ala ancha como saludo.

–¿Cómo estás, Hebel? Buenas noches.

El anciano resopló.

–Cephelo, ¿qué quieres?

Cephelo pareció sorprenderse.

–Hebel, Hebel, ése no es saludo para dos personas que han hecho tanto la una por la otra. No es un saludo adecuado para dos hombres que han compartido las miserias y desgracias de la humanidad. ¡Hola!

El bohemio tomó la mano del anciano y la estrechó con firmeza. Hebel no se resistió ni hizo ningún otro esfuerzo.

–Tienes buen aspecto. –Cephelo mostró su más cautivadora sonrisa–. La región alta

es buena para las dolencias y achaques de la edad, supongo.

–Dolencias y achaques de la edad, ¿eh? –Hebel escupió y arrugó la nariz–. ¿Qué vienes a vender, Cephelo? ¿Algún curalotodo para los enfermos?

Cephelo se volvió hacia quienes le acompañaban y se encogió de hombros, disculpándose.

–Eres muy poco amable, Hebel, muy poco amable.

El anciano siguió su mirada.

–¿Qué has hecho con el resto de tu caravana? ¿Te la ha robado algún otro ladrón?

Esta vez el rostro del vagabundo se ensombreció un poco.

–Lo he enviado delante. Seguirán la carretera principal hacia el este y esperarán mi llegada en el Tirfing. Estoy aquí con éstos para un asunto de cierta importancia. ¿Podemos hablar un momento?

–Estás aquí, ¿no? –señaló Hebel–. Habla todo lo que quieras.

–¿No podemos compartir tu fuego?

Hebel se encogió de hombros.

–No tengo comida para daros, ni os la daría si la tuviera. Quizá tú hayas traído algo, ¿eh?

Cephelo suspiró con exageración deliberada.

–Pues sí. Esta noche compartirás nuestra cena.

Llamó a los demás. Los jinetes desmontaron y empezaron a ocuparse de los caballos. Una mujer mayor había conducido la carreta en compañía de una joven pareja. Desmontaron, y ella sacó las provisiones y utensilios de cocina de la parte posterior de la carreta y se dirigió arrastrando los pies hacia el fuego de la cocina. La pareja que la acompañaba dudó un momento, luego se acercó ante la invitación de Cephelo. A ellos se unió una joven delgada y morena, de cabello negro, que se encontraba entre los jinetes.

Hebel se dio la vuelta sin decir nada y volvió a sentarse en la mecedora. Y los jóvenes que habían bajado de la carreta tenían algo peculiar, pero no podía determinar qué era. Parecían vagabundos y al mismo tiempo que no lo eran. Los observó acercarse con Cephelo y la joven de cabello oscuro. Los cuatro se sentaron sobre la hierba alrededor del anciano, y la joven de cabello oscuro se acercó de forma insinuante al muchacho y le dirigió un guiño provocativo.

–Mi hija Eretria. –Cephelo dirigió a la joven una mirada furiosa al presentarla–. Estos dos son elfos.

–No estoy ciego –replicó Hebel, reconociendo ahora por qué le parecían algo más que vagabundos–. ¿Qué están haciendo contigo?

–Hemos emprendido una búsqueda –anunció Cephelo.

Hebel se inclinó hacia delante.

–¿Una búsqueda? ¿Contigo? –Observó al joven–. Pareces un tipo listo. ¿Qué hizo que te decidieses a unirte a alguien como él?

–Necesita un guía que conozca esta miserable región –se adelantó a responder el vagabundo; demasiado deprisa, según Hebel–. ¿Por qué te empeñas en quedarte en esta tierra salvaje y abandonada, Hebel? Un día, viejo, pasaré por aquí y encontraré tus huesos, y todo porque eres demasiado tozudo como para trasladar tu refugio a regiones más seguras.

–¡Te importaría mucho! –gruñó Hebel–. Para un hombre como yo, esta tierra es tan segura como cualquier otra. La conozco, conozco todo lo que se mueve, respira y caza en ella, sé cómo mantenerme lejos y cuándo enseñar los dientes. Viviré más que tú, vagabundo. Grábate mis palabras. –Se retrepó en la mecedora, observando a Drifter que se instaló detrás de él–. ¿Qué quieres de mí?

Cephelo se encogió de hombros.

–Charlar un poco, ya te lo dije.

Hebel soltó una carcajada ronca.

–¿Charlar un poco? Vamos, Cephelo. ¿Qué quieres? No me hagas perder tiempo, no me queda mucho.

–Para mí nada. Para estos jóvenes elfos, algo del saber almacenado en esa vieja cabeza calva. Me ha costado un gran esfuerzo llegar hasta aquí, pero hay causas que merecen un...

Hebel había oído bastante.

–¿Qué están cocinando ahí? –Se dejó atraer por el olor de la comida que se cocía en la marmita–. ¿Qué es eso?

–¿Cómo voy a saberlo? –protestó Cephelo, irritado por la evidente falta de atención del anciano.

–Carne, creo. Carne con verduras. –Hebel se frotó sus manos curtidas–. Creo que deberíamos comer antes de hablar. ¿Has traído un poco de esa cerveza vuestra, Cephelo?

Así que comieron un estofado con pan del día anterior, frutos secos y nueces, acompañándolo todo con cerveza. No hablaron mucho mientras comían, aunque todos intercambiaban miradas entre sí, y esas miradas informaron a Hebel de la situación más que cualquier charla que hubiesen mantenido sus visitantes. Comprendió que los elfos estaban allí porque habían agotado todas las posibilidades en el asunto. No sentían más aprecio que él por Cephelo y su banda. Cephelo, desde luego, estaba allí porque pensaba sacar algún beneficio, pero lo ocultaba cuidadosamente. La joven de cabello oscuro, la hija del vagabundo, era quien más le intrigaba. La forma en que miraba al muchacho elfo le mostraba lo que pretendía, pero había algo más que estaba deseosa de realizar. La curiosidad del anciano sobre lo que podría ser aumentó.

Al fin la comida se acabó. Hebel se preparó una larga pipa, prendió su contenido con un pedernal y una yesca, y lanzó una gran bocanada de humo al aire de la noche. Cephelo hizo un nuevo intento.

–Este joven y su hermana necesitan tu ayuda. Ya han hecho un largo viaje, pero no podrán continuarlo si no les ayudas. Desde luego, yo les aseguré que lo harías.

El anciano resopló. Conocía el juego.

–No me gustan los elfos. Se creen demasiado buenos para esta región, para gente como yo. –Levantó una ceja–. Tampoco me gustan los vagabundos, lo sabes bien. Aún me gustan menos que los elfos.

Eretria sonrió con afectación.

–Parece que hay muchas cosas que no te gustan.

–¡Cierra la boca! –ordenó Cephelo, con rostro sombrío.

Eretria se calló y Hebel vio la ira en sus ojos.

Rió entre dientes.

–Te comprendo, muchacha. –Se volvió hacia Cephelo–. ¿Qué me darás si ayudo a los elfos, vagabundo? Un intercambio justo si quieres lo que yo sé.

Cephelo arrugó el entrecejo.

–No abuses demasiado de mi paciencia, Hebel.

–¡Ja! ¿Me cortarás el cuello? ¿Qué conseguirías con eso? Ahora habla, ¿qué me darás?

–Ropas, sábanas, cueros, sedas; no sé –dijo el vagabundo de mala gana.

–Tengo de todo eso –dijo Hebel, y escupió.

Cephelo sólo logró controlarse mediante un esfuerzo enorme.

–Bueno, ¿qué quieres entonces? ¡Suéltalo ya, viejo!

Desde atrás de la mecedora, Drifter gruñó amenazador. Hebel extendió un brazo hacia atrás y dio una palmada al perro.

–Cuchillos –declaró–. Media docena de hojas. Una cabeza de hacha y cuñas. Dos docenas de flechas de madera de fresno con plumas. Una piedra cortante.

El otro hombre asintió, no demasiado complacido.

–Hecho, ladrón. Ahora dame algo a cambio de lo que exiges.

Hebel se encogió de hombros.

–¿Qué es lo que quieres saber?

Cephelo señaló a Wil.

–El elfo es un curandero. Busca una raíz para elaborar una extraña medicina. Sus libros dicen que puede encontrarse aquí, en el Indomitun, en un lugar llamado Salvafuerte.

Se produjo un largo silencio mientras el vagabundo y el anciano se observaban mutuamente y los demás esperaban.

–¿Bien? –preguntó Cephelo al fin.

–¿Bien qué? –preguntó a su vez el anciano.

–¡Salvafuerte! ¿Dónde está?

Hebel sonrió con gesto avieso.

–En el mismo sitio donde estuvo siempre, supongo. –Vio sorpresa en el rostro del otro–. Conozco ese nombre, vagabundo. Un nombre antiguo, olvidado por todos excepto por mí, que yo sepa. Una especie de tumba, de catacumbas bajo una montaña.

–¡Eso es! –El joven se levantó con el rostro encendido. Luego vio que todos lo observaban y volvió a sentarse en seguida–. Al menos así es cómo lo describen los libros –añadió con timidez.

–¿Ah, sí? –Hebel se echó hacia atrás, exhalando humo–. ¿Hablan también de los Hoyos?

El joven asintió con la cabeza y miró a la chica, que también lo hizo. Cephelo se inclinó de repente hacia delante, con los ojos entrecerrados.

–¿Quieres decir que Salvafuerte se encuentra dentro de los Hoyos, viejo?

Había una ansiedad en la voz de Cephelo que no se le escapó a Hebel. Cephelo estaba asustado.

Hebel se rió entre dientes.

–Dentro de los Hoyos. ¿Aún sigues buscando Salvafuerte, vagabundo?

El joven elfo intervino.

–¿Dónde están los Hoyos?

–Al sur, a un día de camino –respondió el anciano. Era el momento de poner fin a aquella absurda situación–. Un lugar oscuro y profundo, elfo, un foso donde cualquier cosa que cae se pierde para siempre. La muerte, elfo. Nada que entre en los Hoyos vuelve a salir. Quienes viven allí así lo han decidido.

El joven sacudió la cabeza.

–No lo entiendo.

Eretria murmuró algo para sí, clavando sus ojos en el rostro del joven elfo. Hebel vio que ella sabía algo de aquello. Su voz se transformó casi en un susurro.

–Las hermanas brujas, elfo. Morag y Mallenroh. Los Hoyos les pertenecen y a los seres que crean para que las sirvan, seres del poder de la brujería.

–¿Pero en qué lugar de los Hoyos se encuentra Salvafuerte? –insistió el valense. Hablaste de una montaña...

–El Pináculo, un pico solitario que se eleva de los Hoyos como un brazo extendido desde el panteón de la muerte. Allí se encuentra Salvafuerte. –El anciano hizo una pausa y se encogió de hombros–. O al menos allí estaba. No he visitado los Hoyos desde hace muchos, muchos años. –Movió la cabeza–. Nadie va ya nunca allí.

El joven asintió lentamente.

–Cuéntame algo de esas hermanas brujas.

Hebel entornó los ojos.

–Morag y Mallenroh, las últimas de su especie. En otra época había muchas como ellas, ahora sólo quedan dos. Unos dicen que eran las sirvientas del Señor de los Brujos. Otros que existían incluso antes que él. Y otros que tienen un poder equiparable al de los druidas. –Abrió las manos–. La verdad está encerrada en ellas, averíguala tú si lo deseas. Que desaparezca un elfo no me importa demasiado.

Rió estrepitosamente, tosiendo sin parar hasta que bebió un poco de cerveza. Inclinó hacia delante su cuerpo enjuto y buscó los ojos del joven.

–Son hermanas. Hermanas de sangre. Pero hay un gran odio entre ellas, un odio debido a algún problema de hace mucho tiempo; real o imaginado, no podría decirlo, nadie podría supongo. Pero están en guerra dentro de los Hoyos. Morag posee el este, Mallenroh el oeste, y cada una de ellas trata de destruir a la otra, cada una de ellas trata de conseguir el territorio y el poder de su hermana. Y en el centro de los Hoyos, justo entre las dos, se encuentra el Pináculo, y también Salvafuerte.

–¿Has visto Salvafuerte?

–¿Yo? No. Los Hoyos pertenecen a las hermanas; en el valle hay espacio suficiente para mí. –Hebel se meció hacia atrás, recordando–. En otra época, hace tantos años que ya no me preocupo de contarlos, solía cazar en las cercanías de los Hoyos, una insensatez, pero entonces deseaba conocer toda la tierra que había elegido para vivir, y creía que las historias no eran más que historias. Durante varios días estuve cazando en las sombras de los Hoyos, sin ver nada. Pero una noche, mientras estaba durmiendo sin más compañía que las ascuas de una fogata, ella llegó. Mallenroh, alta e irreal como una criatura de sueño, con su largo cabello gris trenzado con belladona. Su rostro era el rostro de la Reina de la Muerte. Se acercó a mí, me dijo que sentía necesidad de hablar con algún humano, con alguien como yo. Se pasó el resto de la noche hablándome, sobre ella y su hermana Morag y la guerra que mantenían en los Hoyos.

Estaba ya embarcado en el recuerdo, hablando con voz suave y distante.

–Por la mañana había desaparecido, como si nunca hubiera estado allí. No la volví a ver más, desde luego. Nunca, a partir de entonces. Pude haber creído que todo fue un sueño, que no fue real, pero se llevó una parte de mí, un pedacito de vida se podría decir.

Meneó la cabeza lentamente.

–La mayoría de lo que me contó se disipó como los fragmentos de un sueño. Mas recuerdo sus palabras sobre Salvafuerte, elfo. Catacumbas debajo del Pináculo, dijo. Un lugar de otra época, donde existía cierta magia extraña. Era tan lejano en el tiempo que las hermanas no conocían su significado. Me lo contó Mallenroh. Al menos eso lo recuerdo.

Se quedó en silencio, rememorando aquello. Incluso después de tantos años, el recuerdo de ella era tan claro como las caras que veía a su alrededor. ¡Mallenroh! Era extraño, pensó, que pudiera recordarla tan bien.

El joven habló despacio, rozando con la mano el borde de la mecedora.

–Lo recuerdas muy bien, Hebel.

El anciano miró al elfo sorprendido, sin comprender. Luego vio en los ojos lo que se proponía. Pretendía ir allí, comprendió Hebel. Pretendía ir a los Hoyos. Impulsivamente se inclinó hacia delante.

–No vayas –susurró, moviendo la cabeza–. No vayas.

El joven esbozó una débil sonrisa.

–Debo hacerlo, así Cephelo tendrá su recompensa.

El vagabundo no dijo nada, manteniendo su oscuro rostro inescrutable. Eretria clavó sus ojos en él por un instante, luego se volvió hacia el joven.

–Curandero, no lo hagas –rogó–. Escucha lo que el viejo te dice. Los Hoyos no es un lugar para ti. Busca tu medicina en otra parte.

El elfo negó con la cabeza.

–No hay otra parte. No insistas, Eretria.

El cuerpo de la joven se puso rígido, mientras su rostro enrojecía a causa de las emociones que luchaban por liberarse. Sin embargo, ella las controló con cuidado, poniéndose en pie y mirándolo fríamente.

–Eres un imbécil –declaró, y se apartó de él, alejándose hacia la oscuridad.

Hebel observó al joven, y vio que sus ojos seguían a Eretria. La elfina no miró, sus extraños ojos verdes estaban velados y casi invisibles a la sombra del largo cabello que le caía sobre su rostro de niña.

–¿Es tan importante la raíz? –preguntó el anciano con curiosidad, no sólo al joven sino también a ella–. ¿No puede encontrarse en otro lugar?

–Dejémoslos –dijo Cephelo de repente, recorriendo con sus ojos cada una de las caras–. La decisión es de ellos y ellos deben tomarla.

Hebel frunció el entrecejo.

–Mucha prisa te das en enviarlos a la muerte, vagabundo. ¿Qué será entonces de tu recompensa?

Cephelo se echó a reír.

–Las recompensas se dan y se toman por capricho de la suerte. Cuando una se pierde, otra se gana. No tenemos ningún derecho a inmiscuirnos.

–Tenemos que ir –dijo la elfina con voz suave, hablando por vez primera desde que se habían sentado, dirigiendo una mirada intensa a los ojos del anciano.

–De acuerdo, entonces. –Cephelo se levantó–. Basta de hablar de este asunto. La noche todavía no ha terminado y aún queda un poco de cerveza. Bebed conmigo, amigos. Hablaremos de cosas que han pasado en vez de imaginarnos lo que ha de suceder. Hebel, debes oír lo que esa estúpida gente de Grimpen han hecho últimamente, locuras que sólo hombres como tú y yo podemos calibrar.

Llamó a la anciana, que se presentó de inmediato a su lado con una jarra de cerveza. Varios vagabundos se acercaron para unirse a ellos, y Cephelo vertió cerveza con generosidad en todas las copas. Riendo y bromeando, empezó a contar una serie de historias exageradas sobre lugares que probablemente nunca había visto y gente que seguramente nunca conoció. El vagabundo se comportaba con espontaneidad y ligereza, mientras su conversación llenaba la noche junto con las risas de su gente y los tintineos de las copas al alzarse en los brindis. Hebel escuchaba disgustado. Cephelo había sido demasiado rápido al menospreciar sus advertencias a los elfos y al renunciar a la supuesta recompensa que obtendría, salvo en el caso de que el joven elfo encontrara la medicina que buscaba y consiguiera regresar. Increíblemente rápido, pensó; porque el vagabundo sabía tan bien como él que nadie había vuelto nunca de los Hoyos.

Se meció con suavidad, dejando caer una mano hacia la cabeza peluda de Drifter. ¿Qué otras advertencias podía hacerle? ¿Qué más podía decir que no hubiese ya dicho para disuadirlo de aquella locura? Quizá nada; el muchacho parecía convencido de que debía ir.

Se preguntó entonces si se encontraría con Mallenroh como le había ocurrido a él años atrás. Pensando en tal posibilidad, lo envidió.

Poco tiempo después, Wil Ohmsford abandonó la compañía de los juerguistas y caminó hacia el pozo que se encontraba detrás de la cabaña del anciano. Amberle ya dormía, envuelta en mantas cerca del fuego, exhausta, por el día de viaje y los acontecimientos que lo precedieron. Él también sentía un decaimiento desacostumbrado aunque había bebido poca cerveza. El agua fría le ayudaría, junto con una noche de sueño tranquilo. Acababa de tomar un largo trago del recipiente metálico enganchado a la cadena del cubo del pozo, cuando Eretria salió de entre las sombras, situándose ante él.

–No te entiendo, curandero –le dijo sin rodeos.

Él dejó el recipiente en el cubo y se sentó sobre el brocal de piedra del pozo. Éste era su primer encuentro con Eretria después de que le llamara imbécil delante de los demás.

–Tuve que superar un considerable montón de problemas para salvarte la vida en Grimpen –continuó ella–. No fue fácil convencer a Cephelo de que me dejara ayudarte, nada fácil. Ahora parece que mis esfuerzos han sido inútiles. Debería haberte dejado en manos de esos asesinos, a ti y a esa elfina que pretendes hacer pasar por tu hermana. A pesar de las advertencias, insistes en ir a los Hoyos. Quiero saber por qué. ¿Tiene algo que ver Cephelo en esto? No sé a qué acuerdo habrá llegado contigo, pero cualquier cosa que te haya prometido, incluso en el caso de que pudieras fiarte de él, vale el riesgo que vas a correr.

–Cephelo no tiene nada que ver con esto –contestó Wil tranquilamente.

–Si te ha amenazado de algún modo, te apoyaré contra él –declaró la joven con firmeza–. Te ayudaré.

–Lo sé. Pero Cephelo no ha influido en mi decisión.

–¿Entonces cuál es el motivo? ¿Por qué tienes que hacerlo?

El valense bajó la vista.

–La medicina que es necesaria para...

–¡No mientas! –Eretria se apoyó en el brocal del pozo, junto a él. Su rostro estaba encendido de furia–. Cephelo puede creer esa absurda historia de raíces y medicinas, pero él lee sólo la verdad de las palabras, curandero, y no la verdad de los ojos. Puedes ocultar la primera, pero nunca la segunda. Esa joven no es tu hermana; está a tu cargo, una responsabilidad que tú claramente aprecias. Tú no buscas raíces ni medicinas, sino algo más. ¿Qué es lo que hay en los Hoyos?

Wil levantó la mirada con lentitud hasta encontrarse con la de ella y afrontarla. Durante un largo momento, la contempló sin responderle. Ella extendió las manos y cogió las de él.

–Nunca te traicionaré. Nunca.

Él sonrió con tristeza.

–Quizás es la única cosa de ti de la que estoy seguro, Eretria. Te lo contaré. Hay un peligro que amenaza a esta tierra, que amenaza todas las tierras. Lo que nos protegerá contra ello sólo puede encontrarse en Salvafuerte. Amberle y yo hemos sido enviados a buscarlo.

Los ojos de la vagabunda se llenaron de fuego.

–Entonces déjame ir contigo. Llévame contigo ahora como debiste hacer antes.

Wil suspiró.

–¿Cómo puedo hacer eso? Acabas de decirme que soy un imbécil por empeñarme en ir a los Hoyos. Ahora pretendes que te considere también como a una imbécil. Tu sitio está con tu gente, al menos por ahora. Será mejor que vayas hacia el este, que te alejes de la Tierra del Oeste y de lo que puede pasar.

–Curandero, voy a ser vendida por ese diablo que se hace pasar por mi padre en cuanto lleguemos a las grandes ciudades de la Tierra del Sur. –Su voz era dura y amarga–. ¿Será mejor para mí ese destino que lo que pueda encontrar donde tú vayas? ¡Llévame contigo!

–Eretria...

–¡Escúchame! Conozco un poco esta región, porque los vagabundos han viajado por ella desde que nací. Puedo saber cosas que te sirvan de ayuda. En todo caso, no seré ningún estorbo. Puedo cuidar de mí misma, mejor que tu elfina. No te pido nada, curandero, que tú no me pidieras si nuestras posiciones estuvieran invertidas. ¡Tienes que dejarme ir!

–Eretria, incluso aunque accediese a ello, Cephelo nunca lo permitiría.

–Cephelo no se enterará hasta que sea demasiado tarde. –Hablaba con rapidez y nerviosismo–. Llévame contigo, curandero. Di que sí.

Wil casi lo hizo. Era tan bella que hubiera sido difícil negarle cualquier cosa en circunstancias normales. Y ahora, sentada a su lado, con los ojos brillantes de esperanza, lo conmovió. Tenía miedo de Cephelo y de lo que iba a hacer con ella. El valense sabía que no le gustaba suplicar, pero casi se rebajaba a hacerlo para lograr que la ayudase a huir.

Sin embargo, los Hoyos eran muerte, el anciano lo había dicho. Nadie entraba en los Hoyos. Sería bastante difícil proteger a Amberle; y aunque Eretria dijera que podía cuidar de sí misma, él sabía que, si dejaba que los acompañase, tendría que protegerla tanto como a la joven elfina.

Movió lentamente la cabeza de un lado a otro.

–No puedo, Eretria. No puedo.

Hubo un largo silencio mientras ella le sostenía la mirada, con los ojos ensombrecidos por la incredulidad y la rabia. Se levantó con lentitud.

–Aunque yo te salvé la vida, tú no quieres salvar la mía. Muy bien. –Se apartó de él, con las lágrimas resbalando por su cara–. Dos veces me has despreciado, Wil Ohmsford. No tendrás la oportunidad de hacerlo una tercera.

Le dio la espalda y empezó a alejarse. Después se detuvo tras una docena de pasos.

–En algún momento, curandero, te lo prometo, desearás no haberte precipitado en rechazar mi ayuda.

Entonces se fue, perdiéndose en las sombras de la noche mientras el valense la miraba. Él se quedó allí un rato más, deseando con desesperación que las cosas fueran diferentes, deseando que existiera alguna forma sensata de proporcionarle la ayuda que necesitaba.

Al fin se levantó, su sueño había aumentado, y se acomodó para dormir.

# XXXVIII

El amanecer llegó gris y tenebroso al Indomitun, envolviendo los bosques en sombras que se extendieron como manchas de sangre a través de la tierra oscura. Las nubes cubrían el cielo de la mañana, suspendidas inmóviles en la profundidad del valle, y un silencio expectante llenaba el aire, anunciando la proximidad de una tormenta de verano. En la línea de riscos, Cephelo y su pequeño grupo comenzaron el descenso de las montañas, siguiendo el sendero que los conduciría de nuevo al camino principal y a la continuación de su viaje hacia los Hoyos. Los vagabundos se alejaron de la casa de Hebel de la misma forma en que habían llegado, como sombras perdidas; los jinetes precediendo a la carreta que llevaba a Wil y a Amberle, ondeando las manos para despedirse del anciano que observaba la marcha de pie ante su cabaña. Se adentraron lentamente en la penumbra del bosque, donde enormes árboles los rodearon, espesándose cada vez más, hasta impedir el paso del menor rayo de luz. Sólo quedó el camino, estrecho, oscuro y lleno de baches que los llevaba a las profundidades del valle.

A media mañana llegaron a la carretera principal y giraron hacia el este. La niebla empezó a concentrarse sobre el suelo del valle, tamizándose a través de los árboles a medida que el día se iba calentando y el frío de la noche se transformaba en vapor. Wil y Amberle viajaban en silencio con la anciana, pensando en lo que tendrían que afrontar. No tuvieron más conversaciones con Hebel, porque durmieron durante toda la noche y, cuando despertaron, Cephelo se encargó de mantener al anciano alejado. Ahora se preguntaban qué más les habría podido decir de haber tenido oportunidad. Mientras reflexionaban sobre eso, Cephelo hizo retroceder su caballo para hablar con ellos, pero la sonrisa y la conversación fueron forzadas y carentes de un propósito real. Apareció varias veces más en el curso de la mañana y siempre ocurrió lo mismo. Daba la impresión de que buscaba algo, aunque ni el valense ni la elfina tenían la más ligera idea de lo que era. Eretria se mantuvo lejos y, mientras Amberle se sentía intrigada por el repentino cambio de actitud, Wil lo comprendía muy bien.

Era casi mediodía cuando Cephelo ordenó una parada en un estrecho cruce de caminos en algún lugar del bosque. A lo lejos, los truenos retumbaban de modo amenazador y el viento soplaba en ráfagas repentinas que sacudían los árboles y dispersaban y arremolinaban las hojas y el polvo. Cephelo se aproximó a la carreta y se detuvo al lado de Wil.

–Aquí es donde nos separamos, curandero –anunció, señalando al cruce–. Tu camino va hacia el sur, por el sendero más estrecho. Está despejado, sólo tienes que seguirlo y llegarás a los Hoyos antes del anochecer.

Wil fue a hablar, pero el vagabundo levantó la mano.

–Antes de que digas nada, te aconsejo que no me pidas que vaya contigo. Ése no fue nuestro trato, y yo tengo otras obligaciones que pretendo cumplir.

–Iba a preguntarte si podríamos disponer de algunas provisiones –le informó Wil fríamente.

El vagabundo se encogió de hombros.

–Sólo para un día o dos, no más.

Hizo una seña a la anciana, que se introdujo por la puerta de la carreta. Wil observó que el hombre se agitaba con inquietud en su silla. Algo preocupaba a Cephelo.

–¿Cómo te encontraré para pagar tu parte de la recompensa? –le preguntó Wil de repente.

–¿Recompensa? Oh, sí. –Cephelo parecía haberla olvidado por un momento–.

Bueno, como te dije, lo sabré cuando te paguen. Yo me encargaré de buscarte, curandero.

El valense asintió, se levantó y bajó de la carreta. Luego se volvió para ayudar a Amberle. La miró mientras lo hacía. Ella no parecía sentir ninguna inquietud por el comportamiento del vagabundo. Se giró hacia Cephelo.

–¿Podrías darnos un caballo? Con uno...

Cephelo le cortó en seguida.

–No nos sobran caballos. Ahora creo que será mejor que partáis ya. Se aproxima una tormenta.

La anciana reapareció y entregó a Wil un pequeño saco. Éste se lo cargó al hombro y le dio las gracias. Luego elevó la vista hacia el vagabundo una vez más.

–Buen viaje, Cephelo.

–Y que el vuestro sea rápido, curandero. Adiós.

Wil tomó el brazo de Amberle y la condujo hacia el grupo de jinetes reunidos en el cruce. Eretria estaba montada en su caballo, con el cabello negro alborotado por el viento. Cuando el valense llegó a su lado, se detuvo un momento y extendió la mano.

–Adiós, Eretria.

Ella respondió con un movimiento de cabeza. Su rostro estaba inexpresivo, frío y hermoso. El valense la observó un momento, pero ella no se volvió para mirarlo. Después se dirigió al camino que conducía al sur. El viento metía polvo en sus ojos, y se protegió con la mano, tratando de atisbar en la penumbra. Con Amberle a su lado, comenzó a andar.

Hebel pasó la mañana en su mesa de carpintero detrás de la pequeña cabaña, inclinado sobre la talla de un gato. Mientras trabajaba, su mente evocó los acontecimientos de la noche anterior, los elfos y su extraña búsqueda, y la advertencia que les hizo y ellos ignoraron. No podía entenderlo. ¿Por qué se negaban a seguir sus consejos? Había dejado bastante claro que en los Hoyos sólo se encontraba muerte. Y también que el dominio de las hermanas brujas no debía ser violado. ¿Qué podía impulsar a los hermanos a ir allí en busca de una misteriosa raíz medicinal?

Entonces se le ocurrió que quizás había algo más. Lo pensó durante un momento y cuanto más lo pensaba más evidente se le hacía. Después de todo, no iban a ser tan estúpidos como para confiar la verdad a un bribón como Cephelo. No, aquel joven era demasiado listo para eso. Salvafuerte se encontraba en las profundidades del Pináculo, ¿qué clase de raíz podía crecer en el interior de una montaña donde la luz del sol no llegaba? Pero en otra época había existido la magia en Salvafuerte, la hermana bruja se lo había contado; magia de otros tiempos, perdida y olvidada. ¿Esperaban los elfos descubrirla otra vez?

El cielo se iba oscureciendo a medida que la tormenta avanzaba, el aullido del viento entre los árboles se hizo más agudo. El anciano interrumpió su trabajo y levantó la vista un momento. Pensó que la tormenta iba a ser grande. Otra circunstancia desfavorable para los elfos, que quedarían atrapados en descubierto, puesto que la tormenta los alcanzaría antes de que llegaran a los Hoyos. Sacudió la cabeza. Iría a buscarlos si de algo sirviera, pero obviamente estaban decididos. Sin embargo era demasiado terrible. Cualquier cosa que pretendieran encontrar en Salvafuerte, una raíz medicinal o magia, no valía la pena. Nunca lograrían vivir para usarla.

A sus pies, Drifter levantó su cabeza peluda y olfateó el viento. Luego, de pronto, ladró. Fue un ladrido bajo, profundo e irritado. Hebel bajó la vista con curiosidad y luego miró a su alrededor. Las sombras caían sobre el claro desde los árboles del bosque, pero nada se movía.

Drifter ladró otra vez y los pelos de la parte posterior de su cuello se erizaron. Hebel miró alrededor con cautela. Había algo allí, algo escondido en la penumbra. Se levantó y

cogió el hacha. Comenzó a andar hacia los árboles, con Drifter a su lado aún ladrando.

Pero entonces se detuvo. No comprendió por qué se detenía, pero de pronto había sentido un frío que recorrió su cuerpo, helándolo de forma insoportable. A sus pies, Drifter se tendió sobre el vientre y se quejó como si le hubieran pegado, encogiendo su enorme cuerpo. El anciano divisó algo que se movía: una sombra enorme envuelta en una capa que se paró un momento y luego desapareció. El miedo lo invadió hasta el punto de imposibilitarlo para desprenderse de él. Lo agarró cruelmente y lo mantuvo así mientras miraba impotente hacia el bosque oscuro, deseando superarlo para volverse y huir. El hacha se deslizó de sus manos y rebotó contra el suelo, como un trasto inútil.

Entonces la sensación desapareció, tan rápidamente como había llegado. El viento aullaba a su alrededor y una lluvia fina empezó a mojar su cara curtida. Respirando profundamente, cogió el hacha y, con Drifter pegado a él, empezó a retroceder lentamente hasta que sus piernas rozaron el banco de carpintero. Entonces se detuvo, poniendo una mano sobre el cuello de su perro para paliar su propio temblor. Con aterradora certeza supo que, en sesenta años de lucha por sobrevivir a los peligros del valle, nunca antes había estado tan cerca de la muerte.

Wil y Amberle llevaban andando menos de una hora cuando la tormenta los alcanzó. A través de la densa bóveda formada por los árboles se filtró una rociada de gotas pesadas que rápidamente se transformó en un diluvio. Las cortinas de lluvia barrieron el camino, impulsadas por el viento del oeste, y los truenos retumbaban por todo el bosque mojado. Ante ellos, la penumbra del estrecho camino se hizo más oscura con la lluvia, y las ramas de los árboles empezaron a inclinarse hacia ellos, enviándoles regueros de agua. En pocos minutos estuvieron calados, sin la protección de sus capas de viaje que habían olvidado recoger de la carreta de los vagabundos, juntó con el resto de sus ropas. Las prendas ligeras que les proporcionaron en su lugar se pegaban a sus cuerpos. No podían hacer nada para evitarlo, de modo que se limitaron a bajar la cabeza y seguir caminando.

Durante varias horas la lluvia continuó cayendo a un ritmo constante, salvo por algunos breves descansos que prometían en falso el final de la tormenta. El valense y la joven elfina siguieron caminando sin parar a pesar de las dificultades. Mientras el agua chorreaba por sus cuerpos y sus ropas y el fango parecía sujetar sus botas, tenían los ojos fijos en el camino lleno de surcos. Cuando al fin la lluvia amainó y la tormenta se deslizó hacia el este, la niebla empezó a salir del bosque para mezclarse con la penumbra. Los árboles y los arbustos brillaban a través de la neblina, el agua goteaba produciendo un martilleo en la repentina quietud. El cielo seguía nublado y oscuro; hacia el este los truenos retumbaban, distantes y prolongados. La niebla empezó a hacerse más densa, y los viajeros tuvieron que aflojar el paso.

Fue entonces cuando el camino comenzó a descender en una ligera pendiente que al principio era apenas perceptible, pero que fue acentuándose gradualmente. El valense y la elfina se deslizaron y resbalaron por la tierra enfangada, atisbando en la penumbra que tenían ante sí, pero sin encontrar otra cosa que el túnel oscuro del camino formado por los árboles. La quietud se acentuó aún más. Incluso el débil murmullo de los insectos cantando tras el paso de la tormenta se había disuelto en el silencio.

Entonces, de repente, tan de repente como si alguien hubiera quitado un velo ante sus ojos, los árboles del bosque se abrieron, la pendiente llegó a su fin, y el cuenco grande y oscuro de los Hoyos apareció ante ellos. El valense y la elfina se quedaron parados donde estaban, en el centro del camino enfangado, y contemplaron con asombro la dilatada extensión. Supieron al momento que habían encontrado los Hoyos; aquel enorme foso de bosque negro no podía ser otra cosa. Era como si hubieran topado con un monstruoso lago muerto, inmóvil y tétrico, con su oscura superficie llena de vegetación, de modo que lo que

yacía bajo las aguas sólo podía imaginarse. En su sombrío centro se elevaba el Pináculo, una columna solitaria de roca que se destacaba en la penumbra. Los Hoyos estaban desolados como una tumba abierta que atraía hacia la muerte.

El valense y la elfina permanecieron de pie en silencio sobre el borde, luchando contra el sentimiento de repulsión que crecía dentro de ellos a cada momento que pasaba mientras miraban a la penumbra silenciosa. Nunca habían visto nada con un aspecto tan desolado.

–Tenemos que bajar ahí –dijo Wil al fin, aborreciendo la idea.

La muchacha asintió.

–Lo sé.

Él miró a su alrededor con la esperanza de encontrar un camino que seguir. Frente a ellos, el camino parecía cortado. Pero al avanzar unos pasos, vio que en realidad no lo estaba, sino que se dividía hacia ambos lados para seguir bajando entre las sombras. Dudó un momento, estudiando los dos senderos, tratando de decidir cuál les proporcionaría un descenso más fácil. Eligió el que iba hacia la izquierda. Ofreció su brazo a Amberle y ésta se agarró con fuerza. Siguiendo el camino, comenzó a descender, sintiendo que sus botas resbalaban en la tierra mojada y que las rocas se desprendían en terrones. Amberle estaba a su lado, inclinándose sobre él para apoyarse. Siguieron avanzando con cautela.

Entonces, de repente, Wil perdió el equilibrio y cayó. Amberle cayó con él al tropezar con sus piernas, resbalando sobre el sendero enfangado para desaparecer con un grito agudo en la oscuridad del bosque. Frenéticamente, Wil gateó tras ella, abriéndose paso entre los espesos matorrales que desgarraban sus ropas y arañaban su cara. Podría no haber encontrado a la joven de no ser por la seda brillante de sus ropas de vagabunda, una llamativa mancha roja destacándose en la oscuridad. Se encontraba tendida entre un grupo de arbustos, respirando de forma entrecortada, con la cara llena de barro. Sus ojos parpadearon con inseguridad cuando la tocó.

–¿Wil?

La ayudó a sentarse, protegiéndola con sus brazos.

–¿Te encuentras bien? ¿Estás herida?

–No, creo que no. –Sonrió–. Eres bastante torpe, ¿no te habías dado cuenta?

Él asintió, sonriendo aliviado.

–Vamos, levántate.

Puso un brazo alrededor de su cintura y le ayudó a salir de entre los arbustos, hasta ponerla de pie sobre el suelo. En ese mismo instante, ella gritó y cayó otra vez, llevándose la mano al tobillo.

–¡Me lo he torcido!

Wil se agachó para examinarlo, palpándolo.

–No hay nada roto, sólo una dislocación. –Se sentó a su lado–. Descansemos unos minutos antes de seguir. Puedo ayudarte a bajar o llevarte en brazos si hace falta.

Ella movió la cabeza.

–Wil, lo siento. Debí tener más cuidado.

–¿Tú? Fui yo quien se cayó. –Sonrió, tratando de parecer animado–. Bueno, tal vez se presente una de las hermanas brujas para ayudarnos.

–Eso no tiene gracia. –Amberle frunció el entrecejo y miró a su alrededor con inquietud–. Quizá debamos esperar hasta mañana para seguir bajando. Mi tobillo estará mucho mejor entonces. Además, si bajamos ahora, tendremos que pasar la noche allí, y no me gustaría en absoluto.

Wil asintió.

–A mí tampoco. Y no creo que debamos buscar el camino de noche. La luz del día no tardará mucho.

–Quizá debiéramos volver al borde –dijo ella con cierta esperanza.

El valense sonrió.

–¿De verdad crees en la historia del viejo? ¿Crees que ahí abajo viven brujas?

Ella lo miró con fijeza.

–¿Tú no?

Él pensó un momento y se encogió de hombros.

–No lo sé. Quizá. Sí, supongo que sí. Hay muy pocas cosas en las que ya no crea. –Se inclinó un poco hacia delante, rodeando sus rodillas con los brazos–. Si hay brujas, espero que se asusten de las piedras élficas, porque es la única protección que nos queda. Desde luego, si tengo que usar las piedras para asustarlas, podremos tener muchos problemas.

–¿Por qué? –preguntó ella con calma.

–Todavía crees que puedo usarlas, ¿verdad? ¿Incluso después de lo que ocurrió en el Pykon?

–Sí. Pero no debes hacerlo.

Él la miró.

–Dices lo mismo que dijiste en otra ocasión, ¿recuerdas? Después del Tirfing, cuando acampamos sobre el Mermidon. Estabas preocupada por mí. Dijiste que no debía usar las piedras otra vez, aunque ello significase tu salvación.

–Lo recuerdo.

–Después, más tarde, cuando huimos del Pykon, te dije que ya no podía usar más las piedras, que ya no podía dominar su poder, que mi sangre de elfo no era lo bastante fuerte. Me respondiste que no debía juzgarme con tanto apresuramiento; que tenías confianza en mí.

–Lo recuerdo también.

–Bueno, recapacita. Yo creo que debo usar las piedras, pero que no puedo. Tú crees que puedo, pero que no debo hacerlo. Divertido, ¿no? –Sacudió la cabeza–. Y todavía no sabemos quién de los dos tiene razón, ¿verdad? Aquí estamos, casi en Salvafuerte, y todavía no he averiguado...

Se calló al darse cuenta de lo que iba a decir.

–Bueno, no importa –concluyó, apartando la vista–. Mejor será que nunca lo averigüemos. Mejor será que pueda devolvérselas a mi abuelo.

Se quedaron en silencio durante un rato. Casi sin pensarlo, Wil se llevó la mano a su camisa y sacó la bolsa que contenía las piedras. Las palpó distraídamente y estaba a punto de volver a colocarlas en su sitio cuando advirtió algo extraño en su tacto. Frunciendo el entrecejo, soltó los cordones y vació su contenido en la palma abierta. Se encontró contemplando tres guijarros vulgares.

–¡Wil! –exclamó Amberle con horror.

El valense examinó los guijarros con un silencio lleno de asombro, mientras su mente volaba.

–Cephelo –susurró al fin–. Cephelo. De algún modo cambió las piedras. Anoche probablemente, mientras dormíamos. Tuvo que ser entonces; estaban en la bolsa por la mañana en Grimpen, lo comprobé. –Se levantó sin dejar de hablar. Pero esta mañana olvidé hacerlo. Anoche estaba muy cansado, y tú te quedaste dormida al momento. Debió de poner alguna droga en la cerveza para asegurarse de que no me despertaría. No es extraño que estuviera tan ansioso por librarse de nosotros. No es extraño que hiciera caso omiso a las advertencias de Hebel sobre los Hoyos. Él desearía que no volviéramos. La recompensa no significa nada para él. Lo único que le interesaba eran las piedras élficas.

Empezó a subir por el sendero, con el rostro lívido. Luego, de pronto se acordó de Amberle. Volvió atrás y levantó a la joven en sus brazos, la apretó contra sí, y empezó a

trepar hacia el borde de los Hoyos. Durante un momento miró a su alrededor, luego se dirigió hacia un grupo de arbustos situado a varios metros de distancia. Adentrándose en la protección de las ramas, depositó a la joven en el suelo.

–Tengo que volver a buscar las piedras élficas –declaró en voz baja–. Si te dejo aquí, ¿estarás bien?

–Wil, no necesitas las piedras.

Él negó con la cabeza.

–Si tengo que demostrarlo, preferiría hacerlo con las piedras en mi poder. Ya oíste lo que el anciano dijo de los Hoyos. Las piedras son todo lo que tengo para protegerte.

El rostro de Amberle estaba pálido.

–Cephelo te matará.

–Quizá. Quizá se haya alejado ya tanto que no logre alcanzarlo. Pero tengo que intentarlo. Si no lo encuentro antes del amanecer, volveré, te lo prometo. Con las piedras élficas o sin ellas, volveré para entrar en los Hoyos.

Ella fue a decir algo más, pero se interrumpió. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Levantó las manos para acariciar el rostro del muchacho.

–Te quiero –susurró–. De verdad.

Él la miró con asombro.

–¡Amberle!

–Vete –le apremió con la voz quebrada–. Cephelo se detendrá a pasar la noche y puedes alcanzarlo si te apresuras. Ten cuidado, Wil Ohmsford. No regales tu vida tontamente. Vuelve a buscarme. –Se estiró hacia arriba para besarlo–. Vete. Deprisa.

Él la contempló sin decir nada durante un instante más, luego se puso en pie de un salto. Sin mirar hacia atrás, se alejó corriendo. En pocos segundos desapareció en la penumbra del bosque.

# XXXIX

Al amanecer del mismo día en que Wil y Amberle supieron que las piedras élficas habían desaparecido, los demonios atacaron Arbolon. Con un aullido aterrador que quebró la quietud de la mañana y reverberó a través de los bosques de las tierras bajas, surgieron en tropel de entre los árboles, en una oleada gigantesca de cuerpos encorvados y retorcidos que se extendió por todo el Carolan. Con un frenesí que prescindía de la razón y el pensamiento, las criaturas de la oscuridad salieron de la penumbra aún densa en los bosques, y se arrojaron a las aguas del río Song. Como una enorme mancha que se expandiera por el agua, llenaron el río con sus cuerpos pequeños y grandes, veloces y lentos; saltando, reptando, arrastrándose, agitándose en la rápida corriente. Algunos nadaron por las aguas del río, impulsándose y pateando para llegar a la otra orilla. Los ligeros y alados volaron por encima, o avanzaron a saltos rozando la superficie del río. Otros, tan enormes que llegaban al fondo, empujaban torpemente hacia delante, tratando de mantener fuera del agua sus hocicos y narices, sumergiéndose y volviendo a emerger. Muchos se subieron en botes y balsas rudimentarias, dirigiéndolos estúpidamente por el río y agarrándose a cualquiera o cualquier cosa que estuviera a su alcance para ser arrastrados hasta un lugar seguro, o al fondo del río con aquello que había fallado al prestarles ayuda. La horda de demonios estaba poseída por la locura nacida de la frustración y el odio al enemigo que esperaba a pocos cientos de metros. Con seguridad, esta vez conseguirían destruirlo.

Pero los elfos no se rindieron al pánico. Aunque el número, el tamaño y la ferocidad de los demonios podían haber hecho tambalearse la moral de un defensor menos resuelto, los elfos la mantuvieron. Aquélla sería la última batalla. Iban a defender su ciudad, el corazón de la tierra que les pertenecía desde la existencia de las razas. Todo lo demás estaba perdido, desde el río Song hacia el oeste. Pero los elfos se habían propuesto conservar Arbolon. Era mejor luchar y morir allí que ser expulsados de su propia patria, desterrados a tierras extranjeras, acosados como los animales por los cazadores.

Sobre las almenas del Elfitch, Ander Elessedil observaba la marea de demonios que avanzaba. Allanon se encontraba a su lado. Ninguno de los dos hablaba. Tras un momento, Ander levantó la vista. En el azul claro del cielo del amanecer apareció una pequeña mancha, que aumentaba de tamaño a medida que iba descendiendo en círculo, hasta que tomó forma. Era Dayn y su ruc, Dancer. Empezaron a perder altura, planeando sobre los riscos de Carolan hasta aterrizar en la despejada rampa situada más abajo de donde se hallaban Ander y el druida. Dayn desmontó y se dirigió apresuradamente hacia donde aguardaba el príncipe de los elfos.

–¿Cuántos? –preguntó Ander en seguida.

Dayn sacudió la cabeza.

–Ni siquiera los bosques y la niebla pueden ocultar a todos. Los que vemos ante nosotros son sólo una muestra.

Ander asintió. Demasiados, pensó tristemente. Pero Allanon había dicho que ocurriría así. Se forzó a no mirar al druida.

–¿Intentan rodearnos, Dayn?

El jinete alado sacudió la cabeza.

–Vienen directamente al Carolan, todos ellos. –Bajó la vista un momento hacia los demonios que forcejeaban para abrirse paso y se revolvían en las aguas del río Song. Luego se giró y comenzó a andar hacia las almenas–. Dejaré a Dancer descansar unos minutos, luego volaremos para echar otro vistazo. Buena suerte, alteza.

Ander apenas lo escuchó.

–Debemos resistir aquí –murmuró en tono bajo, casi para sí mismo.

La lucha ya estaba en marcha. Los grandes arcos de los elfos hacían silbar sus flechas, una tras otra, hacia la orilla del río, y las lanzas negras volaban en dirección a una masa de cuerpos afanosos que llenaban las aguas del Song. Las flechas rebotaban como ramas inofensivas contra aquellos dotados de piel escamosa o semejante al cuero, pero algunas cumplían su objetivo y los gritos de las víctimas se elevaban sobre los gritos de ataque. Formas oscuras se retorcían y se hundían en las aguas borboteantes, perdidas en la marea de cuerpos que iban detrás. Las flechas de cabezas encendidas chocaban contra los botes, barcas y troncos, pero la mayoría eran apagadas rápidamente y la embarcación empujada hacia delante. Una y otra vez los arqueros dispararon contra las hordas que salían del bosque hacia el río, pero los demonios continuaban llegando, ennegreciendo toda la ribera oeste y el río en su esfuerzo por alcanzar el muro defensivo de los elfos.

Entonces se oyó un grito en lo alto del Carolan, y resonaron vítores. En la penumbra previa al amanecer, los elfos se volvieron a mirar, reflejando incredulidad y alegría en sus rostros ante la presencia de un jinete alto, de cabello gris. El grito se transmitió por todo el Elfitch de boca en boca. A lo largo de la línea del frente del río Song, detrás de las barricadas y las murallas, se elevó en la mañana hasta convertirse en un rugido ensordecedor.

–¡Eventine! ¡Eventine viene a reunirse con nosotros!

Los elfos se transformaron en un momento, inundados por una nueva esperanza, una nueva fe, una nueva vida. Porque allí estaba el rey que los había gobernado durante casi sesenta años; para muchos, durante toda su vida. Allí estaba el rey que había resistido al Señor de los Brujos, y que había logrado triunfar sobre él. Allí estaba el rey que se había enfrentado a las crisis que habían amenazado su país. Herido en la Cuenca de Halys, aparentemente perdido para ellos, regresaba. Con su vuelta seguramente ningún mal, por muy monstruoso que fuera, podría prevalecer contra los elfos.

¡Eventine!

Sin embargo algo iba mal; Ander se dio cuenta en el instante en que su padre desmontó y se volvió hacia él. No era el Eventine de siempre, como su pueblo creía. Vio en sus ojos la enorme distancia a que se mantenía el soberano de los elfos a causa de lo ocurrido. Era como si se hubiera retirado dentro de sí mismo, no para escapar del miedo o la incertidumbre, ya que podía dominar ambas cosas, sino de la tristeza profunda y permanente que parecía haber fragmentado su espíritu. Parecía estar bastante fuerte; la máscara de su rostro reflejaba determinación y voluntad de hierro, y saludó a quienes lo rodeaban con sus habituales palabras de ánimo. Pero sus ojos delataban el vacío que sentía, el desánimo que lo había desposeído de su corazón. Su hijo lo leyó y vio que Allanon también lo leía. Era sólo la apariencia del rey la que había cabalgado aquella mañana para estar con su pueblo. Quizá se debía a las muertes de Arion y Pindanon, o a la herida que le habían infringido en la Cuenca de Halys, o a la derrota de su ejército, o a la terrible devastación de su patria; o a todo aquello mezclado con algo más: la idea de fracaso, la conciencia de que si los elfos perdían la batalla, el mal se extendería por las Cuatro Tierras, atacaría a todas las razas y nadie podría pararlo hasta que los destruyera. La responsabilidad recaería sobre los elfos, pero en especial sobre Eventine, por ser su rey.

Ander abrazó a su padre con cariño, disimulando la tristeza que sentía. Luego dio un paso atrás y le tendió la estaca de Ellcrys.

–Esto te pertenece, majestad.

Eventine pareció dudar un momento, luego sacudió la cabeza con lentitud.

–No, Ander. Ahora te pertenece a ti. Debes llevarla en mi lugar.

El príncipe le observó en silencio. Vio en los ojos del anciano algo que antes no

había visto. Su padre lo sabía. Sabía que no estaba bien, sabía que algo en su interior había cambiado. La simulación que hacía para los otros no era válida para su hijo.

Ander retiró la estaca.

–Entonces, quédate conmigo en la muralla, majestad –le pidió suavemente.

El rey asintió y juntos subieron a las almenas.

Mientras tanto, los primeros demonios llegaron a la orilla este del río Song. Surgieron del agua trepando con gritos salvajes para lanzarse contra las lanzas y las picas procedentes de los baluartes de los elfos. Poco después, las oscuras aguas vomitaron demonios a lo largo de toda la línea defensiva. Corneaban y arañaban, una mezcolanza de miembros y fauces que desgarraban ferozmente a quienes les impedían el paso. En el centro, Stee Jans y lo que quedaba de sus Cuerpos Libres apoyaban la defensa. El gigante fronterizo de pelo rojo al frente de sus hombres, con el espadón alzado. En los flancos, Ehlron Tay y Kerrin de la Guardia Especial, animaban a sus soldados:

–¡Resistid, elfos, aguantad!

Pero no pudieron continuar resistiendo. Desbordados y sobrepasados en número, vieron que su línea de defensa empezaba a desmoronarse. Enormes demonios se lanzaban contra los defensores y abrían brechas en las murallas bajas para que pasaran sus seguidores. Las aguas del río Song estaban oscurecidas por la sangre de los demonios y los cuerpos retorcidos; pero por cada uno que caía, llegaban tres, un ímpetu salvaje que ninguna fuerza menor podría detener. Desde las puertas del segundo nivel del Elfitch, Ander dio orden de que retrocedieran. Los elfos y sus aliados abandonaron con rapidez el muro del río que se desmoronaba y se adentraron en el bosque de atrás, siguiendo senderos cuidadosamente memorizados hasta la seguridad de la rampa. Casi antes de que los demonios comprendieran lo que estaba ocurriendo, los defensores se encontraron al otro lado de las murallas, con las puertas cerradas tras ellos.

Al instante, los demonios fueron en su persecución. Al internarse en el bosque hacia el pie de la montaña, se encontraron con los centenares de trampas colocadas por los elfos. Durante unos momentos, la embestida se colapsó. Pero como cada vez llegaban más a la orilla del río, los nuevos sobrepasaron a los caídos en las trampas y llegaron a la rampa del Elfitch. Agrupándose con rapidez, atacaron. Treparon por las murallas de la primera puerta, hormigueando unos sobre otros hasta que ocuparon las defensas del nivel más bajo. Los elfos se vieron obligados a retroceder. Casi antes de que las puertas del segundo nivel pudieran cerrarse, el primero había caído. Sin aminorar la marcha, los demonios siguieron adelante, trepando por la rampa hacia la segunda entrada. Treparon por las murallas e incluso por la pared escarpada del risco, adhiriéndose a la roca como insectos. Agarrándose, saltando y escalando la pendiente de la rampa y la pared del promontorio, aullaban con ferocidad. Los elfos estaban horrorizados. El río no había detenido a los demonios. Las defensas de la ribera habían sido superadas en minutos. Ahora el primer nivel del Elfitch estaba perdido y ni siquiera la escarpada pared del risco parecía retrasarlos. Empezaban a tener la impresión de que sus defensas eran inútiles.

Los cuerpos de los demonios chocaron contra las puertas de la segunda rampa y treparon por ellas con la ayuda de sus garras. Las espadas y las picas atravesaban a los invasores. Las puertas se combaban sobre sus bisagras con el peso de la embestida. Sin embargo, esta vez los defensores resistieron, apuntalando las puertas con fuerza y hierro y repeliendo el ataque. Los gritos de dolor y muerte llenaban el aire, y los demonios recompusieron sus fuerzas formando una masa de formas retorcidas, que arremetía a ciegas contra las murallas de la rampa. Del centro de ésta, se destacó un pequeño grupo de furias, ágiles figuras grisáceas que saltaron a lo alto de las murallas de piedra, con sus rostros de mujer y gato contraídos por el odio. Los defensores elfos retrocedieron ante ellas, gritando de miedo a la vista de sus garras. Entonces el fuego azul de Allanon estalló entre las furias,

dispersándolas. Los elfos contraatacaron, arrojando a los seres gatunos de las murallas hasta que el último desapareció en la oscura masa de debajo.

El druida y los Elessedil ascendieron a la tercera puerta. Desde allí observaron cómo el ataque de los demonios incrementaba su fuerza. Los defensores elfos seguían resistiendo, los arqueros de los niveles superiores daban apoyo a los lanceros y piqueros de abajo. Los demonios se agarraban a la pared del risco en toda la extensión de la rampa del Elfitch, ascendiendo por la montaña en una lenta y ardua escalada. Desde la cumbre del risco, los enanos zapadores usaban sus grandes arcos y piedras para derribar a las figuras negras. Unos tras otros los demonios caían, gritando y contorsionándose hacia las rocas del fondo.

Entonces, súbitamente, un demonio monstruoso se adelantó a los atacantes que llegaban a las puertas de la segunda rampa, una criatura cubierta de escamas que se apoyaba sobre sus patas posteriores como un humano, pero su cuerpo y su cabeza eran de lagarto. Silbando con furia, embistió contra las puertas, haciendo crujir las barras de seguridad y aflojando las bisagras. Los elfos, desesperados, trataron de hacerle retroceder. Parecía que al monstruo no le afectaban los golpes, que rebotaban en su cuerpo acorazado. Se lanzó por segunda vez contra las puertas, y en esta ocasión las derribó contra los elfos que las guardaban. Éstos retrocedieron de inmediato, huyendo hacia el tercer nivel del Elfitch donde las puertas se encontraban abiertas para recibirlos. El monstruoso lagarto y sus hermanos los siguieron, invadiendo la rampa.

Durante un momento pareció imposible que los elfos lograran cerrar las puertas antes de que los demonios llegaran. Entonces Stee Jans surgió en la entrada de la rampa, con una enorme lanza en las manos. Flanqueado por los soldados veteranos de los Cuerpos Libres y por Kerrin y algunos de la Guardia Especial, se situó ante los demonios que avanzaban. En una embestida, el demonio lagarto se lanzó contra él. Pero el fronterizo era muy rápido. Esquivando la arremetida del demonio, arrojó la enorme lanza al interior de las fauces abiertas. El lagarto retrocedió, silbando y ahogándose. La lanza había atravesado su cabeza. Sus manos acabadas en garras trataron de alcanzar al comandante de la Legión, pero los hombres de los Cuerpos Libres y los elfos se agruparon a su alrededor, parando los golpes. Retrocedieron en segundos, situándose en la seguridad de las almenas, tras las puertas cerradas. Durante un momento, el demonio lagarto se mantuvo de pie en el centro de la rampa, tratando de librarse de la lanza asesina. Luego, su vida se acabó, y cayó hacia atrás sobre sus hermanos, barriéndolos de la rampa mientras se desplomaba sobre la muralla y caía hacia el bosque de abajo.

Los demonios renovaron su ataque, gruñendo. Pero habían perdido fuerza. Dispersos por el Elfitch, les era difícil organizarse para una acometida combinada. El mayor de ellos había sido asesinado y, al no contar con otro que ocupara su lugar, vagaron indecisos tras las murallas de la rampa inferior. Alentados por el valor de los Cuerpos Libres y de su propia Guardia Especial, los defensores elfos los obligaron a retirarse. Flechas y lanzas cayeron sobre ellos, y cientos de cuerpos oscuros se derrumbaron. Los demonios siguieron trepando, pero ahora más inseguros y vulnerables.

Ander reconoció su oportunidad. Dio la señal de contraataque. A la orden de Kerrin, las puertas de la tercera rampa se abrieron y los elfos se lanzaron adelante. Cargaron contra la masa de demonios, empujándolos hacia abajo, hacia las puertas forzadas del segundo nivel. Barriendo la rampa, los defensores obligaron a retirarse a los demonios hasta pasadas las primeras puertas.

Allí se reagruparon. Allí se les unieron como refuerzo los miles que continuaban saliendo del río Song para dirigirse al pie del risco. Los elfos resistieron sólo un momento, luego se volvieron a las puertas del segundo nivel, asegurándolas de nuevo con hierros, y allí se quedaron.

Así siguió durante el resto del día y el principio de la noche. La batalla se libró ferozmente arriba y abajo de la rampa, desde el pie del risco hasta las puertas del tercer nivel; los elfos y los demonios se mataban y se destrozaban unos a otros en una lucha en la que nadie pedía ni daba tregua. Dos veces los demonios retomaron las segundas puertas e hicieron presión contra la tercera. Dos veces fueron expulsados; una de ellas hasta la base del promontorio. Murieron miles, aunque el mayor número correspondió a los demonios, porque estos luchaban sin cuidarse de sus vidas, derrochándose a sí mismos frente a las formaciones cuidadosamente organizadas de los defensores. Sin embargo, también cayeron elfos heridos y muertos, y su falta empezó a notarse, en contraste con los demonios que nunca parecían disminuir.

Entonces, de repente y sin aviso, los demonios dejaron de atacar. Iniciaron el descenso del Elfitch sin luchar ni apresurarse, sino lenta y remisamente, gruñendo y resollando mientras se perdían entre los bosques. Las figuras negras se agazaparon en las sombras de la noche, inmóviles y silenciosas, como en espera de que algo ocurriese. Detrás de las puertas y de las murallas del Elfitch y desde el borde del Carolan, los exhaustos defensores atisbaron en la oscuridad. No se preguntaban qué había ocurrido, se limitaron a alegrarse de ello. Al menos durante otro día la ciudad de Arbolon estaba a salvo.

Esa misma noche, apenas dos horas después de la retirada de los demonios a la oscuridad de los bosques situados bajo el Carolan, llegó un mensajero hasta Eventine y Ander cuando éstos se encontraban reunidos con los ministros en el Consejo Supremo. Con voz excitada, anunció que un ejército de rock trolls había llegado del Kershalt. El rey y su hijo abandonaron con premura el edificio del Consejo, seguidos por los demás, para encontrar el patio frontal completamente lleno de figuras enormes, con su característica piel similar a la corteza de árbol, en formación y protegidos por cuero y hierro. Los espadones y las lanzas relucían bajo la luz ahumada de las antorchas que los rodeaban, y un mar de ojos hundidos se posaron en los rostros atónitos de los elfos.

Su comandante se adelantó. Era un enorme troll con una gran hacha de dos filos atada a la espalda. Tras dirigir una rápida mirada a los otros elfos, se situó ante el rey.

–Soy Amantar, matureno de este ejército –informó en el burdo dialecto de los trolls–. Somos mil quinientos, rey Eventine. Venimos para apoyar a los elfos.

Eventine se quedó sin habla. Casi había olvidado a los trolls, creyendo que los habitantes de la Tierra del Norte habían decidido no implicarse en el conflicto. Ahora, al verlos allí, cuando ya no esperaban ninguna otra ayuda... Amantar vio la sorpresa del viejo rey.

–Rey Eventine, debe saber que se ha pensado mucho sobre su petición de ayuda –dijo suavemente–. Los elfos y los trolls hasta ahora siempre habían luchado entre sí. Hemos sido enemigos. Eso no puede olvidarse con facilidad. Pero en cualquier momento se presenta la ocasión de comenzar de nuevo. Ese momento ha llegado para los elfos y los trolls. Conocemos a los demonios. Hemos tenido encuentros con algunos de ellos. Ha habido heridos y muertos. Los rock trolls comprenden el peligro que los demonios representan. Los demonios son un mal tan grande como el Señor de los Brujos y las criaturas de la marca de la calavera. Ese mal nos amenaza a todos. Por tanto, es evidente que los elfos y los trolls deben dejar de lado sus diferencias y unirse contra un enemigo común. Hemos venido, mis compatriotas y yo, para unirnos a los elfos.

Fue un discurso elocuente. Amantar terminó y, con un ademán cuidadosamente calculado, se arrodilló para proclamar su voto de lealtad al modo de los trolls. Detrás de él, los soldados le imitaron, arrodillándose todos en silencio ante Eventine.

Ander vio las lágrimas que aparecieron en los ojos del anciano. Durante un momento, Eventine volvió del lugar al que se había retirado, y su rostro mostró esperanza y

un orgullo feroz. Lentamente se llevó la mano derecha al corazón, devolviendo a los trolls el voto al modo elfo. Amantar se levantó, y ambos se estrecharon las manos.

Ander sintió deseos de aplaudir.

Allanon caminaba por los estrechos senderos de los Jardines de la Vida bajo un cielo nocturno nublado a través del cual la luna y las estrechas se asomaban furtivamente. Solitaria y silenciosa, su alta figura recorría la fresca y fragante oscuridad de los macizos de flores y los setos esculpidos con la cabeza inclinada hacia el camino y los brazos cruzados bajo los pliegues de su larga y negra capa. El rostro oscuro estaba oculto entre las sombras de la capucha, con sus enjutas facciones marcadas por arrugas de preocupación y de un amargo propósito. Porque esa noche iba a reunirse con la muerte.

Caminó hasta el pie del montículo guardado por los miembros de la Guardia Negra. Impaciente, levantó la mano y se deslizó entre ellos con la rapidez de una idea fugaz, y ellos no lo vieron. Trepó despacio hacia la cima, deseando no mirar lo que tenía que ver, con los ojos bajos y fijos en la pendiente cubierta de hierba.

Cuando al fin llegó, levantó la cabeza. Ante él se encontraba Ellcrys con sus ramas, esbeltas y elegantes en otro tiempo, marchitas y dobladas como huesos disecados de algún animal muerto. Habían desaparecido la fragancia y el color, y sólo quedaba una sombra de lo que fue increíblemente bello. En el suelo yacían esparcidas las hojas rojizas como rollos de pergamino arrugado. El árbol estaba desnudo, enclavado bajo el cielo nocturno entre un montón de ramas y cortezas desprendidas.

Allanon se quedó paralizado. Ni siquiera él estaba preparado para eso; ni para lo que vio, ni para lo que sintió al verlo. El dolor creció en su interior ante la inevitabilidad de lo que ocurría. Era incapaz de evitarlo, porque incluso los druidas carecían del don de la vida eterna. Todas las cosas tenían que desaparecer de la tierra un día u otro, y el de Ellcrys había llegado.

Alzó una mano para tocar las ramas marchitas, luego la dejó caer. No quería sentir su dolor. Pero era consciente de que debía calibrarlo. Levantó la mano otra vez, lentamente, tocándolas con suavidad. Sólo la mantuvo un instante y en él trató de transmitirle una sensación de consuelo y esperanza, luego la retiró. Un día o dos, quizá tres. No, más. Y moriría.

Su alta figura se enderezó, dejando caer las manos a los lados, con sus ojos oscuros fijos en el árbol agonizante. ¡Qué poco tiempo!

Al dar la vuelta se preguntó si tan poco tiempo bastaría para que Amberle volviera.

# XL

Wil Ohmsford corría por el bosque del Indomitun, siguiendo la marca oscura del camino que se adentraba en la niebla y la penumbra. Las ramas y enredaderas colgantes, cargadas de humedad, le rozaban y abofeteaban a su paso; y sus botas hacían que salpicara el agua de los charcos del camino empapado por la lluvia, ensuciándolo de barro. Pero el valense no notaba nada de eso, su mente estaba abrumada por las emociones que giraban y se retorcían para aturdirle con la desesperación ante la pérdida de las piedras élficas, la rabia contra Cephelo, el temor por Amberle, y la sorpresa ante las palabras que ella había pronunciado.

Te quiero, le había dicho, con la intención de expresar exactamente eso. Te quiero. ¡Qué extraño le parecía oír tal cosa de ella! Hasta ese momento, no había tenido en cuenta tal posibilidad. Al principio se había mostrado resentida y desconfiada con él. Y tampoco a él le gustaba entonces la joven elfina. Pero el largo viaje que emprendieron en Villa Refugio hizo que se conocieran, y los peligros y carencias a que se enfrentaron y lograron superar los habían unido. En ese breve período de tiempo sus vidas se habían enlazado. No era tan extraño entonces que surgiera alguna clase de afecto. Las palabras palpitaban en su cabeza, repitiéndose. Te quiero. Sabía que era cierto, y se preguntó cuánto la quería él.

Dio un paso en falso y cayó contra el fango y el agua. Se levantó furioso, se sacudió el barro y el agua lo mejor que pudo y siguió corriendo. La tarde se desvanecía con demasiada rapidez; tendría suerte si lograba llegar al camino principal antes de que anocheciera. Cuando eso ocurriese, tendría que orientarse en la oscuridad absoluta, solo en una tierra desconocida, con un cuchillo de caza como única arma. ¡Estúpido! Ése era el epíteto más benévolo que merecía por lo ocurrido, por dejar que Cephelo lo engañara haciéndole creer que les prestaría ayuda sin recibir a cambio más que una vaga promesa. ¡El inteligente Wil Ohmsford...! se dijo a sí mismo ardiendo de rabia. Y Allanon creía que se le podía confiar la seguridad de Amberle.

Sus músculos empezaron a entumecerse por el esfuerzo de la carrera. La desesperación lo invadió al pensar en todo lo que Amberle y él habían soportado para llegar a la situación presente, sólo para tener que enfrentarse a la pérdida total por falta de previsión. Siete rastreadores elfos dieron sus vidas para que ellos llegaran al Indomitun. Muchos más habrían muerto defendiendo la Tierra del Oeste contra los demonios, porque la Prohibición estaría rota ya. ¿Todo para nada? ¿Todo para terminar así? La vergüenza y luego la determinación pasaron a través de él desplazando a la desesperación. Nunca se rendiría. ¡Nunca! Recuperaría las piedras élficas que le habían robado. Volvería con Amberle. La conduciría a salvo hasta el Pináculo, hasta el Fuego de Sangre, y de vuelta a Arbolon. Tenía que hacer todo eso porque era su deber, porque hacer menos era fallar, no sólo a Allanon y a los elfos, sino también a sí mismo. Y estaba dispuesto.

Mientras ese pensamiento ocupaba su mente, una sombra apareció en el camino, materializándose en la penumbra como un fantasma alto y silencioso que le aguardaba. El valense se detuvo, tan aterrorizado que casi saltó del camino hacia el bosque. Respirando entrecortadamente, contempló la sombra, dándose cuenta de que se trataba de un caballo y un jinete. El caballo giró sobre el camino y pateó. Wil se acercó con cautela, que se transformó en incredulidad y después en asombro.

Era Eretria.

–¿Sorprendido?

Su voz sonó fría y calculada.

–Mucho –admitió él.

–He venido para salvarte por última vez, Wil Ohmsford. Ahora, supongo, escucharás con más atención lo que tengo que decirte.

Wil avanzó hasta ella y se detuvo.

–Cephelo tiene las piedras.

–Ya lo sé. Puso una droga en tu cerveza, luego te las quitó por la noche mientras dormías.

–¿Y no hiciste nada para avisarme?

–¿Avisarte? –Movió la cabeza lentamente–. Te habría avisado, curandero. Te habría ayudado. Pero tú no me ayudaste, ¿recuerdas? Todo lo que te pedí fue que me llevases contigo. Si lo hubieras hecho, yo te habría hablado de los planes de Cephelo para que las guardaras bien. Pero me despreciaste, curandero. Me abandonaste. Te creíste que podías arreglártelas sin mí. Bueno, me dije, iré a ver qué tal le va al curandero sin mí. –Se inclinó para examinarlo, midiéndolo con la mirada–. No parece que te vaya demasiado bien.

Wil asintió; mientras tanto su mente pensaba. No era momento de decir ninguna tontería.

–Amberle está herida. Se cayó y se torció un tobillo y no puede caminar sin ayuda. He tenido que dejarla al borde de los Hoyos.

–Parece que eres un especialista en abandonar mujeres en peligro –comentó Eretria.

Él se refrenó.

–Supongo que debe parecer así. Pero a veces no podemos hacer lo que queremos para ayudar a otros.

–Tú lo has dicho. Me imagino que eso es lo que crees. ¿Has abandonado entonces a la elfina?

–Sólo hasta que recupere las piedras élficas.

–Lo que no lograrás sin mí.

–Lo que lograré contigo o sin ti.

La joven vagabunda lo observó durante un momento, luego su expresión se suavizó.

–Supongo que también crees eso, ¿verdad?

Wil apoyó la mano sobre el flanco del caballo.

–¿Has venido para ayudarme, Eretria?

Ella lo miró sin decir nada durante un momento, luego asintió.

–Si tú también me ayudas a mí. Esta vez tienes que hacerlo. –Al no contestar él, continuó–. Un trato, Wil Ohmsford. Te ayudaré a recuperar las piedras si accedes a llevarme contigo cuando las tengas.

–¿Cómo las conseguirás? –preguntó él con cautela.

Ella sonrió por primera vez, con su acostumbrada sonrisa deslumbrante que lo dejó sin aliento.

–¿Qué cómo lo haré? Curandero, nací entre vagabundos y soy la hija de un ladrón, que me compró. Él te robó las piedras; yo las robaré para ti. Conozco el oficio mejor que él. Todo lo que necesitamos es encontrarlo.

–¿No te habrá echado de menos?

Ella negó con la cabeza.

–Cuando nos separamos de ti le dije que deseaba adelantarme para unirme a la caravana. Él accedió, porque los vagabundos conocemos bien los caminos del Indomitun y estaría fuera del valle al anochecer. Como sabes, curandero, desea que no me ocurra nada. Por las mercancías estropeadas no se paga mucho. De todas formas, cabalgué sólo más o menos un kilómetro pasado el Cerro del Silbato, luego tomé otro camino que trae hacia el sur y se une con éste a varios cientos de metros de aquí. Pensé que te alcanzaría al anochecer, ya fuese en los Hoyos o por aquí, si descubrías la pérdida de las piedras. Así que ya ves, Cephelo no se dará cuenta de lo que he hecho hasta que no alcance a la

caravana. La carreta le obliga a ir más despacio, por tanto, eso no ocurrirá hasta mañana. Esta noche acampará en la carretera que sale del valle.

–Entonces tenemos toda la noche para recuperar las piedras –terminó Wil.

–Tiempo suficiente –replicó ella–. Pero no si seguimos aquí hablando. Además, no desearás que la elfina se quede sola en los Hoyos por mucho tiempo, ¿verdad?

La mención de Amberle le estremeció.

–No. Vámonos.

–Un momento. –Retiró el caballo de él–. Primero tu palabra. Una vez te haya ayudado, me ayudarás tú. Me llevarás contigo cuando consigamos las piedras. Dejarás que me quede contigo hasta que esté a una distancia segura de Cephelo, y yo decidiré cuando es el caso. Promételo, curandero.

Había poco más que pudiera hacer aparte de quitarle el caballo, y ni siquiera estaba del todo seguro de poder conseguir eso.

–Muy bien. Lo prometo.

Ella asintió.

–Bueno. Para que cumplas tu promesa, yo guardaré las piedras cuando las recuperemos hasta que hayamos salido del valle. Súbete detrás.

Wil montó sin hacer comentarios. De ningún modo iba a dejar que guardara las piedras élficas cuando se las hubiera quitado a Cephelo, pero era inútil discutirlo. Se situó detrás de la muchacha y ésta se volvió a mirarlo.

–No te mereces lo que estoy haciendo por ti, ¿lo sabes? Pero me gustas; me gusta la suerte que tienes en la vida; en especial al conseguir mi ayuda. Agárrate a mi cintura.

Wil dudó primero y después lo hizo, Eretria se inclinó hacia atrás.

–Mucho mejor –ronroneó con voz seductora–. Te prefiero así que cuando está la elfina cerca. Ahora cógete con fuerza.

Con un grito inesperado, apoyó las botas en los costados del caballo. El animal se encabritó sobresaltado, relinchó y empezó a galopar. Cabalgaron por el accidentado sendero, inclinados sobre el cuello del caballo, golpeándolo con las piernas mientras huían a través de la penumbra. Eretria parecía tener los ojos de un gato, guiando a su montura con mano certera y experta entre troncos caídos y madera seca, sobre riachuelos y charcos formados por la lluvia, descendiendo una pendiente fangosa para subir la siguiente. Wil se aferraba con todas sus fuerzas, preguntándose si la joven habría perdido la cabeza. Si seguían así, terminarían cayéndose.

Pero, contra sus previsiones, no se cayeron. Pocos segundos después, Eretria desvió al caballo por un estrecho espacio, situado entre los árboles que casi lo llenaban todo. Con un impulso, el animal saltó sobre la maleza hasta un segundo sendero, que Wil no había visto en su anterior camino hacia los Hoyos, y siguieron galopando entre la penumbra brumosa, sin apenas aminorar la velocidad ante los obstáculos que se oponían a su paso, cabalgando sin parar en la oscuridad creciente. La poca luz que quedaba empezó a desvanecerse con la llegada del crepúsculo. El sol, perdido más allá de la bóveda del bosque, se hundió tras las cumbres de las montañas. Las sombras se hicieron más intensas y el aire más frío. Eretria mantuvo el galope del caballo.

Cuando al fin se detuvieron, se encontraban de nuevo en el camino principal. Eretria tiró de las riendas del caballo con brusquedad, le dio unas palmadas en los sudorosos flancos y se volvió a mirar a Wil, dirigiéndole una sonrisa burlona.

–Esto era sólo para demostrarte que puedo enfrentarme con cualquiera. No necesito que me cuides.

El valense notó que su estómago empezaba a asentarse.

–Lo has conseguido, Eretria. ¿Por qué nos detenemos aquí?

–Para investigar –le respondió mientras desmontaba. Sus ojos examinaron el camino

durante unos momentos; después frunció el entrecejo–. Qué raro. No hay huellas de carreta.

Wil desmontó también.

–¿Estás segura? –Escrutó el camino, sin encontrar ninguna marca de ruedas–. Quizá la lluvia las ha borrado.

–La carreta es demasiado pesada para que la lluvia borre todo rastro de su paso. –Movió la cabeza con gesto de extrañeza–. Además, la lluvia casi debía haber cesado en el momento en que llegó a este punto. No lo entiendo, curandero.

La luz disminuía por momentos. Wil miró a su alrededor con aprensión.

–¿No se habrá detenido a esperar que termine la tormenta?

–Quizá. –Parecía dudarlo–. Será mejor que retrocedamos un poco. Vamos.

Volvieron a montar y empezaron a cabalgar hacia el oeste, observando de vez en cuando la tierra enfangada en busca de señales de la carreta. No las encontraron. Eretria llevaba el caballo a trote lento. Delante, la niebla se arremolinaba saliendo del bosque por ambos lados, en delgadas estelas que se deslizaban en la penumbra como tentáculos. Los sonidos nocturnos llegaron de entre los árboles cuando las criaturas del valle despertaron y comenzaron a cazar.

Luego un sonido distinto se elevó de algún lugar situado delante de ellos, débil al principio, diluyéndose en un eco entre los otros sonidos más agudos y cortos, luego se hizo más fuerte y persistente. Creció hasta convertirse en un aullido estridente y misterioso, como si algún alma torturada estuviera sufriendo un dolor que superara los límites de su resistencia y antes de morir lanzara un último grito de terrible angustia.

Wil, alarmado, se apretó contra el hombro de Eretria.

–¿Qué es eso?

Ella se giró hacia atrás.

–El Cerro del Silbato está ahí enfrente. –Esbozó una sonrisa nerviosa–. El viento produce a veces ese sonido.

El grito creció, más áspero y penetrante, y la tierra empezó a ascender a través del bosque en una pendiente rocosa que los elevó por encima de la niebla. Los árboles se separaron para dejar ver pequeños fragmentos del cielo azul de la noche. El caballo comenzó a reaccionar a los sonidos, resoplando con nerviosismo, agitándose y revolviéndose mientras Eretria trataba de calmarlo. Ahora avanzaban más despacio, abriéndose paso hacia delante entre la oscuridad hasta que estuvieron en la cumbre. Más allá, la carretera se rectificaba una vez más y desaparecía en la penumbra.

Entonces Wil vio algo, una sombra que se movía hacia ellos, materializándose entre el aullido del viento y la noche. Eretria la vio también y tiró de las riendas bruscamente. La sombra se acercó más. Era un caballo, un gran alazán, sin jinete, arrastrando las riendas. Llegó, sin prisas, hasta donde estaban y frotó su hocico con el del caballo de Eretria. El valense y la muchacha lo reconocieron en seguida. Era el de Cephelo.

Ella desmontó. Sin decir nada, examinó al alazán, dándole palmadas en los costados y en el cuello para calmarlo. No había ninguna marca en el animal, pero estaba sudando en exceso. Cuando se volvió a mirar a Wil, su rostro expresaba extrañeza.

–Algo ha ocurrido. En otro caso, su caballo no estaría aquí.

El valense asintió. Comenzaba a presentir algo malo en todo aquello.

Eretria se montó sobre el caballo de Cephelo.

–Seguiremos un poco más –decidió, pero había incertidumbre en su voz.

Uno al lado del otro, cabalgaron a lo largo de la cadena de cerros, mientras el viento soplaba su misterioso aullido a través de las altas rocas y los árboles del bosque. En el cielo, las estrellas parpadeaban enviando su pálida luz blanca a la oscuridad del Indomitun.

Entonces algo más apareció en la penumbra, otra sombra, esta vez negra, inmóvil y

cuadrada sobre el camino. El valense y la joven vagabunda aminoraron la marcha, conduciendo a sus caballos con cautela, revelando en sus ojos la inquietud. Poco a poco la sombra empezó a tomar forma. Era la carreta de Cephelo, los llamativos colores destacaban bajo la luz de las estrellas. Se acercaron un poco más, y la inquietud se transformó en horror. Los caballos que tiraban de la carreta estaban muertos, retorcidos y destrozados, aún amarrados a los arreos de cuero tachonados de plata. Cerca de éstos yacían varios animales más y, con ellos, sus jinetes, tirados sobre el camino como títeres, desgarrados y descuartizados, con sus ropas brillantes teñidas de sangre que rezumaba a través de la tela para mezclarse con la tierra enfangada.

Inmediatamente Wil miró a su alrededor, atisbando en las sombras del bosque, buscando algún signo de lo que había hecho aquello. Nada se movía. Miró a Eretria. Se encontraba sentada como una esfinge sobre su montura, el color había desaparecido de su cara y estaba mirando con fijeza los cuerpos tendidos. Sus manos cayeron poco a poco sobre su regazo, y las riendas quedaron sueltas. Wil desmontó, recogió las riendas caídas y trató de entregárselas otra vez a la joven aterrorizada. Pero Eretria no reaccionó, cogió sus manos, le colocó las riendas entre sus dedos y la obligó a cerrarlos. Ella lo miró, muda.

–Espera aquí –ordenó.

Se dirigió hacia la carreta, examinando los cuerpos destrozados al pasar. Todos estaban muertos, incluso la anciana que la había conducido, inertes como la madera seca. El valense sintió un hormigueo en la piel. Sabía quién había hecho aquello. Uno a uno los revisó hasta que encontró a Cephelo. Estaba muerto también, su figura alta extendida en el suelo, con la capa verde hoja puesta, con sus facciones angulosas congeladas en una expresión de horror. Tan destrozado estaba su cuerpo que era difícil reconocerlo.

Wil se agachó. Palpó con cuidado las ropas del vagabundo muerto, buscando las piedras élficas. No encontró nada. El pánico hizo un nudo en su estómago. Tenía que encontrar las piedras. Entonces vio las manos de Cephelo. La derecha se agarraba a la tierra en un gesto que hablaba de una agonía insoportable. La izquierda estaba cerrada en un puño. El valense aspiró profundamente y cogió la izquierda. Uno por uno forzó los dedos rígidos para abrirlos. La luz azul destelló entre ellos, y una sensación de alivio lo inundó. Incrustadas en la carne de la palma estaban las piedras élficas. Cephelo habría tratado de usarlas como vio a Wil hacer en el Tirfing, pero las piedras no le respondieron y murió con ellas en la mano.

El valense las arrancó de la mano del muerto, las limpió en su camisa y las depositó otra vez dentro de su bolsita de cuero. Luego se levantó, escuchando el chillido del viento que soplaba entre los riscos. Sintió un desfallecimiento al percibir el olor de la muerte. Sólo un ser podía haber hecho aquello. Recordó a los elfos muertos en el campamento del bosque de Drey y en la fortaleza del Pykon. Sólo un ser. La Parca. ¿Pero cómo los había encontrado? ¿Cómo los había seguido desde el Pykon hasta el Indomitun?

Recuperó la calma y se apresuró a volver con Eretria. Ella seguía montada en el caballo de Cephelo, con sus oscuros ojos destellando de horror.

–¿Lo has encontrado? –preguntó con un susurro–. ¿Cephelo?

Wil asintió.

–Está muerto. Todos están muertos. –Hizo una pausa–. He recuperado las piedras.

Ella pareció no haberle oído.

–¿Qué clase de ser ha podido hacer eso, curandero? ¿Algún animal, quizás? ¿Las hermanas brujas o...?

–No. –Sacudió la cabeza–. No Eretria, sé lo que fue. Ese ser que nos ha seguido a Amberle y a mí desde Arbolon. Creí que lo habíamos perdido al otro lado de las Estribaciones Rocosas, pero de algún modo volvió a encontrarnos.

La voz de ella temblaba.

–¿Es un demonio?

–Un tipo especial de demonio. –Volvió a mirar a los muertos sobre el camino–. Le llaman la Parca. –Reflexionó un momento–. Debió de creer que viajábamos con Cephelo. Quizá la lluvia lo indujo a error. Lo siguió y lo atrapó aquí...

–Pobre Cephelo –murmuró ella–. Llevó su juego demasiado lejos. –Hizo una pausa y volvió a mirarlo–. Curandero, ese ser sabe ya que no estabas con Cephelo. ¿Dónde irá ahora?

Ambos se miraron. Ambos conocían la respuesta.

Al borde de los Hoyos, Amberle se acurrucó bajo la protección de los arbustos donde Wil la había escondido y escuchó los sonidos de la noche. La oscuridad se había extendido sobre el Indomitun como un velo, profundo e impenetrable, y la joven elfina se encontraba encerrada en su interior, incapaz de ver más allá de los arbustos, escuchando a las criaturas que merodeaban. Sabiendo que Wil no volvería hasta el amanecer, trató de dormir un poco. Pero el sueño no acudió; el tobillo le dolía y su mente estaba llena de pensamientos sobre el valense y su misión, sobre su abuelo, sobre los peligros que la rodeaban. Al final se rindió. Con las rodillas levantadas contra el cuerpo, se encorvó hacia delante, decidida a confundirse con el bosque que la rodeaba tanto como pudiera, en silencio, inmóvil e invisible.

Durante un tiempo lo logró. Ninguna de las criaturas del bosque se acercó a ella, manteniéndose entre los árboles, apartadas del borde de los Hoyos. Los mismos Hoyos estaban envueltos en un silencio tan intenso que podía ser oído como lo eran los sonidos de la noche. Una o dos veces algo voló por encima de su refugio, interrumpiendo por unos instantes la quietud con su rápido batir de alas, para luego alejarse y desaparecer. El tiempo pasaba, y ella empezó a sentir sueño.

Entonces el frío la invadió de repente, como si el calor hubiera sido extraído de la atmósfera que la rodeaba. Se despertó y se frotó los brazos con fuerza. El frío desapareció y la calidez del verano volvió a templar su cuerpo. Insegura ahora, miró en su entorno. Todo estaba como antes; en la oscuridad nada se movía, nada se oía. Respiró profundamente y cerró los ojos otra vez. El frío volvió. Esperó un momento antes de moverse, manteniendo los ojos cerrados, tratando de identificar el origen del frío. Descubrió que procedía de algún lugar dentro de sí misma. No lo comprendió. Un frío, un frío amargo en su interior, que se abría paso a través de ella, aturdidor como una caricia de... la muerte.

Sus ojos se abrieron. Al instante lo comprendió. Era un aviso de que algo iba a matarla. Otra persona cualquiera hubiera considerado aquello producto de su imaginación. Pero ella era muy sensitiva. Había tenido antes sensaciones como ésa y sabía que no debía despreciarlas. El aviso era real. Lo único que le resultaba confuso era su origen.

Se inclinó hacia delante con una momentánea indecisión. Algo se dirigía hacia ella, algo monstruoso, algo que la destruiría. No podía ocultarse. No podía oponer resistencia. Sólo podía correr.

Imponiéndose al dolor del tobillo, se deslizó fuera de los arbustos, se agazapó detrás y atisbó en la penumbra del bosque. El ser que la acechaba estaba cerca; ahora podía sentir su presencia con claridad, moviéndose sin ruido a través de la noche. Se acordó de Wil y deseó desesperadamente que estuviese allí para ayudarle. Pero Wil no estaba. Tenía que salvarse ella misma y hacerlo sin demora.

Sólo había un lugar adonde ir, un lugar adonde tal vez no la seguiría su perseguidor: los Hoyos. Se acercó cojeando hasta el borde y miró abajo hacia la negrura sin fondo. El pánico la invadió. Los Hoyos eran tan aterradores como el ser que la amenazaba. Trató de serenarse, recorriendo con sus ojos verdes la negrura hasta el Pináculo. Debía dirigirse allí.

En aquel lugar Wil la buscaría.

Encontró un sendero que conducía abajo y comenzó a seguirlo, avanzando con cautela entre las sombras. Pronto estuvo rodeada por la oscuridad; la luz de las estrellas y de la luna quedó perdida sobre los árboles. Su rostro de niña se endureció con un gesto de determinación y, a tientas, fue abriéndose paso. Sus movimientos eran tan pausados como le era posible, y sólo el ligero roce de las botas en la tierra y la roca delataba su paso. Abajo sólo había silencio.

Al fin llegó al fondo de los Hoyos. Se detuvo entonces, sentándose en el tronco de un árbol, frotándose con cuidado el tobillo. Estaba bastante inflamado, agravado por su decisión de caminar apoyándose en él. El sudor bañaba su cara cuando levantó la vista y escuchó. No oyó nada. No importa, se dijo. Cualquiera que fuese el ser que la perseguía estaba allá arriba aún, buscándola. Tenía que adentrarse más en los Hoyos. Sus ojos habían comenzado a adaptarse a la negrura; podía discernir vagamente las formas de los árboles y grupos de arbustos que la rodeaban. Tenía que seguir.

Se levantó y continuó cojeando en la oscuridad, tratando de no cargar su peso sobre el tobillo lesionado. Moviéndose de un árbol a otro, descansaba un momento en cada uno, escuchando con ansia el silencio profundo. El dolor aumentó, una punzada constante que parecía intensificarse a cada paso. Los músculos de la pierna sana se entumecieron y acalambraron por el constante cojear; empezaba a agotarse.

Tuvo que detenerse. Respirando con dificultad, se dejó caer en el suelo, junto a un matorral, y apoyó la espalda en la tierra fría. Se tranquilizó y trató de localizar de nuevo el origen del aviso. Durante un momento no ocurrió nada. Luego el frío volvió a recorrerla, penetrante, intenso. Contuvo la respiración. El ser estaba ya dentro de los Hoyos.

Se obligó a levantarse y a continuar, renqueando a ciegas a través de la oscuridad. En un momento pensó en la posibilidad de estar desplazándose en círculo, pero rechazó la idea. Se caía una y otra vez. En varias ocasiones se golpeó con tanta fuerza que casi perdió el conocimiento. En cada una de ellas logró ponerse en pie; apoyándose en las rodillas y jadeando se obligaba a seguir. Los minutos transcurrían hasta que perdió el sentido del paso del tiempo. A su alrededor, el silencio y la oscuridad se hicieron más profundos.

Llegó el momento en que no pudo más. Cayó de rodillas. El ruido de su respiración sonaba con aspereza en sus oídos. Llena de frustración, comenzó a gatear. La roca y la madera seca arañaban sus manos y sus rodillas mientras avanzaba con dificultad entre la maleza, con el tobillo inflamado y dolorido. No se rendiría, se juró. El ser no la alcanzaría. Volvió sus pensamientos a Wil. Vio en su mente la expresión que había adquirido su rostro cuando le dijo que lo quería. Era consciente de que no debería habérselo dicho. Pero en aquel momento no pudo evitarlo. A ella misma la cogió por sorpresa. Y el asombro en los ojos de él...

Se echó de cara al suelo, llorando. ¡Wil! Susurró como si su nombre fuera un talismán para protegerse del mal que la acechaba en la negrura. Luego se incorporó y siguió gateando. Su mente divagaba, y le pareció sentir la presencia de otras criaturas a su alrededor, moviéndose con ella en la noche, con agilidad y sin ruido. Criaturas pequeñas, pensó. Pero el ser, ¿dónde estaba el ser? ¿A qué distancia se encontraba de ella?

Siguió arrastrándose y gateando hasta que sus fuerzas la abandonaron por completo; entonces se tendió sobre el suelo del bosque. Estaba acabada, lo sabía. Era incapaz de hacer nada más. Sus ojos se cerraron y se preparó para morir. Un momento después, se durmió.

Estaba todavía dormida cuando los dedos agarrotados y rígidos de una docena de manos nudosas la levantaron y se la llevaron.

# XLI

El valense y la vagabunda bajaron cabalgando por el camino salpicado de piedras y salieron del Cerro del Silbido, dejando atrás el sonido del viento. Atravesaron velozmente la negrura del bosque de abajo, con las sedas de sus ropas golpeando sus cuerpos, inclinados sobre los cuellos de los caballos y atisbando sin ver en la oscuridad. Los árboles se cerraron a su alrededor y desapareció el cielo. Con desconsideración temeraria por sus vidas, siguieron adelante, confiando en los pasos certeros de sus monturas y en la suerte.

No hubo discusión respecto a eso; no tenían tiempo para discutir. En el instante en que Wil comprendió que la Parca retrocedería hasta encontrar el sendero que Amberle y él habían seguido para dirigirse a los Hoyos tras separarse de los vagabundos, su mente se quedó en blanco para todos los pensamientos, excepto para uno: Amberle estaría al final de ese camino, sola, herida, sin defensa. Si no conseguía llegar antes que la Parca, ella moriría; y él sería el culpable, ya que fue quién decidió dejarla allí. La imagen de los cuerpos desgarrados y destrozados de los vagabundos destelló en su mente. En ese momento lo olvidó todo salvo la necesidad de llegar hasta Amberle. Subió a su caballo, le hizo dar la vuelta y se alejó al galope.

Eretria lo siguió de inmediato. Podría haber tomado otra decisión. Con Cephelo muerto, ya no necesitaba la protección de Wil. Ya no pertenecía a nadie. Era dueña de sí misma al fin. Podría haber tomado otra dirección y cabalgado hasta salir del valle, escapando del terrible ser que había asesinado a Cephelo y a los demás. Pero Eretria ni siquiera consideró esa posibilidad. Sólo pensó que Wil se estaba alejando de ella, abandonándola una vez más. El orgullo, la tozudez y la extraña atracción que el valense ejercía sobre ella ardieron en su interior. No podía permitirle que volviese a dejarla. Sin dudarlo, lo siguió.

Así empezó la carrera para salvar a Amberle. Wil Ohmsford, cabalgando como si hubiera enloquecido, perdió rápidamente la noción de dónde se encontraba. La penumbra y la niebla crecieron a su alrededor a medida que descendía, alejándose de la línea de cerros hacia el bosque profundo, y apenas era capaz de distinguir las formas oscuras de los árboles de los lados al pasar como una exhalación junto a ellos. Pero no aflojó la marcha; no podía. Oyó el ruido de otro caballo que lo seguía y comprendió que Eretria iba tras él. Murmuró una rápida maldición; ¿no tenía ya bastantes problemas? Pero no había tiempo para preocuparse por la vagabunda. La apartó de sus pensamientos y concentró sus esfuerzos en encontrar el atajo que conducía al sur.

A pesar de eso, pasó sin verlo. Si Eretria no lo hubiese llamado, habría seguido en dirección este, hacia las montañas. Dando la vuelta sorprendido, volvió hacia atrás. Pero ahora Eretria encabezaba la marcha, espoleando a su montura en la oscuridad. Más familiarizada que él con el camino, galopaba sin problemas, animándolo para que la siguiese.

Fue una cabalgada terrible. La oscuridad era tan completa que incluso a los ojos agudos de la vagabunda les costaba distinguir el camino que serpenteaba a través de la noche del bosque. Varias veces los caballos estuvieron a punto de caer, al saltar sobre riachuelos y troncos que se interponían en el estrecho camino. Pero eran caballos de vagabundos, entrenados por los mejores jinetes de las Cuatro Tierras, y respondieron con una rapidez y una agilidad que arrancaron un grito feroz de los labios de la joven y dejaron al valense sin aliento.

Entonces, de repente, se encontraron de nuevo con el camino que Amberle y Wil habían seguido hacia los Hoyos, con las ramas y las enredaderas golpeándolos y el agua

barrosa llenándolos de salpicaduras desde los charcos del camino. Sin aminorar la marcha se desviaron hacia el sur. Los minutos pasaban.

Al fin llegaron al borde de los Hoyos, cuyo círculo negro se extendía ante ellos como un foso sin fondo. Tirando bruscamente de las riendas de los caballos, saltaron al suelo, mirando a su alrededor en la oscuridad del bosque. El silencio persistía en los Hoyos, profundo, penetrante. Wil dudó sólo un segundo, luego empezó a buscar el grupo de arbustos en que había escondido a Amberle. Lo encontró casi al momento, y penetró abriéndose paso hacia su centro. No había nadie allí. El pánico lo dominó, pero se sobrepuso. Buscó a tientas algún signo que le indicara lo que le había ocurrido a la elfina, y no lo encontró. El pánico volvió. ¿Dónde estaba? Se puso en pie, alejándose de los arbustos. De repente pensó que quizá no eran aquéllos y empezó a buscar otros. Pronto renunció a su empeño. Por allí no había ninguno que se pareciera.

Eretria se acercó a él.

–¿Dónde está?

–No lo sé –susurró, con el rostro lleno de sudor–. No la encuentro.

Recuperó el control de sí mismo con gran esfuerzo. Piensa, se dijo. O ha huido o la Parca se la ha llevado. Si ha huido, ¿adónde? Miró a los Hoyos. Allí, decidió, al Pináculo, o tan cerca de él como pudiera. ¿Y si se la han llevado? Pero no podía ser, porque no había ningún signo de lucha. Ella se habría resistido; le habría dejado alguna señal. En el otro caso, se habría cuidado de no dejar nada que mostrase a su perseguidor que había estado allí.

Respiró profundamente. Debía de haber huido. Pero entonces un nuevo pensamiento lo asaltó. Estaba presuponiendo la presencia de la Parca. ¿Y si no había sido la Parca sino otro ser salido de los Hoyos? Apretó las mandíbulas con frustración. No había modo de saberlo. En la oscuridad no podía encontrar ningún rastro. Tendría que esperar a la mañana, cuando ya sería demasiado tarde para encontrar a Amberle, o...

O tendría que usar las piedras élficas.

Iba a coger la bolsa cuando la mano de Eretria le agarró el brazo bruscamente, haciéndole saltar de sorpresa.

–¡Curandero! –susurró–. ¡Alguien viene!

Sintió que el estómago se le encogía. Durante un momento se quedó quieto, siguiendo con la mirada el brazo de la joven que señalaba el norte, hacia el camino que acababan de recorrer. Algo se movía. El terror creció en el valense. Su mano buscó con torpeza dentro de la camisa y sacó las piedras élficas. A su lado, Eretria extrajo de una de sus botas una daga de terrible aspecto. Juntos hicieron frente a la sombra que se acercaba.

–¡Un momento! –gritó una voz conocida.

Wil miró a Eretria y ella a él. Lentamente bajaron las piedras y la daga. Era la voz de Hebel. Eretria murmuró algo para sí y fue a recuperar los caballos que se habían alejado por el bosque.

Hebel se acercaba lentamente, con el peludo Drifter pisándole los talones. Llevaba las ropas de cuero de los leñadores y un saco atado a la espalda, un arco largo y flechas sobre un hombro, y un cuchillo de caza en la cintura. Avanzaba en su acostumbrado estilo intermitente apoyándose en un bastón nudoso. Cuando estuvo cerca pudieron ver que se encontraba manchado de barro de la cabeza a los pies.

–Casi me atropelláis, ¿no os habéis dado cuenta? –dijo con irritación–. ¡Miradme! Si me hubiera quedado un segundo más en el camino cuando os llamé, ahora estaría marcado por los cascos además de cubierto de barro. ¿Creéis que se puede cabalgar de esa forma por el bosque? Está oscuro como boca de lobo y cabalgáis como en pleno día. ¿Por qué no os detuvisteis cuando os llamé? ¡Maldita sea!

–Bueno... porque no te oímos –respondió Wil, un poco perplejo.

–¡Eso es porque no escuchasteis como debíais! –Hebel no estaba dispuesto a perdonarlos. Avanzó tambaleante hacia el valense–. Me llevó todo el día llegar hasta aquí, sólo un día. Sin caballo, podría recalcar. ¿Cómo habéis tardado tanto vosotros? ¡Habéis tenido tiempo de recorrer el camino por el que veníais, arriba y abajo, media docena de veces! –Vio que Eretria reaparecía con los caballos–. ¿Qué haces tú aquí? ¿Dónde está la elfina? No la habrá atrapado ese ser, ¿verdad?

Wil se sorprendió.

–¿Conoces a la Parca?

–¿Parca? Si es así como se llama, sí, la conozco. Vino a mi cabaña esta mañana temprano, poco después de que os fuerais. Buscándoos, según parece; aunque en ese momento no lo sabía. En realidad no llegué a verla bien, fue sólo una visión fugaz. Creo que si la hubiera visto más de cerca, ahora estaría muerto.

–Yo también lo creo –admitió el valense–. Cephelo y los otros lo están. Los alcanzó en el Cerro del Silbato.

Hebel asintió con expresión sombría.

–Cephelo estaba destinado a encontrarla tarde o temprano. –Miró a Eretria–. Lo siento, muchacha, pero es la verdad. –Luego se volvió otra vez hacia Wil–. ¿Dónde está la pequeña elfina?

–No lo sé –respondió Wil–. Tuve que volver... –Titubeó un momento–. Tuve que volver a buscar algo que le había dejado a Cephelo. Amberle se había lastimado un tobillo, así que la oculté entre unos arbustos. Volví por un camino diferente. De no ser así, creo que también estaría muerto. Encontré a Eretria, o ella me encontró a mí, supongo; y después que vimos lo que le había ocurrido a Cephelo, volvimos con tanta rapidez como nos fue posible. Pero ahora Amberle ha desaparecido, y no sé qué le ha ocurrido. Ni siquiera puedo saber si la Parca ha estado aquí o si aún está siguiéndonos.

–Ha venido y se ha ido –le dijo Hebel–. Drifter y yo le seguimos el rastro mientras ella os perseguía. Lo perdimos en la bifurcación porque la Parca se desvió hacia el este, hacia el Cerro del Silbato, y Drifter y yo vinimos hacia el sur detrás de vosotros. Pero luego, su rastro volvió a aparecer más al sur. El monstruo debió de atajar a través del bosque. Si eso es lo que ha hecho, es peligroso, elfo.

–Pregúntale a Cephelo si es peligroso –murmuró Eretria, mirando las sombras del bosque de su alrededor–. Curandero, ¿podemos irnos de aquí?

–No hasta que averigüemos qué le ha sucedido a Amberle –insistió Wil.

Hebel le dio una palmada en el brazo.

–Enséñame dónde dejaste a la muchacha.

Wil se dirigió al grupo de arbustos con Eretria, el viejo y el perro detrás, y señaló la abertura por donde se entraba. Hebel se inclinó, atisbó el interior, y llamó a Drifter con un silbido. Habló en voz baja con el perro, y el animal se adelantó, olfateándolo todo; luego se dirigió al borde de los Hoyos mientras ellos lo observaban.

–Ya tiene el rastro, ya lo tiene –dijo Hebel con satisfacción. Drifter se detuvo y ladró suavemente–. Está allá abajo, en los Hoyos. La Parca también está allí. Es probable que aún siga su rastro. Tendría que haberlo supuesto.

–Entonces debemos encontrarla de inmediato.

Wil se puso en marcha, pero Hebel lo sujetó por el brazo.

–No es necesario que corras, elfo. Estamos hablando de los Hoyos, ¿recuerdas? Allí abajo no hay nada más que las hermanas brujas y los seres que las sirven. Cualquier otro ser que pone un pie en los Hoyos, queda atrapado en seguida. Lo sé porque me lo dijo Mellenroh hace sesenta años. –Sacudió la cabeza–. En este momento, la joven y el monstruo que la sigue estarán disfrutando de la compañía de una de las hermanas, o muertos.

Wil palideció.

–¿Los habrán matado las brujas, Hebel?

El anciano pareció reflexionar un rato.

–Bueno, a la joven no, supongo. Todavía no. Al monstruo es probable. Y no creas que no pueden, elfo.

–Ya no sé qué creer –replicó Wil lentamente. Bajó la vista hacia la negrura de los Hoyos–. Lo único que sé es que voy a bajar ahí y voy a encontrar a Amberle. Ahora mismo.

Iba a decirle algo a Eretria, pero la vagabunda lo cortó en el acto.

–No desperdicies saliva, curandero. Voy a ir contigo.

–Yo también voy, elfo –anunció el viejo.

–Pero tú dijiste en tu cabaña que nadie debía entrar en los Hoyos –señaló Wil–. No entiendo siquiera por qué estás aquí.

Hebel se encogió de hombros.

–Porque ya no importa donde esté, elfo. Soy un viejo; he hecho en la vida las cosas que he querido hacer, he estado donde he querido, he visto lo que quería ver. Ya no me queda nada; nada excepto quizás esta única cosa. Quiero saber qué hay allá abajo en esos Hoyos. –Sacudió la cabeza como lamentándose–. En estos sesenta años he pensado en eso de vez en cuando. Siempre me decía que llegaría un día en que lo averiguara. Era como pensar en un estanque profundo y preguntarse qué hay en el fondo. –Se acarició la barba–. Bueno, un hombre cuerdo no perdería el tiempo en una cosa semejante, y yo estaba cuerdo cuando era joven. Ahora estoy cansado de estar cuerdo, cansado de pensar en bajar y nunca hacerlo. Tú has hecho que me decida. Cuando me hablaste de lo que pretendías, pensé en persuadirte de que no lo hicieras, al igual que me había persuadido a mí mismo. Estaba seguro de que perderías interés rápidamente en cuanto oyeses lo que tenía que decirte. Estaba equivocado. Comprendí que lo que estabas buscando era lo bastante importante para que te impusieras al miedo. Así que, ¿por qué no me iba a imponer yo?, pensé. Luego pasó la Parca esa y me dejó sabiendo lo cerca que había estado de la muerte, y comprendí que no me preocupaba. Lo único que me preocupaba en realidad era averiguar algo de esos Hoyos. Por eso vine a buscaros. Decidí que debíamos ir juntos a descubrirlo.

Wil comprendió.

–Esperemos que ambos encontremos lo que buscamos.

–Bueno, quizá pueda ayudarte en algo –dijo el anciano encogiéndose de hombros–. Esta es la parte de los Hoyos de Mallenroh. Tal vez se acuerde de mí. –Durante un momento sus pensamientos se alejaron, luego miró a Wil–. Drifter puede seguir el rastro mientras sea necesario. –Silbó–. Llévanos abajo, perro. Vamos, chico.

Drifter desapareció sobre el borde de los Hoyos. Eretria quitó las sillas y las bridas de los caballos y les dio una fuerte palmada para enviarlos de nuevo hacia el bosque. Luego se reunió con Wil y el anciano. Comenzaron a descender de uno en uno hacia los Hoyos.

–No tendremos que seguir a Drifter mucho tiempo –declaró Hebel con convencimiento–. Mallenroh nos encontrará pronto.

Wil pensó que, si aquello ocurría, podía esperarse que hubiera encontrado a Amberle.

Amberle se despertó en la oscuridad del bosque de los Hoyos. Fue un ligero bamboleo y la sensación de que estaba siendo trasladada lo que la despertó, y por un instante la sobrecogió el pánico. Unos dedos nudosos la sostenían, agarrados fuertemente a sus brazos y piernas, a su cuerpo, e incluso al cuello y la cabeza; dedos tan ásperos que parecían de madera. Su primera reacción fue intentar liberarse, pero controló su impulso con un gran esfuerzo y se obligó a continuar inmóvil. Fuera lo que fuese aquello que la

llevaba no debía hacerle saber que estaba despierta. Ésa sería la única ventaja con la que podía contar. Por el momento, al menos, debía simular que dormía y averiguar todo lo que pudiese.

No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado durmiendo. Podían haber sido minutos u horas o incluso días. Sin embargo pensó que aún no había transcurrido la noche en que se cayó. La lógica le decía que debía de ser así. Pensó también que lo que la había capturado no era el ser que la perseguía, puesto que éste se habría limitado a asesinarla. Por tanto, debía ser algo diferente. El anciano Hebel le había dicho a Wil que los Hoyos eran el dominio privado de las hermanas brujas. Quizá la había capturado una de ellas.

Se sintió mejor tras su razonamiento y consiguió relajarse ligeramente, tratando de distinguir alguna característica del terreno por el que era transportada. Le resultó difícil; los árboles impedían el paso de la luz de las estrellas y la luna, dejándolo todo envuelto en la noche más profunda. De no ser por los olores familiares del bosque, no hubiera sabido que se encontraba en uno. El silencio era intenso; los escasos sonidos distantes y breves, gritos procedentes de fuera de los Hoyos.

Pero captó otro sonido, un ruido que hacía pensar en el roce de la brisa contra las ramas de los árboles, pero no había brisa, y el ruido procedía de debajo de ella, no de arriba. Lo que la llevaba, estaba produciendo ese ruido.

Los minutos transcurrían con rapidez. Pensó un momento en Wil, tratando de imaginar cómo actuaría si estuviera en su lugar. Eso le hizo sonreír a pesar suyo. ¿Quién podía saber la locura que planearía Wil en una situación semejante? Luego se preguntó si lo volvería a ver.

Sus músculos empezaron a agarrotarse, y decidió comprobar si podía hacer algo para aliviar su incomodidad sin delatarse a sí misma. Para probar, estiró las piernas, simulando que se agitaba en el sueño, poniendo a prueba los dedos que la sostenían. Estos permitieron su movimiento, pero no la soltaron. Eso fue todo.

El sonido de una corriente de agua llegó hasta ella, haciéndose más fuerte por momentos. Ahora podía olerla, fresca y con aroma de flores silvestres; un arroyo que serpenteaba y se agitaba en la tranquilidad del bosque. Luego la oyó debajo de ella, y el susurro de las ramas y los sonidos de la noche se desvanecieron con su flujo. Las pisadas resonaron sordamente sobre tablones de madera, y supo que estaba atravesando un puente. El gorgoteo del arroyo se debilitó un poco. Se oyó el sonido metálico de cadenas que entrechocaban al ser recogidas, y después un golpe sordo. Algo se había cerrado detrás, una puerta, una puerta muy pesada. Sonaron los chasquidos de una barra de hierro y unos cerrojos. Los percibió claramente. La atmósfera de la noche la acariciaba como antes, pero ahora tenía el olor inconfundible de la piedra y el mortero. El miedo creció en su interior una vez más. Estaba dentro de una zona amurallada, de un patio quizá. Parecía que la estaban llevando a algún lugar cerrado. Si no escapaba ahora, ya no lo lograría. Sin embargo, los dedos que la apresaban no le ofrecían la menor posibilidad de liberarse, y eran muchos. Haría falta un esfuerzo tremendo para soltarse, y no creía estar en las condiciones adecuadas. Y aunque lograse escapar, ¿dónde iría?, pensó con tristeza.

Delante se abrió otra puerta, con un ligero crujido. Pero no llegó hasta ella ninguna luz; sólo había oscuridad por todas partes.

–Muy bonita –dijo una voz de repente, y la joven elfina se sobresaltó.

Fue impulsada hacia delante. Después, la puerta se cerró y los olores del bosque desaparecieron. Estaba dentro, ¿pero dentro de qué? Zigzagueando y dando vueltas, sus raptores la condujeron por pasillos que olían a aire viciado y a humedad; pero había otro olor más, una especie de incienso, un perfume. Aspiró profundamente y durante un momento su mente quedó aturdida.

Entonces, al fin, hubo luz, repentinamente, inesperadamente, centelleando dentro un

alto pasaje abovedado. Amberle parpadeó ante la claridad; sus ojos aún estaban acostumbrados a las tinieblas. La llevaban por un pasaje abovedado y luego por una escalera de caracol. La luz destelló encima de ella, quedó atrás un momento, y luego la siguió, oscilando y abriéndose paso en la oscuridad.

Su avance se detuvo. Sintió que la depositaban sobre una gruesa estera trenzada, y los dedos de madera la soltaron. Se incorporó sobre los codos y miró hacia la luz con los ojos entornados. Estuvo suspendida ante ella durante un momento, luego se retiró lentamente detrás de un muro de barras de hierro. Una puerta se cerró y la luz desapareció.

Pero justo antes de desaparecer, permitió que la joven elfina viera un instante a sus captores. Sus figuras delgadas se perfilaron con claridad en el resplandor blanco. Parecían hechos de estacas de madera.

Ya en los Hoyos, Wil solicitó una parada. Estaba tan oscuro que apenas podía ver su mano delante de la cara; menos aún a Hebel o a Eretria, ni tampoco éstos a él. Si intentaban seguir en esas condiciones, pronto se separarían y se perderían sin remedio. Esperó unos momentos a que su visión se aclarase un poco, pero no lo consiguió. Los Hoyos seguían siendo una lóbrega masa de sombras apenas perceptibles.

Fue Hebel quien ideó un plan para resolver sus dificultades. Llamó a Drifter con un silbido, extrajo una larga cuerda del saco que llevaba detrás y ató un extremo al perro; con el resto ató su cintura y las del valense y la vagabunda. Así unidos, podían seguir uno tras otro sin riesgo de separarse. El anciano revisó la fila, luego habló con voz suave a Drifter. El enorme perro comenzó a andar.

Wil tenía la impresión de llevar horas caminando por los Hoyos, avanzando a ciegas por el laberinto interminable de árboles y arbustos en la negrura impenetrable, confiando en el olfato del perro que los conducía. No hablaban entre sí, iban tan silenciosamente como podían, demasiado conscientes del hecho de que en algún lugar del mismo bosque acechaba la Parca. Wil no se había sentido nunca tan desvalido como entonces. Era bastante malo no poder ver casi nada, pero peor aún saber que la Parca estaba allí abajo también. Pensaba constantemente en Amberle. Si él estaba aterrorizado, ¿cómo debía de estar ella? Su miedo le hizo avergonzarse. No tenía derecho a estar asustado mientras ella se encontraba sola y desprotegida por su causa.

Sin embargo, el miedo no lo abandonó. Para espantarlo, cogió la bolsa donde llevaba las piedras élficas y la apretó con fuerza, como si así pudieran protegerlo de lo que se escondía en la noche del bosque. No obstante, en su interior persistía el sentimiento de que las piedras élficas no actuarían, que había perdido su poder sobre ellas y era incapaz de recuperarlo, a pesar de lo que Amberle le dijera o él se dijera a sí mismo. El sentimiento carecía de base y de objetivo, pero estaba allí, perturbador, malévolo, estremecedor. El poder de las piedras élficas ya no le pertenecía.

Estaba aún tratando de librarse de ese sentimiento cuando la cuerda de delante se aflojó de repente. Casi tropezó con Hebel, que se había detenido. Eretria chocó con él, y los tres quedaron pegados, expectantes, tratando de ver en la oscuridad.

–Drifter ha encontrado algo –susurró el anciano a Wil.

Arrodillándose, avanzó hasta donde Drifter olfateaba la tierra, Wil y Eretria lo siguieron. Dio unas palmadas al perro para calmarlo y palpó la tierra durante un rato, luego se levantó.

–Mallenroh. –Pronunció suavemente el nombre–. Se ha llevado a la elfina.

–¿Estás seguro? –susurró Wil a su vez.

El anciano asintió.

–Tiene que ser así. Esa Parca está en algún otro lugar ahora. Drifter ya no la huele.

Wil no comprendió como Hebel podía estar tan seguro de aquello; sobre todo, en la

negrura que los rodeaba, pero no tenía ningún sentido discutirlo.

–¿Qué hacemos ahora? –preguntó con ansiedad.

–Seguir –dijo Hebel–. Drifter, vamos.

El perro volvió a caminar, seguido por los tres humanos. El tiempo pasaba y, poco a poco, el bosque comenzó a iluminarse. Al principio, Wil creyó que sus ojos lo estaban engañando, pero al fin se dio cuenta de que la noche estaba acabando y que empezaba un nuevo día. Los árboles y los arbustos tomaron forma a su alrededor, la lobreguez se suavizó, mientras el sol filtraba su débil resplandor a través del techo del bosque. Delante, la figura peluda de Drifter se hizo visible por primera vez desde que habían descendido desde el borde de los Hoyos, con la cabeza baja y el morro casi pegado al camino, olfateando la tierra húmeda.

Entonces, bruscamente, el perro levantó su gran cabeza y se detuvo. Los humanos se detuvieron con él con expresiones asombradas. Ante ellos se encontraba la criatura más extraña que nunca habían visto. Estaba hecha de palos: dos brazos, dos piernas y el cuerpo, y unas raíces nudosas sobresalían ensortijadas en los extremos de sus brazos y piernas formando los dedos. No tenía cabeza. Estaba vuelta hacia ellos, o al menos eso les pareció, porque las raíces que formaban los dedos parecían apuntar en su dirección. Su cuerpo delgado se balanceó ligeramente como un arbolillo sacudido por el viento. Luego se dio la vuelta y se adentró en el bosque.

Hebel se volvió de inmediato para mirar a Eretria y al valense.

–Os lo dije. Es obra de Mallenroh.

Indicándoles que lo acompañaran, siguió a la criatura. Los jóvenes se miraron indecisos, después obedecieron. La pequeña procesión se adentró en la penumbra, serpenteando a través de la maraña del bosque. Pasado cierto tiempo, otros hombres de palo como el anterior aparecieron a su alrededor; seres sin cabezas, nudosos, silenciosos excepto por el roce que producían al caminar. Antes de que los humanos se apercibieran, había docenas de criaturas, que surgían de las sombras como fantasmas.

–Os lo dije –volvió a susurrar Hebel, con su curtido rostro enrojecido.

De pronto, el bosque se hizo menos denso. Ante ellos apareció una torre solitaria, con su oscura cúspide elevándose entre los árboles que crecían a su alrededor. Estaba asentada sobre una pequeña loma, una fortaleza casi desprovista de ventanas, con la piedra envejecida y gastada cubierta de enredaderas y musgo. La loma se había convertido en una isla, circundada por un arroyo que fluía desde el bosque, serpenteando en una serie de saltos y meandros antes de desaparecer en un curso sinuoso por los árboles de la izquierda. Un muro bajo rodeaba la torre, construida junto a la orilla del arroyo; ante ellos un puente levadizo se encontraba abierto y vacío, unas cadenas colgaban laxas desde las casas de vigía situadas a cada lado, un pesado y rústico puente de madera se extendía sobre las aguas de debajo. Alrededor del montículo y de la torre crecían enormes robles, árboles añejos cuyas ramas se entrecruzaban ocultando el cielo matutino, dejando a la isla, como al resto de los Hoyos, envuelta en una sombra oscura.

El hombre de palo que habían seguido se detuvo. Se volvió ligeramente, como si su figura acéfala estuviese cerciorándose de que estaban allí. Luego comenzó a caminar hacia el puente levadizo. Hebel, cojeando, le siguió sin dudarlo, con Drifter a su lado. Wil y Eretria se rezagaron un momento, menos seguros que el anciano de que debían proseguir. La torre era una estructura amenazante; sabían que no debían poner un pie tras aquellos muros, sabían que ya habían ido demasiado lejos. Pero el valense también sabía de algún modo que era allí donde iba a encontrar a Amberle. Se volvió a mirar a Eretria y ambos avanzaron.

El pequeño grupo prosiguió por el borde del arroyo, siguiendo al silencioso hombre de palo, rodeados por sus hermanos. Excepto por el sonido de sus pasos y el fluir del

arroyo, el bosque estaba en silencio. El hombre de palo entró en el puente y lo cruzó, perdiéndose de vista bajo la sombra de la puerta. Los hombres, la joven y el perro cruzaron el puente tras él, Wil y Eretria mirando con aprensión hacia la enorme torre negra.

Estaban ante la puerta. El hombre de palo reapareció ahora al otro lado del arco sombrío. En fila, avanzaron, mirando como la criatura seguía andando hacia la torre. Apenas habían atravesado la entrada cuando oyeron que las cadenas crujían y gemían. Tras ellos el puente levadizo se levantó y se cerró contra la muralla.

Ahora ya no era posible volver atrás. Muy juntos se dirigieron a la torre. El hombre de palo los esperaba dentro de una especie de porche que protegía dos enormes puertas de madera revestidas de hierro. Una de las puertas estaba abierta. El hombre de palo la atravesó y desapareció. Wil levantó la vista hacia la enorme pared de piedra de la torre, luego buscó en su camisa y sacó la bolsa que contenía las piedras élficas. Con los otros, atravesó el umbral hacia la negrura.

Se quedaron parados un momento, junto a la entrada, atisbando sin ver en la penumbra. Luego la puerta se cerró tras ellos y los cerrojos se corrieron. Se encendieron luces en unas lámparas recubiertas de vidrio que colgaban altas, su resplandor blanco y suave no tenía su origen en el aceite o el alquitrán, sino en algo que no producía llama al arder. Por todas partes había hombres de palo, sus sombras deformes se proyectaban sobre los muros, oscilando bajo la luz.

De la penumbra de detrás de ellos apareció una mujer, vestida de negro y arrastrando largas guirnaldas de belladona roja.

–Mallenroh –susurró Hebel, y Wil Ohmsford sintió que el aire se helaba.

# XLII

El segundo día de la batalla de Arbolon perteneció a Ander Elessedil. Fue un día de sangre y dolor, de muerte y gran coraje. Durante la noche, las hordas de demonios continuaron enviando a sus hermanos a través de las aguas del río Song, solos y en grupos, hasta que todo su ejército se reunió para atacar, por primera vez tras la rotura de la Prohibición, ocupando el pie del Carolan desde la cara rocosa a la ribera, extendiéndose de norte a sur hasta donde alcanzaba la vista, en número asombroso y terrible. Al amanecer atacaron la ciudad. Se lanzaron a escalar los muros del Elfitch, en oleadas, enloquecidos y aullando su odio. Surgían de todas partes, trepando por la roca desnuda, abriéndose paso con sus garras a través de la lluvia de flechas. Siguieron avanzando, como una gran ola que debía barrer a los defensores que esperaban, e inutilizarlos definitivamente.

Fue Ander Elessedil quien lo impidió. Fue como si ese día se convirtiese al fin en el rey que su padre había sido, el rey que condujo a los elfos contra los ejércitos del Señor de los Brujos hacía cincuenta años. Atrás quedaron el cansancio y el desánimo. Atrás quedaron las dudas que tanto lo habían acosado desde la Cuenca de Halys. De nuevo creía en sí mismo y en la determinación de los que luchaban con él. Era un momento histórico, y el príncipe de los elfos se convirtió en su punto focal. Reunidos a su alrededor había ejércitos de cuatro razas, con sus estandartes de batalla aleteando al viento de la mañana. Allí estaban las águilas de guerra plateadas y el gran roble de los elfos, las bandas grises y carmesíes de los Cuerpos Libres y los caballos negros de la Guardia Tradicional; allí ondeaba el verde bosque de los enanos zapadores partido por el sinuoso río de Plata, y el martillo y los dos montes azules de los rock trolls de las Kershalt. Nunca habían ondeado todas juntas. En la historia de las Cuatro Tierras, nunca las razas se habían unido en una causa común, para formar una defensa común y servir a un bien común. Trolls y enanos, elfos y hombres; los humanos del nuevo mundo se aliaban contra el mal de los tiempos antiguos. Durante ese singular y maravilloso día, Ander Elessedil se convirtió en la chispa que les infundió vida.

Estaba en todas partes a la vez, desde el borde del promontorio hasta las puertas del Elfitch, a veces montado a caballo, a veces a pie, siempre donde la lucha era más dura. Con su brillante cota de malla y la estaca de Ellcrys alzada, estaba al frente de los defensores de la ciudad contra los demonios que trepaban para asesinarlos. Dondequiera que fuese, el ánimo crecía y los defensores se reorganizaban. Siempre superados en número, siempre presionados, y aún así el príncipe de los elfos y sus compañeros de armas expulsaban a sus atacantes. Ander Elessedil era algo más que humano ese día, luchando con tal ferocidad que parecía como si nada pudiese resistírsele. Una vez tras otra, los demonios trataron de derribarlo, comprendiendo rápidamente que aquel humano era el corazón de la defensa de los elfos. Una vez tras otra, pareció que iban a lograrlo, rodeando a Ander en un enjambre de cuerpos negros. Pero en cada una de esas ocasiones, luchó hasta liberarse. En cada una de esas ocasiones, obligó a los demonios a retroceder.

Fue un día de héroes, porque todos los defensores de Arbolon estaban inspirados por el valor del príncipe de los elfos. Eventine Elessedil se mantuvo junto a su hijo y luchó con él, infundiendo ánimo a los elfos sólo con su presencia. Allanon estaba allí también, con su alta figura, que superaba notablemente las de los humanos armados que lo rodeaban, envuelto en su capa, con las manos elevadas lanzando el fuego azul de entre los dedos en un arco que alcanzaba el centro de la masa de furiosos demonios. En dos ocasiones, éstos lograron atravesar las puertas de la tercera rampa; y en las dos, los rock trolls, bajo el mando de Amantar, los hicieron retroceder. Stee Jans y los hombres de los Cuerpos Libres

impidieron un tercer asalto, contraatacando con tal fiereza que barrieron a los demonios hasta la segunda rampa y durante un tiempo amenazaron con retomar sus puertas. La caballería de los elfos y los zapadores enanos repelieron una embestida tras otra sobre el borde del Carolan, expulsando a multitudes de demonios que habían logrado escalar la pared del risco y parecían dispuestos a rodear a los defensores del Elfitch.

Pero fue Ander quien los dirigió, Ander quien les dio nuevas fuerzas cuando parecía que ya no podrían resistir, Ander quien los animó en cada momento. Cuando el día tocó a su fin y la oscuridad empezó a insinuarse, los demonios fueron obligados a retroceder, a deslizarse hacia los bosques de abajo, aullando de rabia y contrariedad. Porque los defensores de Arbolon habían resistido también el segundo día. Fue la mejor hora de Ander Elessedil.

Tras esto, la suerte de los defensores de la ciudad dio un mal giro. Con la llegada de la noche, los demonios atacaron de nuevo. Esperaron a que la luz del sol desapareciera para salir del bosque una vez más y arremeter contra las defensas de los elfos. Una a una apagaron las antorchas que estaban encendidas a lo largo de la parte inferior del Elfitch, luchando hasta llegar a la tercera rampa. Desesperadamente, los defensores se prepararon para el asalto, los enormes rock trolls bloqueando las puertas mientras los elfos y los soldados de la Legión luchaban encima de las murallas. Pero la embestida fue demasiado fuerte; las puertas se combaron hasta romperse y por la rotura entraron los demonios, abriéndose paso con sus garras.

También empezaron a irrumpir en las alturas. Docenas de figuras negras se deslizaron entre las líneas de la caballería que patrullaba el promontorio y la dispersaron salvajemente hacia la ciudad. Más de un centenar de estos últimos demonios convergieron en los Jardines de la Vida, sabiendo que tras sus puertas estaba lo que durante tantos siglos los había mantenido prisioneros. Allí se enfrentaron con los soldados de la Guardia Negra que estaban preparados para cumplir con el propósito de su orden y defender, hasta que muriera el último, el antiguo árbol que se les había confiado. Enloquecidos hasta lo increíble, los demonios atacaron. Cargaron contra las picas bajadas de la Guardia Negra y fueron despedazados por ellas.

En el extremo sur del Carolan, otro grupo de demonios logró atravesar una línea de trampas colocadas por los enanos a lo largo de una escalera secundaria que ascendía desde el río Song y llegaron a la cumbre. Evitando a la Guardia Negra y a los Jardines de la Vida, se deslizaron hacia el este, arrastrándose entre las sombras lejos de la línea de antorchas colocada en el borde y se dirigieron a la ciudad. Media docena de elfos heridos, de camino hacia sus casas desde la batalla, fueron alcanzados y asesinados. Muchos más habrían perecido de no ser por una patrulla de zapadores enanos que se había puesto de acuerdo con los elfos para ayudarles en la vigilancia de la ciudad. Comprendiendo que los demonios habían traspasado las defensas del promontorio, se dejaron guiar por los gritos de los agonizantes y cayeron sobre sus asesinos. Cuando la pelea concluyó, sólo tres enanos quedaron en pie. Los demonios yacían todos muertos.

Al amanecer, las cumbres habían sido despejadas y los demonios expulsados una vez más. Pero se había perdido la tercera rampa del Elfitch y la cuarta estaba amenazada. Al pie del risco, los demonios se agruparon de nuevo. Los gritos resonaban en la mañana tranquila mientras cargaban hacia arriba por la rampa, en sólida masa, portando ante ellos un enorme ariete de madera. Empujaron el ariete contra las puertas, destrozando la barrera que constituían y entrando después en tropel. Los trolls y los elfos formaron rápidamente una falange compacta, un muro de lanzas de hierro que se clavaron en las figuras negras contorsionadas. Pero los demonios siguieron arremetiendo contra los defensores hasta obligarlos a retroceder a las fortificaciones de la quinta rampa.

Fue un momento desesperado. Cuatro de los siete niveles del Elfitch estaban

perdidos. Los demonios se hallaban a mitad de camino hacia la cima. Ander reorganizó a los defensores, flanqueado por Amantar y Kerrin y rodeado por la Guardia Especial. Los demonios cargaron contra las puertas de la rampa. Pero justo cuando parecía que iban a irrumpir a través de ellas, apareció Allanon sobre las murallas, con los brazos en alto. La llama azul se propagó hasta la rampa de abajo, dispersando la embestida de demonios, convirtiendo en cenizas el ariete. Aturdidos por el momento, los atacantes retrocedieron.

Durante toda la mañana los demonios trataron de abrir una brecha en la defensa de la quinta rampa. A mediodía, lo lograron por fin. Un par de ogros monstruosos llegó para ponerse al frente de sus hermanos y se lanzaron contra las puertas; una vez, dos veces. La madera y el hierro se hicieron pedazos. Los ogros irrumpieron en la rampa del otro lado, dispersando a los defensores. Algunos rock trolls trataron de detenerlos, pero los ogros los apartaron de un empujón como si fuesen de papel. De nuevo Ander reagrupó a sus soldados, instándolos para que cargasen. Pero los demonios estaban penetrando por las puertas destrozadas, arrasando a sus defensores.

Entonces el caballo de Eventine Elessedil fue abatido mientras cabalgaba hacia la seguridad de las puertas de arriba, y el anciano rey se derrumbó sobre la rampa. Los demonios lo vieron caer. Con un aullido, se lanzaron hacia él. Lo habrían alcanzado sin la intervención de Stee Jans. Con un puñado de hombres de los Cuerpos Libres de la Legión, el fronterizo se interpuso en su camino, cortándoles el paso con sus espadas. Detrás de ellos, Eventine se incorporó inseguro, aturdido y sangrando, pero vivo. Rápidamente Kerrin se adelantó con la Guardia Especial para rescatar al rey, y lo alejaron de la batalla.

Los soldados de la Legión resistieron durante un momento más, luego también fueron apartados. Los demonios presionaban hacia delante, acometiendo contra los elfos que trataban de impedirles el paso. Conduciendo el asalto iban los ogros que forzaron las puertas, aplastando a todo aquel que se ponía a su alcance. Ander Elessedil se lanzó a detenerlos, con la estaca de Ellcrys levantada mientras llamaba a los defensores de la ciudad para que resistiesen con él. Pero la embestida era demasiado fuerte. Amantar y Stee Jans estaban luchando por sus vidas en las murallas de la rampa, incapaces de llegar hasta el príncipe. Durante un momento terrorífico, se encontró prácticamente aislado frente a la embestida de los demonios.

Pero sólo por un momento. Sobre las puertas de la sexta defensa, Allanon llamó con un silbido a Dayn para que descendiera desde el borde del Carolan. Sin mediar palabra le arrebató las riendas de Dancer al sorprendido jinete alado y, de un salto, se montó sobre el gigantesco ruc. Al momento siguiente volaba hacia abajo, con su túnica negra ondeando como una vela. Dancer emitió un chillido, luego se dejó caer en medio de los demonios que amenazaban a Ander, atacándolos con las garras y el pico. Dando alaridos, las figuras negras se dispersaron. El fuego azul brotó de los dedos de druida y la rampa se llenó de llamas. Entonces, el druida agarró a un atónito Ander y lo alzó hacia él, dio una orden a Dancer, y éste se elevó de nuevo en el aire; debajo, el resto de los defensores retrocedieron hasta la seguridad de la sexta rampa.

Durante unos segundos más, ardió el fuego del druida; luego chisporroteó y se apagó. Los demonios enfurecidos cargaron contra los defensores que huían. Pero los zapadores de la cumbre ya estaban alertados. Los manubrios y las poleas empezaron a girar mientras las cadenas enrolladas en los soportes de la rampa se iban apretando. La trampa de Browork cuidadosamente escondida estaba a punto de saltar. Desde debajo del Elfitch se soltaron los soportes ya debilitados, crujiendo y chirriando, cuando las cadenas enrolladas los dejaron libres. Con un estremecimiento, la rampa situada bajo el sexto nivel se inclinó hacia abajo y cayó. Los demonios que quedaron atrapados desaparecieron en una nube de escombros. Los gritos y los aullidos llenaron el aire y toda la rampa inferior se perdió de vista.

Cuando el polvo se posó, el Elfitch era una pila de piedras rotas y de vigas de madera

astilladas desde las puertas de la sexta rampa hasta la cuarta. Los cuerpos de los demonios yacían dispersos sobre la superficie rocosa, entre los escombros, destrozados y exánimes. Los que habían sobrevivido retrocedían hacia el pie del risco, intentando esquivar los pedruscos y cascotes que llovían incesantemente sobre ellos, para al fin desaparecer en los bosques.

Los demonios ya no volvieron a atacar ese día la ciudad de Arbolon.

Habiendo sufrido otra herida en la cabeza, además de varios pequeños cortes y rasguños, Eventine Elessedil fue transportado desde el lugar de la batalla en la cima de Elfitch hasta la tranquilidad de su mansión. El fiel Gael estaba allí para curarlo, para lavar y vendar sus heridas, y ayudarle a acostarse. Luego lo dejaron dormir, bajo los cuidados de Dardan y Rhoe.

Pero Eventine no durmió. No podía. Estaba echado en su cama, apoyado sobre las almohadas de plumas, mirando con tristeza los rincones oscuros de la habitación, mientras empezaba a deprimirse. Porque a pesar de toda la ayuda que la Legión, los enanos y los rock trolls habían prestado a los elfos, la batalla estaba perdida. Todas sus defensas habían fracasado. Otro día más, quizá dos, y la sexta y séptima puerta del Elfitch caerían y los demonios alcanzarían la cima del Carolan. Eso sería el fin. Superados en una magnitud que quitaba toda esperanza, los defensores serían aplastados y destruidos. La Tierra del Oeste estaría perdida y los elfos tendrían que dispersarse por las cuatro tierras.

Las implicaciones de lo que estaba pensando quemaron en su interior. El triunfo de los demonios significaba el fracaso de Eventine Elessedil y ocasionaría, no sólo el perjuicio de su propio pueblo, sino también el de los pueblos de todas las tierras. Los demonios no se detendrían en la Tierra del Oeste, ahora que estaban libres de la Prohibición. ¿Y cuáles serían sus responsabilidades respecto a sus antepasados que habían encerrado a los demonios hacía tantos siglos, en una época tan remota que apenas podía imaginar su existencia? También les había fallado a ellos. Ellos habían creado la Prohibición, pero confiaron su cuidado a quienes les sucedieron, creyendo que los que vendrían detrás la mantendrían firme. Sin embargo, la Prohibición quedó olvidada a través de los siglos con el desmoronamiento del antiguo mundo y el renacimiento de las razas, olvidada por todos. Incluso los escogidos llegaron a considerarla como algo lejano de su historia, una leyenda perteneciente a otra era, al pasado o al futuro, pero nunca a la realidad presente.

Sintió una opresión en la garganta. Si Arbolon caía, si la Tierra del Oeste se perdía, sería un fracaso suyo. ¡Suyo! Sus ojos azules y penetrantes se hicieron duros e iracundos. Durante ochenta y dos años había vivido en aquella tierra, y durante más de sesenta había sido el líder de su pueblo. Había logrado bastantes cosas en ese tiempo, y ahora todo se perdería. Se acordó de Arion, su primogénito, el hijo que debía haber vivido para continuar lo que él había conseguido con tanto trabajo, y en Kael Pindanon, su viejo compañero de armas, su fiel amigo. Pensó en los elfos que habían muerto defendiendo el Sarandanon y Arbolon. Habían muerto por nada.

Se estiró entre las sábanas, analizando las posibilidades que quedaban, las tácticas que podían emplearse aún, los recursos que podían buscarse cuando los demonios llegaran. Su mente estaba llena con estas ideas, pero notó dentro de sí una sensación de abatimiento. No eran suficientes; nunca serían suficientes.

Buscando respuestas a sus preguntas se desconcertó y, de repente, se acordó de Amberle. Se sobresaltó al pensar en ella, y se incorporó en la cama. En la confusión de los últimos días había olvidado a su nieta, la última de los escogidos, que según Allanon era la única esperanza real para su pueblo. ¿Qué habría sido de Amberle?, se preguntó.

Volvió a echarse y contempló a través del velo de cortinas la oscuridad que

aumentaba tras ellas. Allanon le había dicho que Amberle estaba viva en las profundidades de las regiones bajas de la Tierra del Oeste; pero Eventine no creía que el druida lo supiese con certeza. Ese pensamiento lo entristeció. Si estaba muerta, no quería enterarse, decidió de pronto. Sería mejor así, no enterarse. Pero no era verdad. Necesitaba saberlo, desesperadamente. La amargura creció en él. Todo se le escapaba: su familia, su gente, su país; todo lo que amaba, todo lo que había dado sentido a su vida. Había una injusticia en eso que no podía entender. No, era algo más. No podía ni debía aceptar la injusticia. Si lo hacía, ésta lograría acabar con él.

Cerró los ojos a la luz. ¿Dónde estaba Amberle? Tenía que saberlo, insistió con tozudez. Tenía que averiguar un modo de llegar hasta ella, de ayudarle si necesitaba ayuda. Tenía que encontrar un modo de traerla de vuelta. Inspiró profundamente, luego otra vez. Aún pensando en Amberle, se durmió.

Había oscuridad cuando abrió los ojos. Al principio, no fue consciente de lo que le había despertado; su mente estaba aún aturdida por el sueño y la mezcla de pensamientos. Un ruido, pensó, un grito. Se incorporó sobre las almohadas y escrutó la habitación. La luz blanca y pálida de la luna se filtraba a través de la tela de las cortinas corridas, iluminando los contornos de las cerradas ventanas dobles. Inseguro, esperó.

Luego oyó otro ruido, un gruñido ahogado, corto y sorprendido, que se desvaneció casi instantáneamente en silencio. Provenía de fuera de la habitación, del corredor donde Dardan y Rhoe montaban la guardia. Se sentó con esfuerzo, atisbando en la penumbra, tratando de oír algo más. Pero sólo había un silencio profundo y amenazador. Eventine se deslizó hasta el borde de la cama y, con cautela, puso un pie en el suelo.

La puerta de su dormitorio se abrió lentamente, y la luz de las lámparas de aceite del corredor entró en la habitación. El rey de los elfos se quedó paralizado. A través de la abertura vio a Manx, con su pesado cuerpo arqueado hacia delante, encogido, su cabeza grisácea balanceándose hacia donde estaba su amo. Los ojos del lebrel brillaban como los de un gato y su oscuro morro estaba manchado de sangre. Pero lo que más asustó al rey fueron sus patas delanteras, que en la penumbra de la habitación parecían haberse convertido en los miembros acabados en garras de un demonio.

Manx pasó de la luz de las lámparas de aceite a las sombras y Eventine parpadeó sorprendido. En ese instante se convenció de que lo que había visto era un resto de algún sueño, en que había imaginado que Manx no era Manx, sino otra cosa. El lebrel avanzó hacia él, con lentitud, y el rey vio que movía la cola de forma amistosa. Suspiró aliviado. Sólo era Manx.

–Manx, muchacho... –comenzó a decir y se interrumpió al ver el rastro rojo que el perro había dejado tras de sí al desplazarse.

Entonces Manx saltó hacia su garganta, rápido y silencioso, con las mandíbulas abiertas y las garras extendidas. Pero Eventine fue más rápido. Levantando las mantas de la cama, capturó a Manx con ellas. Envolviendo las mantas alrededor del perro que forcejeaba, el rey lo golpeó con fuerza contra la cama y corrió hacia la puerta. En un instante la atravesó y la cerró de un tirón, y oyó que la cerradura se ajustaba.

El sudor corría por su cuerpo. ¿Qué había ocurrido? Ofuscado, se apartó de la puerta, y casi tropezó con el cuerpo sin vida de Rhoe, que yacía a unos tres metros, con la garganta desgarrada. La mente de Eventine giró en un torbellino. ¿Manx? ¿Por qué Manx...? De repente se dio cuenta. No era Manx. Aquello que le había atacado en su dormitorio no era Manx, sino sólo algo que se le parecía. Avanzó por el corredor en busca de Dardan. Lo encontró cerca de la entrada principal, con una lanza que atravesaba su corazón.

Entonces la puerta del dormitorio se abrió de repente, y la cosa que se parecía a Manx, y que no lo era, salió. Frenético, Eventine se precipitó a las puertas de entrada,

sacudiendo sus tiradores. Estaban aseguradas, con los cerrojos corridos. El anciano rey se volvió, observando como la bestia se aproximaba cautelosamente por el corredor, con sus fauces abiertas teñidas de rojo. El miedo sobrecogió a Eventine, un miedo tan terrible que por un instante pareció dominarlo por completo. Estaba atrapado en su propia casa. No había nadie para ayudarle, nadie a quien poder recurrir. Estaba solo.

El monstruo seguía acercándose con lentitud; el sonido de su áspera respiración arañaba el silencio. Un demonio, pensó Eventine con horror, un demonio que había adoptado la forma de Manx, del fiel Manx. Recordó entonces el momento en que despertó después de la caída del Sarandanon, cuando encontró al perro y creyó súbitamente, irracionalmente, que no era Manx sino otro ser. Una ilusión, pensó entonces; pero se equivocó. Manx ya no estaba, habría muerto varios días antes, tal vez varias semanas antes.

Entonces la terrible verdad se le mostró. Sus encuentros con Allanon, los planes que con tanto cuidado trataron de mantener en secreto, la cautela que desplegaron para proteger a Amberle... siempre en presencia de Manx. O del demonio que se parecía a Manx. Allanon avisó de que había un espía siempre cerca de ellos, cuando estaban reunidos. El anciano rey recordó las veces que había acariciado la cabeza grisácea, y sintió un escalofrío.

El demonio estaba ahora a unos cuatro metros de distancia, y seguía acercándose poco a poco, con las mandíbulas abiertas y las patas delanteras dobladas. Eventine supo en ese instante que era hombre muerto. Entonces algo ocurrió en su interior, algo tan repentino que el rey quedó ciego para todo lo demás. La rabia lo inundó, la rabia ante el engaño de que había sido víctima, rabia por las muertes que se produjeron a causa de ese engaño y, sobre todo, rabia por la impotencia que sentía en ese momento, atrapado como estaba dentro de su propia casa.

Su cuerpo se tensó. Junto al cuerpo de Dardan estaba la espada corta que fue el arma preferida del rastreador elfo. Manteniendo sus ojos fijos en los del demonio, Eventine se alejó unos centímetros de la puerta. Si lograba llegar hasta la espada...

El demonio fue hacia él, de pronto, saltando el espacio que los separaba, lanzándose a la cabeza del rey de los elfos. Eventine levantó los brazos para proteger su rostro y cayó hacia atrás, empujado con violencia. Los dientes y las garras se clavaron en sus brazos, pero logró dar una patada en la parte baja de la criatura y enviarla tambaleándose al oscuro hueco de la entrada. Se puso en pie rápidamente, y se lanzó sobre Dardan para coger la espada caída. Después se volvió hacia su atacante.

La perplejidad afloró a su rostro. Desde el rincón oscuro donde había caído, el demonio se dirigía hacia él, pero ya no era Manx, sino algo diferente. Cambiaba a medida que se acercaba, de Manx pasó a ser una figura negra y enjuta, con los músculos marcados en su cuerpo brillante y sin pelo. Caminaba sobre cuatro patas acabadas en garras, la boca abierta enseñando unos dientes brillantes. Giró alrededor del rey, levantándose de vez en cuando sobre sus patas traseras, fingiendo un ataque con las manos como un boxeador, silbando con odio. Un suplantador, pensó Eventine y trató de controlar una nueva oleada de terror. Un demonio que podía ser cualquier cosa que deseara.

El Suplantador se lanzó hacia él de repente, desgarrándole el hombro y el costado, dejándolo herido y ensangrentado. El rey se defendió con la espada... demasiado tarde. Se apartó de él y se alejó antes de que pudiera alcanzarlo. De nuevo, el demonio comenzó a dar vueltas lentamente a su alrededor, como un gato contemplando a su presa acorralada. El rey pensó que tendría que ser más rápido esta vez. El demonio se estiró, fingiendo que iba a atacarlo de frente, y esquivó el arco de la espada desgarrándole los músculos de la pierna izquierda. Eventine sintió un gran dolor y cayó de rodillas, esforzándose por mantenerse erguido. Durante un momento, su visión se hizo borrosa pero luego se aclaró y se forzó a levantarse.

Ante él se encontraba el Suplantador agachado, esperando. Cuando se puso de pie, comenzó a dar vueltas otra vez. La sangre chorreaba por el cuerpo de Eventine y sintió que se debilitaba. Estaba perdiendo también esta batalla que terminaría con su muerte. Si no encontraba una forma de atacar al monstruo podía darse por vencido. Zigzagueando y arqueándose, el demonio se acercó. El rey trató de arrinconarlo, pero el monstruo lo esquivó con agilidad, con demasiada rapidez para un hombre herido. Eventine cesó su persecución; no le estaba reportando nada. Observó cómo el demonio continuaba dando vueltas a su alrededor, emitiendo una especie de silbido.

Luego, en una apuesta desesperada, el rey de los elfos fingió tropezar y caer, derrumbándose sobre sus rodillas. Sintió una fuerte punzada de dolor al hacerlo, pero el truco funcionó. Creyéndolo acabado, el Suplantador se lanzó. Pero esta vez Eventine estaba preparado. Acertó al monstruo en el pecho, clavando su espada entre el hueso y el músculo. Aullando de dolor, el demonio trató de arañar y morder al rey, y luego se liberó retorciéndose. La sangre manaba de la herida, un icor rojo verdoso que tiñó el cuerpo negro y bruñido.

El demonio y el rey se enfrentaron ahora cara a cara, ambos heridos, cada uno esperando que el otro bajase la guardia. Una vez más el demonio comenzó a dar vueltas, dejando en el suelo un rastro de sangre. Eventine Elessedil se preparó, girando para seguir los movimientos del demonio. Estaba cubierto de sangre, y sus fuerzas menguaban. El dolor atormentaba su cuerpo desgarrado. Sabía que sólo duraría unos minutos más.

De repente, el Suplantador saltó hacia su garganta. Ocurrió con tanta rapidez que el rey sólo pudo retroceder torpemente, con los brazos alzados ante la cara y la espada en alto. El demonio cayó sobre él, derribándolo, clavándole los dientes y las garras. Eventine gritó de dolor cuando las zarpas le desgarraron el pecho y las fauces se cerraron sobre su brazo.

Entonces las puertas de la mansión fueron empujadas, las cerraduras rotas y las bisagras saltadas. Los gritos irrumpieron en el oscuro vestíbulo, mientras éste se llenaba de soldados armados. En un arrebato de angustia, el rey había gritado. ¡Alguien lo había oído!

El Suplantador se incorporó sobre el rey caído, aullando. En ese instante dejó su garganta al descubierto. La espada de Eventine se elevó, destellando, y el demonio cayó hacia atrás, con la cabeza casi separada del cuerpo y su voz convertida en un acelerado jadeo. En el momento que caía, los rescatadores del rey se acercaron a él, atravesándole el cuerpo con sus espadas.

El Suplantador se estremeció un momento y murió.

Eventine Elessedil se levantó, tambaleándose, aún con la espada en la mano y en sus ojos azules una mirada dura y fija. Una sensación de aturdimiento se extendió por su cuerpo mientras se volvía para encontrar a Ander que le tendía los brazos. Entonces el rey de los elfos se desplomó y se hizo la noche para él.

# XLIII

Llegó ante los humanos como Reina de la Muerte, más alta que Allanon, con el largo cabello gris trenzado con belladona, arrastrando la túnica negra tras su figura esbelta, produciendo un susurro de seda en el silencio profundo de la torre. Era hermosa, su rostro delicado y de facciones finas, su piel tan pálida que la hacía parecer casi etérea. No tenía edad, estaba fuera del tiempo, como algo que había existido siempre y siempre existiría. Los hombres de palo se retiraron cuando ella se acercó, el repiqueteo de sus piernas de madera se transformó en un ligero susurro en la penumbra. Pasó junto a ellos sin mirarlos, sin apartar sus extraños ojos violetas de los tres que se encontraban paralizados ante su presencia. Extendió las manos, pequeñas y frágiles, curvando los dedos como para atraerlos hacia sí.

–¡Mallenroh! –musitó Hebel por segunda vez con un tono expectante en su voz.

Ella se detuvo. Sus facciones perfectas estaban desprovistas de emoción cuando miró al anciano. Luego se volvió hacía Eretria y por último hacia Wil. El valense se había quedado tan frío que temblaba.

–Soy Mallenroh –dijo con voz suave y distante–. ¿Por qué estáis aquí?

Ninguno habló, pero sus ojos estaban clavados en ella. La bruja esperó, luego pasó su mano pálida ante ellos.

–Los Hoyos están prohibidos. Ningún humano puede entrar. Los Hoyos me pertenecen y dentro de ellos poseo el poder de vida y muerte sobre todos los seres vivos. A aquellos que me agradan, les concedo la vida. A los que no, la muerte. Siempre ha sido así. Siempre lo será.

Los miró de uno en uno, esta vez detenidamente, aguantándoles la mirada con sus ojos violeta. Por último su mirada se paró en Hebel.

–¿Quién eres, viejo? ¿Por qué has venido a los Hoyos?

Hebel tragó saliva.

–Vine a buscar... a buscarte, supongo –dijo atragantándose con sus palabras–. Te he traído un presente, Mallenroh.

Ella extendió una mano.

–¿Qué me has traído?

Hebel se descolgó el saco que llevaba, lo abrió y revolvió su contenido, buscando. Un momento después sacó una figura de madera pulida, una estatua tallada en roble. Era Mallenroh, captada con tanta perfección que parecía como si ella hubiera surgido de la escultura, adquiriendo vida. Tomó la figura de manos del anciano y la examinó, acariciando la lisa superficie con sus dedos finos.

–Muy bonita –dijo al fin.

–Eres tú –le indicó Hebel en seguida.

Ella se volvió a mirarlo, y a Wil no le gustó su expresión. La sonrisa que le dirigió al hombre viejo fue leve y fría.

–Te conozco –dijo, luego hizo una pausa mientras sus ojos estudiaban de nuevo el rostro curtido–. Fue hace mucho tiempo, en el borde de los Hoyos, cuando aún eras joven. Una noche te di...

–Recordé... –susurró Hebel, señalando a la figura de madera–. Recordé... tu aspecto.

A los pies de Hebel, Drifter se aplastó contra el suelo de la torre y gimió. Pero el anciano no lo oyó. Estaba sumido por completo en los ojos de la bruja. Ésta movió lentamente su cabeza gris.

–Fue un capricho absurdo –murmuró.

Sosteniendo la escultura, pasó ante él y se dirigió hacia Eretria. Los ojos de la joven vagabunda estaban muy abiertos y asustados.

–¿Qué me has traído tú? –La pregunta de Mallenroh resonó en el silencio.

Eretria se quedó sin habla. Miró con desesperación a Wil, luego otra vez a Mallenroh. La mano de la bruja pasó de nuevo ante sus ojos con un gesto tranquilizador e imperativo al mismo tiempo.

–Eres muy bonita –sonrió Mallenroh–. ¿Te has traído a ti misma?

El cuerpo delgado de Eretria tembló.

–Yo... no; yo...

–¿Quieres a éste? –Mallenroh señaló de repente a Wil, volviéndose para mirarlo–. Él quiere a otra, me parece. ¿Una joven elfina, quizá? ¿Es eso?

Wil asintió lentamente. Sus extraños ojos lo miraron con fijeza y sus palabras llegaron hasta él, irónicas e insistentes.

–Tú eres quien tiene la magia.

–¿Magia? –balbuceó Wil en respuesta.

Las manos de ella volvieron a deslizarse en su túnica negra.

–Enséñamela.

Tan autoritaria era la voz que Wil Ohmsford, antes de darse cuenta de lo que hacía, abrió la mano en que ocultaba la bolsita de cuero. Ella asintió.

–Enséñamela –repitió.

Sin poder evitarlo, el valense vació las piedras élficas de la bolsa sobre su mano abierta. Depositadas en la palma, resplandecieron y destellaron. Mallenroh contuvo el aliento y alargó una mano hacia ellas.

–Piedras élficas –dijo suavemente–. Azules para el que busca. –Sus ojos se encontraron con los de Wil–. ¿Son tu obsequio para mí?

Wil trató de hablar, pero el frío de su interior le bloqueó la garganta y no pudo pronunciar palabra alguna. La mano se le quedó inmovilizada y no pudo retirarla. Los ojos de Mallenroh miraron al fondo de los suyos. Lo que vio en ellos lo aterrorizó. Quería que él supiese lo que podía hacerle.

La bruja dio un paso atrás.

–Wisp –llamó.

De las sombras surgió una criatura pequeña y peluda, parecida a un gnomo, con la cara arrugada de un anciano; corriendo hasta llegar junto a Mallenroh, la criatura levantó la vista ansiosamente hacia el rostro frío.

–Sí, señora. Wisp sólo te sirve a ti.

–Son obsequios...

Sonrió levemente y su voz se convirtió en silencio. Sin más palabras, entregó la estatuilla de madera a Wisp, luego volvió a situarse ante Hebel. Wisp se apresuró a seguirla, agazapado junto a los pliegues de su capa.

–Viejo –dijo a Hebel, inclinando su cara pálida hacia él–. ¿Qué quieres que haga contigo?

Hebel pareció haber recuperado los sentidos. Sus ojos ya no estaban absortos cuando miraron a la bruja.

–¿Yo? No lo sé.

Ella sonrió con dureza.

–Quizá debas quedarte aquí, en los Hoyos.

–No me importa –afirmó él, como si supiera que de todas formas la bruja haría con él lo que le apeteciese, luego alzó la vista–. Pero los elfos, Mallenroh... Ayúdales. Tú podrías...

–¿Ayudarles? –lo cortó con brusquedad.

El anciano asintió.

–Si quieres que me quede, lo haré de buen grado. No hay nada más para mí. Pero deja que ellos se vayan. Dales la ayuda que necesitan.

Ella rió suavemente.

–Quizás hay algo que puedes hacer para ayudarles, viejo.

–Pero he hecho todo lo que podía...

–Quizá no. Si te digo que hay algo más que puedes hacer, estarías deseoso de hacerlo, ¿verdad?

Sus ojos estaban fijos en el anciano. Wil vio que la bruja jugaba con él.

Hebel pareció dudar.

–No lo sé.

–Es obvio que lo sabes –dijo con voz calmada–. Mírame. –Él levantó la cabeza–. Son tus amigos. Quieres ayudarles, ¿no?

El valense estaba desesperado. Algo terrible iba a ocurrir, pero no podía moverse ni hablar para prevenir a Hebel. Con el rabillo del ojo vio el rostro aterrorizado de Eretria. Ella también presentía el peligro.

Hebel también lo captó. Pero al mismo tiempo supo que no podía escapar. Sus ojos se encontraron con los de la bruja.

–Quiero ayudarles.

Mallenroh asintió.

–Entonces lo harás, viejo.

Extendió una mano para tocarle la cara. Hebel vio en los ojos de la bruja lo que le iba a ocurrir. Drifter se levantó, enseñando los dientes, pero la mano de Hebel retuvo al enorme perro por el cuello. Ya no era momento para resistirse. Los dedos de la bruja le acariciaron la barba con suavidad, y todo el cuerpo de él pareció quedarse rígido de repente. ¡No! Wil trató de gritar, pero ya era demasiado tarde. La capa de Mallenroh envolvió a Hebel y a Drifter, y ambos desaparecieron. La capa permaneció envolviéndolos durante un momento; luego la retiró. Mallenroh estaba sola. En una mano sostenía una escultura de madera perfectamente tallada del viejo y el perro.

–De esta forma les ayudarás mejor. –Su sonrisa era fría.

Entregó las figuras de madera a Wisp, que las recogió. Luego se volvió a Eretria.

–¿Ahora qué vamos a hacer contigo, bonita? –susurró.

Levantó una mano y la señaló con un dedo. Eretria se vio obligada a arrodillarse y a inclinar la cabeza. Los dedos de la bruja volvieron a cerrarse y Eretria extendió las manos hacia ella en un gesto de sumisión. Las lágrimas resbalaban por su rostro. Mallenroh la observó sin hablar durante un momento, luego, de repente, desvió la mirada hacia Wil.

–¿Quieres ver cómo se convierte también en una escultura de madera? –Su voz fue tan afilada que atravesó al valense como un cuchillo. Seguía sin poder hablar–. ¿O a la joven elfina, quizá? Ya sabes, por supuesto, que la tengo yo.

No esperó a la respuesta que sabía que él no podría darle. Se adelantó e inclinó su alta figura hasta que su cara estuvo a la altura de la de él.

–Quiero las piedras élficas, y tú me las darás. Debes dármelas tú, elfo, porque sé que si te las quito a la fuerza serán inútiles. –Sus ojos violetas quemaron en su interior–. Yo poseeré su magia, ¿comprendes? Conozco su valor mucho mejor que tú. Soy más vieja que este mundo y que sus razas, más vieja que los druidas que jugaban en Paranor con la magia que mi hermana y yo dominábamos hacía tiempo. Lo mismo ocurre con las piedras élficas. Aunque no soy de raza élfica, mi sangre contiene la sangre de todas las razas y, por tanto, puedo utilizar su poder. Pero ni siquiera yo puedo violar las reglas que permiten que su poder se manifieste. Las piedras élficas deben ser dadas libremente. Y así será.

Su mano se acercó a la cara de él, casi tocándola.

–Tengo una hermana, elfo: Morag, ella misma se puso ese nombre. Durante siglos hemos vivido en estos Hoyos. Nos llaman las hermanas brujas, las últimas de nuestra clase. Una vez, hace mucho tiempo, me ofendió gravemente, y nunca lo he olvidado. Me hubiera podido deshacer de ella pero nuestros poderes son tan iguales que ninguno puede prevalecer sobre el otro. Mas las piedras élficas son un elemento mágico que mi hermana no posee, una magia que me permitiría acabar con ella. ¡Morag, la odiosa Morag! ¡Qué maravilloso será ver que me sirve como esos hombres de palo! ¡Qué maravilloso, silenciar su detestable voz! ¡Hacía tanto tiempo que quería someterla, elfo! ¡Tanto!

Su voz se elevó hasta que las palabras resonaron en las piedras de la torre, reverberando en el profundo silencio. El rostro bello y frío se apartó del valense, los brazos delgados se cruzaron bajo las ropas negras. Wil Ohmsford sintió el sudor que resbalaba por su cuerpo.

–Las piedras élficas serán tu obsequio para mí –susurró–. Mi obsequio para ti será tu vida y la de ellas. Acepta mi obsequio. Recuerda al viejo. Piensa en él antes de decidirte.

Se interrumpió, y la puerta de la torre se abrió para dejar paso a varios hombres de palo. Se acercaron a ella moviendo con celeridad sus piernas de madera, agrupándose a su alrededor. La bruja se inclinó hacia ellos durante un momento, luego se enderezó, mirando con ojos helados a Wil.

–Has traído un demonio a los Hoyos –dijo en voz alta–. ¡Un demonio después de todos estos años! Debe ser encontrado y destruido. ¡Wisp, su obsequio!

La criatura peluda se adelantó apresuradamente y quitó al impotente valense la bolsa y las piedras élficas. El rostro arrugado se elevó hacia él, luego se retiró detrás de los pliegues de la capa de Mallenroh. La bruja levantó la mano, y Wil sintió que su debilidad aumentaba.

–Recuerda lo que has visto, elfo. –Su voz ahora parecía distante–. Yo poseo el poder de la vida y la muerte. Que tu elección sea sensata.

Pasó a su lado y desapareció por la puerta abierta. Las fuerzas de Wil comenzaron a flaquear, su visión se hizo borrosa. A su lado, Eretria se desplomó en el suelo de la torre.

Luego cayó también él. La última sensación que recordó fueron los dedos de madera cerrándose con fuerza alrededor de su cuerpo.

# XLIV

–Wil.

El sonido de su nombre quedó suspendido como un eco en la neblina negra que lo envolvía. Le pareció que la voz llegaba de muy lejos, flotando a través de la oscuridad para interferir en su sueño. Se estiró con dificultad sintiéndose como si estuviera atado y con un peso encima. Haciendo un gran esfuerzo, logró salir de sí mismo, tratando de investigar.

–Wil, ¿estás bien?

La voz pertenecía a Amberle. Parpadeó, obligándose a despertar.

–¿Wil?

Le sostenía la cabeza en su regazo, con la cara inclinada muy próxima a la de él y su largo cabello castaño cayendo como si fuese un velo.

–¿Amberle? –preguntó, soñoliento, incorporándose. Luego extendió los brazos hacia ella y la abrazó–. Creí que te había perdido –logró decir.

–Y yo a ti –dijo ella riendo quedamente, mientras le rodeaba el cuello con sus brazos–. Has estado durmiendo durante horas, desde que te trajeron aquí.

El valense asintió con la cabeza contra el hombro de ella, adquiriendo conciencia del fuerte olor a incienso que llenaba el aire. Comprendió que era eso lo que le había hecho caer en un sopor tan profundo. Se apartó con delicadeza de la joven elfina y miró a su alrededor. Estaban encerrados en una celda sin ventanas, a oscuras salvo por una luz que brillaba dentro de un recipiente de vidrio suspendido del techo por una cadena; otra de aquellas luces que ardían sin aceite ni alquitrán, y no producían humo. En uno de los lados de la celda, había una reja, que lo abarcaba por entero, hecha con barrotes de hierro fijados verticalmente al suelo y al techo. Allí estaba la única puerta, provista de goznes en su parte interior y una gran cerradura en la exterior. En la celda había un jarro con agua, una palangana de hierro, toallas, mantas y tres colchones rellenos de paja. Eretria estaba tendida sobre uno, respirando profunda y regularmente. Detrás del muro de barrotes de hierro había un pasillo que llegaba hasta unas escaleras que desaparecían en la negrura.

Amberle siguió la mirada de él hasta la joven vagabunda.

–Creo que está bien; duerme. No me pareció oportuno despertaros.

–Mallenroh –susurró al recordarla–. ¿Te ha hecho algún daño?

Amberle negó con la cabeza.

–Apenas ha hablado conmigo. De hecho, al principio, ni siquiera supe quién me había aprisionado. Los hombres de palo me condujeron hasta aquí, y dormí durante cierto tiempo. Después vino ella. Me dijo que había otros buscándome, que también los traería aquí como a mí. Después se fue. Sus ojos verde mar buscaron los del valense–. Me da miedo, Wil. Es muy bella, pero muy fría.

–Es un monstruo. ¿Cómo te encontró?

Amberle se puso pálida.

–Algo me perseguía. No llegué a verlo en ningún momento, pero podía sentirlo; algo maligno me buscaba. –Hizo una pausa–. Corrí mientras pude. Luego seguí a gatas. Al final me desmayé. Los hombres de palo debieron encontrarme y traerme. Wil, ¿era Mallenroh quien me perseguía?

Él negó con la cabeza.

–No, era la Parca.

Ella lo miró fijamente un momento, sin hablar, luego desvió la vista.

–Ahora está aquí en los Hoyos, ¿verdad?

Él asintió.

–La bruja también conoce su presencia. Ha ido a buscarla. –Sonrió–, Tal vez se destruyan mutuamente.

La joven no le devolvió la sonrisa.

–¿Cómo lograste encontrarme?

Él le explicó todo lo ocurrido desde que la dejó escondida entre los arbustos al borde de los Hoyos: el encuentro con Eretria, las muertes de Cephelo y del resto de los vagabundos, la recuperación de las piedras élficas, la carrera de vuelta a través del Indomitun, el encuentro con Hebel y Drifter, el descenso a los Hoyos, el descubrimiento del hombre de palo y el enfrentamiento con Mallenroh. Terminó diciéndole lo que la bruja había hecho con Hebel y su perro.

–Pobre viejo –susurró ella con lágrimas en los ojos–. Él no pretendía hacerle ningún daño. ¿Por qué actuó así con él?

–A ella no le importamos lo más mínimo –contestó el valense–. Lo único que le interesa son las piedras élficas. Las quiere para sí, Amberle. Hebel fue sólo un ejemplo conveniente para el resto de nosotros, en especial para mí.

–Pero no se las darás, ¿verdad?

Él la miró con una expresión de incertidumbre.

–Si es preciso para salvar nuestras vidas, lo haré. Tenemos que salir de aquí.

La elfina movió la cabeza lentamente..

–No creo que nos deje marchar, Wil. Ni aunque le entregues lo que quiere. No lo creo después de lo que le hizo a Hebel.

Él se quedó en silencio durante un raro.

–Lo sé. Pero quizá podamos hacer un trato con ella. Aceptará cualquier cosa para conseguir las piedras... –De repente se calló, escuchando–. Ssss. Alguien viene.

Miraron entre los barrotes de la celda hacia la oscuridad del pasillo. Se oyó un ligero taconeo en las escaleras. Luego apareció una figura en el halo de la luz. Era Wisp.

–Algo para comer –anunció alegremente, sosteniendo ante sí una bandeja con pan y fruta. Caminando con paso torpe hacia la celda, deslizó la bandeja a través de una estrecha ranura que había bajo la puerta–. Buen provecho –les dijo, y se volvió para irse.

–¡Wisp! –lo llamó Wil. La criatura peluda se volvió, mirando al valense con curiosidad–. ¿Puedes quedarte y hablar con nosotros? –le preguntó.

El rostro arrugado esbozó una sonrisa.

–Wisp hablará con vosotros.

Wil miró a Amberle.

–El tobillo, ¿puedes caminar?

Ella asintió.

–Está mucho mejor –dijo.

La cogió de la mano y la condujo hasta la bandeja de comida. Sin decir nada se sentaron. Wisp se acuclilló sobre los peldaños inferiores de la oscura escalera, estirando la cabeza. El valense tomó un pedazo de pan, lo mordió y asintió como apreciándolo.

–Muy bueno, Wisp.

El hombrecillo esbozó una mueca sonriente.

–Muy bueno –corroboró.

Wil sonrió.

–¿Cuánto tiempo llevas aquí, Wisp?

–Mucho tiempo. Wisp sirve a la señora.

–¿Te hizo la señora, como hizo a los hombres de palo?

La criatura peluda rió.

–Hombres de palo, clac, clac. Wisp sirve a la señora, pero no está hecho de madera. –Sus ojos le brillaron–. Elfo, como tú.

Wil se sorprendió.

–Pero eres demasiado pequeño. ¿Y el pelo? –Señaló a sus propios brazos y piernas y después a los de Wisp–. ¿Hizo ella eso?

El elfo asintió, feliz.

–Como un mono, dice ella. Convierte a Wisp en un mono. Da vueltas y salta y juega con los hombres de palo. Un mono. –Se interrumpió y miró detrás de ellos adonde dormía Eretria–. Muy bonita –comentó–. La más bonita.

–¿Qué sabes de Morag? –preguntó el valense, ignorando el obvio interés de Wisp por la joven vagabunda.

El rostro de Wisp se torció en una mueca.

–Malvada Morag. Muy mala. Hace mucho tiempo que vive en los Hoyos, ella y la señora. Hermanas. Morag en el este, la señora en el oeste. Los hombres de palo de las dos, Wisp sólo de la señora.

–¿Salen alguna vez Morag y la señora de los Hoyos?

Wisp movió la cabeza con solemnidad.

–Nunca.

–¿Por qué no?

–No hay magia fuera de los Hoyos –dijo Wisp con una sonrisa astuta.

Eso informó a Wil de algo que no sospechaba. El poder de las hermanas brujas tenía límites; no podía extenderse más allá de los Hoyos. Eso explicaba por qué nunca se las había visto en ningún otro lugar de la Tierra del Oeste. Empezó a vislumbrar un destello de esperanza. Si fuese capaz de encontrar una forma de salir de los Hoyos...

–¿Por qué odia tanto la señora a Morag? –preguntó Amberle.

Wisp pensó un momento.

–Hace mucho tiempo había un hombre. Muy guapo, dice la señora. La señora lo quería. Morag lo quería. Cada una intentó conseguirlo. El hombre... –Unió las manos, juntando los dedos y luego las separó de golpe–. Nunca más. Desapareció. –Sacudió la cabeza–. Morag mató al hombre. Malvada Morag.

Malvada Mallenroh, pensó Wil. En cualquier caso estaban bastante claros los sentimientos recíprocos de las hermanas brujas. Decidió averiguar algo más de lo que Wisp sabía sobre los Hoyos.

–¿Alguna vez has salido de la torre, Wisp? –preguntó.

El rostro arrugado mostró una mueca de orgullo.

–Wisp sirve a la señora.

Wil tomó la respuesta como afirmativa.

–¿Alguna vez has ido al Pináculo?

–Salvafuerte – corrigió en seguida Wisp.

Se produjo un silencio. Amberle apretó el brazo del valense y lo miró de soslayo, pero él estaba tan aturdido por la contundencia de la respuesta que se quedó sin habla. Recuperándose, se inclinó hacia delante, doblando el dedo en un gesto confidencial. Wisp se acercó un poco más, estirando la cabeza.

–Túneles y más túneles que dan vueltas y vueltas –dijo Wil–. Es fácil perderse en esos túneles, Wisp.

El elfo peludo sacudió la cabeza.

–Wisp no.

–¿No? –le retó–. ¿Y la puerta de vidrio irrompible?

Wisp pensó un momento. Luego batió palmas con excitación.

–No, no, sólo parece de vidrio. Wisp sabe que parece de vidrio. Wisp sirve a la señora.

Estaba tratando de descifrar la respuesta cuando Wisp señaló detrás de ellos.

–Mira. Bonita, hola, hola.

El valense y la elfina se volvieron; Eretria estaba sentada sobre el colchón de paja, despierta al fin, con sus rizos negros cayéndole sobre la cara mientras se frotaba la nuca. Levantó la vista hacia ellos, iniciando lentamente una frase. Entonces captó el aviso del dedo de Wil al cruzarse sobre sus labios. Fijó su vista más allá, hacia donde Wisp estaba acuclillado a unos dos metros de la celda, sonriendo.

–Bonita, hola –repitió, levantando una mano con timidez.

–Hola –contestó ella vacilante. Luego al ver el gesto de la cabeza de Wil que trataba de animarla, esbozó su sonrisa más deslumbrante–. Hola, Wisp.

–Hablar contigo, bonita.

Wisp se había olvidado por completo de Wil y Amberle.

Eretria se levantó no muy segura, con los ojos nublados por el sueño, y fue a sentarse con sus compañeros. Examinó con mirada rápida la escalera y el pasillo.

–¿Cuál es tu juego ahora, curandero? –susurró entre dientes. Había miedo en sus ojos oscuros, pero su voz no lo delataba.

El valense no apartó la vista de Wisp.

–Sólo tratar de averiguar algo para salir de aquí.

Ella hizo un gesto de aprobación con la cabeza, luego arrugó la nariz.

–¿Qué es ese olor?

–Incienso. No estoy seguro, pero creo que actúa como una droga cuando se respira. Creo que es lo que nos ha hecho sentirnos tan débiles.

Eretria se volvió hacia Wisp.

–¿Qué hace ese incienso, Wisp?

El elfo peludo reflexionó, luego se encogió de hombros.

–Bueno olor. No preocuparse.

–En efecto –murmuró la vagabunda, mirando al valense. Sonrió otra vez hacia Wisp–. ¿Puedes abrir la puerta, Wisp? –preguntó, señalando a los barrotes.

Wisp le devolvió la sonrisa.

–Wisp sirve a la señora, bonita. Tú quedarte.

Eretria no cambió de expresión.

–¿Está la señora en la torre ahora?

–Busca al demonio –respondió Wisp–. Muy malo. Destrozó todos los hombres de palo. –Hizo una mueca–. Ella hará daño al demonio. –Se frotó dos dedos–. Lo echará. –Luego se animó–. Wisp puede enseñarte esculturas de madera. Hombre pequeño y perrito. En una caja, bonitos como tú.

Señaló a Eretria, que se había quedado pálida.

–No, Wisp. Prefiero que hables conmigo.

Wisp asintió, satisfecho.

–Bueno, habla.

Escuchando la conversación, Wil tuvo una idea repentina. Se sentó más adelante, agarrando los barrotes de la celda.

–Wisp, ¿qué hizo la señora con las piedras élficas?

Wisp le miró.

–En la caja, seguras en la caja.

–¿Qué caja, Wisp? ¿Dónde guarda esa caja la señora?

Wisp señaló con indiferencia el oscuro pasillo situado detrás de él, sin apartar los ojos de Eretria.

–Habla, bonita –rogó.

El valense miró a Amberle y se encogió de hombros. No estaba teniendo mucho éxito en su propósito de obtener información de Wisp. Al hombrecillo sólo le interesaba

hablar con Eretria.

La vagabunda cruzó las piernas y se meció hacia atrás.

–¿Me enseñas las piedras bonitas, Wisp? ¿Puedo verlas?

Wisp miró a los lados con gesto furtivo.

–Wisp sirve a la señora. Wisp leal. –Hizo una pausa, reflexionando–. Te enseña las figuras de madera, bonita.

Eretria negó con la cabeza.

–Hablemos, Wisp. ¿Por qué tienes que quedarte aquí en los Hoyos? ¿Por qué no te vas?

–Wisp sirve a la señora. –Repitió ansiosamente su respuesta favorita, y su cara se alteró–. Nunca sale de los Hoyos. No puede salir.

En algún lugar alto de la torre sonó una campana una sola vez. Wisp se levantó apresuradamente.

–La señora llama –les dijo, comenzando a subir la escalera.

–¡Wisp! –le gritó Wil, y el hombrecillo se detuvo–. ¿Dejará la señora que nos vayamos si le doy las piedras élficas?

–¿Irse? Wisp pareció no comprender.

–¿Irnos de los Hoyos? –insistió Wil.

Wisp sacudió la cabeza.

–Nunca irse. Nunca. Figuras de madera. –Se despidió de Eretria ondeando la mano–. Bonita para Wisp. Cuidar bonita. Hablar más. Hablar más tarde.

Les dio la espalda y, como una flecha, se lanzó escaleras arriba hacia la oscuridad. Sin decir nada, los prisioneros lo miraron marchar. Encima de ellos, la campana sonó por segunda vez, y su eco reverberó en el silencio.

Wil habló primero.

–Puede estar equivocado. Mallenroh desea las piedras por encima de todo. Creo que nos dejará salir de los Hoyos si accedo a dárselas.

Se sentaron muy juntos ante la puerta de la celda, recorriendo con mirada ansiosa la oscuridad de la escalera del otro lado.

–Wisp no está equivocado. –Amberle movió la cabeza de un lado a otro–. Hebel nos dijo que nadie entraba en los Hoyos. Y dijo también que nunca había salido nadie.

–La elfina tiene razón –reconoció Eretria–. La bruja nunca nos dejará salir. Nos convertirá a todos en figuras de madera.

–Bueno, entonces tenemos que pensar en otro plan –dijo Wil, agarrando los barrotes de la celda para comprobar su resistencia.

Eretria se levantó, mirando con cautela hacia la penumbra de la escalera.

–Yo tengo otro plan, curandero –dijo con voz suave.

Se inclinó hacia su bota derecha, separó el cuero del lado interior y extrajo una vara delgada de metal con un curioso gancho en la punta. Luego se inclinó hacia la izquierda y sacó la daga que le había enseñado a Wil cuando fueron sorprendidos por Hebel al borde de los Hoyos. Alzó la daga esbozando una rápida sonrisa, luego la volvió a guardar en la bota.

–¿Cómo le pasó eso desapercibido a Mallenroh? –le preguntó Wil con sorpresa.

La bohemia se encogió de hombros.

–No se molestó en hacer que me registraran los hombres de palo. Estaba demasiado ocupada en hacer que nos sintiéramos indefensos.

Se dirigió hacia la puerta de la celda y comenzó a examinar la cerradura.

–¿Qué estás haciendo? –le preguntó Wil, acercándose.

–Vamos a salir de aquí –declaró, estudiando con cuidado el ojo de la cerradura. Volvió a mirar a Wil un momento y señaló la varilla de metal–. Es una ganzúa. Ningún

vagabundo iría sin ella. Demasiados ciudadanos mal aconsejados pierden el tiempo cerrándonos las puertas. Creo que no confían en nosotros.

Guiñó un ojo a Amberle, que tenía el entrecejo fruncido.

–Es posible que algunas personas tengan razones para no confiar en vosotros –sugirió Amberle.

–Es posible. –Eretria sopló el polvo de la cerradura–. Todos engañamos a los demás alguna vez, ¿verdad, hermana Amberle?

–Espera un momento. –Wil se agachó junto a Eretria, ignorando la conversación que mantenían–. Cuando logres abrir la cerradura, ¿qué hacemos?

La vagabunda lo miró como si fuera un imbécil.

–Salir corriendo, curandero, tan rápido como podamos.

El valense sacudió la cabeza.

–No debemos hacer eso. Tenemos que quedarnos.

–¿Tenemos que quedarnos? –repitió ella sin poder creerlo.

–Durante un tiempo al menos. –Wil miró a Amberle, luego tomó la decisión–. Eretria, creo que es momento de que aclaremos los engaños a que te has referido. Escucha.

Hizo una señal a Amberle para que se uniese a ellos, y los tres se acurrucaron en la penumbra. En pocas palabras, Wil le explicó a la vagabunda quién era Amberle, quién era él, por qué habían ido al Indomitun y qué era lo que buscaban en realidad. No omitió nada en su narración, porque ahora era necesario que Eretria apreciara la importancia de la búsqueda del Fuego de Sangre. Estaban en peligro dentro de la torre, pero éste no disminuiría aunque lograran salir de ella. Si algo le ocurría a él, quería estar seguro de que la joven vagabunda se encargaría de que Amberle escapase de los Hoyos.

Cuando terminó, Eretria se quedó mirándolo sin decir nada. Luego se volvió hacia Amberle.

–¿Es verdad todo eso, elfina? Creo que me puedo fiar más de ti.

Amberle asintió.

–Todo es verdad.

–¿Estás decidida a quedarte aquí hasta encontrar el Fuego de Sangre?

Amberle asintió otra vez.

La vagabunda sacudió la cabeza con expresión de duda.

–¿Puedo ver esa semilla que llevas?

Amberle extrajo la semilla de su camisa, cuidadosamente envuelta en una lona blanca. La desenvolvió y se la enseñó, perfectamente formada y de un color blanco plateado. Eretria la contempló. Luego la duda se esfumó de sus ojos, y se volvió hacia Wil.

–Voy donde tú vayas, Wil Ohmsford. Si dices que debemos quedarnos, el asunto está zanjado. Pero, de todas formas, tenemos que salir de esta celda.

–De acuerdo –accedió Wil–. Luego buscaremos a Wisp.

–¿Wisp?

–Lo necesitamos. Sabe dónde ha escondido Mallenroh las piedras élficas y todo sobre Salvafuerte, sus túneles y sus secretos. Conoce los Hoyos. Con Wisp como guía, tendremos la posibilidad de hacer lo que vinimos a hacer, y aun de escapar.

Eretria asintió.

–Primero tenemos que salir de aquí. Tardaré un rato en abrir esta cerradura. No hagáis ruido. Vigilad la escalera.

Con cuidado insertó la ganzúa de metal en el ojo de la cerradura y comenzó a trabajar.

Wil y Amberle se desplazaron hacia el otro extremo de la pared de barrotes, desde donde podían vigilar mejor el oscuro pasillo que conducía al tramo de escaleras de la torre. Los minutos transcurrieron y Eretria no había logrado aún abrir la puerta. Sólo las suaves

raspaduras alteraban el silencio profundo mientras la joven manipulaba con la ganzúa dentro de la cerradura, murmurando cada vez que el mecanismo se le escapaba. Amberle se acurrucó contra Wil y apoyó la mano en su rodilla.

–¿Qué harás si fracasa? –le susurró.

Wil no apartó los ojos del pasillo.

–No fracasará.

Amberle asintió.

–Pero, ¿y si fracasa? ¿Entonces qué?

Él sacudió la cabeza.

–No quiero que le regales a Mallenroh las piedras élficas –afirmó Amberle en voz baja.

–Ya hemos hablado de eso. Tengo que sacarte de aquí como sea.

–En cuanto tenga poder sobre las piedras nos destruirá.

–No si lo negocio bien.

–¡Escúchame! –dijo con voz enojada–. Mallenroh no tiene ninguna consideración por la vida humana. Los humanos a sus ojos sólo sirven para lo que pueda obtener de ellos. Hebel no se dio cuenta cuando la encontró por primera vez hace sesenta años en el borde de los Hoyos. Lo único que vio fue la belleza y la magia en que iba envuelta, los sueños en que transformó sus palabras, las impresiones que dejó a su paso; todo producto de la fantasía. No logró ver el mal que se escondía debajo, hasta que fue demasiado tarde.

–Yo no soy Hebel.

Ella aspiró profundamente.

–No. Pero me preocupa que tu cuidado por mí y por lo que he venido a hacer aquí esté empezando a alterar tu juicio. Tu determinación es tal, que crees poder superar cualquier obstáculo, por grande que sea. Envidio tu firmeza. Por desgracia, es algo que a mí me falta. –Tomó sus manos entre las suyas–. Sólo quiero que comprendas que dependo de ti. Llámalo como quieras. Necesito tu fuerza, tu convicción, tu determinación. Pero no debes permitir que nada de lo que sientas por mí distorsione tu juicio. Si eso ocurre, ambos estaremos perdidos.

–La determinación es lo único que tengo –respondió Wil, bajando un momento sus ojos para encontrar los de ella–. Y no creo que a ti te falte.

–Pero me falta. Allanon lo sabía cuando te eligió para protegerme. Creo que sabía lo importante que sería tu determinación para nuestra supervivencia. Y sin ella, Wil, habríamos muerto hace tiempo. –Hizo una pausa y bajó la voz hasta que apenas pudo oírse–. Pero te equivocas al decir que a mí no me falta. Lo sé. Siempre he sido así.

–No lo creo.

–No me conoces tan bien como te imaginas, Wil.

Él estudio su rostro.

–¿Qué quieres decir?

–Quiero decir que hay cosas de mí... –Se interrumpió–. Quiero decir que no soy tan fuerte como parezco, ni tan valiente, ni siquiera tan responsable como tú. ¿Recuerdas cuando empezó el viaje en Villa Refugio? Entonces no te fiabas demasiado de mí. Quiero que sepas que tampoco yo tenía mucha confianza en mí misma.

–Amberle, estabas asustada. Eso no...

–Sí, estaba asustada, es verdad –le interrumpió–. Todavía estoy asustada. Mi miedo es la razón de todo lo que ha ocurrido.

Junto a la puerta de la celda, Eretria refunfuñó algo y se sentó, contemplándola aún cerrada. Dirigió una rápida mirada al valense y volvió a su trabajo.

–¿Qué tratas de decirme, Amberle? –preguntó Wil en voz baja.

–Supongo que estoy tratando de reunir el valor suficiente para contarte algo que no

he sido capaz de decirte desde que empezó el viaje. –Volvió la vista hacia el interior sombrío de la pequeña celda–. Supongo que quiero hacerlo ahora porque no sé si habrá otra oportunidad.

–Dímelo entonces –la animó él.

Ella levantó su rostro de niña.

–La razón por la que me fui de Arbolon y abandoné el servicio de Ellcrys como escogida fue que tenía miedo de ella, que no podía soportar más estar cerca de ella. Eso parece absurdo, lo sé; pero escúchame, por favor. Nunca lo dije. Creo que mi madre me hubiera entendido, pero sólo ella. No puedo culpar a nadie por eso. Podría haberlo explicado, pero decidí no hacerlo. –Se detuvo un momento–. Fue un problema para mí que me eligiera. Sabía la singularidad de mi elección. Sabía que era la primera elfina escogida en quinientos años, la primera desde la época de la Segunda Guerra de las Razas. Lo acepté, aunque muchos lo cuestionaron, y lo cuestionaron abiertamente. Pero yo era la nieta de Eventine Elessedil; por tanto, pensé que no resultaba tan extraño que hubiese sido escogida. Y mi familia, sobre todo mi abuelo, estaba muy orgullosa.

»Pero descubrí que la singularidad de mi elección iba más allá del hecho de que fuese una elfina. Desde el primer día de servicio, éste fue distinto para mí que para mis compañeros. Se sabía que Ellcrys no solía hablar a nadie. Era inaudito que hablase a sus escogidos después del momento de su elección, salvo en muy contados casos. E incluso en ésos, sólo tenía lugar una conversación en todo el tiempo que duraba el servicio de un escogido. Pero desde el primer día habló conmigo, no una vez o dos, sino todos los días. No unas palabras de pasada, sino largas charlas. Siempre cuando yo estaba sola. Me decía cuándo tenía que ir, y yo iba, desde luego. Eso me honraba; yo era especial para ella, tan especial como nunca nadie había sido, y eso me llenaba de orgullo. –Sacudió la cabeza al recordar–. Al principio fue maravilloso. Me contaba cosas que nadie sabía, secretos de la tierra y de la vida que se habían perdido para las razas desde hacía siglos, perdido u olvidado. Me habló de las Grandes Guerras, de las Guerras de las Razas, del nacimiento de las Cuatro Tierras y de sus pueblos, de todo lo ocurrido desde el comienzo del nuevo mundo. Me explicó algo de cómo había sido el mundo antiguo, aunque la memoria le fallaba al retroceder en el tiempo. Algunas cosas de las que me habló, no las entendí. Pero comprendí bastantes. Comprendí lo que me explicó sobre los seres vivos, sobre el cultivo y la crianza. Ése fue su obsequio para mí: la capacidad de hacer que se desarrollasen los seres vivos. Fue un obsequio hermoso. Y las charlas eran mágicas, porque me proporcionaban conocimientos de todas esas cosas extraordinarias.

»Eso fue al principio. Eso fue al comienzo de mi servicio, y las charlas eran tan nuevas y excitantes que acepté lo que ocurría sin preocuparme. Pero pronto empezó a hacerse patente algo muy desagradable. Esto te parecerá extraño, Wil, pero comencé a disolverme en ella. Empecé a perder la conciencia de mi personalidad. Yo ya no era yo, sino una prolongación suya. Todavía no sé si fue intencionado por su parte o sólo el resultado natural de nuestra estrecha relación. En ese momento, creí que era intencionado. Cada vez estaba más asustada por lo que me ocurría; asustada primero, y después furiosa. ¿Se esperaba que por ser una escogida renunciara a mi propia personalidad, a mi propia identidad, para satisfacer sus necesidades? Sentía que estaba jugando conmigo, que estaba siendo utilizada. Fue una equivocación.

»Los demás escogidos comenzaron a notar un cambio en mí. Empezaron a sospechar, creo, que había algo diferente en mi relación con Ellcrys. Noté que me evitaban, noté que me vigilaban. Mientras tanto, me iba perdiendo en ella, cada día desaparecía un poco más de mí. Decidí impedirlo. Comencé a evitarla al igual que los escogidos me evitaban a mí. Me negué a ir cuando me lo pedía, enviando a otro en mi lugar. Cuando me preguntó qué ocurría, no se lo dije. Le tenía miedo; estaba avergonzada de mí misma; estaba furiosa por

toda la situación.

Su boca se tensó.

–Al final decidí que el auténtico problema era que yo no debía ser una escogida. No me veía capaz de asumir la responsabilidad, de comprender lo que se esperaba de mí. Había hecho algo por mí que no había hecho por ningún otro escogido, algo increíble y maravilloso, y yo no podía aceptarlo. Estaba mal que sintiese eso; ninguno de los otros habría reaccionado de esa forma. Mi elección como escogida había sido un error.

»Por eso me marché, Wil, apenas un mes después de haber sido elegida. Les dije a mi madre y a mi abuelo que me iba, que no podía continuar sirviendo. No les expliqué por qué. No conseguí hacerlo. Fracasar como escogida ya era bastante malo. Pero renunciar porque me había exigido cosas que para cualquier otro hubiera sido un honor cumplir... Podía admitir ante mí misma lo que ocurría entre Ellcrys y yo, pero no ante nadie más. Mi madre pareció comprenderlo. Mi abuelo no. Intercambiamos palabras ásperas que nos dejaron a los dos un sabor amargo. Me fui de Arbolon deshonrada ante mí misma y ante mi familia y mi pueblo, decidida a no volver. Hice un juramente élfico de que serviría en el extranjero; mi hogar estaría en cualquier otra parte y allí enseñaría lo que había aprendido sobre el cuidado y la conservación de la tierra y su vida. Viajé hasta llegar a Villa Refugio. Y aquél fue mi hogar.

Había lágrimas en sus ojos.

–Pero estaba equivocada. Ahora puedo y debo decirlo. Huí de una responsabilidad que era mía. Huí de mis miedos y mis frustraciones. Decepcioné a todos y, al final, abandoné a mis compañeros escogidos, que murieron en mi ausencia.

–Te juzgas con demasiada dureza –la amonestó Wil.

–¿Eso crees? –Su boca se torció–. Temo que no me juzgo con suficiente dureza. Si me hubiera quedado en Arbolon, quizás Ellcrys me habría hablado antes de morir. Sólo me hablaba a mí y a nadie más. Ni siquiera se dieron cuenta de lo que ocurría. Podría haberme hablado con tiempo suficiente para que se encontrara el Fuego de Sangre y la semilla fuera plantada antes de que la Prohibición comenzara a derrumbarse, liberando a los demonios. ¿No te das cuenta, Wil? Ahora todos los elfos muertos están sobre mi conciencia.

–También es posible –puntualizó el valense– que, si te hubieras quedado en Arbolon, el aviso de Ellcrys hubiese llegado demasiado tarde. Entonces estarías muerta como los otros y no podrías hacer nada por los elfos que aún viven.

–Me pides que justifique mis acciones a través de la perspectiva del tiempo.

Él sacudió la cabeza.

–Te pido que no uses la perspectiva del tiempo para presuponer lo que ya pertenece al pasado. Quizás estaba determinado que las cosas ocurriesen como ocurrieron. No lo puedes saber. –Su voz se volvió más dura–. Ahora escúchame un minuto. Supón que Ellcrys hubiera decidido seleccionar a otro de tus compañeros para hablar con él. ¿Habría reaccionado él de modo distinto al tuyo? ¿Habría sido inmune a las emociones que te afectaron a ti? No lo creo, Amberle. Te conozco. Te conozco mejor que nadie, después de lo que hemos pasado juntos. Tienes fuerza de carácter, convicción y, a pesar de lo que dices, tienes firmeza. –La cogió por la barbilla–. No conozco a nadie, Amberle, a nadie, que hubiese soportado este viaje y sus peligros mejor que tú. Creo que me ha llegado la hora de decirte lo que tú sueles decirme a mí. Cree en ti misma. Deja de dudar. Deja de pensar en el pasado. Limítate a creer. Confía en ti misma. Amberle, mereces esa confianza.

Ella lloraba ya abiertamente, en silencio.

–Te quiero.

–Yo también. –La besó en la frente–. Mucho. Ella apoyó la cabeza en su hombro y él la abrazó. Cuando volvió a levantar la mirada, las lágrimas habían desaparecido.

–Quiero que me prometas algo –le dijo.

–De acuerdo.

–Quiero que me prometas que te asegurarás de que lleve a término esta búsqueda, de que no vacile, de que no abandone, de que no falle en lo que vine a hacer. Sé mi fuerza y mi conciencia. Prométemelo.

Él le sonrió dulcemente.

–Te lo prometo.

–Aún tengo miedo –confesó ella en voz baja.

Junto a la puerta de la celda, Eretria se incorporó de repente.

–¡Curandero!

Wil y Amberle se levantaron, y juntos se apresuraron a reunirse con la joven vagabunda. Los ojos negros de ésta destellaron. Sin más palabras, sacó la varilla de metal de la cerradura y volvió a introducirla en su bota. Luego guiñó un ojo al valense, agarró los barrotes y tiró. La puerta se abrió sin ruido.

Wil Ohmsford le dedicó una sonrisa triunfal. Ahora sólo les quedaba encontrar a Wisp.

# XLV

Lo encontraron casi de inmediato. Habían salido de la celda, avanzado hacia la escalera y estaban atisbando en la penumbra del hueco de ésta, cuando oyeron el sonido de unas pisadas que se aproximaban. Wil hizo un rápido gesto a Eretria para que se situara a un lado, mientras atraía a Amberle hacia el otro. Aplastados contra la piedra, esperaron expectantes mientras las pisadas se acercaban; un leve y familiar ruido que Wil reconoció en seguida.

Segundos más tarde, el rostro arrugado de Wisp se destacaba en la oscuridad.

–Bonita, hola, hola. ¿Hablas con Wisp?...

La mano de Wil agarró con fuerza su cuello. Wisp jadeó, asustado, forcejeando salvajemente para liberarse mientras el valense lo levantaba del suelo.

–¡Estáte quieto! –le amenazó Wil con un susurro, volviéndolo de cara para que pudiera verlo.

Wisp abrió los ojos con asombro.

–¡No, no os podéis marchar!

–¡Silencio! –Wil lo zarandeó hasta que se calló–. Una palabra más y te parto el cuello, Wisp.

Wisp asintió frenéticamente, retorciendo su pequeño cuerpo bajo la presión de Wil. Sus ojos estaban abiertos como platos.

–Ahora escúchame con atención, Wisp –dijo el valense–. Quiero recuperar las piedras élficas, y vas a decirme qué ha hecho la bruja con ellas. Dónde las ha escondido ¿Comprendes?

Wisp sacudió la cabeza violentamente.

–¡Wisp sirve a la señora! ¡No os podéis marchar!

–En una caja, dijiste –siguió Wil sin hacerle caso–. Llévame adonde guarda esa caja. Llévame ahora mismo.

–¡Wisp sirve a la señora! ¡Wisp sirve a la señora! –repetía el hombrecillo con desesperación–. ¡Quedaros! ¡Volved!

Wisp se sintió indeciso durante un momento, sin saber qué hacer. Entonces Eretria se acercó, aproximando su rostro moreno a pocos centímetros del de Wisp. La daga de su bota destelló y se apoyó contra la garganta del hombrecillo.

–¡Escúchame, bolita peluda! –dijo ella–. Si no nos conduces a las piedras élficas en seguida, te cortaré la garganta de oreja a oreja. Entonces no servirás a nadie.

Wisp hizo una mueca de espanto.

–No hacer daño a Wisp, bonita. Le gustas, bonita. Te quiere. No hacer daño a Wisp.

–¿Dónde están las piedras élficas? –preguntó, apretando un poco más la hoja de la daga contra la garganta del elfo.

De pronto sonó la campana de la torre: una, dos, tres veces, y después una cuarta. Wisp dejó escapar un gemido aterrorizado y se revolvió con violencia contra la mano de Wil. El valense lo sacudió enfadado.

–¿Qué ocurre, Wisp? ¿Qué es eso?

Wisp se rindió, impotente.

–Viene Morag –gimoteó.

–¿Morag?

Wil se sintió repentinamente desesperado. ¿Qué conduciría a Morag a la fortaleza de su hermana? Miró a sus compañeras, pero la confusión de sus ojos se repetía en los de ellas.

–Wisp sirve a la señora –murmuró Wisp y empezó a llorar.

El valense miró a su alrededor con urgencia.

–Necesitamos algo para atarle las manos.

Eretria se soltó la larga faja de la cintura y la usó para atarle a Wisp los brazos a la espalda. Wil cogió los extremos sueltos y los enrolló en una de sus manos.

–Escúchame, Wisp. –Levantó de un tirón la barbilla temblorosa del elfo hasta que sus ojos se encontraron–. ¡Escúchame! –Wisp lo escuchaba–. Quiero que nos lleves adonde la señora guarda las piedras élficas. Si intentas correr o gritar, sabes lo que te ocurrirá, ¿verdad? –Esperó con paciencia el asentimiento de Wisp–. Entonces no se te ocurra hacer la estupidez de intentarlo. Llévanos a las piedras.

Wisp fue a decir algo, pero Eretria levantó la daga de inmediato. El hombrecillo asintió con la cabeza una vez más.

–Mejor así, Wisp. –Wil le soltó la barbilla–. Ahora vamos. No nos demoremos más.

En fila, comenzaron a subir la escalera, Wisp a la cabeza, el valense inmediatamente detrás, sosteniendo con firmeza la faja que anudaba los brazos de Wisp, y por último Eretria y Amberle. Avanzaron en la oscuridad, forzando los ojos sin resultado, tanteando con las manos los muros de piedra del hueco. Durante unos momentos estuvieron en una oscuridad absoluta. Luego brilló una nueva luz delante, y el perfil tenue de la escalera reapareció en la negrura. Un globo similar al que iluminaba la celda surgió ante su vista, y pasaron bajo él. Más adelante, otras luces parpadeaban en la penumbra.

Continuaron ascendiendo la escalera que se elevaba en espiral a través de la torre. De vez en cuando pasaban ante pasadizos oscuros y vacíos abiertos en la piedra y puertas aisladas, cerradas y aseguradas, pero Wisp no se detuvo en ningún momento. Las campanas no volvieron a repetir sus toques; toda la torre estaba en silencio. El olor perfumado del incienso era más fuerte a medida que subían, llenando la escalera con su aroma intenso. El valense y las dos jóvenes empezaron a aturdirse, y trataron de no respirarlo. Wil comenzó a sospechar a medida que los minutos transcurrían. Quizá Wisp era más listo de lo que aparentaba.

Pero entonces llegaron a un rellano y Wisp se detuvo. Señaló hacia un pasillo poco iluminado y no muy largo que terminaba en una enorme puerta revestida de hierro. Al otro lado se oían voces.

Wil se inclinó apresuradamente.

–¿Qué es eso, Wisp?

El rostro arrugado tenía una expresión furtiva y estaba bañado de sudor.

–Morag –susurró, luego sacudió la cabeza–. Muy mala, muy mala.

Wil se irguió.

–Morag no nos importa. ¿Dónde están las piedras élficas?

Wisp señaló otra vez hacia la puerta. El valense dudó, observándole con incertidumbre. ¿Estaba diciéndoles la verdad? Entonces Eretria se arrodilló junto al hombrecillo, esta vez hablándole con voz suave, sin mostrarle la daga.

–Wisp, ¿estás seguro?

Wisp asintió.

–No miente, bonita. No hacer daño a Wisp.

–No quiero hacerte daño –le aseguró ella, manteniéndole la mirada–. Pero tú sirves a la señora, no a nosotros. ¿Podemos creer lo que dices?

–Wisp sirve a la señora –repitió con voz débil, luego sacudió la cabeza–. Wisp no miente. Piedras bonitas allí, al otro lado de gran sala, en pequeña habitación arriba de escaleras, en caja con bonitas flores, rojas y doradas.

Eretria lo contempló un momento más, luego desvió la vista hacia Wil y asintió. Ella le creía. Wil asintió en respuesta.

–¿No hay otra forma de llegar a la caja? –le preguntó Wil.

Wisp negó con la cabeza.

–Una puerta –dijo, señalando el pasillo.

Wil lo miró en silencio durante un momento, luego hizo un gesto a sus compañeras para que lo siguiesen. Con cautela, avanzaron por el corto pasillo hasta llegar a la puerta. Al otro lado, las voces se elevaron estridentes y furiosas. En cualquier cosa que estuviese ocurriendo allí, Wil no deseaba tomar parte. Respiró profundamente y despacio y con precauciones, giró el picaporte y empujó la puerta. Ésta se abrió un poco. El valense atisbó a través de la abertura.

Allí estaba la sala donde Mallenroh los había apresado, enorme y sombría, iluminada débilmente por varias de aquellas luces extrañas que no producían humo y colgaban como arañas de un techo invisible. Al otro lado de la puerta una serie de escalones semicirculares descendían hasta el suelo de la sala. Allí, cientos de hombres de palo se apiñaban apretadamente, rodeando a dos esbeltas figuras negras que se hallaban frente a frente a una docena de pasos y se chillaban como si fuesen gatos acorralados.

Wil Ohmsford observó. Las hermanas brujas, Morag y Mallenroh, las últimas de su clase, enemigas acérrimas por un conflicto desde hacía siglos olvidado por todos excepto por ellas, eran gemelas idénticas. Túnicas negras cubrían sus altas figuras, el cabello gris trenzado con belladona, la piel blanca e impecable, y una apariencia fantasmagórica; eran imágenes reflejas. Ambas estaban exquisitamente formadas, ambas gráciles y delicadas. Pero en ese momento su belleza estaba desfigurada por el odio, que contraía sus facciones y endurecía sus ojos de color violeta. Llegaron algunas palabras hasta el valense, más suaves ahora que los gritos habían perdido intensidad, pero igualmente amargas y cargadas de furia.

–Mi poder es tan fuerte como el tuyo, hermana, y no me da miedo nada de lo que puedas hacerme. Ni siquiera puedes evitar que entre en este deprimente refugio tuyo. Somos como la roca y la piedra y ninguna de las dos puede prevalecer. –Sacudió la cabeza con gesto burlón–. Pero tú vas a cambiarlo todo, hermana. Tratas de aliarte con esa magia que no te pertenece. Al hacerlo, pondrás fin a nuestro dominio compartido sobre los Hoyos. Necia hermana. Tú no tienes secretos para mí. Sé tan pronto como tú lo que pretendes hacer. –Hizo una pausa–. Y conozco la existencia de las piedras élficas.

–Tú no sabes nada –gritó la otra, que Wil reconoció como Mallenroh–. Sal de mi casa, hermana. Vete mientras puedas o encontraré un modo de hacer que lo desees. Morag rió.

–Tranquilízate, estúpida. No puedes asustarme. Me marcharé cuando consiga lo que vine a buscar.

–¡Las piedras élficas son mías! –protestó Mallenroh–. Las tengo yo y seguiré teniéndolas. El obsequio se me hizo a mí.

–Hermana, ningún obsequio será tuyo si yo no lo deseo. El poder de las piedras élficas debe pertenecer a quien esté más capacitada para emplearlo. Ésa soy yo. Siempre he sido yo.

–Tú nunca has estado más capacitada –le espetó Mallenroh–. Te he permitido compartir este valle conmigo porque eras la última de mis hermanas, y me daba pena de que fueses tan horrible y tan inútil. Piénsalo, hermana. Yo siempre he tenido cosas bellas, pero tú sólo cuentas con la compañía de esos hombres de palo sin voz. –Su tono bajó hasta convertirse en un siseo–. ¿Recuerdas el humano que trataste de quitarme, el hermoso que era mío y tú odiabas tanto? ¿Lo recuerdas, hermana? Fuiste tan descuidada que permitiste que fuese destruido.

Morag se tensó aún más.

–Fuiste tú quien lo destruyó, hermana.

–¿Yo? –Mallenroh lanzó una carcajada–. Una caricia tuya y se quedó petrificado de espanto.

El rostro de Morag estaba crispado por la rabia.

–Dame las piedras élficas.

–No te daré nada.

Agazapado en silencio detrás de la gran puerta de madera, Wil Ohmsford sintió una mano sobre su hombro y saltó de sorpresa. Eretria atisbó a través de la rendija.

–¿Qué ocurre?

–Quédate detrás –susurró él, y sus ojos volvieron al enfrentamiento que tenía lugar dentro de la sala.

Morag se había adelantado y se encontraba ahora justo enfrente de Mallenroh.

–Dame las piedras élficas. Tienes que dármelas.

–Vuelve al agujero del que te escapaste, lagarto – dijo despreciativamente Mallenroh–. Vuelve a tu nido vacío.

–¡Serpiente! ¡Serías capaz de comerte a los de tu propia especie!

Mallenroh gritó:

–¡Monstruo! ¡Vete ahora mismo!

La mano de Morag salió de debajo de su túnica y asestó a Mallenroh una fuerte bofetada. El sonido reverberó en el silencio. Mallenroh retrocedió, tambaleándose. Los miembros de los hombres de madera castañearon cuando ellos se desplazaron con ansiedad en la sala cavernosa, alejándose de las dos enemigas.

Entonces la risa de Mallenroh se elevó aguda e inesperadamente.

–Me das pena, hermana. No puedes hacerme daño. Vete a tu casa. Espera que vaya a buscarte. Espera que vaya a darte la muerte que mereces. No eres digna siquiera de ser mi esclava.

Morag avanzó y le asestó otro golpe que arrancó un grito de rabia de Mallenroh.

–¡Dame las piedras élficas! –La voz de Morag tenía un toque de desesperación–. ¡Serán mías, hermana! ¡Serán mías! ¡Dámelas!

Se lanzó sobre Mallenroh, rodeándole el cuello con las manos. Mallenroh retrocedió de nuevo, con su bello rostro contorsionado por la rabia. Las dos brujas cayeron al suelo, luchando y arañándose como gatos. Entonces Mallenroh se soltó y logró levantarse. Extendió una mano hacia delante. Al momento, una enorme raíz salió de la piedra junto a sus pies y envolvió el cuerpo de Morag. Se elevó, llevándosela consigo y creció hasta hacerse enorme y sobrepasar el resplandor de las lámparas. Morag gritó. De pronto, la oscuridad se disolvió en un destello brillante, y un fuego verde prendió toda la raíz, convirtiéndola en cenizas. Se desmoronó, lanzando densas nubes de humo de sus restos. Entonces reapareció Morag, flotando hacia abajo entre la bruma como un fantasma, para posarse de nuevo en el suelo.

Mallenroh chilló con frustración, y el fuego verde brotó ahora de sus dedos, rodeando a su hermana. Morag cayó hacia atrás. Durante un momento, las dos fueron devoradas por el fuego, mientras sus gritos llenaban la sala. Entonces el fuego se extinguió y las hermanas se encontraron una vez más frente a frente, sus figuras altas girando en un círculo a cierta distancia una de otra.

–Esta vez me libraré de ti –susurró Mallenroh, con su voz llena de furia helada, y saltó sobre su hermana.

Morag recibió la embestida y repelió a Mallenroh. De nuevo el fuego verde se propagó desde sus dedos. El grito de Mallenroh se elevó, agudo y terrible, y desapareció tras una pared de humo. Poco después emergió a unos cuatro metros a la derecha, lanzando el fuego de sus manos. Las dos hermanas forcejearon hacia delante y hacia atrás, atacándose la una a la otra en un remolino frenético. Las chispas del fuego verde

salpicaban a los desdichados hombres de palo y, en pocos momentos, ardieron docenas de ellos.

De nuevo las hermanas se acercaron la una a la otra, luchando salvajemente, arrojando fuego de sus dedos. Sus túnicas negras flotaban desplegadas mientras ellas se desplazaban juntas, y el fuego ardía como una enorme columna desde el suelo que pisaban. Un terrible grito salió de sus gargantas cuando sus manos se trabaron y sus cuerpos altos se irguieron con la fuerza de la lucha. Las llamas se esparcieron como el agua y llegaron hasta los rincones más apartados de la sala, prendiendo y quemando a los hombres de palo. El calor se desprendía de la columna de fuego con tal intensidad que llegó hasta la abertura de la puerta tras la que se agazapaban el valense y sus acompañantes, tocando sus caras.

Entonces la torre comenzó a temblar, la piedra y la madera saltaron en esquirlas y astillas que cayeron como una cascada a través del humo y la penumbra. Wil observó el pilar de fuego que se elevaba desde las hermanas brujas para lamer ávidamente las vigas de madera que constituían el soporte de la torre. Por todas partes ardían los hombres de palo, propagando las llamas a lo largo y ancho de la sala.

Wil se incorporó apresuradamente. Si permanecían allí, las llamas podrían atraparlos. La torre podía derrumbarse sobre ellos. Tenían que escapar en seguida. Era peligroso, pero menos que quedarse allí.

Puso a Wisp ante la puerta entreabierta.

–¿Dónde está la habitación de la caja, Wisp? –Éste gemía y sollozaba. El valense lo zarandeó con furia–. ¡Indícame la habitación!

Wisp señaló a través de la puerta. A la derecha, al otro lado de la sala, había una estrecha escalera de caracol que subía hasta un rellano y una puerta solitaria.

Wil miró a Amberle. Su tobillo lesionado la obligaría a caminar despacio.

–¿Puedes andar? –le preguntó. Ella asintió. Wil miró a Eretria, y ella asintió también. Tomó una bocanada de aire. Vamos.

Con el forcejeante Wisp sujeto bajo el brazo, empujó la puerta de madera y la atravesó. El calor de las llamas le llegó como una barrera, abrasándole la cara, quemándole hasta la garganta. Bajó la cabeza, siguió la pared de la torre hacia la derecha, y descendió a saltos los escalones semicirculares. Los hombres de palo se arremolinaron confundidos, pero él los apartó de un manotazo, abriendo camino para sus compañeras. Avanzaron agachados, esquivando las llamas, apresurándose hacia las escaleras el otro lado. Entonces, de repente, la columna de fuego se disparó hacia arriba en una explosión que los derribó a todos. Consternados, se levantaron, quedándose de rodillas, observando cómo la pelea entre las hermanas brujas se hacía aún más feroz. Súbitamente el fuego cambió de verde etéreo a amarillo intenso, a una llama verdadera y natural. Las hermanas gritaron. El fuego alcanzó y recorrió sus miembros esbeltos, y la maraña de sus cabellos grises. Estaba quemándolas.

–¡Hermana! –gritó una en un gemido de reconocimiento y miedo.

Se produjo una crepitación de la carne al arder. Con rapidez asombrosa, las llamas envolvieron a las hermanas brujas como un sudario y fueron consumidas. Un minuto antes, estaban una frente a otra, enzarzadas en una violenta lucha; un minuto después, habían desaparecido. Cada una de ellas era inmune al poder de la otra, pero no pudieron sobrevivir a la unión de los dos poderes. Todo lo que quedó fue un montón reducido de cenizas y de carne negra.

Wil escuchó el jadeo de horror de Amberle. Luego los hombres de palo cayeron, derrumbándose como muñecos de trapo, con los brazos y las piernas separados de sus cuerpos, con los dedos de las manos y los pies paralizados, hasta que sólo quedó de ellos una enorme pila de humeante madera sin vida. La magia que los hizo y los mantuvo había muerto con las hermanas brujas. En la sala que ardía no quedó ningún ser vivo excepto los

tres extranjeros y Wisp.

El tiempo se les estaba acabando. Sofocado por el humo, Wil consiguió levantarse. Empujó a Wisp a través de las llamas, apartando a patadas los restos de los hombres de palo, llamando con desesperación a Amberle y a Eretria para que lo siguieran. Wisp chillaba y protestaba, pero Wil tuvo poca paciencia con él y lo ignoró, avanzando a tropezones hasta la escalera del otro lado de la habitación y subiéndola torpemente. Al llegar al rellano, agarró el picaporte que mantenía la puerta cerrada y anheló que ninguna otra cosa le impidiera abrirla. No se lo impidió. Con los ojos lagrimeantes y la garganta irritada y ardorosa, entró.

El rugido del fuego lo siguió, arrancando gritos frenéticos de Wisp. La habitación estaba llena de sedas oscuras y guirnaldas de belladona que colgaban de las paredes y bajo el varaseto de hierro. El valense, ansioso, atisbó a través de la oscuridad, encontrando al fin lo que buscaba. Sobre una mesa al otro lado de la estancia, entre un montón de ornamentos y jarras de incienso y perfume, reposaba una gran caja de madera tallada con la tapa decorada con flores pintadas de rojo y dorado. ¡Las piedras élficas! Una alegría salvaje lo invadió. Wisp gritaba como un loco, pero Wil no le oía, aturdido por el calor y el humo, preocupado por recuperar las piedras. Tuvo una vaga conciencia de que Eretria y Amberle entraban detrás de él al lanzarse hacia la caja. Su mano estaba ya sobre la tapa cuando Eretria dio un grito y le empujó para apartarlo.

–¿Cuántas veces tengo que salvarte la vida, curandero? –preguntó a gritos para hacerse oír sobre el rugido del fuego. Cogiendo una barra de hierro colgada en una pared, se situó a un lado de la caja y extendió la barra con cautela para abrir la tapa. Un bulto verde salió disparado de dentro de la caja, y se enrolló en la barra. Rápidamente la joven vagabunda golpeó la barra contra el suelo de piedra, hasta que la cosa que estaba enredada en ella se convirtió en algo inerte.

Wil lo contempló horrorizado. Era una víbora.

–¡Él estaba tratando de avisarte! –dijo Eretria señalando a Wisp. El hombrecillo se deshizo en lágrimas.

Wil se quedó tan impresionado que durante un instante no pudo moverse ni hablar. Una mordedura de esa víbora... Eretria pinchó la caja de madera con su daga, sacándola de la mesa. Cayó al suelo, y un montón de piedras preciosas y joyas se desparramaron. Entre ellas se encontraba la bolsa de cuero. La joven la recogió, la sostuvo un momento en la mano, como si estuviera pensando qué hacer con ella, y después se la entregó a Wil. Éste la tomó sin decir nada, desató los cordeles que la cerraba y miró en su interior.

Una tenue sonrisa asomó en sus labios. Las piedras élficas volvían a pertenecerle.

Un nuevo temblor sacudió la torre. En la sala de al lado, una de las enormes vigas cedió, derrumbándose entre una lluvia de llamas. Wil guardó las piedras dentro de su camisa y se dirigió hacia la puerta, arrastrando a Wisp y a Eretria tras él. Tenían que salir sin pérdida de tiempo.

Pero un repentino martilleo procedente del interior de un gran armario de madera le hizo volverse; un martilleo mezclado con gritos ahogados y el gruñido profundo de algún animal. Wil miró a Eretria. Había algo atrapado en el armario. Después dudó sólo un momento. Cualquier ser que estuviera allí merecía una oportunidad para salir de la torre. Se apresuró hacia el armario y descorrió el cerrojo de un tirón. Las puertas se abrieron con violencia y una enorme masa oscura se lanzó sobre él, derribándolo hacia atrás. Los gritos se elevaron en la cámara llena de humo mientras Wil trataba de librarse de su atacante. Entonces la criatura fue apartada con brusquedad hacia un lado y apareció ante él un rostro familiar.

–¡Hebel! –exclamó Wil atónito.

–¡Atrás, Drifter! –El anciano contuvo al perro extendiendo una mano hacia abajo–.

¿Pero qué ha ocurrido aquí? ¿Qué estaba yo haciendo en un armario, maldita sea?

Wil se levantó, inseguro.

–¡Hebel! ¡La bruja Mallenroh te convirtió en madera! ¿No te acuerdas? –Esbozó una sonrisa de alivio–. ¡Pensábamos que te habíamos perdido! No entiendo cómo...

Amberle lo cogió del brazo.

–Fue la magia, Wil. Al morir Mallenroh también murió su magia. Por eso los hombres de palo se desmoronaron, y Hebel y el perro han vuelto a ser lo que eran.

Una nueva oleada de humo entró por la puerta y Eretria dejó escapar un grito de angustia.

–Tenemos que salir de aquí. –Wil se dirigió hacia la puerta de nuevo, aún con el aterrorizado Wisp bajo el brazo–. Trae a Amberle –le gritó a Hebel.

En el rellano, se detuvieron asustados. La sala del otro lado estaba totalmente invadida por las llamas de los hombres de palo que estaban desperdigados por el suelo como brasas. Las vigas que sostenían el techo arqueado se doblaban y gemían, el fuego llegaba a todas partes. Incluso los muros de piedra comenzaron a enrojecer por el calor. Las puertas de la sala que daban al exterior se hallaban cerradas y barradas. Wil, vacilante, comenzó a bajar las escaleras, buscando a través de las llamas y el humo un camino para llegar hasta esas puertas.

Entonces, de repente, las puertas se abrieron con un estallido, chocando contra la piedra al ser empujadas desde fuera. Al pie de la estrecha escalera, Wil Ohmsford y sus acompañantes se detuvieron sorprendidos, tratando de ver a través de la muralla de fuego. La luz del día penetró por la puerta destrozada, y a Wil le pareció ver que una sombra entraba en la sala. En la duda, forzó su mirada más allá de las llamas, tratando de determinar qué era. ¿Había imaginado que la sombra...?

Unos pasos detrás, Drifter se dejó caer encogido, gruñendo y gimoteando.

Y entonces lo supo. ¡La Parca! Había olvidado a la Parca.

–¡Wisp! –gritó frenéticamente, sacudiéndole con tanta fuerza que el rostro del elfo osciló hacia atrás y hacia delante–. ¿Cómo podemos salir de aquí? ¡Escúchame! ¡Indícame otra salida!

–Wisp... salir... por allí.

Uno de sus brazos señaló tembloroso.

Wil la vio: una puerta a la izquierda, a unos veinte metros a través del fuego. No dudó un momento. Llamando a sus compañeros para que lo siguieran, se lanzó a través de las llamas y el humo hacia la puerta. Casi podía sentir la respiración de la Parca sobre su hombro. Desde algún lugar en la sala se aproximaba a ellos.

Llegaron a la puerta. Tosiendo y casi sin aliento, Wil encontró el picaporte y lo giró. La puerta se abrió. Empujó a los otros delante de él y los siguió, cerrando la puerta de un portazo y ajustando la barra de seguridad.

Bajaron corriendo una escalera de caracol que descendía bajo la torre, a través de la penumbra iluminada débilmente por las luces sin humo, en la humedad mohosa que enfrió sus cuerpos calientes, tropezando y resbalando, con el eco de sus pisadas resonando en el silencio. Sólo dos veces se volvió el valense para hablar a quienes conducía fuera de la torre derrumbada: una para decirles el nombre del perseguidor, y otra para avisarles de que la Parca les había encontrado al fin. Luego nadie habló más. Sólo corrieron.

Al final de la escalera se iniciaba un pasadizo, que transcurría bajo la luz de varias lámparas espaciadas y giraba, perdiéndose de vista. Lo siguieron, Wil llevando el cuerpo encogido de Wisp, que gemía y se lamentaba a cada paso, Hebel con Drifter a su lado, y Eretria, prestando apoyo a Amberle, que aún cojeaba a causa de su tobillo lesionado. El pasillo serpenteaba a través de la tierra, girando primero hacia un lado y después a otro,

lleno de insectos que saltaban y de polvo que ellos levantaban al moverse.

Una y otra vez, Wil miró hacia atrás, a las sombras. ¿Se había movido algo? ¿Se oía algo? Las lágrimas dificultaban su visión y se las limpió con rabia. ¿Dónde estaba la Parca? Los había seguido desde Arbolon hasta aquel túnel. Estaba allí, cerca; podía sentirla. Estaba allí, persiguiéndolos.

Al frente, el pasadizo terminó ante una segunda escalera que se curvaba hacia arriba en espiral, oscura y vacía. El valense se detuvo hasta que los otros llegaron junto a él, luego comenzó a subir rápidamente. Durante largos minutos ascendieron girando en la penumbra, observando la curva de escalones que se alargaba hacia arriba como si tratara de burlarse de ellos, escuchando para captar algún sonido del ser que los perseguía. Pero sólo oyeron los que producían sus propios movimientos. El silencio envolvía el hueco y a los que ascendían por él.

La escalera terminó en una trampilla, cerrada por un pestillo que se insertaba en la piedra. Wil lo forzó hasta abrirlo, apoyó el hombro contra la trampilla y empujó hacia arriba. Con un golpe amortiguado, la portezuela dio un vuelco. La luz brumosa del sol inundó el pasadizo. Rápidamente los humanos y el perro salieron.

Se encontraron de nuevo en los Hoyos grises, nublados y silenciosos. Tras ellos la fortaleza aislada de Mallenroh, envuelta en un humo que se elevaba hacia los árboles y se arremolinaba en el foso y la muralla, se derrumbó lentamente.

Todo el bosque quedó vacío. La Parca no se veía por ninguna parte.

# XLVI

Wil miró a su alrededor con inseguridad. La niebla y la penumbra enmascaraban todo excepto el aleteo brillante del fuego que aún ardía en la torre de Mallenroh. Nada podía distinguirse. No tenía ni idea de adonde debían ir.

–Hebel, ¿dónde está el Pináculo? –preguntó apurado.

El viejo sacudió la cabeza.

–No lo sé, elfo. No veo nada.

Wil pensó un momento, luego se arrodilló en el suelo del bosque y soltó al encogido Wisp. Éste se había cubierto la cara con las manos y su cuerpo peludo estaba curvado como una pelota. Trató de enderezar al elfo por todos los medios. Por último, renunció, lo sostuvo por los hombros y lo sacudió con fuerza.

–Wisp, escúchame. Wisp, tienes que hablar conmigo. Mírame, Wisp.

El hombrecillo espió entre los dedos. Su cuerpo temblaba.

–Wisp, ¿dónde está el Pináculo? –preguntó Wil–. Tienes que llevarnos al Pináculo.

Wisp no respondió; se limitó a seguir mirando a través de sus dedos como un niño fascinado. Luego cerró las manos de pronto.

–¡Wisp! –le gritó, sacudiéndolo otra vez–. ¡Wisp, respóndeme!

–¡Wisp sirve a la señora! –exclamó el elfo de repente–. ¡Sirve a la señora! ¡Sirve a la señora! ¡Sirve a la...!

Wil lo sacudió con tanta fuerza que sus dientes castañetearon.

–¡Basta! ¡Ella está muerta, Wisp! ¡La señora está muerta! ¡Ya no la servirás más!

Wisp se calló y sus manos resbalaron lentamente por su rostro. Comenzó a llorar con grandes sollozos que hicieron temblar su menuda constitución.

–No hacer daño a Wisp –rogó–. Wisp bueno. No hacer daño a Wisp.

Entonces se hizo una bola y rodó por el suelo, gritando como un animal herido. Wil lo miró impotente.

–Muy bien, curandero. –Eretria dio unos pasos hacia él y suspiró–. Lo has asustado tanto que a poco no lo matas. Ahora no nos servirá de gran cosa. –Lo cogió del brazo y lo apartó–. Deja que yo me encargue de esto.

Wil se acercó a Amberle y juntos miraron en silencio cómo la bohemia se arrodillaba junto a Wisp y rodeada con sus brazos al sollozante elfo. Hablándole con un suave susurro, lo mantuvo abrazado y le acarició la cabeza peluda. Pasó un largo rato hasta que al fin Wisp dejó de llorar y levantó la cabeza levemente.

–¿Bonita?

–Todo va bien, Wisp.

–¿Bonita cuidará a Wisp?

–Te cuidaré. –Dirigió una mirada de reproche al valense–. Nadie te hará daño.

–¿No hacer daño a Wisp? –El rostro arrugado se alzó para buscar el de ella–. ¿Prometer?

Eretria le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

–Lo prometo. Pero tienes que ayudarnos, Wisp. ¿Lo harás? ¿Nos ayudarás?

El hombrecillo asintió ansiosamente.

–Te ayudará, bonita. Wisp bueno.

–Claro que sí, Wisp bueno –repitió Eretria. Luego se inclinó más hacia él–. Pero tenemos prisa, Wisp. El demonio, el que nos persiguió hasta los Hoyos, aún nos busca. Si nos encuentra, nos hará daño, Wisp.

Wisp sacudió la cabeza.

–No dejar que haga daño a Wisp, bonita.

–No, no te hará daño, Wisp, si nos damos prisa. –Le acarició la mejilla–. Pero tenemos que encontrar esa montaña... Curandero, ¿cómo se llama?

–El Pináculo –respondió Wil.

Ella asintió.

–El Pináculo. ¿Puedes decirnos cómo llegar hasta allí, Wisp? ¿Puedes llevarnos allí?

Wisp miró al valense con incertidumbre, luego detrás de él hacia la torre quemada. Sus ojos se quedaron fijos allí durante un momento, luego se desviaron de nuevo hacia Eretria.

–Os llevaré, bonita.

Eretria se levantó y tomó de la mano al hombrecillo.

–Ahora no te preocupes. Yo cuidaré de ti.

Al pasar junto a Wil, la vagabunda le guiñó un ojo.

–Te dije que me necesitarías, curandero.

Se adentraron en la penumbra del bosque. Wisp delante, deslizándose con agilidad a través de la niebla y la enmarañada maleza, cogido con fuerza de la mano de Eretria. Los seguían Hebel y Drifter, después Amberle y Wil, él cogiéndola por la cintura para prestarle apoyo mientras avanzaba cojeando. Pero casi de inmediato, los otros empezaron a distanciarse de ellos; al intentar alcanzarlos, Amberle tropezó y se cayó. Wil no dudó. Levantó a la joven y la llevó en brazos. Para su sorpresa, Amberle no protestó. Él esperaba que lo hiciera, por la autosuficiencia de que había hecho gala durante todo el viaje. Pero esta vez se quedó callada, apoyando la cabeza en su hombro y pasándole los brazos alrededor del cuello. No intercambiaron una sola palabra.

Wil reflexionó un momento sobre su comportamiento, luego su mente pasó a ocuparse de otros asuntos. Tenía que idear un plan para escapar, no sólo de los Hoyos, sino también de la Parca. Porque no obtendrían ningún beneficio de escapar de los Hoyos, si no escapaban también de la Parca. Sin duda, había peligro en los Hoyos, pero la Parca era lo que realmente asustaba a Wil; un cazador incansable que parecía no detenerse por nada, una criatura que desafiaba las leyes de la razón y que eliminaba cualquier obstáculo que se interponía en su búsqueda de la frágil mujer-niña que el valense transportaba. Sabía que no debía permitir que la encontrase. Incluso las piedras élficas, si hallaba un modo de desbloquear su asombroso poder, podrían no ser suficientes para detener a esa criatura. Tenían que escapar de ella, y hacerlo rápidamente.

Pensó que tenía medios. Era el quinto día de su descenso al Indomitun; el último día en que Perk volaría con Genewen por el valle antes de volver a su hogar. El valense separó una mano de Amberle por un momento para sentir el bulto del pequeño objeto que guardaba en el bolsillo de su camisa: el silbato de plata que Perk le había dado para llamar a Genewen. Era el único enlace con el joven jinete alado, y Wil lo guardaba con cuidado. Recordaba su promesa a Amberle de que sólo lo llamaría si la situación era desesperada, pero estaba seguro de que no podía ser más desesperada de lo que era. Si se veían obligados a recorrer a pie los Hoyos, el Indomitun y toda la región inferior de la Tierra del Oeste para llegar hasta Arbolon, nunca lo lograrían. La Parca encontraría su rastro y los alcanzaría. Sería una necedad creer lo contrario. Tenían que encontrar un modo de volver, y el único que conocía era volar con Genewen. La Parca los perseguiría, como lo había hecho hasta entonces, pero estarían fuera de su alcance.

Quizá, se previno a sí mismo. Quizá. Todavía necesitaban tiempo antes de escapar, y el tiempo que les quedaba se deslizaba entre sus dedos. Al empezar no contaban ya con mucho, y ahora habían consumido la mayor parte. La Parca los buscaba. Y aunque la hubiesen burlado en las ruinas de la torre de la bruja, volvería a encontrarlos sin tardanza. Antes de escapar tenían que llegar a Salvafuerte, localizar el Fuego de Sangre, sumergir la

semilla de Ellcrys, subir por las laderas del Pináculo, hacer la señal a Perk, que podría estar en cualquier lugar sobre el Indomitun, montar a Genewen, si es que el gran ruc podía transportarlos a todos, y volar hasta la seguridad; todo eso antes de que la Parca los alcanzara. Era casi imposible; lo sabía.

Los árboles lo rozaban y arañaban mientras seguía a la deslizante figura de Eretria. Las ramas y enredaderas abofeteaban su rostro. Apretó a Amberle más contra sí; el esfuerzo de llevarla empezaba a cansar sus brazos. A su alrededor, el bosque yacía profundo y quieto.

Se preguntó por Arbolon y los elfos. Los demonios debían de haberse ya librado de la Prohibición y estarían invadiendo la Tierra del Oeste. El pueblo elfo se hallaría enzarzado en la defensa de su país. El terrible conflicto que Eventine había tratado de evitar debía de haber estallado. ¿Y qué habría sido de Ellcrys? ¿Habría encontrado Allanon un modo de proteger al árbol agonizante? ¿Tendría el druida poderes suficientes para resistir el ataque de los demonios? Sólo un renacimiento de Ellcrys lograría salvar a los elfos, según había dicho Allanon. ¿Pero cuánto tiempo quedaría antes de que fuera tarde incluso para eso? Aquellas preguntas eran inútiles, Wil Ohmsford lo sabía. Preguntas que él no podía responder, porque no sabía qué estaba ocurriendo más allá de los Hoyos. Deseó que Allanon se pusiera en contacto con él, que le contase algo de lo que ocurría en el país de los elfos, y le hiciera saber si aún había tiempo... si encontraría un modo de volver.

La desesperación lo invadió, repentina y espantosa por su certidumbre. Porque sabía que aunque tuviera éxito en su búsqueda, podría ser demasiado tarde para aquellos que aguardaban su vuelta. Y si así fuese...

Wil Ohmsford no se permitió concluir el pensamiento. Aquello sólo lo conduciría a la locura.

El terreno comenzó a ascender, con suavidad al principio, después abruptamente. Estaban en las laderas del Pináculo. Las pendientes rocosas y los grupos de arbustos se materializaron a través de la maraña del bosque, y un estrecho camino ascendía girando entre la niebla. Se encaminaron hacia arriba. Poco a poco, la niebla comenzó a disolverse. Entre los huecos que dejaban los árboles aparecieron grandes fragmentos de cielo gris, y la penumbra del bosque bajo empezó a disiparse en pequeñas franjas de luz. Despacio y con cuidado treparon, captando de vez en cuando entre los árboles, ahora más separados, imágenes de los Hoyos que se extendían debajo de ellos como un mar de ramas enredadas.

Entonces, bruscamente, los árboles desaparecieron y se encontraron sobre un risco enfrentado, a través de los Hoyos, con las murallas más altas del Indomitun. Grupos de arbustos y restos de madera sobresalían entre las hierbas y se extendían hasta la pared del risco, y una enorme caverna se abría hacia el interior del Pináculo como una garganta enorme y oscura.

Wisp condujo al grupo hasta la entrada de la caverna, esquivando la densa maraña de matorrales; luego se detuvo ante ella y se volvió hacia Eretria.

–Salvafuerte, bonita, aquí. –Señaló a la caverna. Túneles y túneles que giran y giran. Salvafuerte. Wisp bueno.

La joven vagabunda le sonrió con amabilidad y se dirigió a Wil.

–¿Ahora qué?

El valense se adelantó y escudriñó inútilmente el interior oscuro. Dejó a Amberle de pie por un momento y se acercó a Wisp. Éste corrió en seguida detrás de Eretria, escondiendo la cabeza entre los pliegues de sus pantalones.

–¿Wisp? –lo llamó él suavemente; pero Wisp no quería tener relación con el valense. Éste suspiró. No había tiempo para tonterías.

–Eretria, pregúntale sobre la puerta de vidrio que no se rompe.

La muchacha se inclinó hasta colocar su cara frente a la de Wisp.

–Todo está bien, Wisp. No permitiré que nadie te haga daño. –El hombrecillo levantó la cabeza y sonrió con inseguridad. Eretria le acarició la mejilla–. Wisp, ¿puedes enseñarnos la puerta de vidrio que no se rompe?

Wisp estiró la cabeza.

–¿Jugar, bonita? ¿Jugar con Wisp?

Eretria estaba desconcertada. Le dirigió una rápida mirada a Wil, que se encogió de hombros y asintió.

–Claro que sí, podemos jugar, Wisp. –Eretria sonrió–. ¿Puedes enseñarme esa puerta?

El rostro de Wisp se frunció en una mueca de alegría.

–Wisp puede enseñar.

Dio un salto y salió corriendo hacia la boca de la caverna, luego volvió a salir para coger la mano de Eretria y tirar de ella. El valense sacudió la cabeza, desesperanzado. Wisp estaba bastante enloquecido, ya fuese por todo lo que le había ocurrido durante su encierro en los Hoyos o por la impresión sufrida al perder a su señora, y ellos se estaban arriesgando mucho al creer que podría llevarles hasta la cámara del Fuego de Sangre. Sin embargo, tenían pocas opciones. Volvió a mirar hacia la caverna.

–No me gustaría perderme ahí dentro –murmuró Hebel a su lado.

Eretria parecía ser de la misma opinión.

–Wisp, no vemos nada. –Le dio un tirón para detenerlo–. Tenemos que hacer antorchas.

Wisp se quedó asombrado.

–No antorchas, bonita. No fuego. Fuego quema, destruye. Hace daño a Wisp. Fuego quema la torre de la señora. La señora... Wisp sirve...

De repente las lágrimas inundaron sus ojos, mientras sus pequeños brazos rodeaban con fuerza las piernas de la joven vagabunda.

–¡No hacer daño a Wisp, bonita!

–No, no, Wisp –le aseguró, levantándolo y abrazándolo–. Nadie te hará daño. Pero necesitamos luz, Wisp. No podemos ver dentro de la caverna sin luz.

Wisp alzó su cara llena de lágrimas.

–¿Luz, bonita? Oh, luz, hay luz. Ven. Allí hay luz.

Murmurando casi para sí mismo, la condujo otra vez a la boca de la caverna. Luego, avanzando hacia la pared más cercana, metió la mano en un pequeño nicho hecho de la roca y extrajo un par de extrañas lámparas. Al introducirlas en la caverna, el interior encerrado en vidrio cobró vida al igual que las luces sin humo que habían encontrado en la torre de la hermana bruja.

–Luz –dijo Wisp sonriendo con nerviosismo, y le entregó las lámparas a Eretria.

Ésta las cogió y, quedándose con una, entregó la otra a Wil. Él se volvió hacia Hebel.

–No tienes que continuar con nosotros si no lo deseas –comentó.

–No seas estúpido –dijo resoplando el viejo–. ¿Y si os perdéis ahí dentro? Nos necesitareis a Drifter y a mí para salir, ¿verdad? Además, quiero ver ese Salvafuerte.

Wil comprendió que tendría poco sentido seguir discutiendo el asunto. Hizo un gesto de aprobación hacia Eretria. La joven asió con firmeza la mano de Wisp. Aguantando la lámpara ante los dos, entró en la cueva. Wil cogió a Amberle en brazos y los siguió. Hebel y Drifter entraron los últimos.

Avanzaron con cuidado. Poco a poco, sus ojos comenzaron a adaptarse y pudieron ver que la caverna llegaba hasta el centro del Pináculo. Su techo y sus muros quedaban fuera del resplandor de las lámparas. El suelo de la caverna eran irregular, pero sin obstáculos, y se adentraron en las tinieblas. Por último, Wisp los condujo al muro posterior de la caverna. Ante ellos había una serie de aberturas, poco más que grietas en la roca, muy

parecidas unas a otras, que partían del muro y desaparecían en la oscuridad.

Wisp no tuvo problema en decidir qué abertura quería. Sin dudarlo, eligió una y empezó a andar por ella. Los condujo a un laberinto de esquinas y vueltas, que transcurría a lo largo de una masa de túneles en continuo descenso. El grupo pronto se sintió perdido, excepto Wisp que continuaba guiándolo.

Entonces, de repente, se hallaron ante una escalera, y las características de los túneles experimentaron un cambio brusco. Los muros, techos y suelo de roca natural desaparecieron. Las escaleras y los pasadizos que los rodeaban estaban formados por bloques de piedra, toscos y enormes, pero sin duda colocados a mano. Sobre las paredes y el techo brillaban manchas de humedad y varios regueros de agua descendían por las escaleras. Se percibían sonidos bajo ellos, en la oscuridad. Pequeños cuerpos dispersos que arañaban el suelo con sus diminutos pies y que chillaban al ser importunados. Los destellos de movimientos repentinos revelaron que las formas oscuras y bruñidas eran ratas.

Wisp los condujo escaleras abajo hacia la oscuridad. Éstas tenían cientos de peldaños, que se inclinaban y giraban en extraños ángulos, nivelándose una o dos veces con pequeñas rampas que se adentraban en la montaña. Por todas partes, detrás del resplandor de las lámparas sin humo, las ratas correteaban emitiendo sus chillidos débiles y desagradables. El aire se hizo más rancio con el olor de humedad mohosa y podredumbre. Pero siguieron descendiendo, con los ojos puestos en los escalones que culebreaban ante ellos.

Al fin, los escalones se acabaron. Se encontraron dentro de una gran sala, con un alto techo arqueado que se apoyaba en enormes columnas. La cámara estaba llena de bancos rotos de piedra, dispuestos en filas ascendentes alrededor de una plataforma baja y circular. En la piedra de las columnas y las paredes había grabadas unas extrañas marcas; postes de hierro y estandartes se enmohecían sobre la plataforma. En otro tiempo esa cámara habría sido una sala de consejos o reuniones, o quizás un lugar de ofrendas de antiguos ritos, pensó Wil. En otro tiempo allí debía de haberse reunido gente. Wil miró a su alrededor durante unos momentos. Después Wisp los condujo a través de las filas de bancos, pasando sobre la plataforma, hasta una enorme puerta de piedra que se hallaba entreabierta en el otro extremo de la sala. Más allá, descendía otra serie de peldaños.

Bajaron también aquella nueva escalera. Wil estaba cada vez más preocupado. Llevaban bastante tiempo recorriendo la montaña y sólo Wisp parecía saber dónde estaban. Si la Parca los atrapaba allí...

Llegaron al final de los escalones y entraron en otro pasadizo. Wil creyó oír un ruido de agua en algún lugar lejano, como si un arroyo se deslizara sobre la piedra. Wisp se apresuró hacia delante, tirando de la mano de Eretria, dirigiéndole miradas nerviosas por encima del hombro, como para asegurarse de que aún le seguía.

Luego atravesaron una especie de corredor y se encontraron en una gran caverna. Allí, los muros no estaban hechos de bloques de piedra como en los túneles que los habían llevado. Aquella caverna era obra de la naturaleza; sus muros estaban picados y agrietados, el techo era una masa de estalactitas melladas, el suelo agujereado y cubierto de rocas rotas. En la oscuridad de más allá del círculo de luz que proyectaban las lámparas, oyeron el murmullo el agua.

Wisp los condujo a través de la caverna, tropezando torpemente con las piedras y murmurando mientras tanto. Sobre el muro del fondo había un montón de pedruscos que parecían ser el resultado de un deslizamiento. En medio de éstos, un pequeño surco de agua caía y se concentraba en un estanque que se desbordaba en diminutos riachuelos, que serpenteaban hasta desaparecer en la penumbra.

–Aquí –dijo Wisp alegremente, señalando el pequeño manantial.

Wisp puso a Amberle de pie en el suelo y contempló al hombrecillo con perplejidad.

–Aquí –repitió Wil–. Puertavidrio que es irrompible. Juego divertido para Wisp.

–Wil, se refiere a la cascada –dijo Amberle de repente–. Fíjate... donde sale el agua entre esas rocas sobre el estanque.

Wil miró, viendo ahora lo que había visto la elfina. El agua se vertía sobre el estanque cayendo en una fina sábana entre dos columnas gemelas de roca, produciendo un efecto muy parecido al de una puerta de vidrio. Dio varios pasos hacia delante, observando la luz de su lámpara reflejada en la superficie del agua.

–¡Pero no es de vidrio! –exclamó Eretria–. ¡Sólo es agua!

–¿Pero cómo iba a recordar eso Ellcrys? –preguntó Amberle en seguida, hablando en voz baja al valense–. Ha pasado mucho tiempo. La mayor parte de las cosas que sabía en otra época las ha olvidado. En otras está confundida. Quizá recuerda la caída de agua sólo por lo que parecía ser: una puerta de vidrio irrompible.

Eretria bajó la vista hacia Wisp.

–¿Ésta es la puerta, Wisp? ¿Estás seguro?

Wisp asintió.

–Juego divertido, bonita. Juega con Wisp otra vez.

–Si esta es la puerta, debe de haber una cámara al otro lado... –comenzó a decir Wil.

–¡Wisp puede enseñar! –dijo saliendo disparado y arrastrando a Eretria con él–. ¡Mira, mira, muy bonito!

¡Ven!

Tiró de la joven hasta que los dos se encontraron a la derecha de la cascada, junto al estanque en que se vertía el agua. El rostro arrugado miró hacia atrás un momento, y luego su propietario soltó la mano de la vagabunda.

–Mira, muy bonito.

Un instante después se había introducido en la cascada y desaparecido. La muchacha se quedó atónita. Casi de inmediato volvió a salir, con los pelos pegados al cuerpo y el rostro radiante.

–Mira –señaló y cogió otra vez la mano de la joven, arrastrándola tras él.

Apiñado, el pequeño grupo atravesó la cascada, sosteniendo aún las lámparas sin humo, protegiéndose los ojos al deslizarse entre las rocas. Al otro lado de la cascada hallaron un hueco que continuaba en un estrecho pasillo. Lo siguieron, chorreando, con Wisp a la cabeza, hasta que llegaron al final, donde aún encontraron otra caverna, ésta mucho menor e inesperadamente seca, sin la humedad mohosa que llenaba la otra, con un suelo que ascendía en las tinieblas en una serie de anchas repisas. Wil aspiró profundamente. Si la cascada era la puerta de vidrio irrompible que les había indicado Ellcrys, era allí, en aquella cámara, donde encontrarían el Fuego de Sangre.

Avanzó en silencio hasta el fondo de la caverna, y luego volvió. No había otros túneles que condujeran allí, ni otros accesos. Los muros de roca, el suelo y el techo reflejaron el resplandor de su lámpara cuando la elevó para mirar a su alrededor.

La cámara estaba vacía.

En la entrada de la cueva que se abría en el Pináculo, una sombra pasó junto a los arbustos que cubrían el risco y desapareció sigilosamente en el interior de Salvafuerte. Tras su paso, el bosque quedó sumido en el silencio.

Una oleada de imágenes fluyó a la mente de Wil mientras observaba con impotencia la caverna vacía. Allí no había ningún Fuego de Sangre. Después de todo lo que habían soportado para llegar a Salvafuerte, no había ningún Fuego de Sangre. Se había perdido, quizá había desaparecido de la tierra hacía siglos, desaparecido con el mundo antiguo. Era una ficción, una esperanza vana concebida por Ellcrys en su agonía, una magia que se

había desvanecido con el mundo de lo fantástico. O en caso de que hubiese un Fuego de Sangre, no estaba allí. Se encontraba en algún otro lugar dentro del Indomitun, en algún lugar que no era aquella caverna, y nunca lo encontrarían. Se hallaba oculto...

–¡Wil!

El grito de Amberle interrumpió de repente la quietud. Cuando se volvió, la encontró a cierta distancia con una mano extendida hacia delante como si se hubiera quedado ciega y tratara de orientarse.

–¡Wil, está aquí! ¡El Fuego de Sangre está aquí! ¡Puedo sentirlo!

Su voz temblaba de excitación. Los otros la miraron asombrados, observando como avanzaba cojeando en la penumbra de la caverna, contemplando el movimiento hipnotizador de sus dedos que se extendían como tentáculos en la oscuridad. Eretria corrió hacia Wil, llevando aún a Wisp cogido de la mano, mientras el pequeño elfo se agazapaba tras ella.

–Curandero, ¿qué está...?

Él levantó la mano para indicarle que se callara. Sacudió la cabeza lentamente y no habló. Sus ojos estaban fijos en la elfina. Ésta había llegado ya a uno de los niveles superiores de la caverna, un pequeño rellano que se elevaba en el centro exacto de la cámara. Avanzó cojeando dolorosamente por el rellano. En el extremo más alejado de ésta se encontraba una gran piedra pulida. Amberle se dirigió a ella y se detuvo, extendiendo las manos para acariciar la superficie.

–Aquí –susurró.

Wil se lanzó hacia allí, saltando sobre el rellano. Al instante la elfina se volvió hacia él.

–¡No! ¡No te acerques, Wil! El valense se detuvo. Algo en el tono de la voz le obligó a detenerse. Los dos quedaron frente a frente, en la penumbra de la caverna, durante un momento, sin decirse nada. En los ojos de la elfina había una mirada de desesperación y terror. Se quedaron fijos en los de él un poco más; después se apartaron. Apoyando su pequeño cuerpo contra la piedra, empujó. Como si fuese de cartón, retrocedió la roca.

Un fuego blanco surgió de la tierra y se elevó hacia el techo de la caverna, con sus llamas resplandeciendo como fuego líquido. Ardía plateado y brillante, pero no desprendía calor. Luego, lentamente, comenzó a adquirir el color de la sangre.

Wil Ohmsford se retiró, conmocionado, sin darse cuenta durante un momento de que Amberle había desaparecido entre las llamas. Entonces oyó tras él a Wisp que gritaba horrorizado.

–¡Se quema! ¿Wisp se quemará? ¿Hará daño a Wisp? –Su voz se había convertido en un alarido. El rostro arrugado se contorsionaba mientras el fuego inundaba la caverna con su luz rojiza–. ¡La señora, la señora, la señora... se quema, se quema! Wisp... sirve... se quema...

Su mente estalló. Soltándose de Eretria, salió corriendo de la cámara, profiriendo un largo gemido de angustia. Hebel trató de agarrarlo, pero no lo consiguió.

–¡Wisp, vuelve! –chilló Eretria–. ¡Wisp!

Fue demasiado tarde. Lo oyeron atravesar la cascada. En el resplandor carmesí del Fuego de Sangre, los tres que quedaban se miraron en silencio.

# XLVII

Poco después, Wil Ohmsford se dio cuenta de que no veía a Amberle. Dudó, pensando que sus ojos le engañaban, que el fuego la ocultaba en su mezcla de sombras y luces rojizas, que aún debía de estar en la plataforma donde se encontraba hacía un minuto. Pero si era así, ¿por qué no captaba ni un solo vislumbre de ella?

Iba a acercarse al Fuego de Sangre cuando oyó el grito, fuerte y terrible, rompiendo la quietud.

–¡Wisp! –murmuró Eretria, horrorizada.

Ya se dirigía hacia el pasadizo cuando Wil la agarró y la hizo retroceder hacia el fuego. Hebel retrocedió con ellos, cogiendo con una mano el cuello de Drifter que ladraba.

Entonces captaron algo que provenía del otro lado de la cascada. No era Wisp, el valense lo sabía; era otro ser, algo mucho más voluminoso. El ruido de sus pasos se lo confirmó. Y si no era Wisp...

Los pelos del cuello del enorme perro se erizaron por el pánico y el animal se dejó caer encogido y gruñendo.

Wil indicó a Eretria y a Hebel que se colocaran a su espalda. Su mano buscaba ya en la camisa, sacando la bolsa que contenía las piedras élficas. Retirándose hasta el borde de la plataforma donde ardía el Fuego de Sangre, mantuvo los ojos fijos en la entrada de la cámara, mientras desataba con nerviosismo los cordones de cuero.

Era la Parca.

Su sombra se movió en las proximidades de la entrada, tan silenciosa como el paso de la luna. Caminaba como un hombre, pero su tamaño era mucho mayor que un hombre normal; un ser enorme y oscuro más alto que Allanon. Una túnica y una capucha de color ceniciento fue todo lo que pudo ver. Al deslizarse desde el pasadizo, la luz roja del fuego cayó sobre ellas como sangre.

El siseo aterrorizado de Eretria atravesó el silencio. Entre sus enormes garras colgaba inerte el pequeño cuerpo de Wisp.

Instantáneamente apareció la daga curvada en la mano de la vagabunda. Desde la negra sombra de su capucha, la Parca la miró, implacable. Wil sintió un frío casi imposible de soportar, que superaba el que experimentó cuando vio a Mallenroh por primera vez. La presencia del demonio le hizo percibir el mal absoluto. Pensó de repente en sus víctimas, en los guardianes elfos del bosque de Drey, en Crispin, Dilph y Katsin en el Pykon, en Cephelo y los bohemios en el Cerro del Silbato; todos destruidos por aquel monstruo. Y ahora iba a por él.

Empezó a temblar. El miedo era tan intenso que parecía un ser vivo. No podía apartar los ojos del demonio, no podía mirar a otra parte, aunque cada fibra de su cuerpo le rogaba que lo hiciese. A su lado, el rostro de Eretria estaba gris de terror, sus ojos oscuros buscaban los de él. Hebel retrocedió un paso más, y el gruñido de Drifter se transformó en un quejido de pánico.

Cuando la Parca se separó del muro de la cámara, con movimiento suave y silencioso, Wil Ohmsford cobró ánimo. La mano que guardaba las piedras élficas se elevó. La Parca se detuvo, su capucha sin rostro se alzó levemente. Pero no fue el valense lo que la hizo vacilar, sino el fuego rojo que ardía tras él. Había algo en el fuego que inquietaba a la Parca. Contempló las llamas sangrientas que lamían la superficie pulida de la plataforma de piedra y se elevaban hacia el techo de la cámara. El fuego no parecía una amenaza. Simplemente ardía, frío, sin humo, estable, sin dejar marca. La Parca esperó un momento más. Luego empezó a avanzar.

La pesadilla volvió a Wil Ohmsford en ese instante, la pesadilla que había invadido su sueño en Villa Refugio y otra vez en la fortaleza del Pykon, la pesadilla de algo que lo perseguía a través de la niebla y la noche y de lo que no podría escapar. Le llegó como lo había hecho mientras dormía, y todos los sentimientos que le provocó entonces renacieron, aún más fuertes y aterradores. Era la Parca lo que le acosaba; su rostro nunca visto había saltado del mundo imaginado de un sueño al real, siempre sólo a un paso de distancia. Ahora la Parca surgía de la pesadilla. Pero esta vez no había adonde huir, ni donde esconderse; no podía despertar. Esta vez no había escapatoria.

*¡Allanon! ¡Ayúdame!*

Profundizó en su interior y encontró las palabras del druida flotando en un mar de miedo irracional. Cree en ti mismo. Cree. Ten confianza. Dependo de ti más que de nadie. Dependo de ti.

Se concentró en aquellas palabras. Alzándolas con mano firme, invocó la magia de las piedras élficas con todas sus fuerzas. Se sumergió en las piedras, sintiendo que caía a través de capas de luz azul. Su visión pareció nublarse y el resplandor rojizo del Fuego de Sangre desvanecerse en un gris. Ahora estaba cerca, cerca. Podía sentir el fuego del poder de las piedras.

Sin embargo nada ocurrió.

El pánico lo sobrecogió, y por un instante llegó a dominarlo hasta tal punto que estuvo dispuesto a abandonar su intento y correr. Sólo la conciencia de que no quedaba ningún otro lugar lo retuvo. La barrera estaba aún allí, dentro de él; como había estado tras el encuentro con el demonio en el Tirfing, como estaría siempre puesto que no era el verdadero dueño de las piedras élficas sino un estúpido valense que creyó que podría ser algo más.

–¡Curandero! –gritó Eretria, desesperada.

Lo intentó de nuevo y de nuevo fracasó. El poder de las piedras élficas no podía ser convocado. Él no podía alcanzarlo, no podía dominarlo. El sudor bañaba su rostro y su mano se aferró tanto a las piedras que sus cantos cortaron la palma. ¿Por qué no acudía el poder?

Entonces Eretria se alejó de él, blandiendo su daga, llamando al demonio. La Parca se volvió, la capucha sin rostro siguió a la joven que se movía con lentitud sobre la plataforma de piedra como si pretendiese escapar por la entrada de la cámara. Wil comprendió en seguida lo que estaba haciendo; le estaba proporcionando tiempo, unos valiosos segundos más para dar vida al poder de las piedras. Quiso llamarla, para decirle que volviese y avisarle de que no dominaba a la magia. Pero, por alguna razón, no podía hablar. Las lágrimas se derramaron por la comisura de sus ojos mientras trataba de romper la barrera que se interponía entre él y las piedras. Pensó con desesperación que ella iba a morir. La Parca la mataría mientras él estaba inmóvil contemplándolo.

El demonio tiró despectivamente a un lado lo que quedaba de Wisp. Bajo su túnica asomaron sus garras a la luz roja del Fuego de Sangre amenazando a la joven vagabunda.

¡Eretria!

Lo que ocurrió después quedaría grabado en su mente como si lo hubiera sido sobre una roca. En unos segundos de un tiempo congelado, el pasado y el presente se reunieron en uno; como le había ocurrido una vez a su abuelo, Wil Ohmsford se enfrentó cara a cara consigo mismo.

Le pareció oír a Amberle hablándole, con voz que surgía del resplandor rojizo proyectado por el Fuego de Sangre en la piedra de la cámara, firme, serena y llena de esperanza. Le habló como le había hablado la mañana en que escaparon del Pykon, cuando el Mermidon los transportaba a salvo hacia el sur, lejos del horror de la noche precedente. Le dijo, como entonces, que a pesar de lo ocurrido, el poder de las piedras élficas aún

persistía, que aún era suyo y podía usarlo.

Pero el poder estaba perdido. Ella había sido testigo de lo que ocurrió en el puente de la fortaleza. ¡Había intentado con todas sus fuerzas destruir al demonio después de lo que hizo con el valiente Crispin! Pero sólo consiguió quedarse inmóvil, con las piedras élficas en la mano, incapaz de actuar. Si el viento no hubiera derribado el puente, la Parca los habría alcanzado. Ella debía de haber comprendido que el poder no estaba en su alcance.

La voz de Amberle volvió, como un susurro en su mente. No se había perdido. Estaba tan tenso que él mismo se cerraba el paso hacia las piedras, algo que no ocurriría de no ser por su incapacidad para comprender la naturaleza del poder que trataba de dominar. Debía intentar comprenderlo. Debía recordar que la magia élfica no era más que una extensión de quien la usaba...

La voz se desvaneció, al ser sustituida por la de Allanon. El corazón y la mente y el cuerpo; una piedra para cada uno. La unión de las tres daría vida a las piedras élficas. Pero Wil tenía que crear esa unión. Quizá no le sería tan fácil como lo fue para su abuelo porque él era una persona diferente. Su sangre élfica estaba reducida en dos generaciones, y lo que acudió a su abuelo sólo con pensarlo podría requerir mayores esfuerzos de él. Una gran parte suya se resistía a la magia.

¡Sí, sí!, gritó en su interior. La sangre de hombre se oponía. Era la sangre de hombre lo que le separaba del poder de las piedras élficas. Era la sangre de hombre, no su parte élfica, lo que rechazaba la magia.

Escuchó la risa grave y burlona de Allanon. Si fuese así, ¿cómo había podido usar las piedras élficas una vez...?

La voz del druida se desvaneció también.

Y entonces Wil Ohmsford comprendió el engaño que había urdido sobre sí mismo desde que en el Tirfing invocó el poder de las piedras y sintió su terrible magia fluir como fuego líquido. Había permitido que la mentira creciera a partir de la duda sobre sus posibilidades de controlar el poder de las piedras élficas. Sin pretenderlo, la reforzó con la asombrosa revelación del druida de que sólo la sangre élfica podía gobernar las piedras élficas. Había decidido con demasiada ligereza que su sangre de hombre era la causa de sus fracasos, a pesar de haber usado las piedras con éxito en el Tirfing; olvidando que su mezcla de sangre de hombre y de elfo permanecía igual.

¡Se había engañado por completo! Quizá sin saberlo, quizá sin quererlo, pero a pesar de ello se había engañado, y por eso perdió el poder de las piedras élficas. ¿Cómo ocurrió? Amberle rozó la verdad dos veces cuando, durante el viaje, le advirtió que al usar las piedras élficas en el Tirfing pareció provocar algo en sí mismo. Él desdeñó la advertencia, tratando de evitar que ella se preocupara, a pesar de saber que tenía razón. Había provocado algo en sí mismo al usar las piedras élficas. Pero no podía determinar qué era. Creyó que lo que había cambiado era de naturaleza física, pero no se encontró mal. Amberle había sugerido que podía ser de otra índole, que la magia élfica podía afectar también al espíritu. Pero él no quiso creerla. Al no encontrarse con ningún problema inmediato, olvidó el asunto rápidamente; lo apartó, porque a pesar de todo no podía perder tiempo en preocuparse de sí teniendo que cuidar de Amberle. Aquello fue un gran error. Debía haberse dado cuenta entonces, como se daba ahora. Amberle tenía razón; al usar las piedras élficas había provocado algo en su espíritu, algo tan dañino que hasta que no lo dominara le sería imposible volver a hacerlo.

Porque lo que le sucedió a Wil Ohmsford fue que empezó a tener miedo.

Ahora podía admitirlo. Tenía que admitirlo. Era un miedo que no había reconocido hasta ese momento, porque se mantuvo hábilmente escondido. Todas aquellas semanas había estado presente, y él no lo percibió. Porque no era miedo al ser que lo perseguía en sus sueños ni al demonio que iban tras ellos desde Arbolon. Era miedo hacia la misma cosa

en que confiaba para que los protegiera, miedo a las piedras élficas y a los efectos que su impresionante e imprevisible poder podían causarle.

La comprensión fluyó en su mente. No era su sangre mezclada lo que le separaba del poder de las piedras. Era su miedo a la magia.

Lo había creado él mismo. Tan seguro estaba de que triunfaría en la tarea que Allanon le había encomendado, tan decidido a que nada evitara que la llevase a cabo, que en el mismo instante en que nació el miedo lo enterró en un pozo de determinación. Se negó a admitir su existencia, porque estaba escondido incluso para él mismo. El miedo comenzó a afectar el uso de las piedras. En él no podía producirse la unión del corazón, la mente y el cuerpo con el poder mientras tal miedo permaneciera oculto en su interior. Llegó a creer que experimentaba un rechazo hacia la magia élfica a causa de su sangre de hombre. Con ello había completado el engaño, e imposibilitado cualquier uso posterior.

Hasta aquel momento. Ahora comprendía la naturaleza de la barrera que lo separaba del poder de las piedras. Tenía que enfrentarse a su miedo.

Penetró en sí mismo, en un acto rápido y deliberado, uniendo corazón, mente y cuerpo, voluntad, pensamiento y fuerza, con un único propósito inquebrantable. No le fue fácil. El miedo aún estaba allí. Se elevó ante él como un muro, intimidándolo, erosionando su propósito. Era fuerte, tan fuerte que por un instante Wil pensó que le impediría continuar.

Había peligro en el empleo de las piedras élficas, un peligro que no podía ver ni tocar, definir ni entender. Estaba allí, real y patente, capaz de dañar el cuerpo y el espíritu irreparablemente. Capaz de destruirlo. Pero también de dejarlo vivo. Había cosas más terribles que morir...

Luchó contra él. Pensó en su abuelo. Cuando Shea Ohmsford usó la Espada de Shannara existía también un peligro que percibió sin comprender. Se lo había dicho. Pero era necesaria la magia de la espada, y la elección de su abuelo fue necesaria también. Así le ocurría ahora a él. Existía una necesidad más importante que su riesgo. Se le había encomendado una misión y había vidas que sólo él podía proteger.

Se sumergió en la luz azul de las piedras élficas, y el miedo se rompió ante él. La sangre humana dejó pasar a la élfica, y el poder de las piedras brotó desde su interior.

El pasado y el presente quedaron separados, y los segundos empezaron a transcurrir.

¡Eretria!

La Parca avanzaba, saltando silenciosamente a través del resplandor carmesí del Fuego de Sangre hacia la vagabunda. Wil alzó la mano y el fuego de las piedras élficas explotó hacia el demonio, empujando a la criatura hasta el muro de la caverna.

No se produjo ningún ruido cuando la Parca chocó contra él; sólo un terrible silencio mientras sus ropas se aplastaban contra la roca. Un momento después estaba en pie de nuevo, lanzándose hacia el valense. Wil no podía creer que algo tan enorme pudiera ser tan rápido. Casi antes de que se dispusiera a actuar, la Parca estaba ante él, amenazándolo con sus garras. El fuego azul volvió a salir de las piedras, proyectado hacia el demonio, empujándolo hacia atrás como si fuera una muñeca de trapo. Tampoco se produjo ningún ruido. Wil sintió el fuego en su sangre, circulando a través de él como si fuese su propia savia, y experimentó lo mismo que en el Tirfing. Algo se había producido en él, algo que no era agradable.

Pero no había tiempo para pensar en eso. La figura cenicienta de la Parca avanzaba como una sombra en la media luz, sin hacer ruido. El fuego brotó de la mano extendida del valense, pero esta vez la Parca fue bastante rápida. Esquivó el ataque y continuó. De nuevo, Wil trató de detenerla, y de nuevo falló. Retrocedió tambaleándose, tratando desesperadamente de utilizar la magia élfica, pero su concentración se rompió, y el fuego comenzó a dispersarse. La Parca lo atravesó, apareciendo de frente. En el último momento

posible, Wil logró concentrar el fuego ante él como un escudo. Pero la Parca lo empujó violentamente hacia atrás. Cayó, golpeándose la cabeza contra el suelo de piedra. Durante un momento pensó que iba a desmayarse. Las garras penetraban en el fuego azul, tratando de alcanzarlo. Entonces se sobrepuso al mareo y al dolor, y la magia de las piedras élficas permaneció viva. La Parca saltó hacia atrás con frustración, y se alejó describiendo un círculo.

Wil se puso en pie, aturdido. Le dolía el cuerpo por la fuerza del ataque, y había puntos brillantes danzando ante sus ojos. Apelando a su voluntad, logró mantenerse erguido. Las cosas no estaban saliendo como esperaba. Creía que sólo con despertar a la magia élfica lo peor estaba superado, que con el dominio de un arma tan poderosa la Parca no podría resistir. Ahora ya no estaba seguro.

Entonces recordó a Eretria. ¿Dónde estaba Eretria? En su interior, el fuego élfico se retorcía como una criatura aprisionada. Durante un terrible momento temió haber perdido totalmente su control. En ese preciso instante, la Parca lo atacó otra vez. Surgió de las sombras, silenciosa y rápida, saltando hacia el resplandor del Fuego de Sangre y hacia el valense. Casi por voluntad propia, la magia élfica fulguró entre los dos combatientes en una explosión cegadora que expulsó a ambos del estrecho rellano. El desprevenido valense fue arrojado contra la pared de la caverna y sus costillas y el codo de la mano libre crujieron como madera al chocar contra la roca. Un dolor abrasador lo atravesó, y el brazo quedó inutilizado de inmediato.

Intentó levantarse, agarrándose a la pared. Luchando contra el dolor y la náusea que lo inundaban; logró llamar a Eretria. La joven vagabunda se lanzó desde las sombras y llegó a él, a un paso de distancia de la Parca. En una embestida silenciosa el monstruo fue hacia ellos, demasiado deprisa esta vez para que el aturdido Wil pudiera actuar. Los habría alcanzado de no ser por Drifter. Olvidado por todos, el enorme perro escapó del abrazo de Hebel y se arrojó sobre el demonio. El monstruo tropezó al retroceder, mientras una masa de pelo y dientes desgarraba sus ropas cenicientas. Durante un momento, ambos desaparecieron en las sombras de la parte frontal de la caverna. El gruñido de Drifter sonaba profundo y terrible. Luego la Parca se levantó, sacudiéndose de encima al valiente perro, apartándolo de un manotazo como si fuera una mosca. Drifter voló por los aires y chocó contra la pared, desplomándose con un gemido que desapareció en el silencio.

Pero esos pocos segundos fueron suficientes para que Wil se recuperara. Su brazo se elevó y el fuego azul brotó de él. Alcanzó a la Parca indirectamente, pero de nuevo la criatura escapó, apartándose con un rápido giro hasta quedar escondida tras el pilar del Fuego de Sangre.

El valense esperó, recorriendo la cámara con los ojos. No había señales del demonio. Lo buscó entre las sombras, sabiendo que volvería otra vez. No pudo encontrarlo. Eretria se agazapó sollozando a su lado, con la daga aún en una mano, con el rostro manchado de polvo y sudor. Hebel se inclinó sobre Drifter, susurrándole con urgencia. El tiempo pasaba con rapidez. Todo seguía inmóvil.

Entonces Wil levantó la vista. La Parca estaba en el techo de la caverna.

La vio justo en el momento en que se dejaba caer sobre él, con sus ropas desplegadas y ondeando. Empujó a Eretria hacia un lado y levantó las piedras élficas. El demonio aterrizó como un gato ante ellos, enorme y silencioso. Eretria dejó escapar un grito y retrocedió gateando, horrorizada. Poco a poco el hueco negro de la capucha se agrandó, helando a Wil Ohmsford con su mirada vacía. El valense no podía moverse. La negrura lo retenía, sin rostro, profunda.

Entonces la Parca se abalanzó, y por un instante Wil sintió que era tragado por el ser. Habría muerto sin la ayuda del poder de las piedras élficas. Piedras buscadoras, las había llamado Allanon, y el aviso resonó en su mente: ¡busca el rostro de la Parca! Más rápida

que el pensamiento, la magia élfica actuó, haciendo que se olvidara del terrible monstruo, de su miedo y su dolor, de todo excepto un instinto primitivo de supervivencia. Se oyó gritar a sí mismo, y el fuego azul explotó. Alcanzó la capucha de la Parca sin rostro, envolvió su cabeza invisible y la inmovilizó. Retorciéndose desesperadamente, el monstruo trató de soltarse. Las manos de Wil se quedaron cerradas ante él, y la magia élfica se desplazó desde su cuerpo vapuleado hasta la Parca, levantándola, arrastrándola hasta la pared. Allí quedo aprisionada por el fuego azul, contorsionándose con furia mientras ardía. Poco después, el fuego se extendió por las ropas del demonio y explotó en una llamarada de luz cegadora.

Cuando el fuego se extinguió, todo lo que quedó de la Parca fue un perfil carbonizado de sus ropas quemadas en la roca de la caverna.

# XLVIII

El Fuego de Sangre envolvió a Amberle Elessedil con la suave caricia de las manos de una madre. Las llamas se elevaban a su alrededor, una muralla carmesí que le separaba del resto del mundo, pero sin hacerle el menor daño. Es extraño, pensó, que el fuego no queme. Sin embargo, cuando apartó la roca y el fuego brotó a su alrededor, supo de algún modo que sería así. El fuego la había devorado, pero sin producirle dolor; sin calor ni humo, ni siquiera olor. Sólo existía el color rojo intenso y brumoso y una sensación de ser arropada en algo familiar y confortable.

Fue entrando en un estado de somnolencia y el miedo y las preocupaciones de los últimos días parecieron disolverse lentamente. Sus ojos vagaron con curiosidad entre las llamas, tratando de divisar la caverna que albergaba el fuego y a los compañeros que habían ido con ella. Pero no había nada; sólo fuego. Pensó en salir de él, en traspasar su neblina, pero algo en su interior la disuadió de hacerlo. Debía quedarse, lo sentía. Debía hacer lo que había ido a hacer.

Lo que había ido a hacer; repitió las palabras y suspiró. Había sido un viaje muy largo, una experiencia terrible. Pero ya había terminado. Ya había encontrado el Fuego de Sangre. Era curiosa la forma en que había ocurrido, pensó de repente. Se encontraba en medio de aquella caverna oscura y vacía, tan desilusionada como sus compañeros por no encontrar ningún Fuego de Sangre tras la puerta de vidrio irrompible, porque todos los esfuerzos habían sido vanos, cuando de pronto... de pronto sintió la presencia del fuego. Dudó ante su propia descripción, pero no podría describirlo de otro modo. La sensación fue parecida a la que experimentó en el borde de los Hoyos cuando se encontraba escondida entre los arbustos en espera del regreso de Wil, parecida a la que le había avisado de la proximidad de la Parca. Era un sentimiento que provenía del interior, diciéndole que el Fuego de Sangre estaba en la caverna y que ella debía encontrarlo. Lo buscó a tientas, confiando en su instinto, sin comprender qué era lo que le hacía comportarse así. Incluso cuando encontró el fuego en la plataforma y le indicó a Wil que no se acercase, incluso cuando apartó la roca para liberar el fuego, no comprendía qué la guiaba.

El pensamiento le produjo inquietud. Seguía sin comprender. Algo le había afectado. Necesitaba saber qué era. Cerró los ojos y lo buscó.

La comprensión le llegó lentamente.

Al principio creyó que debía de ser el valense, porque había sido atraída hacia él. Pero el fuego no era un ser sensible; era una fuerza impersonal, antigua y vibrante y otorgadora de vida, mas sin facultad para pensar. Entonces, no, no era el fuego; si no era el fuego, debía de ser la semilla que llevaba, el diminuto fragmento de vida que le entregó Ellcrys. Ellcrys era consciente; su semilla también podía serlo. La semilla podía haberle avisado de la Parca y del Fuego... Pero eso también era imposible. La semilla de Ellcrys no poseería vida hasta no ser bañada en las llamas del Fuego de Sangre. Ahora estaba dormida; el fuego era necesario para despertarla. No era la semilla.

Pero si no era el Fuego de Sangre y no era la semilla, ¿qué quedaba?

Entonces lo comprendió. Algo en su interior la había alertado sobre la Parca. Los avisos provenían de su interior porque le pertenecían. Era la única respuesta que tenía sentido. Sus ojos se abrieron con sorpresa, luego se cerraron. ¿Por qué eran suyos los avisos? Recuerdos que le llegaban de la extraña influencia ejercida por Ellcrys, del modo en que el árbol comenzó a relacionarse con ella hasta que sintió que ya no era ella misma sino una extensión de Ellcrys. ¿Le había hecho eso el árbol? ¿Le había afectado mucho más de lo que ella creía?

Se asustó ante aquella posibilidad, como siempre se asustaba al pensar que Ellcrys se había adueñado de ella. Con un esfuerzo, logró controlar el temor. Ahora no había razón para estar asustada. Todo había quedado atrás. El viaje de búsqueda del Fuego de Sangre había terminado. Sus promesas estaban cumplidas. Lo único que quedaba era devolverle la vida a Ellcrys.

Su mano se deslizó dentro de la blusa y tocó la semilla que era la fuente de esa vida. La sintió caliente y vibrante, como si anticipara el fin de su sueño. Fue a retirar la mano cuando los temores volvieron otra vez, repentinos e intensos. Dudó un momento, sintiendo que su fuerza de voluntad comenzaba a debilitarse. ¿Era este ritual más de lo que había imaginado? ¿Dónde estaba Wil? Había prometido cuidarla. Había prometido que se aseguraría de que no fallase. ¿Dónde estaba? Necesitaba al valense; necesitaba tenerlo junto a ella.

Pero Wil Ohmsford no iría. Se encontraba al otro lado del muro de fuego, y Amberle era consciente de que no podría traspasarlo. Tendría que hacerlo sola. Era la tarea que se le encomendó; era la responsabilidad que aceptó. Aspiró profundamente. Un momento para colocar la semilla de Ellcrys en las llamas del Fuego de Sangre y la tarea habría concluido. Era la finalidad de su largo viaje; ahora debía hacerlo. Sin embargo, el miedo persistía. La invadía como una enfermedad y ella lo odiaba, porque no lo comprendía. ¿Por qué estaba tan asustada?

En su mano, la semilla comenzó a palpitar levemente.

Bajó la vista. Incluso la semilla la asustaba, incluso una parte tan pequeña del árbol como aquélla. Los recuerdos acudieron y huyeron otra vez. Al principio habían estado cerca, Ellcrys y ella. No había miedo, sólo afecto. Había alegría y confianza. ¿Qué fue lo que cambió? ¿Por qué empezó a sentir que estaba perdiéndose en el árbol? ¡Qué horrible había sido! Incluso en los momentos presentes la acosaba. ¿Qué derecho tenía Ellcrys a hacerle eso a ella? ¿Qué derecho tenía Ellcrys a usarla de esa forma? ¿Qué derecho...?

Se sintió avergonzada. Tales preguntas no conducían a nada. Ellcrys se estaba muriendo y necesitaba ayuda, no recriminaciones. El pueblo de los elfos necesitaba ayuda. La joven elfina abrió los ojos y parpadeó con el resplandor rojo del Fuego de Sangre. No había tiempo para ceder a su amargura o explorar sus miedos. Sólo había tiempo para lo que había ido a hacer: bañar en el fuego la semilla que guardaba.

Se preparó. ¡El fuego! ¿Por qué la semilla no había sido aún realmente afectada por el fuego? ¿No podían las llamas llegar hasta ella a través de sus ropas? ¿No la habían tocado ya? ¿Qué diferencia habría en sacar la semilla?

Más preguntas. Preguntas inútiles. Se dispuso a sacar la semilla y otra vez volvió el temor. Sus ojos se llenaron de lágrimas. ¡Si alguien más pudiera hacer aquello! ¡Ella no era una escogida! ¡No merecía serlo! No era... No era...

Con un grito, extrajo la semilla de su blusa y la aguantó ante las llamas escarlatas del Fuego de Sangre. Fulguró en su mano, vivificada por el roce del fuego. Del interior de la elfina brotó la misma sensación, la sensación que la había prevenido de la Parca, la sensación que la llevó hasta el Fuego de Sangre, fluyendo a través de ella en una sucesión de imágenes que la atormentaron con emociones tan intensas que la hicieron caer de rodillas.

Acercó la semilla a su pecho lentamente, sintiendo la vida que se agitaba en su interior. Las lágrimas resbalaron por sus mejillas.

Era ella. Era ella.

Ahora al fin lo comprendía. Mantuvo la semilla contra sí y atrajo al Fuego de Sangre.

# XLIX

Acurrucados contra la pared, Wil Ohmsford y Eretria vieron como el resplandor rojizo del fuego se apagaba tras un destello. Ocurrió de repente, una última llamarada y después el Fuego de Sangre se extinguió. Todo lo que quedó iluminando la penumbra de la cámara fueron las lámparas que llevaban al entrar, su suave fulgor blanquecino, débil y pequeño.

El valense y la vagabunda parpadearon en la repentina oscuridad, mirando sin ver a través de las sombras. Poco a poco su visión se agudizó, y captaron algo moviéndose en el rellano donde había ardido el Fuego de Sangre. Wil levantó con cautela la mano que contenía las piedras élficas y la magia produjo un centelleo de fuego azul.

–Wil...

¡Era Amberle! Surgió de la penumbra como una niña perdida. Su voz era un tenue y desesperado susurro. Olvidando el dolor que atormentaba su cuerpo, el valense se dirigió hacia ella, con Eretria a un paso detrás. Cuando llegaron, ella se tambaleó en el rellano; Wil la cogió en sus brazos.

–Wil –murmuró con suavidad, sollozando.

Levantó la cabeza y el largo cabello castaño se apartó de su cara. Sus ojos estaban tan rojos como el Fuego de Sangre.

–¡Cielos! –exclamó Eretria, apartándose.

Wil alzó a Amberle y, a pesar del dolor de su brazo herido, la transportó. Parecía ligera como una pluma, como si sus huesos se hubieran disuelto y sólo quedase de ella una cubierta de carne. Seguía llorando, escondiendo la cabeza en el hombro de él.

–Oh, Wil, estaba equivocada, estaba equivocada. No era ella. Era yo. Siempre fui yo.

Las palabras salieron en tropel, como si no tuviera tiempo suficiente para pronunciarlas. El valense acarició su pálida mejilla.

–Todo va bien, Amberle –le dijo–. Ya se acabó.

Ella levantó la vista, con sus ojos sangrientos fijos y terribles.

–No lo entendía. Ella lo sabía... lo supo siempre. Lo sabía e intentó... intentó decírmelo, hacérmelo comprender... pero yo no lo entendía, estaba asustada...

–No hables. –El valense la apretó con fuerza. Un miedo repentino e irracional se apoderó de él. Tenían que salir de aquellas tinieblas. Tenían que volver a la luz. Se giró hacia Eretria–. Coge las lámparas.

La muchacha no discutió. Recogió las lámparas sin humo y se apresuró a regresar junto a ellos.

–Ya las tengo, curandero.

–Vámonos deprisa de este... –comenzó a decir y se contuvo. Ellcrys. La semilla. ¿La elfina había...?

–Amberle –murmuró con dulzura–. ¿Has bañado la semilla en el fuego? ¿Amberle?

–Ya está –respondió en un balbuceo apenas perceptible.

¿Cuánto le habría costado?, se preguntó amargamente. ¿Qué le habría sucedido dentro del fuego...? Pero no, no había tiempo para eso. Tenían que darse prisa. Tenían que trepar desde aquellas catacumbas hasta las laderas del Pináculo y después volver a Arbolon. Allí Amberle podría reponerse. Allí se pondría bien.

–¡Hebel! –gritó.

–Aquí, elfo –La voz del anciano era débil y ronca. Apareció de entre las sombras, llevando en brazos a Drifter–. Tiene una pata rota. Quizás algo más. –Había lágrimas en sus ojos–. No puedo dejarlo.

–¡Curandero! –La cara morena de Eretria se enfrentó a la de él–. ¿Cómo vamos a encontrar el camino de vuelta sin el perro?

Él la miró como si hubiese olvidado su existencia, y ella se sonrojó, pensando que estaba enfadado por su reacción ante la elfina.

–Con las piedras élficas –respondió al fin, sin detenerse a preguntarse si podría usarlas–. Las piedras élficas nos enseñarán el camino...

Amberle se movió un poco en sus brazos y su cara se crispó con el dolor que ascendió en oleadas por su cuerpo.

Eretria le cogió del hombro.

–No puedes llevar a la elfina y las piedras al mismo tiempo. Dame a la muchacha.

Él negó con la cabeza.

–Puedo arreglarme –insistió. Deseaba que Amberle estuviese cerca de él.

–No seas tozudo –rogó la otra. Su mandíbula estaba tensa, como si le costase hablar–. Sé lo que sientes por ella, curandero. Lo sé. Pero esto es demasiado para ti. Por favor, déjame ayudar. Déjame que la lleve.

Durante un momento sus ojos se encontraron en la penumbra, y Wil vio las lágrimas que brillaban en las mejillas de Eretria. Reconocer aquello la había herido. Asintió con la cabeza, lentamente.

–Tienes razón. No puedo solo.

Entregó Amberle a la vagabunda que la recogió en sus brazos como si fuese un bebé. La cabeza de la elfina se deslizó hasta el hombro de Eretria, y se quedó dormida.

–Manténte cerca –le aconsejó Wil, tomando una de las lámparas sin humo y dándole la espalda.

Volvieron a atravesar la cascada y la caverna que la albergaba, eligiendo el camino con cuidado por el suelo salpicado de piedras. La sangre y el sudor se mezclaban en el cuerpo de Wil y el dolor se hizo más intenso. Cuando llegaron al paso que conducía hacia el laberinto ascendente, el valense apenas podía caminar. Pero no había tiempo para tomar un descanso. Tenían que encontrar a Perk en seguida, porque era el último día. Tenían que salir de Salvafuerte, volver a la superficie de los Hoyos, a las laderas del Pináculo, antes de que el sol se pusiera, o el jinete alado se marcharía. Eso sería el final para ellos. Sin Perk y Genewen para llevarlos a Arbolon, nunca saldrían del Indomitun.

Se detuvo en la entrada del paso, tambaleándose, y buscó torpemente entre los compartimentos de la bolsa que llevaba en su cintura. Allí dentro estaban las hierbas y raíces que empleaba para curar. Tras revolver un momento, sacó una raíz de color púrpura oscuro, un segmento de unos quince centímetros enrollado en espiral. Lo observó, con gesto de duda. Si lo comía, el jugo suprimiría el dolor. Podría seguir hasta alcanzar las laderas de la montaña que estaba sobre ellos. Pero la raíz tenía otros efectos. Le causaría somnolencia, hasta dejarlo al final inconsciente por completo. Lo peor era que iría perdiendo la coherencia. Si el efecto se producía con demasiada rapidez, antes de que lograran encontrar la salida de las catacumbas...

Eretria lo estaba observando en silencio. Él levantó la vista hacia ella y hacia el cuerpo frágil que transportaba. Luego mordió la raíz y comenzó a masticar. Era un riesgo que tenía que correr.

Treparon en la oscuridad. Cuando el laberinto se abrió ante ellos, el valense alzó la mano que encerraba las piedras élficas e invocó su magia. Esta vez acudió al momento, fluyendo a través de él como una ráfaga repentina de calor, recorriendo sus miembros hasta explotar hacia fuera. Como un faro, avanzó serpenteando a través de las catacumbas, mostrándoles el camino. Ellos lo siguieron como sombras en la penumbra. Avanzaban con dificultad, el herido valense dejándose llevar por el fuego azul, con la vagabunda a su lado sosteniendo en sus brazos a la elfina dormida y el viejo transportando al gigantesco perro.

Los minutos transcurrían con lentitud.

El dolor de las heridas producidas en la lucha con la Parca se convirtió en aturdimiento y Wil Ohmsford se sintió transportado a través de la oscuridad como si en su interior sólo hubiera aire. Poco a poco el jugo de la raíz fue aumentando su efecto, debilitando sus fuerzas hasta que le pareció que su cuerpo estaba hecho de arcilla, debilitando su razón. Mientras tanto, la magia élfica fluía por su sangre y, al hacerlo, sintió que algo cambiaba en él de forma inexplicable. Ya no era el mismo, lo sabía. Nunca volvería a ser el mismo. La magia le quemaba y le dejaba en su cuerpo y en su mente una secuela invisible, permanente. Era inútil tratar de evitarlo. Dejó que ocurriese, preguntándose que efecto produciría en su vida.

Pero eso no importaba, ahora. No importaba nada, excepto que Amberle llegase a salvo.

El pequeño grupo avanzaba tras la estela del brillante fuego azul, y los túneles, los pasillos y las escaleras desaparecían en la oscuridad detrás de ellos.

Cuando al fin surgieron por la boca de la caverna de Salvafuerte al aire y a la luz del valle, estaban agotados. La vagabunda había transportado a Amberle durante todo el camino y ya no le quedaban fuerzas. El valense estaba apenas consciente, aturdido por la raíz analgésica, perdiendo la coherencia por momentos como si vagase sin rumbo a través de una niebla espesa. Y también Hebel estaba exhausto. Se detuvieron sobre el alto promontorio en las laderas del Pináculo y sus ojos parpadearon bajo la declinante luz del sol y las sombras alargadas, recorriendo con la mirada toda la extensión de los Hoyos hacia el oeste, donde el sol se ponía lentamente tras el bosque con una bruma brillante de fuego dorado.

Wil sintió que sus esperanzas le abandonaban.

–¡El sol... Eretria!

Ésta se acercó a él y juntos depositaron a Amberle en el suelo, cayendo después de rodillas. La elfina dormía aún; su suave respiración era el único signo de vida que había mostrado durante todo el recorrido de ascenso desde las catacumbas. Se agitó ligeramente, como si fuese a despertar, pero sus ojos permanecieron cerrados.

–Eretria... aquí –la llamó Wil, buscando con torpeza en su camisa. Sus párpados se caían y sus palabras sólo eran balbuceos. Notaba la lengua hinchada e inútil. Con un esfuerzo logró enderezarse, sacó el diminuto silbato de plata y se lo entregó a la joven.

–Aquí... úsalo... deprisa.

–Curandero, ¿pero qué...? –comenzó a decir, pero él le agarró la mano con impaciencia.

–¡Úsalo! –dijo con un jadeo, y cayó hacia atrás. Demasiado tarde, pensaba. Demasiado tarde. El día ha terminado. Perk se ha ido.

Ahora perdía la conciencia rápidamente; sólo unos minutos más y se quedaría dormido. Su mano aún oprimía las piedras élficas y sintió sus aristas cortantes en la palma. Unos minutos más. Después, ¿qué les protegería?

Vio cómo Eretria se levantaba y colocaba el silbato en sus labios. Luego lo interrogó con la mirada.

–¡No sale ningún sonido!

Él asintió.

–Sopla... otra vez.

Ella lo hizo y se volvió por segunda vez.

–Observa... –dijo él señalando al cielo.

Eretria se volvió. Hebel había depositado a Drifter sobre un lecho de hierba, y el perro le lamía la mano. Wil tomó una bocanada de aire y miró a Amberle. Estaba tan pálida

como si la vida la hubiera abandonado. La desesperación se apoderó de él. Tenía que hacer algo para ayudarle; no podía dejarla así. ¡Necesitaba a Perk con urgencia! ¡Ojalá hubieran sido más rápidos, ojalá hubieran corrido un poco más! ¡Ojalá no hubiese tenido las heridas que se lo impidieron! ¡Ahora el día se acababa!

Las sombras cayeron sobre ellos, y la cumbre de la montaña quedó envuelta en la luz gris del anochecer. El sol se había puesto ya, y una pequeña franja dorada brillaba sobre la línea de árboles mientras desaparecía.

Perk, no te vayas, gritó en su interior. ¡Ayúdanos!

–Wil.

Volvió la cabeza. Amberle lo estaba mirando con sus ojos rojizos. Su mano buscó la suya.

–Todo va bien... Amberle –logró decir, luchando contra la sequedad que recubría su garganta–. Hemos... salido.

–Wil, escúchame –susurró ella. Sus palabras eran claras ahora, habían perdido la vaguedad y el apresuramiento, pero su voz era débil. Él trató de responder, pero ella levantó sus dedos para cerrarle los labios–. No, escúchame. No hables. Sólo escucha.

Wil asintió, inclinándose cuando Amberle acercó su cuerpo.

–Estaba equivocada respecto a ella, Wil, respecto a Ellcrys. No pretendía usarme; no jugaba conmigo. El miedo... que era involuntario, hizo que no comprendiese lo que hacía. Wil, ella trataba de hacer que yo comprendiese; de hacerme saber por qué yo estaba allí, por qué razón yo era tan especial. ¿Lo entiendes? Sabía que yo sería la única. Lo sabía. Su tiempo se acababa y comprendía...

Se interrumpió, mordiéndose el labio para reprimir sus emociones. Las lágrimas comenzaron a resbalar a través de sus mejillas.

–Amberle –comenzó a decir Wil, pero ella sacudió la cabeza.

–Escúchame. Tomé una decisión allí abajo. Es mi decisión y nadie más debe responder por ella. ¿Comprendes? Nadie. La tomé porque tenía que hacerlo. La tomé por muchas razones, por razones que no puedo... –Se atragantó, sacudiendo la cabeza–. Por los escogidos, Wil. Por Crispin y Dilph y los otros rastreadores elfos. Por los soldados del bosque de Drey. Por el pobrecito Wisp. Todos ellos han muerto, Wil, y no puedo permitir que sea para nada. ¿Lo entiendes? Tú y yo tenemos que... olvidar lo que...

Las palabras no acudían a ella y comenzó a sollozar.

–Wil, te necesito, te necesito tanto...

El miedo invadió a Wil. La estaba perdiendo. Lo sentía en su interior. Trató de librarse del aturdimiento que lo dominaba.

Entonces Eretria los llamó con voz excitada. Se volvieron y levantaron la vista siguiendo el brazo extendido que señalaba hacia el cielo. A lo lejos, en el oeste, a través de la bruma del sol agonizante, un gran pájaro dorado se dirigía hacia el promontorio.

–¡Perk! –gritó Wil con voz débil–. ¡Perk!

El brazo de Amberle lo rodeó.

Después sintió que lo transportaban y a través de la neblina del sopor oyó la voz de Perk.

–Fue el humo de esa torre quemándose, Wil. Genewen y yo estuvimos dando vueltas todo el día. Sabía que estabais allí. Aunque el día se acababa y llegó el momento de volver, yo no podía marcharme. Sabía que la dama me necesitaría. Wil, está tan pálida.

El valense sintió que lo subían sobre Genewen, y los brazos delgados y bronceados de Eretria empezaban a amarrar las correas de los arneses a su alrededor.

–Amberle –musitó.

–Está aquí, curandero –respondió la vagabunda–. Todos estamos a salvo.

Wil se dejó caer hacia atrás, contra ella, deslizándose lentamente hacia la inconsciencia, mientras la noche se extendía para él.

–Elfos –dijo una voz amable, y los ojos del valense se abrieron para encontrar el rostro curtido de Hebel mirándolo–. Adiós, elfos. Ya no sigo con vosotros. Mi hogar es esta tierra indómita. Ya he llegado a mi búsqueda hasta donde quería. Y Drifter va a ponerse bien. La vagabunda me ayudó a entablillarle la pata y sé que se curará. Es muy fuerte. –El anciano se acercó un poco más–. Os deseo mucha suerte.

Wil forzó su garganta.

–Estamos... en deuda, Hebel.

–¿Conmigo? –El viejo dejó escapar una carcajada–. Nada de eso, elfos. Nada de eso. ¡Suerte!

Se apartó de ellos y se alejó. Entonces, apareció Amberle ante sus ojos; su cuerpo menudo estaba encogido delante de él y detrás estaba Perk, revisando rápidamente las correas de los arneses. Un momento después oyó el extraño grito del muchacho. Con un repentino impulso, Genewen se elevó hacia el cielo, extendiendo sus grandes alas sobre el oscuro cuenco de los Hoyos. El ruc gigante ganó altura, y los bosques del Indomitun se empequeñecieron debajo. A lo lejos apareció el muro de las Estribaciones Rocosas.

Wil Ohmsford rodeó con sus brazos a Amberle. Un momento después se quedó dormido.

# L

La noche yacía sobre Arbolon. En la soledad de los Jardines de la Vida, Allanon se encaminó hacia la cima del pequeño montículo donde se encontraba Ellcrys, embozado en su capa negra para protegerse del frío, llevando en sus brazos la estaca plateada que ella entregó a su cuidado. Iba a visitarla, a confortarla en la medida que le fuera posible, a prestarle todo su apoyo. Aquéllas serían sus últimas horas; pronto estaría libre de la carga que había soportado durante tantos años.

Se detuvo un momento, levantando la vista hacia ella. Resultaría extraño para alguien que los viese, pensó. El druida y Ellcrys, dos siluetas rígidas y negras destacadas contra el cielo estival iluminado por la luna; el hombre de pie en silencio ante el árbol marchito y estéril, como perdido en alguna ensoñación, con su oscuro rostro convertido en una máscara impasible que nada decía de los sentimientos que estaban detrás. Pero nadie podría verlos. Había informado de que el árbol y él pasarían solos esa noche y que no habría otros testigos de su agonía.

Se adelantó un paso, susurrando en su mente el nombre del árbol. Las ramas se extendieron hacia él, con miedo y urgencia, y sus pensamientos acudieron rápidamente a consolarla. No desesperes, le dijo. Esta tarde, mientras la batalla para salvar Arbolon se debatía con mayor furia, mientras los elfos luchaban con gran valor para contener el avance de los demonios, ocurrió algo insólito, algo que debe darnos esperanzas. A lo lejos, al sur, en los oscuros bosques salvajes adonde fue la escogida, su protector hizo revivir la magia de las piedras élficas. En cuanto lo hizo, lo supe. Me proyecté hasta él y me introduje en sus pensamientos; sólo por un momento, porque el Dagda Mor podía haberlo advertido. Sin embargo, ese momento fue suficiente. Gentil señora ¡han encontrado el Fuego de Sangre! ¡El renacimiento todavía puede producirse!

Teñidos por la ansiedad, sus pensamientos surgían precipitados. Sin embargo, no tenían correspondencia. Ellcrys, debilitada hasta el punto de la insensibilidad, no podía oír ni entender. Allanon comprendió que sólo era consciente de su presencia, consciente del hecho de que en los momentos finales no estaría sola. Lo que pudiera decirle carecería de significado; era ajena a todo excepto a la lucha desesperada e impotente para cumplir su misión, para vivir y así proteger al pueblo de los elfos.

La tristeza invadió al druida. Había llegado demasiado tarde.

Se quedó en silencio, porque no podía hacer otra cosa que quedarse allí para acompañarla. El tiempo se deslizaba con agónica lentitud. De vez en cuando le llegaban los pensamientos dispersos de ella, que se infiltraban en su mente como pequeñas manchas de color; algunos perdidos en la historia de lo que había pasado, otros envueltos en deseos y sueños de cómo podría haber pasado. Todos inutilizados y fragmentados por la agonía. Pacientemente recibía los pensamientos que le llegaban de ella, y le hacía saber que estaba allí, que la oía, que la escuchaba. Pacientemente compartió con ella los lazos de la muerte que trataban de envolverla. Compartió la frialdad de esos lazos, que hablaban de modo elocuente de su propia mortalidad. Todos desaparecerían como desaparecía Ellcrys, susurraban. Incluso un druida.

Reflexionó durante un momento sobre la inevitabilidad de su propia muerte. Incluso aunque durmiera para prolongar su vida, para alargarla mucho más allá de las vidas de los humanos normales, un día también moriría. E igual que el árbol, era el último de los suyos. Ningún druida lo sustituiría. Cuando él se hubiera ido, ¿quién conservaría los secretos transmitidos desde el primer Consejo de Paranor? ¿Quién detentaría la magia que sólo él conocía? ¿Quién sería el guardián de las razas?

Su rostro oscuro se alzó. ¿Había llegado ya el momento de encontrar ese guardián?

La noche pasó con pasos silenciosos, y la luz pálida del amanecer irrumpió a través de la oscuridad por el este del cielo. En los vastos bosques de la Tierra del Oeste, la vida comenzó a latir. Allanon sintió que algo cambiaba en su relación con Ellcrys. La estaba perdiendo. Observó con atención al árbol, apretando en sus manos con fuerza la estaca plateada como si con eso pudiera retener la vida que se escapaba. El cielo de la mañana adquirió brillantez y las imágenes se hicieron menos frecuentes. El dolor que lo inundaba disminuyó, sustituido por un extraño distanciamiento. Poco a poco, la distancia entre ellos aumentó. En el este, una franja de luz ribeteó el horizonte, y las estrellas desaparecieron.

Las imágenes cesaron del todo. Allanon se puso rígido. En sus manos, la estaca plateada se había enfriado. Había llegado el fin.

Delicadamente depositó la estaca bajo el árbol. Después se giró y salió de los Jardines de la Vida sin mirar atrás.

Ander Elessedil permanecía en silencio junto a la cama de su padre, mirándolo. Desgarrado y golpeado, el cuerpo frágil del rey yacía envuelto en vendas y mantas, y sólo el ligero ascenso y descenso de su pecho evidenciaba que aún vivía. En aquellos momentos, estaba durmiendo con sueño inquieto y espasmódico, bordeando la zona gris entre la vida y la muerte.

Un torrente de emociones se esparcía en el interior del príncipe de los elfos, como hojas bajo la presión de un fuerte viento. Gael lo había despertado, asustado e inseguro. El joven ayudante había regresado a la mansión inquieto, incapaz de dormir, pensando en hacer los preparativos para el trabajo del día siguiente. Pero había encontrado las puertas cerradas, según le dijo a Ander, y sin centinelas. ¿Dormía el rey desprotegido? ¿Debía hacerse algo al respecto? Ander había saltado de la cama de inmediato, saliendo rápidamente de su casa y llamando a los guardianes de la verja. En una embestida echaron abajo la puerta principal, frenéticos, al oír los gritos del anciano rey procedentes del interior. Habían presenciado el final de la lucha a muerte entre su padre y el monstruo, el demonio que se había disfrazado de Manx. Su padre había recobrado la conciencia durante un breve tiempo, mientras lo transportaban, sangrante y deshecho hacia su dormitorio, para susurrar los horrores de la lucha que había mantenido y la traición que había soportado. Luego la conciencia le abandonó, y se quedó dormido.

¿Cómo había sobrevivido? ¿Dónde había encontrado la fuerza? Ander sacudió la cabeza. Sólo quienes lo vieron podían apreciar lo que había ocurrido. Los otros, los ministros y los comandantes, los guardias y los criados, llegaron demasiado tarde. No vieron al rey tendido sobre la entrada encharcada de sangre, golpeado y desgarrado. No vieron lo que le habían hecho.

Hubo especulaciones, desde luego, especulaciones que alimentaron rumores. El rey había muerto, susurraban. La ciudad estaba perdida. La mandíbula de Ander se tensó. Los hizo callar rápidamente. ¡Haría falta más que un solo demonio para matar a Eventine Elessedil!

Se arrodilló junto a su padre y le acarició el brazo. Habría llorado si le hubieran quedado lágrimas para llorar. ¡Qué terrible destino había soportado el rey! Su primogénito y su mejor amigo estaban muertos. Su amada nieta perdida. Su país invadido por un enemigo que no podía vencer. Él traicionado por un animal en quien confiaba. Había sido despojado de todo. ¿Qué era lo que le mantenía vivo después de tanto sufrimiento? Seguramente la muerte sería un alivio bien recibido.

Le apretó suavemente con la mano. Eventine Elessedil, rey de los elfos; no habría otro rey como él. Sería el último. ¿Y qué recuerdo quedaría de él además de una tierra destrozada y un pueblo arrojado al exilio? Ander supo que la amargura que sentía no era

por sí mismo, sino por su padre, que había dedicado toda su vida a trabajar por su país y su pueblo. Quizá nada se le debía a Ander Elessedil. Pero ¿y a ese anciano que había puesto el corazón en la tierra que sería asolada y en el pueblo que sería destruido? ¿No estarían en deuda con él? Amaba a la Tierra del Oeste y a los elfos más que a la vida que estaba a punto de abandonar, y fue obligado a presenciar cómo todo se derrumbaba... ¡Era una terrible injusticia!

Ander se inclinó impulsivamente y besó la mejilla de su padre. Luego se incorporó y se apartó. A través de las cortinas de las ventanas pudo ver el cielo brillante del nuevo día. Pensó de repente que tenía que encontrar a Allanon. El druida todavía no estaba enterado. Luego volvería al Carolan, para apoyar a su pueblo como lo habría hecho su padre si hubiera podido. No importaba la amargura. No importaban las lamentaciones. Ahora eran precisos el mismo coraje y la fuerza que su padre había demostrado en su última batalla, un coraje y una fuerza que sostendría a los elfos. Ocurriera lo que ocurriese ese día, él debía comportarse como hijo de su padre.

Ajustándose la armadura, Ander Elessedil salió de la habitación oscura.

En el umbral de la puerta de la mansión se detuvo un momento y miró el brillante cielo oriental. Sus ojos estaban sombreados por círculos oscuros y su rostro pálido y macilento. El aire del amanecer lo heló, y se envolvió en su gruesa capa. Detrás de él, las ventanas de la mansión resplandecían y los rastreadores elfos de rostros sombríos merodeaban por los pasillos como perros de caza.

–Inútil ya... –murmuró para sí.

Se encaminó hacia la verja principal, avanzando por el camino de grava, con su mente ofuscada por la falta de sueño. ¿Cuánto tiempo había dormido antes de que Gael fuera a buscarlo? ¿Una hora? ¿Dos? No podía recordarlo. Cuando lo intentaba, se le aparecía el rostro de su padre, contorsionado y cubierto de sangre, clavando en él sus ojos azules.

Traición, gritaban aquellos ojos. ¡Traición!

Atravesó las verjas de hierro para salir a la calle, sin reparar en la figura gigantesca que emergió de las sombras donde los caballos estaban amarrados.

–¿Príncipe Ander?

Se sobresaltó al oír su nombre, se detuvo y se volvió. La figura oscura se aproximó silenciosamente, reflejando la luz del nuevo día en su armadura de cota de malla. Era el comandante de los Cuerpos Libres, Stee Jans.

–Comandante –lo saludó con gesto cansado.

El otro respondió al saludo con su impasible rostro marcado por cicatrices.

–Una noche terrible, me han dicho.

–¿Lo sabes?

Stee Jans miró hacia la mansión.

–Un demonio se introdujo en la casa del rey. Su guardia fue asesinada y él mismo destrozado tras matar a la criatura. Difícilmente puede esperarse que tales noticias se mantengan en secreto, alteza.

–No, tampoco lo intentamos. –Ander suspiró–. El demonio era un suplantador. Se hizo pasar por el lebrel de mi padre, un animal que había tenido con él desde hacía muchos años. Nadie sabe cuánto tiempo estuvo allí, interpretando su papel, pero anoche decidió ponerle fin. Asesinó a los guardianes, bloqueó las puertas de salida y atacó al rey. Un monstruo, comandante. Vi lo que quedó de él. No sé cómo mi padre logró...

Enmudeció, sacudiendo la cabeza en un gesto de impotencia. Los ojos del fronterizo se fijaron en un punto situado detrás del príncipe.

–Así que el rey aún vive.

Ander asintió lentamente.

–Pero no sé qué lo mantiene vivo aún –dijo.

Luego se quedaron en silencio, mirando hacia la mansión iluminada y las figuras armadas que patrullaban en sus jardines.

–Quizá nos está esperando, alteza –dijo Stee Jans con serenidad.

Sus ojos se encontraron.

–¿A qué te refieres? –preguntó Ander.

–Me refiero a que el tiempo se acaba para todos.

Ander aspiró profundamente.

–¿Cuánto tiempo tenemos?

–El día de hoy.

El duro rostro permaneció inexpresivo, como si estuviese hablando del tiempo que haría, o de cualquier tema intrascendente.

Ander se irguió.

–Pareces resignado, comandante.

–Soy un hombre honesto, alteza. Te lo dije cuando nos conocimos. ¿Deseas oír otra cosa distinta a la verdad?

–No –dijo Ander sin dudar–. ¿No hay ninguna posibilidad de que podamos resistir más?

Stee Jans se encogió de hombros.

–Siempre hay una posibilidad. Considérala del mismo modo que considerarías la posibilidad de que el rey sobreviva después de este día. Ésa es la posibilidad que todos tenemos.

El príncipe de los elfos asintió lentamente.

–Lo acepto, comandante. –Extendió la mano–. Los elfos tienen suerte al contar contigo y con los soldados de los Cuerpos Libres para apoyarles. Desearía encontrar un modo de agradecértelo.

El Hombre de Hierro le estrechó la mano.

–Me gustaría poder ofrecerte esa oportunidad. Buena suerte, príncipe Ander.

Le saludó y se marchó. Ander lo contempló durante un momento, luego se volvió y siguió su camino.

Poco después, Allanon lo encontró cuando se disponía a cabalgar hacia el Carolan. El druida surgió de la penumbra montado sobre Artaq, como una sombra que se materializara de la neblina del bosque. Ander permaneció en silencio mientras el hombre alto tiraba de las riendas para detenerse y bajaba la vista hacia él.

–Sé lo que ha ocurrido –dijo con voz grave–. Lo siento, Ander Elessedil.

Ander asintió.

–Allanon, ¿dónde está la estaca?

–Ya no existe. –El druida dirigió la vista hacia la mansión–. Ellcrys ha muerto.

Ander sintió que las fuerzas lo abandonaban.

–Entonces es el fin, ¿verdad? Sin la magia de Ellcrys para ayudarnos, estamos vencidos.

Había dureza en los ojos de Allanon.

–Quizá no.

Ander lo observó con incredulidad, pero el druida ya había vuelto a guiar a Artaq hacia el camino.

–Te esperaré en las puertas de los Jardines de la Vida, príncipe de los elfos –le gritó–. Ahora date prisa. Todavía nos queda una esperanza.

Luego golpeó con los talones a su montura y se alejó hasta perderse de vista.

# LI

Los demonios atacaron una hora después del amanecer. Se congregaron ante el Carolan, trepando sobre los escombros del destrozado Elfitch para converger en las murallas y en las puertas de la sexta rampa. No debilitados ya por el poder de Ellcrys ni retenidos por el anatema de la Prohibición, los demonios se sacudían las flechas y las lanzas que llovían sobre ellos y continuaban avanzando. Una oleada tras otra de cuerpos negros surgían de los bosques. En pocos minutos, los riscos estuvieron plagados de ellos. Lanzaban a lo alto de las murallas unos burdos garfios de amarre hechos con las armas de que se habían apoderado y gruesas enredaderas para que quedaran sujetos y poder trepar agarrándose con las manos.

Los defensores se encontraban preparados: Kerrin y la Guardia Especial sobre las puertas, Stee Jans y los Cuerpos Libres sobre la muralla izquierda, Amantar y los rock trolls sobre la derecha. Mientras los atacantes subían, los defensores cortaban a hachazos o cuchilladas las lianas atadas a los garfios. Los demonios caían hacia atrás, gritando. Los grandes arcos de los elfos zumbaron y una lluvia de flechas negras se precipitó sobre ellos. Pero los demonios siguieron llegando, lanzando nuevos garfios y nuevas lianas. Gruesas vigas de madera taladas de árboles enteros y talladas con peldaños eran arrojadas contra las puertas y los demonios ascendían por ellas. La masa de abajo lanzaba garrotes y piedras contra los defensores que trataban de resistir el asalto. Una y otra vez obligaron a los demonios a retroceder. Pero al fin llegaron a las murallas y los elfos y sus aliados se encontraron inmersos en un feroz combate cuerpo a cuerpo.

A ambos lados del Elfitch, los demonios se extendieron a lo largo de la cara rocosa, y ascendían con la ayuda de sus garras hacia el borde del Carolan. Allí esperaba la caballería de los elfos, la Guardia Tradicional de la Legión, los enanos zapadores y unidades dispersas de otras compañías de defensores. Ehlron Tay estaba al mando. Dirigiendo una carga tras otra contra los enjambres de atacantes que aparecían sobre el borde del risco, los expulsó, barriéndolos del Carolan. Pero las líneas de los defensores no eran muy nutridas y el acantilado largo y salpicado de zonas boscosas ofrecían protección a los demonios que se aproximaban. Algunos grupos aislados consiguieron penetrar y los flancos elfos empezaron a combarse.

Sobre el Elfitch, los demonios atravesaron las puertas de la sexta rampa. Penetrando entre las filas de los defensores, rompieron los cerrojos y las barras que aseguraban las puertas y las abrieron. Entraron en tropel, pasando sobre los cuerpos de sus muertos. Amantar aún mantenía la muralla izquierda, pero Stee Jans y sus diezmados fronterizos fueron obligados a retroceder. En el centro de las defensas de los elfos, Kerrin reagrupó a la Guardia Especial y contraatacó la embestida de demonios, tratando desesperadamente de expulsarlos. Los rastreadores elfos cargaron contra la aullante masa, apartando a los demonios, refrenando su asalto. Durante un instante pareció que la Guardia Especial iba a retomar las puertas, pero un grupo de furias se lanzó desde las murallas hacia los elfos, desgarrándolos a zarpazos y dentelladas. Kerrin cayó muerto. El contraataque se detuvo y retrocedieron, destrozados.

Los defensores se retiraron Elfitch arriba, traspasando las puertas abiertas de la séptima y última rampa, manteniendo sus líneas en formación mientras el enemigo intentaba romperla. Con Amantar y Stee Jans manteniendo el centro, los defensores se deslizaron atrás dentro de las murallas, y las puertas se cerraron. Debajo, los demonios se reunieron una vez más.

A unos trescientos metros al este del final de la rampa, Ander Elessedil contemplaba

el campo de batalla mientras sus esperanzas se desvanecían. A su espalda, los soldados de la Guardia Negra rodeaban los Jardines de la Vida. Dirigió una rápida mirada hacia Kobold, que estaba al frente de éstos, y después hacia Allanon. El druida se hallaba a su lado, montado en Artaq, con su oscuro rostro impasible mientras contemplaba cómo la marea de la batalla avanzaba y retrocedía.

–Allanon, tenemos que hacer algo –susurró finalmente.

El druida no se volvió.

–Todavía no. Espera.

A todo lo largo del borde del Carolan, los demonios continuaron alcanzando la cima, tratando de desviar los flancos de los elfos. Al sur del acantilado, encontraron un lugar de fácil escalada y sus filas comenzaron a engrosarse, repeliendo el asalto de la caballería élfica que trataba de expulsarlos. Al norte, los enanos zapadores aún resistían los constantes ataques, mientras el ingenioso Browork reagrupaba a los soldados de a caballo y a pie en una sucesión de ataques que arrojaron a los demonios de la cumbre una y otra vez. Ehlron Tay cabalgó hacia el sur, dirigiendo una compañía de caballería de reserva para recuperar el risco inferior. Cargaron contra los demonios con las lanzas bajadas. Fue un terrible estruendo de cuerpos, gritos y lamentos; la batalla se libró con tanto encarnizamiento que a cierta distancia resultaba imposible determinar quiénes eran amigos o enemigos. Pero cuando la lucha terminó, fueron los elfos los que tuvieron que retirarse. El flanco izquierdo de la defensa se replegó hacia arriba con rapidez y los demonios siguieron avanzando, aullando de satisfacción.

Entonces las puertas de la séptima rampa se astillaron y rompieron, y los demonios penetraron en masa. Los defensores fueron empujados hacia atrás y pareció que iban a ser rebasados por completo. Pero los trolls iniciaron un contraataque súbito y salvaje que expulsó a los demonios hasta más allá de las puertas y, durante un momento, las murallas fueron recuperadas. Entonces los demonios se reagruparon en el avance más fuerte y brutal, y las hordas penetraron de nuevo. Esta vez los rock trolls no lograron detenerlas. Llevándose a sus heridos, los defensores abandonaron las puertas y se retiraron de la rampa hasta el borde del acantilado.

Los demonios ya habían invadido el extremo norte del Carolan así como el sur, haciendo retroceder a los voluntariosos enanos, y los flancos se replegaron hacia el centro. Con seguridad, los Jardines de la Vida se convertirían poco a poco en una isla dentro del campo de batalla mientras los demonios seguían embistiendo. Ehlron Tay fue derribado de su caballo. Arañado y golpeado, sus soldados lo transportaron hasta un lugar seguro fuera del campo de batalla. Browork había sufrido media docena de heridas y continuaba rodeado por los demonios. La Guardia Tradicional había perdido un tercio de sus fuerzas. Dos jinetes alados fueron abatidos y los tres que quedaban, incluido Dayn, volaron hasta los Jardines de la Vida para resistir con Allanon. Por todas partes, los elfos y sus aliados se retiraban.

Los defensores del Elfitch habían sido obligados a retroceder hasta el final de la rampa por sus atacantes. Stee Jans mantenía la posición del centro en la defensa, rodeado por sus soldados de los Cuerpos Libres. Los elfos y los trolls defendían los flancos, pero se veía claramente que no podrían resistir mucho más. El fronterizo comprendió el peligro de su posición sólo al mirarlos. Debajo, los demonios se agruparon para un nuevo asalto. A cada lado del borde del acantilado, las líneas de los defensores se habían colapsado y estaban comprimidas en la cima de la rampa. En pocos minutos, todos serían cogidos en un cerco del que nadie escaparía. Tenían que retirarse sin pérdida de tiempo para reorganizar sus líneas alrededor de los Jardines de la Vida donde podían consolidar sus fuerzas y obtener el apoyo de la Guardia Negra. Pero necesitaban tiempo para hacerlo, y alguien tenía que proporcionárselo.

Con el cabello rojo al viento, el comandante de los Cuerpos Libres cogió el estandarte de batalla gris y carmesí de su compañía y lo colocó entre las piedras de la rampa. Allí resistirían los Cuerpos Libres. Reunió a sus fronterizos a su alrededor y formó una estrecha falange en el centro de la cima de la rampa. Luego ordenó a los elfos y a los trolls que se retiraran. Nadie cuestionó la orden; Stee Jans estaba al mando del ejército. Abandonaron el Elfitch rápidamente, retrocediendo hacia las filas de la Guardia Negra que guardaba los Jardines de la Vida. Poco después los Cuerpos Libres se quedaron solos.

–¿Qué están haciendo? –le preguntó Ander al druida, horrorizado.

Pero el druida no respondió.

Los demonios atacaron. Cargaron rampa arriba, aullando con rabia. Contra lo que podía esperarse, los Cuerpos Libres resistieron el asalto y los repelieron. Mientras tanto, los elfos continuaron escapando del lazo que amenazaba con atraparlos. De nuevo, los demonios treparon por el Elfitch, y de nuevo los Cuerpos Libres los hicieron retroceder. No quedaban más que dos docenas de fronterizos vivos. A su cabeza permanecía la alta figura de Stee Jans. Reagrupándose ante los Jardines de la Vida, los defensores que habían huido del Elfitch miraron hacia atrás, contemplando al pequeño grupo de hombres que aún resistía la embestida de los demonios. El silencio se extendió sobre las filas. Sabían cómo terminaría aquello.

Ahora el Carolan estaba abierto. Stee Jans arrancó el estandarte de batalla, levantó por encima de su cabeza la bandera gris y carmesí, y el grito de guerra de los Cuerpos Libres resonó. Después lentamente, deliberadamente, el pequeño grupo empezó a retirarse a través del Carolan, hacia los defensores elfos que rodeaban los Jardines de la Vida. Ni un solo fronterizo rompió la formación. Ni un solo fronterizo apresuró el paso.

La respiración de Ander se escapó entre sus labios como un agudo silbido. Era una retirada sin esperanza. Muy próximo a él, el rostro magullado de Browork se hizo visible.

–¡Habéis hecho demasiado, fronterizos! –murmuró casi para sí mismo.

Una oleada de demonios asomó sobre la rampa, gruñendo. De norte a sur, a lo largo del Carolan, comenzaron a agruparse.

–¡Corre! –susurró Ander–. ¡Corre, Stee Jans!

Pero ya no había tiempo para correr. Los aullidos llenaron el aire de la mañana, rompiendo el momento de tranquilidad, y todo el ejército de demonios se impulsó hacia delante.

Pero Allanon se estaba moviendo. Una rápida palabra a Dayn y las riendas de Dancer estuvieron en sus manos. Un momento después se hallaba montado sobre el enorme ruc y se elevaba hacia el cielo. Ander Elessedil y los que se encontraban con él contemplaron atónitos al druida. Allanon voló sobre los jardines, con sus ropas negras ondeando y los brazos alzados. Sobre el Carolan, los demonios que convergían aflojaron la marcha bruscamente y levantaron la vista al cielo. Entonces, el tremendo estampido de un trueno estalló sobre las praderas, como si la tierra se hubiese partido con furia, y un fuego azul brotó de los dedos del druida. En un arco, cubrió de un extremo a otro el avance de demonios, barriendo sus filas delanteras, quemándolos hasta convertirlos en cenizas. Aullidos y gritos surgían de los demonios mientras un muro de llamas se alzaba ante ellos, obligándolos a retroceder de los rodeados Cuerpos Libres.

Un rugido de excitación creció entre los elfos. A través del anillo de fuego se abrió un estrecho pasillo hacia los jardines y su ejército. Por él se acercaban los fronterizos, veloces ahora, porque podía cerrarse en cualquier momento. Los demonios rugían por todas partes, pero el fuego los mantenía a raya. ¡Corred!, gritaba la mente de Ander. ¡Todavía hay una oportunidad! Seguían corriendo los fronterizos y la distancia entre ellos se acortaba. Varias furias se lanzaron en su persecución, enloquecidas hasta perder del todo

la razón, precipitándose en las llamas. Pero Allanon las vio. Alzó una mano cerrando el puño. El fuego del druida cayó sobre las criaturas felinas, que desaparecieron con el destello de una explosión. Una columna de fuego que se elevó hacia el cielo marcando su final. Sobre sus cabezas, Dancer emitió su grito de batalla.

Y así, Stee Jans y los Cuerpos Libres salieron del fuego y volvieron a la seguridad de las líneas élficas. Fueron recibidos con exclamaciones y vítores, y los estandartes de batalla de las Cuatro Tierras se elevaron en su honor.

Encima del Carolan, el fuego del druida ardía con menos intensidad ahora, pero los demonios aún no intentaban cruzarlo. Con las furias tan fácilmente destruidas, ninguno se atrevía a enfrentarse a Allanon. Arremolinándose tras la muralla de llamas, gruñían y rugían hacia el negro volador solitario. Y esperaban.

El druida planeó sobre ellos, buscando con su mirada. Sabía lo que tenía que ocurrir. Había lanzado un desafío, y uno de los demonios debía responder. Sólo el Dagda Mor era lo bastante fuerte para eso, y respondería, pensaba Allanon, porque no tenía otra opción. El Dagda Mor captaba la magia de las piedras élficas, como Allanon. También él sabría que Wil Ohmsford las había usado, que la búsqueda del Fuego de Sangre había tenido éxito, y que lo que más temía aún podía ocurrir: el renacimiento de la odiada Ellcrys y el restablecimiento de la Prohibición. Era un momento peligroso para el Señor de los Demonios. El Suplantador estaba muerto. La Parca había fracasado. Su ejército estaba detenido. Si ahora no actuaba, incluso aunque toda la Tierra del Oeste fuese suya, habría perdido. Ellcrys era la clave para la supervivencia de los demonios. El árbol madre debía ser destruido y la tierra en la que se enraizaba arrasada, para que nunca creciera nada allí. Después tenían que encontrar la semilla y a la última escogida. Así los demonios estarían seguros de que no volverían a ser expulsados de la tierra. Pero nada de eso ocurriría si Allanon no era destruido primero. El Dagda Mor lo sabía y ahora tendría que actuar...

Un aullido aterrador salió de entre los demonios. De debajo del borde del Carolan, una enorme sombra negra se elevó hacia el cielo claro de la mañana. Allanon giró. Era la criatura alada que casi había atrapado a Wil Ohmsford y a Amberle en el valle de Rhenn cuando huían de Villa Refugio. El druida la vio con claridad. Era un murciélago enorme, bruñido y con alas membranosas; su morro prominente abierto para mostrar unos colmillos relucientes, sus patas encogidas y con garras. Había oído rumores de que tales murciélagos vivían en el corazón de las montañas de la Tierra del Norte, pero hasta el momento no había visto ninguno. La criatura se cernió sobre las hordas de demonios, con su grito agudo y desgarrador que infundió en la masa negra de abajo una repentina tranquilidad.

Allanon se tensó. Sentado a horcajadas sobre el cuello de la criatura iba el Dagda Mor. El desafío había sido aceptado.

El druida hizo virar bruscamente a Dancer. El murciélago voló hacia abajo, con la figura encorvada del demonio inclinada sobre él. En una mano, el Báculo de Poder comenzó a emitir un resplandor rojizo. Allanon esperó, reteniendo a Dancer. El murciélago emitió un anticipado grito de triunfo. El fuego rojo salió del Báculo de Poder del demonio, pero un instante demasiado tarde. Dancer describió un arco agudo, guiado por el druida, y se desvió con rapidez hacia la izquierda. El monstruo con alas descendió en picado, con sus pies en forma de garras extendidos, y el fuego del demonio explotó en el Carolan, mientras Allanon hacía girar a Dancer. El vuelo del murciélago era pesado y lento y, cuando se elevó, el druida pasó bajo él y contraatacó. El fuego azul quemó las alas y el cuerpo del monstruo, abrasando su piel membranosa, y el animal profirió un grito penetrante.

Pero volvió, y otra vez el Dagda Mor hizo bajar su Báculo de Poder. El fuego del demonio cortó el cielo matutino, pasando ante el druida y su montura. Una muralla de llamas quedó suspendida en el aire ante ellos, y esta vez no tenían posibilidad de girar. Dancer no dudó un momento. Con un grito, el gigantesco ruc hizo un rizo, poniendo a

Allanon fuera del alcance del fuego, estirándose después y bajando suavemente a través del Carolan. En los Jardines de la Vida, los vítores surgieron de las gargantas de los elfos y sus aliados.

De nuevo el demonio atacó, con su enorme portador cayendo velozmente. De nuevo Dancer fue lo bastante rápido. El ruc voló hacia el otro lado del acantilado. El fuego del demonio estalló desde el báculo, pasando sobre el ruc y quemando las praderas. Dancer viró a la izquierda, luego a la derecha, cambiando de dirección con tanta rapidez que el Dagda Mor no lograba dirigir el fuego hacia él. Mientras tanto, Allanon también atacaba. El fuego del druida alcanzó al monstruoso murciélago, quemándolo una y otra vez hasta que el humo emanó de su cuerpo maltrecho en pequeños remolinos mientras volaba.

La batalla continuó; un duelo terrorífico que llevó al druida y al demonio atrás y adelante por encima de la ultrajada superficie del Carolan, girando y regresando en su intento de inutilizar la maniobra del otro. El murciélago era pesado y fácilmente atacable, pero al mismo tiempo fuerte y resistente a las heridas. Dancer era rápido; el fuego nunca lo alcanzaba. Pero a medida que los minutos transcurrían y la lucha no acababa, el ruc empezó a cansarse. Durante tres días había volado en la batalla, y sus fuerzas se estaban debilitando con rapidez. Cada vez que retrocedía sobre el promontorio, el fuego del demonio se acercaba más. El silencio cayó sobre las filas de los defensores. Por cada una de sus mentes pasaba el mismo pensamiento. Tarde o temprano el ruc fallaría, o el druida calcularía mal. Entonces el Señor de los Demonios los atraparía.

Momentos después, los temores se confirmaron. El fuego se cruzó en el camino de Dancer mientras hacía un giro hacia la izquierda, alcanzando la gran ala del pájaro. En ese instante, Dancer vaciló y empezó a descender en espiral hacia el Carolan. Un grito de horror salió de los elfos. De nuevo, el Báculo de Poder destelló y de nuevo el fuego quemó al pájaro herido. El murciélago se lanzó hacia abajo con las garras dispuestas. Desesperadamente, Allanon giró mientras el monstruo caía hacia él, y sus manos se extendieron hacia el cielo con los puños cerrados. El murciélago estaba casi encima cuando el fuego azul brotó de sus dedos. Toda la cabeza del monstruo pareció explotar y desaparecer. Pero el impulso le llevó contra el herido Dancer. A unos nueve metros sobre el Carolan, el murciélago y el ruc chocaron, golpeándose uno contra otro con una fuerza terrorífica. Juntos cayeron hacia la tierra, arrastrando con ellos a sus jinetes. Cayeron a plomo hasta estrellarse contra la dura tierra. Dancer tuvo un estremecimiento y se quedó inmóvil. El murciélago no se movió.

En ese instante pareció que la batalla estaba perdida. Dancer y el murciélago habían muerto. Allanon yacía tendido en el suelo, quemado. El Dagda Mor trataba de liberar una de sus piernas que había quedado debajo del murciélago, y lo logró con esfuerzo. Entonces intentó aproximarse al druida. Allanon se agitó, y levantó un poco la cabeza. Lentamente, el Dagda Mor se arrastró hasta llegar a unos tres metros de él. Con el rostro contorsionado por el odio, el demonio se preparó. En sus manos, el Báculo de Poder comenzó a iluminarse.

–¡Allanon! –se oyó gritar a sí mismo Ander Elessedil, y el eco reverberó en el repentino silencio.

Quizás el druida lo oyó. De algún modo logró ponerse en pie, esquivando el rayo de fuego que le pasó cerca, moviéndose con tanta rapidez que estuvo sobre el Dagda Mor antes de que el Báculo de Poder pudiera ser usado por segunda vez. El demonio trató de proteger el báculo, alejándolo, pero las manos de Allanon aprisionaron el palo nudoso. El fuego del demonio fulguró dentro del báculo y el dolor traspasó al druida. Pero su magia también surgió en su defensa, y el fuego azul se mezcló con el rojo. El druida y el demonio forcejearon por su posesión, estirando sus cuerpos en su esfuerzo para arrebatar el báculo de las manos del otro.

Entonces Allanon encontró dentro de sí un profundo reducto de fuerza, una última reserva, y el fuego azul explotó. Estalló en sus manos y recorrió el Báculo de Poder, sofocando el fuego del demonio, llegando hasta el cuerpo del Dagda Mor. El demonio abrió los ojos con horror y emitió un grito agudo y terrible. Allanon se incorporó con esfuerzo, liberándose de la figura encorvada, obligando al demonio a arrodillarse lentamente. De nuevo el demonio gritó, con odio desbordado. Trató desesperadamente de luchar contra el fuego que lo envolvía, de librarse de las manos del druida. Pero éstas se cerraron alrededor de las suyas como argollas de hierro, apretándolas con fuerza contra el báculo. El Dagda Mor sufrió un temblor violento y cedió. Su grito se convirtió en un susurro y sus terribles ojos se quedaron en blanco.

El fuego del druida lo inundó ahora sin impedimentos, envolviéndolo en un velo de luz azul hasta que su cuerpo se redujo a cenizas y desapareció.

Todo el Carolan quedó en silencio. Allanon era una figura solitaria con el Báculo de Poder aún en sus manos. Bajó la vista hacia la madera chamuscada y humeante. Luego lo partió y arrojó los pedazos al suelo.

Volviéndose hacia los Jardines de la Vida, llamó a Artaq con un silbido. El caballo negro salió trotando de las filas de elfos. Allanon sabía que le quedaban sólo unos momentos. Se estaba debilitando, y se mantenía aún de pie por la fuerza de su voluntad. La pared de fuego que había retenido a los demonios empezaba a extinguirse. Ya estaban congregados a lo largo de su perímetro, con los ojos furiosos fijos en él, esperando a ver que ocurriría a continuación. La muerte del Dagda Mor no significaba nada para ellos. Su odio hacia los elfos era lo único que les importaba. El druida les devolvió la mirada, esbozando lentamente una sonrisa burlona. Lo único que los contenía ahora era el temor que les producía. En cuanto lo perdieran, volverían a atacar.

Artaq acercó la cabeza a su hombro y relinchó suavemente. Sin apartar la vista de los demonios, Allanon retrocedió con cautela hasta que pudo agarrar la crin y los arneses del caballo. Luego, con dolor, montó en la silla, próximo a desmayarse por el esfuerzo. Sujetando las riendas, hizo dar la vuelta a Artaq. Sin premura aparente, comenzó a acercarse a las líneas defensivas de los elfos.

Fue una huida agónicamente larga. Condujo a Artaq con una lentitud deliberada; un paso más rápido habría sido excesivo para él. Poco a poco los Jardines de la Vida se fueron acercando. Con el extremo del ojo pudo ver movimiento entre las líneas de los demonios. Unos cuantos ya intentaban atravesar las llamas moribundas, aullando a su espalda. Otros los imitaron en seguida. Él se agarraba a los arneses de la silla con ambas manos y no se volvió. Pronto, pensaba, pronto.

Entonces, de repente, la masa irrumpió, aullando y gritando. Los demonios se precipitaron desde todas partes hacia él. Supo que estaba aún demasiado lejos de los Jardines de la Vida para escapar de ellos a esa marcha. No tenía elección. Clavó sus botas sobre los flancos de Artaq y el caballo negro se lanzó hacia delante. El gran corcel atravesó el Carolan en una carrera, con su cuerpo convertido en una línea horizontal. El aturdimiento invadió al druida y sintió que sus manos se aflojaban. Iba a caer.

Sin embargo no cayó. De algún modo logró sostenerse hasta alcanzar las filas de elfos. En una embestida, Artaq las atravesó, llevándole más allá de las manos extendidas hacia las puertas de hierro de los Jardines. Allí se detuvo de repente.

Tampoco entonces cayó Allanon. Una determinación de hierro lo mantuvo sobre el caballo negro. Su rostro estaba bañado de sudor, y se volvió a mirar a las hordas de demonios que, desde el otro lado del promontorio, se dirigían hacia los jardines. En sus murallas, los defensores se prepararon.

Al menos ahora tienen una posibilidad, pensó. Al menos les he dado una posibilidad.

Entonces una avalancha de gritos se elevó a su alrededor y las manos señalaron hacia el cielo. Dayn estaba a su lado, reflejando en sus gritos la incredulidad.

–¡Genewen! ¡Es Genewen!

Los ojos del druida se alzaron. Al sur, casi perdido en el resplandor del sol del mediodía, un gran pájaro dorado se dirigía volando hacia Arbolon.

# LII

Wil Ohmsford miró hacia abajo con horror. El sol era una explosión deslumbrante de luz blanca que le hacía guiños. Dentro de él, la fiebre aún ardía. Se sentía débil y mareado y el sudor que bañaba su cuerpo se secaba por el choque del viento. Genewen lo llevaba por los aires sobre el paisaje verde y boscoso de la Tierra del Oeste, con sus alas extendidas planeando suavemente en las corrientes de aire. Iba atado al ruc con correas de cuero, y su brazo roto estaba vendado y entablillado. Delante estaba Perk, con su cuerpo pequeño ladeándose de acuerdo con los movimientos de Genewen, dirigiendo el vuelo con sus manos y su voz. Acurrucada contra el jinete alado, casi perdida entre las ropas que la cubrían, se hallaba Amberle. Los brazos que rodeaban la cintura de Wil pertenecían a Eretria. Se volvió, y los ojos oscuros de la joven vagabunda se encontraron con los suyos. La mirada que le dirigió fue como un golpe.

Debajo se encontraba la ciudad élfica de Arbolon. Los cuerpos yacían amontonados sobre el Carolan, los fuegos ardían sobre él, y el Elfitch estaba derruido. Jinetes y lanceros, piqueros y arqueros rodeaban los Jardines de la Vida como una muralla de hierro. Alrededor de ellos se arremolinaban los cuerpos oscuros y retorcidos, miles de ellos, y parecía que en cualquier momento los defensores serían totalmente aniquilados.

Los demonios, susurró sin voz. ¡Los demonios!

De pronto se dio cuenta de que Amberle se movía. La elfina se había incorporado levemente, aún apoyándose en Perk, y le hablaba al muchacho. Una de sus manos se agarraba al hombro del jinete alado. Él asintió. Luego Genewen empezó a descender, dejándose caer con suavidad hacia el Carolan y los Jardines de la Vida. Los jardines permanecían como una isla, con sus setos esculpidos y los parterres de flores cuidadosamente ordenados y tranquilos, flotando sobre un mar de praderas asoladas y vociferantes demonios negros. Wil contempló el centelleo de las armas bajo la luz del sol mientras los defensores luchaban contra las hordas que se dirigían hacia ellos. Algunas criaturas negras se abrían paso ya a través de sus líneas. Varias las habían sobrepasado.

Sobre el pequeño montículo del centro de los jardines, los restos inertes de Ellcrys yacían olvidados.

Genewen emitió de repente un chillido agudo que llegó hasta el bullicio de la batalla. Durante un momento, todos los ojos se volvieron hacia el gigantesco ruc, que se deslizó hacia abajo como un rayo de luz de sol. Entre los elfos se elevaron gritos dispersos de reconocimiento. Un jinete alado, gritaron, y buscaron vanamente a otros.

Entonces Genewen entró en los jardines, aterrizando lentamente al pie del pequeño montículo. Las grandes alas se plegaron y la cabeza escarlata se inclinó. Perk descendió de un salto, afanándose rápidamente en soltar las correas de los arneses que sujetaban a los demás. Primero liberó a Amberle, y ésta se dejó caer como sin fuerzas del lomo de Genewen, quedando de rodillas al tocar el suelo. Wil trató de ir en su ayuda, pero la fiebre lo había debilitado y las correas no se soltaron.

Desde el otro lado de los setos y los macizos de flores, los sonidos de la batalla se acercaban.

–¡Amberle! –gritó.

Ya se había levantado y se encontraba, a una docena de pasos frente a él. Elevó su rostro de niña. Durante un momento sus terribles ojos sangrientos se fijaron en él y pareció que ella iba a hablar. Luego, sin hacerlo, se giró y comenzó a subir el montículo.

–¡Amberle! –exclamó Wil, luchando con las correas que lo sujetaban. Genewen empezó a dar fuertes bandazos, gritando, y Perk se apresuró a calmarlo.

–¡Estáte quieto, curandero! –trató de prevenirle Eretria, pero él no estaba en disposición de ser prevenido. Lo único que veía era que Amberle se alejaba. La iba a perder. Podía sentirlo.

Genewen comenzó a elevarse entonces, asustado por los forcejeos del valense. Perk agarró los arneses y trató en vano de controlarlo. Entonces apareció el cuchillo de Eretria que cortó las correas que los mantenían sujetos a Wil y a ella. Un instante después caían los dos contra una fila de arbustos. El dolor se renovó en el cuerpo maltratado del valense cuando se levantó con torpeza. Eretria lo llamó, pero él no le hizo caso, y empezó a correr, tropezando, tras la figura de la elfina que se alejaba. Ella ya estaba a medio camino de la cima, y avanzaba con lentitud hacia el árbol.

Los aullidos ya se oían cerca. De repente, media docena de demonios atravesó los setos. Perk había logrado que Genewen regresara a tierra, lo acababa de desmontar y corrió tras Wil. Al instante, los demonios lo siguieron. Pero el valense los había visto. Giró su puño, con las piedras élficas encerradas en él. El fuego azul explotó hacia los demonios y desaparecieron.

–¡Márchate! –le gritó a Perk–. ¡Márchate volando!

Eretria también se había aproximado. Otros demonios comenzaron a surgir de entre los setos, gritando mientras avanzaban. Una fracción de la Guardia Negra se abrió paso violentamente para interceptarlos, con las picas bajadas. Pero los demonios se defendieron de los elfos y fueron hacia Wil, que se volvió para hacerles frente; y otra vez las piedras élficas fulguraron. Perk se había montado sobre Genewen, pero en lugar de volar hacia un sitio seguro, el pequeño jinete alado dirigía el ruc contra los atacantes, tratando de expulsarlos. En aquel momento, varias docenas más llegaron por alguna parte, y ni siquiera el fuego de las piedras élficas lograba detenerlos.

Entonces un grito penetrante se elevó sobre los aullidos de los demonios y pareció quedar suspendido en el calor del mediodía estival. Wil se volvió. Amberle estaba de pie sobre el montículo, con los brazos extendidos hacia delante para alcanzar el tronco de Ellcrys. A su contacto, el árbol pareció rielar como las aguas de un arroyo tocadas por un rayo de sol, luego se desintegró en una lluvia de polvo plateado que cayó sobre la elfina como si fuera nieve. Ella se quedó allí, con los brazos alzados, estirando su cuerpo frágil.

Y empezó a transformarse.

–¡Amberle! –exclamó Wil por última vez, cayendo de rodillas, desesperado.

El cuerpo de la elfina empezó a perder su forma; su figura humana se disolvía, sus ropas se hacían jirones y caían, sus piernas se fundieron en una y de sus pies salieron unos zarcillos que penetraron en la tierra; lentamente, sus brazos alzados se alargaron y se dividieron.

–¡Oh, Wil! –murmuró Eretria derrumbándose a su lado.

Amberle había desaparecido. En su lugar se alzaba Ellcrys, perfectamente formada, con su corteza plateada y sus hojas encarnadas reluciendo al sol, nacida de nuevo al mundo de los elfos.

Un gemido de angustia se elevó de los demonios. La Prohibición estaba restaurada. Aullaron por todo el Carolan mientras los arrastraba para volverlos a encerrar. Frenéticamente, tropezando unos con otros, trataban de escapar de la negrura que se cerraba inexorablemente a su alrededor. Pero no había escapatoria. Fueron desapareciendo de la luz, cientos y después miles, cuerpos negros pequeños y grandes que se contorsionaban, hasta que el último se desvaneció.

El silencio cayó sobre los defensores de Arbolon mientras miraban en asombrado silencio a su alrededor. Parecía que los demonios nunca habían estado allí.

En los Jardines de la Vida, Wil Ohmsford lloró.

# LIII

Los elfos lo encontraron allí poco después. Por orden de Ander Elessedil, lo llevaron a Arbolon. Demasiado aturdido por la pérdida de Amberle para discutir, con su cuerpo atormentado por la fiebre, se dejó llevar. Fue conducido a la mansión de los Elessedil, a través de sus salones y corredores silenciosos y sombríos, hasta una habitación donde lo acostaron. Los curanderos elfos lavaron y curaron sus heridas y le vendaron el brazo roto. Le dieron a beber un líquido amargo que le produjo sopor, y lo envolvieron cuidadosamente en sábanas y mantas. Luego lo dejaron, cerrando la puerta al salir sin hacer ruido. Sólo tardó segundos en dormirse.

Soñó que vagaba a través de una oscuridad profunda e impenetrable, perdido sin esperanza. En algún lugar dentro de la misma oscuridad estaba Amberle, pero no podía encontrarla; cuando la llamó, oyó su respuesta débil y distante. Poco a poco fue consciente de otra presencia, fría y maligna y extrañamente familiar; algo que ya había encontrado en otra ocasión. Aterrorizado, comenzó a correr, cada vez a más velocidad, abriéndose paso a través de las telarañas del silencio negro. Pero aquello seguía persiguiéndolo. Aunque no producía ningún ruido, podía sentirlo, siempre a un paso detrás de él. Al fin, los dedos lo tocaron y él gritó de terror. Luego la oscuridad desapareció de pronto. Estaba rodeado de jardines, hermosos y de vivos colores, y aquello había desaparecido. El alivio fluyó en él; estaba a salvo de nuevo. Pero al instante siguiente, la tierra se abombó bajo sus pies y fue lanzado al aire. De repente pudo ver una ola negra al otro lado de los jardines que avanzaba lentamente, acercándose, alzándose como un océano donde se ahogaría con seguridad. Desesperadamente buscó a Amberle, y la vio, corriendo por el centro del jardín como un fantasma sin voz. Sólo fue una visión fugaz. La llamó una y otra vez, pero no hubo respuesta. Entonces, la ola negra le alcanzó y comenzó a hundirse...

¡Amberle!

Se despertó sobresaltado, con el cuerpo empapado de sudor. Sobre una pequeña mesa situada en la pared de enfrente ardía una vela. Las sombras envolvían la habitación, y el crepúsculo inundaba la ciudad.

–Wil Ohmsford.

Se volvió al oír su nombre, buscando. Una figura alta y encapuchada estaba sentada junto a su cama, negra y sin rostro en el débil resplandor de la llama de la vela.

El valense parpadeó al reconocerlo.

Allanon.

Luego, de repente, todo volvió a él. La amargura se agitó en su interior, una amargura tan tangible que casi pudo paladear su sabor. Cuando logró hablar, su voz apenas fue un siseo.

–Lo sabías, Allanon. Lo sabías desde el principio.

No hubo respuesta. Las lágrimas afluyeron a los ojos del valense. Recordó la primera noche en Storlock, cuando conoció al druida. Entonces sintió que no podía confiar completamente en él, que no debía confiar en él. Flick se lo advirtió; Allanon era un hombre de secretos, y los ocultaba bien.

Pero esto... ¿Cómo podía haberle ocultado esto?

–¿Por qué no me lo dijiste?

Las palabras salieron en un susurro. Dentro de las sombras de la capucha no se produjo ningún movimiento.

–No te habría servido de nada saberlo, valense.

–No te habría servido de nada a ti, ¿no es lo que quieres decir? ¡Me utilizaste! Me

dejaste creer que podría proteger a Amberle de los demonios si era conducida a salvo hasta Arbolon, y que luego todo terminaría. ¡Sabías que yo creía en esa falsedad!

El druida continuó en silencio. Wil sacudió la cabeza en un gesto de reproche.

–¿No pudiste al menos decírselo a ella?

–No, valense, no me habría creído. No hubiera querido creerlo. Habría sido pedirle demasiado. Recuerda lo que ocurrió cuando hablé con ella en Villa Refugio. Ni siquiera quiso admitir que aún era una escogida. Insistía en que su elección como escogida había sido un error. No, no lo habría creído. No entonces. Necesitaba tiempo para saber la verdad sobre sí misma y comprenderla. No era algo que yo pudiera explicarle; era algo que ella tenía que descubrir.

La voz del valense tembló.

–Palabras, Allanon. Eres experto en usarlas. Eres capaz de convencer con mucha facilidad. Me convenciste una vez, ¿verdad? Pero ésta no me convencerás; sé lo que hiciste.

–Entonces también debes saber lo que no hice –contestó Allanon con serenidad. Se inclinó hacia delante–. La decisión final fue de ella, valense, no mía. Yo no estuve allí para forzarla, sólo traté de proporcionarle la posibilidad de tomarla por sí misma. Hice eso y nada más.

–¿Nada más? Te aseguraste de que su decisión coincidiera con tus deseos. A eso yo no lo llamaría no hacer nada.

–Me aseguré de que comprendiese las consecuencias de la decisión, cualquiera que tomase. Es diferente...

–¡Consecuencias! –Wil levantó la cabeza de repente de la almohada, y lanzó una carcajada llena de ironía–. ¿Qué sabes tú de las consecuencias, Allanon? –Su voz se quebró–. ¿Sabes lo que ella significaba para mí? ¿Lo sabes?

Las lágrimas resbalaron por su rostro. Volvió a recostarse lentamente, sintiéndose de alguna forma avergonzado. Había vertido toda su amargura, quedándose a solas con el dolor. Desvió la vista de Allanon, y ambos permanecieron en silencio. En la oscuridad del dormitorio, el resplandor de la vela solitaria los acariciaba.

Pasó un largo rato antes de que el valense volviera a mirarle.

–Bien ahora todo ha terminado. Ella se ha ido. –Tragó saliva con dificultad–. ¿Puedes al menos explicarme por qué?

El druida permaneció callado durante un momento, encogido en las sombras de sus ropas. Cuando finalmente habló, su voz fue casi un susurro.

–Escúchame, valense. Ese árbol, Ellcrys, es una criatura maravillosa, una muestra de magia viva formada por la unión de la vida humana con el fuego de la tierra. Fue creado antes de las Grandes Guerras. Los magos elfos lo concibieron cuando los demonios fueron vencidos y se enfrentaron a la necesidad de evitar que volviesen a amenazar al mundo. Los elfos, como sabes, no son un pueblo violento. La preservación de la vida es su propósito y su trabajo. Incluso ante criaturas tan destructivas y malignas como los demonios, no concebían la aniquilación deliberada de una especie. El destierro les pareció la alternativa más aceptable, pero sabían que éste debía ser tan férreo que miles de años después continuara manteniéndolos sometidos a sus condiciones. Y en un lugar donde no pudieran hacer daño a otros. Por eso los hechiceros elfos utilizaron su magia más poderosa, la que requería el mayor sacrificio de todos, la donación voluntaria de la vida. Fue esta donación lo que permitió la existencia de Ellcrys y el establecimiento de la Prohibición.

Durante un momento cesó de hablar.

–Tienes que comprender el modo de vida élfico, la naturaleza de los códigos que lo gobiernan, para apreciar lo que Ellcrys representa realmente y por qué Amberle decidió convertirse en ella. Los elfos creen que están en deuda con la tierra, porque la tierra

produce y alimenta la vida. Los elfos creen que cuando alguien toma algo de la tierra, debe darle algo a cambio. Esta creencia es tradicional; es ritual. Sus vidas les son dadas; por tanto también ellos deben dar vida. Esto lo llevan a cabo, valense, dedicándose al servicio a la tierra, esforzándose cada uno a su manera para que la tierra sea preservada. Ellcrys no es más que una extensión de ese cometido. Es la encarnación de esa creencia de que la tierra y los elfos son interdependientes. Ellcrys es la unión de la tierra con la vida de los elfos, una unión concebida para protegerlos contra el mal que los destruiría a ambos. Amberle lo comprendió al final. Entendió que de la única forma en que la Tierra del Oeste y su pueblo podían salvarse era mediante su sacrificio, su decisión de convertirse en Ellcrys. Entendió que la semilla que llevaba podía recibir la vida sólo por la cesión de la suya propia.

Hizo una pausa y se inclinó lentamente hacia delante, proyectando la sombra de su oscura figura sobre el valense.

–La primera Ellcrys fue también una mujer; no es la casualidad lo que hace que nos refiramos a ella como a una dama. Ellcrys debe ser siempre una mujer, porque sólo una mujer da a luz a sus semejantes. Los magos previeron esta necesidad de procreación, aunque no la frecuencia con que sería necesaria. Eligieron a una mujer, una joven que, me imagino, sería muy parecida a Amberle, y la transformaron. Luego establecieron la orden de los escogidos para que la cuidasen y para que cuando llegara el momento pudiera elegir a quien la sucediera. Pero a través de los años eligió a pocas mujeres. Las historias no relatan por qué; ni siquiera ella lo sabía ya. La elección de hombres se convirtió en un hábito durante mucho tiempo; sólo escogió mujeres cuando fue necesario. Quizás era por algo relacionado con su creación en la época de los magos elfos. Quizás ellos le prometieron que sería servida por muchachos; quizás ella lo pidió. Quizá la elección de muchachos era más aceptable para los elfos. No lo sé.

»En cualquier caso, cuando eligió a Amberle, sospechaba la proximidad de su muerte. No podía estar segura porque era la primera de su especie, y nadie sabía cuando se produciría su muerte ni que signos la anunciarían. Muchos creyeron que viviría para siempre. Y las características físicas de la parte que había sido humana se habían convertido hacía tiempo en algo distinto; por tanto, tampoco eso podía ayudar. Hubo otros momentos de su vida en que creyó que su muerte estaba próxima, que debía elegir a alguien que la sucediera. En todas esas ocasiones seleccionó a una mujer. La última fue hace quinientos años. No sé qué la impulsó a ello, así que no lo preguntes. Eso no importa.

»Cuando escogió a Amberle, la primera mujer en quinientos años, fue grande la sorpresa de los elfos. Pero su elección hubiera tenido mayor significado de haberse sabido que Ellcrys la elegía como posible sucesora. Y aún más. Estaba considerando a Amberle como una madre a su hijo aún no nacido. Una extraña consideración, podrías afirmar, pero ten en cuenta las circunstancias. Si el árbol iba a morir, tenía que producir una semilla, y la semilla y Amberle llegarían a fundirse en una, la nueva Ellcrys nacida, al menos en parte, de la antigua. La elección de Amberle fue hecha con ese propósito, e implicaba necesariamente los sentimientos que una madre tiene hacia un hijo aún no nacido. La mujer que se había convertido en Ellcrys en los antiguos tiempos experimentó esenciales cambios físicos, pero emocionalmente conservaba mucho de lo que había sido. Algo de esto descubrió el árbol en la elfina. Por eso su relación fue tan íntima al principio.

Reflexionó un momento.

–Por desgracia, fue esta relación la causa de los problemas posteriores. Cuando vine a Arbolon, alertado por el debilitamiento de la Prohibición y la amenaza de los demonios, visité los Jardines de la Vida para hablar con Ellcrys. Me dijo que después de la elección de Amberle como escogida, intentó reforzar los lazos que las unían. Lo hizo porque sentía la enfermedad desarrollándose en su interior. Comprendió que su vida estaba próxima al fin; la semilla que ya estaba formándose debía ser entregada a Amberle. En su agonía,

ampliaba su instinto maternal para abarcar a la muchacha. Quería prepararla para lo que le esperaba, para que apreciara parte de la belleza, la gracia y la paz de que ella había disfrutado en su vida. Quería que Amberle comprendiera el significado de su unión con la tierra, que entendiera su evolución a través de los años, que experimentara sus cambios; en resumen, que comprendiese un poco de lo que una madre sabe y un niño no.

Wil asintió lentamente. Pensaba en el sueño que habían compartido Amberle y él después de que el rey del río de Plata los rescatase de los demonios. En ese sueño se habían buscado el uno al otro; él en un hermoso jardín tan asombroso que le había producido deseos de llorar; ella en la oscuridad, llamándole mientras él se encontraba allí sin responderle. Ninguno de los dos comprendió que el sueño era una profecía. Ninguno de los dos comprendió que el rey del río de Plata les había permitido vislumbrar lo que sería su destino.

El druida continuó.

–Las intenciones de Ellcrys eran buenas, pero excesivas. Asustó a Amberle con sus visiones, su insistencia maternal y la apropiación de su identidad. La elfina no estaba aún preparada para la transición que Ellcrys estaba tan ansiosa de realizar. Llegó a atemorizarse y enfadarse, y se marchó de Arbolon. Ellcrys no lo comprendió; siguió esperando que Amberle volviera. Cuando la enfermedad se hizo irreversible y la semilla estuvo formada, llamó a los escogidos.

–¿Pero no a Amberle? –preguntó Wil, que ahora escuchaba atentamente.

–No, no a Amberle. Pensó que Amberle iría por voluntad propia. No quiso mandar a buscarla porque, cuando lo había hecho con anterioridad, sólo consiguió que se marchara. Estaba segura de que cuando Amberle se enterase de que se estaba muriendo, iría a verla. Por desgracia le quedaba menos tiempo del que creía. La Prohibición comenzó a erosionarse, y ella no pudo mantenerla. Varios demonios escaparon y los escogidos fueron asesinados; todos excepto Amberle. Cuando yo aparecí, Ellcrys estaba desesperada. Me dijo que debía encontrar a Amberle; por eso fui a buscarla.

Una renovada amargura oscureció el rostro del valense.

–Entonces ya sabías en Villa Refugio que Ellcrys aún consideraba a Amberle como una escogida.

–Lo sabía.

–Y sabías también que la semilla le debía ser entregada para que la llevase.

–Te ahorraré la molestia de hacer más preguntas. Lo sabía todo. Las historias de los druidas de Paranor me revelaron la verdad de lo que sucedería a Ellcrys, la verdad de cómo debía renacer. –Hubo un ligero titubeo–. Entiende una cosa, valense. Yo también quería a esa muchacha. No deseaba engañarla, en caso de que quieras calificar mis omisiones como engaños. Pero era necesario que Amberle descubriera la verdad por sí misma y no a través de mí. Le mostré un camino a seguir; no le di ningún mapa que marcara sus desviaciones y sus vueltas. Creí que era necesario que la decisión fuera suya. Ni tú, ni yo, ni nadie más tenía derecho a tomar la decisión. Sólo ella.

Wil Ohmsford bajó los ojos.

–Quizás. Y quizás hubiera sido mejor que supiera desde el principio dónde terminaría el camino que le mostraste. –Sacudió la cabeza–. Es curioso. Creí que escuchar la verdad sobre todo lo que ha ocurrido me ayudaría de algún modo. Pero no. No me ayuda en absoluto.

Se produjo un largo silencio. Luego Wil levantó la vista otra vez.

–En cualquier caso, no tengo derecho a culparte por lo que ha ocurrido. Hiciste lo que debías, lo sé. La elección fue realmente de Amberle. Lo sé. Pero perderla de esta forma es tan duro...

Su voz se apagó y el druida asintió.

–Lo siento, valense.

Comenzó a levantarse, pero Wil le preguntó de pronto:

–¿Por qué me has despertado ahora, Allanon? ¿Para contarme esto?

El hombre alto se enderezó, oscuro y sin rostro.

–Para contarte esto y para decirte adiós, Wil Ohmsford.

Wil lo miró, sorprendido.

–¿Adiós?

–Hasta la vista, valense.

–Pero... ¿dónde vas?

No hubo respuesta. Wil sintió que el deseo de dormir lo inundada; el druida lo devolvía al sopor del que lo había sacado. Se resistió con obstinación. Todavía quedaban cosas que aclarar. Allanon no podía dejarlo así y desaparecer en la noche tan inesperadamente como había llegado, embozado en su capa y con la capucha echada, igual que un ladrón que temiera que la más breve visión de su rostro pudiera delatarlo...

Una repentina sospecha atravesó su mente en ese instante. A pesar de su debilidad logró estirar la mano y agarrar las ropas del druida.

–Allanon.

El silencio llenó el pequeño dormitorio.

–Allanon, déjame ver tu cara.

Durante un momento pensó que el druida no le había oído. Allanon permaneció inmóvil junto a su cama, mirando hacia abajo en las sombras de sus ropas. El valense esperó. Luego lentamente el druida levantó sus grandes manos y se bajó la capucha.

–¡Allanon! –susurró Wil Allanon.

El cabello y la barba del druida, negros como el carbón antes, estaban ahora veteados de mechones grises. ¡Allanon había envejecido!

–Es el precio que se paga por usar la magia. –Allanon esbozó una ligera sonrisa burlona–. Esta vez temo haber hecho demasiado uso de ella, y ha tomado de mí más de lo que deseaba darle. –Se encogió de hombros–. A cada uno se nos asigna un tiempo de vida, valense. Sólo ése, ni más ni menos.

–Allanon –dijo Wil con voz débil–. Allanon, lo siento. No te vayas todavía.

Allanon volvió a echarse la capucha, y sus manos se extendieron hacia abajo para estrechar las de Wil.

–Ha llegado el momento de que me vaya. Los dos necesitamos descansar. Duerme, Wil Ohmsford. Trata de no guardarme rencor; creo que Amberle no lo haría. Consuélate con esto: Eres un curandero, y un curandero debe preservar la vida. Tú lo has hecho aquí, con los elfos, con la Tierra del Oeste. Y aunque pueda parecerte que has perdido a Amberle, recuerda que puedes encontrarla siempre en la tierra. Tócala y ella estará contigo.

Se alejó hacia la oscuridad y apagó la llama de la vela.

–No te vayas –le rogó Wil ya casi dormido.

–Adiós, Wil –Su voz pareció surgir de lejos–. Dile a Flick que estaba en lo cierto respecto a mí. Le gustará.

–Allanon –murmuró el valense suavemente y después se quedó dormido.

El druida se deslizó por los corredores escasamente iluminados de la mansión de los Elessedil, tan silencioso como las sombras de la noche. La Guardia Especial patrullaba por esos corredores; elfos que habían luchado y sobrevivido en la batalla del Elfitch, soldados fuertes que no se impresionaban con facilidad. Sin embargo se apartaron para dejar paso a Allanon. Algo en la mirada del druida les sugirió que debían hacerlo.

Poco después llegó al dormitorio del rey de los elfos, y cerró la puerta tras de sí, sin hacer ruido. Las velas iluminaban la habitación con un resplandor brumoso y débil que

llegaba a través de la penumbra hasta los rincones en sombras y los ocultos escondrijos como el toque de la mano de un ciego. Las ventanas se hallaban cerradas y las cortinas corridas, preservando el silencio de la habitación. Sobre una amplia cama, en el lado opuesto de la cámara, yacía Eventine envuelto en vendas y cubierto por sábanas de lino. A su lado, Ander dormitaba a intervalos en una silla de mimbre de alto respaldo.

Allanon se adelantó sin hablar y se detuvo a los pies de la cama. El anciano rey dormía con una respiración irregular y lenta, y su piel tenía el color del pergamino nuevo. El fin de su vida estaba cercano. El druida pensó que con él acababa una época. Todos se habrían ido, todos aquellos que se enfrentaron al Señor de los Brujos, todos los que ayudaron a buscar la Espada de Shannara; todos excepto los Ohmsford, Shea y Flick.

Una sonrisa irónica y tétrica cruzó por sus labios lentamente. Y él, por supuesto. Todavía estaba allí. Siempre estuvo allí.

Bajo las sábanas de lino Eventine se agitó. Allanon pensó que había llegado el momento. Por primera vez en esa noche, un indicio de amargura apareció en su rostro duro. Se retiró en silencio hasta las sombras de la parte posterior de la habitación y esperó.

Ander Elessedil se despertó con sobresalto. Sus ojos estaban nublados por el sueño y escudriñó con cautela el dormitorio vacío, buscando fantasmas que no estaban allí. Una terrible sensación de soledad le invadió. Cuántos de los que deberían estar presentes no estaban: Arion, Pindanon, Crispin, Ehlron, Kerrin. Todos muertos.

Volvió a adormecerse en la silla, aturdido por el cansancio hasta no sentir nada, salvo el dolor de las articulaciones y los músculos. ¿Cuánto tiempo había dormido? No lo sabía. Gael volvería pronto con la comida y la bebida, y juntos continuarían la vela, atentos al maltrecho rey, esperando.

Los recuerdos le acosaban, recuerdos de su padre y de lo que había sido, imágenes espectrales del pasado, de momentos y lugares y acontecimientos que nunca volverían. Eran agridulces, puesto que en ellos se mezclaban la felicidad compartida y la conciencia de su transitoriedad. Evaluándolos, hubiera preferido que aquella noche los recuerdos le dejasen en paz.

Pensó de repente en su padre y en Amberle, en el afecto especial que había sentido por ambos, en el corto período de tiempo en que los había perdido y encontrado... para perderlos otra vez. Era difícil, incluso ahora, comprender la transformación que sufrió Amberle. Tenía que obligarse a creer que había sido real, que no era un producto de su imaginación. Aún podía ver al pequeño jinete alado, Perk, contándole lo que había presenciado, con su rostro infantil perplejo y asustado al mismo tiempo, tan seguro y tan preocupado que no podía ser puesto en duda.

Su cabeza cayó hacía atrás y sus ojos se cerraron. Pocos sabían aún la verdad. Y no estaba seguro de si lo más conveniente sería dejar o no así las cosas.

–Ander.

Se incorporó de repente, y los ojos penetrantes de su padre se encontraron con los suyos. Se sorprendió tanto que no pudo hacer más que quedarse mirando al anciano.

–Ander, ¿qué ha ocurrido?

La voz del rey de los elfos fue un susurro débil y áspero en la quietud. Ander se arrodilló junto a él.

–Todo ha terminado –le contestó suavemente–. Hemos ganado. Los demonios están encerrados de nuevo dentro de la Prohibición. Ellcrys...

No pudo terminar. No encontró las palabras. La mano de su padre se deslizó fuera de las sábanas para buscar las suyas.

–¿Amberle?

Ander aspiró profundamente y sus ojos se llenaron de lágrimas. Se esforzó en

mantener la mirada de su padre.

–Está a salvo –susurró–. Ahora está descansando.

Hubo una larga pausa. Un indicio de sonrisa asomó en la cara de su padre.

Luego sus ojos se cerraron. Un momento después estaba muerto.

Allanon permaneció entre las sombras varios minutos más, antes de adelantarse.

–Ander –llamó con voz suave.

El príncipe elfo se levantó, soltando la mano de su padre.

–Se ha ido, Allanon.

–Y tú eres el rey. Sé el rey que él hubiera querido que fueses.

Ander lo miró con ojos inquisitivos.

–¿Lo sabías, Allanon? Me lo he preguntado con frecuencia desde el Paso de Baen. ¿Sabías lo que iba a pasar, que yo sería rey?

Las facciones del druida parecieron oscurecerse por un momento y su rostro perdió toda expresión.

–No podía evitar que ocurriese lo que ocurrió, príncipe elfo –contestó con voz serena–. Sólo podía prepararte para lo que tenía que llegar.

–Entonces, lo sabías.

Allanon asintió.

–Lo sabía. Soy un druida.

Ander suspiró.

–Lo haré lo mejor que pueda, Allanon.

–Entonces lo harás bien, Ander Elessedil.

Contempló al príncipe elfo mientras volvía junto al rey muerto, lo tapaba como si fuese un niño que dormía y se arrodillaba al lado de la cama.

Allanon salió sin hacer ruido de la habitación, de la mansión, de la ciudad, y del país. Nadie lo vio irse.

Había amanecido cuando Wil Ohmsford despertó. La luz gris plata se filtraba a través de las cortinas de las ventanas para ahuyentar a la oscuridad. Sus ojos se abrieron con un lento parpadeo y se encontró mirando a Perk.

–¿Wil?

La cara del pequeño jinete alado era una máscara de seriedad.

–Hola, Perk.

–¿Cómo te encuentras?

–Un poco mejor, creo.

–Eso está bien. –Perk esbozó una rápida sonrisa–. Estaba realmente preocupado.

Wil le devolvió la sonrisa.

–Yo también.

Perk se sentó al borde de la cama.

–Siento haberte despertado, pero no quería irme sin decirte adiós.

–¿Te vas?

El muchacho asintió.

–Debí haberme ido anoche, pero tenía que dejar descansar a Genewen. Estaba agotado después de un viaje tan largo. Pero ahora tengo que irme. Debía haber vuelto hace dos días al Ala Alzada. Probablemente me estarán buscando. –Hizo una pausa–. Pero lo comprenderán cuando lo explique. No se enfadarán.

–Espero que no. No quisiera que te ocurriese eso.

–Mi tío Dayn dijo que lo explicaría también. ¿Sabías que mi tío Dayn estaba aquí, Wil? Mi abuelo lo envió. Tío Dayn dijo que actué como un verdadero jinete alado. Dijo

que lo que Genewen y yo hicimos fue muy importante.

Wil se incorporó un poco sobre las almohadas.

–Así fue, Perk. Muy importante.

–No podía abandonaros. Sabía que me necesitarías.

–Te necesitábamos mucho.

–Y pensé que a mi abuelo no le importaría si le desobedecía por esta vez.

–Eso creo.

Perk bajó la mirada hasta sus manos.

–Wil, siento lo de la dama Amberle. De verdad.

Wil asintió lentamente.

–Lo sé, Perk.

–Estaba encantada, ¿no? Estaba encantada y el encantamiento la transformó en árbol. –Levantó la vista–. Era eso lo que ella quería, ¿no? Convertirse en el árbol para que los demonios desaparecieran. ¿Era así como tenía que ocurrir?

El valense tragó saliva.

–Sí.

–Me asusté, ¿sabes? –dijo Perk en voz baja–. No estaba seguro de si eso era lo que tenía que ocurrir o no. Fue tan de repente. Nunca me dijo nada de eso antes de que ocurriese.

–No creo que ella quisiera asustarte.

–Yo tampoco lo creo.

–Sólo fue que no tuvo tiempo de explicártelo.

Perk se encogió de hombros.

–Ya lo sé, pero ocurrió tan de repente...

Se quedaron callados un momento y luego el jinete se levantó.

–Sólo quería decirte adiós, Wil. ¿Vendrás a visitarme alguna vez? Yo quisiera venir a verte, pero tendré que esperar a ser mayor. Mi familia no me dejará volar fuera de la Tierra del Oeste.

–Iré a visitarte –prometió Wil–. Pronto.

Perk le dedicó un breve saludo y se dirigió hacia la puerta. Su mano estaba ya sobre el picaporte cuando se detuvo y se volvió a mirar al valense.

–Ella me gustaba mucho, Wil, mucho.

–A mí también, Perk.

El pequeño jinete alado sonrió y traspasó la puerta.

# LIV

Todos los que habían acudido a Arbolon para ayudar a los elfos regresaron a sus países de origen, excepto dos.

Los jinetes alados fueron los primeros, al amanecer del día en que Ander Elessedil empezó a reinar sobre los elfos terrestres. Los tres que quedaban de los cinco que llegaron y el muchacho llamado Perk partieron discretamente, casi sin despedirse de nadie excepto del nuevo rey, antes de que el sol culminara los bosques del este. Montados en sus dorados rucs se lanzaron en persecución de la noche que huía, acompañados por los primeros rayos del sol de la mañana.

A mediodía partieron los rock trolls, con Amantar a la cabeza, tan fieros y orgullosos como cuando llegaron, alzadas las armas en saludo mientras el pueblo elfo se reunía en las calles y en los caminos arbolados para aclamarlos al pasar. Por primera vez en más de mil años, los trolls y los elfos se separaban no como enemigos sino como amigos.

Los enanos alargaron su estancia varios días, otorgando a los elfos los beneficios de su gran experiencia en ingeniería mediante su colaboración en el bosquejo de los planos para la reconstrucción del destrozado Elfitch. Esa reconstrucción era uno de los trabajos más difíciles a que tenían que enfrentarse porque no sólo se necesitaba reemplazar la quinta rampa demolida, sino también apuntalar casi todo el resto de la estructura. Era el tipo de desafío que complacía al formidable Browork. Con la ayuda de los zapadores que aún eran capaces de trabajar, trazó para los elfos las líneas generales que lograrían los mejores resultados. Cuando al fin se despidió de Ander y del pueblo de los elfos, lo hizo con la promesa de que otra compañía de enanos zapadores, en mejores condiciones para servir que la suya, sería enviada en breve para prestarles la ayuda necesaria.

–Sabemos que podemos confiar en los enanos –dijo Ander al estrechar la ruda mano de Browork.

–Siempre –añadió éste, asintiendo con la cabeza–. Recuérdalo cuando nos necesites.

Por fin les llegó el momento de la partida a los hombres de Callahorn, al pequeño grupo de soldados de los Cuerpos Libres de la Legión y de la Guardia Tradicional que había sobrevivido a la feroz batalla del Elfitch. Quedaban menos de una docena, y seis de ellos no podrían volver a luchar. El destacamento había dejado prácticamente de existir; los cuerpos de sus soldados se hallaban esparcidos entre los pasos de la Línea Quebrada y Arbolon. Sin embargo, el alto fronterizo de curtido rostro a quién llamaban Stee Jans había sobrevivido una vez más.

Fue a ver a Ander Elessedil a primeras horas de la mañana del sexto de los días transcurridos desde la victoria sobre las hordas de demonios, cabalgando sobre su gran ruano hasta el borde del Carolan, donde se encontraba el rey repasando con sus ingenieros los planos diseñados por los enanos zapadores. Ander se excusó con apresuramiento, y se acercó hasta donde el comandante de los Cuerpos Libres había desmontado y esperaba. Ignorando la reverencia respetuosa que el hombre le dirigió, Ander le cogió de la mano y se la estrechó con fuerza.

–¿Ya te encuentras bien, comandante? –le saludó sonriendo.

–Lo suficiente, majestad –dijo Stee Jans, devolviéndole la sonrisa–. Vine a darte las gracias y a decirte adiós. La Legión se vuelve a Callahorn.

Ander movió la cabeza pensativamente.

–No eres tú quien tiene que dar las gracias. Soy yo, por mí y por el pueblo de los elfos, quien tiene que darlas, nadie ha sacrificado más por nuestra tierra que los hombres de los Cuerpos Libres. Y tú, Stee Jans, ¿qué habríamos hecho sin ti?

El fronterizo se quedó en silencio un momento. Después habló.

–Majestad, creo que encontramos en esta gente y esta tierra una causa por la que valía la pena luchar. Lo que dimos, lo dimos con gusto. Y no se perdió la batalla; eso es lo que importa.

–¿Cómo íbamos a perder con una ayuda como la vuestra? –Ander volvió a estrecharle la mano–. ¿Qué harás ahora?

Stee Jans se encogió de hombros.

–Los Cuerpos Libres ya no existen. Quizá se reorganicen. Quizá no. En ese último caso, tal vez haya un nuevo puesto de mando en la Legión. De todas formas, solicitaré uno.

Ander asintió.

–Pídemelo, Stee Jans. Pídemelo y el puesto será tuyo. Sería para mí un honor otorgártelo. Y también para el pueblo elfo. Eres uno de nosotros. ¿Lo pensarás?

El fronterizo sonrió, se dio la vuelta y volvió a subir a su montura.

–Estoy dispuesto a pensarlo, rey Ander Elessedil. –Le dedicó un elegante saludo–. Hasta que nos volvamos a encontrar, majestad. Fuerza para los elfos y para su rey.

Espoleó al caballo y se alejó hacia el este por el Carolan, con su capa gris ondeando tras él. Ander se quedó mirándolo, diciéndole adiós con la mano. Hasta que nos encontremos, fronterizo, le contestó sin palabras.

Así regresaron a sus países todos los que llegaron a Arbolon para ayudar a los elfos, todos los valientes, excepto dos.

Uno de ellos era el curandero, Wil Ohmsford.

La luz del sol caía sobre el Carolan como un manto de templada y brumosa brillantez al acercarse el mediodía. Wil Ohmsford iba hacia las puertas de los Jardines de la Vida. Recorrió el camino de grava con pasos tranquilos y regulares, sin mostrar ningún signo de vacilación. No obstante, al llegar ante ellas, no estuvo seguro de poder continuar.

Había tardado una semana en decidirse. Los tres primeros días que siguieron a su desvanecimiento en aquellos mismos jardines los había pasado en su cámara de la mansión de los Elessedil, dormido la mayor parte del tiempo. Dos días más, en los terrenos que rodeaban a la antigua mansión, luchando contra la confusión de emociones que hervían en su interior mientras los recuerdos de Amberle llegaban y retrocedían. Los últimos dos días los pasó tratando de evitar lo que ahora iba a hacer.

Se detuvo un largo rato ante la entrada de los jardines, mirando hacia el arco de hierro con incrustaciones de plata y marfil, los muros cubiertos de hiedra, y los pinos y setos que conducían al interior. Las cabezas se volvían hacia él con curiosidad mientras la gente de la ciudad iba y venía, entrando y saliendo por las puertas ante las que él se encontraba. Estaban allí por la misma razón que lo había llevado a él y se preguntaban si tal vez se sentía más temeroso y cohibido que ellos. Los centinelas de la Guardia Negra, que estaban rígidos y con la mirada al frente, a ambos lados, desviaron los ojos hacia la figura inmóvil del valense, sólo un momento, apartándolos después. Wil Ohmsford seguía sin decidirse a entrar.

Sin embargo tenía que hacerlo. Se había tomado bastante tiempo para pensarlo. Debía verla una vez más. La última vez. No se quedaría tranquilo hasta que lo hiciera.

Casi antes de decidirse, atravesó las puertas y siguió la curva del camino que lo llevaría hasta el árbol.

Se sintió extrañamente aliviado al hacerlo, como si al poner en práctica su decisión de ir hasta ella estuviese llevando a cabo no sólo algo necesario sino también justo. Un poco de la determinación que en tan alto grado había poseído durante las últimas semanas, volvía a él ahora; la determinación que lo abandonó cuando perdió a la elfina, ante la creencia de que él le había fallado. Se dio cuenta de que ahora comprendía mejor ese

sentimiento. No era tanto una sensación de fracaso como la conciencia de sus propias limitaciones. No podrás hacer todo lo que desearías hacer, le había dicho una vez su tío Flick. Y así, aunque fue capaz de salvar a Amberle de los demonios, no logró evitar que se convirtiera en Ellcrys. Pero evitar eso, lo sabía, era algo que nunca había estado en sus manos. Sólo en las de ella. Era elección suya, tal como le había explicado; tal como le había explicado también Allanon. Ni la rabia, ni la amargura, ni los resentimientos lograrían cambiar eso o proporcionarle la paz que necesitaba. Debía aceptar lo que había ocurrido. Y ahora sabía cómo. Aquella visita era el primer paso.

Atravesó una abertura que había en una alta hilera de siemprevivas y se encontró ante ella. Ellcrys se erguía contra el azul del cielo de mediodía; su alto tronco plateado brillaba y sus hojas de color escarlata se agitaban bajo la dorada luz del sol. Era un espectáculo de tan gran belleza que hizo acudir lágrimas a sus ojos.

–Amberle –susurró.

Reunidos al pie del montículo sobre el que se elevaba Ellcrys había familias de la ciudad, con los ojos fijos en el árbol. Sus voces eran bajas y respetuosas. Wil Ohmsford vaciló, luego avanzó para unirse a ellos.

–Ves, ya no está enferma –le decía una madre a su hijita–. Vuelve a estar bien.

Y su tierra y su pueblo estaban a salvo, añadió el valense en silencio. Gracias a Amberle, gracias a que se había sacrificado por ambos. Respiró profundamente, levantando la vista hacia el árbol. Fue algo que ella quiso hacer, algo que tuvo que hacer, no sólo por ser necesario, sino porque creyó que era la finalidad de su existencia. La ética de los elfos, el credo que había gobernado su vida; algo de ella misma tenía que ser devuelto a la tierra. Ni siquiera cuando estuvo lejos de Arbolon, olvidó ese credo. Se reflejaba en su trabajo con los niños de Villa Refugio. Era parte de la razón por la que volvió con él para averiguar la verdad de su destino.

Algo de ella misma debía ser devuelto a la tierra.

Al final, se había dado por completo.

Wil sonrió con tristeza. Pero ella no lo había perdido todo. Al convertirse en Ellcrys había ganado un mundo entero.

–¿Mantendrá a los demonios lejos de nosotros, mami? –preguntaba la niña.

–Lejos, muy lejos –sonrió la madre.

–¿Y nos protegerá siempre?

–Sí, nos protegerá siempre.

Los ojos de la niña revoloteaban del rostro de su madre al árbol.

–Es tan bonita.

Su vocecilla estaba llena de admiración.

Amberle.

Wil la contempló un instante más, luego se volvió y salió lentamente de los jardines.

Al atravesar las puertas vio a Eretria. Estaba a un lado del camino que conducía a la ciudad; sus oscuros ojos se movieron rápidamente para encontrarse con los de él. Las brillantes sedas de vagabunda habían desaparecido, sustituidas por las ropas corrientes de los elfos. Pero nunca habría nada corriente en Eretria. Estaba tan hermosa como la primera vez que Wil reparó en ella. Sus cabellos negros destellaban a la luz del sol, cayendo en rizos sobre sus hombros, y su sonrisa deslumbrante iluminó su rostro sombrío en cuanto captó la presencia valense.

Avanzó hasta ella para saludarla, con una leve sonrisa en los labios.

–Parece que estás otra vez entero –le dijo Eretria bromeando.

Él asintió.

–Puedes atribuirte el mérito. Tú eres quien ha conseguido que vuelva a ponerme en pie.

La sonrisa de la muchacha se amplió ante el cumplido. Durante la última semana había ido a verlo todos los días, para darle de comer y curarle las heridas; haciéndole compañía cuando sintió que la necesitaba, dejándolo solo cuando le pareció que así lo quería. Su recuperación, tanto física como emocional respondía en una parte no pequeña a sus esfuerzos.

–Me dijeron que habías salido –dijo mirando hacia los jardines–. No hacía falta mucha imaginación para saber adonde te dirigirías. De modo que pensé que debía seguirte y esperarte. –Volvió a mirarlo con su atractiva sonrisa–. ¿Descansan ya todos los fantasmas, curandero?

Wil advirtió preocupación en sus ojos. Ella comprendía mejor que nadie lo que la pérdida de Amberle había supuesto para él. Habían hablado de eso en el tiempo que duró su convalecencia. Los fantasmas, como ella los llamaba, eran todos aquellos sentimientos de culpa que lo habían acosado.

–Creo que quizá puedan descansar ahora –respondió–. Venir aquí me ha ayudado, y con un poco más de tiempo...

Se encogió de hombros y sonrió.

–Amberle creía que debía entregar algo a la tierra por la vida que le dio. Me dijo una vez que su creencia era parte de su herencia élfica. Y también de la mía. ¿Sabes? Siempre me consideró más como un curandero que como un protector. Y curandero es lo que debo ser. Los curanderos dan algo a la tierra cuidando a la gente que se ocupa de ella. Esa será mi donación, Eretria.

Ella asintió con gesto solemne.

–¿Volverás a Storlock?

–Primero iré a mi casa, a Val Sombrío. Después a Storlock.

–¿Pronto?

–Eso creo. Creo que debo irme ya. –Se aclaró la garganta–. ¿Sabes que Allanon me dejó a Artaq, su caballo negro? Un regalo. Supongo que quería compensarme en algo por la pérdida de Amberle.

Eretria miró hacia otro lado.

–Es posible. ¿Podemos volver ahora?

Sin esperar su respuesta, comenzó a desandar el camino. Él dudó un momento, confuso, luego se apresuró a seguirla. Juntos, caminaron en silencio.

–¿Has decidido quedarte con las piedras élficas? –le preguntó al cabo de unos minutos.

Le había dicho, cuando su depresión era más profunda, que pretendía desprenderse de ellas. La magia élfica había producido efectos en él, lo sabía. Al igual que había envejecido a Allanon, le había afectado a él, aunque no podía determinar cómo. Ese poder le asustaba aún. Sin embargo, la responsabilidad de ese poder seguía siendo suya y no era correcto que se despreocupara pasándoselo a otro.

–Las guardaré –respondió–. Pero nunca volveré a usarlas. Nunca.

–No –dijo ella en voz baja–. A un curandero no le serviría de nada.

Dejaron atrás las murallas de los jardines y torcieron por el camino hacia Arbolon. No hablaban. Wil podía sentir la distancia que los separaba, un abismo creciente causado por la certeza de que la abandonaría una vez más. Ella, sin duda, quería acompañarlo. Siempre había querido estar con él. Pero no se lo pediría; esta vez no, otra vez no. Su orgullo no se lo permitiría. Meditó sobre el asunto.

–¿Dónde irás ahora? –le preguntó después de un rato.

Ella se encogió de hombros con indiferencia.

–No lo sé. A Callahorn, tal vez. Esta joven vagabunda puede ir donde quiera, ser lo que quiera. –Hizo una pausa–. Quizá vaya a verte. Me parece que necesitas que te cuiden.

Así era. Lo había dicho en tono ligero, casi bromeando, pero estaba en lo cierto. Soy para ti, Wil Ohmsford, afirmó una noche en el Tirfing. Lo estaba afirmando otra vez. Observó su rostro moreno, pensando en todo lo que había hecho por él, en todo lo que había arriesgado por él. Si ahora la abandonaba ella ya no tendría a nadie. No tenía casa, ni familia, ni país. Antes, cuando se había empeñado en ir con él, existía una razón para rechazarla. ¿Qué razón existía ahora?

–Era sólo una idea –añadió Eretria, cerrando el tema.

–Una idea bonita –dijo él–. Pero estaba pensando que tal vez te gustaría venir conmigo ahora.

Las palabras fueron pronunciadas antes de evaluar el alcance de su decisión. Hubo un largísimo silencio, mientras seguían caminando sin mirarse.

–Quizá me gustaría –dijo ella al fin–. Si tú lo deseas.

–Lo deseo.

Entonces vio su sonrisa, su sonrisa maravillosa y deslumbrante. Ella se detuvo y se volvió hacia él.

–Es tranquilizador comprobar, Wil Ohmsford, que al fin has recuperado el juicio.

Cogió una mano del valense y la estrechó con fuerza.

Ander Elessedil cabalgaba por el Carolan de vuelta a la ciudad, con la mente ocupada por los problemas de la reconstrucción del Elfitch, cuando divisó al valense y a la joven vagabunda que regresaban de los Jardines de la Vida. Frenó su caballo un momento y observó a los dos que aún no se habían marchado, los vio detenerse, y luego cómo la joven tomaba la mano del muchacho.

Había una sonrisa en el rostro del rey mientras dirigía al caballo lejos de donde ellos estaban. Parecía que Wil Ohmsford también iba a regresar a su país de origen. Pero no solo.